

Historia Sagrada



Santa Biblia Palmariana de Grado Superior

según el Magisterio Infalible de la Iglesia

Tercer Tomo





¡Adorada sea la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo!

**SANTA SEDE APOSTÓLICA
SEVILLA**

**PATRIARCADO DEL PALMAR DE TROYA
ORDEN DE LOS CARMELITAS DE LA SANTA FAZ**

Residencia: Abad Gordillo nº 5 - Apartado 4.058
41.080 — Sevilla (España)

Santo Sínodo Dogmático Palmariano

Historia Sagrada

II

Santa Biblia Palmariana

de Grado Superior

según el Magisterio Infalible de la Iglesia

Tercer Tomo: Parte 13

Compuesto por los Venerables Padres del Santo Sínodo Dogmático Palmariano, reunidos en el Espíritu Santo, dirigido y aprobado por Su Santidad el Papa Gregorio XVII.

Dado en Sevilla, Sede Apostólica, día 6, Fiesta de la Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo en el Monte Tabor; la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo, Estandarte de la Fe, XXIII Aniversario de la Coronación Mística de Su Santidad el Papa Gregorio XVII, Agosto MMI, Año de Nuestro Señor Jesucristo y vigésimo tercero del Pontificado del Papa felizmente reinante.

Nuevo Testamento

Decimotercera Parte

La Santísima Virgen María, Puerta Dorada del Nuevo Testamento, y el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo

A) La Santísima Virgen María, Puerta Dorada del Nuevo Testamento

Libro I

Los Santísimos Ana y Joaquín, Padres de la Divina Virgen María

Capítulo I

Santa Ana y San Joaquín

1. La Santísima Ana, madre de la Divina Virgen María, había nacido el día 9 de agosto del año 5137, en la aldea de Séforis, próxima a la ciudad de Nazaret. Santa Ana era hija del sacerdote levítico Eliud, de la tribu de Leví, y de Ismeria, de la tribu de Benjamín. El padre de Ismeria era Estolano y su madre Emorún, ambos padres también de Emerencia y Eneué. De estas tres hijas, Ismeria era la segunda. El matrimonio Eliud e Ismeria, además de Santa Ana, que fue la segunda hija, tuvo dos hijas más: Sobe, que era la mayor, y Maraha, que era la última. Santa Ana, madre de la Santísima Virgen María, fue presantificada en el seno materno en el cuarto mes de su concepción. Eliud e Ismeria, padres de Santa Ana, fueron presantificados poco antes de que nacieran. Todos los demás consanguíneos de Santa Ana antes referidos, recibieron la gracia de la santificación durante su vida.

2. El Santísimo Joaquín, padre de la Divina Virgen María, había nacido el día 23 de abril del año 5115, en la aldea de Séforis, próxima a la ciudad de Nazaret. San Joaquín era hijo de Matat, de la tribu de Judá, y de Susana, descendiente del Patriarca José por la tribu de Efraín. San Joaquín, padre de la Santísima Virgen María, fue presantificado en el seno materno en el quinto mes de su concepción. Matat y Susana, padres de San Joaquín, fueron presantificados poco antes de que nacieran.

3. Santa Ana y San Joaquín, en el momento de sus presantificaciones, recibieron la Habitabilidad del Es-

píritu Santo en sus almas, y por singular privilegio quedaron liberados de la impresión de la ley mala o fomento del pecado. A partir de sus presantificaciones, Santa Ana y San Joaquín, entre otros privilegios, gozaron también de la gracia de la impecancia en grado perfectísimo.

4. En el año 5161, la Santísima Ana, a la edad de veinticuatro años, se casó con el Santísimo Joaquín, de cuarenta y seis años de edad. Ambos eran terciarios esenios.

Capítulo II

Descendencia de Emerencia, hermana de Ismeria y tía de Santa Ana

Emerencia casó con Afrás, de cuyo matrimonio le nacieron dos hijas: Isabel y Rosa. Isabel casó con Zacarías, de cuyo matrimonio nació San Juan Bautista, el Precursor de Cristo. Rosa casó con Cleofás, quien sería luego el segundo marido de la Santísima Ana tras enviudar. Del matrimonio Rosa y Cleofás, nacieron tres hijos: Ana Cleofás, Eliud y Mara. Ana Cleofás casó con Tolomé, de cuya unión nació Natanael de Caná, que fue el Apóstol Bartolomé. Eliud tuvo de su primer matrimonio al Apóstol Felipe. Después de la muerte de su esposa, Eliud contrajo matrimonio con Maroni, conocida más tarde como la viuda de Naín, de cuyo matrimonio nació Marcial, que fue el joven resucitado por Cristo. Mara fue la madre de Carmen, esposa del Apóstol Pedro; Mara fue, pues, la suegra del Apóstol Pedro, a la que Jesús curó de calenturas.

Libro II

El Santísimo José, Esposo de la Divina Virgen María

Capítulo I

San José predestinado en la mente divina para ser Jefe de la Sagrada Familia y Medianero Universal de las gracias

1. El Santísimo José fue predestinado desde toda la eternidad, en la mente divina, para la altísima dignidad de Padre Virginal de Jesús y Esposo Virginal de María, y por consiguiente para ser Jefe de la Sagrada Familia. Estas incomparables prerrogativas, que le constituyen miembro de la Augusta Trinidad de la tierra, llevan implícitos, necesariamente, su carácter sacerdotal, así como su Mediación Universal entre María y las demás criaturas.

2. Aunque el ministerio de San José se limita, por decreto divino, a la Obra de la Reparación y Redención, sin embargo este Justísimo Varón fue tenido en cuenta en la Obra de la Creación Universal, ya que Dios, considerando la dignidad que correspondería al Santísimo José, por una inefable providencia, fue realizando sus obras de manera que todas ellas juntas, a excepción de Cristo y María, no alcanzaran las perfecciones del que un día sería su representante en la tierra para con su Hijo Encarnado.

3. Después de decretada en el Paraíso la Redención del género humano, aunque el Divino José no existiría hasta milenios después, sin embargo su Mediación Universal fue necesaria en la aplicación anticipada de los frutos del Calvario; pues Dios, en sus planes inescrutables, dispuso que la Obra de la Redención dependiera también de la voluntad del que sería Esposo Virginal de la Madre del Redentor, ya que el Fíat sacerdotal de San José fue condición indispensable para la Encarnación de la Víctima Infinita que haría posible la Redención; y, además, este Santísimo Patriarca, ejerció su misión sacerdotal en el Calvario, entregando a San Juan todo el sacrificio finito de la Iglesia hasta ese momento, siendo así posible la aplicación anticipada de los méritos de la Cruz; es decir, que estos méritos se aplicaron anticipadamente, al estar prevista en los planes divinos la futura entrega de sacrificios por San José.

Capítulo II

Los Santos Jacob y Raquel, padres del Santísimo José

1. Los padres de San José fueron Jacob y Raquel, ambos de la tribu de Judá y descendientes directos del rey David. Jacob era hijo de Matán. Jacob y Raquel fueron presantificados en el vientre materno, en sus respectivos momentos, poco antes de nacer.

2. San Jacob había nacido en la ciudad de Nazaret, y su esposa Santa Raquel había nacido en la ciudad de Belén. Ambos, una vez casados, se fueron a vivir a Nazaret; pues, la primera parte de la ceremonia nupcial había sido en Belén, y la segunda en Nazaret, ciudad en donde vivía el marido. Los padres de San José eran terciarios esenios, de familia acomodada, y tenían

casas y otras propiedades en sus respectivas ciudades de origen, por lo que vivían temporadas tanto en un sitio como en otro. Jacob y Raquel fueron eximios modelos de esposos, eminentes por su piedad, caridad, espíritu de sacrificio, austeridad de vida, amor conyugal y, sobre todo, por su entrega a Dios. Este santo matrimonio llevaba muchos años sin sucesión a causa de la infertilidad, pues la divina providencia había dispuesto que su hijo San José fuese impetrado por la oración. Por eso, ambos esposos oraban intensamente para que el Altísimo les concediera la fecundidad anhelada, y a este fin hacían frecuentes visitas al Templo de Dios en Jerusalén.

Capítulo III

La Concepción del Santísimo José

1. El 18 de octubre del año 5171, en una de sus visitas al Templo de Dios en Jerusalén, cuando el matrimonio Jacob y Raquel se hallaban en oración, cada uno en su correspondiente atrio, viéronse sorprendidos por una potentísima luz que les invadió todo su ser y que les trasladó en visión al interior del lugar Santo de los Santos, en donde vieron una figura varonil de aspecto bellísimo, que irradiaba potentísima luminosidad. Este Varón celestial era el Alma Divinísima de Cristo, bajo figura humana, en cuyas manos mostraba el Cáliz que contenía el Sacramento de la Triple Bendición. A su derecha se hallaba una figura femenina de inefable belleza, la cual era el Alma Divina de María bajo esa apariencia humana. Ambos celestiales personajes vestían con regios atuendos de indescriptible riqueza y majestad, y estaban escoltados por innumerables Ángeles. El Alma Divinísima de Cristo bendijo, primero, a los Santos Esposos con el misterioso Sacramento; y, después, impuso el Sagrado Cáliz que lo contenía sobre la cabeza de San Jacob, ungiéndole rey, pues por derecho era el rey del Pueblo de Israel, el Pueblo Escogido de Dios. El Divino Varón celestial les dijo: Que Dios había escuchado sus plegarias, por las cuales se habían hecho dignos de tener un hijo predestinado para altos misterios, cuya santidad asombraría a los espíritus celestiales, y los hombres le alabarían para siempre. Que a él llamarían José, pues el Altísimo le encumbraría con la dignidad de Padre, Esposo y Rey. En este momento, el Alma de Cristo, a través de la Triple Bendición, purificó las semillas de Jacob y Raquel para concebir a su hijo José libre de la culpa del pecado original, aunque no de la mancha del mismo. Después, la luz que cubría a los Esposos se desvaneció y ambos se vieron nuevamente en el lugar en el que estaban orando. Retornados a su casa de Belén, y realizado el acto conyugal, se cumplió lo prometido por la visión, quedando encinta Raquel.

2. La concepción del Santísimo José fue el día 20 de octubre del año 5171. Dios Uno y Trino, mirando la

altísima dignidad de San José y por un singularísimo privilegio, excluyó a este Justísimo Varón de una parte del decreto divino de la Redención, al ser concebido con la gracia justificante imperfecta, en virtud de lo cual no heredó en ningún momento la culpa mortal de Adán ni la habitabilidad de Satanás que ella implica, siendo en este aspecto San José Irredento; pues al ser concebido en la amistad de Dios y por ello jamás sujeto al infernal enemigo, no necesitaba ser redimido o rescatado de su maligno poder. Además, por esta excelsa prerrogativa, el Divino José quedó vinculado al Alma Mística de la Iglesia en el mismo instante de su concepción.

3. No obstante, el Santísimo José sí estuvo sometido en parte al decreto divino de la Redención, en cuanto que heredó en su alma, al ser concebido, la mancha del pecado original, que es la carencia de la Habitabilidad del Espíritu Santo, ya que la ausencia de la luz del Paráclito sume al alma en sobrenatural obscuridad, que es lo que se llama mancha. En este aspecto, San José tuvo que ser redimido, es decir, rescatado de esta consecuencia del pecado original, gracia que alcanzó después, al ser presantificado. Por tanto: San José es Irredento, en cuanto que no heredó la culpa mortal de Adán ni la habitabilidad de Satanás; y San José es redimido, en cuanto que sí heredó la mancha de esa culpa, que es la carencia de la Habitabilidad del Espíritu Santo.

Capítulo IV

La presantificación del Santísimo José

1. Inmediatamente antes de la presantificación del Santísimo José, sus santos padres Jacob y Raquel, por la noche, vieron al mismo tiempo en sueños al Arcángel San Gabriel; quien les comunicó que el hijo que les nacería tendría la dicha de ver al Mesías Prometido y tratar con Él; y además les confirmó que el nombre que debían imponerle era el de José, y que sería grande a los ojos de Dios. En aquella misma noche aparecieron sobre la casa de Jacob y Raquel tres estrellas con una luz extraordinaria. Dichas estrellas eran la Santísima Trinidad bajo tres figuras humanas, que descendieron a la casa de los padres del Santísimo José en el momento de ser presantificado. La presantificación del Santísimo José fue el día 20 de enero del año 5172, o sea, al tercer mes de su concepción.

2. La presantificación de San José, en virtud de la cual le fue borrada la mancha del pecado original al recibir la Habitabilidad del Espíritu Santo, sucedió así: Se apareció la Divinísima Alma de Cristo, bajo la figura humana del Santísimo Rey Melquisedec, portando en sus manos el Sagrado Cáliz con la Triple Bendición. Le acompañaba el Alma Divina de María, bajo la figura humana de la Santísima Reina Esenia. El Santísimo Melquisedec bendijo con el Cáliz que contenía la Triple Bendición, al Niño José, dejándole presantificado en el vientre de su madre; y en ese mismo instante el Divino Sacramento, sin salir del Sagrado Cáliz, transverberó el corazón de San José consagrándole Sacerdote, tocole los labios ungiéndole Profeta, y

posose en su cabeza ungiéndole y coronándole Rey. El Niño José, en el mismo instante de su presantificación, hizo a Dios su voto de Virginitad Perpetua, quedó desposado con las Almas de Cristo y María, fue lleno de gracia, gozó del uso de razón, de la ciencia infusa y de otros altísimos dones, como fue el de la visión beatífica, de la cual gozó durante toda su vida desde el momento de quedar presantificado. La corte angélica, con inmenso júbilo, veneró al Niño José como su Rey, entonando salmos de alabanza en su honor y glorificando a Dios por haber formado tan excelsa criatura. En distintos momentos de su vida, y hasta la Inmaculada Concepción de la Virgen María, San José se vio favorecido con la presencia material de la Triple Bendición en su corazón, santificando el Divino Sacramento a privilegiadas personas desde ese excelso trono.

3. En virtud de la presantificación, San José recibió en su alma un carácter similar al del Bautismo y, por consiguiente, el sacerdocio común de los fieles similar al que se recibe en dicho Sacramento. Además, en el mismo instante en que la Triple Bendición transverberó su corazón, San José recibió su peculiar sacerdocio, que es la muy privilegiada participación de su alma en las Almas de Cristo y María.

4. El Niño José fue lleno en su presantificación de todas las virtudes y gracias en tal grado de excelencia que, después de la Divina María, supera a todos los Ángeles y Santos juntos. Dichos dones fueron aumentando continuamente a medida que su perfectísimo amor a Dios se intensificaba, unido a sus sufrimientos y otros actos heroicos de su vida en la tierra; mas no mereció solamente para sí, sino también, y de manera especial, para toda la humanidad.

Capítulo V

El Sagrado Trueque de Corazones entre Cristo, María y José

1. Al comenzar el Reino Mesianico, se completará el místico desposorio, con Cristo y María, del Santísimo José y de los otros Bienaventurados y demás salvados, al quedar entronizados en el Inmaculado Corazón de María; y por medio de Ella, en el Corazón de Cristo, y por lo tanto en toda la Santísima Trinidad. Esta entronización es un mayor grado de desposorio, que implicará un aumento de gloria esencial.

Dicha entronización se obrará:

Al recibir la Divina María, en su Inmaculado Corazón:

Una gota de sangre y un trozo de corazón: de cada uno de los justos resucitados, de cada uno de los que sobrevivan y de cada uno de los que nazcan en el Reino Mesianico.

Los Ángeles quedarán entronizados en el Inmaculado Corazón de María conforme a su naturaleza angélica.

2. Al final del Reino Mesianico tendrán lugar las Bodas del Cordero con la entronización directa del Santísimo José y demás Bienaventurados, en el Corazón de Cristo, y por lo tanto en toda la Santísima Trinidad. Esta entronización es el mayor grado de despo-

sorio que podrá alcanzar cada uno, e implica el último aumento de gloria esencial.

Dicha entronización se obrará:

Al recibir Nuestro Señor Jesucristo, en su Deífico Corazón:

Una gota de sangre y un trozo de corazón de cada uno de los Bienaventurados.

Los Ángeles quedarán entronizados en el Deífico Corazón de Cristo conforme a su naturaleza angélica.

3. Si bien el Santísimo José, como todos los demás salvados, ha de esperar al Reino Mesianico para quedar entronizado en el Corazón de María, y ha de esperar a las Bodas del Cordero para quedar entronizado en el Corazón de Cristo, sin embargo, desde el instante de su presantificación, San José, por gracia especialísima, quedó ya entronizado en las Divinas Almas de Cristo y María presentes en su Castísimo Corazón; o sea, dicha entronización sólo se obró dentro del mismo Corazón de San José, y de manera permanente. Por tanto, en el mismo instante de la presantificación de San José, se obró, pues, el Sagrado Trueque de las Almas de Cristo y María y el corazón de San José, en su mismo corazón.

4. Este Sagrado Trueque fue de la siguiente manera: En el momento de ser presantificado, al recibir San José, en su Castísimo Corazón, el Alma de Cristo y el Alma de María, hizo él entrega de una gota de su sangre y un trozo de su corazón a dichas Divinas Almas presentes en su Castísimo Corazón, quedando de esta manera entronizado San José en las Almas de Cristo y María dentro de su Castísimo Corazón; y, por tanto, sin que este trueque se obre en otro lugar, sino sólo dentro del Castísimo Corazón del Santísimo José. De esta manera, San José ya vive anticipadamente esa gloria especial que recibirán, respectivamente, en el Reino Mesianico y después en las Bodas del Cordero, los que se salven. El Sagrado Trueque entre Cristo, María y San José, aunque es de carácter permanente, es de grado inferior al que tendrá cuando quede entronizado en el Corazón de María al establecerse el Reino Mesianico; y en el Corazón de Cristo al obrarse las Bodas del Cordero.

5. El Sagrado Trueque entre Cristo, María y San José, tuvo las siguientes fases: en el momento de su presantificación, el Sagrado Trueque se obró entre el Corazón de San José y las Almas de Cristo y María presentes en él; después, en la Inmaculada Concepción de María, dicho Sagrado Trueque se extendió al Inmaculado Corazón de María; y en la Encarnación del Verbo Divino dicho Sagrado Trueque se extendió al Deífico Corazón de Cristo. Ambas extensiones se obraron solamente dentro del mismo corazón de San José. En virtud de esta intercomunicación de corazones, la Sagrada Familia está íntimamente unida en el mayor grado que es posible antes del Reino Mesianico. El Sagrado Trueque de Corazones entre Cristo, María y San José, es muy superior al trueque recibido por algunos místicos; y, además, en estos, no suele ser de carácter permanente, como sí lo es en el caso de San José.

6. Aunque algunos místicos han sido favorecidos sensiblemente por la gracia del Sagrado Trueque de sus corazones con el de Cristo, el de María, o con el de Ambos a la vez, no han acertado nunca a explicar correctamente cómo se ha obrado ese Sagrado Trueque; pues lo han considerado como una cosa externa o intercambio material de corazones. Mas, dicho Sagrado Trueque de Corazones, aunque real y verdadero, se obra en el Corazón de Cristo, en el de María o en el de Ambos a la vez, presentes en el corazón del místico, sin que Cristo, María y el místico queden desposeídos de sus respectivos corazones, pues todo sucede únicamente dentro del corazón del místico. Además, la presencia de los corazones intercambiados no se extiende por concomitancia a los demás miembros de la Iglesia que estén en estado de gracia, ni tampoco a la Eucaristía ni al Cielo; pues sólo se obra en el corazón del místico, a fin de ayudarlo a que viva más santamente. Este Sagrado Trueque de Corazones desaparece, lógicamente, por el pecado mortal, y en este caso el místico no tendrá otra vez esta gracia hasta que no le sea concedida nuevamente.

Capítulo VI

Cualidades gloriosas del alma y de los cuerpos de San José

1. El Santísimo José, desde el momento de su concepción, participó en su alma y en sus cuerpos esencial y accidental, conforme a sus respectivas naturalezas, del estado de justicia original imperfecta, que le correspondía al estar exento de la culpa original y de la habitabilidad de Satanás. Mas, desde el mismo instante de su presantificación, recibió en su alma y en su cuerpo esencial lo que le faltaba de justicia original; y dichos elementos poseyeron, desde entonces, estado natural esencialmente glorioso. Por lo que, a San José, le correspondió en la tierra la visión beatífica total y permanente. Sin embargo, el cuerpo accidental de San José, desde el instante de su presantificación, fue y sigue siendo, hasta el Reino Mesianico, sólo accidentalmente glorioso.

2. El Santísimo José, además del estado glorioso que posee en su alma, en su cuerpo esencial y en su cuerpo accidental, tuvo también, durante la mayor parte de su vida en la tierra, estado pasible en su alma y en su cuerpo accidental, a fin de poder sufrir, para así cooperar en la Obra de la Reparación y Redención. Su cuerpo esencial jamás tuvo estado pasible. Por lo tanto, a partir de su presantificación, y durante su vida en la tierra: El alma de San José gozó siempre de la visión de Dios; los cuerpos de San José participaban de la visión de Dios cuando el alma les comunicaba dicho gozo. San José, en el estado pasible de su alma y de su cuerpo accidental, siempre sufrió. Mas, su cuerpo esencial, aun en aquellos momentos en que se vio privado del gozo beatífico, nunca sufrió, ya que conservaba un sublime gozo sano sobrenatural que le inundaba todo.

3. El Santísimo José tuvo pleno conocimiento del altísimo ministerio para el cual había sido predestina-

do por Dios, y que era el de ser Vicario del Eterno Padre en el seno de la Sagrada Familia, Padre Virginal del Divino Redentor Nuestro Señor Jesucristo, Esposo Virginal de la Divina Virgen María y Confidente del Espíritu Santo; y, además, que eso conllevaba el estar íntimamente ligado, y de forma imprescindible, a la Obra de la Reparación y de la Redención como Cosacerdote de su Divina Esposa, María. El Santísimo Niño José, a quien Dios le suspendía en muchos momentos de su vida la ciencia infusa y otros altísimos dones, en el estado pasible de su alma, para que ejercitara las virtudes heroicas, fue preparándose desde el seno de su madre mediante repetidos sacrificios y oraciones dirigidos en beneficio de la humanidad caída. Mas, sus deseos de sufrir y merecer con más intensidad, le movieron a impetrar del Altísimo la gracia de verse privado con más frecuencia de la ciencia infusa y de otros altísimos dones.

4. El cuerpo accidental de San José, durante los tres primeros meses que siguieron a su concepción, estuvo sujeto al desarrollo del claustro materno; mas, al ser presantificado alcanzó su plena perfección y una belleza indescriptible que después de María supera a todos los humanos. Además, el cuerpo accidental de San José, aunque como viador no era esencialmente glorioso, fue agraciado con cualidades gloriosas: unas de manera permanente, como la de verse libre de enfermedades, así como de las funciones orgánicas comunes en la eliminación de alimentos y demás secreciones, las cuales eran suplidas milagrosamente por un sudor inodoro, y en muchas ocasiones aromático. Mas, en determinados momentos de su vida, gozó de otras cualidades, como fue el manifestar los resplandores de los cuerpos gloriosos: en su presantificación, en su nacimiento y en otros sucesos destacados. Tales privilegios fueron en atención al especialísimo desposorio con las Divinas Almas, y convenían al que iba a ser Jefe de la Sagrada Familia. A diferencia de Jesús y María, el Castísimo José estuvo sujeto a la necesidad de alimentarse para sobrevivir, mas por un carisma especial se mantuvo muchas veces sin nutrirse al ejercitar rigurosos ayunos.

5. El Santísimo José, si bien desde el instante de su concepción, estuvo exento de la habitabilidad de Satanás y de la impresión de la ley mala o fomento del pecado, sin embargo, estuvo sujeto, teóricamente, a la posibilidad de pecar, al carecer de la gracia de la impecancia, la cual recibió en su presantificación con la Habitabilidad del Espíritu Santo en su alma. Mas, durante ese período en que San José estuvo privado de la gracia de la impecancia, aunque estaba sujeto teóricamente a la posibilidad de pecar, jamás hubiera podido pecar, ya que Dios lo hubiera impedido.

6. La gracia de la impecancia recibida por el Gloriosísimo Patriarca en el momento de su presantificación, fue el singular privilegio de la impecabilidad en grado perfectísimo, que equivalía en gracia a la impecabilidad intrínseca; y así San José, por providencia divina, no pudo pecar nunca ni mortal ni venialmente, y estuvo limpio de toda clase de imperfección, tanto en su

alma como en su cuerpo. No obstante, Satanás, por permisión divina, acechó denodadamente al Santísimo Varón, durante su vida, desplegando toda su fuerza infernal contra él, menos en la castidad, sin lograr el menor influjo ni alteración en su alma y en su cuerpo; pues, San José era inexpugnable a toda tentativa diabólica, ya que su potente pie aplastaba, en unión a María, la cabeza de la serpiente infernal. Mas sus sufrimientos espirituales y corporales fueron necesarios para llevar a cabo su misión correparadora y corredentora con María, ya que San José de nada tenía que purificarse pues era Inmaculado en lo que a falta personal se refiere.

7. La potencia instintiva animal o sexto sentido existente en el virginal cerebro accidental de San José, siempre actuó, desde su presantificación, en perfecta armonía con las perfectísimas potencias de su alma.

Capítulo VII

Los méritos de San José y sus sacrificios

1. Los innumerables méritos adquiridos por San José, como viador, le valieron, después de su muerte y más tarde con su dulce Tránsito y Asunción a los Cielos, mayores grados de gloria esencial con el consecuente aumento de su perfectísimo amor a Dios. Cuando llegue el Reino Mesianico, la gloria esencial de San José alcanzará aún más grados de intensidad al entronizarse en el Corazón de María. La glorificación de San José culminará, con grados indescriptibles de felicidad y de amor, al llegar las Bodas del Cordero, en que se entronizará directamente en el Sacratísimo Corazón de Jesús.

2. Dios, previendo la altísima dignidad y ministerio sacerdotal de San José, le dotó en su presantificación de sobreabundantes dones y gracias para que pudiera ser inmaculado y perfectísimo en sus obras, y ser éstas aceptadas directamente por Dios, sin tener que esperar a la unión de sacrificios en la Cruz, participando, también, en estos dos aspectos, de la justicia original. Este privilegio del valor de los actos de San José está, pues, esencialmente ligado con su calidad de Mediador Universal, misión que culminó en el Calvario al entregar él a San Juan Evangelista el sacrificio finito de la Iglesia pasado y presente, con la siguiente distinción: Los sacrificios propios de San José y de los Ángeles, por estar unidos directamente al Sacrificio Infinito de Cristo y María, fueron entregados por San José en el Calvario para ser perpetuada esa unión por San Juan. Todos los demás sacrificios presentes y pasados fueron entregados por San José para ser unidos por San Juan al Sacrificio Infinito de la Cruz. Sin la entrega de estos sacrificios por San José, no hubieran sido posibles las referidas perpetuación y unión, respectivamente, de los mismos, realizadas por el Apóstol como Sacerdote Ministerial; ya que San Juan fue el mediador en el Calvario de sí mismo y de la humanidad hasta ese momento con excepción de San José. Es obvio que, siendo San José Padre y Mediador Universal de la Iglesia, no necesitara de un mediador inferior a él, cual es el

Sacerdote Ministerial. Por consiguiente, el Santísimo José no necesitó de la unión de sacrificios realizada por San Juan en el Calvario, ni para ser redimido de la mancha del pecado de Adán, ni para que sus actos adquirieran valor infinito, pues todo fue por una especialísima y singular aplicación anticipada de los méritos de Cristo y María en el Calvario, sin necesidad de la intervención y mediación de San Juan como Sacerdote Ministerial. Los sacrificios finitos de San José iban adquiriendo valor infinito en el mismo instante de su realización, al unirlos él mismo al Sacrificio de la Cruz. Y todo ello fue en virtud de su especialísimo Desposorio con las Almas de Cristo y María, y en atención a la altísima dignidad de ser Padre Virginal de Jesús y Esposo Virginal de María, de donde le viene la prerrogativa de ser Medianero Universal.

Capítulo VIII

El Nacimiento del Santísimo José. El dulce Nombre de José. Presentación del Niño José en el Templo. Niñez y juventud de San José

1. Transcurridos los nueve meses de permanencia en el seno materno, el Divino Niño José nació resplandeciente y hermosísimo sin que su madre Raquel sintiera las molestias de su natural parto a que estuvo sujeta, dado que su hijo, en el momento de su nacimiento, manifestaba la luminosidad de los cuerpos gloriosos, merced a lo cual quedó ella arrobada en un elevadísimo éxtasis. La Natividad de San José acaeció en Belén, en el venturoso día del 20 de julio del año 5172. Fue el único hijo que tuvieron sus padres Jacob y Raquel.

2. Al octavo día de su nacimiento, los Padres del Santo Patriarca cumplieron con el rito legal de la circuncisión y le impusieron el Nombre de José, el cual encierra profundos y misteriosos significados: «*el que crece*», «*augmenta*» y «*se engrandece*». San José, que era ya lleno de gracia y de perfectísimo amor de Dios, fue creciendo aún más día a día hasta alcanzar cimas inimaginables de caridad y de perfección. Además, la altísima dignidad de este Justísimo y Virginal Varón, fue cada vez más sublime ya que, a su elevado sacerdocio y otras excelentes prerrogativas recibidas en su presantificación, se le unió después el singular privilegio de ser Esposo Legal y Virginal de la Madre de Dios, de la cual era ya dilectísimo Esposo Místico por su especialísimo Desposorio con la Divina Alma de María. Su excelsa dignidad en la tierra se coronó al delegar en él el Eterno Padre su Paternidad sobre el Verbo Divino Encarnado, constituyéndole su Vicario con autoridad sobre Jesucristo, pues San José es verdadero Padre Legal y Virginal de Jesús.

3. El Dulce Nombre de José tiene un significado aún más profundo y trascendental, que es el de «*Padre*», porque fue elegido por el Altísimo para denominar al que iba a ejercer la Paternidad sobre su Divino Hijo y sobre la Iglesia. El patrocinio de San José se aplicó en el Antiguo Testamento, de manera anticipada, en virtud de su futura Paternidad Universal sobre la Iglesia, que él ejerció a partir de su presantificación mediante

su singular sacerdocio. Al constituirse el Cuerpo Místico de María, San José ejerció el patrocinio sobre sus miembros, siendo el Cuello de ese Cuerpo Místico, cuya Cabeza era María. A partir de la Encarnación del Verbo Divino, San José ejerció su Paternidad sobre los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, no sólo por su singular sacerdocio, sino además por ser Padre Legal y Virginal de Jesús, Cabeza de dicho Cuerpo Místico; por lo tanto, la Paternidad de San José sobre el Cuerpo Místico de Cristo, es por un doble motivo: como Sacerdote y como Padre de Jesús. Finalmente, el Glorioso Patriarca San José consumó su Paternidad en el Calvario al hacer entrega a San Juan del sacrificio finito de la Iglesia antes de que ésta naciese de los Sagrados Corazones de Jesús y María.

4. El día 28 de agosto del año 5172, o sea, a los cuarenta días de su nacimiento, tuvo lugar el rito legal de la Presentación, en el Templo de Jerusalén, del Santísimo Niño José por sus padres, y el de la purificación de Raquel, su madre. Dicho ofrecimiento fue hecho por el Vicesumo Sacerdote y Profeta Simeón, quien, iluminado por el Altísimo, conoció el profundo misterio que encerraba la persona de aquel santo niño. El Santo Sacerdote se vio transportado de un gozo indecible ante la presencia del futuro Esposo Virginal de María y Padre Virginal del Redentor, diciendo a los progenitores del Santo Patriarca que aquel niño sería el consuelo de todos aquellos que tuvieran trato con él, es decir, que se acogieran a su protección.

5. Días después, Jacob y Raquel partieron con su santo hijo a Nazaret, y desde allí fueron en fervorosa peregrinación al Monte Carmelo, Sede de los Esenios, en donde el Niño José fue consagrado de manera especial a la Virgen Madre de Dios venidera por el Sumo Pontífice Esenio Arcos. Después retornaron a Nazaret, en donde transcurrió la mayor parte de la vida de San José.

6. San José vivió sometido a la obediencia y educación de sus padres, alejado del mundo, absorto en divina contemplación y con rigurosos ayunos. San José aceleró, con esos actos heroicos, la Inmaculada Concepción de su futura Esposa María. En el año 5190, cuando San José tenía dieciocho años de edad, murió su madre y, poco después, su padre. Ya huérfano, para vivir en voluntaria pobreza, repartió sus bienes entre los necesitados, entregando de su herencia una parte al Templo de Jerusalén, junto al cual trabajó después como carpintero, y en donde vivió como miembro de la Tercera Orden Carmelitana, aunque de su herencia conservó la casa que tenía en Nazaret.

7. Ese mismo año 5190, al llegar San José al Templo, ya hacía seis años que moraba en él la Santísima Virgen María. Entre ambos existía una misteriosa comunicación espiritual encaminada a impetrar de Dios el pronto advenimiento del Mesías. San José veneraba ya a María como Madre del futuro Redentor; y Ella se regocijaba por llegar a ser la Esposa Virginal de este Justísimo Varón, pues con ello cumpliría la voluntad de Dios. Ambos jamás se vieron personalmente hasta el mismo día de su Desposorio.

Libro III

La Santísima Virgen María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo

Capítulo I

La Triple Bendición, Sacramento de la Inmaculada Concepción

1. Llegada la plenitud de los tiempos, el Creador, dando pleno desahogo a su infinita misericordia, determinó tuviese cumplimiento la Obra de la Reparación y de la Redención. Para ello el Altísimo nos donó al Nuevo Adán y a la Nueva Eva, Cristo y María, cuyas Almas se revistieron de carne, ya que en carne de hombre y mujer fue cometido el pecado original, causante de la gran ruina humana.

2. A fin de que se obrase la Inmaculada Concepción de María Santísima, la providencia divina reservó, desde antes del pecado de nuestros primeros padres Adán y Eva, sus semillas inmaculadas y gloriosas que transformarían, a su debido tiempo, uno de los benditísimos gérmenes de Santa Ana y otro de San Joaquín, para formarse, después, a través de la sublime cohabitación de ambos cónyuges, el Cuerpo Glorioso e Inmaculado de María Irredenta. Estas semillas inmaculadas y gloriosas de Adán y Eva, desposadas con las Almas de Cristo y María, constituían el Sacramento de la Triple Bendición, el cual se hallaba depositado en el Tabernáculo del Templo de Jerusalén.

Capítulo II

El Arcángel San Gabriel anuncia a los esposos Ana y Joaquín que tendrán una hija

1. Como el matrimonio de Santa Ana y San Joaquín no diera señales de fecundidad, ambos esposos, durante veinte años, oraban incesantemente al Dios Todopoderoso para que les concediese la deseada descendencia. Con este fin, visitaban con frecuencia el Templo de Dios en Jerusalén impetrando la gracia de la fecundidad.

2. Hallándose Santa Ana en la aldea de Séforis y San Joaquín en una propiedad que tenía en el Monte Hermón al norte de Galilea, ambos recibieron al mismo tiempo la visita del Arcángel San Gabriel, quien comunicó por primera vez, a los Santos Esposos, la buena nueva de que tendrían una hija. También les dijo el Arcángel que deberían ir enseguida para Jerusalén.

Capítulo III

La transformación de las semillas de Santa Ana y San Joaquín

1. Los Santísimos Esposos Ana y Joaquín, cumpliendo con el mandato de Dios recibido a través del Arcángel San Gabriel, se encaminaron a Jerusalén, hospedándose Santa Ana en la casa del matrimonio Zacarías e Isabel, y alojándose San Joaquín junto al Templo de Dios. Mientras que Santa Ana oraba en su aposento, y su esposo se hallaba trasladado en visión ante el altar del incienso, cada uno volvió a recibir la visita del mensajero celestial que les comunicaba otra vez la

buna nueva de que tendrían una hija, a quien deberían poner el Nombre de María.

2. El sábado 1 de diciembre del año 5180, cuando Santa Ana y San Joaquín se hallaban orando en el Templo de Dios de Jerusalén, fueron arrebatados en visión al lugar Santo de los Santos, en donde se les apareció el Alma Divinísima de Cristo bajo apariencia de Ángel; quien portaba en sus manos el Cáliz de Melquisedec con la Triple Bendición. El Alma de Cristo echó un poco de agua en el Cáliz, en el que se hallaba el Santísimo Sacramento, y luego, con su mano, signó la frente de San Joaquín, tocó sus labios con el Sacratísimo Misterio y le dio a beber de esa agua bendecida con el contacto de la Triple Bendición. Seguidamente, el Alma Divinísima de Cristo introdujo dicho Santísimo Sacramento en el costado de San Joaquín, quedando constituido todo su ser en excelso Tabernáculo de la Triple Bendición Sacramentada. Después, el Alma de Cristo dio a beber también a Santa Ana de esa agua bendecida, la cual tenía la virtud de dar la fecundidad a las mujeres estériles que la bebían con fe.

3. Poco después, los Santos Esposos Ana y Joaquín se encaminaron, desde el lugar del Templo en que se hallaban orando, por un pasaje subterráneo, por el que se tenía acceso a la ciudad. En dicho pasaje subterráneo, bajo la Puerta Dorada del Templo, el Santísimo Joaquín transmitió el elemento femenino de la Triple Bendición a su esposa, la Santísima Ana, a través de un sublime abrazo.

4. En ese mismo instante, se obró la milagrosa fusión de los respectivos gérmenes de los Padres de la Virgen, con los provenientes respectivos gérmenes gloriosos de Adán y Eva. De manera que, sin perder los ya referidos gérmenes de Santa Ana y San Joaquín sus características personales, por esta transformación quedaron glorificados, adquiriendo la naturaleza propia del estado de justicia original; pues fueron llenos esencialmente de toda la plenitud de dones y gracias que los de Adán y Eva tenían, y eso en mayor grado. Por lo cual, con toda propiedad, el óvulo ya transformado de Santa Ana continuó siendo el suyo; y el elemento fecundante masculino, ya transformado, de San Joaquín, continuó siendo el suyo. He aquí el por qué la Virgen María, siendo verdadera hija de padres redimidos, es, al mismo tiempo, Inmaculada. Gracias a esta singular prevención divina, el Alma Santísima de María no se manchó con el pecado original al tomar cuerpo de sus padres, dándose cumplimiento así a lo decretado por Dios de que María es Irredenta, singularísimo privilegio por Ella merecido en atención a su altísima dignidad de Madre de Dios. María es Inmaculada porque debía permanecer Irredenta.

5. Durante los siete días que mediaban desde el sublime abrazo bajo la Puerta Dorada hasta la Inmaculada Concepción, Santa Ana y San Joaquín se retiraron a la soledad de su casa en Jerusalén, donde meditaron

profundísimamente sobre los misterios de la futura Iglesia de Cristo.

Capítulo IV

La Concepción Inmaculada de María

En la casa que Santa Ana y San Joaquín tenían en la ciudad de Jerusalén, el sábado día 8 de diciembre del año 5180, en virtud de la sublime cohabitación de ambos Santísimos Esposos, se obró la Inmaculada Concepción de su hija, la Divina Virgen María. En ese instante supremo de realizarse la Inmaculada Concepción de María, se unió a sus Santísimos Cuerpos esencial y accidental su Divina Alma ya preexistente, que estaba llena, desde el momento de su creación, de todas las virtudes y gracias en grados insospechables, sin sufrir menoscabo al unirse a su humanidad corpórea. No sólo el Cuerpo esencial, sino también el santísimo y bellísimo Cuerpo accidental de la Divina Niña María fue concebido y formado, en el mismo instante, todo entero, con sus miembros y órganos perfectamente perfilados y acabados, aunque en tamaño minúsculo; por lo cual dicho Cuerpo accidental no estuvo sujeto al natural desarrollo propio del período de la gestación, aunque sí sometido al natural crecimiento. El Cuerpo esencial y el Cuerpo accidental inmaculados de la Divina María fueron concebidos en el seno de la Santísima Ana, por obra del Santísimo Joaquín, necesariamente con los dones y virtudes de cuerpo glorioso, dada la naturaleza gloriosa de las semillas de sus santísimos padres, una vez transformadas, todo en virtud del Divino Desposorio; pues, la Santísima Virgen María no estaba sujeta al decreto divino que corresponde a la naturaleza humana caída. Además, Ella siguió gozando, en el momento de su concepción, de la visión beatífica, así como de la ciencia infusa, y demás dones, en el mismo grado de plenitud que los poseía desde la creación de su Divina Alma, que es el mayor que puede gozar criatura alguna, después de la Sacratísima Humanidad de Cristo, y que no es susceptible de aumento. Cual nueva Eva, la Santísima Virgen María gozó, ya desde el primer momento de ser concebida, del plenísimo uso de razón y perfectísimo discernimiento humano. La potencia instintiva animal o sexto sentido, existente en el Inmaculado Cerebro accidental de la Divina María, siempre actuó en perfecta armonía con las purísimas potencias de su Divina Alma en virtud de la impecabilidad intrínseca por gracia.

Capítulo V

Cualidades gloriosas del Alma y de los Cuerpos de la Divina María

1. La Divina María, además del estado natural glorioso que posee siempre en su Alma y en sus Cuerpos, tuvo, también, durante la mayor parte de su vida en la tierra, estado pasible en su Alma y en su Cuerpo accidental, a fin de poder sufrir por nosotros. Su Cuerpo esencial jamás tuvo estado pasible. Por lo tanto, durante su vida en la tierra: el Alma de María gozó siem-

pre de la visión de Dios, menos en su Muerte espiritual en el Calvario; los Cuerpos de María, participaron de la visión beatífica cuando el Alma les comunicaba dicho gozo. María, en el estado pasible de su Alma y de su Cuerpo accidental, siempre sufrió. Mas, su Cuerpo esencial, aun en aquellos momentos en que se vio privado del gozo beatífico, nunca sufrió, ya que conservaba un sublime gozo sano sobrenatural que le inundaba todo.

2. Si bien la Santísima Virgen María esencialmente no necesitaba tomar alimento alguno para vivir dado el estado natural glorioso de su cuerpo accidental, sin embargo, ella quiso padecer hambre y sed en beneficio de la pobre humanidad; para lo cual quedó sometida a la necesidad extrínseca de tomar alimentos. La Divina María, dada la cualidad esencialmente gloriosa de su cuerpo accidental, no estuvo sujeta a enfermedades ni a ninguna función orgánica propia de la naturaleza caída. De manera que, lo que ella comía y bebía, lo eliminaba prodigiosamente mediante una aromática transpiración. También el Cuerpo de Santa Ana gozó de la misma cualidad gloriosa, en lo que respecta a la eliminación de los alimentos y otras secreciones, durante el período de los nueve meses que su Hija permaneció en su vientre; este privilegio fue en atención a la excelsa dignidad de María.

Capítulo VI

La Divina María, en el seno de su madre Santa Ana, hace voto de Perpetua Virginitad y se ofrece como Víctima para la Obra de la Reparación y Redención

1. Realizada su Inmaculada Concepción, allí mismo en el seno de Santa Ana, con toda su perfectísima voluntad, la Divina María se entregó a la reparación del Eterno Padre y a la redención de los hombres. Lo que inició ofreciéndose, con la más profunda humildad, toda Ella a su Divino Esposo, el Creador, y consagrándole las primicias de su Ser: la exquisita azucena del Voto Perpetuo de su Virginitad.

2. La Divina Providencia dispuso en sus planes que el Alma y el Cuerpo accidental de la Divina Niña María, se vieran libres del estado pasible durante la permanencia en el seno de su madre Santa Ana. Mas, deseando la Santísima Niña que sus actos de reparación y redención fueran expiatorios, se vio impulsada por el Divino Espíritu a hacer valer su omnipotencia suplicante ante el Eterno Padre, a fin de que se lo concediese. El Eterno Padre, condescendiendo a la súplica de su amorosísima Hija, accedió concederle, en determinados momentos, lo que ardientemente le pedía, que sólo era posible asumiendo el estado pasible en el Alma y en el Cuerpo accidental. También en determinados momentos le eran velados la ciencia infusa y otros excelsos dones, aunque no de manera total, en el estado pasible de su Alma, para que sintiera ignorancia, principalmente, en lo que atañía al conocimiento de su altísima misión, de manera que pudiera hacer actos de fe, esperanza y caridad, con mayor dolor me-

ritorio. Este merecimiento no era para Sí, sino para nosotros, los desterrados hijos de Eva.

3. Durante los momentos en que su Alma y su Cuerpo accidental gozaban del estado glorioso, la actividad reparadora y redentora de María fue sin carácter expiatorio, pero sí meritorio. Y cuando en ambos elementos asumía el estado pasible, dicha actividad era meritoria de carácter expiatorio. Por lo cual, María, con gemidos inenarrables y los más excelsos actos heroicos de todas las virtudes, procuraba la reparación del Padre Celestial y la redención del género humano, así como el adelanto de la Venida del Mesías Prometido. Todos los sacrificios de María eran de valor infinito; pues, aun siendo María finita por naturaleza, ya que es pura criatura, sin embargo, por razón del singularísimo Desposorio de su Divina Alma con el Alma Divinísima de Cristo, todos sus actos encierran un contenido y alcance infinitos, sin necesidad del Calvario.

4. ¡Oh prodigiosa actividad de María, toda convertida en amor de Dios y caridad para con los hombres! Divina actividad que no conoció descanso ni reposo durante los nueve meses que la Santísima Niña vivió en el seno materno. Al castísimo seno de Santa Ana, durante todo este período, le cupo la altísima dignidad de verse convertido en auténtico Santuario del Tabernáculo de Dios. De él se elevaban incesantemente al Creador, purísimos y gratísimos sacrificios brotados del Corazón de María, con intensísimo fuego de amor ardiente que abrasaba en infinita complacencia a la Augustísima Trinidad. Aquel Inmaculado Corazón era un inmenso volcán de fuego y amor divinos, y de caridad para con los humanos. Era una fuente inagotable de la más alta reverencia, alabanza y adoración a la Infinita Majestad en la Unidad y Trinidad de Dios; y lo era como obsequio de Sí misma y de toda criatura.

5. Desde el mismo instante de su Inmaculada Concepción, la Santísima y Divina Niña María, la nueva Eva, continuó quebrantando, ahora más fuertemente, la cabeza del dragón infernal, Lucifer; pues comenzó desde ese momento a actuar plenamente como Correparadora y Corredentora. Actuación cristalizada, sobre todo, en una continua humildísima y amorosísima violencia al Eterno Padre para que adelantara la hora de la Encarnación de su Divino Hijo, el Redentor.

6. La intensa y profunda actuación reparadora y redentora de la futura Madre de Dios, durante su permanencia en el seno privilegiado de Santa Ana, fue eminentemente sacerdotal. El Alma Santísima de la Divina María ya poseía el Sacerdocio eterno desde el instante de su creación, y en virtud de su Desposorio con la Divinísima Alma de Cristo. En la Inmaculada Concepción de María se obró la extensión de su sacerdocio a toda su humanidad corpórea.

Capítulo VII

El Cuerpo Místico de María

1. Los Santísimos Cuerpos esencial y accidental de María, desde el mismo instante de ser concebidos, albergaron a todos los miembros de la Iglesia, constitu-

yéndose el Cuerpo Místico de María, vivificado por el Alma Mística, la cual es el Desposorio de las Divinas Almas.

2. El Cuerpo Místico de María no fue figura del Cuerpo Místico de Cristo, sino sublime Arca que encerró a toda la Iglesia para después dársela a Jesús al vestir con su propia Carne y Sangre el Alma Divinísima de Él unida inseparablemente al Verbo Divino. El Cuerpo Místico de María fue elemento esencial para la futura formación del Cuerpo Místico de Cristo.

3. La Concepción Inmaculada de María inundó de glorioso júbilo a toda la Iglesia, al verse ya cumplida la primera promesa anunciada en el Paraíso, y durante tanto tiempo anhelada por los Patriarcas, los Profetas y todos los demás fieles. Asimismo la Iglesia, al pertenecer al Cuerpo Místico de María, recibió un especial aumento de gracias y bendiciones, unido a una segura esperanza de su inminente redención.

Capítulo VIII

La Natividad e Infancia de la Santísima Virgen María

1. La Santísima Ana conoció, por ilustración divina, el momento en que daría a luz a su Divina Hija. Al llegar la hora suprema, Santa Ana se vio inundada de un gozo celestial y se postró de rodillas en oración sintiendo en su seno el natural movimiento del parto, en el cual estuvo envuelta en el resplandor sobrenatural de la misma Divinidad, que se hizo visible para dar su beneplácito al Nacimiento de María.

2. El nacimiento de la Divina María tuvo lugar el 8 de septiembre del año 5181, en la aldea de Séforis, cerca de Nazaret de Galilea. El Cuerpo accidental Inmaculado de la Virgen María salió del benditísimo vientre de su madre, Santa Ana, siguiendo la vía natural propia del parto: mas, éste no estuvo sujeto a los dolores y demás circunstancias inherentes, que son consecuencia del pecado y propios de la naturaleza caída; pues, aunque los padres de la Divina Niña fueron redimidos, María fue concebida Inmaculada, conforme a su naturaleza irredenta, y además, nació con las dotes y virtudes de cuerpo glorioso. He ahí la razón del por qué el parto de Santa Ana fue límpido, sublime y resplandeciente, con dulzura y encanto celestial.

3. La Divina Niña poseía, desde el instante de ser concebida, plenísimo uso de razón y perfectísimo discernimiento humano: luego, era propio, en Ella, el ver, sentir y conocer el proceso de su alumbramiento; mas, arrebatada en un elevadísimo éxtasis, entró al mundo en plena contemplación de Dios y abstraída en sus sentidos corporales de lo que sucedía en el parto.

4. Al nacer la Divina Niña, en virtud de las dotes gloriosas de sus Cuerpos, se hizo presente en el Cielo y, adorando la Majestad Infinita de Dios, correspondió con amorosísimos actos de gratitud el haber sido colocada en este mundo para cumplir plenamente con la altísima misión que Él le había encomendado. La Santísima Trinidad contempló complacida esta primorosísima Obra de sus manos, ya completamente acaba-

da, presentándola a toda la corte angélica, que, con júbilo y gozo inenarrables, cantaron las alabanzas del Dulce y Santísimo Nombre de María, como era llamada desde el momento de la creación de su Divina Alma, pues el Nombre de María fue arrancado, en aquel instante, de la Divinidad.

5. Desde el Cielo, la Divina Princesa se trasladó al Limbo de los Justos, inundando de claridad, de alegría y de esperanza esta morada de los santos, y les anunció a todos que ya la Redención era inminente. No quiso María dejar sin consuelo a las almas del Purgatorio, por lo cual también las visitó en su morada de expiación, aliviando a todas con su presencia, liberando a muchas de las allí detenidas y dando a otras esperanza de su pronto rescate. Todas estas visitas María las efectuó sin dejar de estar presente y visible en la tierra, manifestando así su omnipresencia. La misma naturaleza festejó el Nacimiento de la Reina del Universo con sensible aumento de su vitalidad y un nuevo florecimiento; brillaron con más intensidad los cuerpos celestes, y toda la creación visible se conmovió con manifestaciones de júbilo. Los Infiernos se estremecieron ante la opresión del omnipotente Pie de María, y los demonios, más enfurecidos, avivaron su propio tormento en aquel volcán inextinguible. Mas, el Nacimiento de María repercutió, sobremanera, en provecho de la humanidad pecadora, pues ya se hallaba visiblemente en la tierra la Madre de la Gracia y el apoyo de la Redención.

6. Con el nacimiento de María, se alumbró también su Cuerpo Místico, el cual se fue consolidando a la par que su Cuerpo físico crecía y se preparaba para la Encarnación del Verbo Divino. A la gloriosa Santa Ana, le cupo, pues, la altísima misión de concebir y alumbrar, en María, a la Iglesia de entonces. De manera que la Santísima Ana fue la Madre del Cuerpo Místico de María, pues vistió con su carne el Cuerpo físico de su Divina Hija, y también concibió a su Cuerpo Místico. Santa Ana es, además, la Abuela del Cuerpo Místico de Cristo. San Joaquín a su vez, fue el Padre del Cuerpo Místico de María, y es el Abuelo del Cuerpo Místico de Cristo, por haber engendrado el Cuerpo físico de María.

7. Durante los quince días que siguieron al parto, la Santísima Ana y su Divina Hija María permanecieron aisladas conforme a la Ley de Moisés. A los veinte días del parto, o sea, el 28 de septiembre del año 5181, hubo una fiesta familiar a la que asistieron varios sacerdotes levíticos de Nazaret, así como el Sumo Sacerdote Esenio Eliud, con otros sacerdotes esenios. En el transcurso de esta ceremonia se le impuso públicamente a la Divina Niña el Dulcísimo Nombre de María. Multitud de Ángeles se aparecieron portando un escudo con el Nombre de María que fue visto por Santa Ana y por su Hija. El día 27 de noviembre del año 5181, cumplidos los ochenta días a partir del nacimiento de la Divina Niña María, Ésta fue llevada al Templo de Jerusalén por sus Santísimos Padres, observándose el rito de la purificación de Santa Ana, mandado en la Ley, y además, por inspiración divina, el de la Presentación de su Hija, quedando inscrito el Nombre de

María en el registro oficial del Templo. La ceremonia fue realizada por el Vicesumo Sacerdote Levítico Simeón. Con motivo de esta visita, los Santísimos Esposos Ana y Joaquín, por inspiración divina, hicieron en presencia de Simeón el voto de entregar a su Divina Hija al servicio del Templo como religiosa esenia cuando llegara el tiempo.

8. Durante los tres primeros años de su infancia, en el seno de la familia, la Divina Niña María rindió a sus padres, Santa Ana y San Joaquín, la más abnegada sumisión y obediencia, junto al más tierno amor filial, condescendiendo humildemente a la educación y enseñanza que recibía de ellos, siendo así modelo de hija. María, aunque no necesitaba aprender, ya que todo lo conocía en virtud de su ciencia beatífica y ciencia infusa, las cuales poseía en elevadísimo grado, quiso ir manifestando sus conocimientos a medida que iba creciendo, para darnos ejemplo de humildad.

Capítulo IX

Excelencias del Dulcísimo Nombre de María

Después del Nombre de Jesús, el Nombre de María es el más noble, bello, santo y terrible de todos cuantos puedan existir, y el que más contenido y significado encierra. María significa Mar de Gracias y, además, Mar de Amarguras. María es el Mar que estrecha el Océano infinito e inmutable de la Divinidad. María significa la amada de Dios y la que ama a Dios; y, sobre todo, el Nombre de María está expresando su Maternidad Divina y su Maternidad Universal, pues María, en el sentido más profundo, quiere decir Madre.

Capítulo X

El convento de religiosas esenias o carmelitas del Templo de Dios en Jerusalén

1. Como sabemos, existía en los aposentos adjuntos del Templo de Dios en Jerusalén una comunidad de religiosas del Monte Carmelo con el fin de dirigir y educar, según su vocación, a las jóvenes religiosas allí consagradas al servicio de Dios; pues había entre los israelitas piadosos la silenciosa esperanza de que de una de estas vírgenes educadas en el Templo debía nacer el Mesías. Algunas de estas religiosas educandas se incorporaban definitivamente en la comunidad religiosa esenia después de un cierto tiempo, y profesaban sus votos perpetuos; y otras, que era lo más común, se desposaban y salían.

2. Los miembros de dicha comunidad religiosa esenia, residían en celdas con pequeños oratorios desde donde podían observar el interior del Templo sin ser ellas vistas, y allí oraban, meditaban y ejercían ciertas labores santas. Se trataba, pues, de una verdadera vida monástica de estricta observancia. Las religiosas, en lo que a su vida comunitaria se refiere, dependían exclusivamente del Superior General de los Esenios y eran dirigidas espiritualmente por un sacerdote esenio que celebraba los cultos propios dentro de la clausura. Mas, en lo que respecta a sus labores en el Templo,

estaban bajo la autoridad del Sumo Sacerdote Levítico, el cual delegaba en otro sacerdote levítico que era elegido por el Superior General de los Esenios, y que tenía que ser, además, miembro terciario de la Orden del Carmelo. La admisión de las religiosas se hacía de común acuerdo entre el sacerdote levítico antes nombrado y la superiora de la comunidad.

Capítulo XI

La Presentación e ingreso religioso de la Niña María en el Templo a los tres años

1. Cuando la Divina Niña María había cumplido los tres años de edad, el Arcángel San Gabriel se apareció a los santos esposos Ana y Joaquín, para manifestarles que era deseo del Altísimo de que la Santísima Niña fuera ya entregada al Templo de Dios en Jerusalén, para que viviese como religiosa en la comunidad esenia femenina existente en los aposentos adjuntos del Sagrado Edificio; y así se correspondiese al ardiente deseo de Ella, pues estaba consagrada a Dios con el voto perpetuo de virginidad, y se cumpliese también el voto hecho por sus padres.

2. Santa Ana y San Joaquín, perfectísimos modelos de obediencia y acatamiento a la voluntad de Dios, acompañados del sacerdote levítico Zacarías, llevaron al Templo de Dios en Jerusalén a la Divina Niña María, de tres años de edad, siendo recibida el 21 de noviembre del año 5184 por el Anciano Simeón, que era el Sumo Sacerdote Levítico, y por Ana la Profetisa, que era la superiora de la comunidad de religiosas esenias allí existente. En dicha comunidad estaba como principal maestra religiosa, Noemí, tía de Lázaro de Betania; y, entre otras, se hallaba, como religiosa, Serapia, más tarde conocida como la Verónica.

3. Durante todo el tiempo en que se halló la Niña María en la Comunidad de religiosas esenias del Templo de Jerusalén, el Profeta Eliud era el Sumo Sacerdote Esenio. Éste encomendó al Sumo Sacerdote Levítico Simeón que, en atención a la Niña María, fuera él mismo el encargado de ejercer la autoridad delegada con respecto a las labores en el Templo de la comunidad de religiosas esenias.

4. El virtuoso Profeta y Vicesuperior General de los Esenios Jesús de Sirac, en el tiempo en que se hallaba la Niña María en la Comunidad de religiosas esenias en uno de los aposentos adjuntos al Templo de Jerusalén, era el sacerdote esenio que dirigía espiritualmente a las religiosas esenias de dicha Comunidad, y el que ofrecía, en la clausura de la misma, los sacrificios esenios de pan y vino.

5. La Divina Niña María manifestó su firme deseo de vivir en toda su integridad la vida religiosa carmelitana y permanecer allí toda su vida; y, al mismo tiempo, durante la edad requerida, someterse a la enseñanza y a la educación como las demás compañeras; a esto accedieron los superiores, iluminados por Dios. La Niña María vivió, pues, como auténtica religiosa, en la observancia fiel de las reglas, con la más austera penitencia, y en continua oración y contemplación de Dios. Ella, modelo y ejemplo de la vida religiosa, causó la admiración de los sacerdotes y de todos los demás que estaban al servicio de Dios.

6. No hay palabras para ponderar el sacrificio de María en el Templo, pues siendo Ella la escogida para Madre de Dios y la que mandó al Profeta Elías la fundación de la Orden del Carmelo, de la cual es la Reina y Hermosura, sin embargo vivió allí sumisa y obediente con el mayor silencio y ocultación de su Santísima Persona. María abarcó en Sí el máximo ascetismo que es posible en una pura criatura, edificando a todos y moviéndoles a una mayor austeridad; además, mereció gracias especialísimas que enriquecieron la vida religiosa, al alcanzar sus miembros una mayor santidad.

7. En muchas ocasiones, la Excelsa y Santísima Niña María, en el transcurso de sus sublimes y amorosísimos coloquios con Dios, su Divino Esposo, llegaba a tal arrobamiento que se elevaba al Cielo en Cuerpo y Alma, penetrando en aquella gloriosa mansión, pues para Ella nunca estaba cerrada la Bienaventuranza Eterna.

8. Durante su permanencia en el Templo de Jerusalén, la Divina Niña María santificó de manera más extraordinaria el Tabernáculo o lugar Santo de los Santos, en donde había estado la Triple Bendición, al ser Ella la verdadera y viva Arca de la Alianza. María estuvo siempre realmente presente, en oración y contemplación de Dios, dentro del lugar Santo de los Santos de manera especialísima y singular en razón de su vida religiosa, aunque sin hacerse visible; y, al mismo tiempo, cumplía con las obligaciones de su vida monástica. Y al igual que en el Tabernáculo, María permaneció, también, en la Cueva de Elías en el Monte Carmelo, durante ese mismo período en que vivió como religiosa en el Templo.

9. El Profeta Simeón, Sumo Sacerdote Levítico, que hasta entonces era terciario esenio, el día 2 de febrero del año 5186, catorce años antes de la Presentación del Niño Jesús en el Templo, a petición de la Niña María y con la aceptación de Eliud, Superior General de los Esenios, pasó a ser religioso esenio.

Libro IV

Últimos años de la vida de los Padres de la Virgen María

Capítulo I

Muerte del Santísimo Joaquín

1. El día 20 de marzo del año 5185, habiendo transcurrido cuatro meses de la estancia de la Divina María como religiosa en el Templo de Dios, murió su padre, el Santísimo Joaquín, a la edad de sesenta y nueve años. Dicha muerte fue en Jerusalén, en donde los Padres de la Virgen María tenían una casa y allí pasaban ciertas temporadas.

2. La Divina Niña María supo por revelación el momento en que acaecería la muerte de su padre; por lo que Ella, sin salir del Templo, se hizo presente junto al lecho del moribundo, en donde se hallaban Santa Ana y también la Divinísima Alma de Cristo bajo figura corporal, que asistieron a San Joaquín en tan dichosa muerte.

3. El cuerpo accidental del Santísimo Joaquín fue sepultado en el sepulcro en el que más tarde el Cuerpo de María estaría tres días depositado en sublime dormición, y que está en el Valle de Josafat, junto al Huerto de los Olivos. El cuerpo esencial del Santísimo Joaquín resucitó al expirar Cristo. El cuerpo accidental del Santísimo Joaquín resucitó al resucitar Cristo.

Capítulo II

Sucesivos matrimonios de la Santísima Ana

1. Después de la muerte de San Joaquín, Santa Ana, cumpliendo la voluntad de Dios, en el año 5186 casó en segundas nupcias con el viudo Cleofás. De este matrimonio nació María Cleofás en el año 5187.

2. Santa Ana, una vez muerto Cleofás, en el año 5188 casó con Salomé. De este matrimonio nació María Salomé en el año 5189.

3. Estas dos nuevas nupcias de la Santísima Ana, estaban determinadas en los planes divinos; ya que era necesario y lógico dar, a la que había de ser Madre del Altísimo, dos hermanas, María Cleofás y María Salomé, para que, en los momentos cruciales del Calvario, humanamente la consolaran. Esos fueron los planes divinos: dar dos hermanas a la Santísima Virgen María para que se unieran en el dolor a Ella.

4. Los dos maridos posteriores de Santa Ana, Cleofás y Salomé, así como las otras dos hijas de Santa Ana, María Cleofás y María Salomé, fueron presantificados en el seno materno en sus respectivos momentos, poco antes de nacer.

Capítulo III

Santa Ana entrega a sus hijas menores al Templo de Dios en Jerusalén

1. Hasta poco antes de su muerte, la Santísima Ana vivió con sus dos hijas menores, María Cleofás y María Salomé, en su casa de Jerusalén, situada cerca del

recinto del Templo, al noroeste de la ciudad, y próxima a la actual Puerta de San Esteban, que comunica con el Valle del Cedrón o de Josafat.

2. Sus dos hijas menores, María Cleofás y María Salomé, acudían, en calidad de externas, al colegio carmelitano del Templo, en cuyo convento residía su hermana mayor, la Divina María, para recibir ellas también una esmerada educación conforme a las costumbres esenias. En el año 5198, Santa Ana, ya viuda de su tercer esposo Salomé, conociendo, por revelación divina, la proximidad de su muerte, entregó, en calidad de religiosas educandas, a sus dos hijas menores, María Cleofás, de once años de edad, y María Salomé de nueve años de edad, a la custodia de Noemí, tía de Lázaro, que era Maestra principal de la escuela esenia del Templo. Y como Santa Ana estuviese decidida a vender su casa de Jerusalén para entregar el importe al convento esenio, y cubrir así los gastos de sus tres hijas, consultó con Noemí; y ésta, inspirada por Dios, para evitar que tan preciada mansión pasase a manos profanas, sugirió a sus piadosísimos familiares, los padres de Lázaro de Betania, llamados Siro y Eucaria, que la comprasen y entregaran su importe a Santa Ana, como así fue. Ésta depositó en las manos de Noemí el importe recibido, para que ella lo administrase en provecho de las tres santas hermanas. No obstante la venta de la casa, Santa Ana vivió en ella el poco tiempo que le quedó de vida.

Capítulo IV

Muerte de la Santísima Ana

1. El día 26 de julio del año 5198, medio año antes del Desposorio de la Divina María con el Santísimo José, murió la Santísima Ana, a la edad de sesenta años. Dicha muerte fue en la casa de Jerusalén.

2. La Divina Niña María supo por revelación el momento en que acaecería la muerte de su madre, por lo que, sin salir del Templo, se hizo presente junto al lecho de la moribunda, en donde también se hizo presente la Divinísima Alma de Cristo bajo figura corporal. La Santísima Ana, poco antes de morir, quedó abismada en amorosísimo éxtasis, durante el cual vio muchos de los grandes misterios de la Redención, expiando dulcemente en los brazos de su Divina Hija María.

3. El cuerpo accidental de la Santísima Ana fue sepultado, junto al de su esposo el Santísimo Joaquín, en el sepulcro en el que más tarde el Cuerpo de María estaría tres días depositado en sublime dormición, y que está en el Valle de Josafat, junto al Huerto de los Olivos. El cuerpo esencial de la Santísima Ana resucitó al expirar Cristo. El cuerpo accidental de la Santísima Ana resucitó al resucitar Cristo.

Libro V

El Desposorio de la Santísima Virgen María con el Santísimo José

Capítulo I

El Desposorio de la Santísima Virgen María con el Santísimo José

1. Tras la muerte de Santa Ana, le fue revelado en sueños al Sumo Sacerdote Levítico, el Anciano Simeón, que debía dar esposo a la joven Divina María, que se hallaba como religiosa en el monasterio carmelitano del Templo de Jerusalén. Dios reveló al Anciano Simeón que había llegado la hora de la Encarnación del Verbo Divino en las Purísimas Entrañas de la Virgen María, por obra y gracia del Espíritu Santo, sin detrimento de su Virginitad, ni la del Virgen José. Simeón, para cumplir lo mandado por Dios, y a fin de dar prueba, ante los demás, de que San José era el elegido para Esposo de la Virgen María, llamó a los varones más dignos de la Casa de David, tanto en nobleza como en santidad, y se les dio a cada uno una vara seca. Todos estos varones permanecieron en oración en el Templo de Dios en Jerusalén, suplicando a la Augustísima Trinidad se dignase florecer la vara del elegido para Esposo de María. El privilegiado fue, pues, el Santísimo José, cuya vara floreció al mismo tiempo que el Espíritu Santo, en forma de paloma, bajaba del Cielo posándose sobre su cabeza.

2. La Divina María sabía antes de este suceso que el Santísimo José era el elegido por Dios para ser su Esposo, predestinado para Ella desde toda la eternidad, y que estaba también ligado con voto de perpetua virginitad. Igualmente San José sabía que la Divina María era la elegida por Dios para ser su Esposa, predestinada para él desde toda la eternidad, y que estaba también ligada con voto de perpetua virginitad. María y José, conociendo que había llegado la hora de la Encarnación del Verbo Divino por obra y gracia del Espíritu Santo, sin detrimento de sus respectivas virginitades, aceptaron plenamente la disposición del Cielo, obedeciendo sumisos al Anciano Simeón con indescriptible entrega e inmolación de sus propias voluntades y, a la vez, con la absoluta confianza de que permanecerían siempre Vírgenes, aun dentro del matrimonio, según sus deseos. La Divina María renunció con veheméntísima y heroica generosidad a su ardiente deseo de permanecer siempre en la vida religiosa.

3. Era costumbre judía, ya próximo al advenimiento de Cristo, que en los desposorios hubieran dos ceremonias: la primera y esencial, la de los esponsales o entrega y aceptación mutuas como esposos, por la que quedaban verdaderamente casados, y era ante las autoridades religiosas de la localidad en que viviesen; y otra, complementaria, la cual consistía en la recepción de la esposa y su conducción a la casa del esposo. El matrimonio de la Santísima Virgen María, de diecisiete años de edad, y del Santísimo José, de veintiséis años de edad, tuvo su primera ceremonia en el Templo de Jerusalén, el día 23 de enero del año 5199, y fue en presencia del Sumo Sacerdote Levítico Simeón, ha-

llándose también presente el sacerdote levítico Zacarías. Días después, los nuevos Esposos se desplazaron a Nazaret, acompañados de varios religiosos esenios de las comunidades masculina y femenina, así como de algunos familiares y otros terciarios. Durante el camino, la Divina María iba en la caravana de las mujeres, mientras que el Santísimo José iba en la de los hombres. Al llegar a Nazaret, todos se reunieron en la casa de Ella, que heredó de sus padres Santa Ana y San Joaquín, a donde se trasladó el Sumo Sacerdote Esenio Eliud, que, providencialmente, en aquellos días se encontraba en una comunidad esenia de esa localidad. Todos acompañaron a los Santísimos Esposos a la casa de San José, próxima a la de la Santísima Virgen María, cumpliéndose así la segunda parte de la ceremonia nupcial. Una vez allí, los desposados manifestaron su inmediato deseo, ante el Sumo Sacerdote Esenio Eliud, de vivir por separado durante un cierto tiempo, según costumbre esenia; por lo cual, el Santísimo José quedó solo en su casa y María se retiró para vivir en la suya propia. El día 25 de marzo del año 5199, estando cada uno en su respectiva casa, se obró la Encarnación del Verbo Divino en las Purísimas Entrañas de la Divina María por obra y gracia del Espíritu Santo. San José, cumpliendo la orden de Dios recibida a través del Arcángel San Gabriel, llevó consigo a su Santísima Esposa a la casa de Nazaret en que él vivía.

Capítulo II

Los desposorios de María Cleofás y María Salomé, hermanas de la Santísima Virgen María. Sus respectivas descendencias

1. María Cleofás se casó con el viudo Alfeo, y tuvieron cuatro hijos: los Apóstoles Tadeo, Simón y Santiago el Menor, así como Susana. De un matrimonio anterior de Alfeo, había nacido el Apóstol Mateo. María Salomé se casó con Zebedeo, y tuvieron dos hijos: los Apóstoles Santiago el Mayor y Juan Evangelista. Las dos hermanas se casaron en el mismo día, en el año 5207, casi al final de la estancia de la Sagrada Familia en Egipto.

2. María Cleofás, tras la muerte de Alfeo, casó en segundas nupcias con el viudo Sabás, naciendo de este matrimonio José Barsabás, llamado el Justo, y que fue uno de los candidatos para ocupar el puesto vacante de Judas Iscariote, que correspondió al Apóstol Matías. Sabás, antes de casarse con María Cleofás, había tenido de su anterior matrimonio a Judas Barsabás.

3. María Cleofás, tras la muerte de su segundo marido, contrajo terceras nupcias con el viudo Jonás, naciendo de este matrimonio Simeón, que fue luego segundo Obispo de Jerusalén. Jonás, antes de casarse con María Cleofás, había tenido de su anterior matrimonio a los Apóstoles Pedro y Andrés.

Libro VI

Muerte del Santísimo José

1. El Santísimo José, en la Circuncisión del Señor, murió místicamente, padeciendo anticipadamente la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo en grado inferior a la Divina María y superior a todos los místicos juntos que la hayan sufrido.

2. El día 19 de marzo del año 5228, el Santísimo José, a la edad de 55 años y ocho meses, murió de amor en los brazos de Jesús y María, en la ciudad de Jerusalén, y fue enterrado en el sepulcro junto al valle de Josafat, en donde años más tarde sería depositado el Cuerpo dormido de la Divina María.

3. La muerte natural de San José fue sólo la de su cuerpo accidental, es decir, la muerte clínica, siendo

además exento del juicio particular. Pues, su cuerpo esencial, al ser esencialmente glorioso por haber recuperado en la presantificación lo que le faltaba de la justicia original, no podía morir. Por eso, tras la muerte del cuerpo accidental de San José, su cuerpo esencial quedó sumido en dulce dormición; y así, unido a su Alma, permaneció dormido e insensible al gozo beatífico de la misma, y a cualquier otro gozo, en el Limbo de los Justos, hasta que Cristo expiró.

4. El cuerpo accidental de San José resucitó al resucitar Cristo.

Libro VII

Último destino de la Triple Bendición

1. El 1 de diciembre del año 5180, tras ser introducida la Triple Bendición en el costado del Santísimo Joaquín, el Cáliz de Melquisedec continuó dentro del Arca de la Alianza del lugar Santo de los Santos del Templo de Dios en Jerusalén, con un poco del agua que había sido bendecida con el Santísimo Sacramento; cuya agua estaba reservada para otros grandes misterios. Además, con la presencia del sagrado Cáliz de Melquisedec, quedó desapercibida la ausencia del Santísimo Sacramento, pues no era llegado el tiempo para que se conociera su desaparición.

2. Poco antes de la concepción de San Juan Bautista el Precursor, hallándose el sacerdote Zacarías en el Templo del Señor ejerciendo su ministerio sacerdotal en el altar del incienso, recibió del Arcángel San Gabriel la buena nueva de que su mujer, Isabel, le daría a luz un hijo, que debía llamarle Juan, y que sería grande delante del Señor. El Arcángel San Gabriel depositó entre las vestiduras del sacerdote Zacarías el Cáliz de Melquisedec, conteniendo una porción del agua bendita que quedó reservada, milagrosamente, desde que San Joaquín recibió la Triple Bendición. Zacarías supo por el Arcángel que esa agua daría la fecundidad a su esposa, y a él la vitalidad, y que se la entregaba para que ambos la bebiesen. Isabel bebió el agua y quedó fértil para concebir. Zacarías bebió el agua y quedó vigorizado para engendrar.

3. Después, el Cáliz de Melquisedec fue entregado por Zacarías a los Esenios y guardado en la Cueva de Elías del Monte Carmelo, desde donde pasó de manos de San Juan Bautista a la Virgen María, y de Ésta a su Divino Hijo.

4. Tiempo después de la muerte del Sumo Sacerdote Levítico Simeón, fue echado de menos el Misterio de la Triple Bendición por los sacerdotes del Templo de Dios en Jerusalén.

5. La transmisión del sacerdocio esenio cesó a partir del momento en que fue incorporada en San Joaquín la Triple Bendición, misterio que le fue revelado por Dios al Sumo Sacerdote Eliud para que conociese que ya era inmediata la Concepción Inmaculada de María. Al producirse esta incorporación y, después, al revestirse de carne, en el vientre santísimo de Santa Ana, la Triple Bendición, antes sacramentada, faltaba el requisito obligatorio y santificador en el rito por el que se confería el sacerdocio eliano, salvo en el caso excepcional de San Juan Bautista, que fue por ministerio de Jesús y María, en su visita al Monte Carmelo.

6. Antes de que se obrase la incorporación de la Triple Bendición en San Joaquín, el Sumo Pontífice Eliud, inspirado por Dios, se proveyó de sacerdotes suficientes para suplir la falta de transmisión sacerdotal en el futuro. Gracias a esta prevención del Cielo, no faltaron a los esenios los sacerdotes que necesitaban. Además, era necesario que este sacerdocio fuera disminuyendo, pues ya se aproximaba el tiempo de la institución del Sacerdocio de la Nueva Ley.

7. En el corto período que San Joaquín tuvo depositada en su cuerpo la Triple Bendición, ésta santificó a privilegiadas personas. Durante los siete días en que Santa Ana y San Joaquín fueron custodios de la nueva Triple Bendición, puesto que sus gérmenes gloriosos, en unión al Alma de María constituían el Sacramento Perfecto de la Iglesia durante este período, se obraron a través de dichos cónyuges y en virtud de ese Sacramento algunas santificaciones. En los nueve meses de permanencia de la Divina y Santísima Virgen María en el vientre de su Madre Santa Ana, Santuario del Tabernáculo de Dios, se obraron también santificaciones y alguna presantificación. La Inmaculada Virgen María, antes de la Concepción del Verbo Divino, obró muchas santificaciones y algunas presantificaciones. Durante el período de permanencia del Niño Jesús en

el Purísimo Seno de la Santísima Virgen María, se obraron numerosas santificaciones y algunas presantificaciones, como fue la presantificación de San Juan Bautista. Durante el transcurso de la vida en la tierra

de Cristo y María, por la sola presencia de ambos, o de uno o de otro, se obraron numerosas santificaciones y algunas presantificaciones.

B) El Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo

Libro I

**Desde el 23 de septiembre del año 5198 de la Creación
hasta el 19 de marzo del año 29 de la Era Cristiana:
La concepción del Precursor. La Encarnación del Verbo Divino.
La Natividad, Infancia y Vida oculta de Nuestro Señor Jesucristo**

Capítulo I

Prólogo

1. En el principio de la Creación universal, existía ya el Verbo Divino, y el Verbo Divino estaba en Dios desde toda la eternidad: pues, el Verbo Divino es el mismo Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada es hecho.

2. Lo que fue creado unido al Verbo Divino, fue el Alma Divinísima de Cristo; la cual es la Vida, y la Vida es la Luz de los hombres. Y esta Luz resplandece en medio de las tinieblas; mas, las tinieblas no la han recibido.

3. Hubo un hombre enviado de Dios, que tenía por nombre Juan Bautista. Éste vino a dar testimonio de la Luz, que es Cristo, para que creyesen todos por medio de él. No era él la Luz, sino el enviado para dar testimonio del que es la Luz: Nuestro Señor Jesucristo. Éste es la Luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo: Estaba en el mundo, que había sido hecho por Él, mas los amadores del mundo no le conocieron. A los suyos, a los de su propio pueblo, vino, y la mayoría de los suyos no le recibieron.

4. Mas, a cuantos le recibieron, que son los que creen en su Nombre, les concedió la dignidad de ser hijos de Dios. Los cuales, son nacidos a la vida sobrenatural, no de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de la gracia dada por Dios mediante el Sacramento del Bautismo.

5. Y el Verbo Divino se hizo carne, y habitó en medio de nosotros; y vimos la gloria de Él, manifestada con su doctrina y milagros: gloria cual corresponde al Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

6. Juan Bautista da testimonio de Él, y clama diciendo: *«Éste es de quien yo os dije: El que ha de venir en pos de mí, que ha sido hecho antes de mí, porque existía primero que yo».*

7. Y de su plenitud de gracia recibimos todos nosotros gracia tras gracia. Porque la Ley fue dada por

Moisés; mas la gracia y la verdad nos vienen de Jesucristo. A Dios, en Esencia, nadie le puede conocer ni ver jamás si no es a través del Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre: es el que nos lo ha revelado.

8. Juan Bautista, con las palabras: *«El que ha de venir en pos de mí, que ha sido hecho antes de mí, porque existía primero que yo»*, quiere decir: que, tras él, vendría Cristo a predicar el Evangelio; que el Alma de Cristo había sido creada mucho antes que el mismo Juan existiese; que Cristo, no sólo en cuanto Dios, sino también en cuanto Hombre, es superior a Juan.

Capítulo II

Genealogía de Nuestro Señor Jesucristo por la línea de su Divina Madre, la Santísima Virgen María

1. Jesucristo, Hijo legal y virginal de José, Esposo de María, que fue Hija de Joaquín, que fue hijo de Matat, que fue hijo de Leví, que fue hijo de Melquí, que fue hijo de Janne, que fue hijo de José, que fue hijo de Matatías, que fue hijo de Amós, que fue hijo de Nahún, que fue hijo de Heslí, que fue hijo de Nagé, que fue hijo de Maat, que fue hijo de Matatías, que fue hijo de Semeí, que fue hijo de José, que fue hijo de Judá,

2. Que fue hijo de Joanán, que fue hijo de Resá, que fue hijo del primer Zorobabel, que fue hijo del primer Salatiel, que fue hijo de Nerí, que fue hijo de Melquí, que fue hijo de Abdí, que fue hijo de Cosán, que fue hijo de Elmadán, que fue hijo de Her, que fue hijo de Jesús, que fue hijo de Eliecer, que fue hijo de Jorín, que fue hijo de Matat, que fue hijo de Leví, que fue hijo de Simeón, que fue hijo de Judas, que fue hijo de José, que fue hijo de Jonás, que fue hijo de Joaquín, que fue hijo de Meleá, que fue hijo de Mená, que fue hijo de Matatá, que fue hijo de Natán, que fue hijo de David,

3. Que fue hijo de Jesé, que fue hijo de Obed, que fue hijo de Booz, que fue hijo de Salmón, que fue hijo

de Naasón, que fue hijo de Aminadab, que fue hijo de Arán, que fue hijo de Esrón, que fue hijo de Farés, que fue hijo de Judá, que fue hijo de Jacob, que fue hijo de Isaac, que fue hijo de Abrahán, que fue hijo de Taré, que fue hijo de Nacor,

4. Que fue hijo de Sarug, que fue hijo de Ragau, que fue hijo de Faleg, que fue hijo de Heber, que fue hijo de Salé, que fue hijo de Arfaxad, que fue hijo de Sem, que fue hijo de Noé, que fue hijo de Lamec, que fue hijo de Matusalén, que fue hijo de Enoc, que fue hijo de Jared, que fue hijo de Malaleel, que fue hijo de Cainán el Seráfico, que fue hijo de Enós, que fue hijo de Set, que fue hijo de Adán, que fue hijo de Dios.

Capítulo III

Genealogía de Nuestro Señor Jesucristo

por la línea de su Padre virginal y legal, el Santísimo José

1. Linaje de la generación de Jesucristo, descendiente de David y de Abrahán. Abrahán engendró a Isaac. E Isaac engendró a Jacob. Y Jacob engendró a Judá y a sus hermanos. Y Judá engendró de Tamar a Farés y a Zara. Y Farés engendró a Esrón. Y Esrón engendró a Arán. Y Arán engendró a Aminadab. Y Aminadab engendró a Naasón. Y Naasón engendró a Salmón. Y Salmón engendró de Rahab a Booz. Y Booz engendró de Rut a Obed. Y Obed engendró a Jesé. Y Jesé engendró a David el rey. Y David el rey engendró de Betsabé a Salomón.

2. Y Salomón engendró a Roboán. Y Roboán engendró a Abía. Y Abía engendró a Asa. Y Asa engendró a Josafat. Y Josafat engendró a Jorán. Y Jorán engendró a Ozías. Y Ozías engendró a Joatán. Y Joatán engendró a Acáz. Y Acáz engendró a Ezequías. Y Ezequías engendró a Manasés. Y Manasés engendró a Amón. Y Amón engendró a Josías. Y Josías engendró a Joaquín y a sus hermanos. Y Joaquín engendró a Jeconías en el tiempo de la transmigración de Babilonia.

3. Y después de la transmigración de Babilonia: Jeconías engendró al segundo Salatiel. Y el segundo Salatiel engendró al segundo Zorobabel. Y el segundo Zorobabel engendró a Abiud. Y Abiud engendró a Joaquín. Y Joaquín engendró a Azor. Y Azor engendró a Sadoc. Y Sadoc engendró a Aquín. Y Aquín engendró a Eliud. Y Eliud engendró a Eleazar. Y Eleazar engendró a Matán. Y Matán engendró a Jacob. Y Jacob engendró a José, Esposo de María, de la cual nació Jesús, que es llamado el Cristo.

4. De manera que todas las generaciones desde Abrahán hasta David, catorce generaciones; y desde David hasta la transmigración de Babilonia, catorce generaciones; y desde la transmigración de Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones.

Capítulo IV

La concepción de San Juan Bautista

1. En los días en que reinaba Herodes el Grande, rey de Judea y de todo el extenso territorio de Israel, incluida Idumea, vivía el sacerdote levítico Zacarías, de

la familia sacerdotal de Abías, que estaba casado con Isabel, descendiente también de Aarón. Zacarías e Isabel eran justos delante de Dios, caminando irreprensiblemente en todos los mandamientos y leyes del Señor. Y no tenían ningún hijo porque Isabel era estéril, y además ambos eran de edad avanzada.

2. Y aconteció que, el día 23 de septiembre del año 5198, ejerciendo Zacarías su ministerio de sacerdote delante de Dios conforme a su turno, según la costumbre del sacerdocio levítico, le correspondió entrar en el Santuario del Templo del Señor, en Jerusalén, para ofrecer el incienso. Y toda la muchedumbre del pueblo estaba orando en el atrio del Templo durante el ofrecimiento que él hacía del incienso.

3. Y se le apareció a Zacarías un ángel del Señor, puesto en pie a la derecha del altar del incienso. Y él, al verlo se turbó, llenándose de santo temor. Mas el ángel le dijo: *«No temas Zacarías, porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Isabel te dará a luz un hijo, al que llamarás por nombre Juan. Y tendrás gozo y alegría, y se gozarán muchos de su nacimiento»*.

4. *«Porque será grande delante del Señor, y no beberá vino, ni otra cosa que pueda embriagarle, y será lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre. Y a muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor, Dios Altísimo. Porque él irá delante del Mesías Prometido, con el espíritu y virtud de Elías, para convertir los corazones de los hijos de este pueblo conforme a los corazones de los Santos Patriarcas de Israel, y conducir a los incrédulos conforme a la prudencia y fe de los justos, para preparar al Señor, cuando venga como Mesías, un pueblo bien dispuesto»*.

5. Y dijo Zacarías al ángel: *«¿Y qué prueba me das de que se cumplirá esto que dices?, porque yo soy viejo y mi mujer es también de avanzada edad»*. Y respondiendo el ángel, le dijo: *«Yo soy el Arcángel Gabriel, que asisto delante de Dios, y soy enviado a hablarte y a traerte esta feliz nueva. Y tú quedarás sordomudo, y no podrás hablar hasta el día en que todo esto sea hecho, porque ésta es la señal que te doy de la veracidad del milagro que te prometo, el cual se cumplirá a su tiempo»*.

6. Y el pueblo estaba esperando a Zacarías, y se maravillaban de que tardase tanto en salir del lugar del Santuario. Y cuando salió, no les podía hablar, y entendieron que había tenido una visión dentro. Y él se lo indicaba por señas, pues había quedado sordomudo.

7. Y cuando fueron cumplidos los días de su ministerio en el Templo, se fue a su casa de la aldea llamada Judá, hoy Ain Karén; en donde, después de estos días, Isabel, su mujer, concibió de él, y ella estuvo retirada cinco meses en oración, y decía agradecida: *«Porque el Señor ha obrado así conmigo dignándose quitarme, delante de los hombres, el oprobio de mi esterilidad»*.

8. El jueves 30 de septiembre del año 5198 fue la concepción de San Juan Bautista.

Capítulo V**La Anunciación a la Santísima Virgen María
y la Encarnación del Verbo Divino**

1. Antes de obrarse la Encarnación del Verbo Divino, Dios veló a la Divina María la ciencia infusa y otros excelsos dones, en el estado pasible de su Alma, a fin de que Ella pudiese ignorar momentáneamente, en dicho estado, algunos misterios que ya conocía; y así poder ejercitar heroicamente las virtudes, principalmente la fe.

2. El viernes 25 de marzo del año 5199, o sea, al sexto mes de la concepción de San Juan Bautista, el Arcángel San Gabriel fue enviado de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a la Virgen María, desposada con el Virgen José, de la casa de David. Y al mediodía, cuando estaba Ella en la fuente pública de Nazaret cogiendo agua, se le presentó el Arcángel y la saludó diciendo: *«Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita Tú eres entre todas las mujeres»*.

3. Cuando Ella este oyó, dada su profundísima humildad, se turbó con las alabanzas que el Arcángel le hacía; y aunque Ella presintió en su Alma que era elegida para Madre de Dios, pensaba qué salutación fuese ésta, ya que no veía entonces el modo de combinar esa maternidad con su voto de perpetua virginidad y su condición de desposada.

4. Y vuelta Ella a su casa de Nazaret, postrose en oración y meditación ante el Altísimo para alcanzar así el conocimiento de su Divina Voluntad. Y hallándose así, se le apareció de nuevo el Arcángel San Gabriel, para anunciarle que había sido elegida para Madre de Dios, y le dijo: *«No te turbes, María, porque has hallado gracia delante de Dios: He aquí que concebirás en tu seno, y darás a luz un Hijo a quien pondrás por Nombre Jesús. Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual le dará el Señor Dios el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre. Y no tendrá fin su Reino»*.

5. Y dijo María al Arcángel: *«¿Cómo será esto en Mí, porque no conozco varón? ¿Qué es, pues, lo que yo debo hacer para que esto se realice en Mí, ya que no es posible por vía natural dado mi voto de virginidad y el de mi Esposo?»*. Y respondiendo el Arcángel, le dijo: *«El Espíritu Santo vendrá sobre Ti, y Te cubrirá con su sombra la virtud del Altísimo. Y por eso el Santo de los santos, que nacerá de Ti, es el Hijo de Dios. Y he aquí que Isabel, tu parienta, ha concebido un hijo en su vejez; éste es el sexto mes del embarazo de la que era llamada la estéril; porque no hay cosa alguna imposible para Dios»*.

6. Y dijo María: *«He aquí la Esclava del Señor, hágase en Mí según tu palabra»*. Y al dar Ella así su consentimiento, que fue a las 3h. de la tarde del 25 de marzo del año 5199, obrose en ese instante la Encarnación del Verbo Divino en sus virginales entrañas. Y el Arcángel desapareció luego.

Capítulo VI**La misión de San José
en el misterio de la Encarnación del Verbo Divino**

1. Antes de obrarse la Encarnación del Verbo Divino en el Purísimo Seno de la Santísima Virgen María, Dios veló también a San José la ciencia infusa y otros excelsos dones, en el estado pasible de su alma, a fin de que pudiese ignorar momentáneamente, en dicho estado, algunos misterios que él ya conocía; y así poder ejercitar heroicamente las virtudes, principalmente la fe.

2. San José, como Esposo Virginal de María, tenía que dar su consentimiento para que Ella concibiese al Verbo Divino Humanado. Por eso, antes de que el Arcángel San Gabriel se apareciese a la Divina María en su casa de Nazaret a fin de pedirle su consentimiento para ser la Madre de Dios, se apareció a San José en su casa de Nazaret, en la cual él vivía solo, para que, como Esposo, diese primero su consentimiento; a lo cual él asintió.

3. Los Esposos María y José vivían cada uno en su respectiva casa, ya que había una costumbre piadosa de que, después de la ceremonia del matrimonio, los esposos viviesen separados por un cierto tiempo.

4. San José contempló en sublime visión, desde su retiro, el anuncio a María por el mensajero celestial, conociendo así que su Divina Esposa había concebido por obra y gracia del Espíritu Santo; por lo que él sintió, en ese mismo instante, la altísima responsabilidad de ir a recoger a su Esposa María para llevarla consigo a su casa, con el fin de protegerla como Jefe que era de la Sagrada Familia.

5. Mas, San José, como era muy justo, dada su profundísima humildad, se consideró indigno de vivir con la Madre de Dios. Y además, pensaba que, si él vivía con Ella, el mundo no creería que María era Virgen, y esto sería como infamarla. Por lo que, sin dudar jamás de la pureza virginal de su Esposa, pensó secretamente vivir separado de Ella.

6. Y estando él aún indeciso de cómo había de proceder, he aquí que el Arcángel Gabriel se le apareció en sueños, diciendo: *«José hijo de David, no te sientas indigno de llevar a María, tu Esposa, a tu casa; pues, tú, en representación del Eterno Padre, debes ejercer la Paternidad sobre el Niño que Ella ha concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. Al Hijo que tu Esposa dará a luz le pondrás por Nombre Jesús: porque Él salvará a su pueblo redimiéndolo de sus pecados»*. Luego, el Arcángel desapareció.

7. De esta manera, se cumplió lo que habló el Señor por el Profeta Isaías, que dice: *«El mismo Señor Dios os dará una señal: He aquí que concebirá la Virgen, y parirá un Hijo, y será llamado su nombre Emmanuel»*, que significa Dios con nosotros.

8. Y despertando José del sueño, hizo lo que Dios le había mandado a través del Arcángel; y llevó consigo a su casa a su Esposa María.

Capítulo VII**La Visitación de la Santísima Virgen María a su prima Santa Isabel**

1. El sábado 26 de marzo del año 5199, la Divina María, acompañada de su Esposo San José, fue con prisa desde Nazaret a una aldea llamada Judá, en la montaña, próxima a Jerusalén, en donde vivían el sacerdote levítico Zacarías y su esposa Isabel; pues la Divina María quería ayudar a su prima, que estaba encinta, y anunciarle su Buena Nueva.

2. El miércoles 30 de marzo del mismo año fue la Visitación de la Divina María a su prima Santa Isabel, misterio que sucedió así: Entró María en casa de Zacarías, y saludó a Isabel. Y cuando Isabel oyó la salutación de María, el niño Juan dio saltos de gozo en el vientre de Isabel, su madre, al quedar él presantificado; e Isabel, sintiéndose llena del Espíritu Santo, exclamó en alta voz, y dijo a María: *«Bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el Fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí tanto bien, que la Madre de mi Señor venga a visitarme? Porque he aquí: luego que llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura que llevo en mi vientre dio saltos de gozo. Bienaventurada Tú, porque has creído, porque, así como se ha cumplido la Encarnación del Hijo de Dios en tu vientre, también se cumplirá todo lo demás que te fue dicho de parte del Señor».*

3. Y dijo María: *«Magnífica mi alma al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque miró la pequeñez de su esclava, ya desde ahora me llamarán Bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en Mí cosas grandes el que es Todopoderoso, cuyo Nombre es Santo. Y su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen. Desplegó el poder de su brazo: confundió a los soberbios en los pensamientos de sus corazones, destronó a los poderosos y ensalzó a los humildes, colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos dejó vacíos. Amparó a Israel, su pueblo, acordándose de su misericordia, según las promesas que hizo a nuestro padre Abraham, y a su descendencia por los siglos de los siglos».*

4. Y María, acompañada de su Esposo José, se detuvo con su prima Isabel como tres meses.

Capítulo VIII**El nacimiento y la circuncisión de San Juan Bautista, el Precursor**

1. Y a Isabel se le cumplió el tiempo del parto, y dio a luz a su hijo el viernes 24 de junio del año 5199. Y cuando oyeron sus vecinos y parientes, que el Señor había manifestado así con ella su misericordia, se congratulaban todos con ella. El viernes 1 de julio, al octavo día de nacer, fue circuncidado el niño, y algunos querían que se llamase Zacarías, como su padre. Mas, oponiéndose su madre, dijo: *«De ningún modo, sino Juan será llamado».* Y le dijeron: *«Nadie hay en tu linaje que se llame con este nombre».*

2. Y preguntaban por señas al padre del niño, cómo quería que se le llamase. Y pidiendo él una tabla, escribió: *«Juan es su nombre».* Y se maravillaron todos. Y luego Zacarías recobró el oído y el uso de la lengua, y lleno del Espíritu Santo, profetizó diciendo: *«Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo. Y nos ha suscitado un poderoso Salvador, Cristo, en la casa de David su siervo, como habló por la boca de sus santos Profetas, que ha habido en la antigüedad, para salvarnos de nuestros enemigos, y de la mano de todos los que nos aborrecen. Ejerciendo su misericordia para con nuestros padres, acordándose de su santa alianza, conforme al juramento que hizo a nuestro padre Abraham de otorgarnos la gracia. Para que, libres de las manos de nuestros enemigos, sirvamos a Dios sin temor, en santidad y en justicia, todos los días de nuestra vida. Y tú, niño Juan, serás llamado Profeta del Altísimo: porque irás delante de la faz del Mesías, tu Señor, para preparar sus caminos; para dar a conocer la salvación a su pueblo, para que obtengan el perdón de sus pecados, por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, que, desde lo alto del Cielo, ha mandado a su Unigénito a visitarnos: Para iluminar a los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte; para enderezar nuestros pies por el camino de la paz».* Y tuvieron santo temor todos los vecinos, y se extendieron estas cosas por las montañas de Judea y por todo Israel. Y los que las oían, las conservaban en su corazón, diciendo: *«¿Quién pensáis que será este niño? Porque la mano del Señor está con él».*

3. Y tras esto, el 2 de julio del mismo año, la Divina María y su Esposo San José salieron para su casa de Nazaret.

Capítulo IX**El Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo**

1. Por aquellos días del año 5199, se promulgó un edicto de César Augusto mandando empadronar a todos los súbditos del imperio romano. Este empadronamiento fue distinto al que realizó más tarde Quirino, gobernador de Siria. E iban todos los judíos residentes en la tierra de Israel a empadronarse, cada uno a la ciudad de su estirpe. De esta manera se cumplió lo vaticinado por el Profeta Jeremías, cuando dice: *«Un rey foráneo, sin saberlo, hará nacer al Cristo de Dios en Belén de Judá».*

2. José, pues, como era de la casa y familia de David, fue con su Esposa María, que estaba encinta, desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David llamada Belén, en Judea, para empadronarse. Y estando en Belén, aconteció que se cumplió la hora del parto. Y, no habiendo lugar para Ellos en la posada, ni en casa alguna, tuvieron que refugiarse en una gruta dedicada a animales.

3. Y a la hora de medianoche, cuando entraba el día del domingo 25 de diciembre del año 5199 de la Creación, la Divina María, gloriosamente transfigurada, dio a luz a Jesús, su Hijo Unigénito, en la Gruta de Belén.

En el mismo instante que el Divino Niño brotaba fragante del vientre virginal de su Divina Madre, Ella lo acogió dulcemente en su regazo, rindiéndole profunda adoración en unión al Santísimo José, su virginal Esposo. San José, viendo al Niño Jesús en el regazo de la Virgen María, al mismo tiempo que le adoraba, le pidió que adelantara la obra salvífica de la Reparación y Redención. Luego, la Divina María, envolvió a Jesús en pañales, y lo recostó en el pesebre de la Gruta de Belén. Aquí estuvo también acompañado del asno que trajo San José, y de un buey que, hallándose pacienco en el campo, entró en la Sagrada Gruta movido por Dios.

Capítulo X

La adoración de los pastores y la de la familia del Precursor

1. Había, por aquellos contornos de Belén, unos pastores que durante la noche estaban velando por turnos para guardar sus ganados. Y he aquí que se les apareció a ellos el Arcángel San Gabriel, y cercoles el resplandor de una luz divina, por lo que tuvieron gran temor.

2. Y les dijo el Arcángel: *«No temáis, porque he aquí que os anuncio un gran gozo, que será para todo el pueblo: Que hoy os ha nacido el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David. Y esta os será la señal: Hallaréis al Niño en una gruta envuelto en pañales y colocado en un pesebre»*. Y súbitamente apareció con el Arcángel una hueste numerosa de la milicia celestial, que alababa a Dios y decía: *«Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad»*. Tres de los pastores, llamados Rubén, Isacar y Matatías, además de ver las maravillas celestiales, oyeron el mensaje del Arcángel, mientras que los demás pastores sólo oyeron el canto de alabanza de las milicias celestiales.

3. Y aconteció, que luego que los Ángeles desaparecieron, los pastores se decían los unos a los otros: *«Vamos a Belén y veamos esta maravilla que ha acontecido, según el Señor nos ha manifestado a través de un Ángel»*. Todos los pastores fueron apresurados, y hallaron a María, a José y al Niño colocado en el pesebre. Y cuando esto vieron, comprobaron con gozo lo que el Arcángel les había dicho acerca de aquel Niño, siendo ilustrados interiormente sobre los misterios altísimos de la Encarnación del Verbo Divino y de la Redención del género humano. Ellos, postrados en tierra, adoraron al Divino Niño.

4. Y la Divina María guardaba todas estas cosas en su corazón, y alababa a Dios viendo cómo se cumplían las profecías mesiánicas. Y se volvieron los pastores glorificando y loando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, tal y como les había sido anunciado por el Arcángel.

5. Y todos los que supieron el suceso por distintas señales prodigiosas, se maravillaron; e igualmente, de lo que les habían referido los pastores.

6. A la adoración de los pastores, siguió la de Santa Isabel y San Zacarías, con su hijo el niño San Juan

Bautista, llegados a la Gruta de Belén ya avanzada la mañana del mismo día de la Natividad del Señor.

Capítulo XI

La Circuncisión de Nuestro Señor Jesucristo

El domingo 1 de enero del año 1 de la Era Cristiana, día octavo de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, el Santísimo José circuncidó a su Divino Hijo en la Gruta de Belén y le impuso el Santísimo Nombre de Jesús, como le había llamado el Arcángel antes de que fuese concebido en el seno virginal de María.

Capítulo XII

La adoración de los tres santos Reyes

1. Había a la sazón en el Oriente tres virtuosos Reyes llamados Melchor, Gaspar y Baltasar, que eran descendientes de Abrahán y que profesaban la fe judía. A estos tres reyes el Altísimo les favorecía con visiones y otras señales reveladoras del cumplimiento de las profecías mesiánicas. Cada uno de ellos sabía, por divina revelación, que cuando vieran una Estrella milagrosa sería la señal inconfundible de la Natividad del Redentor del mundo.

2. Al nacer Jesús en Belén de Judá, en tiempo de Herodes el Grande, he aquí que los tres Reyes Magos, que ya se hallaban reunidos en un lugar, vinieron para adorar al Divino Niño Jesús, guiados por la misteriosa Estrella, que ellos habían visto, la cual era el Espíritu Santo.

3. Mas, una vez que entraron en el Reino de Judá, la Estrella que les guiaba desapareció, dejando a los Reyes desorientados; pues, aunque conocían que Jesús nacería en Belén, sin embargo ignoraban en dónde se hallaba el Divino Niño. Por eso, el 5 de enero del año 1, los tres Santos Reyes tuvieron que adentrarse en la ciudad de Jerusalén para informarse allí del lugar en que se hallaba el Mesías recién nacido. Y si bien la noticia de la Natividad de un Salvador había corrido de boca en boca por Belén y Jerusalén, una gran parte de la ciudad, incluido el rey Herodes, no dieron el debido crédito a tan magno acontecimiento.

4. Una vez que los tres Santos Reyes entraron en la ciudad, preguntaron: *«¿Dónde está el Rey de los Judíos, que ha nacido? Vimos su Estrella en Oriente y venimos a adorarlo»*. Y el rey Herodes, cuando tuvo noticia de ello, se turbó ante el temor de que un nuevo rey le quitara el trono. Y con él también se turbó toda Jerusalén. Por eso, el malvado rey, convocando a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Y ellos le dijeron: *«En Belén de Judá; porque así está escrito por el Profeta Miqueas: 'Y tú, Belén, también llamada Éfrata, pequeña ciudad eres en relación a otras muchas de Judá: Mas, en ti nacerá el Mesías Dominador, el Caudillo que gobernará a mi Pueblo de Israel'»*.

5. Entonces Herodes, invitando a su palacio a los tres Santos Reyes, a solas se informó de ellos del tiem-

po en que se les apareció la Estrella; pues, en su interior, buscaba la ocasión propicia para matar al Recién Nacido. Y luego, con malvado fingimiento, Herodes, encaminándoles a Belén, les dijo: *«Id, e informaos bien del Niño; y cuando le hubiereis hallado, hacéd-melo saber; para que yo también vaya a adorarle»*.

6. Los tres Santos Reyes, luego que esto oyeron de Herodes, se fueron. Y, a la salida de Jerusalén, se les apareció de nuevo la Estrella que les había guiado desde el Oriente. Y cuando ellos la vieron, se regocijaron en gran manera. La Estrella iba delante de la regia caravana; y una vez llegada a la Gruta en que estaba el Niño, penetró en ella; y, a la vista de los tres Reyes, se posó sobre la cabeza del Recién Nacido.

7. Era ya el 6 de enero del año 1 cuando los tres Reyes Melchor, Gaspar y Baltasar, entrando en la Gruta de Belén, hallaron al Niño con María su Madre, acompañada de José su Esposo; y postrándose, le adoraron, recibiendo ellos gracias especiales. Seguidamente, abriendo sus tesoros, le ofrecieron al Niño los dones de oro, incienso y mirra. Después, los tres grandes Monarcas, y la comitiva real que les acompañaba, acamparon en las cercanías de Belén, desde donde iban con frecuencia a la Gruta para adorar al Divino Niño.

Capítulo XIII

La Purificación de la Santísima Virgen María y la Presentación del Niño Jesús en el Templo

1. El 2 de febrero del año 1, día cuadragésimo del Nacimiento del Niño Jesús, la Sagrada Familia se trasladó de Belén al Templo de Jerusalén, a fin de observar el requisito legal de la purificación de la Madre, según la Ley de Moisés; y el de la presentación a Dios del Niño Jesús, como también estaba escrito en la Ley del Señor de que todo varón que nazca el primero, será consagrado a Dios. Para ello, debían presentar, además, la ofrenda de un par de tórtolas, o dos palominos, como también estaba ordenado en la Ley.

2. Era por entonces Sumo Sacerdote Levítico el Anciano Simeón; hombre justo y temeroso de Dios que esperaba la Venida del Mesías, la consolación de Israel; y el Espíritu Santo moraba en ese Santo Sumo Sacerdote, y le había revelado que él no moriría sin ver a Cristo, el Ungido del Señor. Simeón, inspirado por el Divino Paráclito, se hallaba en el Templo en el momento en que María y José llegaron con el Niño Jesús para cumplir lo prescrito por la Ley de Moisés.

3. El Anciano Simeón, tomando en sus brazos al Divino Niño, lo presentó al Altísimo al mismo tiempo que se vio transportado en visión al Calvario, quedando penetrado del misterio de la Redención que llevarían a cabo las dos Divinas Víctimas: Jesús y María.

4. Simeón, teniendo en sus brazos al Niño Jesús, alabó a Dios diciendo: *«Ahora, Señor, ya puedes llevarte de este mundo a tu siervo en paz, según tu palabra: Porque han visto mis ojos al Salvador. Al cual has colocado delante de todos los pueblos para iluminar a los gentiles y gloria del pueblo de Israel»*.

5. Y su Madre María y su Padre José, estaban maravillados de aquellas cosas que del Niño Jesús se decían. Y los bendijo Simeón, y dijo a María su Madre: *«He aquí que Éste es puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel y para señal a la que se hará contradicción. Y una espada atravesará tu Alma, que está desposada con la de Él, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones: la buena disposición de unos y la falsedad de otros»*.

6. También se hallaba en ese momento la profetisa Ana, hija de Fanuel de la tribu de Aser, que era ya de edad muy avanzada, y que había vivido siete años con su marido, siendo muy joven cuando se casó. Y desde que quedó viuda, llevaba como ochenta y cuatro años sin apartarse del Templo, en el que servía a Dios día y noche con ayunos y oraciones, y en el que ocupaba el cargo de superiora de la comunidad de religiosas esenias allí residentes. Ana, testigo de la presentación del Niño Jesús, alababa también al Señor; y hablaba del Mesías nacido, a todos los que esperaban la redención de Israel.

7. Estuvieron también en la Presentación del Niño Jesús los esposos Zacarías e Isabel, con el niño Juan Bautista; los cuales marcharon al día siguiente a la casa que tenían en Hebrón. Y el Niño Juan fue llevado por su madre al desierto de Judá, en donde vivió como religioso esenio, creciendo y fortaleciéndose más en su espíritu. Y estuvo en los desiertos hasta que se manifestó a Israel como Precursor de Cristo.

Capítulo XIV

La Huida a Egipto de la Sagrada Familia

1. Durante el tiempo que los tres Santos Reyes Magos estuvieron acampados cerca de la Gruta de Belén, el rey Herodes el Grande se mantuvo cauteloso y reservado de sus malvadas intenciones de matar al Niño Jesús, dada la alta dignidad de los tres Santos Reyes y el respeto que estos infundían a todos.

2. El día 12 de febrero del año 1, Melchor, Gaspar y Baltasar, habiendo recibido en sueños un aviso del Arcángel San Gabriel para que ya partieran a sus tierras sin que volviesen a visitar a Herodes, tomaron una ruta que no pasaba por Jerusalén.

3. Después de la salida de los Reyes Magos, San José fue avisado por los tres santos pastores, Rubén, Isacar y Matatías, del peligro que corría el Niño Jesús en la Gruta de la Natividad; ya que Herodes buscaba al Niño para matarle. La Sagrada Familia tuvo, pues, que esconderse en otra gruta próxima.

4. El 17 de febrero del año 1, cinco días después de que se hubiesen marchado los tres Reyes, el Arcángel Gabriel se apareció en sueños a José, y le dijo: *«Levántate, y toma al Niño y a su Madre, y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes busca al Niño para matarle»*.

5. Y levantándose José, tomó al Niño; y, acompañando de María, marchó a Egipto; en donde permanecerían hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que había hablado el Señor por el Profeta Oseas,

que dice: *«De Egipto llamé a mi Hijo»;* y también, como había hablado por el Profeta Jeremías, que dice: *«Su refugio será en esta tierra de Egipto hasta que su Padre le llame para que vuelva a la tierra de Israel».*

6. Durante los siete años del destierro en Egipto, muchos de los habitantes del país se convirtieron al verdadero Dios, por el gran apostolado de la Sagrada Familia.

7. El mismo día 17 de febrero del año 1, murieron en Jerusalén: Simeón, Sumo Sacerdote Levítico; Ana, Superiora de las religiosas del Templo; y Jesús de Sirac, Vicesuperior General de los Esenios. Los tres fueron así librados por Dios de la sangrienta persecución de Herodes, de la cual hubieran sido víctimas.

Capítulo XV

Matanza de los Santos Inocentes

1. El rey Herodes, viéndose burlado de los Reyes Magos, se irritó sobremanera; e instigado por Davidán, mandó matar a todos los niños, que había en Belén y en toda su comarca, de dos años para abajo. De esta manera abarcaba, no sólo a los recién nacidos, como era el caso del Niño Jesús, sino también a los demás niños de dos años para abajo; con lo cual satisfacía sus deseos de venganza contra los habitantes de Belén y sus contornos, a quienes creía cómplices del ocultamiento del Niño Jesús.

2. Así se cumplió entonces lo que había sido vaticinado por Jeremías el Profeta, que dice: *«Voz de lamentación fue oída en Ramá, lloro y mucho llanto: Es Raquel llorando sus hijos, y no quiere ser consolada acerca de ellos porque no existen».*

3. El 28 de febrero del año 1 fue, pues, la matanza de los Santos Niños Inocentes en número de setenta, que murieron mártires por el Niño Jesús.

4. La adoración al Niño Jesús por los tres Reyes Magos, y la persecución al Niño Jesús por el rey Herodes el Grande, fueron vaticinadas por el Profeta Jeremías cuando dice: *«Reyes lejanos le buscarán para adorarle, y reyes cercanos le buscarán para matarle».*

Capítulo XVI

Retorno a la tierra de Israel de la Sagrada Familia

1. Después de las muertes del rey Herodes el Grande, el Degollador, y de Davidán, mano derecha del rey, el Arcángel San Gabriel se apareció en sueños a José en Egipto, el día 30 de marzo del año 8, diciéndole: *«Levántate, toma al Niño y a su Madre, y vete a tierra de Israel, porque ya han muerto los que querían matar al Niño».* Ese mismo día, levantándose José, tomó al Niño y a su Madre, y se vino para la tierra de Israel, entrando en ella el 7 de abril del mismo año.

2. San José decidió ir a establecerse en Belén, pues creía cumplir así con los planes divinos, ya que era la patria del Niño Jesús y de toda su ascendencia davídica. En su camino hacia Belén, la Sagrada Familia se dirigió a Jerusalén para celebrar la fiesta de la Pascua.

Ya próximo a esta ciudad, San José oyó que Arquelao reinaba en Judea como sucesor de Herodes, su padre, por lo que temió ir a establecerse a Belén, ante la posibilidad de una nueva persecución contra el Niño Jesús; pues Arquelao se distinguía por su crueldad. Mas, confortado San José por la divina providencia, prosiguió su viaje. El día 9 de abril, la Sagrada Familia visitó el Templo de Jerusalén, en donde cumplió con el precepto de la Pascua y, además, dio gracias a Dios por la vuelta de ellos al territorio de Israel.

3. Después, se dirigieron a Belén, pasando parte de la noche en la Gruta de la Natividad. En la madrugada del día 10, siendo aún de noche, el Arcángel San Gabriel se apareció a San José comunicándole se retiraran a las tierras de Galilea. Por lo que la Sagrada Familia vino a morar a la ciudad de Nazaret, cumpliéndose así lo dicho por los Profetas de que Jesús sería llamado el Nazareno. Dichas profecías desaparecieron a causa de las perversas manipulaciones de los judíos.

4. Y el Niño Jesús crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría y de gracia delante de Dios.

Capítulo XVII

Levantamiento del falso mesías Judas el Galileo

1. En el año 12, Quirino, gobernador de Siria y procurador romano de Judea, Samaria e Idumea, mandó que se empadronasen todos los súbditos del imperio romano residentes en el territorio a él sometido. Este edicto fue considerado, por muchos de los judíos, como un mayor dominio y opresión de los romanos hacia ellos; por lo que dio lugar a sublevaciones en distintas ciudades.

2. Aprovechándose de esta situación sediciosa, el 25 de diciembre del año 12, cuando el Niño Jesús cumplió doce años de edad, se levantó en Jerusalén el impostor Judas el Galileo, de la tribu de Judá, que haciéndose pasar por el Mesías arrastró tras de sí a grandes multitudes de judíos; por lo que, llegando a formar un ejército poderoso, luchó contra los ejércitos romanos que ocupaban el territorio de Israel, a fin de independizarlo del imperio de Roma. También luchó contra Quirino, gobernador de Siria y Procurador romano de Judea, Samaria e Idumea; y, además, contra Herodes Antipas, tetrarca de Galilea. Judas el Galileo, el seudomesías, realizó muchos y grandes falsos prodigios que asombraron a la gran mayoría de los moradores del territorio de Israel, y también alcanzó grandes victorias guerreras; pero, al final pereció en Nazaret, en una batalla, el día 25 de marzo del año 13, y sus seguidores se dispersaron y abandonaron la causa; lo cual entristeció sobremanera al Sumo Sacerdote Levítico Anás, promotor secreto de aquella rebelión.

Capítulo XVIII

El Niño Jesús perdido y hallado en el Templo

1. Desde el retorno de Egipto, el Niño Jesús iba todos los años con sus Padres, a Jerusalén, con motivo de la fiesta solemne de la Pascua. Y cuando Jesús tuvo

doce años, subieron como de costumbre a Jerusalén, para celebrar dichas solemnidades.

2. El día 23 de abril del año 13, acabados los días de la fiesta, cuando José y María volvían a Nazaret, se quedó el Niño Jesús en Jerusalén, sin que sus Padres lo advirtiesen. Pues, la Divina María, pensaba que su Divino Hijo iba con San José en la caravana de los hombres; y San José pensaba que Él iba con su Madre en la caravana de las mujeres. Y al cabo de un día de camino, al unirse las dos caravanas de peregrinos para pasar la noche, advirtieron María y José la desaparición del Niño, el cual no había ido ni con uno ni con otro durante el trayecto. Y como ambos Esposos creyesen que el Niño estaba entre los peregrinos, lo buscaron entre los parientes y conocidos. Mas, como no lo hallasen, se volvieron a Jerusalén en busca suya.

3. Y aconteció que, con motivo del levantamiento y derrota del seudomesías Judas el Galileo, y el recuerdo de los prodigios que acaecieron en el Nacimiento del Niño Jesús en el Portal de Belén, el día 25 de abril se hallaron reunidos en el Templo los doctores de la Ley discutiendo entre ellos sobre la Venida del Mesías Prometido, tratando de compaginar las distintas profecías mesiánicas. El Niño Jesús, que oía aquellas deliberaciones, se colocó en el centro de los mismos y comenzó a enseñarles la verdadera doctrina acerca del Salvador que esperaban en Israel, dando el verdadero sentido a lo vaticinado por los Profetas; a la vez que se transfiguró en presencia de todos los que le rodeaban, manifestando ante ellos las cualidades de su Cuerpo glorioso. Y cuantos le oían, quedaban maravillados de su sabiduría y de sus respuestas, sospechando que se hallaban ante el verdadero Mesías, el Hijo de Dios hecho Hombre.

4. Cuando Jesús estaba enseñando en el Templo, que fue al tercer día de haberle perdido sus Padres, estos le hallaron sentado en medio de los doctores de la Ley, intercambiándose preguntas y respuestas. Cuantos escuchaban al Niño, estaban pasmados de su sabiduría y doctrina. Al verle sus Padres, se maravillaron. Y luego, un poco separados de la muchedumbre, le dijo su Madre: *«Hijo, ¿por qué has hecho esto con nosotros? Mira cómo tu Padre y Yo, angustiados te buscábamos»*. Y Él les respondió: *«¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que Yo debo emplearme en las cosas que son de mi Padre Celestial?»*. Mas Ellos, por entonces, no entendieron las palabras que les habló. El asombro de los circunstantes aumentó con la llegada de sus modestos Padres, María y José, al descubrirse así la condición humilde de la familia a que pertenecía aquel misterioso Niño. Y ante esta contemplación, por la dureza de sus corazones, se obscureció la verdad en ellos.

5. Fue voluntad del Padre Celestial, que María y José sufrieran sin consuelo alguno la ausencia de su Hijo, y que se sintieran aparentemente abandonados por Él. Para ello, a dichos Esposos, Dios les veló momentáneamente la ciencia infusa en el estado pasible de sus almas, quedando Ellos ignorantes, en dicho estado, de muchos de los misterios que conocían. Así puede comprenderse el misterioso diálogo entre Madre e Hijo. Mas, una vez que María y José recuperaron la ciencia infusa, comprendieron llenos de gozo el altísimo significado de la misteriosa actuación de su Divino Hijo en el Templo; la cual había implicado para Ellos el sufrir heroicamente, para correparar al Padre Eterno y corredimir a la humanidad. Con su actuación, el Niño Jesús nos enseñó a todos que, cuando Dios lo pide, es necesario sacrificar incluso el amor a la propia familia.

Capítulo XIX

El Sumo Sacerdote Anás funda la Masonería

El día 26 de abril de aquel mismo año 13, o sea, al día siguiente de la prodigiosa manifestación del Niño Jesús en el Templo de Dios en Jerusalén, el Sumo Sacerdote Levítico Anás, con un buen número de los doctores de la Ley que con él habían oído en el Templo las enseñanzas del Divino Niño, fundó la Masonería, o iglesia de Satanás, con el fin principal de ir contra el verdadero Mesías y preparar los caminos del Anticristo; pues, Anás sabía que aquel Niño Jesús era el Mesías enviado por Dios.

Capítulo XX

La Vida oculta de Nuestro Señor Jesucristo en Nazaret.

Muerte del Santísimo José

1. El mismo día 25 de abril del año 13, Jesús retornó con sus Padres a Nazaret; y les estaba sujeto y obediente. Y su Madre guardaba todas estas cosas en su corazón; y alababa a Dios viendo cómo se cumplían las profecías mesiánicas.

2. Y el Niño Jesús crecía en edad; y, conforme al plan divino, iba manifestando poco a poco, delante de Dios y de los hombres, la plenitud de gracia y sabiduría que Él siempre poseía.

3. Jesús, en Nazaret, combinó la vida contemplativa con la vida activa, ayudando a su Padre San José en el oficio de carpintero.

4. El domingo 19 de marzo del año 29, hallándose la Sagrada Familia en Jerusalén con motivo de la Pascua, el Santísimo José murió dulcemente de amor, en los brazos de Jesús y María. Poco después, comenzó la Vida semipública de Cristo.

Libro II

Desde el 20 de marzo del año 29 hasta el 5 de marzo del año 31:

Misión precursora de San Juan Bautista.

La Vida semipública de Cristo.

Comienzo de su Vida Pública

Capítulo I

**Cristo comunica a San Juan Bautista
que debe comenzar ya su misión precursora.
Vida semipública de Cristo**

1. La misión precursora de Juan Bautista y la vida semipública de Cristo, comenzaron en el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo: Poncio Pilato gobernador de Judea, Samaria e Idumea; Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y Perea; su hermano Filippo, tetrarca de Batanea, Traconítide, Iturea y Gaulanítides; Lisania, tetrarca de Abilina; y Caifás, yerno de Anás, Sumo Sacerdote Levítico.

2. El 29 de marzo del año 29, Nuestro Señor Jesucristo, acompañado de su Divina Madre, se dirigió al desierto de Judá en busca de Juan el Precursor, el cual se hallaba en una cueva esenia a orillas del Mar Muerto. Y al día siguiente, 30 de marzo, dirigiendo el Señor Jesús su palabra a Juan, hijo de Zacarías, le comunicó el mandato del Eterno Padre de que debía ya comenzar su misión precursora.

3. Nuestro Señor Jesucristo, durante su vida semipública ayunaba con frecuencia, pasando muchas noches en oración; y, además, salía a las ciudades a comunicar con los de su pueblo, ya que había llegado el tiempo en que convenía, conforme a la voluntad del Eterno Padre, que Jesús comenzara a disponer algunos corazones para que recibieran la luz de su doctrina; y para esta obra se dispuso su Beatísima Madre a seguirle y acompañarle. Jesús, en su trato con los hombres, comenzó a darles noticia de la Venida del Mesías, asegurándoles que estaba ya en medio de ellos y en el territorio de Israel; y sin hacer milagros públicos, acompañaba sus enseñanzas con interiores inspiraciones y auxilios que derramaba en los corazones de aquellos con quienes trataba. Durante ese período, Cristo no se dio a conocer como Mesías ni usó del magisterio público, y con insistencia exhortaba a la gente a recibir el bautismo de Juan, advirtiéndoles que el Mesías no vendría con ostentación, como creía el pueblo, sino con sencillez.

Capítulo II

La manifestación del Precursor

1. Antes de que Juan comenzara su misión, Jesús, a orillas del Jordán, instituyó el bautismo de penitencia el mismo día 30 de marzo del año 29, al administrar al Precursor dicho sacramento imperfecto. Ese mismo día, tras ser bautizado, comenzó Juan Bautista a predicar en el desierto de Judea; y recorría toda la región del Jordán predicando el bautismo de penitencia para

remisión de los pecados, diciendo: *«Haced penitencia, porque está cerca la manifestación del Mesías Salvador, de quien recibiremos la gracia, y nos abrirá el Reino de los Cielos».*

2. La misión de Juan Bautista estaba vaticinada por los Profetas, los cuales habían escrito: *«He aquí que Yo envío a mi ángel delante de tu Faz, el cual irá delante de Ti, preparando el camino. Ésta es la voz que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor, enderezad en la soledad las sendas de nuestro Dios. Preparad el camino de la Venida del Mesías, el Señor, enderezad las sendas de vuestras vidas con obras de penitencia y rectitud. Pues, todo valle será rellenado; todo monte y cerro, rebajado; y así, los caminos torcidos serán enderezados; y los escabrosos, allanados. Y verán todos los hombres al Salvador enviado de Dios».*

3. Y Juan iba vestido con una piel de camello y ceñido con un cinto de cuero, y su comida eran langostas del campo y miel silvestre. Estaba, pues, Juan en el desierto bautizando y predicando el bautismo de penitencia para remisión de los pecados. Y acudían a él muchos de la tierra de Judea, y de la ciudad de Jerusalén; y, arrepintiéndose de sus pecados, recibían de sus manos el bautismo de penitencia en el río Jordán.

4. Mas, viendo Juan que muchos de los fariseos y de los saduceos venían con malicia a recibir su bautismo, les dijo: *«Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado que sin el verdadero arrepentimiento, y que sólo con obras externas, podréis escapar de la ira de Dios que os amenaza? Haced, pues, frutos dignos de penitencia y conversión, y dejas ya de decir interiormente: 'A Abrahán tenemos por padre'; porque, si en verdad sois descendientes de Abrahán por la vía de la sangre, por vuestras malas obras no sois verdaderos hijos de él; mas yo os digo que poderoso es Dios para que, si hacéis penitencia, haga que vuestros endurecidos corazones sean de verdaderos hijos de Abrahán en el orden de la gracia. Porque ya el hacha está colocada junto a la raíz de los árboles. Y todo árbol que no produzca buen fruto, será cortado y arrojado en el fuego eterno».*

5. Y le preguntaban las gentes: *«¿Pues qué haremos para salvarnos?».* Y él les respondía diciendo: *«El que tiene dos vestidos, dé al que no tiene, y el que tiene alimento sobrante, haga lo mismo».* Y viniendo también a él publicanos, para que los bautizase, le preguntaron a Juan: *«Maestro, y nosotros, ¿qué debemos hacer?».* Y él les dijo: *«No exijáis más impuestos de lo que os está ordenado cobrar».* Y le preguntaban también los soldados: *«¿Y nosotros qué haremos?».* Y

les dijo: *«No maltratéis a nadie ni le calumniéis, y contentaos con vuestro sueldo».*

6. Y como muchos del pueblo creyesen y opinasen en sus corazones que quizás Juan fuera el Cristo, respondió Juan, y dijo a todos: *«Yo, en verdad, os bautizo con agua; mas en pos de mí vendrá otro más fuerte que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de sus sandalias. Yo os he bautizado con agua, mas Él os bautizará con el Espíritu Santo y el Fuego de la Caridad. Él tiene el bieldo en su mano, limpiará su era, y recogerá el trigo en su granero, y después quemará la paja con un fuego que nunca se apagará».* Y así anunciaba otras muchas cosas al pueblo en las exhortaciones que le hacía.

7. El día 30 de marzo del año 29, tras el fallecimiento del Superior General de los Esenios Eliud, le sucedió automáticamente en el cargo Juan el Bautista, el cual tuvo noticia de la muerte de su antecesor por boca de Jesús.

Capítulo III

Comienza la Vida Pública de Cristo al ser bautizado por Juan en el Jordán. Cristo instituye el Sacramento del Bautismo

1. El día 25 de diciembre del año 30, durante el tiempo en que muchos recibían el bautismo de penitencia, Jesús, acompañado de su Divina Madre y de las dos hermanas de Ella, María Cleofás y María Salomé, llegó, desde Nazaret de Galilea, a las orillas del Jordán, para ser bautizado por Juan.

2. Mas éste, sabiendo que Jesús era el Hijo de Dios, se resistía a hacerlo diciendo: *«Yo debo ser bautizado por Ti, y ¿Tú vienes a mí?».* Y respondiendo Jesús, le dijo: *«Haz ahora lo que te digo, porque así nos conviene a los dos cumplir la voluntad divina».* Entonces, accedió Juan. Mas, antes de bautizar a Cristo, dijo de Él a la muchedumbre: *«He aquí el Cordero de Dios, he aquí El que quita los pecados del mundo. Este es de quien yo os dije: El que ha de venir en pos de mí, que ha sido hecho antes de mí, porque existía primero que yo».* Y, seguidamente, Jesús fue bautizado por Juan en el Jordán. Y así, quedó instituido el Sacramento del Bautismo.

3. Y después que Jesús fue bautizado, subió del agua. Y estando orando, he aquí que se abrieron los Cielos. Y vio cómo el Espíritu Santo, en figura de Paloma, descendía sobre Él, posándose en su Sacratísima Cabeza; prodigio que fue visto también por toda la concurrencia. Al mismo tiempo se oyó esta voz del Cielo que, dirigiéndose a Jesús, decía: *«Tú eres mi Hijo, el Amado».* Luego, la misma voz, dirigiéndose también a los demás, decía: *«Este es mi Hijo, el Amado, en quien me he complacido».* Con estas palabras, oídas por la concurrencia de gente, el Eterno Padre proclamaba solemnemente, ante el pueblo, la Divinidad y Mesianidad de Jesús, a quien todos debían seguir; y, además, que el Bautismo instituido por Cristo era del Espíritu Santo, y que debía administrarse en

nombre de las Tres Divinas Personas. Y en este mismo día, Jesús cumplía los treinta años de edad.

4. Inmediatamente después de instituir el Sacramento del Bautismo y de administrarlo al Precursor, Jesús se retiró a otro lugar de la ribera del Jordán, alejado de la multitud, en donde bautizó a su Santísima Madre en presencia de las hermanas de Ella, y de algunas otras personas. Y luego que la Divina María fue bautizada, se oyó la voz del Eterno Padre, que dijo: *«Ésta es mi Hija querida, en quien Yo me recreo».* Y Jesús, el Verbo Divino Humanado, dijo: *«Ésta es mi Madre muy amada, a quien Yo elegí y me asistirá en todas mis obras».* Y el Espíritu Santo dijo: *«Ésta es mi Esposa escogida entre millares».* Y los que allí estaban, oyeron la voz de las Tres Divinas Personas, y vieron, además, cómo el Espíritu Santo, en forma de Paloma, descendió del Cielo y se posó sobre la Cabeza Inmaculada de María. Después, Jesús bautizó a las dos hermanas de su Madre, así como a los hermanos Lázaro y Marta.

5. Dios no permitió que Satanás contemplase las maravillas acaecidas en el río Jordán, ya que el Maligno estaba siempre al acecho de Cristo para descubrir si verdaderamente era el Mesías Prometido, como venía sospechando.

Capítulo IV

Cristo se retira al Monte de la Cuarentena en el desierto de Judá

1. Este mismo día 25 de diciembre del año 30, Jesús se despidió de su Divina Madre, la cual marchó con sus dos hermanas a Nazaret.

2. Luego, Él, con la plenitud del Espíritu Santo que siempre poseía, se retiró del Jordán, y fue conducido por el mismo Divino Espíritu al desierto. Y estuvo solo en el desierto cuarenta días y cuarenta noches, en donde moraba con las fieras. Y habiendo ayunado los cuarenta días y las cuarenta noches, durante los cuales quiso padecer hambre y sed, al final manifestó tener hambre.

3. Y Satanás, que venía observando la sencillez y humildad de Jesús, carente de gloria externa, al notar que Él manifestaba hambre, quiso probar si verdaderamente era el Mesías Salvador, tratando de seducirle con la gula. Y Jesús permitió que se llegase a Él el diablo tentador, y que le dijese: *«Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan».* Y Jesús le respondió: *«Escrito está en el Libro de Enoc: 'No sólo de pan vive el hombre, sino del alimento espiritual: que es toda palabra que sale de la boca de Dios'».*

4. Y como el demonio quedase así más confundido, trató ahora de seducir a Jesús de vanagloria con malicia de suicidio. Por lo que, entonces, tomó el diablo a Jesús y le llevó a Jerusalén, y le puso sobre la almena del Templo; lo cual Él se lo permitió para confundirle más, ya que dejase mover aparentemente por el impulso del poder satánico. Y el diablo dijo a Jesús: *«Si eres el Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque escrito está en el Libro de Enoc: 'Dios mandará a sus Ange-*

les cerca de Tí, y te tomarán en sus manos, para que no tropieces, y te hieras el pie en alguna piedra'. Y Jesús le dijo: *«También está escrito en el Libro de Enoch: 'No tentarás al Señor tu Dios'»*.

5. Y como quedara Satanás aún más confundido, quiso llegar a más, por lo que trató de seducir a Jesús con el pecado de ambición, a cambio de que le adorase. Por eso, Jesús, dejándose mover aparentemente por el diablo, subió a lo más alto de aquel Monte; desde donde se dominaba un hermoso panorama, el cual el maligno, con su poder infernal, cubrió, durante unos instantes de fastuosas riquezas y glorias mundanas; lo cual le fue permitido por Dios para su mayor confusión y derrota. El diablo, manifestándose como ángel de luz y aparentando ser el Mesías Prometido, mostró a Jesús toda aquella aparente grandeza de los reinos del mundo, con su pomposa gloria, diciéndole a Él: *«Todas estas cosas te daré, si postrándote ante mí, me adorares»*. Entonces le dijo Jesús: *«Vete, Satanás, porque escrito está también en el Libro de Enoch: 'Al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo servirás'»*.

6. Y acabada toda tentación, el diablo, completamente derrotado, y aún más confuso de quién era Jesús, se retiró de Él hasta cuando le fuese permitido que de nuevo le atacara directamente. Y he aquí que los Ángeles llegaron, y servían a Jesús. Su retiro en el Monte de la Cuarentena, terminó el 3 de febrero del año 31.

7. Cristo permitiría que, de nuevo, Satanás le tentara directamente, y con más astucia y ensañamiento, en su segunda cuarentena en el desierto, que precedería a su Pasión.

Capítulo V

Embajada oficial de las autoridades judías al Precursor

1. Este mismo día, 3 de febrero del año 31, hallándose Juan el Bautista a orillas del Jordán, dio testimonio a favor de Jesús, cuando las autoridades judías, para investigar sobre el Mesías, le enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para preguntarle: *«¿Tú, quién eres?»*. Y Juan confesó claramente la verdad, diciendo: *«Yo no soy el Cristo»*.

2. Y de nuevo le preguntaron: *«¿Pues, quién eres? ¿Eres tú Elías?»*. Y Juan dijo: *«No soy»*. Y volvieron a interrogarle: *«¿Eres tú algún profeta resucitado?»*. Y él respondió: *«No»*. Y otra vez le dijeron: *«¿Pues, quién eres tú? para que podamos dar respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo?»*. Él dijo: *«Yo soy la voz que clama en el desierto: Enderezad el camino hacia el Señor, como dijo Isaías Profeta»*.

3. Y los que habían sido enviados, eran de la secta de los fariseos. Y también le preguntaron: *«¿Pues, por qué bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni ningún profeta resucitado?»*. Juan les respondió, y dijo: *«Yo bautizo con agua; mas, en medio de vosotros, está quien vosotros no conocéis. Éste es de quien yo os dije que ha de venir en pos de mí, que ha sido hecho antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia»*. Todo esto sucedió en Betábara de

Perea, en la otra parte del Jordán, en donde estaba Juan bautizando.

Capítulo VI

Cristo vuelve al Jordán: El testimonio del Bautista

1. Al día siguiente, 4 de febrero, en el curso de una nueva controversia tenida con los fariseos, Juan el Bautista vio que Jesús venía hacia él, y dijo: *«He aquí el Cordero de Dios, he aquí El que quita los pecados del mundo. Éste es Aquel, de quien yo os dije: En pos de mí viene un Varón que fue hecho antes de mí, porque existía primero que yo»*.

2. Cuando esto oyeron los fariseos, dijeron a Juan que él no conocía a Jesús, y que, por tanto, no daban crédito a sus palabras. Mas, Juan, para dar testimonio del Mesías, reprochó con tono irónico la incredulidad de ellos, diciendo: *«¿Yo no lo conocía? Si pensáis que yo no le conocía, os diré que, para que se manifestase Él en Israel, vine yo antes, por mandato suyo, a bautizar con agua»*.

3. Y luego Juan, con austera severidad, recordó a los fariseos la irrefutable prueba que ellos mismos tuvieron en el Bautismo de Cristo cuando vieron las maravillas acaecidas en el Jordán; de todo lo cual, Juan daba ahora testimonio diciendo: *«Yo vi el Espíritu Santo que descendía del Cielo como paloma, y reposó sobre Él. Por eso, si pensáis que yo no le conocía, os repito que Él mismo fue el que me envió a bautizar con agua, por mandato del Eterno Padre; Quien también me habló y dijo: 'Sobre Aquel que tú vieres descender el Espíritu Santo, y reposar sobre Él, Éste es el que bautiza en el Espíritu Santo'. Y aun en el supuesto de que yo no hubiese conocido antes a Jesús, me basta para creer en Él lo que vi, y por eso doy testimonio de que Éste es el Hijo de Dios»*.

Capítulo VII

Los primos y parientes de Nuestro Señor Jesucristo

Los primos y parientes del Señor que fueron después discípulos y Apóstoles, conocían personalmente a Cristo, sabían muchos de sus misterios y tenían frecuente trato con Él ya antes de su manifestación pública; mas, no poseían un convencimiento claro de que fuera el Mesías esperado.

Capítulo VIII

Encuentro de Cristo con los cuatro primeros futuros Apóstoles

1. El día 5 de febrero de aquel año 31, estando otra vez Juan el Bautista, con dos de sus discípulos, a orillas del Jordán, mirando a Jesús que pasaba, dijo de Él el Precursor: *«He aquí el Cordero de Dios. He aquí El que quita los pecados del mundo»*. Y lo oyeron esos dos discípulos, y siguieron a Jesús. Y volviéndose Jesús y viendo que le seguían, les dijo: *«¿Qué buscáis?»*. Ellos le dijeron: *«¿Maestro, en dónde moras ahora?»*. Él les dijo: *«Venid, y vedlo»*. Ellos fueron, y vieron en donde moraba, era entonces entre las 3 y las 4 de la

tarde, y se quedaron con Jesús aquel día. Y los que habían oído ese testimonio de Juan el Bautista y habían seguido a Jesús, eran: Andrés, hermano de Simón; y el otro era Juan, hermano de Santiago el Mayor. Andrés y Juan fueron bautizados por Jesús ese mismo día y siguieron al Maestro como discípulos.

2. Al día siguiente, 6 de febrero, Andrés encontró a su hermano Simón, y le dijo: *«Hemos hallado al Mesías, el Cristo de Dios»*. Y le llevó a Jesús. Y Jesús le miró, y dijo: *«Tú eres Simón, hijo de Jonás: tú serás llamado Pedro»*. Y también, ese mismo día, halló Jesús a Santiago el Mayor, el cual había sido llevado ante su presencia por su hermano Juan. Estos dos hermanos eran hijos de María Salomé, esposa de Zebedeo, y primos hermanos de Jesús. Simón y Santiago el Mayor fueron bautizados por Jesús ese mismo día, y le siguieron como discípulos. A Simón, en el bautismo, Cristo le puso el nombre de Pedro, y desde entonces así fue llamado.

Capítulo IX

Cristo hace la primera llamada a la jerarquía levítica para que le sigan como discípulos.

Cristo enseña la Oración del Padrenuestro.

Viaje de Cristo a Galilea y encuentro con otros futuros Apóstoles

1. El día 7 de febrero del año 31, Nuestro Señor Jesucristo, acompañado de los cuatro primeros discípulos, con intención de ir a Galilea, salió del Jordán, pasando primero por Jerusalén, en donde se detuvo tres días y predicó en el Templo anunciando el Reino de Dios. Allí hizo la primera llamada a toda la jerarquía levítica, principalmente a los Pontífices y miembros del Sanedrín, para que le siguieran como discípulos; mas, no le siguieron. Jesús también visitó en Betania a Lázaro y Marta, los cuales le acompañarían después a Nazaret.

2. El 10 de febrero, antes de continuar viaje a Galilea, estando Jesús orando con sus cuatro primeros discípulos en la Gruta de las Enseñanzas del Monte de los Olivos, acabada la oración díjole Pedro: *«Señor; enséñanos a orar, como nos enseñó Juan Bautista, nuestro anterior maestro»*. Y Jesús le respondió: *«Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu Reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy; perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas libranos del mal. Amén»*.

3. En su viaje a Galilea, Jesús entró en Nazaret, en donde se hallaba su Santísima Madre y las dos hermanas de Ella. Aquí quedaron Lázaro y Marta.

4. Luego Jesús, acompañado de sus cuatro discípulos, prosiguió viaje hacia el Mar de Galilea, también llamado Mar de Tiberíades y Lago de Genesaret. Y el día 13 de febrero, Jesús entró en Betsaida de Galilea, en donde halló a Felipe, a quien bautizó y le dijo: *«Sígueme»*. Y éste le siguió como discípulo. Era Felipe de Betsaida, ciudad a dos kilómetros de Cafarnaún. En

esta última ciudad es donde habían nacido Pedro y Andrés.

5. El jueves 14 de febrero, Jesús halló en Betsaida de Galilea a Dídimo, que, por ser comerciante de pescado, se desplazaba allí con frecuencia. Por razón de su oficio, trataba con Pedro, que poseía un negocio de pescadores, y fue éste quien se lo presentó. Jesús bautizó a Dídimo y le puso el nombre de Tomás; el cual al instante siguió al Maestro como discípulo.

6. El domingo 17 de febrero del mismo año 31, Cristo fue a Caná de Galilea, acompañado de sus seis primeros discípulos. Aquí Felipe halló a su primo Natanael, y le dijo: *«Hemos hallado al Mesías de quien escribió Moisés en la Ley, y que fue anunciado por los Profetas: este es Jesús hijo de José, el de Nazaret»*. Y Natanael, también llamado Bartolomé, por ser hijo de Tolomé, dijo a Felipe: *«¿De Nazaret puede haber cosa tan grande?»*, ya que esta ciudad era poco apreciada por los judíos; y además, Natanael sabía que el Mesías nacería en Belén, por lo que no creyó en las palabras de Felipe. Mas, éste le dijo: *«Ven, y verás»*. Vio Jesús a Natanael, que venía a buscarle, y dijo de él: *«He aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez ni engaño»*. Natanael le dijo: *«¿De dónde me conoces?»*. Respondió Jesús, y le dijo: *«Antes que Felipe te llamara, yo te vi cuando estabas debajo de la higuera»*; con lo cual Jesús le daba una prueba de su Divinidad.

7. Al oír esto, Natanael respondió: *«Maestro, Tú eres el Hijo de Dios, Tú eres el Rey de Israel, porque sólo de Dios podía yo ser visto»*. Jesús respondió, y dijo: *«¿Porque te dije que te vi debajo de la higuera, crees? Mayores cosas que éstas verás»*. Y agregó: *«En verdad, en verdad os digo, que veréis el Cielo abierto, y los Angeles de Dios subir y bajar glorificando al Hijo del Hombre»*. Bartolomé fue bautizado ese mismo día por Jesús, e invitó a Él y a sus discípulos a su próxima boda con Susana. También fueron bautizados los hijos de María Cleofás, tía de Jesús, llamados: Judas, Zelotes, Santiago el Menor y Susana, los cuales eran, pues, primos hermanos del Divino Maestro. Los tres hermanos siguieron a Jesús como discípulos. Cristo, al bautizar a Judas, le puso el nombre de Tadeo; y al bautizar a Zelotes, le puso el nombre de Simón.

8. Al día siguiente, 18 de febrero, en Caná de Galilea, Jesús encontró también a Leví, que era publicano y recaudador de impuestos de aquella región, y que se hallaba en Caná para asistir a la boda de Bartolomé. Jesús bautizó a Leví y le puso el nombre de Mateo, quien siguió al Maestro como discípulo.

Capítulo X

Las bodas de Caná.

Institución del Sacramento del Matrimonio.

El milagro de la conversión del agua en vino

1. El día 20 de febrero del año 31, tres días después del encuentro de Jesús con Bartolomé, se celebraron las bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la Madre de Jesús, que había venido desde Nazaret con sus hermanas María Cleofás y María Salomé. Y también se ha-

llaban Jesús y sus discípulos. María Cleofás tenía su casa en Caná de Galilea, y María Salomé tenía su casa en Cafarnaún.

2. Este mismo día 20 de febrero, Jesús bendijo las nupcias de Bartolomé y Susana, instituyendo así el Sacramento del Matrimonio. Los festejos duraron cuatro días.

3. El sábado 23 de febrero, cuando se celebraba el último banquete de los festejos de la boda, por un descuido de la familia del novio, llegó a faltar vino. Y, al observar la Madre de Jesús el gran apuro de los responsables del banquete, acudió a su Hijo para que Él remediara esa necesidad, diciéndole: *«No tienen vino»*. Y Jesús le dijo: *«¿Mujer, qué nos va a Mí y a Ti? Aún no es llegada mi hora de hacer milagros públicos»*. Jesús, con esta respuesta, no desdeñaba la solicitud de su Madre; pues, desde que oyó su petición, deseó ardentemente complacerla; mas quería dejar constancia con sus palabras, de que, aunque no era llegada la hora de hacer milagros públicos, la adelantaba por los ruegos de su Santísima Madre. Y Ella, conociendo que Jesús atendería su súplica, dijo a los que servían: *«Haced cuanto Él os dijere»*.

4. Y había allí seis tinajas de piedra destinadas para las purificaciones de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros. Y Jesús les dijo: *«Llebad las tinajas de agua»*. Y las llenaron hasta arriba. Y Jesús les dijo: *«Sacad ahora de una de las tinajas, y llevad al maestresala»*. Y lo llevaron. Y luego que el

maestresala probó el agua convertida en vino, como él no sabía de dónde era, aunque sí lo sabían los sirvientes, porque habían sacado el agua del pozo y habían llenado las tinajas, llamó el maestresala al esposo, y le dijo: *«Todo hombre sirve primero el mejor vino, y después que han bebido bien, entonces da el que no es tan bueno; mas tú guardaste el mejor vino para el final»*. Este milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea, fue el primero de su vida pública; y así manifestó su gloria; y la fe de sus discípulos quedó más consolidada.

5. Al concluir el último banquete de las bodas, los esposos Bartolomé y Susana, inspirados por Dios, se acercaron a Jesús manifestándole sus deseos de vivir ambos separados en perfecta castidad, por amor a Dios. Los dos hicieron entonces voto de castidad pidiendo de rodillas la bendición al Maestro. Luego, Susana marchó a vivir con su madre, María Cleofás, y se unió a las santas mujeres que acompañaban a la Divina María. Bartolomé se mantuvo célibe siguiendo a Jesús como discípulo.

6. Al día siguiente de terminadas las bodas, 24 de febrero, Jesús marchó a Cafarnaún acompañado de su Divina Madre, de María Salomé, de sus primos hermanos y demás discípulos, y estuvieron allí por espacio de diez días; durante los cuales Jesús enseñó públicamente, dando pruebas de su mesianidad con milagros y convirtiendo a muchos.

Libro III

Desde el 5 de marzo del año 31 hasta el 3 de abril del año 32

Capítulo I

Jesús va a Jerusalén para la Pascua del año 31

1. Como estaba cerca la Pascua de los judíos, el día 5 de marzo del año 31, se dirigió Jesús a Jerusalén, acompañado de su Santísima Madre, de los once primeros discípulos, de las piadosas mujeres y de algunos otros seguidores. En su viaje pasó por Betábara de Perea, en donde había sido bautizado. Y allí Él se detuvo varios días predicando a la muchedumbre. Luego fue a Betania, ciudad de Lázaro y Marta, reuniéndose aquí con ambos hermanos el miércoles 13 de marzo. Durante todo el trayecto del viaje, Jesús enseñaba y bautizaba ayudado de sus discípulos.

2. El 17 de marzo, Jesús, con su Madre y discípulos, fue al Templo de Jerusalén, en donde Él predicó anunciando a sacerdotes y peregrinos el Reino de Dios y el cumplimiento de las profecías, causando la admiración de muchos que le oían.

3. Terminada su labor en el Templo, ese mismo día, Jesús y los que le acompañaban fueron a la ciudad de Hebrón, en donde predicó e hizo milagros, saliendo de nuevo para Jerusalén el sábado 23 de marzo.

4. El 24 de marzo, Jesús visitó otra vez el Templo y vio el atrio de los catecúmenos convertido en un antro

de mercaderes, a quienes dijo que debían retirar sus negocios de aquel lugar sagrado. Al día siguiente, Jesús visitó de nuevo el Templo y habló con más severidad a aquellos mercaderes que no le obedecieron.

Capítulo II

Primera expulsión de los mercaderes del Templo

1. El día 27 de marzo, Jesús, acompañado de sus once discípulos, visitó de nuevo el Templo de Jerusalén, en donde aún halló dentro del atrio de los catecúmenos a muchos mercaderes que seguían vendiendo bueyes, ovejas, palomas y otras mercancías; y también, a los cambistas negociando, sentados tras de sus mesas.

2. Jesús, lleno de santa ira, por la profanación que hacían de aquel lugar sagrado, haciendo uso de su divina autoridad, preparó con cuerdas un látigo, y con él los arrojó a todos del Templo, juntamente con los bueyes, ovejas, palomas y demás cosas de venta, y derramó por el suelo el dinero de los cambistas, y derribó las mesas, sillas, toldos, quioscos, lonas, etc. Y dijo a todos, con gritos estremecedores: *«Quitad esto de aquí, y no convirtáis la Casa de mi Padre en una cueva de ladrones»*. Jesús hizo así valer ante los mercade-

res su divina autoridad, y de su Divinísimo Rostro salían rayos devoradores por el cielo de la Casa de su Padre. Entonces se acordaron sus discípulos, que estaba escrito: *«Porque me consumió el celo de tu Casa»*.

3. Los sacerdotes levíticos, viendo en la actitud de Cristo una gran pérdida para sus intereses económicos, indignados, le dijeron: *«¿Qué señal nos das de tu autoridad para hacer estas cosas?»*. Jesús, sabiendo que querían matarle, les respondió, señalando a su propio Cuerpo, con estas palabras: *«Destruid este Templo, y en tres días lo levantaré»*. Los sacerdotes, aunque comprendían el sentido de las palabras de Jesús, las tergiversaron maliciosamente, diciéndole: *«¿En cuarenta y seis años fue hecho este Templo, y Tú lo levantarás en tres días?»*. Mas Él les hablaba del Templo de su Cuerpo.

4. Así, cuando Él hubo resucitado de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que lo dijo por esto, y creyeron con más firmeza en las palabras que dijo Jesús y en lo vaticinado por el Profeta Ezequiel: *«Llegará el tiempo en el que Melquisedec, el Sacerdote Altísimo de Dios, cuando camine revestido de Víctima, expulsará por dos veces, con un látigo en la mano derecha, a los mercaderes del Templo levantado sobre las ruinas de este Templo que está aún en pie. En ambas circunstancias, los sacerdotes del Templo se sentirán flagelados en sus codiciadas alcancías de los botines»*.

Capítulo III

Cristo celebra la Pascua en Jerusalén

1. El jueves 28 de marzo del año 31, día solemne de la Pascua, hallándose Jesús en Jerusalén acompañado de sus once discípulos, visitó por la mañana el Templo con ellos, en donde enseñó a las multitudes. Muchos creyeron en su Nombre viendo los milagros que hacía. Mas el mismo Jesús no se fiaba de la mayoría de los que creyeron en ese día, porque los conocía a todos. Y porque Él no necesitaba que nadie le informase acerca de cada uno, ya que Él mismo conocía bien lo que hay dentro de cada hombre.

2. Uno de estos, de quienes Jesús no se fiaba y que creyeron en Él ese día de la Pascua, fue Judas Iscariote que, con motivo de esta solemnidad, se hallaba en Jerusalén; pues, habiendo visto las obras que hacía Jesús, mostró vivo deseo de ser su discípulo, movido en parte por una cierta piedad; pero, sobre todo, por su propio interés y prestigio.

3. El mismo día 28 de marzo del año 31, Jesús celebró la cena del Cordero Pascual en la noche de ese día, según estaba mandado en la Ley de Moisés. Esta cena fue en la casa de Lázaro en Jerusalén; y acompañaban a Jesús su Divina Madre, los once discípulos, María Cleofás, María Salomé, Lázaro y Marta, así como otras piadosas mujeres.

Capítulo IV

Judas Iscariote es admitido como discípulo

Al día siguiente, viernes 29 de marzo, hallándose Jesús de nuevo en el Templo con sus discípulos, se le acercó Judas Iscariote pidiéndole ser admitido entre ellos. Y aunque el Divino Maestro conocía la disposición egoísta de Judas, lo aceptó como discípulo, pues deseaba ardientemente salvar su alma; y le bautizó ese mismo día en el torrente Cedrón; siguiendo Judas, desde entonces, al Maestro.

Capítulo V

El coloquio de Cristo con Nicodemo

1. El sábado día 30 de marzo del año 31, visitó a Jesús en la casa de Lázaro en Betania, un amigo de éste llamado Nicodemo, hombre de buena voluntad, insigne fariseo y varón principal entre los judíos, por ser miembro del Sanedrín.

2. Éste fue de noche a Jesús, y le dijo: *«Sé que eres Maestro enviado de Dios, porque ninguno puede hacer estos milagros que Tú haces, si Dios no estuviera con él»*. Jesús respondió: *«En verdad, en verdad te digo, que quien no naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios ni tener parte en él»*.

3. Nicodemo le dijo: *«¿Cómo puede un hombre nacer de nuevo? ¿Por ventura puede volver al vientre de su madre y nacer otra vez?»*. Jesús respondió: *«En verdad, en verdad te digo, que no puede entrar en el Reino de Dios sino aquel que fuere renacido de agua y del Espíritu Santo mediante mi Bautismo. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del espíritu, espíritu es. No te maravilles, porque te dije: te es necesario nacer otra vez. El viento sopla, tú oyes su sonido, y sabes de dónde viene y a dónde va. Eso mismo sucede al que es nacido por el Espíritu Santo, que, por los efectos de la gracia, conoce que viene de Dios y a Dios se encamina»*.

4. Y Nicodemo le dijo: *«¿Cómo puede hacerse esto en mí?»*. Respondió Jesús: *«Tú, que eres maestro en Israel, deberías entender estas cosas. En verdad, en verdad te digo, que Yo hablo de lo que sé, y doy testimonio de lo que he visto; y tú, con todo, no admites el testimonio que di en presencia tuya, ante todo el Sanedrín, de que soy el Hijo de Dios. Pues, ningún otro hombre subió todavía al Cielo, sino Yo, el Hijo del Hombre, que después descendí del Cielo a la tierra, y que estoy al mismo tiempo en el Cielo»*. Jesús aquí se refiere a su Divinísima Alma, que en el Cielo fue creada unida al Verbo Divino, y que después descendió a la tierra en su Encarnación, sin perder la gloria celestial.

5. Y Jesús siguió diciendo a Nicodemo: *«Y así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, del mismo modo también es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado en lo alto de un madero, para que todo aquel que crea en Él, no perezca, sino que tenga vida eterna; porque de tal manera amó Dios al mundo, que envió a su Hijo Unigénito: para que todo aquel que*

crea en Él, no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo por sus pecados, sino para que el mundo pueda salvarse por Él. Quien en Él cree, recibe el Bautismo y persevera en la gracia hasta el fin, se salva; mas, el que no está dispuesto jamás a aceptarle ni a obrar conforme a la verdadera Fe, ya está condenado: porque no cree en el Nombre del Unigénito Hijo de Dios».

6. «Mas, esta es la causa de la condenación: que la Luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la Luz, porque sus obras eran malas. Porque todo hombre que obra mal, aborrece la Luz, y no viene a la Luz, pues no está dispuesto a que se le rependa por sus malas obras; a las cuales no quiere renunciar, diciendo que obra bien con sus pecados, y prefiere condenarse. Mas, el que desea obrar según la verdad y salvarse, viene a la Luz, para que se manifiesten sus buenas obras, al estar hechas conforme Dios quiere».

7. Terminado el coloquio entre Jesús y Nicodemo, éste fue desde Betania a Jerusalén a buscar a su amigo José de Arimatea. Ambos eran miembros relevantes del Sanedrín y esperaban con buena voluntad el Reino de Dios. Jesús bautizó a los dos el mismo día 31 de marzo. Desde ese momento, Nicodemo y José de Arimatea siguieron a Jesús en calidad de discípulos ocultos, en conformidad con la voluntad del Divino Maestro.

8. Después de esto, la Divina María y sus dos hermanas María Cleofás y María Salomé, y otras piadosas mujeres, partieron para Nazaret.

Capítulo VI

Apostolado de Cristo por Judea

A partir del día 1 de abril hasta el 30 del mismo mes, Jesús recorrió con sus doce discípulos otras ciudades y pueblos del territorio de Judea, predicando y bautizando. Este apostolado culminó en Betábara, en el territorio de Perea, a la orilla oriental del Jordán, en donde estuvo con los doce discípulos desde el 30 de abril hasta el 17 de mayo del mismo año 31.

Capítulo VII

Nuevo testimonio de Juan Bautista en favor de Cristo

1. Al mismo tiempo que Jesús se hallaba en Betábara de Perea predicando y administrando el Sacramento del Bautismo, Juan Bautista seguía administrando el bautismo de penitencia en otro lugar más alejado, llamado Enón, junto a Salín, en la orilla occidental del Jordán, en el territorio de Decápolis; porque había allí mucha abundancia de aguas, y venían las gentes, y eran bautizadas. Pues Juan aún no había sido encarcelado por Herodes.

2. Con ocasión de que Jesús predicaba y bautizaba en el territorio de Perea, a la orilla oriental del Jordán, se suscitó una disputa entre los discípulos de Juan y algunos judíos acerca del bautismo; pues estos judíos, que eran fariseos, habían oído hablar del gran presti-

gio de Jesús, principalmente entre los seguidores de Juan Bautista; y para provocar la envidia del Precursor y de sus discípulos, se lo dijeron a estos; pues lo que pretendían los fariseos era suscitar discordias entre Jesús y Juan.

3. Y acudiendo a Juan sus discípulos, le dijeron: «Maestro, Aquel que tiempo atrás estaba contigo en la otra parte del Jordán, de Quien tú diste testimonio, he aquí que está bautizando y todos van hacia Él». Mas, la malicia de los fariseos quedó desbaratada por otro testimonio del Bautista sobre la mesianidad de Cristo, ya que Juan respondió: «Nada puede poseer el hombre si no le fuere dado del Cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: 'Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de Él como precursor suyo para llevaros a su Iglesia'. Pues Jesús es el Esposo de la verdadera Iglesia: su Esposa. Mas yo sólo soy el amigo y seguidor del Esposo, que estoy bajo su autoridad, oigo sus enseñanzas y me lleno de gozo con la voz del Esposo. Por eso mi gozo es ahora completo. Es necesario que Él crezca en su misión mesiánica, y que yo mengüe en mi labor precursora hasta que termine con mi muerte».

4. Y siguió diciendo Juan: «El Hijo de Dios, que ha venido de lo Alto, es superior a todos, y su testimonio es del Cielo; ya que, en cuanto Dios, nada le ha sido revelado, pues todo lo conoce por Sí mismo. Mas, el que es pura criatura como yo, terreno es, y su testimonio es de la tierra; ya que lo que digo aquí, me ha sido revelado. El que nos ha venido del Cielo, en cuanto Hombre es también superior a todos. Él, con sus divinas enseñanzas, da testimonio de lo que allí vio y oyó; y con todo, casi nadie acepta su testimonio. Mas, el que admite su testimonio, confirma con su fe y sus buenas obras, que Dios es veraz en sus promesas enviándonos a su Unigénito. Porque, a quien Dios ha enviado, habla las mismas palabras de Dios, ya que Dios le da el Espíritu sin medida». Pues, Jesús, en cuanto Dios es infinito en Sí mismo; y, en cuanto Hombre, posee la Infinita Santidad recibida del Verbo Divino. Y siguió diciendo Juan Bautista: «El Padre ama al Hijo y todas las cosas puso en sus manos. El que cree en el Hijo, tendrá vida eterna; mas el que no da crédito al Hijo, se condenará, pues la ira de Dios está sobre él».

Capítulo VIII

Cristo deja Perea y va para Judea.

Cristo hace la segunda llamada a la jerarquía levítica para que le sigan como discípulos.

Cristo deja Judea y va para Galilea

Sabiendo Jesús que los fariseos habían oído que Él hacía más discípulos y bautizaba más que Juan Bautista, aunque Jesús sólo bautizaba personalmente en algunas ocasiones, ya que de ordinario lo hacía por ministerio de sus discípulos, Él, para evitar las discusiones entre los fariseos y los discípulos del Precursor, se retiró de Betábara de Perea el 17 de mayo. Dos días después, visitó el Templo de Jerusalén para cumplir

con la fiesta de Pentecostés. Este mismo día 19 de mayo de aquel año 31, Cristo hizo la segunda llamada a toda la jerarquía levítica, principalmente a los Pontífices y miembros del Sanedrín, para que le siguieran como discípulos; mas tampoco en esta ocasión le siguieron. Al día siguiente, 20 de mayo, muy de madrugada, Cristo, dejando Judea, se fue a Galilea con sus discípulos y otros seguidores, tomando la ruta que pasa por la región de Samaria.

Capítulo IX

La conversión de la Samaritana

1. El mismo día 20 de mayo del año 31, Jesús llegó a la ciudad de Samaria llamada Siquén, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José.

2. Y estaba allí el pozo de Jacob. Jesús, pues, cansado del camino, se sentó sobre el brocal del pozo. Era ya cerca del mediodía. Vino entonces una mujer samaritana a sacar agua. Jesús le dijo: «*Dame de beber*». Porque sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer.

3. Y aquella mujer samaritana le dijo: «*¿Cómo Tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana?*», porque los judíos no tenían trato con los samaritanos. Respondió Jesús: «*Si supieses el Don de Dios, y Quién es el que te dice: 'Dame de beber': seguramente tú le pedirías a Él, y te daría agua viva*». La mujer le dijo: «*Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo: ¿de dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Por ventura eres Tú mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dio este pozo, y él bebió de él, y sus hijos, y sus ganados?*».

4. Jesús respondió y le dijo: «*Todo aquel que bebe de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que Yo le daré, nunca jamás tendrá sed. Pues el agua que Yo le daré, se hará en él una fuente de agua que manará sin cesar hasta la vida eterna*». La mujer le dijo: «*Señor, dame de esa agua, para que no tenga sed, ni venga aquí a sacarla*».

5. Jesús le dijo: «*Vé, llama a tu marido, y vuelve acá*». La mujer respondió y dijo: «*No tengo marido*». Jesús le dijo: «*Verdad dices que no tienes marido. Porque has convivido ya con cinco hombres, y con el que ahora vives, no es tampoco tu marido, ya que es marido de otra. Por tanto, en eso has dicho la verdad*». La mujer le dijo: «*Señor, veo que Tú eres Profeta. Nuestros padres en este monte Garizín, adoraron a Dios, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar en donde hay que adorarle*».

6. Jesús le dijo: «*Mujer, créeme, que viene la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros decís que adoráis a Dios, mas no le adoráis conforme a la verdad, sino según vuestro capricho; nosotros, sin embargo, adoramos a Dios según la verdad y el culto establecido en su Ley; porque la Salvación, el Cristo, viene del Pueblo Judío al ser heredero de las promesas divinas. Mas viene la hora, y está muy próxima, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre, no por medio de sacrificios*

externos, sino en espíritu y en verdad; ya que será por medio de un Sacrificio infinito, lleno de misterios de fe, por el que se rendirá verdadera adoración al Padre. Por eso, por medio de su Hijo, el Padre busca a quienes así le adoren. Dios es espíritu; y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad».

7. La mujer le dijo: «*Yo sé que viene el Mesías, que se llama Cristo; y cuando viniere Él, nos revelará todas las cosas*». Jesús le dijo: «*Yo soy, el que hablo contigo*». Y al mismo tiempo llegaron sus doce discípulos y se extrañaron de que Él hablase con una mujer. Sin embargo, ninguno le dijo: «*¿Qué hablas con ella?*». La mujer, pues, creyendo que Jesús era el verdadero Mesías, dejó su cántaro y se fue a la ciudad, y dijo a las gentes: «*Venid, y ved a un hombre que me ha dicho todas cuantas cosas he hecho: Él es el Cristo*». Entonces salieron muchos de la ciudad, y vinieron adonde estaba Jesús, convencidos de lo que la mujer les había contado.

8. Entretanto le rogaban sus discípulos diciendo: «*Maestro, come*». Jesús les dijo: «*Yo tengo para comer un manjar que vosotros no sabéis*». Decían, pues, los discípulos unos a otros: «*¿Si le habrá traído alguno de comer?*». Jesús les dijo: «*Mi comida es hacer la voluntad del que me envió, y que cumpla su Obra. Cuando se siembra el trigo, ¿no soléis decir vosotros que aún quedan cuatro meses hasta la siega? Alzad vuestros ojos, y mirad los campos, que están ya blancos y a punto de segarse. Y en esta cosecha evangélica, aquel que siega recibe su jornal de gracia y recoge fruto para la vida eterna, para que se gocen a una el que siembra y el que siega. Porque en esto el refrán es verdadero: 'que uno es el que siembra, y otro es el que siega'. Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis; otros, los patriarcas y los profetas, hicieron la labranza, preparando al Pueblo Escogido para la futura siembra que haría el Divino Sembrador; y vosotros, los segadores, habéis entrado en las labores recogiendo los frutos*». Esto les dijo mostrándoles las espigas ya maduras de los campos de Samaria, las cuales compara con las espigas espirituales, cual eran aquellos samaritanos que habían venido a Él y habían dado como fruto la fe en su Divina Palabra, y era el momento de bautizarles; pues, muchos samaritanos de aquella ciudad, creyeron en Él por las palabras de la mujer que atestiguaba diciendo: «*Me ha dicho todo cuanto he hecho*»; y, sobre todo, creyeron por las divinas enseñanzas del Maestro.

9. La samaritana, llamada Fotina, fue bautizada por Jesús el día 20 de mayo junto al pozo de Jacob. Y como los samaritanos que habían venido a Jesús le rogaron que se quedara allí, Él se detuvo con ellos dos días, del 20 al 22 de mayo, por lo que creyeron en Él muchos más por haber oído su predicación; y decían a la samaritana: «*Ya no creemos por lo que tú has dicho, pues nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que Éste es verdaderamente el Salvador del mundo*». Muchos samaritanos fueron bautizados por los discípulos de Jesús durante los dos días que permanecieron en

Siquén. Más tarde, Fotina, la Samaritana, se uniría a las piadosas mujeres.

Capítulo X

Intentan matar a Cristo en Nazaret

1. El día 22 de mayo del año 31, dos días después del encuentro de Jesús con la samaritana, salió Él de Siquén con sus doce discípulos y otros seguidores, y se dirigió para Galilea, llegando el viernes 24 de mayo a Nazaret, que Él consideraba su patria al haberse criado en ella. En Nazaret, se hallaban su Divina Madre, sus dos tías María Cleofás y María Salomé, y demás piadosas mujeres.

2. Pronto se corrió la noticia de la presencia de Jesús, y hasta fue recibido con gran entusiasmo; mas, luego, al predicar Él en las calles con severas advertencias a muchos por su mala conducta moral, el entusiasmo de los nazarenos fue disminuyendo. Jesús no quiso hacer allí muchos milagros a causa de la incredulidad de sus conciudadanos, y sólo curó a unos pocos enfermos venidos de otros lugares, poniendo sobre ellos sus manos, correspondiendo así a la fe de estos. Pero dichos milagros no fueron tomados en cuenta por los ciudadanos de Nazaret, que con malicia pretendían, además, que Jesús obrase las grandes cosas que se decía haber hecho en Cafarnaún.

3. Para preservar a los discípulos de la persecución que contra Él se fraguaba, les mandó se marcharan a sus respectivos trabajos el día 24 por la tarde, y también mandó con ellos a las dos hermanas de la Santísima Virgen María y demás piadosas mujeres, quedando solos en Nazaret Jesús y su Madre.

4. Al día siguiente, 25 de mayo, como era sábado, Jesús entró según su costumbre en la sinagoga, y se levantó para leer. Y le fue dado el Libro de Isaías el Profeta. Y Él abrió el libro, por el lugar en donde estaba escrito: *«El Espíritu del Señor sobre Mí, porque me ungió el Señor. Me envió para evangelizar a los mansos y humildes, para curar a los contritos de corazón, predicar la redención a los cautivos por el pecado, conceder la libertad a los que están encarcelados bajo el dominio de Satanás; para publicar la reconciliación con el Señor de los que acepten su doctrina, y publicar la venganza de Dios para los que la rechacen. El Señor me envió para consolar a todos los que lloran, y cuidar de los hijos de la Iglesia, a fin de darles una corona inmarcesible de gloria por sus virtudes, ungirles con el óleo de la paz y la alegría espiritual, y revestirles con un ropaje de gloria a cambio de sus aflicciones. Y los que perseveren en la gracia, serán llamados los fuertes de justicia, plantío del Señor para gloria suya».*

5. Y habiendo cerrado el libro, se lo dio al ministro levita, y sentose. Y cuantos había en la sinagoga, tenían los ojos fijos en Él. Y les empezó a decir: *«La Escritura que acabáis de oír, hoy se ha cumplido».* Y Jesús los instruía. Y muchos de los que le oían, se maravillaban de su doctrina, diciendo: *«¿De dónde le viene a Éste el conocimiento de estas cosas? ¿Y qué*

sabiduría es ésta que le es dada y las maravillas que por sus manos son obradas?». Mas, cegados por la envidia, no quisieron reconocerle como Mesías, y se escudaban para ello diciendo: *«¿No es Éste el hijo de José el carpintero? ¿No es Éste el carpintero, hijo de María, primo hermano de Santiago el Mayor y Juan, y de Santiago el Menor, Simón, Tadeo, José Barsabás y Susana? ¿Y sus tías María Cleofás y María Salomé, no son conocidas aquí y han estado también con nosotros?».*

6. Y fingían estar escandalizados de que Él se presentara como el Mesías Salvador de Israel, cuando la humildad de su procedencia era conocida. Y, aunque bien sabían que Jesús era el Mesías, sin embargo, ellos, por su soberbia le exigían que hiciese grandes milagros para que lo probase. Y, por eso, Jesús les dijo: *«Sin duda me diréis esta semejanza: 'Médico, cúrate a ti mismo': todas aquellas grandes cosas que oímos decir que hiciste en Cafarnaún, hazlas también aquí en tu ciudad».*

7. Y dijo Jesús también: *«En verdad os digo, que ningún profeta es aceptado ni honrado en su patria. En verdad os digo, que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando estuvo sin llover tres años y seis meses, cuando hubo una gran hambre por toda la tierra; mas a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidonia. Y muchos leprosos había en Israel en tiempo de Eliseo Profeta; mas ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán de Siria».*

8. Al oír estas cosas, todos los que estaban en la sinagoga, instigados por el príncipe de los sacerdotes, se llenaron de cólera y se levantaron y echaron a Jesús fuera de la ciudad, llevándole hasta la cumbre de un monte sobre el cual estaba edificada, para despeñarlo. Mas, cuando se disponían a hacerlo, pasando Jesús majestuosamente en medio de ellos, se alejó desapareciendo de su vista.

9. Todo este gravísimo ultraje contra Jesús, fue presenciado por su Divina Madre; la cual fue siguiendo a su Hijo, con dolorosísimo traspaso de su maternal Corazón. Era tal el desconsuelo de María, que en el camino se le apareció su Santísimo Esposo José para acompañarla y consolarla; y en el mismo instante en que iban a despeñar a Jesús, su Divina Madre se colocó a la derecha de Él, y a la izquierda San José, su Santísimo Padre; sin que ambos Esposos fueran vistos por los malvados agresores.

Capítulo XI

Apostolado de Cristo por otros muchos lugares de Galilea desde el 25 de mayo al 12 de septiembre del año 31.

Visión general del apostolado

El mismo sábado 25 de mayo, tras el sacrilego atentado, Jesús, acompañado de su Divina Madre, marchó de Nazaret, y se fue a otras partes de Galilea, en donde fue muy bien recibido por muchos galileos, porque habían visto todas las cosas que había hecho el día de la fiesta de la Pascua en Jerusalén; pues ellos también

habían asistido a la fiesta. Y Jesús andaba predicando por todas las aldeas del contorno. Y la fama de Él se divulgó por toda la región de Galilea. Y Él enseñaba en las sinagogas, y era aclamado de todos.

Capítulo XII

La curación del hijo del régulo

1. Jesús, acompañado de su Madre, comenzó su intenso apostolado por Galilea visitando otra vez la ciudad de Caná de Galilea, en donde había convertido el agua en vino.

2. El 26 de mayo de aquel año 31 llegó a Caná en busca de Jesús un señor de Cafarnaún, que era procurador de la corte del rey Herodes Antipas, cuyo hijo se estaba muriendo, ya que había oído que Jesús venía de Judea a Galilea. Y cuando estuvo delante del Maestro, le rogaba que le acompañase a Cafarnaún para que sanase a su hijo. Y Jesús le dijo: *«Si no veis milagros y prodigios, no creéis»*. El procurador de la corte, que se llamaba Cusa Menahén, le respondió: *«Señor, ven antes que muera mi hijo»*. Jesús le dijo: *«Vé, que tu hijo no morirá»*. Creyó el hombre en la palabra que le dijo Jesús, y se fue.

3. Y cuando volvía a su casa de Cafarnaún, le salieron al encuentro sus criados con las nuevas de que su hijo estaba ya bueno. Y él les preguntó la hora en que había comenzado a mejorar. Y le dijeron: *«Ayer a las siete le dejó la fiebre»*. Y entendió entonces el padre, que era la misma hora en que Jesús le dijo: *«Tu hijo no morirá»*. Y creyó él, y toda su casa, que Él era el Mesías. Este fue el segundo milagro que hizo Jesús en Caná cuando vino de Judea a Galilea. Cusa Menahén, conocido también como el Régulo, era hermano de leche del rey Herodes Antipas.

4. Un día después del milagro, Jesús, con su Madre, se encaminó desde Caná a Cafarnaún. Mas pasó antes por Betsaida, en donde se hallaban trabajando los discípulos Pedro y Andrés; los cuales acompañaron a Jesús y a su Madre a Cafarnaún, ciudad también de Galilea, llegando el mismo día 27 de mayo.

Capítulo XIII

En Cafarnaún, Cristo cura a un endemoniado

1. En Cafarnaún, los días de sábado, Jesús entraba en la sinagoga y enseñaba. Y los que le oían se maravillaban de su doctrina, porque los instruía como quien tiene autoridad y potestad, y no como lo hacían los escribas.

2. El sábado 1 de junio del año 31, había en la sinagoga un hombre llamado Isaí, poseído de un demonio inmundo, y exclamó en voz alta, diciendo: *«Déjanos en paz, ¿qué tienes que ver Tú con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Qué tenemos que ver los diablos contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a exterminarnos? Conozco bien quién eres: Eres el Santo de Dios»*. Y esto lo dijo el espíritu inmundo, no porque tuviese certeza de que Jesús fuese el Mesías, sino porque trataba de averiguar la verdad de boca de Jesús, aunque no con-

siguió su propósito. Mas, Jesús le amenazó diciendo: *«Calla, y sal de ese hombre»*. Y el demonio, maltratando fuertemente al poseso, le derribó en medio; y, dando grandes alaridos, salió de él sin hacerle ningún daño.

3. Y todos los que presenciaron el maravilloso suceso quedaron llenos de espanto, y se decían unos a otros: *«¿Qué es esto, qué nueva doctrina es ésta? pues Él, con poder y con virtud, manda a los espíritus inmundos, y le obedecen y salen»*. Así fue esparciéndose más la fama de Jesús por toda la tierra de Galilea.

4. Isaí, a pesar de verse libre del demonio por el poder de Jesús, no se convertiría hasta más tarde.

Capítulo XIV

Cristo cura a Mara, suegra de Pedro, y a otros muchos enfermos. Intenso apostolado a orillas del Lago de Genesaret

1. El sábado siguiente, 8 de junio, saliendo Jesús de la sinagoga de Cafarnaún, fue con Santiago el Mayor y Juan a la casa de Pedro y Andrés. Y habiendo llegado Jesús a la casa, vio a la suegra de Pedro que estaba en cama y con gran fiebre. Y le rogaron por ella. Y acercándose, la tomó con la mano, y al momento cesó la fiebre; y ella se levantó luego, y les servía.

2. El mismo sábado por la tarde, puesto ya el sol, estando Jesús en la casa de Pedro, le trajeron muchos enfermos y endemoniados. Y toda la ciudad se había juntado a la puerta de la casa. Y Jesús, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, sanó a muchos que eran afligidos de diversas enfermedades, para que se cumpliera lo que fue dicho por el Profeta Isaías: *«Él mismo tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias»*; pues, Cristo, durante toda su vida, en el estado pasible, y más especialmente en su Pasión y Muerte, sufrió todas las enfermedades de la humanidad. Además, Jesús, en la casa de Pedro, lanzó muchos demonios, que salían gritando y diciendo: *«Tú eres el Hijo de Dios»*; mas, Él les reñía, y no les permitía que dijese que Él era el Cristo; ya que lo que pretendían los demonios era provocar al Señor para que saliese de su boca que era el Mesías; pues ellos no lo sabían con certeza.

3. Al día siguiente, 9 de junio, cuando ya era de día, Jesús, levantándose muy de mañana, salió de Cafarnaún y fue solo a un lugar solitario, y allí hacía oración. Y las gentes le buscaban. Y fue Pedro, y los que estaban con él, en busca del Maestro. Y cuando le hallaron, le dijeron: *«Todos te andan buscando»*. Y hacían por retenerle para que no se apartase de ellos. Y Jesús les dijo: *«Es menester que Yo vaya a las otras aldeas y ciudades más cercanas para predicar y anunciar también allí el Reino de Dios, pues para esto he sido enviado»*.

4. Desde el 9 de junio al 7 de septiembre, antes de salir por las ciudades más distantes, Jesús recorrió los pueblos más próximos de la parte occidental del Lago de Genesaret, enseñando en las sinagogas y predicando el Reino de Dios. Y lanzaba los demonios y sanaba toda enfermedad y dolencia. Y a las orillas del Lago,

las gentes se agolpaban alrededor de Él para oír la palabra de Dios.

Capítulo XV

Llamada definitiva a diez de los discípulos

1. Mientras Jesús enseñaba a las orillas del Mar de Galilea, sus discípulos seguían en sus ocupaciones profesionales. Por eso, el día 30 de junio del año 31, cuando se hallaba Él enseñando a las muchedumbres, vio cómo Pedro, su hermano Andrés, así como Santiago el Mayor y su hermano Juan, se dedicaban a echar sus redes en el mar, ya que eran pescadores.

2. Y sucedió que, unas horas después, vio dos barcas que estaban a la orilla; y que sus pescadores habían bajado y lavaban sus redes. Y entrando Jesús en una de estas barcas, que era de Pedro, le rogó que le apartase un poco de la orilla. Y sentándose predicaba desde la barca a las gentes allí congregadas. Estaban con Jesús en la barca los discípulos Pedro y Andrés, y algunos jornaleros de estos.

3. Y luego que Jesús acabó de hablar al pueblo, dijo a Pedro: *«Entra más adentro, y soltad vuestras redes para pescar»*. Y respondió Pedro: *«Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, sin haber cogido nada; mas confiando en tu palabra echaré la red»*. Y cuando esto hubieron hecho, cogieron tan gran cantidad de peces, que la red se rompía. E hicieron señas a los socios que estaban en la otra barca, para que viniesen y les ayudasen; pues, Santiago el Mayor y su hermano Juan, con otros jornaleros, seguían a Jesús a poca distancia. Estos fueron adonde estaba la barca del Maestro, y de tal manera llenaron las dos barcas, que casi se hundían. Y cuando esto vio Pedro, se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: *«¡Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador!»*. Porque Pedro, y todos los que con él estaban, quedaron atónitos por la cantidad de peces que habían cogido; y asimismo Santiago el Mayor y Juan, que eran socios de Pedro. Y dijo Jesús a Pedro: *«No temas, de hoy en adelante serás pescador de hombres»*. Esto sucedió en la barca, antes de llegar a la orilla.

4. Una vez que la barca en que iba Jesús, acompañado de Pedro y Andrés, llegó a la orilla del Lago, ambos discípulos, bajando de la misma, comenzaron a lavar las redes. Fue entonces cuando Jesús hizo a los dos la llamada definitiva como discípulos, diciéndoles: *«Venid en pos de Mí, y haré que vosotros seáis pescadores de hombres»*. Y luego, al instante, dejadas las redes, le siguieron.

5. Seguidamente, Jesús, acompañado de Pedro y Andrés, fue un poco más adelante, y vio también a Santiago el Mayor y a Juan su hermano, que estaban con su padre remendando sus redes, y los llamó. Y allí hizo a los dos la llamada definitiva como discípulos suyos. Y ambos hermanos, dejando en la barca a Zebedeo su padre con los jornaleros, siguieron al Maestro.

6. Al día siguiente, 1 de julio, Jesús hizo la llamada definitiva a Felipe, al cual halló en Betsaida ocupado

en sus trabajos de administración, y que había estado presente en la última predicación del Maestro junto al Lago, y era testigo de la pesca milagrosa. El discípulo, dejándolo todo, le siguió.

7. Tres días después, 4 de julio, habiendo llegado Tomás a la ciudad de Betsaida de Galilea para comprar pescado, fue llamado también definitivamente por el Maestro; y el discípulo correspondió.

8. Al día siguiente, 5 de julio, Jesús, en compañía de su Divina Madre y de los seis discípulos que habían correspondido a la llamada definitiva, fue a Caná de Galilea; y ese mismo día llamó definitivamente a Bartolomé, que era escribiente, quien siguió al Maestro; y también fueron llamados por Jesús los tres hermanos Santiago el Menor, Tadeo y Simón, que eran agricultores; los cuales, abandonándolo todo, le siguieron.

Capítulo XVI

La curación de Simón el leproso

1. El domingo 7 de julio del año 31, Jesús, con su Madre y los diez discípulos definitivamente llamados, marchó de Caná de Galilea.

2. Y aconteció que, al día siguiente, estando Él a las afueras de la ciudad de Mágdala, situada a las orillas del Lago de Tiberíades, vino a Él un hombre cubierto de lepra. Y cuando vio a Jesús, se echó rostro en tierra, y le adoraba rogándole: *«Señor, si quieres, puedes limpiarme»*. Y Jesús, compadecido de él, extendió su mano; y, tocándole, le dijo: *«Quiero, queda limpio»*. Y dicho esto, en el momento desapareció de él la lepra, y fue limpio. Y Jesús le mandó que no lo dijese todavía a nadie. Y, además, le dijo: *«Vete, y muéstrate primero al sacerdote principal de la sinagoga de la ciudad, y ofrece por tu limpieza la ofrenda que mandó Moisés, para así dar también testimonio a ellos de tu curación»*. Mas, el leproso curado, por nombre Simón, luego que partió, comenzó a publicar y a divulgar lo acaecido. Sin embargo, no se convertiría hasta más tarde.

3. Y cada vez más se extendía la fama de Jesús, y acudía a Él numerosa gente para oírle y ser curados de sus enfermedades; de manera que Jesús ya no podía entrar manifestadamente en las ciudades, sino que se retiraba a lugares solitarios para orar; mas, acudían a Él de todas partes.

Capítulo XVII

La curación del paralítico de Cafarnaún

1. Después de algunos días de la curación del leproso, Jesús, con su Divina Madre, los diez discípulos y otros seguidores, volvió a Cafarnaún.

2. Y aconteció que el día 14 de julio del año 31, hallándose Él sentado en la casa de Pedro enseñando, corrió la noticia de su presencia allí, por lo que acudió tan crecido número de gente, que ni aun cabían delante de la puerta. Y Él les anunciaba la palabra de Dios.

3. Y había también sentados allí unos escribas y doctores de la Ley, de la secta de los fariseos, que habían venido de distintas partes de Galilea y de Judea, y has-

ta de Jerusalén, y la virtud que salía del Señor obraba para sanar sus almas.

4. Y cuando estaba Jesús enseñando, vinieron unos hombres que traían sobre un lecho uno que estaba paralítico, a quien le conducían cuatro a cuestras. Y le querían meter dentro de la casa para ponerle delante de Jesús. Mas, no hallando por dónde poderlo meter, dado el tropel de gente, subieron sobre el techo, destecharon la casa en donde estaba; y, habiendo hecho una abertura por el tejado, le descolgaron en la camilla en que yacía, poniéndole en medio delante de Él. Y viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: *«Hijo, ten confianza, que perdonados te son tus pecados»*.

5. Y los escribas y los doctores de la Ley que había allí sentados, comenzaron a pensar y decir en su interior: *«¿Quién es este hombre que blasfema?, ¿quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?»*. Jesús, conociendo los pensamientos de ellos, les dijo: *«¿Por qué pensáis mal dentro de vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Perdonados te son tus pecados, o decirle: Levántate, y anda? Pues, para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra de perdonar los pecados, — dijo entonces al paralítico —: A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa»*. Y al punto se levantó a la vista de ellos, y tomando la camilla en que yacía, se fue a su casa dando gloria a Dios.

6. Y cuando esto vieron las gentes, quedaron sobrecogidas y maravilladas. De manera que alababan a Dios, que dio tal potestad a los hombres, diciendo: *«Nunca tal cosa vimos. Maravillas hemos visto hoy»*. Jesús, pues, ante los que le reprochaban, dejó bien patente, con el milagro, que Él era el Hijo de Dios; y, que, como tal, poseía la potestad absoluta de perdonar los pecados. Y también la poseía como Hombre, en virtud de su Sumo y Eterno Sacerdocio.

Capítulo XVIII

Llamada definitiva de los otros dos discípulos

1. El mismo día 14 de julio, después de la curación del paralítico de Cafarnaúm, Jesús salió otra vez hacia el Mar de Galilea, en busca de su discípulo Mateo, que era publicano, hijo de Alfeo. Y venían a Jesús todas las gentes, y les enseñaba. Y pasando por donde Mateo trabajaba, vio que estaba sentado a la mesa de recaudación de impuestos, y le dijo: *«Sígueme»*; y, levantándose, dejó todas las cosas, y le siguió.

2. Al día siguiente, lunes 15 de julio, el discípulo Mateo dio en su casa un gran banquete a Jesús, al que asistieron, además, su Divina Madre, los otros once discípulos y algunas piadosas mujeres. Y aconteció que, estando Él sentado a la mesa con sus doce discípulos, vinieron muchos publicanos y pecadores, y se sentaron a comer con Él. Y cuando los escribas y doctores de la Ley, de la secta de los fariseos, vieron que Él comía con los publicanos y pecadores, murmuraban y decían a los discípulos de Jesús: *«¿Por qué vuestro Maestro come con los publicanos y los pecadores? ¿Por qué vosotros coméis con los publicanos y pecadores?»*.

3. Cuando esto oyó Jesús, les dijo: *«No he venido a llamar a los justos a la penitencia y a la conversión, sino a los pecadores. Pues, los sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos. Id, pues, y aprended lo que significa: 'Prefiero la misericordia a los sacrificios, y la virtud a los holocaustos'»;* ya que dichos escribas y doctores de la Ley, dada la corrupción de sus costumbres y la arbitraria interpretación de los preceptos mosaicos, aparentaban, ante las gentes, rigor y austeridad en sus vidas; mas, en su interior, eludían la disciplina de la Ley y, sobre todo, el espíritu de la misma, lleno de misericordia para los pecadores.

4. Además de los fariseos, estaban en el banquete algunos de los discípulos de Juan Bautista reacios a Cristo, unos y otros muy dados a la práctica del ayuno, por lo que los fariseos preguntaron a Jesús: *«¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan y oran muchas veces, y tus discípulos no ayunan, sino que comen y beben?»*. Y Jesús les dice: *«¿Por ventura los invitados a las bodas ayunan mientras está con ellos el Esposo? ¿Por ventura pueden estar tristes los hijos del Esposo mientras está con ellos el Esposo? Mientras tienen consigo al Esposo, no es tiempo de ayunar. Mas, vendrán días en que el Esposo les será quitado, y entonces ayunarán»*. Cristo, Esposo de la Santa Madre Iglesia, compara la vida de la misma durante los años de su Vida Pública, con los festejos nupciales, en los cuales sus discípulos participan de la alegría; y compara la vida de la Iglesia tras su partida de este mundo, con la tristeza de una viuda, ya que sus discípulos padecerían persecuciones.

5. Seguidamente, Jesús les dijo una semejanza: *«Nadie cose un pedazo de paño nuevo en un vestido viejo inservible, pues además de que el paño nuevo rasga lo viejo, no cae bien el remiendo nuevo en el vestido viejo. Y nadie echa vino nuevo en odres viejos inútiles, porque el vino nuevo romperá los odres, y se derramará. Sino que el vino nuevo se debe echar en odres nuevos»*. A esos escribas, doctores de la ley y discípulos del Bautista, Jesús los equipara con vestidos viejos y odres viejos, los cuales simbolizan aquí la obcecación en las observancias farisaicas y en la corrupción de costumbres; y por eso en ellos no cabe añadidura de tela nueva o cabida de vino nuevo, que son las enseñanzas de Cristo, que sólo era posible aceptarlas despojándose de esas vestiduras inservibles para revestirse de las nuevas, y de esos odres inútiles para dar cabida en otros al vino nuevo. Y, además, dijo Cristo: *«Y ninguno acostumbrado a beber el vino añejo acepta fácilmente el nuevo»*; con lo cual manifiesta que mientras aquellos escribas, doctores de la Ley y discípulos del Bautista no se despegasen de sus arbitrarias tradiciones y relajadas costumbres, simbolizadas por el vino añejo, no llegarían a aceptar la exigente doctrina de Cristo, simbolizada por el vino nuevo.

6. Durante ese banquete, Jesús hizo la llamada definitiva como discípulo a Judas Iscariote, el cual le siguió.

Capítulo XIX**Las primeras comunidades cristianas de religiosos carmelitas.
Cristo continúa su intenso apostolado por Galilea**

1. El martes 16 de julio del año 31, aniversario de la fundación de la Orden del Monte Carmelo, Jesús constituyó las primeras comunidades cristianas de religiosos carmelitas, formadas por los discípulos de Él, así como por las discípulas de la Divina María, que eran las piadosas mujeres. La comunidad de frailes tenía dos conventos en Cafarnaún y la comunidad de monjas tenía un convento entre esta ciudad y la de Betsaida de Galilea. Cristo, pues, constituyó estas dos comunidades para dar continuidad, según el espíritu del Evangelio, a la Orden del Monte Carmelo, la cual había sido fundada por la Santísima Virgen María al aparecerse al Santo Profeta Elías el 16 de julio del año 4280.

2. El 26 de julio, Jesús, acompañado de los doce discípulos y de otros seguidores, continuó su viaje por las ciudades de Galilea, alejándose ya de la zona del Lago. Y, tras un intenso apostolado, Él retornó a Cafarnaún el sábado 7 de septiembre; pues, al día siguiente era el cumpleaños de la Divina María, y Jesús deseaba estar al lado de su Madre. Después, prosiguió su apostolado por Galilea hasta el 12 de septiembre del año 31, en que dio fin a esta labor con motivo de su viaje a Jerusalén.

Capítulo XX**Viaje de Cristo a Jerusalén para la fiesta de los Tabernáculos**

1. Como se acercara la fiesta de los Tabernáculos, el mismo día 12 de septiembre, Jesús salió de Cafarnaún en dirección a Jerusalén; le acompañaban su Divina Madre, los doce discípulos, algunas piadosas mujeres y otros muchos seguidores. Durante el camino, fue predicando el Reino de Dios, realizando milagros y bautizando a muchos que aceptaban su doctrina.

2. El lunes 23 de septiembre, primer día de la fiesta de los Tabernáculos, Jesús visitó el Templo de Jerusalén, en donde predicó e hizo muchos milagros. Al día siguiente, algunos discípulos fieles de Juan Bautista, informaron a Jesús que era deseo del Precursor que Él fuera a Betábara de Perea, a orillas del Jordán, ya que había muchos que esperaban oír su palabra y anhelaban recibir el Sacramento del Bautismo. Hasta el 30 de septiembre, último día de la fiesta de los Tabernáculos, Jesús estuvo en Betania. Desde esta última fecha hasta el 24 de octubre, Él, acompañado de su Divina Madre, los doce discípulos y demás seguidores, entre ellos los hermanos Lázaro y Marta, recorrió muchos pueblos de Judea, llevando a cabo un gran apostolado por esta región.

Capítulo XXI**Cristo se reúne con el Bautista a orillas del Jordán**

1. El jueves 24 de octubre del mismo año 31, Jesús, con su Divina Madre y demás que le acompañaban, se

reunió con Juan Bautista en Betábara de Perea, en donde el Divino Maestro fue recibido apoteósicamente por una gran multitud, aunque no faltaron muchos fariseos y otros enemigos llegados allí con misiones perversas.

2. El Divino Maestro y su Santísima Madre, conociendo que los días del Precursor estaban ya contados, desearon estar junto a él a orillas del Jordán hasta dos días antes de su encarcelamiento.

3. El 25 de noviembre de ese mismo año, Jesús, acompañado de la Divina María, sus doce discípulos y demás, se despidió de Juan Bautista, y fue de nuevo a Jerusalén, hospedándose en Betania.

Capítulo XXII**El encarcelamiento de Juan Bautista**

1. El día 27 de noviembre del año 31, Herodes Antipas hizo prender a Juan Bautista en Betábara de Perea, a orillas del Jordán; y mandó que le condujeran atado a la cárcel del palacio de Maqueronte, que el rey tenía al este del Mar Muerto.

2. El prendimiento de Juan Bautista se debió a que él reprendía al monarca por vivir en concubinato adúltero e incestuoso con Herodías, esposa de su hermano Filipo, y por otros muchos males que Herodes había hecho. Pues, Juan, en repetidas ocasiones, le había dicho: «*No te es lícito tener la mujer de tu hermano*». Mas, no poco contribuyó al encarcelamiento del Bautista, la traición de algunos de sus antiguos discípulos en combinación con el Sanedrín.

Capítulo XXIII**Cristo celebra en Jerusalén la fiesta de la Dedicación
y después se marcha para Galilea**

1. El sábado 30 de noviembre, Jesús visitó el Templo de Jerusalén por ser, en ese año, el día solemne de la fiesta de la Dedicación. Allí le notificaron que el Bautista había sido encarcelado por Herodes.

2. Y cuando oyó Jesús que Juan Bautista había sido traicionado, se retiró a Galilea; para lo cual, salió de Betania el día 1 de diciembre del año 31, acompañado de su Divina Madre, los doce discípulos, las piadosas mujeres y otros seguidores.

3. En su viaje, Jesús pasó por las afueras de la ciudad de Nazaret; y, sin entrar en ella, siguió su viaje a Cafarnaún, ciudad que consideraba como su nueva patria y morada, situada junto al Mar de Galilea, en los confines de Zabulón y Neftalí, para que se cumpliese lo que dijo Isaías el Profeta: «*Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino de la mar, de la otra parte del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo que andaba en tinieblas, vio una gran Luz; les nació la Luz a los que moraban en la región de la sombra de la muerte, pues ha nacido un Niño para nosotros, y se nos ha dado un Hijo de la Virgen, y la realeza y el poder han sido puestos sobre su hombro, y será llamado su nombre: Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz. Se extenderá su imperio espiritual, y la paz no tendrá fin; se sentará so-*

bre el solio de David, como Rey temporal, y sobre su Reino imperecedero como Rey Eterno, para afianzarlo y consolidarlo en equidad y en justicia, desde ahora y para siempre. Todo esto será hecho por el celo salvador del Señor Dios de los Ejércitos».

4. El miércoles 25 de diciembre del año 31, Jesús, con su Divina Madre y demás, celebró su cumpleaños en Cafarnaún.

Capítulo XXIV

Nuevo apostolado de Cristo por Galilea

Al día siguiente, 26 de diciembre, Jesús, acompañado de sus doce discípulos y otros, salió de Cafarnaún para realizar un gran apostolado por toda Galilea. Y como Juan Bautista había sido encarcelado por predicar la penitencia, Jesús recaló con más fuerza la necesidad de la misma. Por lo que comenzó a predicar el Evangelio del Reino de Dios, diciendo: *«El tiempo se ha cumplido y se ha acercado el Reino de Dios: Haced penitencia y creed en el Evangelio».*

Capítulo XXV

Elección de nuevos discípulos

1. Jesús y los que le acompañaban, después del apostolado por Galilea, retornaron a Cafarnaún el 2 de febrero del año 32.

2. Del 2 de febrero al 14 del mismo mes, Jesús estuvo en un lugar retirado con sus doce discípulos y otros seguidores que se habían destacado por su abnegación y entrega a la obra; entre estos eligió nuevos discípulos para que ayudasen, en su labor evangélica, a los doce principales, a quienes instruyó más especialmente.

3. Cuando Jesús acabó de dar estas instrucciones a sus doce discípulos, el 14 de febrero, acompañado de ellos, se retiró de los contornos del Mar de Galilea para enseñar y predicar en algunas ciudades de Decápolis, pasando después a Samaria, en donde entró en la ciudad de Megido el 24 de febrero.

Capítulo XXVI

La embajada a Cristo de Juan Bautista

1. Como las obras de Jesús se propagaban rápidamente, los discípulos de Juan Bautista, que visitaban a éste en la cárcel, le contaban todo. Y puesto que el Precursor seguía dando testimonio a favor del Mesías, muchas gentes que acudían a oírle creían en el Señor por las palabras de Juan. Mas otros necesitaban ver los milagros de Jesús para creer en Él.

2. Juan, pues, llamó a dos de sus discípulos para que llevasen a Jesús un grupo de personas y, en presencia de ellas, le preguntasen: *«¿Eres Tú el que ha de venir, o esperamos a otro?»*, con el fin de que todos oyesen la respuesta del Maestro, fuesen testigos de sus obras, y creyesen en Él. Los dos discípulos de Juan que encabezaban la embajada, sabían que Jesús era el Mesías Prometido; por eso, las preguntas que ambos le hicie-

ron a Él por mandato del Precursor, no era por ellos, sino por los que les acompañaban.

3. Hallándose, pues, Jesús en Megido, el 24 de febrero del año 32 llegaron estos dos hombres, con sus acompañantes, adonde el Maestro estaba, y le dijeron: *«Juan Bautista nos ha enviado a Ti, para preguntarte: '¿Eres Tú el que ha de venir, o esperamos a otro?'»*. Jesús en aquella misma hora sanó a muchos de enfermedades, y de llagas, y de espíritus malignos, y dio vista a muchos ciegos. Y después, les respondió diciendo: *«Id, y decid a Juan lo que habéis oído y visto: Que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres les es anunciado el Evangelio. Y bienaventurado es el que no se escandaliza de Mí».*

Capítulo XXVII

Cristo elogia públicamente a Juan Bautista

1. Y cuando se hubieron ido los mensajeros del Precursor, comenzó Jesús a hablar a las gentes, de Juan Bautista, diciendo: *«¿Qué salisteis a ver en el desierto?: ¿una caña movida por el viento? ¿Mas, qué salisteis a ver?: ¿un hombre vestido de ropas delicadas? Ciertamente, los que visten ropas preciosas, viven placenteramente en los palacios de los reyes. ¿Mas, qué salisteis a ver? ¿Un profeta? En verdad os digo, y más que profeta: éste es del que está escrito: 'He aquí que Yo envío mi ángel delante de tu Faz, el cual irá delante de Ti preparando tu camino'. Porque Yo os digo, que entre los nacidos de mujeres no hay mayor profeta que Juan Bautista. Mas, el que es menor en el Reino de Dios, es mayor que él»*. El Reino de Dios es por esencia la Santísima Trinidad; y Cristo, en cuanto Hombre, es el elemento menor de ese Reino de Dios por esencia; y, además, es el Sumo Profeta, muy por encima de todos los demás profetas, y por lo tanto mayor que Juan.

2. Y continuó diciendo Jesús: *«Desde los días de Juan Bautista hasta ahora, el Reino de Dios se alcanza con mayores esfuerzos al haber más exigencia que antes, y los que se esfuerzan lo consiguen. Porque todos los Profetas y la Ley hasta Juan profetizaron. Y si queréis aceptarlo, Juan es aquel Elías, que ha de venir»*; refiriendo así que, el Precursor, estaba lleno del espíritu y virtud de Elías, y no que fuera éste en persona.

3. Y siguió diciendo Jesús: *«El que tenga oídos para oír, oiga»*. Y todo el pueblo y los publicanos que habían sido bautizados con el bautismo de Juan, al oír los elogios que de éste había hecho Jesús, dieron gloria a Dios. Mas, los miembros del Sanedrín, por haber rechazado el bautismo de Juan, despreciaron el designio de Dios sobre ellos, ya que no tuvieron luz para seguir al Mesías, con daño espiritual de sí mismos.

4. Por eso, de estos dijo el Señor: *«¿Pues a quién diré que se asemejan los hombres de esta generación, y a quién se parecen? Semejantes son a unos muchachos vanos y caprichosos, que están sentados en la plaza, hablando entre sí y diciendo unos a otros: 'Os*

hemos cantado al son de la flauta, y no bailasteis; entonamos lamentaciones, y no habéis llorado'. Es decir, que ha venido Juan Bautista, que ni comía pan ni bebía vino, y como no os gustaba la penitencia que hacía, murmurabais de él, diciendo: 'Demonio tiene'. Y vino después el Hijo del Hombre, que come y bebe, y como tampoco os gusta esto que hace, murmuráis de Él diciendo: 'He aquí un hombre glotón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores'. Mas, mis discípulos y los discípulos fieles a Juan, sí han entendido la divina sabiduría contenida en el diferente modo de proceder del Mesías con respecto al Precursor».

5. El mismo día 24 de febrero, Jesús, sus doce discípulos y demás seguidores, dejando la ciudad de Megido, continuaron su viaje; durante el cual realizaron un gran apostolado, hasta que llegaron a Cafarnaúm el 11 de marzo del año 32.

Capítulo XXVIII

Apostolado de Juan Bautista en la cárcel. Martirio de Juan Bautista

1. El sábado 7 de marzo del año 32, con la tolerancia de Herodes Antipas, Juan Bautista había hablado a un grupo de seguidores y curiosos congregados en el patio de la cárcel, ante los cuales dio el último testimonio solemne a favor de Jesús.

2. A partir de este testimonio de Juan, la saña de la pérfida Herodías fue mayor contra él; por lo que día y noche asediaba con astucias a Herodes y armaba lazos contra Juan Bautista para que le diese muerte, pero no podía conseguirlo. Pues Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo; y lo custodiaba, y por

su consejo hacía muchas cosas, y le oía de buena gana; y también temía al pueblo porque le consideraba como un profeta.

3. Mas, sucedió que el 25 de marzo del año 32, cumpleaños de Herodes, él celebró el día de su nacimiento dando una cena a los grandes de su corte, a los tribunos y a los principales de Galilea. Y habiendo entrado la licenciada Salomé, hija de Herodías, bailó y agradó tanto a Herodes, y a los que con él estaban a la mesa, que el rey, prendado de los encantos de la muchacha, le propuso sus impúdicos deseos a cambio de lo que ella quisiera. Y por eso le dijo: «*Pídemelo que quieras, y te lo daré*». Y también le juró a ella: «*Todo lo que me pidieres te daré, aunque sea la mitad de mi reino*». Y habiendo ella salido, dijo a su madre: «*¿Qué pediré?*». Y ella dijo: «*La cabeza de Juan Bautista*». Y volviendo luego a entrar apresurada adonde estaba el rey, le dijo: «*Quiero que ahora mismo me des en una bandeja la cabeza de Juan Bautista*». Y el rey se entristeció; mas, por el juramento y por los que con él estaban a la mesa, no quiso disgustarla. Y enviando uno de sus guardias, le mandó traer la cabeza de Juan en una bandeja. El guardia, tras degollar a Juan en la cárcel, trajo su cabeza en una bandeja, y la dio a la muchacha Salomé, y ésta la entregó a su madre Herodías.

4. Antes de su muerte, Juan Bautista fue visitado con mucha frecuencia por Jesús y María, quienes se hicieron presentes milagrosamente en la cárcel para consolarle. Hijo y Madre, sin ser vistos por el verdugo, estuvieron con el Precursor en el momento en que era decapitado, ofreciendo entrambos, al Eterno Padre, el sacrificio de Juan.

Libro IV

Desde el 3 de abril del año 32 hasta el 25 de marzo del año 33

Capítulo I

Cristo va a Jerusalén para la Pascua del año 32

El viernes 3 de abril del año 32, días después de la muerte de Juan Bautista, como se aproximaba la fiesta de la Pascua judía, Jesús, que se hallaba en Cafarnaúm, salió para Jerusalén con el fin de celebrarla, yendo acompañado de su Divina Madre, sus doce discípulos, algunas piadosas mujeres y otros seguidores.

Capítulo II

Entierro de Juan Bautista

Cuando los discípulos de Juan oyeron que él había muerto, solicitaron de Herodes Antipas darle sepultura; por lo que vinieron a la cárcel y tomaron su cuerpo y su cabeza separada: y lo pusieron en un sepulcro en la ciudad de Hebrón el día 3 de abril del año 32. Días después, algunos de los discípulos de Juan, visitaron a

Cristo en Betania, adonde había llegado el 14 de abril, notificándole la muerte y el entierro de Juan Bautista.

Capítulo III

Cristo celebra la Pascua en Betania.

Cristo hace la tercera y última llamada a la jerarquía levítica para que le sigan como discípulos

1. El día 15 de abril del año 32, Jesús celebró la Pascua, esta vez, en la casa de Lázaro y Marta en Betania, ya que esta ciudad, por su proximidad a Jerusalén, estaba dentro del territorio legal para cumplir con el rito de la cena pascual. Durante la semana de la Pascua, Él, acompañado de sus doce discípulos, visitó el Templo de Jerusalén enseñando a las muchedumbres y curando a los enfermos.

2. El día 16 de abril de aquel año 32, Cristo hizo la tercera y última llamada a toda la jerarquía levítica, principalmente a los Pontífices y miembros del Sane-

drín, para que le siguieran como discípulos; mas tampoco en esta ocasión le siguieron.

Capítulo IV

Curación del paralítico de la piscina de Betesda

1. El sábado 18 de abril, Jesús, acompañado de sus discípulos, visitó en Jerusalén la piscina probática o de las ovejas, que en hebreo se llama Betsaida, también conocida como Betesda, que tenía cinco pórticos. En estos yacía gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, esperando el movimiento del agua. Porque el Ángel del Señor descendía de tiempo en tiempo a la piscina y removía el agua. Y el primero que entraba en la piscina después de removida el agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese. Ese Ángel del Señor que descendía, era el Alma de Cristo bajo figura corpórea. Mas, a partir de la Encarnación del Verbo Divino, ya no era visto por los enfermos cuando removía las aguas.

2. Y había allí un hombre, llamado Elpidio, que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Y cuando Jesús vio que estaba tendido, y conoció que ya llevaba así mucho tiempo, le dijo: «¿Quieres ser sano?». El enfermo le respondió: «Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando el agua es removida; porque cuando yo intento entrar, otro lo ha hecho antes que yo». Jesús le dijo: «Levántate, toma tu camilla, y anda». Y de pronto fue sano aquel hombre, y tomó su camilla, y caminaba. Y era sábado aquel día.

3. Poco después, viendo los judíos al hombre que había sido sanado, le dijeron: «Hoy es sábado, y no te es lícito llevar tu camilla». Él les respondió: «Aquel que me sanó, me dijo: 'Toma tu camilla, y anda'». Entonces le preguntaron: «¿Quién es aquel hombre que te dijo: 'Toma tu camilla, y anda?'». Y el que había sido sanado, no sabía quién era, porque Jesús se había retirado del tropel de gente que había en aquel lugar. Como Jesús, después de obrar este milagro, hubiese ido al Templo, halló aquí al paralítico que había curado, y le dijo: «Mira, que ya estás sano; no peques más, para que no te acontezca algo peor de lo que tenías». Entonces, Elpidio, reconociendo que Jesús era el Hijo de Dios, arrepentido de sus pecados, se prosternó y le adoró. Seguidamente fue adonde estaban aquellos judíos que le habían amonestado por llevar la camilla, y les dijo que Jesús Nazareno, el Hijo de Dios, era el que le había sanado. A causa de la curación del paralítico y de su testimonio a favor de Cristo, los judíos perseguían al Maestro y le recriminaban porque hacía estas cosas en sábado.

Capítulo V

La magistral respuesta de Cristo a los judíos

1. Y ante las recriminaciones de los judíos, Jesús, con suma majestad, les dijo: «Mi Padre, después de haber creado todas las cosas, continúa su obra creadora y cuida amorosamente de todas las criaturas con

celo entrañable. Y Yo, su Unigénito, obro juntamente con Él».

2. «En verdad, en verdad os digo: Que el Hijo, en cuanto Hombre, no hace por Sí cosa alguna, sino sólo lo que ve hacer al Padre y es conforme a su voluntad; y todo lo que el Padre hiciere, lo hace también igualmente el Hijo en cuanto Dios».

3. «Porque el Padre ama al Hijo, y Éste conoce todas las cosas que el Padre hace; y mayores obras que éstas os manifestará el Padre a través del Hijo, de manera que os maravilléis vosotros. Porque así como el Padre resucita a los muertos del alma y les da la vida sobrenatural, así el Hijo da la vida de la gracia a los que quiere. Y el Padre no juzga a ninguno, ya que ha constituido al Hijo Supremo Juez para que sea Éste el que juzgue con plenísima potestad para premiar y castigar. Para que así todos honren al Hijo como se honra al Padre: pues, quien no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió».

4. «En verdad, en verdad os digo: que el que oye mi palabra, cree en Aquel que me envió, y persevera así hasta el fin de su vida, tendrá vida eterna, ya que su salvación no será determinada en el juicio, sino que pasará de la muerte corporal a la vida eterna. En verdad, en verdad os digo: Que viene la hora, y ya es llegada, cuando los muertos en el orden de la gracia, oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán. Porque así como el Padre tiene vida en Sí mismo, así también dio al Hijo el tener vida en Sí mismo; pues, en cuanto Hombre, le fue dada la Infinita Santidad del Padre; y también le fue dada la potestad de juzgar, porque es el Hijo del Hombre».

5. «No os maravilléis de esto, porque viene la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios: Y los cuerpos de los que hicieron bien, resucitarán para la vida eterna; mas, los cuerpos de los que hicieron mal, resucitarán para la condenación eterna, y serán manifestados como reprobos en el Juicio Universal».

6. «No puedo Yo, en cuanto Hombre, hacer cosa alguna que no esté en perfectísima armonía con mi Divinidad. Yo juzgo, pues, conforme al conocimiento que, sin error posible alguno, tengo de las cosas, por lo que mi juicio es justo, ya que no busco mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió. Si Yo solo diese testimonio de Mi mismo, podríais decir, por vuestra ceguera de corazón, que mi testimonio no es verdadero. Sin embargo, otro es el que da testimonio de Mí: Mi Padre; y no podéis dudar que el testimonio que da de Mí es verdadero».

7. «También vosotros enviasteis una embajada a Juan Bautista para informaros sobre Mí, y él dio testimonio de la verdad. Y si bien Yo no necesito que hombre alguno dé testimonio de Mí, ya que mis enseñanzas y obras lo atestiguan, sin embargo os remito al testimonio de Juan, por si esto os puede servir de luz y conocimiento de verdad, y de esta manera podríais ser salvos. Juan Bautista era una antorcha que ardía y alumbraba. Y vosotros, al principio de su predicación, os alegrabais con su luz y creíais en sus palabras.

Mas, ante la exigencia moral de él, pronto le desechasteis».

8. «Yo tengo un testimonio a favor de Mí, aún mayor que el que dio Juan. Porque las obras que el Padre me mandó que llevase a cabo, las mismas obras que yo hago dan testimonio de Mí, y prueban que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió dio testimonio de Mí en el Jordán, y vosotros, aunque oísteis allí la voz del Padre, por vuestra dureza de corazón, la rechazáis; por eso, no veis en Mí la semejanza del Padre. Y seguís sin reconocer su palabra, porque al que Él envió, a Éste vosotros no creéis».

9. «Escudriñad las Escrituras, las cuales vosotros tenéis como garantía de vida eterna: pues ellas son las que dan testimonio de Mí. Mas, como no queréis venir a Mí para que tengáis la vida, aunque veáis la verdad en las profecías, no la aceptáis. Yo no busco en mis obras el recibir gloria de los hombres, sino la gloria de mi Padre, el cual me glorifica a Mí en ellas. Y, aunque presumís de estrictos cumplidores de la Ley, Yo sé que el amor de Dios no habita en vosotros. Yo vine en nombre de mi Padre; y, aun viendo vosotros que soy el Enviado de Dios Padre, no me recibís. Mas, por vuestra ceguera de corazón, cuando otro os dijere falsamente que viene en Nombre de mi Padre, vosotros le recibiréis»: — refiriéndose aquí al Anticristo; pues, cuando éste venga, haciéndose pasar por el Cristo, muchos le seguirán, y entre ellos el Pueblo Judío, hasta que se den cuenta de ese engaño. — «¿Cómo podéis creer vosotros en Mí, cuando sólo buscáis vuestra propia gloria en lugar de buscar la gloria de Dios?».

10. Y como los judíos, para atacar a Jesús, decían que a Moisés sí le había hablado Dios, y que por eso creían en Moisés y en sus escritos, Jesús derribó sus argumentos diciéndoles: «Aunque Yo no os acusara delante de mi Padre, hay otro que sí os acusaría: Moisés, en quien vosotros decís que creéis. Porque si verdaderamente creyeseis a Moisés, también me creeríais a Mí: pues, él escribió de Mí. Mas, si a sus escritos no creéis: ¿cómo creeréis en mis palabras?».

11. Con las palabras de Jesús, viéndose desarmados los judíos, llenos de ira le dijeron: «¿Cómo vamos a creer en Ti si eres el mismo Beelcebub?». Y desde entonces le perseguían con más saña para matarlo, porque decían que no solamente quebrantaba el sábado, sino también porque decía que su Padre era Dios, haciéndose igual a Dios.

Capítulo VI

Cristo va a Cafarnaún.

Episodio de las espigas cortadas en sábado

1. El jueves 23 de abril del año 32, Jesús, acompañado de su Divina Madre, de sus discípulos, de algunas piadosas mujeres y otros seguidores, salió de Betania hacia Galilea, llegando a Cafarnaún el 30 de abril.

2. El sábado 2 de mayo, Jesús, acompañado de sus doce discípulos, pasaba por unos sembrados de los campos de Cafarnaún. Y como sus discípulos tuviesen hambre, se adelantaron; y cortando espigas, las des-

granaban en sus manos y las comían. Algunos fariseos, cuando lo vieron, les decían: «¿por qué hacéis lo que no es lícito en los sábados?». Y después, le dijeron también a Jesús: «Mira, que tus discípulos hacen lo que no es lícito en los sábados».

3. Pero Jesús les dijo: «¿No habéis leído lo que hizo David cuando él, en extrema necesidad, tuvo hambre, y los que con él estaban: Cómo entró en la casa de Dios en tiempos de Aquimelec, por sobrenombre Abiatar, Sumo Sacerdote, y comió los panes de la proposición, y dio a los que con él estaban, cuando dichos panes sólo a los sacerdotes les era lícito comer? ¿O no habéis leído en la Ley que los sacerdotes, los sábados en el Templo, matan las víctimas para el sacrificio, y sin embargo no pecan? Pues digoos, que aquí está el que es mayor que el Templo. Y si supieseis qué significa: 'Prefiero la misericordia a los sacrificios, y la virtud a los holocaustos', jamás condenaríais a los inocentes». Y también les dijo: «El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado»; pues la ley sabática había sido dada para mayor beneficio espiritual y corporal del hombre; mas, obligaba mientras no hubiese razones justificadas para dejar de cumplirla. Y, además, les dijo: «El Hijo del Hombre es Dueño del sábado»; pues, Jesús, como Supremo Legislador de la ley sabática, tiene plena potestad para eximir de la misma a quien Él quiera, e incluso cambiarla.

Capítulo VII

Cristo cura al hombre que tenía la mano seca

1. El sábado 9 de mayo del año 32, Jesús entró en la sinagoga de Cafarnaún, en donde enseñaba. Y había allí un hombre que tenía seca la mano derecha. Y los escribas de la secta de los fariseos estaban acechando a Cristo para ver si curaba en sábado, y hallar de qué acusarlo. Mas Él sabía los pensamientos de ellos. Para acusarle, le preguntaron diciendo: «¿Es lícito curar en los sábados?». Y Jesús dijo al hombre que tenía la mano seca: «Levántate, y ponte en medio». Y él, levantándose, se puso en pie.

2. Y luego Jesús dijo a aquellos escribas: «¿Es lícito en sábado hacer el bien o hacer el mal, salvar la vida o quitarla?». Mas, ellos callaban. Y también les dijo: «¿Quién habrá entre vosotros que, teniendo una oveja, si ésta cae en un hoyo en día de sábado, no la saque fuera? ¿Pues cuánto más vale un hombre que una oveja! Así que es lícito hacer el bien en día de sábado». Y mirándolos con indignación, condolido de la ceguedad de sus corazones, dijo al hombre: «Extiende tu mano». Y la extendió, y le fue sanada la mano. Mas, dichos escribas, llenos de furor, salieron de la sinagoga, y reuniéronse en consejo con los herodianos, para tramar la muerte del Maestro.

Capítulo VIII

Cristo se retira para evitar contiendas con los fariseos

1. Jesús, que sabía las intenciones de los fariseos, una vez que había salido de la sinagoga, se apartó de Cafarnaún, retirándose con sus discípulos hacia el Mar de Galilea. Y le fue siguiendo una gran multitud de Galilea, de Judea, de la misma Jerusalén, de Samaria, de Idumea y de la otra ribera del Jordán; y también los de la comarca de Tiro y de Sidón, vinieron a Él en gran número, cuando oyeron las cosas que hacía.

2. Jesús mandó a sus discípulos que le tuviesen preparada una barca en que pudiese entrar, para que la multitud de gente no le oprimiese. Porque sanaba a muchos, de tal manera que todos los que padecían algún mal se iban a Él para tocarle. Y, además, mandó a las gentes que no descubriesen en donde se hallaba, ya que se había retirado de Cafarnaún para evitar contiendas con los fariseos; y así se cumpliese lo que fue dicho por el Profeta Isaías, refiriéndose a este determinado episodio: *«He aquí mi Siervo, que escogí, mi Amado, en Quien se agradó mi Alma. Pondré mi Espíritu sobre Él, y anunciará justicia a las gentes. No contendrá, ni voceará, ni oírán ninguno su voz en las plazas. No quebrará la caña que está cascada, ni apagará la mecha que humea, hasta que venga victorioso al Juicio Final. Y las gentes esperarán en su Nombre».*

3. Y cuando los espíritus inmundos le veían, para averiguar si verdaderamente era el Mesías, se postraban ante Él, y gritando decían: *«Tú eres el Hijo de Dios».* Mas, Él les amenazaba fuertemente, ya que pretendían averiguar, por boca de Jesús, si Él era verdaderamente el Hijo de Dios.

Capítulo IX

Cristo sube al Monte de las Bienaventuranzas con sus discípulos. Elección de los doce Apóstoles

1. El mismo sábado 9 de mayo, una vez que Jesús subió a la barca que había mandado preparar a sus discípulos, se alejó con ellos del tropel de gentes que le seguían; y navegando un poco al sur por el Lago de Genesaret, desembarcó; y, subiendo con ellos al Monte de Melquisedec, conocido hoy como el de las Bienaventuranzas, mandó llamar a otros muchos de sus discípulos para que viniesen adonde estaba. Y en compañía de todos ellos, estuvo allí alejado de las gentes.

2. El 13 de mayo, Jesús, dejando a sus discípulos, se alejó solo a otro lugar más apartado del Monte en que estaban, y pasó solo toda la noche orando a Dios.

3. El jueves día 14 de mayo de aquel año 32, cuando fue de día, Jesús volvió al lugar del Monte en que estaban sus discípulos, y llamándolos escogió a doce de ellos, que nombró Apóstoles, para que estuviesen con Él y para enviarles a predicar. Y les dio potestad sobre los espíritus inmundos para lanzarlos, para sanar toda enfermedad, e incluso para resucitar muertos. Y los nombres de los doce Apóstoles son estos: Pedro, Santiago el Mayor, Juan, Andrés, Felipe, Bartolomé, Ma-

teo, Tomás, Santiago el Menor, Tadeo, Simón y Judas Iscariote.

4. Con la elección de los doce Apóstoles, Jesús prescindió definitivamente de los jefes de la iglesia judaica, los cuales, obstinadamente, le rechazaban.

Capítulo X

Cristo desciende del Monte de las Bienaventuranzas y cura a multitud de enfermos

1. Y como la fama de Jesús se hubiese ya extendido por Galilea, Samaria, Decápolis, Jerusalén y demás partes de Judea, por la otra ribera del Jordán, e incluso por toda Siria, muchas gentes de todos estos lugares habían ido en busca de Él, y le trajeron a muchos enfermos de distintos achaques y dolores, endemoniados, paralíticos, lunáticos, que habían venido a oírle y a que les sanase de sus enfermedades. Y, mientras Jesús se hallaba retirado en el Monte, fue su Divina Madre la que se encargó de adoctrinar y cuidar de esas multitudes, llenándolas de esperanza y consuelo. De esta manera, la Divina María también evitó que Jesús fuese molestado en la soledad de su retiro.

2. Por eso, el 15 de mayo, o sea al día siguiente de la elección de los Apóstoles en el Monte de las Bienaventuranzas, Jesús, descendiendo con ellos y con sus discípulos, se detuvo en un llano próximo, cerca de Betsaida de Galilea, en donde le esperaban su Divina Madre, las piadosas mujeres y aquel gran gentío; pues, todos deseaban oír las enseñanzas del Maestro y ser sanados de sus enfermedades. Jesús sanó a todos los enfermos y liberó a los posesos de los espíritus inmundos que los atormentaban. Y toda la gente procuraba tocarle porque salía de Él virtud que los sanaba a todos.

Capítulo XI

Cristo sube de nuevo al Monte de Melquisedec o de las Bienaventuranzas. Sermón de la Montaña. Promulgación de la Ley Evangélica

1. El mismo día 15 de mayo del año 32, después de realizar muchos milagros, Jesús deseó adoctrinar a las gentes; mas, como era tan grande la multitud congregada, Él subió de nuevo al Monte. Y una vez sentado en un lugar visible a todos, próximo al borde del declive, sentose junto a Él su Divina Madre; y los Apóstoles y discípulos se situaron de pie a un lado y a otro de ambos. Jesús, tomando, pues, la palabra, los enseñaba diciendo:

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución a causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda clase de mal contra vosotros. Alegraos entonces, y regocijaos, porque vuestra recompensa será muy grande en los Cielos; pues, así también persiguieron a los profetas que ha habido antes de vosotros».

2. Después de proclamar las Bienaventuranzas, Jesús advirtió del peligro de condenación que tienen todos los que viven apegados a las riquezas, a las satisfacciones del mundo y a otras complacencias terrenales; de manera que, si no se convierten a tiempo, no poseerán la vida eterna. Por eso dijo:

«¡Ay de vosotros los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo en este mundo!

¡Ay de vosotros los que estáis hartos, porque tendréis hambre!

¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis!

¡Ay de vosotros cuando los hombres mundanos os alaben, pues será señal de que vuestra mala conducta está de acuerdo con la de ellos. De la misma manera procedían con los falsos profetas muchos de vuestros antepasados!».

3. Después, dirigiéndose Jesús más especialmente a sus Apóstoles y discípulos, les dijo: *«Vosotros sois la sal de la tierra. Mas, si la sal se hiciese insípida, ¿con qué se le volverá el sabor? Para nada sirve ya, sino para ser arrojada y pisada por las gentes. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte. Ni se enciende una antorcha para ocultarla debajo de un celemín, sino para colocarla sobre un candelabro, a fin de que alumbré a todos los que están en la casa. Brille, pues, así vuestra luz espiritual ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos».*

4. *«No penséis que Yo he venido a abolir la Ley de Moisés ni lo dicho por los profetas: no he venido a abolirlos, sino a perfeccionarlos en todo y exigir su estricto cumplimiento. Porque en verdad os digo que, hasta que en el Universo y en la tierra no se haya exterminado el poder de Satanás, seguirá exigiéndose a todos los hombres el cumplimiento de la Ley en toda su extensión, conforme Yo la perfecciono con mi doctrina».* Seguidamente, Jesús recitó, ante todos los presentes, los mandamientos del Decálogo. Y luego prosiguió diciendo: *«Por lo cual, quien quebrantare uno de estos mandamientos, por mínimos que parezcan, y enseñare a los otros a hacer lo mismo, no entrará en el Reino de los Cielos; mas, quien los cumpliere y enseñare a cumplirlos, ése será premiado grandemente en el Reino de los Cielos. Porque en verdad os digo,*

que si no hacéis obras de virtud, sino que, por el contrario, vuestras obras son como las de los escribas y doctores de la Ley de la secta de los fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos».

5. *«Oísteis lo que fue dicho a vuestros antepasados: No matarás, y quien matare, será reo de juicio: pues, merece ser juzgado y condenado a muerte. Yo os digo más: Quienquiera que se enoje con su hermano, será también reo de juicio; pues, el que, sin llegar a dar muerte a su hermano, obra injustamente contra él, por esa injusticia ya merece que el juez le juzgue y le condene».*

6. *«Y el que dijere a su hermano raca o imbécil, será reo del juicio de la Iglesia».* La palabra injuriosa «raca» o «imbécil» representa aquí el grave menosprecio que una persona hace a otra por la fidelidad de ésta a la verdadera fe; lo cual implica el desprecio de la misma fe. Pues, el que viendo las buenas obras de su hermano, le acecha de alguna manera para que desista de hacer el bien y haga el mal, merecerá que la Iglesia le corrija severamente; e incluso, le juzgue y le sancione con la excomunión.

7. *«Y quien dijere a su hermano necio o insensato, será reo del Infierno».* La palabra injuriosa «necio» o «insensato», representa aquí la perversa maquinación de una persona respecto a otra, para que ésta apostate de la verdadera Iglesia; pues, quien viendo a su hermano en el camino de la salvación, le acechase de alguna manera con el fin de separarle de la Iglesia, merece ser reo del Infierno.

8. *«Y si estando delante del altar de Dios, para ofrecerle algo o pedirle cualquier merced, te acordares allí que tu hermano tiene alguna queja justa contra ti, vé primero a reconciliarte con tu hermano y después vuelve ante el altar para seguir tu oración».* Y si esto has de hacer con respecto a tu hermano, más obligado estarás aún si es Dios el que tiene una queja de ti. Por lo tanto, si estás en pecado, primero tendrás que reconciliarte con Dios y después hacer a Él tu ofrenda y petición de merced.

9. *«No demores en llegar a un acuerdo con aquel a quien algo debes. No sea que, retrasándote en hacerlo, él te demande ante el juez, y el juez te entregue al alguacil, y seas encerrado en la cárcel. En verdad te digo, que no saldrás de allí hasta que pagues toda la deuda».* Por lo tanto, no demores satisfacer en esta vida la pena temporal debida por tus pecados; no sea que tengas que hacerlo luego en el Purgatorio; de donde no saldrás hasta que hayas expiado toda la deuda.

10. *«Oísteis que también fue dicho a vuestros antepasados: 'No adulterarás'. Pues Yo os digo más: Cualquiera que mirare a una mujer casada con el mal deseo de poseerla, ya adulteró en su corazón con ella. Y cualquiera que en su interior deseara cualquier otra cosa mala, ya hizo el mal en su corazón».*

11. *«Si tu ojo derecho es para ti una ocasión de pecado, arráncatelo y arrójalo lejos de ti, pues mejor te es perder uno de tus miembros, que todo tu cuerpo sea arrojado al Infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de pecado, córtala y arrójala lejos de ti, pues*

mejor te es que perezca uno de tus miembros, que todo tu cuerpo sea arrojado al Infierno». Jesús no autoriza en absoluto la mutilación innecesaria de ninguno de los miembros del cuerpo, sino que enseña: Mejor es rechazar heroicamente en esta vida todo aquello que no es conveniente al bien del alma, que verse luego arrojado eternamente en el Infierno.

12. «También fue dicho: 'Cualquiera que repudiare a su mujer, dele carta de repudio'. Mas Yo os digo, que cualquiera que repudiare a su mujer, si no es por causa de adulterio, la expone a ser adúltera; y aun en el caso de justo repudio, el que se casare con la repudiada mientras viva el marido de ella, comete adulterio, y también ella lo comete».

13. «Además, oísteis que fue dicho a vuestros antepasados: 'No perjurarás; sino que cumplirás al Señor tus juramentos'. Pero Yo os digo, que de ningún modo juréis sin justo motivo: ni por el Cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es la peana de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey Divino. Ni jures por tu cabeza, la cual pertenece a Dios, y sólo Él puede hacer blanco o negro un solo cabello; por lo tanto, sería jurar por el autor y dueño de ella. Mas, vuestro hablar sea: sí, sí; no, no. Porque lo que excede de esto, viene del espíritu del mal».

14. «Habéis oído que también fue dicho: 'Ojo por ojo, y diente por diente'. Mas Yo os digo, que no devolváis mal por mal; es más, no hagáis frente al agravio. Y si alguno te hiriere en la mejilla derecha, preséntale también la otra mejilla. Y a aquel que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, déjale que se lleve también el manto. Y a quien te obligare a ir cargado mil pasos, vé con él otros dos mil».

15. «Al que te pide, dale, y no des la espalda al que te pide prestado. Pues, si prestáis sólo a aquellos de quienes esperáis recibir recompensa, ¿qué mérito tendréis? porque también los malos prestan unos a otros, para recibir otro tanto».

16. «Habéis oído que fue dicho en la Ley de Moisés: 'Amarás a tu prójimo'; aunque después, con mala intención, los hombres han añadido: 'odiarás a tu enemigo'. Mas Yo os digo: Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen; y rogad por los que os persiguen y calumnian; para que seáis hijos imitadores de vuestro Padre que está en los Cielos, el Cual hace salir el sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos y pecadores. Pues si sólo amáis a los que os aman, ¿qué recompensa mereceréis en la otra vida? ¿Acaso eso mismo no lo hacen los hombres más malvados? Y si saludáis tan solamente a vuestros hermanos que amáis, ¿qué tiene eso de extraordinario? ¿Por ventura no hacen esto los paganos? Tratad a los demás hombres, de la misma manera que queréis que os traten a vosotros. Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso. Dad, y se os dará. Dad sin medida, y Dios llenará vuestros corazones de gracias sobreabundantes. Sed vosotros perfectos, así como vuestro Padre Celestial es perfecto».

17. «Guardaos de hacer vuestras buenas obras delante de los hombres, con la intención de que ellos las

vean y os alaben; pues, si así hacéis para recibir aquí humana recompensa, no recibiréis la recompensa de vuestro Padre que está en los Cielos. Y así, cuando deis limosna, no queráis publicarlo a son de trompeta como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser honrados de los hombres. En verdad os digo, ya recibieron su recompensa. Mas, cuando deis limosna, no sepa vuestra mano izquierda lo que hace la derecha, a fin de que tu limosna sea oculta a la vista de los hombres; y tu Padre Celestial, que ve lo oculto, te premiará en el Cielo».

18. «Y cuando oréis, no imitéis a los hipócritas, que de propósito se ponen a orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, solamente para ser vistos y alabados de los hombres. En verdad os digo, que los que obran así, ya recibieron su premio. Mas cuando oréis, ya sea privada o públicamente, que la plegaria brote de lo profundo de vuestro corazón, con recogimiento y confianza, considerando que estáis en la presencia de Dios vuestro Padre; y vuestro Padre, que ve la rectitud de vuestra intención, os recompensará. Y cuando oréis, no lo hagáis con frases superfluas, como los gentiles, pues piensan que por mucha verbosidad serán más oídos. No queráis asemejaros a ellos. Orad mucho, cuanto más mejor; mas, hacedlo con la confianza de que vuestro Padre sabe lo que necesitáis, antes de que se lo pidáis».

19. «Vosotros, pues, debéis orar así: Padre nuestro, que estás en los Cielos; santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu Reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy; perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. Amén. Porque si perdonáis a los hombres las ofensas que os hacen, vuestro Padre Celestial os perdonará también vuestros pecados. Mas si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados».

20. «Y cuando ayunéis, no aparentéis tristeza por vuestra penitencia, como hacen los hipócritas, que desfiguran sus rostros para hacer ver a los hombres que ayunan, y ser por ellos alabados. En verdad os digo, que ya recibieron su recompensa. Vosotros, al contrario, cuando ayunéis, mostraos alegres y con normalidad, para que no sepan los hombres que ayunáis, sino sólo vuestro Padre Celestial; y Él, que todo lo ve, os recompensará».

21. «No queráis amontonar tesoros en la tierra, donde el óxido y la polilla los consume, y en donde los ladrones los desentieran y roban. Estos tesoros son, pues, perecederos. Atesorad, más bien, tesoros en el Cielo, en donde no los consume el óxido ni la polilla, y en donde los ladrones no los desentieran, ni roban. Estos tesoros son, pues, eternos. Porque en donde está vuestro tesoro, allí está también vuestro corazón».

22. «Antorcha de vuestro cuerpo son vuestros ojos. Si vuestro ojo fuere sencillo y limpio, todo vuestro cuerpo estará iluminado. Pues, todo vuestro ser se regirá por vuestra intención en el obrar; ya que, si vues-

tra intención fuere recta y sencilla, todo vuestro ser resplandecerá por la virtud. Mas, si tenéis malicioso vuestro ojo, todo vuestro cuerpo estará obscurecido; ya que, si vuestra intención en el obrar fuere mala, todo vuestro ser vivirá en desgracia espiritual. *Que si lo que debe ser luz en cada uno de vosotros, lo hacéis tinieblas, cuán grandes serán para vosotros las mismas tinieblas*». Por lo tanto, no desaprovechemos las oportunidades que Dios nos da para la salvación; pues, si las rechazamos para dar rienda suelta a los deleites del mundo, y aún más, si las empleamos para combatir el bien, nos sumergiremos en un profundo abismo de tinieblas, ya que a mayor gracia, Dios exige una mayor correspondencia, y si no lo hacemos, mayor será nuestra desgracia eterna.

23. «*Nadie puede servir al mismo tiempo a dos señores de condición contraria; porque, o aborrecerá a uno y amará a otro; o seguirá a uno y despreciará a otro. No podéis, a la vez, servir a Dios y a las riquezas cuando éstas os arrastran al pecado*».

24. «*Por tanto os digo, no os inquietéis ansiosamente por el sustento que necesitáis para vuestra vida, ni por el vestido para cubrir vuestro cuerpo. ¿No vale la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Pues, Dios, que es el Autor de vuestra existencia, ¿no os va a procurar el sustento y el vestido para que podáis vivir? Ya que, el que da lo más valioso, que es el alma y el cuerpo, también da lo menos valioso, que es la comida y el vestido*».

25. «*Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y, sin embargo, vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros, por mucho que discurra, se afane e inquiete, puede conseguir algo que sólo es posible para Dios, como por ejemplo, alargar la vida, añadir un codo a la estatura de su cuerpo? ¿Pues, por qué andáis acongojados por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo, que ni trabajan, ni hilan. Mas, Yo os digo, que ni Salomón, en toda la magnificencia de su realeza, se vistió como uno de ellos. Pues si al heno del campo, que hoy es y mañana es echado en el fuego, Dios le viste así, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? No os acongojéis, pues, diciendo: '¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos?'. Porque así hacen los paganos, los cuales se afanan por estas cosas; y bien sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de todas ellas. Buscad, pues, primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán dadas por añadidura. Y así no os inquietéis por el día de mañana: Porque el día de mañana tiene su propia preocupación; y a cada día le basta su trabajo*».

26. «*No juzguéis, y no seréis juzgados. Pues, con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados; y con la medida con que midáis, seréis medidos. ¿Por qué ves la mota en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en tu propio ojo? Por lo tanto, ¿por qué censuras a tu hermano por sus defectos y no te preocupas de corregir tus grandes vicios? ¿O cómo te atreves a decir a tu hermano: 'Déjame sacar la mota de tu ojo', cuando*

hay una viga en tu propio ojo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la mota del ojo de tu hermano».

27. «*No deis a los perros las cosas santas, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos: no sea que las pisoteen con sus pies, y volviéndose contra vosotros os despedacen*». No hagáis, pues, partícipes de las cosas santas a los que sabéis que, por su obstinación en el mal, no van a valorarlas, sino a despreciarlas; ni tampoco tratéis de cosas espirituales con los hombres corrompidos que sólo quieren hablar de impurezas y mundanidades. No sea que estos malvados desprecien y ridiculicen vuestra piedad; y, llenos de rabia, se burlen de vosotros y de vuestra fe.

28. «*Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abre. ¿Quién de vosotros, si su hijo le pidiera pan, le dará una piedra? ¿O si le pidiera un pez, le dará una serpiente? Pues si vosotros, teniendo inclinación al mal, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los Cielos, dará cosas buenas a los que se las pidan! Y así, haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseáis que hagan ellos con vosotros. Porque este es el espíritu de la Ley y la doctrina de los profetas*».

29. Y Jesús les propuso también una parábola: «*¿Por ventura podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el precipicio? No es el discípulo superior al Maestro; mas, será perfecto todo aquel que fuera como su Maestro. Pues, el Maestro, por su prudencia y sabiduría, es el que ha de guiar y enseñar al discípulo; y éste será más perfecto cuanto más se asemeje a la conducta de su Maestro. Yo soy el Buen Maestro, que os guía por el camino que conduce a la salvación eterna. Entrad, pues, por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que fácilmente siguen ese camino. Por el contrario, ¡qué angosta es la puerta y qué estrecho es el camino que conduce a la vida eterna, y qué pocos son los que siguen ese camino!*».

30. «*Guardaos de los falsos guías o profetas, que vienen a vosotros disfrazados de ovejas, y en su interior son lobos rapaces. Por sus frutos u obras los conoceréis. ¿Por ventura se cogen uvas de los espinos, o higos de los zarzales? Así es que todo árbol bueno produce frutos buenos; y todo árbol malo produce frutos malos. No puede un árbol bueno dar frutos malos, ni un árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no dé buen fruto, será cortado y echado al fuego. Así pues, por los frutos de ellos los conoceréis*».

31. «*No todo el que me dice, ¡Señor, Señor!, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos, ese entrará en el Reino de los Cielos. Muchos me dirán en aquel día del juicio: 'Señor, Señor, ¿pues no profetizamos en tu Nombre, y en tu Nombre lanzamos demonios, y en tu Nombre hicimos muchos milagros?'. Y entonces Yo les diré claramente: 'Nunca os he conocido por míos:*

Apartaos de Mí, obradores de la iniquidad'». Pues, el hecho de que una persona se vea favorecida en esta vida con gracias especiales, e incluso con extraordinarios carismas, no es garantía para que, por eso, se salve; ya que, para esto, deberá cumplir la voluntad de Dios con buenas obras. Y sigue diciendo Jesús: «Mas, el que oye mis palabras y las pone en práctica, será semejante a un hombre prudente que edificó su casa sobre piedra. Y aunque cayeron las lluvias y los ríos se desbordaron y soplaron los vientos dando con ímpetu contra aquella casa, ésta no fue destruida porque estaba edificada sobre piedra firme. Pero aquel que oye mis palabras y no las pone en práctica, será semejante a un hombre imprudente que edificó su casa sobre la arena. Y luego que cayeron las lluvias y los ríos se desbordaron y soplaron los vientos dando con ímpetu sobre aquella casa, ésta se desplomó y su ruina fue grande».

32. Y cuando Jesús hubo acabado el Sermón de la Montaña, todos los que le oían se maravillaron de su doctrina; porque veían que Él les enseñaba con autoridad divina, y no a la manera vana y presuntuosa como lo hacían los fariseos.

Capítulo XII

Curación del siervo del centurión

1. El mismo día 15 de mayo del año 32, cuando Jesús acabó de decir todas sus palabras al pueblo que le oía, descendió del Monte de las Bienaventuranzas y, seguido de muchas gentes, entró en Cafarnaún.

2. Había aquí un centurión llamado Cornelio, que tenía gravemente enfermo, y casi a la muerte, a un criado a quien estimaba mucho. Y cuando él oyó hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos rogándole que viniese a su casa a sanar a su criado. Y he aquí que, una vez que Jesús hubo entrado en Cafarnaún, ellos se llegaron a Él; y rogándole con gran insistencia que condescendiese a lo que el centurión pedía, decían a Jesús: «*Merece que le otorgues esta merced; pues, aunque es gentil, ama mucho nuestra nación y él mismo nos ha construido una sinagoga*».

3. Jesús iba con ellos hacia la casa del enfermo. Y cuando ya estaba cerca, se llegaron a Él unos amigos del centurión, que él mismo había enviado, para pedirle que fuera a curar al siervo. Y aunque el centurión deseaba ardientemente que Jesús viniese a su casa, sentíase indigno de ello; y por eso, a la vez que mandó a sus amigos para que Él viniese, le transmitió a través de ellos estas sus palabras: «*Señor, no te tomes la molestia, pues no soy digno de que entres en mi casa*».

4. El centurión, que estaba esperando a Jesús a la puerta de su casa, ya que se sentía indigno de acudir a su presencia, viendo que se aproximaba, fue hacia Él, y de rodillas le rogaba: «*Señor, mi siervo yace en mi casa parálítico y está sufriendo mucho*». Y le dijo Jesús: «*Yo iré, y lo sanaré*». Mas, el centurión le respondió: «*Señor, no soy digno de que entres en mi casa; mas, mándalo con tu palabra y mi siervo quedará curado. Pues yo, que soy un hombre sujeto a otro, como tengo solda-*

dos a mis órdenes, digo a uno: 'Vete', y se va; y al otro: 'Ven', y viene; y a mi criado: 'Haz esto', y lo hace. Pues, si yo tengo potestad para mandar y ser obedecido, cuánto más Tú, que eres el Todopoderoso».

5. Cuando esto oyó Jesús, quedó maravillado y, vuelto hacia el pueblo que le iba siguiendo, dijo: «*En verdad os digo, que ni entre los hijos de Israel he hallado una fe tan grande. Y así os aseguro, que vendrán muchos gentiles del oriente y del occidente, y se sentarán en la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos; mientras que muchos de los judíos, aunque sean hijos de Israel, por su infidelidad a la gracia se verán privados del Reino de los Cielos y echados a las eternas tinieblas, en donde será el llanto y el crujir de dientes*».

6. Y dijo Jesús al centurión Cornelio: «*Vete, y hágase conforme has creído*»; quedando el siervo curado en aquel momento. Y cuando el centurión volvió a su casa acompañado de los ancianos y de los amigos que había enviado a Jesús, hallaron sano al criado que estaba antes enfermo. Seguidamente, Jesús, con su Divina Madre, los doce Apóstoles y algunas piadosas mujeres, entró en la casa del centurión, a quien bautizó, y también a toda su familia y siervos.

Capítulo XIII

Viaje de Cristo a Jerusalén.

En Naín resucita a Marcial, hijo de la viuda Maroni

1. Y como estuviese ya próxima la fiesta del Pentecostés, Jesús decidió ir a Jerusalén; lo cual, siempre que iba, suponía para Él un inmenso dolor y gozo al mismo tiempo, pues en esta ciudad padecería, en el último año de su vida terrena, cruentísima Pasión y Muerte. No obstante, con ánimo firme y rostro sereno, hizo propósito de ir otra vez a Jerusalén.

2. El sábado 16 de mayo del año 32, Jesús, acompañado de su Divina Madre, de los doce Apóstoles, varios de sus discípulos, algunas piadosas mujeres y otros seguidores, salió, pues, para Jerusalén. Durante el viaje le fue siguiendo una gran muchedumbre.

3. El domingo 17 de mayo, se aproximó a una ciudad llamada Naín. Y cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban fuera para enterrar a un difunto, llamado Marcial, hijo único de Maroni, la cual era viuda; y venía con ella mucha gente de la ciudad. Luego que la vio el Señor, movido de compasión hacia ella, le dijo: «*No llores*». Y se acercó, y tocó el féretro. Y los que lo llevaban, se pararon. Y Jesús dijo: «*Mancebo, a ti digo, levántate*». Y se incorporó el difunto, y comenzó a hablar. Y Jesús lo entregó vivo a su madre.

4. Con esto se llenaron todos de santo temor y glorificaban a Dios diciendo: «*Un profeta ha surgido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo*». Y la fama de este milagro corrió por toda la comarca y se extendió por todo el territorio de Israel y fuera de sus confines. Jesús permaneció en Naín hasta el día 24 de mayo, enseñando y bautizando a muchos.

Capítulo XIV

Cristo no es recibido por los samaritanos.

Episodio de los tres candidatos

1. Después, Jesús, con los que le acompañaban, siguió viaje hacia el sur. Y antes de llegar a la ciudad de Samaria o Sebaste, envió delante de Sí mensajeros para prepararle posada, los cuales entraron en la ciudad. Mas, cuando llegó Jesús, no le recibieron los samaritanos de dicha ciudad, envidiosos de que su viaje iba dirigido a Jerusalén. Los Apóstoles Santiago el Mayor y Juan, al ver el desprecio que hacían a su Maestro, le dijeron: *«¿Señor, quieres que digamos que descienda fuego del cielo, y acabe con ellos?»*; cuyas palabras dan prueba del poder que tenían los Apóstoles de hacer cosas extraordinarias en el Nombre de Jesús. Mas, Él, volviéndose hacia ellos les reprendió diciendo: *«¿No os dais cuenta que obráis con mal espíritu? El Hijo del Hombre no ha venido a perder las almas, sino a salvarlas»*. Y se fueron a la ciudad de Siquén.

2. Cumplida aquí su misión, Jesús, con los suyos, siguió su viaje hacia Jerusalén. Y aconteció que, yendo por el camino, en las proximidades de la ciudad de Betel, se acercaron a Jesús tres candidatos, a quienes puso a prueba la vocación: Primero, llegándose a Él un escriba, le dijo: *«Señor, yo te seguiré adondequiera que fueres»*. Y Jesús le respondió: *«Las raposas tienen cuevas para vivir; y las aves del cielo, nidos; mas, el Hijo del Hombre, no tiene dónde reclinar la cabeza»*; y oídas las palabras de Jesús, se alejó. A otro que también se le acercó, díjole el Maestro: *«Sígueme»*. Y él respondió: *«Señor, déjame ir antes a enterrar a mi padre»*. Pero Jesús, le contestó: *«Deja a los muertos que entierren a sus muertos; mas tú, ven y anuncia el Reino de Dios»*; y éste tampoco le siguió. En esta sentencia Cristo nos enseña que los muertos de espíritu por falta de fe, cuidense de los suyos. Allá ellos. Mas, el que es movido por la gracia, debe corresponder a ella, y seguir la llamada de Dios, des preocupándose de las cosas del mundo. Y finalmente, otro se le acercó y le dijo: *«Te seguiré, Señor; mas, primero déjame ir a mi casa para que arregle los asuntos que tengo pendientes»*. Y Jesús le advirtió: *«El que después de haber puesto su mano en el arado, vuelve la vista hacia atrás, no es digno del Reino de los Cielos»*; ante esta advertencia, éste tampoco le siguió.

Capítulo XV

Cristo llega a Betania y predica en la sinagoga.

Cumple en el Templo de Jerusalén con el precepto del Pentecostés

1. El sábado 30 de mayo del año 32, Jesús, acompañado de su Madre, sus Apóstoles, algunas piadosas mujeres y otros seguidores, llegó a Betania, ciudad de Lázaro y Marta, en donde ese día predicó en la sinagoga.

2. Durante el tiempo que Él permaneció en Betania, visitó diariamente el Templo de Jerusalén acompañado de sus Apóstoles, en donde enseñaba con autoridad y sin miramientos humanos. Con ocasión de este via-

je, muchos creyeron en Jesús y fueron bautizados por los Apóstoles en el torrente Cedrón.

3. El viernes 5 de junio, que era la fiesta del Pentecostés judío en aquel año 32, tras cumplir en el Templo de Jerusalén con el precepto de la fiesta, Jesús, con su Santísima Madre, los Apóstoles y demás acompañantes, incluidos Lázaro y Marta, partió ese mismo día de Betania en dirección a Galilea, cruzando para ello la región de Samaria.

Capítulo XVI

La conversión de María Magdalena

1. El día 13 de junio del mismo año 32, una vez en Galilea, al pasar Jesús por las afueras de la ciudad de Mágdala, que está junto al Lago de Genesaret, subió a un monte próximo a enseñar a las gentes. En Mágdala vivía la hermana de Lázaro y Marta, llamada María, la cual estaba entregada a la vida de pecado. Marta invitó a su pecadora hermana para que fuese a oír las enseñanzas de Jesús en el monte. María Magdalena, al oír hablar al Maestro del Reino de Dios, de los pecados, de los castigos eternos y de la necesidad de la penitencia, se conmovió profundamente y comenzó a llorar. Conociendo Jesús el corazón de la pecadora, mirándola dijo: *«Si sólo una chispa de penitencia, de arrepentimiento, de amor, de fe, de esperanza, cae en un corazón que dé fruto, Yo quiero cuidarlo y hacerlo crecer para llevarlo a mi Padre»*. Con cuyas palabras, María Magdalena quedó llena de amor a Jesús y penetrada del arrepentimiento, recuperando entonces la Gracia Santificante, que ella había recibido en su niñez por especial privilegio, y que después había perdido por el pecado. La Magdalena quedó así libre de los siete demonios que la poseían y la esclavizaban a los siete vicios capitales. Después, Marta llevó a su hermana hasta la presencia de la Santísima Virgen María, y la ya arrependida pecadora le suplicó que intercediese ante su Divino Hijo en solicitud de misericordia y perdón.

2. Mientras tanto, un fariseo llamado Simón, le rogó a Jesús que fuese a comer a su casa. Este Simón era a quien Jesús había curado de la lepra tiempo atrás a las afueras de Mágdala, de cuyo milagro no se había aprovechado para convertirse de su mala vida. El Maestro accedió al convite; y, acompañado de sus Apóstoles y de Lázaro, entró en la casa del fariseo y se sentó a la mesa. Cuando supo María Magdalena que Jesús estaba a la mesa en casa de Simón el fariseo, fue allí acompañada de la Divina María y de Marta. María Magdalena llevó consigo un vaso de alabastro, lleno de unguento. Cuando vio a Jesús sentado a la mesa, fue hacia Él; y, poniéndose a sus pies, los regaba con sus lágrimas, los enjugaba con sus cabellos, los besaba y los ungía con el unguento. Y cuando esto vio Simón el fariseo, murmuró en su interior diciendo: *«Si este hombre fuera Profeta, bien sabría que la mujer que lo toca es una pecadora»*. Con lo cual Simón despreciaba a aquella mujer con la que tantas veces había pecado. Y Jesús, que conocía los malvados pensamientos del fa-

riseo, le habló así: *«Simón, te quiero decir una cosa»*. Y él respondió: *«Maestro, di»*. Y Jesús dijo: *«Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. Mas como no tuviesen con qué pagarle, les perdonó a ambos la deuda. Dime, pues, ¿cuál de los dos, a tu parecer, le amará más?»*. Respondió Simón y dijo: *«Pienso, que aquel a quien más perdonó»*. Y Jesús le dijo: *«Rectamente has juzgado»*. Y Jesús, volviéndose a la mujer arrepentida, dijo a Simón: *«¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para lavarme los pies; mas ésta, con sus lágrimas, ha regado mis pies y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el ósculo de paz; mas ésta, desde que entró, no ha cesado de besarme los pies. Tú no ungiste mi cabeza con óleo o perfume; mas ésta ha ungido mis pies con perfumes. Por lo cual te digo: Que a ella le son perdonados sus muchos pecados, porque me ha amado mucho. Pues, al que menos ama, menos se le perdona»*. Y Jesús dijo a la mujer: *«Perdonados te son tus pecados»*. Y luego, muchos de los convidados empezaron a decir interiormente: *«¿Quién es Éste, que aun los pecados perdona?»*. Y Jesús dijo a la mujer: *«Tu fe te ha salvado; vete en paz»*.

3. María Magdalena fue bautizada por Jesús el mismo día de su conversión, 13 de junio. Jesús, además de perdonar los pecados a María Magdalena, la dotó de una fortaleza especial por la que jamás volvió a pecar ni mortal ni venialmente. Y Simón el fariseo, sinceramente conmovido por el arrepentimiento de María Magdalena, pidió humildemente al Señor le perdonase también sus pecados, por lo que fue bautizado ese mismo día, y con él otros muchos. Tras su conversión, Simón el Leproso vivió por temporadas en Betania.

Capítulo XVII

Viaje de Cristo por Galilea.

Necesidad de una evangelización más intensa

1. El mismo sábado día 13 de junio del año 32, Jesús, acompañado de su Divina Madre, los Apóstoles, las piadosas mujeres y otros seguidores, incluidos ahora los tres hermanos María Magdalena, Marta y Lázaro, salió de Mágdala para Cafarnaún en donde permaneció hasta el 23 de junio.

2. El martes 23 de junio, Jesús salió de Cafarnaún en viaje apostólico. Iba acompañado de su Santísima Madre, de los doce Apóstoles, de los discípulos, de algunas piadosas mujeres, entre ellas: Juana, mujer de Cusa, que era procurador de Herodes Antipas; Susana de Caná; así como algunas otras que Él había sanado de espíritus malignos y de enfermedades, como era el caso de María Magdalena, de la que habían salido siete demonios; y otras muchas, que le asistían con sus haciendas procurándole alimentos, vestidos y otros servicios.

3. Durante este viaje, Jesús caminaba por ciudades y aldeas enseñando en las sinagogas de los judíos, predicando el Evangelio, anunciando el Reino de Dios y sanando toda dolencia y toda enfermedad. Y cuando

en su apostolado Él veía aquellas gentes que acudían a oír su palabra, se compadecía de ellas, porque estaban desamparadas y decaídas espiritualmente, como ovejas que no tenían pastor. Y por eso, comparando aquellas gentes con la mies ya madura de los campos, les decía a sus Apóstoles: *«La mies verdaderamente es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe trabajadores a su mies»*. Con lo cual les hacía ver a sus Apóstoles la necesidad de una evangelización más intensa.

4. El jueves 16 de julio, Jesús y todos los que le acompañaban, retornaron a Cafarnaún, en donde celebraron con gran solemnidad la fiesta carmelitana. Después, ese mismo día, María Magdalena, Marta y Lázaro partieron para su casa de Betania.

Capítulo XVIII

Cristo manda a predicar a los Apóstoles de dos en dos

1. El día 20 de julio del año 32, Jesús fue con sus Apóstoles y discípulos al Monte de las Bienaventuranzas, desde donde mandó a los Doce que fuesen de dos en dos a predicar el Reino de Dios.

2. Y antes de que partiesen, les dio las siguientes instrucciones: *«No vayáis ahora en busca de los gentiles, sino de las ovejas perdidas de la casa de Israel»*. Ya que era deseo de Jesús que la predicación del Evangelio se hiciese primero a los judíos, al pertenecer estos al Pueblo de Israel; y además, para que no tuviesen excusa de que los gentiles fueron preferidos a ellos. Jesús dijo también a sus Apóstoles: *«Id y predicad, diciendo: Que ya ha llegado el Reino de los Cielos, que es el Reino de la gracia en las almas. Y como prueba de la veracidad de vuestra doctrina, sanad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, lanzad los demonios. Ejerced, pues, generosamente las potestades que gratuitamente habéis recibido. No llevéis oro ni plata ni dinero alguno en vuestras fajas. Ni alforja para el camino, ni más de una túnica y un calzado, ni más de un bastón. No llevéis ni pan, porque digno es el trabajador de su alimento»*.

3. *«Y en cualquier ciudad o aldea en que entréis, preguntad quién hay en ella que sea digno de alojaros; y permaneced en su casa hasta vuestra partida. Y cuando entréis en la casa, saludad diciendo: 'Paz sea en esta casa'. Y si aquella casa fuere digna, vendrá sobre ella vuestra paz; mas, si no fuere digna, vuestra paz se volverá con vosotros. Y si algunos no os recibieren, ni oyeren vuestras palabras, al salir fuera de la casa o de la ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies, en testimonio contra ellos. En verdad os digo: Que Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor en el día del juicio, que la ciudad que no os recibiere»*.

4. *«Ved que Yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, inteligentes como serpientes, y sencillos como palomas. Por lo tanto, guardaos de los hombres obstinados en no recibir vuestras enseñanzas. Porque os harán comparecer ante los tribunales y os azotarán en sus sinagogas. Seréis llevados, por*

mi causa, ante los gobernadores y los reyes, lo cual será permitido por Dios para que deis testimonio de Mí ante ellos y ante los gentiles. Y cuando os entreguen a los tribunales, no os angustiéis pensando cómo hablar o qué decir; porque no sois vosotros los que hablaréis entonces, sino el Espíritu de vuestro Padre Celestial, que hablará por vuestra boca».

5. *«Y de tal manera será la persecución por mi causa, que el hermano entregará a muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres, y los harán morir. Y seréis aborrecidos de todos por mi Nombre; mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo. Y cuando os persigan en una ciudad, huid a otra. En verdad os digo, que no acabaréis de convertir las ciudades de Israel hasta que venga el Hijo del Hombre».*

6. *«No es el discípulo más que su Maestro, ni el siervo más que su Señor. Y por eso, el discípulo será tratado a semejanza de su Maestro, y el siervo a semejanza de su Señor. Si a Mí me han llamado Beelcebub, ¿cuánto más a vosotros? Por eso, no tengáis miedo a los que os persiguen, porque nada está encubierto que no se haya de descubrir; ni oculto que no se haya de saber. Por eso, lo que os digo de noche, decidlo a la luz del día; y lo que os digo al oído, predicadlo desde los tejados. No temáis a los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma; temed, más bien, al que os puede matar el alma con el pecado, y así arrojaros en alma y cuerpo en el Infierno. ¿Por ventura no se venden dos pajarillos por un cuarto? Y a pesar de su poco valor, ni uno de ellos caerá en tierra sin la permisión de vuestro Padre Celestial. Hasta los cabellos de vuestras cabezas están todos contados. No tenéis, pues, que temer, porque vosotros valéis más que muchos pájaros».*

7. *«Todo aquel que me confesare delante de los hombres, lo confesaré Yo también delante de mi Padre que está en los Cielos. Y el que me negare delante de los hombres, lo negaré Yo también delante de mi Padre que está en los Cielos. Pues, todo aquel que me reconociese y confesase como Mesías delante de los hombres, Yo también le reconoceré como discípulo mío delante de mi Padre que está en los Cielos».*

8. *«No penséis que vine a traer paz sobre la tierra; no vine a traer paz, sino la guerra. Pues, a causa de mi doctrina, he venido a separar al hijo, de su padre; y a la hija, de su madre; y a la nuera, de su suegra. Y los que creen en Mí, tendrán como mayores enemigos las personas de su propia casa. Y el que ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí. Y el que ama a su hijo o a su hija más que a Mí, no es digno de Mí. Y el que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de Mí. Y el que, a costa de perder su alma, conserva su vida, perderá la vida eterna; y quien perdiera su vida por amor mío, la volverá a hallar en el Cielo».*

9. *«El que a vosotros recibe, a Mí me recibe; y el que a Mí recibe, recibe a Aquel que me envió. El que recibe a un profeta en atención a que es profeta, recibirá una recompensa especial; pues recibe al que representa: que soy Yo, el Sumo y Eterno Profeta. Y el*

que recibe a un justo en atención a que es justo, recibirá una mayor recompensa; pues, recibe al Autor de toda justicia: que soy Yo, el Justo de los justos. Y cualquiera que diere a beber a un discípulo mío, por insignificante que sea, un vaso de agua fresca en atención a que es mi discípulo, en verdad os digo que no perderá la recompensa».

Capítulo XIX

Misión de los doce Apóstoles por Galilea

1. Después que Jesús dio las instrucciones a sus Apóstoles, el mismo día 20 de julio emprendieron estos su apostolado por Galilea. Por lo que, habiendo bajado del Monte de las Bienaventuranzas, iban de pueblo en pueblo predicando el Evangelio, exhortando a todos a que hiciesen penitencia. Y lanzaban muchos demonios; y ungían a muchos enfermos con óleo bendecido por Cristo como sacramental, y así los sanaban. También los Apóstoles resucitaban muertos.

2. A la vez que los Apóstoles cumplían su misión, Jesús realizaba también con los discípulos un intenso apostolado, manteniendo frecuente comunicación con los Apóstoles, bien personalmente o bien a través de los discípulos, orientándoles en sus labores, mas dejándoles actuar según sus iniciativas e inspiraciones.

3. Con motivo de estos intensos apostolados, se hizo más notoria la fama de Jesús, hasta el punto que llegó a oídos del rey Herodes Antipas, el cual estaba ya informado sobre la obra evangélica; e incluso venía sospechando, a su manera de entender, que Jesús fuera el Mesías. Mas, el astuto rey, de costumbres depravadas, se mantenía al margen de las cuestiones mesiánicas por el rechazo que sentía hacia las exigencias morales de la doctrina de Cristo.

4. No obstante, cuando llegó al tetrarca Herodes Antipas la noticia de todo lo que hacía Jesús, y la fama que Él iba adquiriendo, quedó como perplejo, porque decían algunos: *«Es Juan el Bautista, que ha resucitado de entre los muertos; y por eso se obran en Él tales maravillas».* Otros, en cambio, decían: *«Es Elías, que se ha aparecido»;* y también decían otros: *«Es un profeta de los antiguos, que ha resucitado».* Mas, como la opinión mayoritaria era de que se trataba del Mesías esperado, Herodes llegó a convencerse algo más de quién era Jesús. Sin embargo, el malvado rey, aparentando no saber quién era el Maestro, y así quedar al margen de su doctrina, decía a sus criados: *«Ése es Juan el Bautista a quien degollé, que ha resucitado de entre los muertos, y por eso maravillas se obran en Él».* Y en otros momentos decía también sagazmente: *«Yo degollé a Juan, ¿quién, pues, es Éste de quien oigo tales cosas?».* Y Herodes procuraba ver a Jesús sólo para satisfacer su curiosidad.

5. El sábado 15 de agosto, los doce Apóstoles, tras su apostolado en Galilea, retornaron a Cafarnaún. Y, llegándose a Jesús, le contaron todo lo que habían hecho y enseñado.

Capítulo XX

Cristo elige a los setenta y dos discípulos, y los envía a predicar

1. El día 22 de agosto del mismo año 32, Jesús fue de nuevo con sus Apóstoles y discípulos al Monte de las Bienaventuranzas; y, de entre estos últimos, eligió a setenta y dos para ser coadjutores de los Apóstoles, y los envió de dos en dos delante de Sí a las ciudades y lugares a donde después había de ir Él con sus Apóstoles.

2. Mas, antes de partir los setenta y dos discípulos, Jesús les dio las siguientes instrucciones, diciéndoles entre otras cosas: *«La mies en verdad es mucha, mas los trabajadores pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe trabajadores a su mies. Id vosotros. He aquí que Yo os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni más de un calzado, sino sólo lo más imprescindible para el camino; y no os paréis a saludar a nadie con cortesías y conversaciones vanas, propias de los fariseos, ya que esto debilitará la autoridad y la fuerza de vuestra predicación».*

3. *«En cualquier casa que entréis, primeramente decid: La paz sea en esta casa. Y si allí hubiese un hijo de paz, reposará sobre él vuestra paz; y si no, la paz se volverá con vosotros. Y permaneced en aquella misma casa, comiendo y bebiendo lo que ellos tengan, porque el trabajador es digno de su salario. No andéis cambiando de una casa a otra. Y en cualquier ciudad en que entréis y os recibieren, comed lo que os pusieren delante; y curad a los enfermos que en ella hubiere, y decidles: 'Ya ha llegado a vosotros el Reino de Dios'. Mas, si en la ciudad en que entrareis, no os recibieren, saliendo por sus plazas, decid: 'Aun el polvo que se nos ha pegado de vuestra ciudad, sacudimos contra vosotros. Sabed, no obstante, que se ha acercado el Reino de Dios'. Pues os digo, que en el día del juicio habrá menos rigor para Sodoma, que para aquella ciudad. Y quien a vosotros oye, a Mí me oye; y quien a vosotros desprecia, a Mí me desprecia. Y el que a Mí me desprecia, desprecia a Aquel que me envió».*

4. Al día siguiente de estas instrucciones, día 23 de agosto, los setenta y dos discípulos salieron a su misión apostólica por las ciudades y pueblos de Galilea, retornando a Cafarnaún el día 30 de septiembre del mismo año.

Capítulo XXI

Cristo manifiesta su júbilo por el apostolado de los setenta y dos discípulos

1. Los setenta y dos discípulos, cuando volvieron, llenos de gozo, dijeron a Jesús: *«Señor, hasta los mismos demonios se nos sujetan a nosotros por la virtud de tu Nombre».* A lo que Él les respondió: *«Mientras vosotros hacíais el apostolado, Yo veía a Satanás salir de las almas como un relámpago»;* pues, el demonio salía de las almas cuando recibían la Gracia Santificante por la virtud del Sacramento del Bautismo que

los discípulos administraban. Jesús, refiriéndose a la potestad que había dado a los setenta y dos discípulos para sanar enfermedades, resucitar muertos y doblegar a los demonios, les dijo: *«Ya veis que os he dado potestad de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo, sin que nada os pueda dañar. Mas no os gocéis con vanidad porque los espíritus infernales os estén sujetos, sino gozaos de que, por vuestras buenas obras, vuestros nombres estén escritos en los Cielos».*

2. Después de pronunciar estas palabras, Jesús, rebosante de júbilo en el Espíritu Santo, manifestó su gratitud al Padre, diciendo: *«Yo te alabo, Padre mío, Señor del Cielo y de la tierra, porque has encubierto estas cosas grandes a los tenidos por sabios y prudentes en este mundo, y las has revelado a los pequeños y humildes. Así es, oh Padre, porque ha sido de tu agrado».*

3. Y volviéndose hacia sus Apóstoles y discípulos, les dijo: *«El Padre ha puesto en mis manos todas las cosas. Y nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni conoce ninguno al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo. Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis. Porque os digo, que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron. Venid a Mí todos los que estáis fatigados y agobiados, que Yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga ligeras».*

Capítulo XXII

Cristo va a Jerusalén para la fiesta de los Tabernáculos.

Predica en Jericó la parábola del Buen Samaritano

1. El día 1 de octubre del año 32, como se aproximaba la fiesta de los Tabernáculos, Jesús, acompañado de su Divina Madre, de los Apóstoles y discípulos, y de algunas piadosas mujeres, salió de Cafarnaún hacia Jerusalén. Y durante el camino, iba por las ciudades y aldeas enseñando.

2. El jueves 8 de octubre, Jesús llegó a la ciudad de Jericó, en donde entró en la sinagoga a predicar. Y, cuando estaba enseñando, levantose un doctor de la Ley fariseo, y le dijo con el fin de tentarle: *«¿Maestro, qué haré yo para poseer la vida eterna?».* Y Él le dijo: *«¿Qué es lo que se halla escrito en la Ley? ¿Qué es lo que en ella lees?».* Y él dijo que en la Ley estaba escrito: *«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, y con todo tu entendimiento, y a tu prójimo como a ti mismo».* Y Jesús le dijo: *«Bien has respondido; haz esto, y tendrás vida eterna».* Mas el doctor de la Ley, queriendo hacerse pasar por hombre justo, dijo a Jesús: *«¿Y quién es mi prójimo?».*

3. Y Jesús, como respuesta, le expuso la siguiente parábola: *«Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y en el camino cayó en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron de todo; y después de haberle heri-*

do, se fueron dejándole medio muerto. Aconteció, pues, que pasaba por el mismo camino un sacerdote levítico; y habiéndolo visto, pasó de largo sin echarle cuenta. Igualmente, un ministro levita, pasando por aquel lugar, viendo al herido, le miró y siguió adelante. Mas un samaritano que iba por aquel camino, llegase adonde estaba el herido, y viéndole, se movió a compasión. Por lo que, acercándose, le vendó sus heridas, después de derramar en ellas aceite y vino; y subiéndolo a su propio jumento, lo llevó a una posada, y cuidó de él. Y al día siguiente, sacó dos denarios, y dióselos al posadero, diciéndole: 'Cuidame de este hombre, y todo lo que gustares de más, yo te lo abonaré cuando vuelva'».

4. Terminada la parábola, Jesús preguntó al doctor de la Ley: «¿Quién de estos tres te parece fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?». Respondió el doctor: «Aquel que usó con él de misericordia». Y entonces Jesús le dijo: «Pues anda, y haz tú lo mismo».

5. La parábola del Buen Samaritano era un hecho histórico recientemente sucedido. El Buen Samaritano había sido tiempo atrás bautizado por Jesús en Samaria. En la sinagoga de Jericó, se hallaban oyendo la parábola el sacerdote levítico y el ministro levita que negaron su ayuda al herido. El doctor de la ley, el sacerdote levítico y el ministro levita se convirtieron a la fe evangélica en virtud de las palabras de Cristo. Él los bautizó y ellos le siguieron como discípulos.

Capítulo XXIII

Episodio de Marta y María Magdalena en Betania

1. Terminado su apostolado en Jericó, Jesús, con su Divina Madre y demás acompañantes, incluidos los tres conversos, prosiguió su camino a Jerusalén. Y el 9 de octubre, entrando en la aldea de Betania, fue a la casa de los hermanos María Magdalena, Marta y Lázaro, en donde comenzó a enseñarles.

2. Y mientras María, sentada a los pies del Señor, oía su palabra, su hermana Marta, que estaba muy afanada en los quehaceres para servir a Jesús, fue adonde Él estaba para manifestarle su extrañeza de que su hermana no la ayudase a preparar la comida. Y por eso le dijo: «Señor, ¿no ves cómo mi hermana me ha dejado sola para servirte? Dile, pues, que me ayude».

3. Y el Señor, alabando primero a Marta, le dijo: «Marta, Marta, muy cuidadosa estás en servirme bien». Sin embargo, después le dijo: «Mas, en muchas cosas te afanas con exceso». Con cuyas palabras hacía ver a Marta que, si bien su interés por servirle era digno de alabanza, no obstante la actitud de su hermana María era aún más perfecta, ya que estaba oyendo sus enseñanzas; pues, mientras Él hablaba, era el deber de Marta escuchar primero con atención sus palabras, y después, ambas hermanas, preparar lo necesario para que comiese. Y por eso, Jesús dijo también a Marta: «En verdad, una sola cosa es necesaria: que es cumplir en cada momento la voluntad de Dios. María ha hecho lo más perfecto: el supeditar las ocupacio-

nes temporales a la divina contemplación. Pues, las ocupaciones materiales desaparecerán al dejar este mundo; mas, las cosas espirituales llegarán en el Cielo a su máxima perfección». La actitud de María Magdalena es una figura de la divina contemplación de que gozan en el Cielo los Bienaventurados. María y Marta unidas son modelo perfecto de la vida religiosa.

Capítulo XXIV

Apostolado de Cristo en Judea

1. El domingo 11 de octubre del año 32, primer día de la solemnidad de los Tabernáculos, Jesús, con su Divina Madre, los Apóstoles y demás que le acompañaban, visitó el Templo de Jerusalén; y lo mismo hizo los demás días de la fiesta, enseñando en él y curando a muchos enfermos, con grandes conversiones. El día 18 de octubre, Jesús salió por la tarde con sus Apóstoles y discípulos para realizar un intenso apostolado por otras partes de Judea, quedando su Divina Madre y las piadosas mujeres en Betania.

2. El 17 de diciembre del mismo año 32, Jesús retornó a Betania, después de su largo viaje. Al día siguiente, que en ese año era el día solemne de la fiesta de la Dedicación, visitó el Templo con su Divina Madre, los Apóstoles y demás; permaneciendo luego en Betania hasta el 24 del mismo mes, y realizando una intensa labor en el Templo.

3. El viernes 25 de diciembre, aniversario de su Natividad, Jesús, con su Madre, los Apóstoles, los discípulos y piadosas mujeres, visitó la Gruta de Belén, en la que Él había nacido. Providencialmente, cuando llegó, estaban allí los tres santos pastores Rubén, Isacar y Matatías, los cuales solían visitarla, y sobre todo en fecha tan señalada. Estos habían sido ya bautizados por Cristo; y en algunas de las visitas que hizo a Jerusalén trataron con Él con gran amor y veneración. A partir de este día 25 de diciembre, los tres pastores siguieron a Cristo como discípulos y quedaron cubiertas tres vacantes del grupo de los setenta y dos discípulos. Jesús, tras orar con todos en la Gruta de Belén, les instó a que rezaran con frecuencia el Padrenuestro, por lo grata que es esta oración al Padre, y la fuerza impetratoria que la misma encierra.

4. Y para que todos lo comprendieran mejor, les habló con parábolas, diciéndoles: «Si uno de vosotros tuviere un amigo, y a la medianoche fuere adonde él está para decirle: 'Amigo, préstame tres panes, porque acaba de llegar de viaje a mi casa otro amigo mío, y no tengo qué darle de comer'; y si él respondiese de dentro, diciendo: 'No me molestes, ya está cerrada la puerta, y mis criados están también como yo en la cama, y no me puedo, pues, levantar a dártelos'; y si a pesar de esto, el otro perseverase llamando a la puerta, os aseguro que si no se levantara a darle los panes por ser amigo, al menos, para librarse de su impertinencia, se levantará al fin y le dará cuanto necesite».

5. «Así os digo Yo, — añadió Jesús —: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá».

Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Y si alguno de vosotros pidiere pan a su padre, le dará él una piedra? ¿O si pidiere un pez, por ventura le dará una serpiente en lugar del pez? ¿O si le pidiere un huevo, por ventura le dará un escorpión? Pues si vosotros, estando inclinados al mal, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los Cielos dará, a los que se lo pidieren, no sólo la Gracia Santificante, sino también todo aquello que no se oponga al bien de sus almas!».

Capítulo XXV

Cristo retorna a Cafarnaún.

Curación de un endemoniado ciego y mudo

1. Al día siguiente, sábado 26 de diciembre del año 32, Jesús y los que le acompañaban, incluidos los tres santos pastores, salieron de Belén hacia Betania; y, una vez despedidos de María Magdalena, Marta y Lázaro, continuaron viaje hacia Galilea, llegando a Cafarnaún el día 1 de enero del año 33. La Divina María y las piadosas mujeres fueron para su casa conventual de Betsaida. Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, fue a la casa conventual de Cafarnaún en la que Él solía vivir. Aquí concurrió de nuevo tanta gente que ni aun podían tomar alimento.

2. Entonces le trajeron un endemoniado ciego y mudo. Y cuando Jesús hubo lanzado el demonio, el hombre que había sido sanado habló y vio, y quedaron maravilladas todas las gentes, y decían: «¿Es Éste, tal vez, el Mesías, el Hijo de David?». Mas, unos escribas fariseos, oyéndolo, decían: «Éste lanza los demonios en virtud de Beelcebub, Príncipe de los demonios». Y otros, que eran escribas saduceos, con mayor perfidia, le pedían a Jesús una señal del Cielo como prueba de que era el Mesías. Jesús manifestó su santa ira contra dichos fariseos y saduceos venidos de Jerusalén; a lo cual, los escribas fariseos reaccionaron con mayores calumnias, diciendo: «Tiene a Beelcebub, y en virtud del Príncipe de los demonios, lanza los demonios». Y los escribas saduceos le tomaron por loco.

3. Y cuando lo oyeron los Apóstoles y discípulos, que estaban con Jesús, salieron para defenderle, porque decían de Él que se había vuelto loco. Ante esta actitud defensiva, los enemigos de Jesús optaron por aplacarse, para llevar a cabo sus proyectos de forma más solapada.

Capítulo XXVI

Cristo predica en la sinagoga de Cafarnaún.

Alabanzas a Cristo y María

1. El mismo viernes 1 de enero del año 33, una vez puesto el sol, Jesús comunicó a la muchedumbre que estaba en la casa de Cafarnaún, que iría a predicar a la sinagoga, y que les convocaba para que allí le escuchasen. Jesús, fue acompañado de su Divina Madre, de los doce Apóstoles, de algunos discípulos y santas mujeres.

2. Una vez en la sinagoga, Jesús, sabiendo los perversos pensamientos de aquellos fariseos que le habían tachado de endemoniado, les habló en parábolas, diciendo: «¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás? Todo reino dividido contra sí mismo, no podrá durar. Y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no subsistirá. Y si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido. ¿Pues cómo podrá subsistir su reino?». Con lo cual Él daba prueba de que sólo en virtud del poder de Dios, un poseso podía ser liberado del demonio.

3. Y seguidamente, el Maestro continuó diciendo: «Si vosotros decís que Yo lanzo los demonios en virtud de Beelcebub, ¿en virtud de quién los lanzan vuestros discípulos exorcistas? Porque, si estos oyen lo que vosotros decís, juzgarán de vosotros que actuáis con maldad e hipocresía». Pues, los exorcistas de la iglesia judaica aún tenían cierto poder para lanzar demonios en nombre de Dios. Y siguió diciendo Jesús: «Mas, si Yo lanzo los demonios en virtud del Espíritu de Dios, es que ciertamente el Mesías ha llegado a vosotros para traeros el Reino de Dios. Mirad, cuando un pelotón de soldados bien armados guarda el atrio de entrada al palacio, están seguras todas las cosas que hay dentro de él. Mas, si sobreviniese otro pelotón de soldados más fuerte y le venciere, le quitará las armas con las que confiaba defenderse y saqueará el palacio y repartirá su botín. O si no, decidme: ¿Cómo es posible que uno entre en casa de un hombre fuerte y le robe sus bienes, si primero no le ata bien? Y una vez atado, entonces podrá saquearle la casa. Luego el que no está conmigo, está contra Mí; y el que no está conmigo recogiendo la cosecha que Yo he sembrado, es que está desparramándola para que se pierda».

4. Y como habían dicho de Jesús que tenía espíritu inmundo, Él les amonestó diciéndoles: «Cualquier pecado, incluso el de blasfemia, podrá ser perdonado a los hombres; mas, la blasfemia contra el Espíritu Santo no se perdonará tan fácilmente. Por lo tanto, cualquiera que hablare contra el Hijo del Hombre por simple ignorancia o por mera debilidad, podrá ser perdonado; pero quien, con refinada malicia, hablare contra el Espíritu Santo, despreciando obstinadamente su gracia, él mismo se hará incapaz para ser perdonado ni en esta vida ni en la otra, ya que se hará reo de condenación eterna».

5. «Cuando decís que un árbol es bueno, es porque es bueno su fruto; y cuando decís que un árbol es malo, es porque es malo su fruto; ya que por el fruto se conoce la calidad del árbol. ¡Oh, raza de viboras! ¿Cómo es posible a vosotros hablar cosas buenas, cuando sois malos?; porque la maldad que sale de vuestras bocas, es señal de que vuestros corazones están rebosantes de maldad. Pues, el hombre bueno, de su buen corazón saca cosas buenas; mas, el hombre malo, de su mal corazón saca cosas malas. Y Yo os digo que, hasta de cualquier palabra ociosa que hablaben los hombres, habrán de dar cuenta en el día

del juicio: *porque por tus palabras serás reconocido como justo y por tus palabras serás condenado*».

6. Y seguidamente, Jesús expuso la siguiente parábola: *«Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares áridos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces dice: 'Me volveré a mi casa, de donde salí'. Y cuando viene, hállala desocupada, barrida y alhajada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entran dentro, y moran allí. Y el postrer estado de aquel hombre es peor que el anterior. Así también ocurrirá a este pueblo perverso*». En esta parábola, Jesús se refiere, por un lado, al Pueblo Judío que, habiendo sido desde tiempo atrás el Pueblo Escogido al ser el heredero de las promesas de Dios y el depositario de sus divinas gracias, sin embargo, ahora, este Pueblo ingrato, por su obstinado rechazo al Mesías, quedará desheredado y por lo tanto sumido en un mayor estado de ceguera espiritual.

7. Mas, Jesús, en esta parábola, habla también del mayor desastre espiritual de aquellas almas que, habiendo recibido la gracia de la conversión, luego vuelven a su anterior estado de impiedad por falta de correspondencia. Pues, cuando un alma recibe la Gracia Santificante o Habitabilidad del Espíritu Santo, el demonio sale de ella. No obstante, el Maligno, con mayor empeño y sin descanso alguno, vaga en continuo acecho alrededor de esa alma buscando la manera de derribarla para volver a entrar en ella. Esto no lo logrará mientras el alma se mantenga firme en la virtud. Mas, si por su falta de correspondencia, consigue derribarla, el demonio volverá a esa alma al quedar desocupada del Espíritu Santo, barrida de virtud y alhajada de mundanidades. La nueva habitabilidad de Satanás en esa alma ingrata, será con mayor fuerza e influencia del mal; ya que, si dicha alma no se levanta pronto del estado de pecado, el demonio la irá minando poco a poco hasta que quede sumergida en los siete vicios o pecados capitales. Por lo tanto, el estado de aquella alma, es ahora peor que el que tenía antes de convertirse.

8. Y aconteció que, estando Jesús aún hablando, he aquí que una mujer por nombre Lea, que le escuchaba en la sinagoga de Cafarnaún, y que tiempo atrás había sido bautizada por el Maestro, levantando la voz en medio del gentío, le dijo: *«¡Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron!*». Y Jesús dijo: *«¡Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica!*». Con lo cual Jesús ponía a su Divina Madre como modelo perfectísimo de todas las virtudes, ya que Ella se hallaba en la sinagoga escuchando a su Hijo con sumo recogimiento y unción.

Capítulo XXVII

Cristo vuelve a la casa conventual de Cafarnaún, y allí enseña

1. El mismo viernes 1 de enero del año 33, sobre las 9h. de la noche, tras su predicación en la sinagoga, Jesús volvió a la casa conventual de Cafarnaún, acompañado de sus Apóstoles y discípulos; con excepción

de Santiago el Mayor y Juan, que acompañaron a la Santísima Virgen María, a las hermanas de Ella y a otras piadosas mujeres, para cumplir una misión con Lea; la cual deseaba hablar con la Divina María a fin de colaborar con Ella, suplicarle que intercediese por la conversión de su esposo, que era fariseo, y poner a disposición de Jesús sus propios bienes.

2. Una vez Jesús en la casa conventual de Cafarnaún, como las gentes acudiesen allí de todas partes, Él comenzó a enseñarles. Mas, ciertos escribas fariseos que se hallaban presentes, entre ellos el esposo de Lea, respondieron a las palabras de Jesús, diciendo: *«Maestro, queremos ver de Ti una señal prodigiosa que pruebe que eres el Mesías»*. Y Él les respondió: *«Esta generación malvada y adulterina, una señal prodigiosa pide. Mas, no le será dada otra señal, que la del Profeta Jonás. Porque, así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el Hijo del Hombre tres días y tres noches sepultado en el seno de la tierra. Porque, así como Jonás fue señal a los de Ninive de su misión profética, así también el Hijo del Hombre será señal, a esta generación, de su misión como Mesías. Mas, los naturales de Ninive, porque hicieron penitencia al creer en la predicación de Jonás, se manifestarán en el día del juicio contra este Pueblo Judío incrédulo, y lo condenarán; porque este pueblo malvado no quiere escucharme, siendo Yo más que Jonás. La misma reina del Mediodía, o Sabá, se manifestará en el día del juicio contra los hombres de esta generación, y los condenará; porque ella vino desde muy lejos a oír la sabiduría de Salomón; y más que Salomón soy Yo; y, sin embargo, este pueblo malvado no quiere escucharme*».

3. Luego, Jesús volvió aquí a repetir las siguientes palabras que meses antes había pronunciado en el Sermón de la Montaña: *«Ninguno enciende una antorcha y la pone en un lugar escondido, ni debajo de un celémín, sino sobre un candelabro, para que los que entran vean la luz. Antorcha de vuestro cuerpo son vuestros ojos. Si vuestro ojo fuere sencillo y limpio, todo vuestro cuerpo estará iluminado. Mas, si tenéis malicioso vuestro ojo, todo vuestro cuerpo estará oscurecido. Que si lo que debe ser luz en cada uno de vosotros, lo hacéis tinieblas, cuán grandes serán para vosotros las mismas tinieblas»*.

Capítulo XXVIII

Cristo pone a su Madre y demás seguidores suyos como modelos de obediencia a la voluntad de Dios

1. El mismo día 1 de enero por la noche, cuando estaba Jesús aún hablando a las gentes en la casa conventual de Cafarnaún, llegaron allí su Divina Madre, las hermanas de Ésta, María Cleofás y María Salomé, los primos hermanos de Él, Santiago el Mayor y Juan, y otros, entre ellos Lea, la esposa del fariseo. Y como no pudieran entrar adonde el Maestro estaba, por la mucha gente que había en la casa, se hallaban a la puerta esperando a que Él terminase el sermón; pues, la

Divina María no quería interrumpir la plática que dirigió Jesús a la gente.

2. Por eso, en la primera oportunidad, Ella mandó aviso a su Divino Hijo, de que estaba fuera y de que quería hablar a solas con Él. Uno de los que estaban dentro de la casa, dijo a Jesús: «*Mira, que tu Madre y tus hermanos están fuera, y te buscan*». Y también otros le decían: «*Tu Madre y tus hermanos están fuera, y te quieren ver*». Pues, con la expresión «*hermanos*», se referían a las tías de Jesús, que eran las hermanas de la Virgen, y a sus primos carnales Santiago el Mayor y Juan. Mas, Él respondió: «*Mi Madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la guardan*».

3. Y para que todos entendiesen mejor, Jesús hizo entrar en la casa a su Divina Madre y a los que la acompañaban. Y dijo en alta voz: «*¿Quién es mi Madre, y quiénes son mis hermanos?*». Y luego, extendiendo la mano y señalando a la Divina María, dijo primero: «*Ved aquí a mi Madre*»; con lo cual reconocía que Ella era su Madre, no sólo por haberle dado a Él la vida corporal, sino más bien porque cumplía perfectamente la voluntad de su Padre Celestial. Y después, señalando a sus Apóstoles, a sus discípulos, a sus tías María Cleofás y María Salomé, y demás piadosas mujeres, dijo: «*Ved aquí a mis hermanos*»; con lo cual reconocía, no sólo que entre ellos había algunos primos y tías carnales, sino que estos, así como los demás Apóstoles, discípulos y piadosas mujeres, eran sus hermanos espirituales porque cumplían la voluntad del Padre. Finalmente, Jesús agregó: «*Porque todo aquel que cumple la voluntad de mi Padre que está en los Cielos, ése es mi hermano y hermana y madre*».

4. Y cuando estaba Jesús hablando a las gentes en la casa conventual de Cafarnaún, le rogó un fariseo que fuese a comer con él. Éste era el esposo de Lea, llamado Isaí, de quien Jesús había expulsado el demonio tiempo atrás, y que aún no se había convertido del todo.

Capítulo XXIX

Cristo come en casa de Isaí el fariseo

1. Al día siguiente, sábado 2 de enero del año 33, Jesús, acompañado de su Divina Madre, de los doce Apóstoles, de algunos discípulos y piadosas mujeres, fue a la casa de Isaí el fariseo para corresponder a la invitación que éste le había hecho.

2. Y habiendo Él entrado en la casa, que estaba en Cafarnaún, se sentó a la mesa. Antes de la comida, el marido de Lea había ofrecido a Jesús un recipiente con agua para que se lavase las manos; y Él prescindió de esta ceremonia, no por menosprecio del aseo, sino porque se trataba de una costumbre ritual farisaica.

3. Entonces, el fariseo comenzó a pensar y decir dentro de sí: «*¿Por qué no se habrá lavado antes de comer?*». Y el Señor le dijo: «*Ahora vosotros, los fariseos, tenéis gran cuidado de limpiar el exterior de las copas y de los platos, y con exceso os preocupáis de la purificación externa. Mas, tenéis abandonada la limpieza de vuestra alma, la cual está llena de rapiña y*

de maldad. ¡Oh necios! Dios, que hizo la parte material y externa del hombre, ¿no creó también su alma? He aquí, pues: las suciedades corporales no contaminan al hombre, sino las morales».

4. Ya casi finalizado el banquete, el fariseo, movido por la gracia y arrepentido de sus pecados, manifestó públicamente su deseo de cambiar de vida. Y Jesús le bautizó en presencia de los invitados. Viendo Él que el corazón del esposo de Lea, ya limpio por las aguas bautismales, aspiraba a una vida más perfecta, le invitó a seguirle. Mas, antes, tenía que despojarse de todos sus bienes, como ya era el deseo de su esposa. Por eso, Jesús les dijo a los dos: «*Ahora, lo que os queda que hacer, es dar vuestros bienes como limosnas, y seréis más perfectos*». El mismo día 2 de enero del año 33, terminado el banquete en casa de Isaí, Jesús, su Divina Madre y demás que le acompañaban, partieron a sus respectivas casas conventuales.

5. Tras despojarse de sus bienes, Isaí siguió a Jesús como discípulo y su esposa Lea se unió como religiosa a las piadosas mujeres.

Capítulo XXX

Cristo enseña por medio de parábolas

1. Jesús enseñaba al pueblo ilustrando generalmente su doctrina con parábolas, conforme a la capacidad, las disposiciones y los oficios de los oyentes, para que se cumpliese lo que estaba escrito en el Libro de Enoch: «*Abriré mi boca para hablar con parábolas; revelaré cosas misteriosas que han estado ocultas desde la creación del mundo*». A veces Jesús, en sus parábolas, usaba ejemplos de difícil comprensión por diversas razones: una de ellas, para confundir a los soberbios; también lo hacía para resaltar la autoridad de los Apóstoles y discípulos, ya que primero les explicaba a ellos el verdadero sentido doctrinal para que luego lo enseñasen a los demás.

2. Jesús repitió muchas veces las mismas parábolas en los distintos lugares en que predicaba.

3. Jesús, pues, desde el viernes 1 de enero del año 33, en que había llegado a Cafarnaún procedente de Jerusalén, hasta el 25 de marzo del mismo año, en que saldría de nuevo hacia esta ciudad para celebrar la Pascua, llevó a cabo una intensa labor junto al Lago de Genesaret o Mar de Galilea, realizando muchos milagros y conversiones, e ilustrando sus enseñanzas con parábolas.

Capítulo XXXI

Cristo enseña la parábola del sembrador

1. El día 2 de enero del año 33, saliendo Jesús de la casa conventual de Cafarnaún, acompañado de sus doce Apóstoles y algunos de sus discípulos, se dirigió de nuevo a la orilla del Mar de Galilea o de Tiberíades, en donde siguió predicando. Y, como se le acercara mucha gente, entrando Él con sus Apóstoles en una barca, se sentó en ella dentro del mar, y estuvo predicando hasta muy avanzada la tarde de este día 2 de

enero, y la gente estaba de pie a la orilla escuchando sus enseñanzas. Los discípulos, en otras barcas, oían también la doctrina.

2. Con ocasión de esta predicación del día 2 de enero, Jesús enseñó la parábola del sembrador, diciendo: *«He aquí que salió un sembrador a sembrar. Y cuando sembraba, algunas semillas cayeron junto al camino, y vinieron las aves del cielo y las comieron. Otras cayeron en lugares pedregosos, en donde no había mucha tierra, y nacieron; mas, saliendo el sol, se secaron, porque al no ser la tierra profunda y húmeda, no tenían apenas raíces. Otras cayeron en donde había espinas; y creciendo al mismo tiempo las espinas, éstas ahogaron las semillas, por lo que no dieron fruto. Y otras cayeron en buena tierra, y nacieron, y crecieron, y dieron fruto: unas, al ciento por uno; otras, al sesenta; y otras, al treinta».* Dicho esto, comenzó Jesús a decir en alta voz: *«Quien tiene oídos para oír, oiga».*

3. Terminada la predicación, Jesús, con sus Apóstoles, en la barca, se adentró por el Mar de Galilea, seguido de los discípulos en otras barcas, con el fin de desembarcar en un lugar apartado y volver a casa solos. Una vez en tierra, cuando se dirigían a la casa conventual de Cafarnaún, los Apóstoles dijeron a Jesús: *«¿Por qué les hablas por parábolas?».* Él les respondió: *«Porque a vosotros os es dado saber los misterios del Reino de Dios; mas, no les es dado a los que rechazan mi doctrina; por eso les hablo por parábolas».* Refiriéndose aquí Jesús a los escribas y doctores de la Ley, de la secta de los fariseos, que, con el fin de tergiversar su divina enseñanza, habían estado escuchándole entre la muchedumbre.

4. Y siguió diciendo Jesús: *«Porque al que tiene, se le dará, y tendrá más; pero, al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Pues, al que tiene deseo de salvarse, se le dará más gracia y tendrá cada vez más virtud; mas, al que no tiene deseo alguno de salvarse, aun lo poco bueno que pudiera tener, lo perderá por su obstinación en el mal. Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no vean y oyendo no oigan ni entiendan».* Pues, como ellos rechazaban la doctrina del Maestro para evitar así el compromiso de convertirse, y de que se les pudieran perdonar sus pecados, mientras persistiesen en su mal proceder, Jesús, que respeta la libertad humana, les abandonó en sus propias tinieblas, permitiendo que el Maligno endureciese cada vez más sus corazones, por lo que difícilmente tendrían luz para salvarse.

5. Y siguió diciendo Jesús: *«He aquí que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice: 'Oiréis, y no entenderéis los misterios; veréis, y sin embargo estaréis ciegos a la luz de la verdad. Porque, al haberse endurecido el corazón de este pueblo, Satanás les ha tapado más sus oídos, cerrado sus ojos, obscurecido el entendimiento, para que no se conviertan y no reciban de Mí la salvación'».*

6. Luego, Jesús dijo también a sus Apóstoles y discípulos: *«Bienaventurados vuestros ojos y vuestros oídos, porque ven y oyen los misterios del Reino de*

Dios. Porque en verdad os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron».

7. Seguidamente, Pedro pidió a Jesús les explicase el contenido de la parábola, y Él les dijo: *«¿Conque vosotros no entendéis esta parábola? ¿Pues, cómo entenderéis todas las demás?».*

8. *«Ea, pues, escuchad ahora el sentido de la parábola del sembrador: La simiente es la palabra de Dios. El sembrador soy Yo, su Enviado. Las semillas caídas junto al camino, es la palabra de Dios derramada en aquellos corazones que la oyen; mas, luego, por falta de correspondencia, viene el diablo y les arrebató la palabra del corazón, para que no crean ni se salven. Pues, cualquiera que oye la palabra de Dios y no la valora debidamente, viene el diablo y se la arrebató, perdiendo así la gracia recibida. Las semillas caídas sobre lugares pedregosos, es la palabra de Dios derramada sobre aquellos corazones que, cuando la oyen, la reciben con gozo, creyendo en ese momento; sin embargo, cuando les viene una tentación, una tribulación o una persecución a causa del Evangelio, se vuelven atrás al sucumbir cobardemente, por lo que la palabra de Dios no echa raíces en sus corazones. Las semillas que cayeron entre espinas es la palabra de Dios derramada en aquellos corazones que la oyen y tratan de ponerla en práctica; mas, luego, por los negocios de este mundo, el afán de las riquezas, las pasiones y deleites de esta vida, la palabra de Dios queda ahogada en sus corazones, sin que dé fruto alguno. Finalmente, las semillas caídas en buena tierra, es la palabra de Dios derramada en aquellos corazones buenos y sencillos que la reciben con gozo, luchan con paciencia por no perderla, y produce en ellos frutos de virtud, según el grado de correspondencia a la gracia».*

Capítulo XXXII

Cristo sigue enseñando más parábolas a orillas del Lago de Genesaret

1. Además de la parábola del sembrador, Jesús expuso otras parábolas durante aquellos días en que predicaba a orillas del Lago de Genesaret o Mar de Tiberíades.

2. Parábola del grano de mostaza: Otra parábola les propuso Jesús, diciendo: *«¿A qué otra cosa compararemos el Reino de Dios? ¿O con qué parábola le representaremos? Semejante es el Reino de Dios a un grano de mostaza, que tomó un hombre y lo sembró en su campo. Esta simiente, en verdad, es muy pequeña; pero, después que crece, es mayor que todas las legumbres, y se hace arbusto, de modo que las aves del cielo se posan en sus ramas y pueden morar debajo de su sombra».* El grano de mostaza es la Iglesia de Cristo en sus primeros comienzos, aparentemente pequeña por el escaso número de fieles. Mas, luego, con el tiempo, se extendió por todo el Universo. Por lo tanto, la parábola del grano de mostaza simboliza el crecimiento del Cuerpo Místico de Cristo, no sólo en su

aspecto visible, sino sobre todo en su aspecto invisible por el progreso sobrenatural de los miembros incorporados a ese Cuerpo Místico.

2. Parábola de la levadura: Y también decía el Maestro: «¿A qué cosa es semejante el Reino de Dios? Semejante es el Reino de Dios a la levadura que tomó una mujer, y la mezcló con tres medidas de harina, hasta que todo quedó fermentado». La levadura es la fuerza transformadora de la doctrina de la Iglesia por medio de la gracia.

3. Parábolas del tesoro escondido y de la perla preciosa: Jesús también enseñó: «Semejante es el Reino de los Cielos a un tesoro escondido en el campo, que cuando lo halla un hombre, lo esconde en otro sitio; y gozoso del hallazgo, va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Asimismo es semejante el Reino de los Cielos a un mercader que busca buenas perlas. Y habiendo hallado una de gran valor, se fue, y vendió cuanto tenía, y la compró». El tesoro escondido y la perla preciosa son, en primer lugar, la Gracia Santificante; y, además, son otras gracias especiales, como la vocación sacerdotal y religiosa, las cuales exigen una renuncia especial para recibir las y conservarlas.

4. Parábola de la red: También dijo el Señor: «El Reino de los Cielos es semejante a una red que, echada en la mar, recoge todo género de peces. Y cuando está llena, la sacan a la orilla, y sentados allí los pescadores, escogen los buenos y los meten en los cestos, y echan fuera a los que son de mala calidad. Así sucederá cuando llegue la consumación de los siglos: Vendrán los Ángeles, y separarán de los hombres justos a los hombres malos. Y a estos los meterán en el fuego eterno: allí será el llanto y el crujir de dientes». Después, el Señor dijo a los que le escuchaban: «¿Habéis entendido bien estas cosas?». Ellos dijeron: «Sí, Señor».

5. Parábola del padre de familias: Jesús les propuso lo siguiente: «Todo maestro bien instruido en el Reino de los Cielos, es semejante a un padre de familias que, según conviene, va sacando de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas». Los Apóstoles y sus sucesores, como padres que son de la Iglesia, tienen la misión de predicar y defender toda la doctrina contenida en el Sacrosanto Tesoro de la Divina Revelación, que es toda la Revelación pasada, presente y futura.

6. Parábola de la luz sobre el candelabro: Y también Él les decía: «¿Por ventura se enciende una antorcha para esconderla debajo de un celemin, o debajo de la cama? ¿No es para ponerla sobre un candelabro para que vean la luz los que entran? No hay, pues, cosa escondida que no haya de ser manifestada, ni cosa hecha en oculto que no haya de ser descubierta y hacerse pública. Si alguno tiene oídos para oír, oiga». Y continuó diciendo: «Atended a lo que vais a oír: Según la medida de vuestro comportamiento aquí en la tierra, seréis después medidos, y aun con creces; pues, conforme a vuestro buen comportamiento, seréis premiados en la otra vida con abundancia; y, conforme a vuestro mal comportamiento, seréis castigados en la otra vida con gran rigor. Porque, al que más méritos

tenga, más premio se le dará. Y, al que nada tenga, aun será privado de aquello que cree que tiene».

7. Parábola de la semilla que germina sola: Decía también Jesús: «El Reino de Dios es semejante a un hombre que echa la semilla sobre la tierra. Y ya duerma o vele noche y día, la semilla va brotando y crece sin que el hombre lo advierta. Porque la tierra de suyo da fruto, primeramente hierba; después, espiga; y por último, grano en la espiga. Y cuando ha producido los frutos, luego echa la hoz porque la siega es llegada». La doctrina de Cristo fructifica en el hombre por medio de la gracia; por lo que ha de ser predicada con afán y celo apostólico, aunque no se perciban visiblemente los frutos de la labor, ya que es Dios el que obra en las almas y hace fructificar las semillas esparcidas por los Apóstoles y sus sucesores.

Capítulo XXXIII

Cristo enseña a orillas del Lago la parábola de la cizaña

1. El día 27 de enero del año 33, Jesús propuso esta parábola: «El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena simiente en su campo. Y mientras dormían sus obreros, vino un enemigo suyo, y sembró cizaña en medio del trigo, y se fue. Y cuando el trigo creció y apareció la espiga, apareció también la cizaña. Entonces, los siervos del dueño de la casa, fueron a él y le dijeron: 'Señor, ¿por ventura no sembraste buena simiente en tu campo?; ¿pues cómo tiene también cizaña?'. Y Él les dijo: 'Algún enemigo mío la habrá sembrado'. Y le dijeron los siervos: '¿Quieres que vayamos a quitarla?'. A lo que él les respondió: 'No, no sea que, arrancando la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer lo uno y lo otro hasta la siega, y en el tiempo de la siega diré a los segadores: Coged primeramente la cizaña y atadla en manojos para quemarla; mas el trigo, recogedlo y metedlo en mi granero'».

2. El mismo día 27 de enero, cuando Jesús finalizó su predicación a orillas del Lago, una vez despedidas las gentes, retornó a la casa conventual de Cafarnaún, acompañado de sus Apóstoles y discípulos. Ya aquí, llegándose Pedro a Jesús, le dijo: «Explicanos la parábola de la cizaña del campo». Y Él les complació diciendo: «El que siembra la buena simiente, es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo. La buena simiente son los hijos del Reino. La cizaña son los hijos de la iniquidad. El enemigo que sembró la cizaña, es el diablo. La siega es la consumación del siglo. Los segadores, son los Ángeles. Por manera que, así como es cogida la cizaña y quemada al fuego, así será en la consumación del siglo: enviará el Hijo del Hombre sus Ángeles, y quitarán de su Reino a todos los escandalosos, y a cuantos obran iniquidad; y los arrojarán en el fuego eterno. Allí será el llanto y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el Reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga».

Capítulo XXXIV**Otra predicación de Cristo a orillas del Lago**

1. El martes 9 de febrero del año 33, Jesús enseñaba a orillas del Lago de Genesaret. Y se juntaron alrededor de Él muchas gentes, de modo que se atropellaban unos a otros. Entre la muchedumbre, había también escribas y doctores de la Ley, de la secta de los fariseos, que hacían fuerte presión sobre las gentes para apartarlas de las divinas enseñanzas del Maestro, usando para ello, no sólo medios persuasivos, sino incluso infundiéndoles miedo.

2. Jesús comenzó a decir a sus Apóstoles, a sus discípulos y demás que le oían: *«Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Nada hay oculto que no se haya de descubrir, ni cosa secreta que no se haya de saber. Porque las cosas que dijisteis en la obscuridad, a la luz serán dichas, y lo que hablasteis al oído en los aposentos, será pregonado sobre los tejados».*

3. *«A vosotros, pues, amigos míos, os digo: Que no os espantéis de aquellos que matan el cuerpo, y que después de esto no tienen más que hacer. Mas Yo os mostraré a quién habéis de temer: temed al que os puede matar el alma con el pecado, y así arrojaros al Infierno. Así os digo, a éste temed. ¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos, y ni uno de ellos está en el olvido delante de Dios? Y aun los cabellos de vuestra cabeza todos están contados. Pues no temáis: porque de más estima sois vosotros que muchos pajarillos. Y también os digo: que todo aquel que me confesare delante de los hombres, el Hijo del Hombre lo confesará también a él delante de los Ángeles de Dios».*

4. *«Y todo el que profiere, por simple ignorancia o mera debilidad, una palabra contra el Hijo del Hombre, le podrá ser perdonada; mas, el que, con refinada malicia y desprecio obstinado de la gracia, blasfemare contra el Espíritu Santo, no será perdonado. Cuando os llevaren a las sinagogas y a los magistrados y a las potestades de la tierra, no andéis preocupados de lo que habéis de responder o decir: porque el Espíritu Santo os mostrará en aquella hora lo que convendrá decir».*

5. Y uno del pueblo le dijo: *«Maestro, dí a mi hermano que parta conmigo la herencia».* Mas Él le respondió: *«Hombre, ¿quién me ha puesto a Mí por juez o repartidor entre vosotros?».* Y después, les dijo: *«Mirad, y guardaos de toda avaricia, porque la vida sobrenatural de cada uno no depende de la abundancia de bienes temporales que se posean».* Y les contó la parábola del rico necio, diciendo: *«El campo de un hombre rico había producido abundantes frutos. Y él pensaba entre sí mismo y decía: '¿Qué haré?, porque no tengo en donde almacenar mis frutos.' Y al fin dijo: 'Esto haré: derribaré mis graneros y los haré mayores; y allí recogeré todos mis frutos y mis bienes. Y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes almacenados para muchísimos años; descansa, come, bebe, ten banquetes'. Mas Dios le dijo: Necio, esta noche te exigiré la entrega de tu alma, pues morirás. Y lo que*

has almacenado, ¿para quién será?». Y concluyó Jesús diciendo: *«Así sucederá al que atesora para sí, y no es rico en gracia a los ojos de Dios».*

6. Jesús dijo también a sus Apóstoles, a sus discípulos y demás que le oían: *«Por lo tanto os digo: No andéis preocupados por vuestra vida pensando que comeréis; ni por vuestro cuerpo, que vestiréis. Porque más vale la vida que la comida, y el cuerpo más que el vestido. Mirad los cuervos, que no siembran ni siegan, ni tienen despensa ni granero, y Dios los alimenta. ¿Pues cuánto más valéis vosotros que ellos! ¿Y quién de vosotros, por mucho que lo piense, puede añadir un codo a su estatura? Pues si ni aun las cosas más pequeñas podéis, ¿por qué andáis afanados por las otras cosas? Mirad los lirios cómo crecen: que ni trabajan, ni hilan; pues os digo, que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de estos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se echa en el horno, Dios viste así, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poquísima fe! No andéis, pues, afanados por lo que habéis de comer o beber, y no andéis inquietos por eso, porque de todas estas cosas andan afanadas las gentes del mundo. Y bien sabe vuestro Padre que de ellas tenéis necesidad. Por tanto, buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán dadas por añadidura».*

7. *«No temáis, pequeño rebaño: porque es del agrado de vuestro Padre daros el Reino Eterno. Vended lo que poseéis, y dad limosna. Hacedos bolsas que no se rompan, y tesoro en los Cielos que jamás se agote, adonde el ladrón no llega, ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí también está vuestro corazón. Tened ceñidos vuestros vestidos, y las antorchas encendidas en vuestras manos; pues, habéis de estar preparados con la gracia y la virtud».* Y Jesús les enseñó la parábola de los siervos vigilantes: *«Y sed vosotros semejantes a los hombres que esperan a su señor cuando vuelva de las bodas: para que cuando viniere y llamare a la puerta, luego le abran. Bienaventurados aquellos siervos que hallare velando el señor cuando viniere. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar a la mesa, y pasando los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y si viniere en la tercera vela, y así los hallare, bienaventurados son los tales siervos. Mas esto sabed: que si el padre de familias supiese la hora en que vendría el ladrón, velaría sin duda, y no dejaría minar su casa. Vosotros, pues, estad apercebidos, porque a la hora que no pensáis, vendrá el Hijo del Hombre».*

8. Y el Apóstol Pedro le dijo: *«Señor, ¿dices esta parábola sólo por nosotros, o también por todos los demás?».* Y respondió el Señor con la parábola del mayordomo fiel y prudente: *«¿Quién crees que es el mayordomo fiel y prudente, que puso el señor como administrador de la familia para dar a cada uno a su tiempo la medida de trigo correspondiente? Bienaventurado aquel siervo que, puesto de administrador, cuando el señor viniere, le hallare cumpliendo con su deber. Verdaderamente os digo, que lo pondrá sobre todo cuanto posee. Mas si el tal siervo administrador*

dijere en su corazón: 'Tarda mi señor en venir'; y comenzaré a maltratar a los demás siervos, y a las criadas, y a comer y a beber, y a embriagarse; vendrá el señor de aquel siervo el día que no lo espera y a la hora que no sabe, y le apartará de la administración de los bienes y le tratará como un siervo desleal. Porque aquel siervo que, conociendo la voluntad de su señor, no tenía nada bien dispuesto y no hizo conforme a su voluntad, será muy azotado. Mas el que, sin conocer la voluntad de su señor, hizo cosas dignas de castigo, menos será azotado. Porque a todo aquel a quien mucho fue dado, mucho le será exigido; y al que mucho encomendaron, más se le pedirá».

9. «Fuego vine a poner en la tierra; ¿y qué quiero, sino que arda? Pues, Yo he venido a incendiar la tierra con el Fuego de la Caridad, para destruir la falsa paz que da el mundo. Con bautismo de sangre es menester que Yo sea bautizado ¡y cómo me angustio hasta que se cumpla!». Jesús manifiesta así su divina impaciencia por reparar al Padre y redimir a los hombres, que sólo era posible mediante el derramamiento de su Preciosísima Sangre en la Cruz.

10. «¿Pensáis que he venido a poner paz en la tierra? Os digo que no, sino división. Porque de aquí en adelante, por mi causa, estarán cinco en una casa divididos: los tres estarán contra los dos, y los dos contra los tres. Estarán divididos: el esposo contra la esposa, y la esposa contra el esposo; el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; el hermano contra el hermano; la suegra contra la nuera, y la nuera contra la suegra».

11. Jesús decía también al pueblo: «Cuando veis asomar la nube de parte del poniente, luego decís: 'Tempestad viene'; y así sucede. Y cuando sopla el viento del sur, decís: 'Calor hará'; y es así. Hipócritas, sabéis distinguir el tiempo por los aspectos del cielo y de la tierra, ¿pues, cómo no sabéis reconocer que el tiempo presente es el del Mesías, por las señales evidentes que lo confirman? ¿Por qué no discernís por vosotros mismos lo que es justo, admitiéndome como el Mesías?».

12. «No demores en llegar a un acuerdo con tu acreedor, no sea que retrasándote en hacerlo, él te lleve al magistrado, y el magistrado te entregue al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel. En verdad te digo, que no saldrás de allí hasta que pagues toda la deuda». Por lo tanto, no demores satisfacer en esta vida la pena temporal debida por tus pecados, no sea que tengas que hacerlo luego en el Purgatorio, de donde no saldrás hasta que hayas expiado toda la deuda.

Capítulo XXXV

Cristo calma una gran tempestad en el Lago

1. El día 14 de febrero del año 33, Jesús se hallaba enseñando a orillas del Lago de Genesaret. Y cuando fue ya tarde, viendo que, entre la muchedumbre que le rodeaba, había escribas y doctores de la Ley, de la secta de los fariseos, creando el desconcierto entre las

gentes, Él, para evitar enfrentamientos con ellos, dijo a sus Apóstoles y discípulos: «Pasemos enfrente, a la otra ribera del Lago». Y para poder salir de en medio de aquel tumulto provocado por sus enemigos, Jesús fue ayudado por sus Apóstoles a subir en una barca de forma imprevista y precipitada. Y entrando Él en la barca con sus doce Apóstoles, partieron, y le seguían sus discípulos en otras barcas.

2. El mismo día 14 por la noche, mientras navegaban, Jesús se durmió. Y se levantó una gran tempestad de viento, y las olas cubrían la barca. De manera que ésta se llenaba de agua, y peligraban. Y Él estaba en la popa durmiendo sobre un cabezal. Y se llegaron a Él sus Apóstoles, y le despertaron clamando: «¡Señor, sálvanos, que perecemos! Maestro, ¿no se te da nada que perezcamos? ¡Maestro, que perecemos!». Y Jesús les dijo: «¿Qué teméis, hombres de poca fe?». Y levantándose al punto, mandó a los vientos y a la mar, diciendo: «¡Callad, enmudeced!». Y cesó el viento, y sobrevino una gran bonanza. Y les dijo: «¿Por qué estáis medrosos? ¿Dónde está vuestra confianza en Mí? ¿Aún no tenéis plena confianza?». Y ellos se maravillaron, y decían: «Éste es el Hijo de Dios, que hasta los vientos y la mar le obedecen».

3. Dicha descomunal borrasca, por permisión divina, había sido promovida por Satanás, enfurecido por el apostolado de Jesús, y presintiendo ya la derrota que le iba a causar Él en el territorio de Gerasa.

4. Una vez que Jesús calmó la tempestad y se serenaron los ánimos de los que le acompañaban, les predicó a todos desde la misma barca. Y además, les dijo que Él había permitido la borrasca para que se manifestase la gloria de Dios. Después de la predicación, todos descansaron en las barcas hasta el amanecer del día siguiente, en que continuaron su viaje hacia la otra orilla del Lago.

Capítulo XXXVI

Cristo cura a dos endemoniados de Gerasa

1. El lunes día 15 de febrero, por la mañana, Jesús, en la barca con sus Apóstoles, así como los discípulos en sus barcas, navegaron a la tierra de los gerasenos, que está al este del Mar de Galilea, en Decápolis, región en su mayoría pagana.

2. Y al salir Jesús de la barca, le vinieron al encuentro dos endemoniados que salían de las cuevas que se usaban para sepulcros, en las cuales tenían su morada; y eran fieros en tal manera que ninguno podía pasar por aquel camino. Y ni aun con cadenas los podían atar, porque, habiéndoles atado muchas veces con grillos y cadenas, habían roto las cadenas y despedazado los grillos, y nadie los podía dominar. Y no vestían ropa alguna, ni habitaban en casa; sino que de día y de noche estaban continuamente en los sepulcros y en los montes, dando gritos e hiriéndose con piedras.

3. Y cuando vieron a Jesús de lejos, los dos posesos, impulsados por los demonios, fueron corriendo, y se postraron delante de Él con fingida adoración; ya que los espíritus inmundos, sospechando que Jesús fuera

el Mesías, trataban de ganárselo para sí adulándolo engañosamente, a fin de que no los arrojase de aquellos cuerpos. Por eso, primero, el jefe de esta legión diabólica, clamando a gritos, dijo a Jesús: «¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? Te ruego por Dios que no me atormentes».

4. Y luego, los demás demonios de aquella legión, al unísono, empezaron también a decir a gritos: «¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? ¿Has venido acá a atormentarnos antes de tiempo? Rogámoste por Dios que no nos atormentes». Y es que Jesús mandaba a esos espíritus inmundos que saliesen de los dos hombres, diciéndoles: «Salid de estos hombres, espíritus inmundos». Los demonios, pues, rogaban a Jesús, cada vez con más insistencia, que no los arrojase de los cuerpos. Y, al mismo tiempo, para averiguar si Él era el Hijo de Dios, fingían sagazmente que ya lo sabían y le reprochaban que era injusto que tratase de disminuir en ellos su poder infernal antes de que se consumara la Redención del género humano.

5. Y Jesús preguntó al jefe de aquella legión diabólica: «¿Cuál es tu nombre?». Y él respondió: «Legión es mi nombre, porque muchos somos», ya que habían entrado en los dos hombres muchos demonios. Y el jefe de aquella legión infernal, rogaba a Jesús con insistencia que no les echase fuera de aquella tierra, ni les mandase ir al abismo; pues, lo que temían los demonios, era que los encadenase en los infiernos sin permitirles actuar sobre la gente.

6. Había en aquel lugar, paciendo alrededor del monte, una gran piara de puercos. Y los demonios le rogaban diciendo: «Si nos echas de aquí, envíanos a la piara de puercos, para que entremos en ellos». Y Jesús les dijo: «Id». Y saliendo los espíritus inmundos, entraron en los puercos; y, entonces, toda la piara, que era como de unos dos mil cerdos, corrió impetuosamente, y por un despeñadero se precipitó en el Lago, y se ahogaron en las aguas. El que los demonios pidieran a Jesús les permitiese entrar en los puercos, fue con el fin de arrojarlos ellos al Lago; y, mediante este daño material, enfrentar a Jesús con las gentes de aquel territorio.

7. Una vez que los puercos se precipitaron al Lago, los hombres que cuidaban la piara huyeron, y lo contaron todo en la ciudad y en los campos; y salieron todos los de la ciudad a ver lo que había sucedido; y vieron a Jesús, y hallaron sentados, a los pies de Él, a los dos hombres de quienes había salido la legión infernal, que estaban ya vestidos y en sano juicio. Y todos tuvieron gran miedo. Y los que habían visto aquel prodigioso hecho, contaron cómo los dos endemoniados habían sido liberados de los espíritus inmundos, y cómo los puercos se habían arrojado al agua. Y toda la gente del territorio de los gerasenos, rogó a Jesús se retirase de ellos, porque tenían gran miedo de que acabase con sus vicios e idolatrías. Jesús, a pesar de la insistencia de que se marchase, permaneció tres días en el territorio de Gerasa, enseñando a la gente desde una colina lejos de la ciudad. Jesús bautizó a los dos

exendemoniados, llamados Asés y Josías, así como a otros que se habían convertido al ver los milagros y oír sus enseñanzas.

Capítulo XXXVII

Cristo, desde Gerasa, se embarca en dirección a Cafarnaún.

Misión apostólica de los dos expositos

1. El jueves 18 de febrero de aquel año 33, cuando Jesús había entrado en la barca y estaba para partir hacia Cafarnaún, los dos que habían sido poseídos antes por el demonio, le rogaban les dejase ir con Él; mas no se lo concedió, sino que Jesús se despidió, y les dijo: «Volved a vuestra casa y a los vuestros, y contadles cuán grandes mercedes ha hecho el Señor con vosotros, y la misericordia que con vosotros ha usado». Y además, en privado les mandó que llevasen a cabo un gran apostolado para mover a las gentes a la penitencia de sus pecados, bautizarlas y enviarlas adonde Él estaba; y que si los dos eran fieles a su misión, recibirían en su momento especiales carismas. Ellos se fueron, y comenzaron a publicar en la ciudad y por toda Decápolis cuán grandes cosas les había hecho Jesús, y se maravillaban todos.

2. Pocos días después, Jesús se presentaría a solas en donde ellos estaban, y les concedería los carismas prometidos; quedando, además, Asés y Josías agregados, aunque ocultamente, a los discípulos; y, por consiguiente, sometidos a Pedro, Jefe de los Apóstoles. Más tarde, se unirían los dos, de manera oficial y pública, a los discípulos. Por misteriosos designios de Dios, convenía que estos dos nuevos discípulos ocultos predicasen en el territorio de los gentiles, sin que tuviesen conocimiento de ello los Apóstoles y discípulos.

Capítulo XXXVIII

Cristo desembarca próximo a Cafarnaún, predica a la muchedumbre que le está esperando, sana a la hemorroisa y rescita a la hija de Jairo

1. El mismo jueves 18 de febrero del año 33, muy temprano, habiendo pasado Jesús a la otra orilla del Lago de Genesaret en la barca con los Apóstoles, seguido de los discípulos en las otras barcas, le recibía una gran multitud de gente, pues todos le estaban esperando para oír sus enseñanzas.

2. Y cuando aún estaba hablando a la muchedumbre en las orillas del Lago, vino un hombre llamado Jairo, que era sacerdote levítico y príncipe de una de las sinagogas de Cafarnaún. Y postrándose a los pies de Jesús, le adoró, y le rogaba mucho que fuese a su casa, diciéndole: «Mi hija está para morir. Ven a poner sobre ella la mano para que sea salva y viva». Porque tenía una hija única como de doce años, y ésta se estaba muriendo. Y levantándose Jesús, acompañado de sus Apóstoles y discípulos, fue siguiendo a Jairo. Tras del Maestro iba tal cantidad de gentes, que le apretaban.

3. Y una mujer llamada Eneué, que padecía flujo de sangre hacía doce años, y que había gastado cuanto tenía en médicos, sin que de ninguno fuese curada,

sino que empeoraba más, cuando oyó hablar de Jesús, se acercó por detrás entre la confusión de la gente, y tocó la orla de su vestido, porque decía dentro de sí: «*Si tocare tan solamente su vestido, seré sana*». Y en el mismo instante, cesó su flujo de sangre. Y sintió en su cuerpo que estaba sana de aquella enfermedad. Mas, Jesús, que conocía la virtud que de Él había salido, volviéndose hacia la gente, dijo: «*¿Quién ha tocado mi vestidura?*». Y negándolo todos, dijeron Pedro y los demás Apóstoles que con Él estaban: «*Maestro, ves cómo las gentes te aprietan y te oprimen, y dices: ¿Quién me ha tocado?*». Y dijo Jesús: «*Alguno me ha tocado, porque Yo he conocido que ha salido virtud de Mí*». Y miraba alrededor para ver a la que esto había hecho. Cuando la mujer se vio así descubierta, vino temblando, y se postró a sus pies, y declaró delante del pueblo la causa porque le había tocado, y cómo había sido luego sanada. Y viéndole Jesús, le dijo: «*Hija, ten confianza, tu fe te ha sanado, vete en paz*».

4. Y ya en la ciudad de Cafarnaún, cuando aún estaba Jesús hablando, llegaron de casa del príncipe de la sinagoga, y le dijeron a Jairo: «*Tu hija es muerta: ¿para qué molestas más al Maestro?*». Mas, Jairo, postrándose de nuevo delante de Jesús, le dijo: «*Señor, ahora acaba de morir mi hija. Mas, ven, pon tu mano sobre ella, y vivirá*». Y Jesús, cuando esto oyó, dijo al padre de la muchacha: «*No temas, cree tan solamente, y será sana*».

5. Y cuando Jesús llegó a la casa, no dejó entrar consigo a ningún otro, sino a Pedro, a Santiago el Mayor y a Juan, así como al padre de la muchacha. Y todos los que estaban dentro de la casa, lloraban y plañían con grandes alaridos. Y habiendo entrado Jesús, les dijo: «*¿Por qué hacéis este ruido y estáis llorando? Retiraos, la muchacha no es muerta, sino que duerme*». Y se burlaban de Él, sabiendo que estaba muerta. Pero Él, echándolos a todos fuera de la habitación en que yacía la muchacha, tomó consigo al padre y a la madre de ella, y a los tres Apóstoles que con Él estaban, y entró donde estaba la muerta. Y tomando la mano de la muchacha, que se llamaba Salomé, le dijo: «*Muchacha, a ti te digo, levántate*». Y se levantó luego la muchacha, y echó a andar; y sus padres quedaron atónitos de un gran espanto. Y Él les mandó con mucha insistencia que nadie lo supiese; y dijo le dieran de comer a ella. Y corrió aún más la fama de Jesús por toda aquella tierra. Jairo, su esposa llamada Lucía, su hija Salomé y el resto de la familia, fueron bautizados por Jesús; así como también Eneué, la hemorroisa.

6. Jesús, no sólo en este milagro, sino también en otros, hizo la misma encomienda de que no se difundiese el prodigio; y fue, principalmente, para enseñarnos que hemos de mirar siempre la gloria de Dios, y no la nuestra; y además, porque Él deseaba muchas veces estar lejos de las manifestaciones de entusiasmos populares que producían sus milagros.

Capítulo XXXIX

Cristo cura en Cafarnaún a dos ciegos y a un mudo endemoniado

1. Saliendo Jesús de la casa de Jairo, cuando se dirigía a la casa conventual de Cafarnaún con sus Apóstoles y discípulos, le siguieron dos ciegos para que les diese la vista, y gritaban diciendo: «*Ten misericordia de nosotros, Hijo de David*». Y llegado a la casa, vinieron a Él los ciegos. Y les dijo Jesús: «*¿Creéis que puedo hacer esto a vosotros?*». Ellos dijeron: «*Sí, Señor*». Entonces tocó sus ojos, diciendo: «*Según vuestra fe os sea hecho*». Y fueron abiertos sus ojos; y Jesús les conminó diciendo: «*Mirad, que nadie lo sepa*». Mas ellos, saliendo de allí, lo publicaron por toda aquella tierra.

2. Y luego que salieron de la casa los dos que habían sido sanados de la ceguera, le presentaron a Jesús, en la misma casa conventual, un hombre llamado Joás, que era mudo y estaba poseído del demonio. Y cuando Él hubo lanzado al demonio, habló el mudo; y maravilladas las gentes, decían: «*Nunca se vio tal cosa en Israel*».

3. Joás era persona de cierto prestigio y pertenecía a la secta de los fariseos y, como tal, había espiado a Jesús, y dicho de Él muchas veces que estaba endemoniado y que lanzaba los demonios por arte de Beelzebub. Dios permitió que, como castigo, entrase el demonio en Joás, y quedase mudo, y así darle la oportunidad de conversión. Joás, una vez liberado del mal espíritu y recuperada el habla, se postró ante el Divino Maestro, y contrito confesó públicamente sus pecados, siendo bautizado por Él a la vista de las gentes.

Capítulo XL

El milagro de la primera multiplicación de los panes y de los peces

1. La curación del anterior endemoniado y su pública conversión promovieron un gran tumulto entre los enemigos de Jesús mezclados con las gentes, pues los fariseos decían: «*En virtud del príncipe de los demonios, lanza los demonios*». Jesús, cuando oyó lo que decían los fariseos, para evitar enfrentamientos con ellos, dijo a sus Apóstoles y discípulos: «*Venid aparte a un lugar solitario, y reposad un poco*». Porque, además, eran muchos los que iban y venían, y ni aun tiempo tenían para comer.

2. Y el mismo día 18 de febrero del año 33, entrando Jesús en una barca con sus doce Apóstoles, seguido de los discípulos en otras barcas, pasó a la otra parte del Mar de Galilea o Lago de Tiberíades, a un lugar desierto del territorio de Betsaida Julias, en la parte nordeste del Lago. Y muchos, al ver que partían, conociendo adonde iban, concurren allá a pie, porque veían los milagros que hacía sobre los enfermos; y llegaron antes que ellos. Por eso, al desembarcar en Betsaida Julias, vio Jesús una gran multitud de gentes, y tuvo compasión de ellas, porque eran como ovejas que no tenían pastor. Y luego, Él subió a un monte, y se sentó allí con sus Apóstoles y discípulos. Y a las

multitudes que le habían seguido comenzó a enseñarles muchas cosas, y les hablaba del Reino de Dios, y sanaba a los que habían menester.

3. Y como fuese ya muy tarde, llegándose a Jesús los doce Apóstoles, le dijeron: *«Desierto es este lugar y la hora ya es pasada. Despide a esas gentes, para que vayan a las aldeas y granjas de la comarca, se alberguen y hallen qué comer, porque aquí estamos en un lugar desierto»*. Y les dijo Jesús: *«No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer»*. Esto decía para probarles, porque Él sabía lo que había de hacer. Y ante la extrañeza de los Apóstoles, pues no tenían provisión de alimento, Él les mandó que fuesen a comprar comida. A lo que ellos respondieron que eran insignificantes los medios pecuniarios con que contaban.

4. Jesús quiso probarles más, por lo que, habiendo alzado los ojos, viendo que había una muchedumbre cada vez mayor, dijo a Felipe: *«¿De dónde compraremos pan para que coman estos?»*. Y Felipe le respondió que el dinero que había en la bolsa eran doscientos denarios. Jesús, al ver que tenían algún dinero, les dijo nuevamente para probarles: *«Dadles vosotros de comer»*. Y ellos respondieron: *«Tremos a comprar pan por doscientos denarios y les daremos de comer»*; manifestando así que estaban dispuestos a obedecer, aunque sabían que con esa cantidad no resolverían nada. Mas, no llevaron a cabo la orden dada por Jesús, porque Él desistió de ella ante la respuesta dada por Felipe, que dijo: *«Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco»*.

5. Jesús, para probarles nuevamente, preguntó a los Apóstoles y discípulos qué víveres traían ellos. Y por eso les dijo: *«¿Cuántos panes tenéis? Id, y vedlo»*. Ellos, viendo que carecían de recursos alimenticios, preguntaron a algunas de las gentes que estaban cercanas si tenían víveres, hallando por fin que una familia poseía cinco panes de cebada y dos peces; quienes se lo dieron a un muchacho, y éste fue con Andrés, el cual dijo a Jesús: *«Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces: ¿mas qué es esto para tanta gente?»*. Y lo mismo decían los demás Apóstoles.

6. Jesús, aun por tercera vez les dijo a los Apóstoles: *«Dadles vosotros de comer»*. Y dijeron ellos: *«No tenemos más de cinco panes y dos peces, a no ser que vayamos nosotros a comprar viandas para toda esta gente»*. Porque eran como unos cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. Después que Jesús demostró la falta de recursos humanos, dispuso a hacer el milagro. Y dijo a sus Apóstoles: *«¡Hombres de poca fe! Traedme acá los cinco panes y los dos peces; y haced sentar a la gente en grupos de cincuenta en cincuenta y de cien en cien»*, pues en aquel lugar había mucho heno; y les mandaron sentar a todos para comer.

7. Y tomando Jesús en un pequeño cesto los cinco panes y los dos peces, alzando los ojos al Cielo los bendijo; y dando gracias, partió en varios trozos los alimentos. Después, metió en cada pedazo de pan por-

ciones de peces; y repartiéndolos entre los doce cestos que había allí, quedaron estos milagrosamente llenos. Luego Jesús mandó a sus Apóstoles tomaran cada uno un cesto; y, ayudados de los discípulos, fueron depositando abundante cantidad de alimento en el centro de cada grupo, sin que nunca se vaciasen los cestos; lo cual era contemplado con asombro por las muchedumbres; quienes saboreaban con gozo aquel alimento milagroso que había adquirido una maravillosa virtud de nutrir, de saciar y de alegrar a todos los que lo comían. Y comieron todos, y se saciaron, y el número de comensales pasaba de diez mil.

8. Y cuando se hubieron saciado, quedó en los cestos la misma cantidad de porciones que Jesús había depositado antes de obrarse el milagro. Terminados todos de comer, dijo Jesús a sus Apóstoles: *«Recoged los pedazos que han sobrado, que no se pierdan»*. Y así recogieron, y llenaron los doce canastos de pedazos de los panes de cebada rellenos de pez, que sobraron a los que habían comido. Aquella multitud, cuando vio el milagro que había hecho Jesús, decía: *«Éste es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo»*. Y Jesús entendió que querían llevarle con ellos y proclamarle rey, aunque movidos por un fin temporal. Mas, Él, viendo el vano espíritu que movía al pueblo, y además, como ya se hiciese tarde, mandó a sus Apóstoles y discípulos que a toda prisa subiesen a las barcas y fuesen antes que Él a Betsaida de Galilea, junto a Cafarnaún, a la otra parte del Lago, mientras que despedía a la gente. Y luego que la despidió, Jesús subió a un monte solo a orar. Y cuando vino la noche, estaba Él allí solo.

Capítulo XLI

Cristo, caminando sobre las aguas, viene a sus Apóstoles y discípulos

1. Los doce Apóstoles y los discípulos, cumpliendo el mandato del Señor, una vez que habían entrado en las barcas, se dispusieron a pasar a la otra parte del mar, hacia Cafarnaún, y ya era oscuro, y no había venido Jesús a ellos. Iban confusos y desalentados porque Él desaprovechaba la oportunidad de ser Rey; y, además, no comprendían por qué, a toda prisa, les mandaba ir solos, aunque les había dicho que iría con ellos más tarde; a cuya confusión contribuyó Judas Iscariote, al que ya únicamente obsesionaba la ambición de poderes y riquezas. Y cuando los Apóstoles y discípulos iban navegando por el Mar de Galilea, Jesús permitió que soplara un fuerte viento, y que el mar se alterase. Y tras haber remado ellos como unos cinco kilómetros, las barcas, en medio del mar, eran combatidas de las olas, porque el viento era contrario.

2. Era ya la madrugada del día 19 de febrero de aquel año 33. Y Jesús, solo, desde tierra, viéndolos remar con gran fatiga, hacia la cuarta vigilia de la noche vino hacia ellos andando sobre el mar, y pasando de largo; pues, quería dejarlos atrás para manifestarles su desagrado porque, entre ellos, había habido discusiones y desavenencias en el camino. Y cuando le vieron andar

sobre el mar, se turbaron y decían: «*Es un fantasma*». Y de miedo comenzaron a dar voces. Mas Jesús, compadecido, volvió atrás, dándose a conocer, y les habló al mismo tiempo, diciendo: «*Tened confianza; Yo soy, no temáis*». Y respondió Pedro y dijo: «*Señor, si Tú eres, mándame ir a Ti sobre las aguas*». Y Él le dijo: «*Ven*». Y bajando Pedro de la barca, andaba sobre el agua para llegar a Jesús. Mas por el fuerte viento, tuvo miedo; y como empezase a hundirse, dio voces diciendo: «*Ayúdame, Señor*». Y luego, extendiendo Jesús la mano, le agarró y le dijo: «*Hombre de poca confianza, ¿por qué vacilaste en tu fe?*». Y luego que los dos entraron en la barca, cesó el viento.

3. Y Jesús fue recibido con sumo gozo por los otros Apóstoles, a excepción de Judas Iscariote. No obstante, al estar sus corazones ofuscados, seguían perturbados en su interior porque Jesús rehusaba ser proclamado rey por la muchedumbre, con ocasión de aquel milagro. Y es que no sabían que la finalidad principal del milagro de la multiplicación de los panes y los peces era prepararles para la futura promesa de la Eucaristía que Jesús haría al día siguiente de dicho milagro. Mas, los Apóstoles, una vez sosegados por las palabras del Maestro, y libres de la obscuridad que les cegaba, le adoraron diciendo: «*Verdaderamente eres el Hijo de Dios*». Judas Iscariote, sin embargo, lo hizo hipócritamente.

4. Luego, la barca en que iba Jesús con sus Apóstoles, y las barcas en que iban los discípulos, se hallaron de pronto, por otro milagro, en Betsaida de Galilea, ya pasadas las 3h. de la madrugada de aquel día 19 de febrero. Después, Jesús, los Apóstoles y los discípulos, se fueron a la casa conventual de Cafarnaún.

Capítulo XLII

Buscan a Cristo aquellas gentes a quienes había dado milagrosamente de comer en Betsaida Julias

1. El mismo día 19 de febrero por la mañana, la gente que había quedado en Betsaida Julias vio que a la orilla del Mar de Galilea había sólo una barca, y que Jesús no había entrado en ella con sus Apóstoles, sino que estos se habían ido solos. Y llegaron otras barcas de la ciudad de Tiberias al enterarse del milagro de los panes y de los peces, y arribaron cerca del lugar en donde Cristo había dado de comer a una gran muchedumbre.

2. Cuando vio la gente que no estaban allí Jesús, ni sus Apóstoles y discípulos, entraron en aquellas barcas llegadas de Tiberias; y, sospechando que estuviera en Cafarnaún, fueron en busca de Él, y lo hallaron en esta ciudad, situada a la otra orilla del Lago. Jesús, acompañado de sus Apóstoles y discípulos, se dirigía entonces desde la casa conventual a la sinagoga para predicar.

3. Cuando lo encontraron en el camino, le dijeron: «*Maestro, ¿cuándo llegaste acá?*». Jesús les respondió, y dijo: «*En verdad, en verdad os digo: Que me buscáis no por mi doctrina atestiguada por los milagros que habéis visto, sino porque comisteis y os sa-*

ciasteis del pan que Yo os di. Trabajad, no sólo por la comida que perece, sino más bien por la que permanece para la vida eterna, la que os dará el Hijo del Hombre, que para ese fin es enviado por Dios». Y ellos le dijeron: «*¿Qué haremos para hacer las obras de Dios?*». Respondió Jesús y les dijo: «*Esta es la obra de Dios, que creáis en Aquel que Él envió*». Entonces le dijeron: «*¿Pues, qué milagros haces, para que al verlos te creamos? ¿Qué obras extraordinarias haces Tú? Porque nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: 'Pan del cielo les dio a comer'*». Mas, Jesús les dijo: «*En verdad, en verdad os digo: que no os dio Moisés el verdadero Pan del Cielo; sino mi Padre es el que os dará el Pan verdadero del Cielo, porque el Pan de Dios es Aquel que descendió del Cielo, y da vida al mundo*». Ellos, pues, le dijeron: «*Señor, danos siempre este pan*».

Capítulo XLIII

Sermón de la Promesa de la Eucaristía

1. El mismo viernes 19 de febrero del año 33, tras la puesta del sol, en que comenzaba el sábado judío, Jesús penetró en la sinagoga principal de Cafarnaún con sus Apóstoles y discípulos, seguido de muchos, entre los que se hallaban escribas y doctores de la Ley, de la secta de los fariseos. También estaban allí la Divina María y las piadosas mujeres. Jesús, con gran solemnidad, pronunció el trascendental Sermón de la Promesa de la Eucaristía, que comenzó diciendo:

2. «*Yo soy el Pan de la Vida. El que a Mí viene, no tendrá hambre; y el que en Mí cree, nunca jamás tendrá sed. Mas ya os he dicho, que me habéis visto obrar milagros, y no creéis en Mí. Todos los que, movidos por la gracia, me da el Padre, a Mí vendrán; y aquel que a Mí viene por la fe, no le desecharé: Porque descendí del Cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió. Y esta es la voluntad del Padre que me envió: Que ninguno se pierda de los que Él me dio, sino que los resucite en el último día. Por tanto, la voluntad de mi Padre que me envió es esta: Que todo aquel que ve al Hijo y cree en Él, tenga vida eterna, y Yo lo resucitaré en el último día*».

3. Los judíos, pues, murmuraban de Él, porque había dicho: «*Yo soy el Pan vivo, que descendí del Cielo*». Y decían: «*¿No es Éste Jesús, el hijo de José, cuyo Padre y Madre nosotros conocemos? ¿Pues, cómo dice Éste: 'Que del Cielo descendí?'*». Mas Jesús respondió y les dijo: «*No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a Mí, si el Padre, que me ha enviado, no le impulsa con su gracia; y al que me sigue, Yo le resucitaré en el último día. Escrito está en el Libro de Enoc: 'Y serán todos enseñados por Dios, mediante su Enviado'. Todo aquel que, a través de Mí, oyó al Padre, aprendió su doctrina, y la aceptó, viene a Mí. No porque algún hombre, por sí solo, haya visto al Padre, sino el Hijo, que vino de Dios: Éste ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: Que aquel que cree en Mí, tiene vida eterna*».

4. Jesús continuó su sermón eucarístico diciendo: *«Yo soy el Pan de la Vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y no obstante, por el solo maná, hubieran muerto sobrenaturalmente»*: pues, el maná, aunque tenía cierta repercusión en la vida espiritual, no podía salvarles el alma; por lo tanto, los que lo comieron y luego se salvaron, fue al aplicárseles anticipadamente los méritos infinitos del verdadero Pan celestial, que es Cristo, inmolado en el Calvario.

5. Jesús, siguió diciendo de Sí mismo: *«Este es el Pan que descende del Cielo, para que el que comiere de Él, no muera. Yo soy el Pan vivo que descendí del Cielo. Si alguno comiere de este Pan, vivirá eternamente, y el Pan que Yo os daré es mi Carne por la vida sobrenatural de los hombres»*. Comenzaron entonces los judíos a altercar unos con otros, y decían: *«¿Cómo nos puede dar Éste su Carne a comer?»*. Y Jesús les dijo: *«En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la Carne del Hijo del Hombre, y no bebiereis su Sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día: Porque mi Carne verdaderamente es comida, y mi Sangre verdaderamente es bebida. El que come mi Carne y bebe mi Sangre, en Mí mora, y Yo en él. Así como el Padre, que me envió, vive, y Yo vivo por el Padre, así también el que me come, él mismo vivirá por Mí. Éste es el Pan que descendió del Cielo. No como el maná que comieron vuestros padres, pues no daba la vida eterna. Mas, quien come este Pan, vivirá eternamente»*. Jesús concluyó su Sermón el mismo viernes 19 de febrero, ya más entrada la noche.

Capítulo XLIV

La apostasía de muchos discípulos

1. Al salir Jesús de la sinagoga, aquellos escribas y doctores de la Ley, en combinación con algunos de los discípulos del Maestro que ya estaban decididos a no seguirle, quisieron detenerle para disputar con Él acerca de la doctrina que había enseñado, de la que estaban escandalizados.

2. Mas, Jesús se retiró con los Apóstoles y los discípulos, que aún le seguían, a las orillas del Lago de Genesaret. Muchos de los discípulos que habían ido con Él, incluido el Apóstol Judas Iscariote, murmuraban del Sermón pronunciado poco antes por Jesús en la sinagoga, y decían: *«Duro es este sermón, ¿quién lo puede oír?»*. Los otros once Apóstoles y los discípulos más firmes, mostraban también cierta turbación por el misterio que encerraban las palabras de Jesús y por el ambiente de contradicción que existía entre todos.

3. Y Jesús, que sabía de tales murmuraciones y disensiones, dijo a sus Apóstoles y discípulos: *«¿Esto os escandaliza? ¿Pues cuál sería vuestro asombro si viereis al Hijo del Hombre subir adonde antes estaba? El espíritu es el que vivifica, mas la carne nada aprovecha. Las palabras que Yo os he dicho, espíritu y vida son»*. Con cuyas palabras les dejaba entrever que su Cuerpo no era por naturaleza como se les pre-

sentaba, sino glorioso; y que no lo comerían a la manera que se come la carne para alimento de los cuerpos, sino que Él se les daría a comer como manjar espiritual para sustento y vida de sus almas; ya que su Carne, por estar substancialmente unida al Verbo Divino, es vivificante y capaz de dar al hombre que la come dignamente la vida eterna.

4. Jesús siguió diciéndoles: *«Mas, hay algunos de vosotros que no creen»*. Porque Él sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar. Y también decía: *«Por esto os he dicho, que ninguno puede venir a Mí si esta gracia no le fuere dada por mi Padre»*. Desde entonces, muchos de sus discípulos volvieron atrás, y no andaban ya con Él, tanto los que dejaron a Cristo al salir de la sinagoga, como los que lo hicieron después que Él les dio las explicaciones a orillas del Lago. También, muchos seguidores que no eran del número de los discípulos, le abandonaron por la misma causa.

5. Después, Jesús, dirigiéndose a los doce Apóstoles y a los discípulos que no se habían marchado, les dijo: *«¿Y vosotros queréis también ir?»*. Y Pedro le respondió: *«¿Señor, a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios»*. Jesús les respondió: *«¿No os escogí Yo a los Doce; y, sin embargo, uno de vosotros es un diablo?»*. Y hablaba de Judas Iscariote, porque éste, que era uno de los Doce, le había de traicionar. No obstante, los otros once Apóstoles, aunque oyeron estas últimas palabras, no les dieron la importancia debida, ya que Jesús no señaló a ninguno como futuro traidor, y ellos ignoraban a quién se refería.

6. El que preguntase Jesús a sus Apóstoles y discípulos si querían también irse, fue por varios fines: Para que los que habían resuelto seguir con Él, confesaran públicamente su fe, quedando así más fortalecidos en ella; también, para que Pedro, al responder en nombre de todos, quedase destacado como futura cabeza visible de la Iglesia; y para que se manifestase más la falsedad de Judas Iscariote a fin de reconvenirle y darle a entender que, por su conducta, era un diablo, ya que poco antes había contribuido a la apostasía de muchos discípulos promoviendo la confusión; sin embargo Judas Iscariote, para seguir su labor destructiva, quedó con Jesús, uniéndose hipócritamente a la confesión que Pedro hizo del Maestro en nombre de los Apóstoles.

7. Cuando sucedían estas disensiones a orillas del Lago, estaban también presentes la Divina María y las piadosas mujeres. Merced a la Madre de Jesús, los Apóstoles, menos Judas Iscariote, así como los discípulos que deseaban seguir siendo fieles, se vieron fortalecidos, no sólo para superar la crisis, sino también para confesar al Maestro de la Verdad.

Capítulo XLV

Apostolado de Cristo por el territorio de Genesaret

1. Por la noche, ya entrado el día 20 de febrero, cuando aún se hallaban a orillas del Lago, Jesús, despidiéndose

dose de su Divina Madre, de los discípulos y de las piadosas mujeres, salió en barca hacia el territorio de Genesaret, acompañado de sus doce Apóstoles, y allí arribaron en la madrugada del mismo sábado día 20. Y saliendo de la barca, luego que le conocieron los hombres de aquel lugar, extendieron la noticia por toda aquella tierra, y traían a Jesús cuantos padecían algún mal.

2. Jesús, acompañado de sus Apóstoles, fue recorriendo toda aquella comarca, y le traían de toda ella los enfermos en sus camillas cuando se enteraban que estaba allí. Y dondequiera que entraba Jesús, en aldeas o en granjas o en ciudades, ponían los enfermos en la calle y le rogaban que permitiese siquiera tocar la orla de su vestido; y cuantos le tocaban, quedaban sanos.

3. Cuando Jesús se hallaba al sur del territorio de Genesaret, visitó la ciudad de Tiberias por primera vez, para corresponder a algunos por el viaje que hicieron desde esa ciudad a Betsaida Julias, cuando se enteraron del milagro de la multiplicación de los panes y los peces. En Tiberias, Jesús enseñó y probó su doctrina con milagros. Él permaneció en el territorio de Genesaret hasta el miércoles 10 de marzo del año 33, en que por la mañana se embarcó con sus Apóstoles, llegando a Cafarnaún por la tarde, y reuniéndose con su Divina Madre.

Capítulo XLVI

Cristo en Cafarnaún habla de la matanza de los Galileos en Jerusalén durante la fiesta judía del Purín

1. Al día siguiente, 11 de marzo, estaban en Cafarnaún unos que habían venido de Jerusalén y daban

noticias a Jesús de la matanza de unos galileos en el Templo por orden del Procurador Poncio Pilato. Pues, días antes de la fiesta judía del Purín, la cual en aquel año 33 se celebró el día 6 de marzo, Pilato había mandado encarcelar a unos galileos por haber protestado públicamente contra los impuestos que él quiso recayesen sobre el Templo, y también por negarse ellos a que se ofreciesen en éste sacrificios por el emperador romano. El mismo día de la fiesta del Purín, dichos galileos habían sido puestos en libertad, mas fue con el fin de matarles cuando se hallasen en el Templo; lo cual llevó a cabo Pilato mientras se ofrecían los sacrificios con motivo de la fiesta.

2. Jesús, al oír esta noticia, díjoles: «¿Pensáis que aquellos galileos fueron más pecadores que todos los otros, por haber padecido tales cosas? Os digo que no. Mas, si no hicieréis penitencia, todos pereceréis de la misma manera. Así como también aquellos dieciocho hombres sobre los cuales cayó la torre de Siloé, en Jerusalén, y los mató: ¿pensáis que eran más culpables que los demás hombres que moraban en Jerusalén? Os digo que no. Mas, si no hicieréis penitencia, todos pereceréis de la misma manera».

3. Con estas palabras, Jesús predecía el castigo que, por la impenitencia de los hijos de Israel, sobrevendría a las ciudades de Israel, entre ellas Cafarnaún, y principalmente Jerusalén, en donde innumerables judíos perecerían después bajo los ejércitos romanos y la mayoría de los edificios serían destruidos.

Libro V

Desde el 25 de marzo del año 33 hasta el 24 de marzo del año 34

Capítulo I

Cristo va a Jerusalén para la Pascua del año 33

1. El jueves 25 de marzo del año 33, Jesús, acompañado de su Divina Madre, los doce Apóstoles, algunos de sus discípulos y piadosas mujeres, salió de Cafarnaún hacia Jerusalén, y llegó a Betania el 2 de abril del mismo año. Al día siguiente, sábado, fue a la sinagoga de esta aldea.

2. La Pascua de aquel año 33 dio comienzo el día 3 de abril y terminó el 11 del mismo mes. El domingo día 4, tras la puesta del sol, en que comenzaba el día solemne de la Pascua, Jesús celebró la cena pascual en la casa de Lázaro en Betania, hallándose presentes su Divina Madre, los Apóstoles, y todos los otros que le habían acompañado en el viaje, además de María Magdalena, Marta y Lázaro. Durante los ocho días que duró la celebración de la Pascua, Jesús visitó el Templo de Jerusalén, en donde predicó a las multitudes.

3. El día 5 de abril, Jesús, acompañado de sus Apóstoles y discípulos, expuso en el Templo la parábola de la higuera estéril: «Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al que labraba la viña: 'Mira, tres años hace que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala, pues, ¿para qué ha de ocupar lugar en la tierra?'. Mas él respondió y le dijo: 'Señor, déjala aún este año, y la cavaré alrededor, y le echaré estiércol; a ver si con esto diere fruto; y, si no, la cortarás después'».

4. Con esta parábola, Jesús recrimina, una vez más, la actitud obstinada e impenitente de las autoridades religiosas judías, principalmente la de los Sumos Pontífices y de la mayoría del Sanedrín; representados todos ellos en la higuera estéril plantada en la viña. El dueño de la viña es el Eterno Padre. El Labrador es Jesucristo, quien ruega a su Padre aplace su justo castigo contra esa jerarquía ingrata, y le dé, durante un año más, la última y definitiva ocasión de enmienda;

ya que Él cultivaría esa higuera de forma especialísima con su Muerte en la Cruz y la abonaría con su Sangre derramada. Y que, si después la higuera seguía siendo infructuosa, podría ya cortarla; es decir, abandonarla en su propia iniquidad.

Capítulo II

Apostolado de Cristo en Jerusalén y sus contornos.

Curación de la mujer encorvada

1. Con ocasión de este viaje, Jesús, acompañado de sus Apóstoles y discípulos, predicó en algunas de las sinagogas de Jerusalén y sus alrededores.

2. El sábado 10 de abril de aquel año 33, hallándose Jesús enseñando en la sinagoga de Betania, había allí una mujer, llamada Venusia, que por espacio de dieciocho años estaba encorvada de tal manera que no podía mirar hacia arriba. Ella padecía esa enfermedad al hallarse poseída de un espíritu inmundo, el cual manifestaba estar dentro del cuerpo mediante la deformidad que la mujer padecía.

3. Cuando la vio Jesús, la llamó y le dijo: «Mujer, libre quedas de tu enfermedad». Y puso sobre ella las manos, y en el momento el espíritu inmundo salió, y ella se enderezó y glorificaba a Dios. El príncipe de la sinagoga, indignado porque Jesús había curado en sábado, dijo a los que allí estaban: «Seis días hay en que se puede trabajar; en esos podéis venir a que os cure, y no en sábado». Y respondiéndole, el Señor dijo: «Hípócritas, ¿cada uno de vosotros no desata en sábado su buey o su asno del pesebre, y lo lleva a abrevar? ¿Y esta hija de Abrahán, a quien tuvo ligada Satanás dieciocho años, no será permitido desatarla de este lazo en día de sábado?». Y diciendo estas cosas, se avergonzaban todos sus adversarios; mas, el pueblo se complacía en las gloriosas acciones que Jesús obraba.

Capítulo III

Cristo come en la casa de Gamaliel en Jerusalén.

Curación del hombre hidrópico.

Parábolas del último lugar en los convites y de los invitados a la cena

1. Gamaliel, hombre sensato y de recto proceder, era de la secta de los fariseos, doctor de la Ley y miembro del Sanedrín. Por sus cualidades, era respetado por el pueblo. Gamaliel, hallándose en el Templo el día principal de la Pascua, había oído de boca de Jesús la parábola de la higuera estéril; por lo que, quedando hondamente conmovido, deseaba entrar en contacto directo con el Divino Maestro. Y como dicho sanedrita era pariente de Nicodemo y amigo íntimo de José de Arimatea, a través de estos invitó a Jesús para que comiese en su casa.

2. Y aconteció que, el mismo sábado día 10 de abril del año 33, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, fue a la casa de Gamaliel para comer, en donde habían sido también invitados otros fariseos doctores de la Ley, los cuales estaban observando lo que el Divino Maestro hacía. Se hallaban también allí Nicodemo y José de

Arimatea. Y he aquí que un hombre hidrópico estaba delante de Jesús. Y Éste, dirigiendo su palabra a dichos fariseos doctores de la Ley, les dijo: «¿Es lícito curar en sábado?». Mas ellos callaron. Y Él, tomándole de la mano, lo sanó y lo despidió. Y dirigiéndose después a ellos, les dijo: «¿Quién hay de vosotros que, viendo su asno o su buey caído en un pozo, no lo saque enseguida, aunque sea en día de sábado?». Y no le podían replicar a estas cosas.

3. Y observando también Jesús cómo los convidados escogían los primeros asientos en la mesa, les propuso la parábola del último lugar en los convites, diciendo: «Cuando fueres convidado a bodas, no te sientes en el primer lugar; no sea que haya allí otro convidado de más distinción que tú, y viniendo el que a ti y a él os convidó, te diga: 'Deja el lugar a éste'; y entonces, avergonzado, tengas que tomar el último lugar en la mesa. Por eso, cuando fueres convidado, ve y siéntate en el último puesto, para que cuando venga el que te convidó, te diga: 'Amigo, sube más arriba'. Entonces serás honrado delante de los que estuvieren contigo a la mesa. Porque todo aquel que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado».

4. Y como la mayoría de los invitados por Gamaliel a ese banquete eran gente ilustre, bien acomodada y poco caritativa, Jesús les dijo: «Cuando des una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos: no sea que ellos también te conviden a ti, y te sirva esto de recompensa. Sino que, cuando hagas un convite, debes convidar a los pobres, a los tullidos, a los cojos y a los ciegos; y serás bienaventurado, porque no tienen con qué pagarte; pues así, serás recompensado en la resurrección de los justos».

5. Cuando Abib, hijo de Gamaliel, que era uno de los que comían a la mesa, oyó esto, le dijo a Jesús: «¡Oh, bienaventurado aquel que tendrá parte en el convite del Reino de Dios!». Mas, Jesús respondió con la parábola de los invitados a las bodas: «Un hombre dispuso una gran cena, y convidó a mucha gente. Y cuando fue la hora de la cena, envió a uno de sus siervos a decir a los convidados que viniesen, porque todo estaba preparado. Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero le dijo: 'He comprado una granja y necesito ir a verla, te ruego que me tengas por excusado'. Y dijo otro: 'He comprado cinco yuntas de bueyes y quiero ir a probarlas, te ruego que me tengas por excusado'. Y dijo otro: 'He tomado mujer, y por eso no puedo ir allá'. Y volviendo el siervo, dio cuenta a su señor de todo esto. Entonces, airado el amo, dijo a su siervo: 'Sal luego a las plazas y a las calles de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares'. Y dijo después el siervo: 'Señor, hecho está como lo mandaste, y aún hay lugar para más'. Y dijo el señor al siervo: 'Sal a los caminos y a los cercados, e impele a los que encuentres a que vengan, para que se llene mi casa'. Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron los primeros en ser convidados, participará de mi banquete».

6. La finalidad de esta parábola, era que los miembros del Sanedrín allí presentes, comprendiesen, una vez más, el por qué Jesús había escogido a hombres humildes y sencillos, como eran los Apóstoles y discípulos, para constituir su Iglesia; y que, a su vez, había prescindido de los jerarcas de la iglesia judaica, quienes, habiendo sido llamados antes, rechazaron su invitación.

7. El mismo día 10 de abril, el Apóstol Pedro, privadamente, bautizó a Gamaliel y a su hijo Abib.

Capítulo IV

Otras enseñanzas de Cristo durante el apostolado que Él hizo por Jerusalén y aldeas próximas

1. Tras el episodio en casa de Gamaliel, Jesús continuó su apostolado por Jerusalén y aldeas próximas. Y muchas gentes sencillas le seguían, pues deseaban estar siempre a su lado. Mas, Jesús, volviéndose a ellas, les habló de las condiciones necesarias para seguirle. Y por eso les dijo: *«Si alguno de los que me siguen, no deja a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y aun a su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no carga con su cruz y viene en pos de Mí, no puede ser mi discípulo».*

2. *«Porque, ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no calcula primero los gastos que son necesarios, para ver si tiene lo suficiente con qué acabarla? No sea que, después que hubiere puesto el cimiento, y no la pudiere acabar, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: 'Este hombre comenzó a edificar, y no ha podido acabar'. ¿O qué rey, queriendo salir a pelear contra otro rey, no considera primero si podrá con diez mil hombres hacer frente al que viene con veinte mil contra él? Ya que, si no puede hacer frente al que trae más ejército, despa-chará una embajada cuando está el otro todavía lejos, y le rogará para hacer con él la paz. Pues así, cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. Buena es la sal. Mas si la sal perdiere su sabor, ¿con qué será sazónada? No es buena ni para la tierra ni para servir de estiércol; así es que será echada fuera como inútil. Quien tiene oídos para oír, oiga».*

3. Con todas estas enseñanzas, Jesús se está refiriendo más principalmente a los que son llamados a la vida religiosa. Mas, también se refiere a los demás fieles de la Iglesia, ya que hay que renunciar a todo aquello que, por muy querido que sea, se oponga a la voluntad de Dios.

Capítulo V

Cristo predica en una sinagoga de Jerusalén. Las tres parábolas de la Divina Misericordia

1. El sábado 17 de abril del año 33, al mediodía, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, fue a comer en casa de un hombre considerado público pecador por

los fariseos, y que en realidad era de vida bastante desordenada.

2. Una vez terminada la comida, el Maestro entró a predicar en una de las sinagogas de Jerusalén. Y se acercaron a Él los publicanos y pecadores para oírle. Mas, los fariseos murmuraban diciendo: *«Éste recibe a pecadores y come con ellos».* Y Jesús les propuso la parábola de la oveja perdida, diciendo: *«¿Quién hay de vosotros que, teniendo cien ovejas, si perdiere una de ellas, no deja las noventa y nueve en el aprisco, y va a buscar la que se había perdido, hasta que la halle? Y cuando la hallare, la pone sobre sus hombros gozoso. Y viniendo a casa, llama a sus amigos y vecinos, diciéndoles: 'Alegraos conmigo, porque he hallado mi oveja que se había perdido'. Os digo, que así habrá más gozo en el Cielo por un pecador arrepentido que hiciere penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia».*

3. Seguidamente, Jesús les propuso la parábola de la dracma perdida: *«¿O qué mujer, teniendo diez dracmas, si perdiese una no enciende el candil y barre la casa, y la busca con cuidado hasta hallarla? Y después que la ha hallado, junta a las amigas y vecinas, y dice: 'Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido'. Así os digo, que de la misma manera habrá gozo delante de los Ángeles de Dios por un pecador arrepentido que hace penitencia».*

4. Jesús culminó su predicación en aquella sinagoga de Jerusalén enseñando la parábola del hijo pródigo: *«Un hombre tenía dos hijos. Y dijo el menor de ellos a su padre: 'Padre, dame la parte de la hacienda que me toca'. Y el padre repartió entre los dos la hacienda. Y no muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se fue lejos a un país muy distante, y allí malgastó todo lo que tenía, viviendo mala vida. Y cuando todo lo hubo gastado, vino una gran hambre en aquella tierra, y él comenzó a padecer necesidad. Y fue, y se puso a servir a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual lo envió a su granja a guardar puercos. Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que los puercos comían; pero nadie se las daba. Mas reflexionando dijo: '¡Ay, cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan en abundancia, mientras yo estoy aquí muriendo de hambre! Me levantaré, pues, e iré a mi padre, y le diré: Padre mío, pequé contra el Cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros'. Y levantándose, se fue para la casa de su padre. Y como aún estuviese lejos, le vio su padre, y se movió a misericordia; y corriendo a él, le echó los brazos al cuello, y le besó. Y el hijo le dijo: 'Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo'. Mas el padre dijo a sus criados: 'Traed aquí prontamente la ropa más preciosa, y vestidle, y ponle anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed un ternero cebado, y matadlo, y comamos, y celebremos un banquete. Porque este hijo mío era muerto, y ha revivido; se había perdido, y ha sido hallado'. Y comenzaron a celebrar el banquete. Y su hijo mayor estaba en el campo; y cuando vino y se acercó a la*

casa, oyó la música y el canto. Y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Y éste le dijo: 'Tu hermano ha venido, y tu padre ha hecho matar un ternero cebado, porque le ha recobrado salvo'. Él entonces se indignó, y no quería entrar; mas, saliendo el padre, le rogaba que entrase. Y él respondió a su padre y dijo: 'He aquí tantos años hace que te sirvo, y nunca he traspasado tus mandamientos; y, sin embargo, nunca me has dado un cabrito para comerlo alegremente con mis amigos; mas, cuando vino este tu hijo, que ha gastado su hacienda con ramerías, le has hecho matar un ternero cebado'. Entonces el padre le dijo: 'Hijo, tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos. Pero era necesario celebrar un banquete, y alegrarse, porque este, tu hermano, había muerto, y ha vuelto a la vida; se había perdido, y ha sido hallado'».

5. Estas tres parábolas de la Divina Misericordia simbolizan al pecador que, arrepentido de sus pecados, vuelve al Padre misericordioso, recuperando la gracia perdida. Esta conversión repercute en gozo jubiloso para la Iglesia.

Capítulo VI

Viaje de Cristo a Galilea

1. A causa del intenso apostolado de Jesús, sobre todo en Jerusalén, con motivo de su viaje para la Pascua, se había recrudecido la aversión contra Él de los miembros del Sanedrín, tanto saduceos como fariseos; ya que habían tenido conocimiento de las severas reprimendas del Maestro contra ellos, en su predicación en casa de Gamaliel. Por lo que dichas autoridades buscaban ahora, con más empeño, la manera de acabar con Jesús.

2. Jesús, aunque deseaba estar más tiempo en Jerusalén, marchó para Galilea, ya que no quería andar más por Judea por cuanto los judíos le buscaban para matarle. Por eso, he aquí que el día 18 de abril del referido año 33, Él, acompañado de su Divina Madre, los doce Apóstoles, los discípulos y las piadosas mujeres, salió de Betania muy de madrugada. Y una vez cruzada Samaria, llegó a Cafarnaún el martes 20 de abril por la noche. Ya en Galilea, predicó a orillas del Lago y en otras ciudades próximas.

Capítulo VII

Cristo increpa a los fariseos por su hipocresía.

La perversa costumbre del Corbán

1. El sábado 24 de abril del año 33, cuando Jesús, acompañado de sus Apóstoles y discípulos, llevaba a cabo una de sus predicaciones a orillas del Mar de Galilea, vinieron a Él algunos escribas fariseos, que habían llegado de Jerusalén. Y cuando vieron comer a algunos de los discípulos sin haberse lavado las manos, se lo reprocharon a Jesús. Porque los fariseos y todos los judíos, si no se lavaban las manos muchas veces, no comían, siguiendo la vana tradición de los ancianos. Por eso, cuando volvían de la plaza, no co-

mían sin primero lavarse; y, además, observaban muy escrupulosamente muchas otras ceremonias que habían recibido por tradición: como las purificaciones de vasos y jarros, y de vasijas de metal y de los lechos en que se recostaban para comer.

2. Dichos escribas fariseos preguntaron a Jesús: «¿Por qué tus discípulos no observan las tradiciones de los ancianos, sino que comen sin lavarse las manos?». Y Él respondió, y les dijo: «Hipócritas, bien profetizó Enoc de vosotros, como está escrito en su libro: 'Este pueblo me honra con los labios, mas su corazón está lejos de Mí. En vano, pues, me honran, enseñando doctrinas y preceptos no dados por Dios, sino por hombres'». Y siguió reprochando Jesús: «Porque vosotros, dejando los mandamientos de Dios, os aferráis a la farisaica tradición de los hombres, como es la vana purificación de los jarros y de los vasos, y tantas otras muchas cosas semejantes a éstas».

3. Y, además, Jesús les decía: «¿Qué bellamente declaráis sin valor la observancia de los mandamientos de Dios por guardar vuestras superfluas tradiciones! Porque Moisés dijo: 'Honra a tu padre y a tu madre; y el que maldiga al padre o a la madre, sea reo de muerte'. En cambio, vosotros decís: 'Si un hombre dijese a su padre o a su madre: Es Corbán cualquier cosa mía que a ti pueda aprovecharte', ya no le permitís que haga ninguna cosa más por el padre o la madre; aboliendo así la palabra de Dios por una tradición inventada por vosotros mismos, y que transmitís a los demás. Y así hacéis otras muchas cosas semejantes».

4. La maldita y codiciosa tradición farisaica del Corbán era enseñada en las escuelas judías bajo apariencia de piedad. Mediante el Corbán, los sacerdotes materializados se apropiaban de lo que correspondía a los padres, quedando estos completamente desamparados; pues, cuando los hijos, pronunciando la palabra Corbán sobre sus bienes y servicios, ofrecían a Dios todo aquello que estaban obligados a hacer en beneficio de sus padres, creían quedar desligados de los ineludibles deberes para con sus progenitores; de manera, que estos preferían morir de hambre antes que vivir a costa de sus hijos, por considerarlo sacrílego. Por eso, Jesús echa en cara a los fariseos su falsedad, diciéndoles que, con el Corbán, invalidaban el mandamiento de Dios: «Honrarás a tu padre y a tu madre»; y, por lo tanto, los hijos, no sólo se eximían de la observancia de dicho mandamiento, sino también de la pena merecida por su incumplimiento, dada por Moisés.

Capítulo VIII

Cristo convoca a los muchedumbres en la sinagoga principal de Cafarnaún para que oigan sus enseñanzas

1. El mismo sábado 24 de abril del año 33, tras la anterior disputa con los fariseos a orillas del Lago, Jesús convocó a las muchedumbres que le oían, para que fueran a la sinagoga principal de Cafarnaún. Una vez allí con sus Apóstoles y discípulos, dijo entre otras muchas cosas: «Escuchadme todos, y entendad: No

mancha al hombre, en lo que concierne a su alma, lo que entra por la boca; mas, la maldad que sale del corazón del hombre, eso sí que le mancha. El que tenga oído para oír, oiga».

2. Terminada su predicación, Jesús salió de la sinagoga; y tras Él iba mucha gente. Y mientras se encaminaba a la casa conventual de Cafarnaún, sus Apóstoles y discípulos le dijeron: *«¿Sabes que los fariseos se han escandalizado cuando han oído tus palabras?»*. Mas Él, respondiendo dijo: *«Toda planta que mi Padre Celestial no ha plantado, será arrancada de raíz. Por lo tanto, las tradiciones farisaicas, al ser invención humana, desaparecerán gracias a la Ley Evangélica. Dejadlos: Ellos son unos ciegos que guían a otros ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo».*

Capítulo IX

Cristo, en la casa conventual de Cafarnaún, explica a sus Apóstoles y discípulos lo enseñado en la sinagoga mediante parábolas

El mismo sábado 24 de abril del año 33, después que Jesús se hubo retirado de la gente y entró en la casa conventual, Pedro, en nombre de los demás Apóstoles y discípulos, le dijo: *«Maestro, explícanos esa parábola»*. Y Él respondió: *«¿También vosotros tenéis tan poca inteligencia, que no sois capaces de entenderla? ¿No comprendéis que toda cosa que de fuera entra en el hombre, no le puede hacer inmundo, ya que no entra en su corazón, sino que pasa al vientre, de donde sale con todas las heces de la comida y se echa en lugares secretos? Mas, las cosas que salen del corazón del hombre, esas son las que manchan el alma del hombre; porque del interior del corazón del hombre es de donde salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, los fraudes, las deshonestidades, la mala intención, la blasfemia, la soberbia, la insensatez. Todos estos males proceden del interior, y son los que manchan el alma del hombre, y de los que ha de purificarse. Mas, el comer sin lavar se las manos, eso no le mancha».*

Capítulo X

Apostolado de Cristo por el norte de Israel. En la ciudad de Dan cura a la hija de la Cananea

1. El domingo 9 de mayo del año 33, al amanecer, Jesús, con su Divina Madre, sus Apóstoles, discípulos y algunas piadosas mujeres, salió de Cafarnaún dirigiéndose hacia el norte de Israel, bordeando el Jordán. El día 11 del mismo mes, Jesús visitó la ciudad de Cesarea de Filipo, hoy Banyas, en donde nace el Jordán. En esta ciudad permaneció dos días realizando un gran apostolado entre los judíos; pues, pronto, se había corrido la noticia de su llegada, y acudieron gentes de otras partes.

2. El día 13 de mayo, Jesús con los que le acompañaban, continuó el viaje. Y cuando se dirigía desde

Cesarea de Filipo a la ciudad de Dan, le salió al encuentro una mujer cananea, llamada Justa, que era gentil y sirofenicia de nacimiento; la cual, enterada de que Jesús se hallaba por aquellas tierras, había venido de Fenicia en su busca, pues tenía una hija llamada Berenice que estaba poseída de un espíritu inmundo. La mujer cananea, cuando vio a Jesús, clamaba diciéndole: *«Señor, Hijo de David, ten piedad de mí, mi hija es terriblemente atormentada del demonio».*

3. Mas, Jesús, sin responder palabra, seguía su camino; por lo que los Apóstoles le rogaban y decían: *«Atiéndela y despáchala pronto, porque viene gritando en pos de nosotros»*. Y Él respondiendo dijo: *«No soy enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel».*

4. En la ciudad de Dan vivía Eneué, la hemorroisa a quien Jesús había curado. Por lo que, una vez que Él llegó a dicha ciudad, que fue el día 14 de mayo, entró en casa de Eneué, y era su deseo que nadie lo supiese. Mas, la Cananea, que iba gritando por la ciudad, penetró en la casa; y echándose a los pies del Maestro, le adoró diciendo: *«Señor, ayúdame»*; y así le rogaba que echase de su hija al demonio. Mas, Jesús le dijo: *«Deja primero que se harten los hijos, porque no es bien tomar el pan de los hijos de Israel y echarlo a los perros»*, que así llamaban los judíos a los paganos; lo cual dijo Jesús para probar la fe de aquella mujer. Mas ella respondió, y dijo: *«Es verdad, Señor, mas los perrillos comen debajo de las mesas de sus señores las migajas que dejan caer los hijos»*. Entonces, Jesús le dijo: *«Oh, mujer, grande es tu fe, hágase contigo como quieres. Por esto que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija»*; quedando ésta sana en aquella hora. Y cuando la Cananea llegó a su casa, halló a su hija echada sobre la cama y libre ya del demonio.

5. Justa la Cananea, al despedirse de Jesús, le había invitado a su casa de la ciudad fenicia de Ornitópolis, hoy Adlún, su ciudad natal, situada entre Tiro y Sidón, actual Líbano. En estas dos últimas ciudades, Él no entraría nunca.

Capítulo XI

Apostolado de Cristo en Dan y en Fenicia

1. El mismo día 14 de mayo del año 33, como Jesús deseaba ir a Ornitópolis, y de aquí embarcar para Chipre, se despidió de su Divina Madre, de las piadosas mujeres, a las que ya se había agregado como religiosa Eneué, y encomendó a varios de los discípulos las acompañaran a Cafarnaún.

2. El 15 de mayo, como era sábado, Jesús lo celebró en la sinagoga de Dan, en donde predicó.

3. Al día siguiente, Él, con sus doce Apóstoles y algunos de los discípulos, salió para el puerto fenicio de Ornitópolis, llevando a cabo en esta ciudad una gran misión apostólica; pues, muchos, impresionados por la curación de la hija de la Cananea y por el buen testimonio dado por ésta acerca del Divino Maestro, anhelaban verle y oírle; por lo que Él fue muy bien recibido, no sólo por parte de los judíos, sino incluso de los

paganos. Jesús se detuvo en dicha ciudad algunos días, durante los cuales curó a los enfermos; y también bautizó a muchos, entre estos a Justa la Cananea y a su hija Berenice. El sábado 22 de mayo, lo celebró en la sinagoga de dicha ciudad de Ornitópolis.

Capítulo XII

Viaje de Cristo a Chipre

1. El domingo día 23 de mayo del mismo año 33, al amanecer, Jesús, con los doce Apóstoles y algunos discípulos, se embarcó en el puerto de Ornitópolis en dirección a Chipre, de donde era Bernabé, uno de los primeros discípulos; pues, algunos chipriotas, conocidos de éste, habían solicitado a Jesús que visitase aquella isla, en la cual vivían algunos grupos que se mantuvieron fieles a Juan Bautista y que deseaban recibir el Sacramento del Bautismo.

2. El 24 de mayo, Jesús y los que le acompañaban, entre ellos Bernabé, desembarcaron en el puerto chipriota de Salamina, en donde le esperaban muchos que eran conocedores de su visita. Entre ellos estaba Cirino, al cual Jesús había bautizado el 30 de abril del pasado año 32, en Cafarnaún.

3. El día 25 de mayo de aquel año 33, Jesús celebró la fiesta judía de Pentecostés en Salamina, en donde predicó a muchos y sanó a un enfermo que traían en una camilla. En Salamina, tuvo lugar la conversión de una mujer pagana, llamada Mercuria; quien había suplicado al Maestro le sanara de su mal espiritual, siendo bautizada el 27 de mayo, añadiendo a su nombre el de María. María Mercuria se uniría más tarde, como religiosa, a las piadosas mujeres. En Salamina, Jesús bautizó a otros muchos.

4. Había también en Salamina una mujer que padecía hidropesía; y, preguntándole Jesús si quería ser sana, ella contestó que sí lo deseaba, siempre que fuera la voluntad del Maestro. Él le dijo: «*Levántate, tu fe te ha salvado*». Y quedando curada en ese momento, daba gracias a Dios con toda su familia, y muchos se admiraban de verla sana.

5. El 29 de mayo de aquel año 33, Jesús pasó a la ciudad de Chitri, de donde era Bernabé. A la entrada de la ciudad, le salieron al encuentro varios ancianos que eran maestros judíos, así como dos filósofos paganos que habían estado antes en Salamina, y que, conmovidos, deseaban de nuevo escucharle. Jesús, caminando por las calles de Chitri, sanó a veinte judíos enfermos; quienes, ante tal prodigio, le alababan, a la vez que los enemigos del Maestro procuraban callarles.

6. Ese mismo día 29, Jesús se encaminó a la casa del jefe de la sinagoga, en donde estaban reunidos hombres ilustres. Y como era sábado, celebró la fiesta en dicha sinagoga, en donde predicó. Había allí un rabino anciano y piadoso, desde largo tiempo paralítico. Y cuando muchos discutían con Jesús, de pronto exclamó pidiendo que le dejasen hablar. Como todos callasen, suplicó al Maestro le ordenara ir a Él para sanarle; a lo cual Jesús contestó: «*Así como lo crees, levántate y ven a Mí*». Y ya sano, levantose de inmediato,

exclamando: «*Señor, yo creo*». Y fue ante Jesús, dándole rendidas gracias.

7. Después que predicó en la sinagoga, Jesús visitó en Chitri la casa de la familia de Bernabé, en donde predicó y sanó a los enfermos, siendo muchos bautizados por los Apóstoles.

8. El día 31 de mayo, Jesús llegó a la aldea de Mallep, habitada sólo por judíos, siendo recibido por muchos de ellos, y en donde predicó en la sinagoga. A la mañana siguiente, día 1 de junio, Jesús volvió a predicar en la misma sinagoga, enseñando con parábolas; e, invitado a comer en una casa por los principales del pueblo, curó allí a tres niños ciegos. Durante su permanencia en Mallep, realizó Jesús un gran apostolado, predicando, bautizando a muchos y curando a los enfermos.

9. El miércoles 2 de junio, Jesús continuó su viaje hacia el noroeste de Chipre; y poco antes de llegar a la ciudad de Cirine, visitó la casa de uno de los discípulos que le acompañaban, llamado Nasón, celebrando allí el sábado día 5 de junio. Fueron muchos los bautizados y curados en dicha ciudad de Cirine.

10. Jesús, a su retorno a Salamina, pasó nuevamente por Mallep, en donde dio un sermón de despedida al pueblo.

Capítulo XIII

Cristo, desde Chipre, retorna a Galilea. Apostolado durante el viaje

1. El día 7 de junio del año 33, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, se embarcó en Salamina en dirección al puerto fenicio de Ornitópolis. Desde aquí, dirigióse a la ciudad de Sarepta, en donde vivían algunas familias fieles a Juan Bautista que continuamente oraban por la venida del Mesías. Jesús fue bien recibido por muchas de aquellas gentes sencillas, a las que bautizó; sanando, además, a los enfermos. El día 12 de junio, como era sábado, lo celebró en la sinagoga, predicando en ella.

2. Desde Sarepta, Jesús marchó en dirección al Monte Hermón; y atravesando de norte a sur, por el centro, el territorio de Gaulanítides, entró en el de Decápolis, que cruzó también en dirección a la ciudad de Betsán o Escitópolis.

3. El sábado 26 de junio, Jesús realizó un gran apostolado en esta última ciudad de Betsán. Cuando se hallaba en la sinagoga enseñando a las gentes, le trajeron un sordomudo, y le rogaron que pusiese la mano sobre él. Y Jesús, sacándole aparte de entre la gente, le metió al mismo tiempo los dedos en ambos oídos, y luego, poniendo un poco de saliva en sus dedos, le tocó con ellos su lengua. Y el Maestro, mirando al cielo, suspiró y le dijo: «*Abrios*». Y al instante fueron abiertos sus oídos y desatada la ligadura de su lengua, por lo que oía y hablaba bien. Y les mandó a todos que a nadie lo dijiesen. Pero cuanto más se lo mandaba, tanto más lo divulgaban y tanto más se maravillaban, diciendo: «*Todo lo ha hecho bien: a los sordos ha hecho oír y a los mudos hablar*».

Capítulo XIV

Cristo llega a Cafarnaún

1. El día 30 de junio del año 33, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos llegó a Cafarnaún, reuniéndose con su Divina Madre, los otros discípulos y las piadosas mujeres. Y como Él deseara vivir algún tiempo en la soledad, se retiró al Monte de las Bienaventuranzas el día 5 de julio muy de madrugada, en compañía de su Divina Madre, de sus Apóstoles y discípulos, así como de algunas piadosas mujeres.

2. Mas no le fue posible vivir en la soledad porque, una vez allí, se llegaron a Él muchas gentes, que traían consigo mudos, ciegos, cojos, mancos y otros muchos enfermos, y los pusieron a sus pies, y los sanó. De manera que se maravillaban las gentes, viendo hablar a los mudos, andar a los cojos, y a los ciegos ver. Y loaban en gran manera al Dios de Israel. Jesús, sentado en el Monte de las Bienaventuranzas, predicó a las gentes los días 6 y 7 de julio, así como la mañana del jueves día 8.

Capítulo XV

El milagro de la segunda multiplicación de los panes y de los peces

1. Como el pueblo hubiese concurrido otra vez en gran número y no tuviese qué comer, aquel mismo día 8 de julio del año 33, ya próximo el mediodía, la Santísima Virgen María, conmovida por esto, se lo comunicó a su Divino Hijo, y gracias a su intervención Jesús, accediendo a sus deseos, bajó del Monte con la intención de darles a todos de comer milagrosamente. Además de su Divina Madre, le acompañaban sus Apóstoles, sus discípulos y piadosas mujeres, seguidos de una gran multitud de gente.

2. Y estando Él a las orillas del Mar de Galilea, en el lugar hoy conocido por Tabga, ya entrada la tarde, dijo Jesús a sus Apóstoles y discípulos: *«Tengo compasión de estas gentes, porque hace ya tres días que están conmigo, y no tienen qué comer, y no quiero despedirlas en ayunas; pues, si los enviare en ayunas a sus casas, desfallecerán en el camino, ya que algunos de ellos han venido de lejos»*. Y le dijeron los Apóstoles: *«¿Cómo podremos hallar en este lugar solitario tantos panes que hartemos a tan gran multitud de gente?»*. Y Jesús les dijo: *«¡Hombres de poca fe! ¿Cuántos panes tenéis?»*. Y ellos dijeron: *«Siete, y unos pocos pececillos»*; lo cual era el sobrante de la provisión que los Apóstoles llevaban consigo.

3. Jesús mandó a la gente que se sentase sobre la tierra. Y tomando Él los siete panes y los peces, dando gracias, los partió, e introdujo en los pedazos de pan porciones de pescado, repartiéndolos entre siete de los canastos que allí había; los cuales, una vez llenos milagrosamente, los entregó a los Apóstoles para que distribuyesen el alimento entre las gentes. Y así les dieron de comer, sin que nunca se vaciasen los cestos. Y comieron todos, y se hartaron. Y los que habían comido eran como cuatro mil, sin contar las mujeres y los

niños; ya que, con estos, había como unas ocho mil personas. Cuando todos estaban saciados, quedó en los cestos la misma cantidad de pan con pez que Jesús depositó en ellos antes de obrarse el milagro. Con los pedazos sobrantes recogidos después de la comida, llenaron los siete cestos.

4. Durante la comida milagrosa, algunos de los discípulos, por mandato del Maestro, habían ido a Cafarnaún para tener preparadas algunas barcas, pues era deseo de Él que estuviesen con antelación dispuestas para la marcha.

Capítulo XVI

Apostolado de Cristo en la región de Dalmanuta

1. El mismo jueves 8 de julio del año 33, tras el milagro de la segunda multiplicación de los panes y los peces, Jesús se despidió de las multitudes; y, acompañado de sus doce Apóstoles y de los discípulos, se embarcó hacia el territorio de Dalmanuta, al que pertenecía Mágdala, situado junto al Lago de Genesaret, al norte de Tiberias. La Divina María y las piadosas mujeres retornaron a su casa conventual entre Cafarnaún y Betsaida. Durante su viaje por el territorio de Dalmanuta, Jesús predicó en distintos lugares, e incluso salió fuera de él para visitar de nuevo Tiberias.

2. El día 10 de julio por la mañana, como era sábado, Jesús entró a celebrarlo en la sinagoga de Mágdala. Cuando se hallaba predicando, llegaron los fariseos y saduceos, y se pusieron a disputar con Él. Y para tentarle, le pidieron que les diese alguna señal prodigiosa del Cielo como prueba de que Él era el Mesías. Mas Jesús, con un suspiro profundo, les dijo: *«¿Por qué esta generación pide una señal? En verdad os digo, que no será dada señal a esta generación»*. Y luego les agregó: *«Cuando va llegando la noche decís a veces: 'Hará buen tiempo, porque está el cielo arrebolado'; y por la mañana decís también: 'Tempesta habrá hoy', porque el cielo está cubierto de nubes con resplandores rojizos. Si por el aspecto del cielo sabéis distinguir el buen o el mal tiempo que va a hacer, ¿cómo no sabéis conocer las señales claras, de estos tiempos, de la Venida del Mesías? Esta generación mala y adúltera me pide, pues, una señal prodigiosa; mas, no se le dará otra señal, sino la señal del Profeta Jonás: Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así estará tres días y tres noches el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra»*. Dichas estas palabras, Jesús los dejó y se fue.

Capítulo XVII

Cristo cruza el Lago en dirección a Betsaida Julias. Exhortación a sus Apóstoles

1. El mismo sábado 10 de julio del año 33, después que Jesús dejó a aquellos fariseos y saduceos con los que había disputado en la sinagoga de Mágdala, salió con prisa de la región de Dalmanuta. Por lo que, entrando en la barca con sus Apóstoles, seguido de los discípulos en otras barcas, se encaminó en dirección

de Betsaida Julias, situada a la orilla opuesta del Lago de Genesaret.

2. Una vez en la barca, los Apóstoles sintieron hambre. Y como se habían olvidado de proveerse de panes, y no llevaban consigo más que un solo pan, al ver que no tenían para comer, pensaban y decían dentro de sí: «*No hemos tomado panes, no traemos pan para comer!*». Mas, viendo Jesús la vana inquietud de ellos, les dijo: «*¡Mirad! guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos, y de la de los herodianos*». Mas, los Apóstoles entendieron que Jesús les prevenía del pan de la región de Dalmanuta, en donde habían discutido con los fariseos y saduceos, pues pensaban que estuviese fabricado por estos; y que, por lo tanto, no debían comer ni el único pan que habían traído de allí.

3. Jesús amonestó a sus Apóstoles por la poca confianza en el auxilio de su providencia, diciéndoles: «*Hombres de poca fe, ¿por qué estáis pensando dentro de vosotros que no tenéis panes? ¿Aún no conocéis, ni entendéis? ¿Todavía tenéis ciego vuestro corazón? ¿Teniendo ojos no veis? ¿Y teniendo oídos no oís? ¿Ya no os acordáis, cuando con cinco panes alimenté milagrosamente a cinco mil hombres, y también a mujeres y niños? ¿Cuántos cestos sobraron llenos de pedazos? 'Doce', — le dijeron —. ¿Ni tampoco os acordáis cuando con siete panes di de comer milagrosamente, hace dos días, a cuatro mil hombres y también a mujeres y niños? ¿Cuántos cestos sobraron de pedazos? 'Siete', — le dijeron —. Pues, ¿cómo no entendéis aún? ¿Cómo no comprendéis que no por el pan os dije: 'Guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos, y de la de los herodianos'?*». Entonces entendieron que no había dicho que se guardasen de la levadura de los panes, sino de las perversas doctrinas de los fariseos, de los saduceos y de los herodianos. Los herodianos era una secta meramente política de judíos partidarios de la dinastía de Herodes, en secreta oposición al yugo romano y abiertamente contrarios a Cristo. La secta herodiana tenía por cabeza al rey Herodes Antipas.

Capítulo XVIII

Cristo cura al ciego de Betsaida Julias.

Después, retorna a Cafarnaún

1. El mismo sábado 10 de julio del año 33, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, desembarcó en la otra orilla del Lago de Genesaret. Y después de detenerse en el lugar de la primera multiplicación de los panes y los peces, se encaminaron a Betsaida Julias en busca de alimentos.

2. En esta ciudad trajeron a Jesús un ciego llamado Jonatán, y rogaban que lo tocara. Y tomando Él al ciego por la mano, lo sacó fuera de la ciudad seguido de algunos de sus convecinos. Jesús escupió al ciego en los ojos e impuso después sus divinas manos sobre ellos, tocándolos; y le preguntó si veía algo. El ciego, alzando los ojos, dijo: «*Veó sólo confusamente a los hombres como si fuesen árboles que andan*». Y es que

Jesús, antes de curarle totalmente, le había mostrado primero, a través de esa confusa visión, el deplorable estado de las almas de aquellos habitantes de Betsaida Julias, y el riesgo espiritual que él corría si convivía con ellos; por lo que, de esta manera, le invitaba a que le siguiera como discípulo. Después, Jesús impuso otra vez las manos sobre los ojos del ciego, mas ahora sin escupirle en ellos. Y el ciego fue curado, de modo que veía claramente todas las cosas. Con esta peculiar forma de hacer el milagro, Jesús quiso probar aún más la fe del ciego, y también enseñarle que lo principal era recobrar la vista del alma.

3. Después, Jesús bautizó a Jonatán, y le dijo: «*Vete a tu casa; mas, cuando entres en la ciudad, a nadie le digas quién te ha curado; pues, tus convecinos no valorarán este testimonio de la verdad, sino que, por el contrario, usarán del mismo para confundirte*». Ante esta misteriosa llamada de Cristo, Jonatán ya no volvió a su casa, sino que siguió al Maestro, y más tarde Él lo designaría discípulo.

4. Después de la curación del ciego, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, y también Jonatán, ya entrada la noche de ese día 10 de julio, cruzó en barca hacia la orilla opuesta del Lago, y desembarcó en Betsaida de Galilea, dirigiéndose después a Cafarnaún.

Capítulo XIX

Viaje de Cristo a Cesarea de Filipo.

Triple confesión del Apóstol Pedro.

Cristo promete a Pedro el Papado de la Iglesia

1. El día 12 de julio de aquel año 33, al amanecer, Jesús, acompañado de su Divina Madre, de sus Apóstoles y de algunos de los discípulos y de las piadosas mujeres, salió de Cafarnaún y se dirigió hacia las aldeas de la comarca de Cesarea de Filipo.

2. Poco después de iniciarse el viaje, Él preguntó por el camino a sus Apóstoles y discípulos: «*¿Quién dicen los hombres que soy Yo?*». Ellos le respondieron: «*Unos, que Juan Bautista; otros, que Elías; y otros, que uno de los antiguos profetas que ha resucitado*». Entonces les dijo: «*Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?*». Y Pedro, impulsado por el Espíritu Santo, confesó a Jesús en nombre de todos, diciendo: «*Tú eres el Cristo*».

3. El jueves 15 de julio, durante el viaje, estando Jesús orando en la soledad, se hallaban con Él sus Apóstoles y discípulos, y les preguntó por segunda vez: «*¿Quién dicen las gentes que soy Yo?*». Y ellos respondieron: «*Unos, que Juan Bautista; otros, que Elías; y otros, que uno de los antiguos profetas que ha resucitado*». Y les dijo: «*Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?*». Y Pedro, aún con más firmeza, confesó a Jesús por segunda vez, diciendo: «*El Cristo de Dios*».

4. El 16 de julio del mismo año 33, estando ya todos en la ciudad de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó por tercera vez a sus Apóstoles y discípulos: «*¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?*». Y ellos respondieron: «*Unos, que Juan Bautista; otros, que Elías; y otros, que Jeremías o uno de los otros profe-*

tas antiguos que ha resucitado». Y Jesús les dijo: «Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?». Y Pedro, ahora con sobrenatural vehemencia, confesó a Jesús por tercera vez, diciendo: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».

5. Al oír estas últimas palabras de Pedro, Jesús manifestó en su Rostro algunos resplandores de su gloria y bendijo al Príncipe de los Apóstoles por su inspirado testimonio, diciendo: «Bienaventurado eres Simón hijo de Jonás, porque eso no te lo han revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos». Seguidamente, Jesús prometió a Pedro el Primado supremo de la Iglesia y el poder de las llaves, con estas palabras: «Y Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra Ella. Y a ti daré las llaves del Reino de los Cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra, será atado en los Cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los Cielos».

Capítulo XX

Cristo anuncia su Pasión y Muerte por primera vez. Reprende severamente a Pedro

1. Aquel mismo día 16 de julio del año 33, poco después de la Promesa del Primado de Pedro, hallándose todavía Jesús en Cesarea de Filipo, prohibió severamente a sus Apóstoles y discípulos que a ninguno dijese por ahora lo que seguidamente les iba a revelar: «Es necesario que el Hijo del Hombre vaya a Jerusalén para padecer muchas cosas; en donde será rechazado por los Príncipes de los Sacerdotes, y por los demás saduceos y fariseos, y será entregado a la muerte; pero, al tercer día resucitará».

2. Pedro, al oír el anuncio que Jesús les había hecho de su dolorosísima Pasión y Muerte, tentado por el demonio, tomó aparte a su Maestro, y comenzó a disuadirle, diciendo: «Lejos esto de Ti, Señor: no quieras que esto suceda contigo». Mas Él, vuelto hacia el Príncipe de los Apóstoles y mirando también a los demás Apóstoles y discípulos, amonestó severamente a Pedro diciendo: «Quítate de delante, Satanás, estorbo me eres, porque no entiendes las cosas que son de Dios, sino las de los hombres». La reprensión al Príncipe de los Apóstoles, también iba dirigida a los demás, ya que interiormente ellos, lo mismo que Pedro, se resistían a la idea de un Mesías sufriente y humillado, pues esto frustraba las vanas aspiraciones que aún tenían.

3. Entonces dijo Jesús a sus Apóstoles y discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz, y sígame. Porque el que, a costa de perder su alma, conserva su vida, perderá la vida eterna; y quien perdiere su vida por Mí, la volverá a hallar en el Cielo. Porque ¿qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo, y luego perdiere su alma? Y una vez perdida, ¿a cambio de qué podrá rescatarla? Porque el Hijo del Hombre ha de venir en la gloria de

su Padre con sus Angeles, y entonces dará a cada uno según sus obras».

Capítulo XXI

Cristo predica en la sinagoga de la aldea de Argob.

Viaje de retorno a Cafarnaún.

En el camino, Él anuncia a sus Apóstoles y discípulos que muchos de ellos sufrirían el martirio

1. El mismo viernes 16 de julio de aquel año 33, concluida su misión en Cesarea de Filipo, Jesús, con su Divina Madre, sus Apóstoles, sus discípulos y piadosas mujeres, dirigióse a la aldea de Argob, cuya población era mayormente judía, llegando ese mismo día poco después de la puesta del sol, ya entrado el sábado judío.

2. Jesús convocó al pueblo para que fuese a la sinagoga; y cuando estaban aquí reunidos, entre otras cosas Él les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. Porque, el que quisiere salvar su vida, perderá su alma; mas, el que perdiere su vida por amor a Mí y por el Evangelio, salvará su alma. Porque, ¿qué aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si se daña a sí mismo perdiendo su alma? Y una vez perdida, ¿a cambio de qué podrá rescatarla? Porque, quien se avergonzare de Mí y de mis enseñanzas en medio de esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre también se avergonzará de él cuando viniere con majestad en la gloria de su Padre, acompañado de los santos Angeles».

3. El jueves 29 de julio, a su vuelta para Cafarnaún, en el camino Jesús habló a sus Apóstoles y discípulos del martirio que muchos de ellos sufrirían, dando su vida por Él. Aunque también les dijo: «En verdad os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del Hombre venir, con poder y majestad, en su Segunda Venida». Él aludía al Apóstol Juan Evangelista, el cual no morirá hasta poco antes del Retorno de Cristo a la tierra; y también aludía a algún que otro seguidor que no era de los discípulos oficiales.

4. Jesús y todos los que le acompañaban, llegaron a Cafarnaún el sábado 31 de julio del año 33.

Capítulo XXII

La Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo en el Monte de la Santísima Trinidad:

Ananías, Melquisedec y Malaquías, o Monte Tabor

1. El día 6 de agosto de aquel año 33, de madrugada, Jesús, acompañado de sus Apóstoles y discípulos, salió de Cafarnaún en dirección al Monte Tabor, llegando al pie de dicho Monte ese mismo día sobre las 12h. de la mañana. Una vez allí, tomó consigo a Pedro, a Santiago el Mayor y a Juan, y subió solo con ellos al Monte para orar.

2. Hacia las 2h. de la tarde, Jesús y sus tres Apóstoles llegaron a la cima del Monte, y se pusieron en oración. Mas, después, para orar solo, Él se alejó un poco

de los tres Apóstoles; y estos, cansados por el camino y fatigados por el calor, quedaron adormitados.

3. Sobre las 3h. de la tarde, Jesús, mientras oraba, se transfiguró delante de ellos, rodeado de Ángeles, manifestando ahora, con mayor intensidad, ciertas cualidades de su cuerpo glorioso; pues, su Rostro resplandecía más que el sol, y sus vestidos más que la blancura de la nieve bajo los rayos del sol. En el mismo instante en que Jesús se transfiguraba, se apareció próximo a Él el Divino Paráclito bajo figura humana; y también se hizo presente, transfigurada, y en sublime visión beatífica, la Divina María, que había quedado en Cafarnaún, la cual se situó algo delante de la derecha de Jesús. Finalmente, se aparecieron Elías y Moisés, glorificados y con majestad; quienes ocuparon la derecha e izquierda del Señor, respectivamente, absortos en la visión beatífica propia de su estado. Y estos dos santos varones hablaban con Jesús acerca de su Pasión y Muerte en Jerusalén.

4. Cuando Elías y Moisés conversaban con el Señor, salieron de su somnolencia Pedro, Santiago el Mayor y Juan, los cuales vieron entonces la gloria de Jesús, la de su Divina Madre y la de los dos referidos Profetas. Los tres Apóstoles permanecieron en esta sublime visión durante un buen tiempo, oyendo la conversación que Jesús mantenía con Elías y Moisés, acerca de los dolores que Él había sufrido hasta entonces, y de los que le aguardaban aún. El momento más excelso de la Transfiguración de Cristo, fue cuando Él extendió sus brazos en cruz y dijo que así sería levantado el Hijo de Dios; indicando, con ese majestuoso gesto, que su Deífico Cuerpo conservaría en el Calvario su estado glorioso oculto por el estado pasible.

5. Poco después, quedaron únicamente Jesús, Elías y Moisés. Cuando Pedro vio que estos dos Profetas iban a marcharse, exclamó fuera de sí, arrobado en éxtasis: *«Maestro, bueno es que nos estemos aquí; si quieres, hacemos tres tiendas: una para Ti, otra para Elías, y otra para Moisés»*. Mas Pedro no sabía que estaba pidiendo una cosa que se oponía al plan divino del cumplimiento de la Pasión.

6. Y cuando aún estaba hablando Pedro, se apareció el Eterno Padre en forma de Nube luminosa que cubrió a los tres Apóstoles. Y he aquí que la Voz del Eterno Padre, salida de la Nube, dijo: *«Este es mi Hijo, el muy Amado, en quien tengo todas mis complacencias, a Él debéis escuchar»*. Durante el breve tiempo que duró la aparición del Eterno Padre, los tres Apóstoles gozaron de la visión beatífica, pudiendo contemplar la Esencia Divina.

7. Cuando Pedro, Santiago el Mayor y Juan acabaron de oír las palabras del Eterno Padre, volvieron de aquella sublime visión, y cayeron los tres rostro en tierra, llenos de temor. Mas, Jesús se acercó a ellos, les tocó y les dijo: *«Levantaos, y no temáis»*. Y alzando ellos sus ojos, y mirando alrededor, no vieron a nadie más, sino solamente a Jesús. Él y sus tres Apóstoles pasaron la noche en la cima del Monte.

8. Junto a la Divina María se habían aparecido en el Monte Tabor, sus dos hermanas: María Cleofás y Ma-

ría Salomé transfiguradas, las cuales fueron vistas también por los tres Apóstoles.

Capítulo XXIII

Cristo, mientras baja del Monte Tabor, conversa con sus tres Apóstoles

1. Al día siguiente, por la mañana, 7 de agosto de aquel año 33, mientras bajaban del Monte, Jesús dijo a los tres Apóstoles: *«No digáis a nadie la visión que habéis tenido, hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos»*. Y ellos guardaron el secreto, y a nadie dijeron en aquellos días cosa alguna de las que habían visto. Mas, preguntábase entre sí qué querría decir Jesús con aquellas palabras: *«hasta que haya resucitado de entre los muertos»*.

2. Pedro, Santiago el Mayor y Juan, preguntaron a Jesús: *«¿Por qué dicen los escribas fariseos que Elías debe venir primero?»*. Y Él les respondió: *«Elías, en verdad, ha de venir, y restablecerá todas las cosas. Pues, cuando él venga, primero reformará todas las cosas. Y al igual que está escrito acerca de los padecimientos del Hijo del Hombre, Elías debe padecer mucho, y será despreciado»*. El Profeta Elías vendrá personalmente a la tierra, para tratar de convertir a las gentes, al comienzo de la primera mitad de la última semana de años que precederá al Retorno de Cristo a la tierra para implantar su Reino Mesianico. Dicho Profeta morirá martirizado en su lucha contra el Anticristo al final de la primera mitad de esta última semana de años. Estas palabras de Cristo también se aplican a la labor precursora y reformadora de la Iglesia Palmiriana, impulsada por el espíritu de Elías.

3. Seguidamente, Jesús dijo también a los tres Apóstoles: *«Mas, os digo que ya vino Elías, y no le reconocieron, e hicieron con él cuanto quisieron, según estaba escrito de él. Así también harán padecer al Hijo del Hombre»*. Y entendieron ellos, acertadamente, que hablaba aquí de Juan Bautista, el cual estaba lleno del espíritu y virtud de Elías.

Capítulo XXIV

Cristo y los tres Apóstoles se reúnen con los otros Apóstoles y discípulos. Curación del muchacho lunático y endemoniado

1. Ese mismo día 7 de agosto por la mañana, cuando Jesús y los tres Apóstoles aún no habían llegado al pie del Monte Tabor, les vinieron al encuentro los otros Apóstoles y los discípulos; seguidos de una gran multitud, muchos de ellos del cercano pueblo de Daburiyé; y también había escribas y doctores de la Ley, de las sectas de los fariseos y de los saduceos, que estaban discutiendo con las gentes. Y los Apóstoles y discípulos que habían quedado abajo, así como todo el pueblo, viendo a Jesús y a los tres Apóstoles que le acompañaban, acudieron corriendo a saludarles algo temerosos y sorprendidos, pues el Deífico Cuerpo de Cristo aún manifestaba señales de su Transfiguración, y los tres Apóstoles estaban como iluminados.

2. Jesús preguntó a la gente: «¿Qué es de lo que estáis discutiendo entre vosotros?». Y he aquí que un hombre, saliendo de entre la muchedumbre, fue adonde estaba el Señor; e hincadas las rodillas delante de Él, le dijo: «Maestro, te he traído a mi hijo, que está poseído de un mal espíritu que le ha dejado sordo y mudo. Señor, apiádate de mi hijo. Te ruego que le atiendas, porque no tengo otro, y es lunático y padece mucho. Pues, el espíritu inmundo, dondequiera que mi hijo se halle, le toma y de repente le hace dar alaridos; y muchas veces le echa al fuego, otras muchas al agua; también le tira contra la tierra, y le quebranta haciéndole echar espumarajos y crujir los dientes, y él se va consumiendo cada día más. Yo dije a tus Apóstoles y discípulos que librasen a mi hijo del espíritu inmundo, y no pudieron». Esto había sido principalmente por la falta de fe que muchas de aquellas gentes manifestaron, debido a la confusión creada por los enemigos de Jesús; y también, porque los Apóstoles y discípulos, ante aquella difícil situación, no habían ejercitado con valor su fe en los poderes que Jesús les había dado.

3. Y Jesús, dirigiéndose a sus enemigos y a otras gentes de mala fe, respondió y dijo: «¡Oh, generación incrédula y depravada! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os sufriré? Trae acá a tu hijo». Y se lo trajeron. Y luego que el espíritu inmundo vio a Jesús, comenzó a atormentar al muchacho que, tirado contra la tierra, se revolcaba echando espumarajos. Y Jesús preguntó al padre: «¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto?». Y él dijo: «Desde la infancia; y muchas veces le ha arrojado en el fuego, y en el agua, para acabar con él. Mas si algo puedes, ayúdanos, apiadándote de nosotros». Y Jesús le dijo: «Si tú crees en mi poder, todas las cosas son posibles para el que cree». Y exclamando luego el padre del muchacho, decía con lágrimas: «Creo, Señor, ayuda Tú mi incredulidad, fortaleciendo mi confianza en Ti». Y cuando vio Jesús que la gente iba concurriendo en tropel a su alrededor, amenazó al espíritu inmundo diciéndole: «Espíritu sordo y mudo, Yo te mando: Sal de él, y no entres más en él». Entonces, dando grandes alaridos y maltratándole mucho, salió del muchacho; y éste quedó como muerto, de manera que muchos decían: «Está muerto». Mas tomándole Jesús por la mano, le ayudó a alzarse, y se levantó, y se lo entregó sano a su padre. Y se pasaban todos del gran poder de Jesús.

4. Después de este milagro, Jesús entró en la casa del padre del muchacho que había sido curado, y evangelizó y bautizó a toda la familia. Y cuando estaba en la casa, los Apóstoles y discípulos preguntaron al Maestro: «¿Por qué nosotros no pudimos lanzar al espíritu inmundo?». Jesús les dijo: «Porque habéis ejercitado vuestra fe con vacilación. Porque en verdad os digo que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: 'Trasládate de aquí allá', y se trasladará; y nada os será imposible». Y también les dijo: «Esta clase de espíritus inmundos sólo se pueden lanzar con mucha oración y ayuno». Y después, como ese día 7 de agosto era sábado, Jesús lo celebró

en la sinagoga de Daburiyé, en donde enseñó a las gentes, y creyeron muchos en Él.

Capítulo XXV

Viaje de retorno a Cafarnaún.

Cristo anuncia por segunda vez su Pasión y Muerte

1. Después de predicar en la sinagoga de Daburiyé, ese mismo día 7 de agosto de aquel año 33, por la noche, Jesús partió de allí con sus doce Apóstoles y los discípulos en dirección a Cafarnaún, pero lo hizo por senderos poco transitados. Por lo que, saliendo para ello de Galilea, entró en Decápolis, para luego penetrar otra vez en Galilea, y de esta manera llegar a Cafarnaún; ya que Él no quería que nadie supiese dónde estaba, con el fin de estar a solas con sus Apóstoles y discípulos para hablarles de misterios sólo a ellos reservados de momento, como los de su Pasión, Muerte y Resurrección.

2. El hecho de que Jesús escogiese a Pedro, Santiago el Mayor y Juan para subir a la cima del Monte Tabor cuando se transfiguró, y no a todos los Apóstoles, produjo entre los otros nueve un cierto descontento por la preferencia que Él mostró hacia los tres. Esto dio lugar a que, durante el camino a Cafarnaún, cuando Jesús estaba un poco separado de ellos, disputasen sobre quiénes, después de Pedro, ocuparían los mayores puestos en el Reino que Jesús implantaría en la tierra. A esta confusión y malestar entre los Apóstoles y discípulos, contribuyeron mucho las insidias de Judas Iscariote.

3. El día 9 de agosto de aquel año 33, cuando ya se hallaban próximos a Cafarnaún, los Apóstoles y discípulos manifestaban su júbilo por las maravillas que Jesús hacía. Mas Él les dijo: «Grabad en vuestros corazones estas palabras: El Hijo del Hombre será entregado en manos de los hombres, y le matarán; y después de muerto, resucitará al tercer día». Y ellos, muy entristecidos, no comprendían cómo Jesús, el Hijo de Dios, lleno de gloria y poder, pudiera darse por vencido ante sus enemigos, permitiendo que le mataran; idea que rechazaban como imposible, ya que, además, frustraba las humanas ilusiones que se habían forjado para el futuro; mas, no se atrevían a pedir aclaraciones al Maestro, no fuera que les increpase.

Capítulo XXVI

Episodio en Cafarnaún del tributo de los didracmas

1. Al día siguiente, 10 de agosto del año 33, cuando Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, se hallaba en Cafarnaún, vinieron a Pedro los que cobraban el tributo religioso de los didracmas, que era para el mantenimiento del culto en el Templo de Jerusalén. Los cobradores dijeron a Pedro: «¿Vuestro Maestro no paga los didracmas?». Dijo: «Sí»; con lo cual les daba a entender que Jesús no se opondría al pago de este tributo, comprometiéndole, en cierto modo, ante los recaudadores.

2. Y entrando Pedro en la casa, Jesús le habló primero diciendo: «¿Qué te parece, Pedro? ¿Los reyes de la tierra de quién cobran el tributo o el censo? ¿De sus hijos o de los extraños?». Respondió Pedro: «De los extraños». Jesús le dijo: «Luego los hijos están exentos». Con lo cual, le hacía ver que si un rey temporal no estaba sometido a ningún tributo, ni tampoco sus hijos, menos lo estaría Él, que era Dios y Rey del Universo; ni sus Apóstoles y discípulos que, por su vida religiosa y dedicación apostólica, eran hijos predilectos de este Divino Rey.

3. Además, de este impuesto estaban exentos los sacerdotes levíticos y ministros levitas por su dedicación al culto, y los que careciesen de recursos económicos; por lo tanto, también lo estaban Jesús, los Apóstoles, los discípulos y las piadosas mujeres; ya que, como religiosos, vivían sólo de las limosnas. Y esto lo sabían los cobradores de este tributo, que habían sido mandados por los escribas y doctores de la Ley, de las sectas de los fariseos y de los saduceos, para saber qué opinaba Jesús acerca de la obligatoriedad del pago del mismo; pues, esperaban en Él una actitud contraria, con lo cual después podrían acusarle.

4. No obstante, Jesús dijo a Pedro: «Mas, para que no los escandalicemos, vé al mar y echa el anzuelo. Y el primer pez que viniere, tómalo; y abriéndole la boca, hallarás una moneda de cuatro dracmas. Tómala, y dásela a ellos por Mí y por ti». Con este milagro, que fue visto por los recaudadores, Jesús daba señal de su pobreza, de su poder divino y de la obligación sagrada que hay de contribuir al culto de Dios.

Capítulo XXVII

Magistral enseñanza de Cristo en la casa conventual de Cafarnaún.

Parábola del rey indulgente y el siervo despiadado

1. El mismo martes, día 10 de agosto del año 33 por la tarde, después que Pedro pagó el tributo de los didracmas, cuando aún estaban en la casa conventual de Cafarnaún, se acercaron a Jesús sus Apóstoles, diciendo: «¿Quién piensas que es el mayor en el Reino de los Cielos?», refiriéndose al reino de la tierra que esperaban que Jesús estableciese, y no a la Bienaventuranza Eterna. Esto dio pie a que Jesús, a su vez, les preguntase: «¿Qué ibais tratando por el camino?». Mas ellos callaron, porque en el camino habían altercado entre sí sobre cuál de ellos sería el mayor, y temían que Jesús les reprendiese.

2. Jesús, viendo lo que ellos cavilaban en su interior, sentándose llamó a los Doce, y les dijo: «Si alguno quiere ser el primero, ha de ser el último de todos y el siervo de todos». Y luego, Él llamó a un inocente niño, por nombre Ignacio, lo abrazó, lo besó y lo puso junto a Sí en medio de ellos. Y dijo: «En verdad, en verdad os digo que si no os volviereis e hicieréis sencillos y humildes como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos. Y el que recibiese a un niño como éste en mi Nombre, a

Mí me acoge. Y cualquiera que a Mí me recibe, recibe a Aquel que me envió. Porque el que se tiene por el menor entre vosotros, ése es el mayor en el Reino de los Cielos. Y cualquiera que os diere a beber un vaso de agua en mi Nombre, en atención a que sois mis discípulos, en verdad os digo que no perderá su recompensa. Y el que escandalizare a uno de estos pequeñitos que en Mí creen, mejor le fuera que le colgasen a su cuello una piedra de molino y le arrojasen al profundo del mar. Mirad, pues: no despreciéis a ninguno de estos pequeñitos, porque os hago saber que sus Ángeles de la guarda en los Cielos están siempre viendo la cara de mi Padre Celestial; quien se complace con esos niños por su semejanza con los Ángeles».

3. Seguidamente, Jesús exclamó: «¡Ay del mundo por los escándalos! Porque es inevitable que haya escándalos, dada la inclinación al mal que tiene el hombre; mas ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo! Por tanto, si tu mano o tu pie te escandaliza, córtalo y arrójalo de ti: porque más te vale entrar manco o cojo en el Cielo, que tener dos manos o dos pies, y ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te escandaliza, arráncalo y arrójalo de ti: porque mejor te es entrar en el Cielo con un solo ojo, que tener dos ojos, e ir al Infierno, en donde el gusano que roe con desesperado remordimiento, nunca muere, y el fuego nunca se apaga. Pues, así como en el Templo, según la Ley de Moisés, toda víctima ha de ser rociada con sal, también aquellos que se condenan serán sazonados con el fuego al ser víctimas, por sus impenitencias, de la Divina Justicia. Buena es la sal, mas si la sal perdiere su sabor, ¿con qué la sazonaréis? Tened siempre entre vosotros la sal de la virtud, y guardad así la paz entre vosotros».

4. Y siguió diciendo Jesús: «El Hijo del Hombre ha venido a salvar lo que había perecido». Y para que mejor lo comprendiesen, les expuso otra vez la parábola de la oveja perdida: «¿Qué os parece? Si tuviere alguno cien ovejas, y se descarriare una de ellas, ¿por ventura no deja las noventa y nueve en el aprisco, y va a buscar aquella que se extravió? Y si llegara a encontrarla, dígoos en verdad, que se gozará más con ella que con las noventa y nueve que no se extraviaron. Así, la voluntad de nuestro Padre que está en los Cielos, es que no perezca ningún hombre que por su virtud y sencillez se asemeje a un niño».

5. También, Jesús decía: «Si tu hermano pecare contra la fe que tú profesas, vé, y corrígele a solas. Y si te oye, habrás ganado a tu hermano. Mas, si rehúsa oírte, toma una o dos personas para que, contigo, sean dos o tres los testigos que puedan dar testimonio de toda palabra. Y si a estos tampoco quisiera oírles, díselo a la autoridad de la Iglesia para que lo amoneste; y si ya a Ésta no oyese, sea anatema y tenlo desde entonces como gentil y publicano». Jesús se refiere, pues, a aquellos pecados públicos, cometidos por los fieles de la Iglesia, que van contra la fe, la autoridad del Papa, la moral, etc., los cuales pueden ser, incluso, castigados con la pena de excomunión.

6. Luego, Jesús, dirigiéndose a sus Apóstoles, les habló misteriosamente de la potestad que ellos recibirían en un futuro, diciéndoles: «*Todo aquello que atareis sobre la tierra, atado será también en el Cielo; y todo lo que desatareis sobre la tierra, desatado será también en el Cielo.*».

7. «*Digoos, además, que si dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir cualquier cosa, sea lo que fuere, la obtendréis de mi Padre que está en los Cielos. Porque donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, Yo estoy allí en medio de ellos.*».

8. Dijo, además, Jesús: «*Tened esto también en cuenta: Si tu hermano peca contra ti, corrígele con caridad; y si se arrepiente, perdónale. Y si siete veces al día te ofendiere, y otras tantas veces al día volviere a ti diciendo: 'Pésame de haberlo hecho', perdónale siempre.*». Entonces Pedro, llegando a Jesús, dijo: «*Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces deberé perdonarlo? ¿Hasta siete veces?*». Jesús le respondió: «*No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete, o sea, cuantas veces te ofendiere.*». La expresión «*Si tu hermano pecare contra ti*» tiene aquí un doble sentido: Por un lado se refiere a los pecados contra los mandamientos de la Ley de Dios, que son ofensas contra el mismo Dios; y, por lo tanto, contra el Sacerdote, su representante; el cual tiene la obligación de perdonarlos mediante el Sacramento de la Penitencia, siempre que el pecador esté arrepentido; y por otro, se refiere a las ofensas personales entre los hombres, que deben ser perdonadas por el ofendido, cuantas veces se lo pidiere; y también, si no se lo pidiere, deberá perdonarlas internamente.

9. Y Jesús, para que entendiesen más su doctrina sobre el perdón de las ofensas, les propuso la parábola del rey indulgente y el siervo despiadado: «*El Reino de los Cielos es comparado a un rey, que quiso tomar cuentas a sus siervos. Y habiendo comenzado a tomar las cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Y como no tuviese con qué pagarlos, mandó su señor que fuese vendido él, y su mujer, y sus hijos, y cuanto tenía, y así se le pagase la deuda. Entonces el siervo, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: 'Señor, ten un poco de paciencia conmigo, que todo te lo pagaré'. Y compadecido el señor de aquel siervo, le dejó libre, y aun le perdonó toda la deuda. Mas luego que salió aquel siervo, halló a uno de sus compañeros que le debía cien denarios; y agarrándole por el cuello, le quería ahogar, diciendo: 'Paga lo que me debes'. Y el compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba así: 'Ten un poco de paciencia, y todo te lo pagaré'. Mas él no quiso, sino que fue y le hizo poner en la cárcel para que pagase lo que le debía. Y viendo los otros siervos, sus compañeros, lo que pasaba, se entristecieron mucho; y fueron a contar a su señor todo lo que había pasado. Entonces, el señor llamó al siervo despiadado, y le dijo: 'Siervo malo, toda la deuda te perdoné porque me lo rogaste. ¿Pues no debías tú también tener compasión de tu compañero, así como yo la tuve de ti?'. Y enojado, su señor le hizo entregar a los atormentadores para que pagase todo lo que de-*

bía. Del mismo modo hará también con vosotros mi Padre Celestial, si no perdonareis de vuestros corazones cada uno a su hermano.».

10. Y dijeron los Apóstoles al Señor: «*Auméntanos la fe.*». Y dijo el Señor: «*Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diríais a este árbol de mora: 'Arráncate de raíz y trasplántate en el mar', y os obedecería.*».

11. Y también Jesús les propuso esta parábola: «*¿Y quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o guarda el ganado, luego que vuelve del campo, le diga: 'Ven pronto y ponte a la mesa'? ¿Y no le dirá más bien: 'Prepárame la cena, y ponte a servirme mientras que como y bebo; que después comerás tú y beberás'? ¿Por ventura el amo tendrá que agradecer a su criado lo que éste hizo por mandato suyo? Pienso que no. Así también vosotros, cuando hicieréis todas las cosas que os son mandadas, decid: 'Siervos inútiles somos; no hemos hecho más que lo que debíamos hacer'.*».

Capítulo XXVIII

Cristo se siente impelido a abandonar definitivamente Galilea, por la gran apostasía de sus habitantes

1. Jesús, que había escogido a Galilea, y especialmente a Cafarnaún, por centro de su apostolado, e incluso a esta ciudad como patria adoptiva, vio con profunda amargura cómo muchos de sus compatriotas, que habían participado de las delicadezas de su Deífico Corazón, se le mostraban cada vez más indiferentes e incluso agresivos.

2. Pues, a raíz del Sermón de la Promesa de la Eucaristía, había sobrevenido un caos espiritual, principalmente en la región de Galilea; ya que, de las multitudes que seguían a Jesús, sólo pocos se mantuvieron firmes. A este decaimiento espiritual contribuyeron, en gran parte, los discípulos que habían apostatado, los cuales fueron instrumentos eficaces en manos de los escribas y doctores de la Ley, de las sectas de los fariseos y de los saduceos, y en definitiva del Sanedrín, viéndose así éste más fuerte en sus acechanzas contra el Señor. Todo esto fue la causa de que Él decidiese marchar definitivamente de Galilea.

3. Mas, antes de hacerlo, Jesús quiso retirarse a orar en la soledad, y escogió para ello la misma casa conventual de Cafarnaún, en la cual había un jardín con árboles. Los días de su retiro, que fueron del 11 al 21 de agosto de aquel año 33, también los aprovechó para fortalecer más la fe de los Apóstoles y demás religiosos, dadas las circunstancias difíciles por la apostasía casi general en Galilea; y lo mismo hizo la Divina María con sus discípulas, las religiosas.

Capítulo XXIX

Último viaje apostólico de Cristo por Galilea

1. El día 21 de agosto de aquel año 33, después de celebrar el sábado en la sinagoga de Cafarnaún, Jesús, acompañado de sus Apóstoles y de algunos de sus discípulos, emprendió su último viaje por aquella región,

recorriendo en primer lugar las ciudades más afectadas por la crisis espiritual: entre ellas, Betsaida de Galilea, Mágdala, Corazaín y otras, principalmente de la parte occidental del Lago; todas muy visitadas antes por Él y favorecidas con sus enseñanzas y milagros.

2. Los enemigos de Jesús, cada vez más envalentados y en mayor número, hicieron todo lo posible para que en este viaje apostólico dieran a Cristo un recibimiento frío, como así fue; pues, además, viendo Él las malas disposiciones de muchos, no obró en esta ocasión ningún milagro; sino que se limitó a llamarles de nuevo con amor, a hacerles ver las gracias que sobre ellos había derramado, y a advertirles que, si no correspondían, serían castigados por la ira divina.

Capítulo XXX

Cristo predica por última vez en Cafarnaún. Maldice esta ciudad y otras

1. El viernes 3 de septiembre de aquel año 33, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, volvió a Cafarnaún; y por la tarde, cuando había entrado el sábado judío, predicó por última vez en la sinagoga principal, en donde había concurrido una gran muchedumbre.

2. Después de una larga y emotiva exhortación, en la que dejaba entrever su inmediata y definitiva marcha de la ciudad, recordó a todos los presentes la predilección de su Padre Celestial hacia ella, y de cuán obligados estaban a corresponder a las gracias innumerables que habían recibido.

3. Finalmente, predijo el severísimo castigo que sobrevendría a las ciudades en que Él había hecho tantas maravillas, y que, a pesar de esto, no hicieron penitencia: «¡Ay de ti, Corazaín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, ya haría mucho que hubieran hecho penitencia con cilicio y ceniza. Por tanto os digo: Que habrá menos rigor para Tiro y Sidón, que para vosotras en el día del juicio. Y tú, Cafarnaún, después de haber sido ensalzada hasta el Cielo por la predilección que Yo he tenido contigo, ahora, por tu soberbia y rechazo a Dios, hasta el Infierno serás sumergida; pues, no sólo serás tratada con severísimo rigor en el juicio, sino que incluso llegarás a desaparecer de la tierra. Pues, si en Sodoma se hubieran hecho los prodigios que han sido hechos en ti, tal vez se hubiese arrepentido de sus maldades y quizás hoy día aún subsistiera. Por tanto, os digo que, en el día del juicio, habrá menos rigor para la tierra de Sodoma, que para ti, Cafarnaún». Con esta severísima predicación de los castigos, Cristo maldijo a aquellas ingratas ciudades de Galilea.

4. En esta última predicación de Jesús en aquella sinagoga de Cafarnaún, estuvieron además presentes su Divina Madre, María Cleofás y María Salomé, así como otras piadosas mujeres. Terminado el sermón, el Divino Maestro y todos los suyos retornaron a sus respectivos conventos.

Capítulo XXXI

Desaliento de los Apóstoles. Cristo les manda ir a Jerusalén con muchos de los discípulos, y Él queda todavía en Cafarnaún

1. Los Apóstoles, aunque no habían perdido la fe en Jesús, no obstante estaban ofuscados y desalentados porque veían que el prestigio de su Maestro decaía ante las gentes; lo cual frustraba aquellas humanas aspiraciones que ellos en parte conservaban y que esperaban ver cumplidas cuando Jesús implantara en la tierra el Reino de Dios, que creían era también temporal.

2. El mismo viernes 3 de septiembre del año 33, como ya estuviese próxima la fiesta de los Tabernáculos, los Apóstoles dijeron a su Maestro: «Sal de aquí, y vete a Judea, para que, tus seguidores y simpatizantes de esa región, vean aún más las obras maravillosas que haces. Pues ninguno hace las cosas en oculto si desea ser conocido en público. Por lo tanto, vé y manifiesta tus obras en Judea con la misma intensidad que lo has hecho en Galilea. Y una vez que hayas logrado suficiente prestigio entre las multitudes de Judea, manifiesta ante el mundo la gloria de tu realeza, implantando tu Reino». Con estas palabras los Apóstoles dejaban entrever, no la falta de fe en su Maestro, sino el desaliento que les ofuscaba; al que no poco contribuyó la maldad de Judas Iscariote.

3. Mas, Jesús, respondiendo a las inquietudes y pretensiones de sus Apóstoles, les dijo: «Mi tiempo de ser glorificado aún no ha venido, ya que primero he de padecer y morir; mas, vuestro tiempo, o sea, ese Reino por el que suspiráis, ya está preparado dentro de las almas mediante la Gracia Santificante. No puede el mundo, por ahora, aborreceros a vosotros; ya que es el tiempo de que sólo me aborrezcan a Mí, porque Yo soy el que doy testimonio de que sus obras son malas. Subid vosotros a la fiesta de los Tabernáculos. Yo no subo todavía a esta fiesta, porque para Mí no es el momento de hacerlo». Y es que Jesús no quería marcharse sin sacar antes de Cafarnaún, ciudad ya apóstata, a todos los religiosos y religiosas para llevarse a vivir a Betania, decisión que no veía prudente anticipar a sus Apóstoles.

Capítulo XXXII

Los doce Apóstoles, los discípulos y las piadosas mujeres salen hacia Jerusalén

1. Al día siguiente, sábado 4 de septiembre, los doce Apóstoles y muchos de los discípulos salieron en dirección a Jerusalén, como Jesús les había mandado, mientras que Él quedó en Galilea. El viaje lo hicieron pasando por el territorio de Gerasa, que está en la parte oriental del Lago de Genesaret.

2. Y cuando cruzaban después la región de Decápolis, vieron con extrañeza que un hombre, invocando el poder de Jesús, liberaba a unos posesos de los espíritus inmundos, sin que los Apóstoles y discípulos reconocieran que el que los lanzaba era uno de los exdemoniados de Gerasa y discípulo oculto del Señor, que

cumplía la misión que Él le había encomendado de predicar a los gentiles; lo cual desconocían los Apóstoles y discípulos. Mas, estos, indignados, prohibieron a ese discípulo oculto que cumpliera su misión, sin que por eso él dejara de hacerlo, pues obedecía las órdenes del Maestro. El exdemoniado de Gerasa, aunque reconoció a algunos de los Apóstoles, entre ellos a Pedro, no se identificó ni les reveló el misterio de su apostolado. Después de este episodio, los Apóstoles y discípulos continuaron su viaje hasta Betania.

3. El domingo día 5 de septiembre, un día después de que marcharan los Apóstoles y los que les acompañaban, Jesús mandó desde Cafarnaún a Jerusalén al resto de los discípulos, bajo la autoridad del discípulo Ágabo; así como a las piadosas mujeres, bajo la autoridad de una de ellas, llamada Serapia. Sólo a estos dos superiores, Jesús había revelado su decisión de establecerse definitivamente en Betania. La Divina María y sus dos hermanas habían quedado con Jesús en Cafarnaún.

Capítulo XXXIII

Cristo abandona definitivamente Galilea y marcha para Jerusalén. Curación de los diez leprosos

1. Después que Jesús hubo ordenado que los miembros de ambas comunidades religiosas saliesen para Betania, y éstas hubiesen emprendido el viaje, el día 6 de septiembre de aquel año 33, Él se fue de Galilea en compañía de su Divina Madre, de María Cleofás y María Salomé; aunque este viaje para la fiesta de los Tabernáculos no lo hizo de manera pública, sino oculta.

2. En el camino Él, su Divina Madre y sus tías, visitaron la aldea de Séforis, pues Jesús deseaba festejar aquí, en la intimidad, el aniversario del nacimiento de la Divina María, que era el día 8 de septiembre.

3. El día 9 de septiembre, Jesús, con su Madre y sus tías salió de Séforis para continuar su viaje a Jerusalén, aunque tenía intención de ir antes a Betábara de Perea, que estaba a la otra parte del Jordán, en los confines de Judea.

4. Y aconteció que, el viernes día 10 de septiembre de aquel año 33, cuando Jesús entraba en la aldea samaritana de Jenín, situada en la frontera con Galilea, le salieron al encuentro diez leprosos que profesaban la fe judía: uno era samaritano y nueve galileos. Ellos se pararon de lejos, y levantando la voz, decían: «*Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros*». Cuando Jesús los vio, dijo: «*Id, y mostraos a los sacerdotes*». Y mientras iban, quedaron curados. Uno de ellos, que era el samaritano, cuando vio que había quedado limpio de la lepra, volvió atrás glorificando a Dios a grandes voces; y se postró en tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Él le dijo entonces: «*¿Pues no son diez los que fueron curados? ¿Y los otros nueve dónde están? ¿Pues no ha habido quien volviese a Mí, para dar gloria a Dios, sino este samaritano, que los judíos consideran extranjero?*». Y luego le dijo: «*Levántate y vete, que tu fe te ha salvado*».

5. Este leproso curado, que se llamaba Pío, no sólo fue bautizado en aquel momento, sino que también recibió la gracia de la vocación religiosa, a la cual correspondió uniéndose más tarde a los discípulos.

6. Desde Jenín, Jesús, con su Madre y sus dos tías, continuó el viaje cruzando después el Jordán. Ya en Perea, llegó a Betábara, en donde permaneció varios días. Desde aquí, cruzando otra vez el Jordán, fue a Betania, ciudad de Lázaro, a donde llegó el 18 de septiembre del año 33. Aquí, vio con gran gozo, que la comunidad religiosa de los discípulos se había instalado en la casa de Lázaro; y la de las piadosas mujeres, en la casa de Simón el Leproso, ya que éste se había unido a los discípulos. Después, Jesús marchó solo a Betábara de Perea, sin decir adónde iba, y estuvo allí hasta que fue al Templo de Jerusalén con motivo de la fiesta de los Tabernáculos.

Capítulo XXXIV

Comienza la fiesta de los Tabernáculos.

La gente busca a Cristo.

Él se presenta en el Templo y predica

1. La fiesta de los Tabernáculos de aquel año 33, comenzó el día 29 de septiembre tras la puesta del sol, y finalizó el 7 de octubre a la puesta del sol, que era el octavo día, en el que terminaba la fiesta.

2. Durante los cuatro primeros días de la fiesta, aquellos judíos escribas y doctores de la Ley, de las sectas de los fariseos y de los saduceos, al no ver al Maestro en Jerusalén, le buscaban diciendo: «*¿En dónde se hallará Aquél?*». Pues, estaban extrañados de que no estuviese en la fiesta, y si sus Apóstoles y discípulos; los cuales no daban razón de Jesús por ignorar en dónde estaba. Y había gran murmullo acerca de Él entre las gentes. Porque unos decían: «*Jesús es un buen hombre*»; otros, al contrario: «*No lo es, sino que engaña a las gentes*». Y los que hablaban bien del Maestro, lo hacían con mucho cuidado por temor a los judíos principales.

3. El día 4 de octubre de aquel año 33, en medio de la fiesta, Jesús de súbito se desplazó desde Betábara al Templo, en donde se reunió con sus Apóstoles y discípulos; predicando allí intensamente, a pesar de la oposición de sus enemigos, que le perseguían a muerte.

4. Las magistrales enseñanzas de Jesús avivaban más, en aquella muchedumbre judía que le escuchaba, la creencia de que Él era el Mesías, Hijo del Altísimo. Mas, los escribas y doctores de la Ley, de las sectas de los fariseos y de los saduceos, mezclados entre la gente, hacían lo posible para borrar en las mentes de muchos la idea de que el Maestro que les hablaba fuera el Enviado de Dios. Y para ello, los enemigos decían que Él era un carpintero, hijo de padres humildes, y que conocían a toda su familia.

5. Por eso, muchos, al ver la sabiduría de Jesús, se maravillaban y decían: «*¿Cómo sabe Éste las Letras Sagradas, no habiéndolas estudiado?*». Jesús, para reprimir a los perversos que trataban de desacreditarle entre las gentes, y para reafirmar más su condición de

Mesías Enviado, respondió y dijo: *«Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me ha enviado. El que quisiere hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado, conocerá si la doctrina que Yo predico es de Dios, o si Yo hablo de Mí mismo. El que de sí mismo habla, busca su propia gloria; mas, el que busca la gloria de aquel que le envió, es veraz en lo que enseña, y en él no hay fraude alguno»*. Y luego, dirigiéndose a aquellos perversos judíos que le perseguían a muerte, les dijo: *«¿Por ventura no os dio Moisés la Ley, y sin embargo ninguno de vosotros hace lo que manda la Ley? ¿Por qué me queréis matar?»*. Y ellos respondieron: *«Tú tienes el demonio: ¿quién te quiere matar?»*, tratando así de ocultar sus perversas intenciones ante la muchedumbre.

6. Jesús, refiriéndose a la curación del paralítico de Betesda, que Él había obrado el año antes en día de sábado, les respondió, y dijo: *«Yo hice una obra milagrosa en sábado, y todos, aunque os maravillasteis en vuestro interior, sin embargo manifestasteis extrañeza y repulsa; mientras que, habiéndoo dado Moisés la ley de la circuncisión, no porque ella tenga su origen en Moisés, sino en los patriarcas, no dejáis de circuncidar al hombre, aun en día de sábado. Pues, si un hombre puede recibir la circuncisión en sábado para no quebrantar la Ley de Moisés, ¿os ensañáis contra Mí, porque sané en sábado a un hombre en todo su cuerpo? No queráis juzgar por las apariencias, sino juzgad con juicio recto»*. Y comenzaron entonces a decir algunos de Jerusalén: *«¿No es Éste al que buscan para matarle? Pues ved cómo habla en público, y no le dicen nada. ¿Acaso es que nuestros Principes de los Sacerdotes han reconocido realmente que Éste es el Cristo? Mas sabemos de dónde y de qué familia procede Éste; y cuando viniere el Cristo, ninguno sabrá su procedencia»*. Lo cual decían con malicia, ya que sabían que Jesús era el Cristo. Después de esto, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, marchó al Huerto de los Olivos.

Capítulo XXXV

Cristo sigue enseñando en el Templo durante la fiesta

1. El día 5 de octubre de aquel año 33, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, desde Betania fue de nuevo al Templo de Jerusalén. Y Él alzaba la voz, enseñando a la gente. Y a la vez, recriminaba la actitud obstinada de los escribas y doctores de la Ley, de las sectas de los fariseos y de los saduceos, diciendo: *«Vosotros me conocéis, y sabéis de dónde soy, pues no ignoráis que soy el Cristo; y, con todo, Yo, como Hombre, no he venido por cuenta propia, sino que me ha enviado el que es infinitamente veraz, a Quien vosotros no podéis conocer, si no es a través de Mí. Yo sí que le conozco, porque de Él procedo, y Él me ha enviado»*.

2. Jesús dio entonces prueba de la veracidad de su doctrina con grandes milagros, convirtiéndose muchos que le oían. Y los enemigos que se hallaban entre la muchedumbre, al oír las enseñanzas del Maestro, ver

los milagros que hacía y cómo muchos se convertían, quisieron prenderle; mas, ninguno le echó mano, porque todavía no era llegada su hora. Y muchos del pueblo creyeron en Él, y decían: *«Éste es el Cristo; pues, ¿quién puede venir que haga más milagros que los que hace Él?»*. Después de este episodio, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, marchó para Betania.

3. Como oyese el Sanedrín que había muchos del pueblo a favor de Jesús, se reunió aquel mismo 5 de octubre para preparar la captura del Divino Maestro; lo cual querían llevar a cabo al día siguiente.

4. El día 6, Jesús volvió al Templo con sus Apóstoles y discípulos; y en él continuó enseñando. Mas, como los Principes de los Sacerdotes del Sanedrín, instigados por los fariseos espías, habían enviado ministros para que le prendiesen y, además, entre la muchedumbre, había algunos de los que habían fraguado su captura, por eso Jesús les dijo: *«Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo, y después me iré a Aquel que me ha enviado. Entonces, vosotros me buscaréis, y no me hallaréis; y adonde Yo voy, vosotros no podéis venir»*. Con estas palabras, Él les daba a entender que aún no había llegado la hora de su muerte y que, cuando esto sucediese, volvería al Padre, adonde ellos no podrían ir sino a través de Él; por lo que aún tenían oportunidad de conversión, y que más tarde les sería difícil, pues le buscarían y no le hallarían.

5. Y dijeron los judíos entre sí mismos: *«¿A dónde se ha de ir Éste, que no le podamos hallar? ¿Irá quizás entre las naciones esparcidas por el mundo a predicar a los gentiles? ¿Qué significan las palabras que acaba de decir: 'Me buscaréis, y no me hallaréis; y adonde Yo voy a estar, vosotros no podéis venir?' »*.

6. Y los guardias del Templo, un tanto impresionados por las palabras del Maestro, no se atrevieron a capturarle; mas, le vigilaban constantemente.

Capítulo XXXVI

Cristo predica en el Templo de Jerusalén el último día de la fiesta

1. El día 7 de octubre de aquel año 33, era el último día y el más grande de la fiesta de los Tabernáculos. Y Jesús estaba en el Templo con sus Apóstoles y discípulos, y decía en alta voz: *«Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba. Pues, como dice el Libro de Enoc: 'El que cree en el Cristo de Dios, de su interior brotarán ríos de agua viva' »*. Esto dijo de las cuantiosas gracias y carismas que habrían de recibir los que creyesen en Él cuando viniese el Espíritu Santo de forma apoteósica sobre ellos; porque aún no había sido dado el Espíritu Santo de esa manera maravillosa, por cuanto Jesús no había sido todavía glorificado. Él, al terminar su predicación en el Templo, se fue al Monte de los Olivos, como lo hacía todos los días de la fiesta, en compañía de sus Apóstoles y algunos de sus discípulos.

2. Muchas de aquellas gentes, que habían oído las palabras anteriormente pronunciadas por el Maestro, decían de Él: *«Éste verdaderamente es el Profeta, el*

Mesías que esperamos». Y otros decían: *«Éste es el Cristo».* Mas algunos replicaban: *«¿Pues el Cristo ha de venir de Galilea? ¿No dice la Escritura: Que del linaje de David, y de la aldea de Belén, en donde estaba David, ha de venir el Cristo?».* Así que había disensión en el pueblo acerca de Jesús. Y algunos de ellos le querían prender, mas ninguno puso las manos sobre Él.

3. Los guardias del Templo, que habían sido enviados para prender a Jesús, como sospechaban que Él era verdaderamente el Mesías, no se habían atrevido a hacerlo. Por lo que, cuando volvieron a los Príncipes de los Sacerdotes del Sanedrín, los doctores de la Ley fariseos les dijeron: *«¿Por qué no le habéis traído?».* Respondieron los guardias: *«Jamás hombre alguno ha hablado tan divinamente como este Hombre».* Los fariseos les replicaron: *«¿Pues qué, vosotros habéis sido también seducidos? ¿Por ventura ha creído en Él alguno de los Príncipes de los Sacerdotes del Sanedrín? Sino sólo esas gentes del populacho, que no saben la Ley; ¡malditas son!».*

4. Entonces, Nicodemo, aquel que vino a Jesús de noche, que era discípulo oculto suyo y a la vez uno de los miembros del Sanedrín, salió en defensa de Jesús y dio testimonio de que creía en Él, diciendo: *«¿Por ventura nuestra Ley juzga a un hombre sin haberle oído primero y sin informarse de lo que ha hecho?».* Le respondieron y dijeron: *«¿Eres tú también galileo? Escudriña las Escrituras, y entiende que de Galilea no surge el Mesías Profeta»;* aparentando así hipócritamente que desconocían el nacimiento de Jesús en Belén. Mas, como esperaba el Consejo Sanedrítico que sus falsos argumentos serían sabiamente refutados por Nicodemo, al que apoyarian sin duda Gamaliel y José de Arimatea, dio por terminada la sesión no permitiendo hablar a Nicodemo. Por lo que se volvieron cada uno a su casa, desistiendo, por ahora, de capturar a Jesús, en espera de otra ocasión más propicia.

5. Nicodemo había sido acusado despectivamente de discípulo del Señor cuando le llamaron galileo; pues, era sabido que la mayor parte de los Apóstoles y discípulos procedían de esa región; y los judíos despreciaban a los galileos, diciendo farisaicamente que había entre estos muchos gentiles, cuando también los había en la propia Judea y en la misma Jerusalén.

Capítulo XXXVII

Cristo predica otra vez en el Templo.

Episodio de la mujer adúltera.

Parábola del padre de familias.

Acechanza de los judíos

1. El viernes 8 de octubre del mismo año 33, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, volvió por la mañana al Templo. Y vino a Él todo el pueblo, por lo que sentado en un atrio terrizo, les enseñaba. Y los escribas fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio, y la pusieron en medio. Y le dijeron a Jesús: *«Maestro, esta mujer ha sido ahora sorprendida cometiendo adulterio. Y Moisés nos mandó en la Ley*

apedrear a las que cometen tal delito. ¿Pues Tú, qué opinas?». Y esto lo dijeron para tenderle un doble lazo: pues, si Jesús opinaba públicamente que debían matarla por su adulterio, le acusarían ante el Procurador romano de que usurpaba su poder, ya que la pena de muerte prescrita en la Ley de Moisés, no se podía llevar a cabo ahora, sin la venia de las autoridades romanas. Y si, por el contrario, Jesús la absolvía, le acusarían, ante todos, de prevaricador y enemigo de la Ley de Moisés. Mas Jesús, inclinado hacia abajo, se puso a escribir con el dedo en tierra los pecados de aquellos que acusaban a la mujer. Y como insistiesen en preguntarle, Jesús se enderezó, y les dijo: *«El que entre vosotros esté sin pecado, tire el primero la piedra contra ella».* Y esto lo dijo, no porque ellos llevaran piedras en las manos, sino para indicarles que merecían también castigo por sus pecados. Y Jesús, inclinándose de nuevo, continuaba escribiendo en tierra. Aquellos hipócritas acusadores, al ver allí escritas sus propias maldades y oír lo que Jesús les decía, salieron los unos en pos de los otros, llenos de vergüenza y horror, comenzando por los más ancianos, de manera que quedaron Jesús y la mujer, que estaba de pie, en medio de la gente.

2. Entonces, aquella pecadora mujer, llamada Licinia, al ver la bondad del Maestro, movida por la gracia, se arrepintió sinceramente de sus pecados; lo cual manifestó arrodillándose a los pies de Jesús con lágrimas de gratitud. Por eso, Él le dijo: *«¿Mujer, en dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?».* Dijo ella: *«Ninguno, Señor».* Y dijo Jesús: *«Ni Yo te condenaré: Vete, y no quieras pecar ya más»;* anunciándole también a ella que pronto recibiría las aguas bautismales.

3. Jesús dirigió su divina palabra a la mujer y a los muchos que allí estaban. Y le dijo uno: *«Señor, ¿son pocos los que se salvan?».* Y Él respondió: *«Esforzaos a entrar por la puerta angosta que conduce a la salvación; porque os digo que muchos pretenderán luego entrar, y no podrán».* Y para que comprendiesen mejor esta enseñanza, les propuso la siguiente parábola: *«Cuando el padre de familias hubiere entrado y cerrado la puerta, los que de vosotros hubiereis quedado fuera, comenzarán a llamar a la puerta diciendo: 'Señor, ábrenos'; y Él os responderá: 'No sé de dónde sois vosotros'. Entonces, comenzarán a decir: 'Delante de Ti comimos y bebimos, y en nuestras plazas enseñaste'. Y os dirá: 'No sé de dónde sois vosotros; apartaos de Mí todos los obradores de la iniquidad'. Y entonces veréis a Abrahán, y a Isaac, y a Jacob, y a todos los profetas en el Reino de Dios. Y vendrán de oriente y de occidente, y de aquilón y del austro, y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios; mas, vosotros seréis arrojados fuera, y allí será el llanto y crujir de dientes. Y he aquí que los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos».*

4. Jesús, con la anterior parábola, hablaba de la apostasía de la mayor parte de los judíos; y que, si estos no se convertían, muchos de los gentiles ocuparían sus puestos en los Cielos; por lo que, siendo estos los últi-

mos en ser llamados al Reino de Dios, serían los primeros; mas, los judíos, que habían sido los primeros en ser llamados, serían los últimos: unos, porque jamás gozarían de ese Reino eterno; y otros, porque se convertirían después. Aunque la conversión en masa del Pueblo Judío, no será hasta el fin de los tiempos.

5. Los fariseos, aprovechando la oportunidad de que Herodes Antipas se hallaba en Jerusalén para la fiesta de los Tabernáculos, se acercaron a Jesús y, con el fin de intimidarle, le dijeron: «*Sal del Templo y retírate a otra parte, porque Herodes te quiere matar*». Lo cual no era cierto, pues Herodes nunca intentó matar a Cristo, aunque sintiese irresistible rechazo por su divina doctrina, tan opuesta a las costumbres depravadas del monarca.

6. Sin embargo, Jesús, para mostrarles que nada temía, y, además, para dejar clara su postura recriminatoria contra los vicios de Herodes, les dijo: «*Id y decid a aquel zorro que Yo lanzo demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día será consumado. Pues es necesario que Yo ande hoy y mañana, y otro día, porque no cabe que un Profeta muera fuera de Jerusalén*». Y esto lo decía Jesús, sobre todo, para que dichos fariseos y el Sanedrín supiesen que nadie impediría a Él sus predicaciones en Jerusalén con motivo de esta pasada fiesta de los Tabernáculos, ni tampoco con motivo de las próximas fiestas de la Dedicación y de la Pascua; y que, por tanto, vendría también a Jerusalén durante estas dos últimas fiestas hasta que le matasen en el día 15 de Nisán, o sea, en el segundo día de la Pascua, por ser Jerusalén la ciudad propicia para ello, dada su obstinada impiedad; como lo fue para algunos de los profetas también aquí inmolados.

7. Y seguidamente Jesús, embargado de profunda tristeza, dijo: «*Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti. ¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos como la gallina recoge sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste! He aquí que os será dejada desierta vuestra casa. Y os digo, que no me veréis hasta que venga el tiempo en que digáis: '¡Bendito el que viene en el Nombre del Señor!'*». Cristo, con estas palabras, no sólo se lamentaba de la ciudad, sino que le echaba en cara sus perversidades y la hacía responsable de la corrupción y apostasía del Pueblo Judío, vaticinando la destrucción de Jerusalén, y por consiguiente la del Templo; indicando así que, en Jerusalén, antes de matarle, le aclamarían con las mismas alabanzas. Y además, que tras su actuación decidida, este pueblo ingrato no lo reconocería como el Hijo de Dios hasta poco antes de su Segunda Venida Gloriosa.

Capítulo XXXVIII

Cristo predica en el gazofilacio del Templo de Jerusalén.

Cristo, Luz del mundo

1. Al día siguiente, 9 de octubre, Jesús visitó de nuevo el Templo con sus Apóstoles y discípulos, predicando en el gazofilacio, que era donde se entregaban las ofrendas.

2. Y así habló Jesús diciendo: «*Yo soy la Luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la Luz de la vida sobrenatural*». Y los fariseos le dijeron: «*Tú das testimonio de Ti mismo, por eso tu testimonio no es idóneo, ni por lo tanto digno de fe*». Jesús les respondió, y dijo: «*Aunque Yo de Mi mismo doy testimonio, mi testimonio es verdadero porque sé de dónde vine, ya que soy el Enviado del Padre, y a dónde voy, porque a Él he de volver; mas vosotros, por vuestra hipocresía y orgullo, al no querer reconocerme como Mesías, pretendéis ignorar de dónde vengo y a dónde voy*».

3. Y siguió diciendo Jesús a aquellos fariseos: «*Vosotros juzgáis de Mi sin rectitud de conciencia, sino de acuerdo a la mundanidad de vuestra carne y costumbres corrompidas. Mas Yo no juzgo así a nadie; ya que, si juzgo Yo, mi juicio es idóneo y por lo tanto verdadero, porque no soy Yo solo el que da testimonio de Mi, sino Yo y el Padre que me ha enviado. Y en vuestra Ley está escrito, que el testimonio de dos hombres es idóneo y por lo tanto digno de fe. Yo soy, pues, el que doy testimonio de Mi mismo; y además, el Padre que me ha enviado da también testimonio de Mi*».

4. Y decían a Jesús aquellos fariseos con refinada malicia: «*¿En dónde está tu Padre?*». Respondió Jesús: «*Como no queréis reconocerme a Mi, no reconocéis al Padre. Si me reconocierais a Mi, en verdad reconoceríais también a mi Padre*». Estas palabras dijo Jesús en el gazofilacio, enseñando en el Templo; y ninguno le echó mano, porque no había venido aún su hora.

Capítulo XXXIX

Otra predicación de Cristo en el Templo de Jerusalén

1. El domingo día 10 de octubre del mismo año 33, por la tarde, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, fue desde Betania al Templo para enseñar. En esta ocasión, se habían reunido un buen número de escribas y doctores de la Ley, de las sectas de los fariseos y de los saduceos, y otros judíos principales; por lo que las enseñanzas del Maestro fueron dirigidas más especialmente a ellos; a quienes dio una especialísima oportunidad de conversión, llenándoles de inspiraciones y de luces interiores.

2. Jesús les dijo: «*Yo me voy a ir pronto, y aún tenéis oportunidad de conversión. Pues, después que me haya ido, vosotros me buscaréis, y no me hallaréis. Y vuestro pecado de apostasía os acarreará la muerte eterna de vuestras almas. Pues, a donde Yo voy, vosotros no podéis venir si no es a través de Mi*». Y decían los judíos, unos con malicia y otros por ignorancia: «*¿Por ventura querrá matarse a Sí mismo? pues ha dicho: Adonde Yo voy, vosotros no podéis venir*». Y Jesús les decía: «*Vosotros, como puras criaturas, sois de aquí abajo; mas, Yo soy el Hijo del Altísimo, y, por tanto, soy de arriba, del Cielo. Vosotros, pues, sois de este mundo, Yo no soy de este mundo. Por eso, con razón os digo que vuestro pecado acarreará la muerte eterna de vuestras almas; ya que, para lograr la vida*

eterna, es necesario que reconozcáis que Yo soy el Hijo de Dios».

3. Y como entre aquellos escribas, doctores de la Ley y otros judíos principales, que escuchaban al Señor, los había de condición perversa y otros de mejores disposiciones, los primeros, aparentando ignorar quién era Jesús, y los segundos para asegurarse más en el misterio que encerraba su Divina Persona, le dijeron: «¿Tú, quién eres?». Jesús les dijo: «Yo soy el Principio de todas las cosas, Yo soy el mismo Dios que os hablo. Muchas cosas tengo de qué reprocharos y condenaros por vuestra obstinación en el pecado de no querer reconocerme, pues he dado suficiente testimonio de que soy el Enviado de Dios Padre. Y aquel que me ha enviado en todo es veraz, y Yo, lo que oí a Él, es lo que hablo en este mundo».

4. A pesar de las palabras de Jesús, aquellos judíos de condición perversa aparentaron que no entendían, para así ellos seguir con su obstinada postura de no querer reconocerle como Hijo del Altísimo. Jesús, para mover más sus almas a la conversión, les iluminó en su interior acerca del misterio de su Pasión y Muerte, y también así les previno que, si ellos seguían con su obstinado rechazo de la gracia, serían del número del pueblo deicida que le crucificaría.

5. Y finalmente, Él les dijo: «Cuando hayáis levantado en la Cruz al Hijo del Hombre, entonces aun conoceréis más quién soy Yo; y que, en cuanto Hombre, nada hago de Mí mismo, sino que hablo lo que mi Padre me ha enseñado, y que, el que me ha enviado, mi Padre Celestial, está siempre conmigo, y nunca me ha dejado solo: porque, en cuanto Dios, Yo soy una misma cosa con Él; y en cuanto Hombre, Yo hago siempre lo que a Él agrada». Jesús se estaba refiriendo a los grandes prodigios que acaecerían a su Muerte en el Calvario, y sobre todo a su gloriosa Resurrección; y que estas grandes señales serían la prueba mayor y última que les daba de su condición de Hijo de Dios y Mesías Enviado. Y que, sin embargo, en el Calvario, la mayoría de los que le iban a crucificar, se obstinarían más en no querer reconocerle, consumando así su apostasía como pueblo deicida.

6. Con las magistrales enseñanzas de Jesús, acompañadas de inspiraciones y luces interiores, no pocos de dichos escribas, doctores de la Ley y otros judíos principales que tenían mejores disposiciones, aun no entendiendo en su magnitud todo lo que habían oído, aceptaron por entonces las enseñanzas del Divino Maestro, manifestando creer en Él, y lo mismo muchas gentes sencillas del pueblo.

Capítulo XL

Cristo disputa en el Templo de Jerusalén con los judíos

1. Al día siguiente, 11 de octubre de aquel año 33, Jesús subió de nuevo al Templo por la tarde con sus Apóstoles y discípulos. Y aquellos escribas, doctores de la Ley y otros judíos principales que habían creído por la predicación del día anterior, buscaron a Jesús. Y Él les decía: «Si vosotros perseverareis en mi pala-

bra, verdaderamente seréis mis discípulos, y conoceréis más la verdad, y la verdad os hará libres».

2. Mas, algunos de estos que habían creído, inducidos por aquellos fariseos y saduceos que siempre se opusieron a las enseñanzas del Maestro, respondieron a Éste: «Nosotros somos descendientes de Abrahán, y jamás hemos sido esclavos de nadie; ¿cómo dices Tú que llegaremos a ser libres?». Por lo que aparentaban así no comprender que Jesús se refería a la liberación de la esclavitud del pecado por medio de la gracia. Por eso, Él se lo recalcó aún más, diciéndoles: «En verdad, en verdad os digo que todo aquel que comete pecado, esclavo es del pecado; y mientras se es esclavo del pecado, no se tiene derecho a la gloria eterna, ya que ésta está reservada para los que posean la filiación divina. Pues, si el Hijo del Altísimo os hiciere libres con su gracia, verdaderamente seréis libres de la esclavitud del pecado y alcanzaréis la dignidad de hijos de Dios».

3. Jesús también les dijo: «Yo sé que sois hijos de Abrahán según la carne, y no según el espíritu. Mas, me queréis matar porque mi palabra no halla cabida en vosotros, ya que la rechazáis. Yo hablo lo que he visto en mi Padre, y vosotros hacéis lo que veis en vuestro padre Satanás». Y aquellos judíos respondieron: «Nuestro padre es Abrahán». Mas Jesús les replicó: «Si fueseis hijos de Abrahán, haríais las obras de Abrahán. Mas ahora me queréis matar, cuando Yo, como Hombre también que soy, os he dicho la verdad que oí de Dios. Abrahán no hizo lo que vosotros hacéis».

4. «Vosotros, pues, hacéis las obras de vuestro padre, Satanás». Y los judíos le dijeron: «Nosotros no somos hijos de Satanás. Un solo Padre tenemos, que es Dios». Y Jesús les dijo: «Si Dios fuese vuestro Padre, ciertamente me amaríais. Porque Yo procedo de Dios y he venido de parte de Dios. No he venido, pues, de Mí mismo, sino que Él me ha enviado. ¿Por qué, pues, no queréis entender este mi lenguaje? Y es porque no podéis soportar mi Divina Palabra. Vosotros sois hijos del diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre, Satanás; el cual, siendo al principio un ángel justo, no permaneció en la verdad al rebelarse contra Dios; y desde entonces tiene la misión homicida de arrastrar las almas al pecado. Por eso, en Satanás no hay verdad; y dice mentira porque es de suyo mentiroso y padre de la mentira. Y sin embargo, a Mí, que soy el Hijo de Dios, no me queréis creer porque os digo la verdad. ¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado? ¿Si os digo la verdad, por qué no me queréis creer? El que es de Dios, oye las palabras de Dios. Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios».

5. Y aquellos judíos, cada vez más obstinados y furiosos, le dijeron a Jesús: «¿No decimos bien nosotros que Tú eres samaritano y que estás endemoniado?». Jesús respondió: «Yo no estoy endemoniado, sino que honro a mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado a Mí. Yo no busco mi gloria: Dios, mi Padre, es el que

busca mi gloria y hará justicia contra aquellos que me injurian».

6. Mas viendo el Maestro que la mayoría de los escribas, doctores de la Ley y otros judíos principales, que habían manifestado el día anterior creer en Él, se iban pasando al lado de sus enemigos, les dijo, con el fin de atraerles: *«En verdad, en verdad os digo: que, el que observare mi doctrina no morirá eternamente».* Sin embargo, salvo alguna excepción, aquellos judíos que habían manifestado creer en Jesús el día anterior, se enfrentaron de nuevo a Él abiertamente, diciéndole: *«Ahora, verdaderamente, nos convencemos que estás endemoniado. Pues, Abrahán y los profetas murieron; y, sin embargo, Tú dices: 'El que observare mi doctrina, no morirá eternamente'. ¿Por ventura eres Tú mayor que nuestro padre Abrahán, el cual murió, y que los profetas, que también murieron? ¿Tú por quién te tienes?».* Jesús les respondió: *«Si Yo me glorificase a Mí mismo, diríais que mi testimonio no vale nada. Pero es mi Padre el que me glorifica, aquel que vosotros decís que es vuestro Dios. Vosotros no lo conocéis, mas Yo lo conozco. Y si dijere que no lo conozco, seré mentiroso como vosotros. Mas le conozco, y guardo su palabra».*

7. La disputa llegó a su colmo cuando Jesús les dijo: *«Abrahán, vuestro padre, deseó ver con ansia este mi día: y por eso vio anticipadamente por visión, y se gozó de ello».* Y los judíos, con refinada malicia, le dijeron: *«¿Aún no tienes cincuenta años, y has visto a Abrahán?».* Jesús les dijo: *«En verdad, en verdad os digo: que antes que Abrahán fuera criado, Yo soy».* Y aquellos pérfidos judíos recordaron que las palabras *«Yo soy»* las había pronunciado también Dios en el Sinaí para denominarse a Sí mismo; y que, al hacerlo ahora Jesús con la misma intención, se proclamaba Dios. Tomaron entonces piedras para tirárselas; mas Jesús se ausentó de ellos haciéndose invisible. Esta disputa sucedió en el Pórtico de Salomón, junto a la Puerta Dorada del Templo.

8. Antes que Jesús diera fin a la disputa con aquellos judíos, los Apóstoles y discípulos se habían marchado del Templo, por indicación del Maestro; el cual se reunió con ellos en el Huerto de los Olivos, y desde aquí fueron todos a Betania, desistiendo por ahora de volver a visitar el Templo.

Capítulo XLI

Cristo cura a un ciego de nacimiento

1. El sábado 16 de octubre de aquel año 33, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, se dirigió desde Betania al Huerto de los Olivos, tomando el camino hacia el valle del Cedrón. Ya cerca de Jerusalén, al pasar junto a la piscina de Siloé, Jesús vio un hombre ciego de nacimiento, llamado Sidonio, de edad de treinta años, que pedía limosna. Los Apóstoles y discípulos, cuando vieron al ciego, le preguntaron a Jesús: *«Maestro, ¿qué pecados son la causa de que éste haya nacido ciego: los suyos o los de sus padres?»;* pues era muy común entre los judíos atribuir siempre las enferme-

dades y otras desgracias a los pecados propios o de los antepasados, e incluso a los pecados futuros. Mas, Jesús respondió: *«No es por culpa de éste ni de sus padres, sino que ha nacido ciego para que las obras del poder de Dios se manifiesten en él. Es necesario que Yo realice las obras de Aquel que me envió mientras esté en la tierra, para que crean en Mí; ya que, después de mi muerte mi labor mesiánica habrá concluido. Pues, mientras estoy en el mundo, debo dar testimonio de que Yo soy la Luz del mundo».*

2. Cuando esto hubo dicho, escupió en tierra e hizo lodo con la saliva, y ungió con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: *«Vete y lávate en la piscina de Siloé»:* que quiere decir *«Enviado»*. Sidonio fue, se lavó y dejó de ser ciego. Después, Jesús y sus discípulos siguieron su camino al Huerto de los Olivos.

Capítulo XLII

Los fariseos persiguen a Sidonio y le expulsan de la Sinagoga

1. Poco después que Sidonio dejara de ser ciego, fue a su casa en Ofel, barrio de Jerusalén. Los vecinos y los que le habían visto antes pedir limosna, decían: *«¿No es éste el ciego que estaba sentado y pedía limosna?».* Unos decían: *«Éste es».* Mas, otros decían: *«No es ese, sino alguno que se le parece».* Mas Sidonio decía: *«Sí que soy yo».* Entonces le preguntaban: *«¿Cómo se te han abierto los ojos, y ves?».* Respondió Sidonio: *«Aquel que se llama Jesús hizo lodo y ungió mis ojos, y me dijo: 'Vete a la piscina de Siloé, y lávate'. Y fui, me lavé, y veo».* Y dijeron a Sidonio: *«¿En dónde está Aquel que te dio la vista?».* Él respondió: *«No lo sé».*

2. Mas, algunos, escandalizados, llevaron a los fariseos al que antes había sido ciego, ya que era sábado cuando Jesús preparó el lodo y le abrió los ojos. Los fariseos, después de interrogarle y conocer cómo Jesús le había curado, llevaron a Sidonio a la sinagoga de Jerusalén a la que él pertenecía. Y ya en presencia del príncipe de la sinagoga, de nuevo le preguntaron los fariseos cómo había recibido la vista. Y él les dijo: *«El que me curó, puso lodo sobre mis ojos, y me lavé, y veo».* Y decían de Jesús algunos de los fariseos: *«Ese hombre no es de Dios, pues no guarda el descanso del sábado».* Y otros decían: *«¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos milagros?».* Y había disensión entre ellos. Y volvieron a decir a Sidonio: *«¿Y tú, qué dices de Aquel que abrió tus ojos?».* Y él dijo: *«Que es el Cristo, el Profeta».* Mas, los judíos no querían creer de él que hubiese sido ciego y que hubiese recibido la vista; por lo que llamaron a los padres del que había recibido la vista; y les preguntaron: *«¿Éste es vuestro hijo, de quien vosotros decís que nació ciego? ¿Pues cómo ve ahora?».* Sus padres les respondieron: *«Sabemos que este es nuestro hijo, y que nació ciego; mas no sabemos cómo ahora tiene vista; ni tampoco sabemos quién le ha abierto los ojos; preguntádselo a él, que edad tiene suficiente para que hable por sí mismo».* Esto dijeron los padres de Sidonio, porque temían a los judíos, ya que estos habían acordado que, si

alguno confesaba a Jesús por el Cristo, fuese echado de la Sinagoga. Por eso dijeron sus padres: *«Edad tiene para contestar por sí mismo, preguntadlo a él»*. Pues, esta medida de expulsar de la Sinagoga al que confesare que Jesús es el Cristo, había sido tomada por la máxima jerarquía levítica, a instancia de algunos influyentes sanedritas, tras la disputa que tuvo Jesús con los fariseos el día 11 de octubre, y por la que intentaron apedrearle. Después del interrogatorio en la sinagoga a Sidonio y a sus padres, los tres marcharon.

3. Pasado un rato, los fariseos volvieron a llamar al hombre que había sido sanado de la ceguera; por lo que Sidonio, que se hallaba en su casa del barrio de Ofel, fue de nuevo a la sinagoga, y allí le dijeron: *«Da gloria a Dios, y no al que tú dices que te ha curado, pues sabemos que ese hombre es un pecador»*. Y Sidonio les dijo: *«Si vosotros decís que es pecador, yo os digo que no lo es; y, además, os vuelvo a decir: que habiendo yo sido ciego, ahora veo»*. Y ellos le dijeron de nuevo: *«¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?»*. Sidonio les respondió: *«Ya os lo he dicho y lo habéis oído. ¿Por qué lo queréis oír otra vez? ¿Por ventura queréis vosotros haceros también sus discípulos?»*, expresión irónica con la que él también revelaba que era seguidor de Jesús. Y los fariseos maldijeron a Sidonio y le dijeron: *«Sé tú discípulo suyo, que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios habló a Moisés; mas, el que tú dices que te ha curado, no sabemos ni quién es, ni de dónde viene»*; con lo cual fingían ignorar quién era Jesús. Y Sidonio les respondió: *«Esto es lo admirable, que vosotros no sabéis de dónde es el que me ha curado, y sin embargo Él abrió mis ojos. Y sabemos que Dios no oye a los pecadores soberbios; mas, sí oye al que es temeroso de Dios, y hace su voluntad. Nunca se ha oído que abriese alguno los ojos de un ciego de nacimiento. Y si Éste, el que me ha curado, no fuese el Enviado de Dios, no podría hacer nada de lo que ha hecho»*. Los fariseos respondieron a Sidonio: *«Saliste del vientre de tu madre en pecado, ¿y tú quieres enseñarnos?»*. Y echaron a Sidonio fuera de la Sinagoga, y él volvió de nuevo a su casa.

Capítulo XLIII

Cristo visita a Sidonio y le bautiza

1. El mismo sábado, día 16 de octubre, Jesús, que había oído que a Sidonio le habían echado de la sinagoga, fue a visitarle a su casa y cuando le halló le dijo: *«Sidonio, ¿crees tú en el Hijo de Dios?»*. Y él respondió: *«¿Quién es, Señor, para que crea en Él?»*. Manifestando así que no había tenido ocasión de ver con sus ojos al que le había curado; por lo que aún no lo conocía, mas que lo deseaba ardientemente para mostrarle su agradecimiento y su fe en Él. Y Jesús le dijo: *«Tú has visto su obra en ti, y ahora lo ves con los ojos. Yo soy, el que habla contigo»*. Y Sidonio dijo a Jesús: *«Creo, Señor»*. Y postrándose, le adoró.

2. Poco después, Jesús llevó a Sidonio a la piscina de Siloé. Y allí, en presencia de muchos que le habían

seguido, le bautizó. Luego, Jesús, dirigiéndose principalmente a los fariseos que se hallaban presentes, dijo: *«Yo vine a este mundo para ejercer un justo juicio: para que vean los que no ven; y para que los que por su soberbia presumen de que ven, queden ciegos»*; refiriéndose Jesús no a la visión corporal, sino a la del alma. Y al oír esto los fariseos que estaban allí, dijeron a Jesús: *«¿Pues qué, nosotros somos también ciegos?»*, vanagloriándose así de los conocimientos que poseían sobre las Escrituras. Y Jesús les dijo: *«Si fuéis ciegos, no habría en vosotros culpa de no reconocerme como el Mesías; mas, porque vosotros decís 'vemos', vanagloriándoos de conocedores de las Sagradas Escrituras, no tenéis excusa alguna para no reconocer en Mí el cumplimiento de las mismas. Por lo tanto, como veis la verdad y al mismo tiempo seguís rechazándola, por eso permanece en vosotros el pecado contra el Espíritu Santo»*.

Capítulo XLIV

Cristo predica junto a la sinagoga de Ofel.

Alegoría del Buen Pastor

1. Aquel sábado 16 de octubre del año 33, por la tarde, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, predicó junto a la sinagoga de Ofel, en donde refirió la alegoría del Buen Pastor; pues eran muchos los que se habían congregado allí por la curación de Sidonio. Jesús comenzó diciendo: *«En verdad, en verdad os digo: Que el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, es el pastor de las ovejas. A éste le abre el portero, y las ovejas oyen su voz, y él llama a cada una de sus ovejas por el nombre, y las saca fuera a los buenos pastos. Y cuando ha sacado fuera sus ovejas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas a un extraño no le siguen, sino que huyen de él porque no conocen la voz de los extraños»*. Esta alegoría les puso Jesús, mas no entendieron lo que les decía.

2. Por eso, Jesús les dijo otra vez: *«En verdad, en verdad os digo, que Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que hasta ahora han venido delante de Mí para desviar a las ovejas del camino que conduce al verdadero redil, son ladrones y salteadores, y por eso mis ovejas no los han escuchado. Yo soy la puerta. Quien por Mí entrare, se salvará; y entrará, y saldrá sin tropiezo y hallará pastos buenos y abundantes. El ladrón no viene sino para robar, para matar y para perder a las ovejas de mi rebaño. Mas, Yo he venido para que las ovejas tengan vida sobrenatural, y cada vez con más abundancia»*.

3. *«Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Mas, el mercenario o asalariado, que no es el propio pastor, de quien no son propias las ovejas, cuando ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo arrebató y dispersa el rebaño. Y el mercenario huye porque es asalariado, y no tiene interés alguno por las ovejas. Yo soy el Buen Pastor. Conozco mis ovejas, y mis ovejas me conocen a Mí»*.

Así como el Padre me conoce a Mí, así conozco Yo al Padre y doy mi vida por mis ovejas».

4. *«Yo tengo también otras ovejas que no son de este mi redil, y es necesario que Yo las traiga, y oirán mi voz, y así habrá un solo rebaño y un solo Pastor».* Jesús se está refiriendo a todos aquellos que, no estando en la verdadera Iglesia, lleguen después a convertirse para formar parte de Ella: la cual es el redil de la salvación. La predicción de un solo rebaño y un solo Pastor, tendrá su total cumplimiento en el Reino Mesianico; en donde, todos los hombres, al estar dentro del verdadero redil, reconocerán a Cristo como único y verdadero Pastor.

5. Jesús dio otras muchas enseñanzas, diciendo finalmente: *«Por eso me ama el Padre, porque Yo doy mi vida por mis ovejas, para después recobrarla; ningún hombre tiene poder para quitarme a Mí la vida; Yo la doy voluntaria y generosamente para la salvación de los hombres. Pues, como Dios que soy, poder tengo para dar mi vida muriendo en mi Humanidad; y poder tengo para recobrar mi vida, resucitándome; pues, el mandamiento que recibí de mi Padre es morir para luego resucitar».* Y hubo nuevamente disensión entre los judíos por estas palabras. Y muchos de ellos decían de Jesús: *«Está endemoniado, y está loco. ¿Por qué le escucháis?».* Mas, otros decían: *«Estas palabras no son de endemoniado. ¿Por ventura puede el demonio abrir los ojos de los ciegos?».*

Capítulo XLV

Cristo regresa a Betania con los Apóstoles y discípulos

1. El mismo sábado 16 de octubre, Jesús, tras su predicación en Ofel, retornó a Betania con sus Apóstoles y discípulos. Durante el camino, los Apóstoles cavilaban sobre las ovejas que Él había dicho que tenía en otro redil; lo cual les llevó a relacionarlas con aquel exposeso de Gerasa que habían visto lanzar demonios en la región de Decápolis en nombre de Jesús. Entonces Juan, tomando la palabra, dijo: *«Maestro, hemos visto a uno que lanzaba los demonios en tu Nombre, y se lo hemos prohibido, pues no te sigue a Ti con nosotros».* Y dijo Jesús: *«No se lo prohibáis, porque no hay ninguno que haga un milagro en mi Nombre, y que pueda luego decir mal de Mí. Porque el que no está contra vosotros, con vosotros está».*

2. Jesús, sin revelarles el misterio de la misión encomendada a los dos exposesos de Gerasa, daba a entender a los Apóstoles y discípulos que, aquel que vieron lanzar demonios en su Nombre, pertenecía también al número de sus discípulos.

Capítulo XLVI

Cristo, en compañía de los Profetas Elías, Enoc y Moisés, viaja al Monte de Ananías o Monte Sinaí, y después a Egipto

1. Jesús, antes de emprender el viaje, dijo a sus Apóstoles y discípulos que, por algún tiempo, nada sabrían de Él; y que allí, en Betania, quedaba su Divina Madre para dirigirles y cuidarles.

2. El domingo 17 de octubre del año 33, Jesús salió solo de Betania; y al llegar a Betábara de Perea, junto al río Jordán, se reunió con los tres Santos Profetas Elías, Enoc y Moisés; los cuales habían venido del Planeta de María, sin manifestar visiblemente en sus cuerpos las cualidades gloriosas que allí poseen, aparentando, además, una edad joven. El 24 de octubre de aquel mismo año, Jesús, en compañía de los tres, llegó a un lugar solitario y apartado de las inmediaciones del Monte de Ananías o Monte Sinaí u Horeb, en donde se hallaban los tres reyes Melchor, Gaspar y Baltasar, entregados a Dios en la soledad, mediante penitencias y oraciones. Jesús les instruyó en los misterios del Reino de Dios, bautizándolos después; en cuya ceremonia estuvo presente también la Divina María, que para ello se apareció allí sin dejar de ser vista en Betania. El gozo de los tres ancianos Reyes fue indescriptible, al poder vivir junto al Divino Maestro durante varios días y recibir de Él gracias extraordinarias.

3. El miércoles 27 de octubre de aquel año 33, después de despedirse de los Reyes Magos, Jesús dirigióse a Egipto en compañía de los Profetas Elías, Enoc y Moisés, entrando el día 30 de octubre en Heliópolis, hoy El Cairo; ciudad en la que Él vivió con sus Padres cuando niño a causa de la persecución de Herodes. Jesús realizó un gran apostolado en Egipto, y las gentes sencillas que le habían tratado en su niñez, al verle ahora se llenaron de un gozo sublime, ya que siempre sintieron gran veneración por la Sagrada Familia. Jesús, durante su estancia en Egipto, realizó grandes milagros y conversiones; y muchos se hicieron discípulos suyos, entre ellos Lucas, a los que adocrinó más especialmente para que, después de su marcha, predicasen el Reino de Dios a sus compatriotas. Sin embargo, no le faltó al Señor, durante este apostolado, la oposición de muchos de los judíos que allí vivían. Lucas se uniría definitivamente a los Apóstoles y discípulos días antes de la Muerte del Señor.

4. El martes 23 de noviembre, Jesús, con los tres santos Profetas, salió de Heliópolis, llegando a Betábara de Perea el día 7 de diciembre de aquel año 33, desapareciendo poco después Elías, Enoc y Moisés.

5. Durante este viaje, tanto a la ida como a la vuelta, Jesús y los tres santos Profetas llevaron a cabo un gran apostolado.

Capítulo XLVII

Cristo va desde Betábara de Perea al Templo de Jerusalén, en la fiesta de la Dedicación.

Los judíos intentan apedrear y prender a Cristo

1. El martes 7 de diciembre, día solemne de la fiesta de la Dedicación en aquel año 33, Jesús, que tras su viaje a Egipto se hallaba en Betábara de Perea, se desplazó de súbito al Templo. Era un día como de invierno, pues llovía y hacía frío. Cuando Jesús se paseaba en el Templo por el pórtico de Salomón, los judíos le rodearon y le dijeron: *«¿Hasta cuándo tendrás nuestra alma inquieta por la incertidumbre? Si Tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente».* Y esto lo decían, no

porque ellos ignorasen quién era Jesús, sino para buscar así ocasión para condenarle por sus propias palabras. Y Jesús les respondió: *«Os lo estoy diciendo, y no queréis creerme. Las obras que Yo hago en nombre de mi Padre, éstas están dando testimonio de Mi. Mas vosotros no queréis creer en Mi, porque no sois de mis ovejas. Pues, mis ovejas oyen mi voz, y Yo las conozco, y ellas me siguen. Y Yo les doy la vida de la gracia, y no se perderán jamás, y ninguno las arrebatará de mis manos. Pues mi Padre, que me las ha entregado, es superior a todos, e incluso a Mi en cuanto Hombre, y nadie puede arrebatar nada de las manos de mi Padre ni de las mías; pues, el Padre y Yo en cuanto Dios, somos una misma cosa».*

2. Entonces los judíos tomaron piedras con intención de apedrear a Jesús. Mas, Él les respondió: *«Muchas buenas obras os he mostrado a vosotros de parte de mi Padre. ¿Por cuál de ellas me queréis apedrear?».* Los judíos le respondieron: *«No te queremos apedrear por ninguna obra buena, sino por blasfemia, ya que Tú, siendo solamente hombre, te autoproclamas Dios».* Y Jesús les respondió: *«¿No está escrito en el Libro de Enoc: 'dioses sois'? Pues, si Dios llamó dioses a aquellos a quienes dirigió su palabra y al aceptarla recibieron la Gracia, y las Escrituras no pueden equivocarse, ¿cómo a Mi, que, en cuanto Dios soy la Infinita Santidad, y en cuanto Hombre recibí del Padre su misma Santidad Infinita, y que me envió al mundo para transmitir su palabra, vosotros decís que blasfemo, porque he dicho: Soy Hijo de Dios? Si no hiciese las obras de mi Padre, razón tendríais en negaros a creer en Mi. Mas, como Yo hago las obras de mi Padre, aun cuando no queráis darme crédito, dádselo a mis obras a fin de que reconozcáis, y no rechacéis maliciosamente, que el Padre está en Mi y Yo estoy en el Padre».* Y aquellos pérfidos judíos, no pudiendo resistir las palabras de Jesús llenas de sabiduría y de verdad, quisieron prenderle; mas, Él se hizo invisible ante ellos, y así salió de entre sus manos.

3. Jesús, pues, estando solo, se había enfrentado en el Templo a sus enemigos, para mostrarles que no les temía, y darles señal de que, mientras no llegase su hora, nada podrían contra Él. Tras este altercado, Él marchó a Betania, reuniéndose allí con sus Apóstoles y discípulos; los cuales, por consejo de la Divina María, no habían ido al Templo para la fiesta, ya que la Ley tampoco obligaba.

Capítulo XLVIII

Cristo se retira con sus Apóstoles y discípulos a Betábara de Perea

1. El día 9 de diciembre, cuando aún quedaban cinco días para que finalizara la fiesta de la Dedicación, Jesús, con sus Apóstoles y algunos de sus discípulos, se fue otra vez a Betábara de Perea, en la ribera oriental del Jordán, lugar en donde primero estuvo bautizando Juan Bautista. Durante el camino, le siguieron muchas gentes, entre ellas enfermos.

2. Y una vez que estuvo allí en Betábara de Perea, vinieron también a Él muchos, y de nuevo les enseñaba a todos como solía y les sanaba sus enfermedades. Y las gentes decían: *«Juan Bautista en verdad no hizo ningún milagro. Mas, todas las cosas que Juan dijo de Jesús, eran verdaderas».* Por lo que muchos creyeron en el Señor.

Capítulo XLIX

Predicación de Cristo durante su estancia en Betábara de Perea. Parábola del mayordomo infiel

1. El domingo 12 de diciembre de aquel año 33, en una de sus predicaciones en Betábara de Perea, Jesús, dirigiéndose a sus Apóstoles y discípulos, en presencia de otros muchos seguidores, expuso primero la parábola del mayordomo infiel: *«Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y éste fue acusado delante de él como disipador de sus bienes. Por lo que, llamando al mayordomo, le dijo: '¿Qué es esto que oigo decir de ti? Da cuenta de la administración de mis bienes, porque no quiero que en adelante seas ya mi mayordomo'. Entonces el mayordomo dijo entre sí: '¿Qué haré? pues mi señor me quita de administrador de sus bienes, y yo no soy capaz para cavar, y de mendigar tengo vergüenza'. Mas él, recapacitando, dijo: 'Ya sé lo que he de hacer; para que, cuando fuere quitado de mi puesto de mayordomo, haya personas que me reciban en sus casas'. Y llamando, pues, a cada uno de los deudores de su señor, dijo al primero: '¿Cuánto debes a mi señor?'. Y Él le respondió: 'Cien barriles de aceite'. Y le dijo: 'Toma tu documento de deuda, siéntate pronto y anota cincuenta'. Y después dijo a otro: '¿Y tú, cuánto debes?'. Y él respondió: 'Cien coros de trigo'; y le dijo: 'Toma tu documento, y escribe ochenta'. Y alabó el señor al mayordomo infiel, no por su infidelidad, sino de que hubiese sabido obrar sagazmente; porque los hijos de este siglo o amadores del mundo, en lo que atañe a sus negocios materiales, son más sagaces e interesados que los hijos de la Luz o seguidores del Evangelio en lo que concierne al negocio de su salvación eterna».*

2. Terminada la parábola, Jesús dio esta enseñanza: *«Así Yo os digo a vosotros: Procuraos amigos con las riquezas de iniquidad, para que cuando falleciereis os reciban en las eternas moradas».* Con estas palabras, el Maestro exhorta a que se haga siempre buen uso, tanto de los dones espirituales como de los materiales que se posean, a fin de alcanzar así el tesoro inestimable de la salvación eterna, con la consecuente conversión, mediante las buenas obras, de incluso los más obstinados pecadores; y de esta manera, se habrá usado también de santa sagacidad, pues a estos se les ganará como amigos e intercesores ante Dios para común provecho de bienaventuranza eterna. La expresión riquezas de iniquidad, representa aquí los dones de este mundo en contraste, por su inferioridad, con los del Cielo.

3. Y Jesús siguió diciendo: *«Quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y quien es infiel en lo poco,*

también es infiel en lo mucho. Pues, si en las riquezas de iniquidad o dones de este mundo, no habéis sido fieles, ¿quién os fiará las riquezas verdaderas, que son las de la gracia?». Aquí Jesús enseña que la práctica de las virtudes ha de abarcar incluso las obligaciones que parecen más pequeñas; ya que, el que no valora las cosas pequeñas, acabará por no valorar las cosas grandes. Además, si al hombre para obrar el bien no le mueve el puro amor a Dios, muévale la recompensa eterna prometida, o, al menos, el miedo al Infierno; pues, el que ni siquiera teme el castigo de Dios, ¿cómo podrá amarle? Y sigue diciendo el Maestro: «Si ni siquiera fuisteis fieles en lo ajeno, lo que es propio vuestro ¿quién os lo dará?». Pues, el que no se preocupa siquiera de poner en práctica las virtudes puramente humanas, que son al margen de la vida de la Gracia, ¿cómo podrá alcanzar las virtudes sobrenaturales, que son las propias de la vida de la Gracia, y por las que únicamente se puede alcanzar la salvación del alma?

4. Y Jesús repitió una vez más la siguiente enseñanza: «Nadie puede servir al mismo tiempo a dos señores de condición contraria; porque, o aborrecerá a uno y amará al otro, o seguirá a uno y despreciará al otro. No podéis a la vez servir a Dios y a las riquezas cuando éstas os arrastren al pecado».

5. Mas los fariseos, que eran avaros, al oír todas estas cosas se burlaban de Jesús. Y Él les dijo: «Vosotros os hacéis pasar por justos delante de los hombres, mas Dios conoce vuestros corazones. Pues, lo que los hombres, en sus miras arrogantes y egoístas, tienen por sublime, ante Dios es abominable»; ya que los judíos tenían por tradición la falsa idea de que la pobreza y la miseria eran signos de la maldición divina; y que, por el contrario, la abundancia de bienes era señal de bendición; y así lo inculcaban a las gentes en beneficio de su propia excelencia. Y como Jesús conocía la perversidad de sus corazones, les tachó de abominables delante de Dios.

6. Y siguió diciéndoles Jesús: «Porque la Ley y los profetas hasta Juan profetizaron la necesidad de cumplir con los preceptos de la Ley de Moisés y otros mandatos de Dios a través de los profetas. Mas, desde que Juan Bautista predicó, hasta ahora, Yo os he anunciado el Reino de Dios, y todos tenéis que esforzaros mucho más para entrar en él, ya que la exigencia es mayor que antes. No penséis, por eso, que Yo he venido a abolir la Ley de Moisés y lo dicho por los profetas; sino a perfeccionarlos en todo y exigir su estricto cumplimiento. Porque, en verdad os digo que, hasta que en el Universo y en la tierra no se haya exterminado el poder de Satanás, seguirá exigiéndose a todos los hombres el cumplimiento de la Ley en toda su extensión, conforme Yo la perfecciono con mi doctrina evangélica».

Capítulo L

Cristo, durante su predicación en Betábara de Perea, habla del matrimonio y de su indisolubilidad

1. El mismo día 12 de diciembre del año 33, Jesús, durante su sermón en Betábara de Perea, enseñó acerca del matrimonio. Pues, se llegaron a Él los fariseos para tentarle, y le dijeron: «¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?». Mas, Él, respondiendo les dijo: «¿Qué os mandó Moisés?». Ellos dijeron: «Moisés permitió repudiar a la mujer mediante carta de repudio». Y Jesús respondió, y dijo: «Por la dureza de vuestro corazón Moisés os dejó escrito eso. ¿No habéis leído que Dios, en el principio, al crear el género humano, hizo al hombre y a la mujer, y dijo por boca de Adán: 'Por lo cual, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer: y serán dos en una carne?'. Así que ya no son dos, sino una carne. Por tanto, lo que Dios unió, el hombre no lo separe».

2. Mas, los fariseos replicaron con más fuerza, diciendo a Jesús: «¿Entonces, por qué mandó Moisés repudiar a la mujer mediante carta de repudio?». Y Él les dijo: «Por la dureza de vuestros corazones os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así. Y os digo aún más: que cualquiera que repudia a su mujer, si no es por causa de adulterio, la expone a ser adúltera; y aun en el caso de justo repudio, el que se casa con la repudiada mientras vive el marido de ella, comete adulterio, y también ella lo comete. Pues, lo que Dios unió, el hombre no lo separe».

3. Jesús, pues, en este sermón de Betábara de Perea, dejó bien patente, ante todos, que Él había restablecido el primitivo rigor de la indisolubilidad del matrimonio, por lo que quedaba así condenada también la costumbre de la poligamia, al oponerse ésta a la unidad del mismo.

Capítulo LI

Cristo, durante su predicación en Betábara de Perea, enseña la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro

1. Jesús dio fin a su predicación del 12 de diciembre, en Betábara de Perea, enseñando la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro: «Había un hombre rico, llamado Epulón, que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y cada día tenía convites espléndidos. Al mismo tiempo, había allí un mendigo llamado Lázaro, el cual, cubierto de llagas, yacía a la puerta del rico deseando saciarse de las migajas que caían de su mesa, y nadie se las daba; y venían los perros, y le lamían las llagas. Y aconteció que, cuando murió aquel pobre, lo llevaron los Ángeles al Seno de Abrahán. Y murió también el rico, y fue sepultado en el Infierno. Y cuando Epulón estaba en los tormentos, alzando los ojos vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su Seno. Y exclamó diciendo: 'Padre Abrahán, compadécete de mí y envía a Lázaro, para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, pues me abraso

en estas llamas'. Y Abrahán le dijo: 'Acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro, en cambio, recibió males. Por eso él ahora es aquí consolado; mas tú, en el Infierno, atormentado. Además, entre nosotros y vosotros, hay un abismo insondable; de manera que, los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni tampoco de ahí pasar acá'».

2. El rico Epulón es el prototipo del vicio; y Lázaro, el de la virtud. Dicha parábola es un hecho histórico y notorio sucedido en Galilea en la infancia de Jesús, quien al exponerla ahora combinó lo real con otras imágenes parabólicas, como es el diálogo entre Abrahán y Epulón, para dejar constancia de la condición eternamente desgraciada del condenado. Jesús, en la parábola, recrimina a los fariseos por su codicia de bienes materiales y su desenfrenada apetencia de aficiones y placeres.

Capítulo LII

Cristo marcha a Betania con sus Apóstoles y discípulos.

Aquí explica otra vez la doctrina

sobre la indisolubilidad del matrimonio y habla del celibato

1. Como las enseñanzas y milagros de Jesús durante su predicación en Betábara de Perea llegaron al conocimiento del Sanedrín, éste envió allí una comisión de escribas y doctores de la Ley, de las sectas de los fariseos y de los saduceos, con el fin de crear más la confusión entre los muchos que acudían a oír la Divina Palabra, y a su vez tenerle informado de todo lo que allí sucediese.

2. Mas, Jesús, para burlar a sus enemigos, retirase de Betábara de Perea el 14 de diciembre antes del amanecer, llegando con sus Apóstoles y discípulos al convento de Betania ese mismo día, ya avanzada la noche. Una vez en el convento, Él explicó más la doctrina sobre el matrimonio; ya que los Apóstoles y discípulos le preguntaron sobre este tema. Jesús, después de explicar de nuevo la doctrina expuesta en Betábara, les recalcó: «Cualquiera que repudiare a su mujer, y se casare con otra, comete adulterio. Y si la mujer repudiare a su marido, y se casare con otro, comete adulterio».

3. Los Apóstoles y discípulos, que sabían lo común que era la práctica del libelo de repudio concedido por Moisés, al ver ahora la nueva exigencia moral del matrimonio, y la dificultad que supondría para muchos ponerla en práctica, dijeron a Jesús: «Si así es la condición del hombre con respecto a su mujer, no conviene casarse». Y Jesús les dijo: «No todos son capaces de mantenerse célibes, sino aquellos a quienes les es dado de lo Alto. Porque hay castrados que así nacieron del vientre de su madre, por alguna anomalía incurable, por lo que vinieron al mundo totalmente incapaces para el matrimonio; y hay castrados que lo fueron por los hombres, por diversas causas, siendo así también incapaces para el matrimonio; y hay castrados que a sí mismos se castraron por amor del Reino de los Cielos: son aquellos que, renunciando al matrimonio, se castraron espiritualmente con el voto

de castidad, para vivir como célibes en el estado religioso o sacerdotal». Y Jesús concluyó diciendo: «El que puede ser capaz de esto, séalo».

Capítulo LIII

Cristo, en la casa conventual de Betania,

bendice a unos niños y luego sale para las orillas del Jordán

El día siguiente, 15 de diciembre de aquel año 33, por la mañana, hallándose Jesús en la casa conventual de Betania, le presentaron unos niños para que les impusiese las manos, y orase por ellos. Mas, los Apóstoles y discípulos, les reñían para que no molestasen al Maestro; lo cual, advertido por Jesús, llevándolo muy a mal, reprendió a sus Apóstoles y discípulos, diciéndoles: «Dejad que los niños vengan a Mí, y no se lo estorbéis, pues el Reino de los Cielos es para los que son inocentes como estos. En verdad os digo: Que el que no recibiere como niño inocente el Reino de Dios, no entrará en él». Y Jesús, abrazando y besando a los niños, y poniendo sobre ellos sus manos, los bendecía. Y cuando les hubo impuesto las manos, salió de Betania con sus Apóstoles y discípulos.

Capítulo LIV

Episodio del joven rico. Cristo habla del peligro de las ataduras temporales y resalta la vida religiosa

1. Ese mismo día 15 de diciembre, por la mañana, cuando Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, a las afueras de Betania, iba a tomar el camino para Betábara de Perea, corrió hacia Él un joven rico y distinguido, que se ocupaba en la administración de su rica hacienda, guardando celosamente, desde su niñez, los Mandamientos de la Ley de Dios. Desde hacía tiempo, conocía a Lázaro de Betania, y algunas veces había oído las predicaciones de Jesús; por lo que ya creía en Él y había sido bautizado. Mas, atraído por la vida de perfección que llevaban las comunidades religiosas de los discípulos y de las piadosas mujeres, movido por la gracia, deseó imitarles sin advertir las renunciaciones que esto suponía.

2. El joven rico, al llegar ante Jesús, hincándose de rodillas, preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré yo para conseguir la vida eterna?»; pues él, aunque ya lo sabía, deseaba que el Señor se lo confirmase una vez más. Y Jesús le dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Haces bien en llamarme así; pues, de esta manera reconoces que soy el Mesías: el Hijo de Dios hecho Hombre; pues nadie es bueno por Sí mismo, sino sólo Dios, de donde procede toda bondad. Mas, si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos». Y el joven dijo: «¿Cuáles?». Y Jesús le respondió: «Bien los sabes tú. Mas, he aquí algunos: No matarás; no fornicarás; no adulterarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; no harás engaño alguno; honrarás a tu padre y a tu madre; y amarás a tu prójimo como a ti mismo».

3. Mas, el mancebo respondió diciendo: «Maestro, yo he guardado los mandamientos desde mi niñez,

¿qué me falta aún por hacer?»; con lo cual manifestaba a Jesús su vehemente deseo de servirle como religioso. Y Jesús, poniendo en él los ojos, le miró con agrado, y le dijo: *«Una sola cosa te falta si quieres ser perfecto: Anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo; y después, ven y sígueme»*; confirmando así la llamada vocacional que latía en el corazón del joven. Mas, éste, sumamente afligido por las palabras que acababa de oír, se retiró entristecido, y se fue, porque tenía muchas posesiones y era muy rico; con lo cual desaprovechaba la gracia de la vocación religiosa.

4. Y Jesús, mirando alrededor, y viendo que el joven se había marchado, dijo a sus Apóstoles y discípulos: *«En verdad os digo: ¡Oh, cuán difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que poseen riquezas!»*. Y como los Apóstoles y discípulos se asombraron de las palabras de su Maestro, Él les dijo de nuevo: *«Hijos, ¡cuán difícil cosa es que entren en el Reino de Dios los que sólo ponen su confianza en las riquezas, viviendo apegados a ellas! Es más fácil que un camello pase por el Ojo de Aguja, que un hombre apegado excesivamente a las cosas de este mundo entre en el Reino de los Cielos»*. Jesús se refería a la puerta de la muralla de Jerusalén conocida como Ojo de Aguja, dada la forma de su arco; la cual era tan pequeña, que no podía pasar por ella un camello con la carga; mas sí, libre de ella.

5. Los Apóstoles y discípulos, cuando oyeron estas palabras, se asombraron aún más y se decían unos a otros: *«¿Entonces, quién podrá salvarse?»*. Y mirándolos Jesús, les dijo: *«Lo que para los hombres parece imposible, es posible para Dios; ya que Él puede con su gracia mover hasta los corazones más duros. Porque para Dios todas las cosas son posibles»*.

6. Entonces Pedro, tomando la palabra, dijo a Jesús en nombre de los doce Apóstoles: *«He aquí que nosotros todo lo hemos dejado, y te hemos seguido en el estado religioso, ¿cuál será, pues, nuestra recompensa?»*. Y Jesús les dijo: *«En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, si perseveráis hasta el final, cuando llegue el día de la resurrección universal, en que el Hijo del Hombre se sentará en su trono de gloria, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos y juzgaréis conmigo a las doce tribus de Israel. En verdad os digo que cualquiera que, por causa de mi Nombre, dejare casas o hermanos o hermanas o padre o madre o mujer o hijos o tierras, aun con los sufrimientos propios de la vida religiosa, recibirá ya en este mundo, cien veces más en casas o hermanos o hermanas o padre o madre o mujer o hijos o tierras; y después poseerá la vida eterna. Pues, muchos que en este mundo creen ser los primeros en honores y riquezas, si no los usan al servicio de Dios, serán los últimos en el Reino de los Cielos; y los que, habiéndolo dejado todo por mi causa, son considerados los últimos en este mundo, serán los primeros en el Reino de los Cielos»*.

7. Y Jesús concluyó diciendo: *«Muchos son los llamados, mas pocos los escogidos»*.

Capítulo LV

Cristo, en Betábara de Perea, expone la parábola de los obreros en la viña

1. Tras el episodio del joven rico, Jesús continuó su viaje al Jordán; y predicando por el camino, llegó a Betábara de Perea el 18 de diciembre de aquel año 33. Y como viera que muchos habían acudido a Él para oír su Divina Palabra, ese mismo día les habló nuevamente del Reino de Dios, presentándoles, entre otras, la parábola de los obreros en la viña:

2. *«Semejante es el Reino de los Cielos a un hombre, padre de familias, que salió muy de mañana a contratar trabajadores para su viña. Y habiendo concertado con ellos darles un denario por día, los envió a su viña. Y después, saliendo otra vez, cerca de las nueve de la mañana, vio otros en la plaza que estaban ociosos, y les dijo: 'Id también vosotros a mi viña y os daré lo que fuere justo'. Y ellos fueron. Volvió a salir el padre de familias cerca de las doce de la mañana, y después, cerca de las tres de la tarde, e hizo lo mismo con otros. Y finalmente, salió cerca de las seis de la tarde, y halló otros que estaban allí sin hacer nada, y les dijo: '¿Cómo estáis aquí ociosos todo el día?'. Y ellos le respondieron: 'Porque ninguno nos ha contratado'. Díjoles el padre de familias: 'Id también vosotros a mi viña'»*.

3. *«Y al venir la noche, dijo el dueño de la viña a su mayordomo: 'Llama a los trabajadores y págalos su jornal, comenzando desde los últimos y acabando en los primeros'. Cuando vinieron los que habían ido cerca de la hora de las seis de la tarde, recibieron cada uno su denario. Y cuando al fin llegaron los primeros, se imaginaron que les daría más; pero no recibieron sino un denario cada uno; y, al recibirlo, murmuraban contra el padre de familias, diciendo: 'Estos últimos sólo una hora han trabajado, y los ha igualado con nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor'. Mas, el padre de familias, respondió a uno de ellos: 'Amigo, yo no te trato injustamente, ¿no te concertaste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pues, yo quiero dar al que sea el último tanto como a ti. ¿Acaso no puedo hacer de lo mío lo que quiero? ¿O ha de ser tu ojo malo y envidioso porque yo soy bueno?'»*. Y concluyó Jesús diciendo: *«De esta manera, los últimos en este mundo serán los primeros en el Reino de los Cielos; y los primeros, los últimos»*.

Capítulo LVI

Lázaro de Betania enferma gravemente. María Santísima lo comunica a Jesús. Muere Lázaro y es sepultado

1. El día 19 de diciembre del año 33, cuando Jesús, con sus Apóstoles y algunos de sus discípulos, se hallaba en Betábara de Perea, sucedió que Lázaro enfermo de gravedad en Betania. Él era el hermano de Marta y María Magdalena; la cual fue la que, arrepentida,

había ungido al Señor con unguento y enjugado sus pies con sus cabellos.

2. Las dos hermanas, muy afligidas, solicitaron a la Divina María, que se hallaba en la casa conventual de Betania, su intercesión ante Jesús a fin de que Él remediará el mal. La Divina Madre, acompañada de algunas piadosas mujeres, acudió presurosa en busca de Jesús. Y cuando estaba a solas con Él en Betábara de Perea, que fue el día 20 por la tarde, dijo entre lágrimas a su Divino Hijo: «Señor, he aquí, el que Tú amas está enfermo». Jesús, enternecido también, consoló a su Madre con las siguientes palabras para que, a su vez, Ella las transmitiese a María Magdalena y a Marta: «Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, y así el Hijo de Dios sea glorificado por ella». Y Jesús, con particular predilección, amaba mucho a los tres hermanos: María Magdalena, Marta y Lázaro. Y cuando oyó que Lázaro estaba enfermo, se detuvo a propósito aún dos días en aquel lugar de Betábara de Perea.

3. Enseguida, la Divina María, dejando Betábara de Perea, salió para Betania, llegando aquí el 22 de diciembre. Mas, Lázaro había muerto el día anterior muy de madrugada y había sido sepultado el mismo día 21 ya avanzada la tarde. En este suceso, le había sido velada a la Divina María la ciencia infusa para que pudiera ejercitar la fe de que Lázaro sería resucitado; pues, su Divino Hijo le había dicho a Ella que esa enfermedad no era para muerte; y, sin embargo, cuando volvió con el mensaje a Betania, Lázaro ya estaba sepultado.

Capítulo LVII

Cristo, desde Betábara de Perea, sale para Betania

1. El jueves 23 de diciembre de aquel año 33, dijo Jesús a sus Apóstoles y discípulos: «Vamos otra vez a Judea». Y ellos le dijeron: «Maestro, hace poco que los judíos querían apedrearte, y ¿quieres volver allá?». Y Jesús respondió: «¿Por ventura no son doce las horas del día? El que anda de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; al contrario, quien anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él». Con estas misteriosas palabras, Jesús quería decir a sus Apóstoles y discípulos que ningún obstáculo impediría su trabajo apostólico ni una sola hora del día, mientras Él viviese en este mundo. Mas, que cuando llegara el momento de padecer y morir, se dejaría coger por sus enemigos; y que, sintiéndose abandonado de su Padre, sufriría la noche oscura de su Alma sin consuelo alguno, dando su vida por los hombres crucificado en la Cruz.

2. Después de esto, dijo Jesús a sus Apóstoles y discípulos: «Lázaro, nuestro amigo, duerme; mas, voy a despertarle del sueño». Y dijeron ellos: «Señor, si Lázaro duerme, sanará». Mas Jesús había hablado de la muerte clínica; y ellos entendían que hablaba del sueño ordinario. Entonces Jesús les dijo abiertamente: «Lázaro ha muerto. Y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que después creáis más en Mí.

Mas vayamos adonde está él». Y entonces Tomás, fortalecido por el Espíritu Santo, dijo a los otros Apóstoles y discípulos: «Vayamos también nosotros, y muramos con el Maestro»; pues, temía que matasen a Jesús en Jerusalén. Jesús salió de Betábara aquel día 23 de diciembre, muy temprano.

Capítulo LVIII

Cristo en Betania resucita a Lázaro

1. En Betania, María Magdalena y Marta vivían ahora en otra casa, ya que la anterior había sido convertida en convento de religiosos.

2. El sábado 25 de diciembre de aquel año 33, por la tarde, cuando Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, en su viaje de retorno a Betania, llegó a la aldea de Betfagé, que está en el Monte de los Olivos, ya hacía cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Cuando Marta oyó que venía Jesús, salió de Betania al encuentro de Él. Mas, María Magdalena se había quedado en casa. Y Marta dijo a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto. Mas, también sé que cualquier cosa que pidieres al Padre Celestial, te la otorgará». Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta respondió: «Bien sé que resucitará en la resurrección universal, que será en el último día». Jesús le dijo: «Yo soy la Resurrección y la Vida. Quien cree en Mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?». Ella le dijo: «Sí, Señor; yo creo que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo».

3. Y dicho esto, Marta mandó aviso a Betania para que dijeran secretamente a su hermana María: «El Maestro está aquí, en Betfagé, y te llama». María Magdalena, cuando lo oyó, se levantó apresuradamente y fue al encuentro de Jesús. Pues, Él aún no había llegado a la aldea de Betania, sino que seguía en Betfagé, lugar a donde Marta había salido a recibirle.

4. La casa de María Magdalena y Marta en Betania estaba llena de gente, entre la que había muchos judíos de Jerusalén que venían a consolarlas por la muerte de su hermano, algunos contrarios al Maestro. Pues, Betania distaba de Jerusalén como unos tres kilómetros, distancia que estaba dentro de lo permitido a los judíos para andar en día de sábado.

5. Los judíos, pues, que estaban en la casa con María Magdalena y la consolaban, cuando vieron que ella, para ir al encuentro de Jesús, se había levantado apresuradamente y había salido, la siguieron diciendo: «Ésta va al sepulcro para llorar allí». Mas, algunos de ellos, cuando vieron que no iba al sepulcro, la siguieron. María, cuando llegó adonde Jesús estaba, viéndole, postrose a sus pies y le dijo llorando: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto». Jesús, viéndola llorar, y también a los judíos que habían venido con ella, se enterneció en su espíritu y se emocionó a Sí mismo.

6. Seguidamente, desde Betfagé, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, las dos hermanas María Mag-

dalena y Marta, y otros, se encaminó a Betania. Allí, esperaban la Madre de Jesús, los otros discípulos, las piadosas mujeres y otros muchos. Y una vez en la casa, dijo Jesús a María Magdalena y a Marta: «¿En dónde habéis sepultado a Lázaro?». Y le respondieron: «Ven, Señor, y lo verás». Y, como Jesús lloraba, dijeron entonces los judíos: «Ved cómo Él amaba a Lázaro». Y algunos de ellos dijeron: «¿Pues, este Jesús, que abrió los ojos del que nació ciego, no podría haber evitado que Lázaro muriese?».

7. Mas Jesús, prorrumpiendo en nuevos sollozos, fue con todos al sepulcro, el cual se hallaba en el jardín de la casa, y era una gruta que estaba cerrada con una gran piedra. Dijo Jesús: «Quitad la piedra». Marta, hermana del difunto, le dijo: «Señor, que ya debe oler, pues hace cuatro días que está ahí enterrado». Y esto lo dijo no porque oliese mal, ya que Dios no permitió que el cuerpo de Lázaro entrara en corrupción, sino porque era lo normal que así fuese después de cuatro días que estaba muerto. Además, dichas palabras, Marta las dijo antes de que ni siquiera se moviese la piedra del sepulcro. Mas, Jesús dijo a Marta: «¿No te he dicho que si tienes confianza en Mí, verás la gloria de Dios?».

8. Quitaron, pues, la piedra. Y Jesús, levantando los ojos al Cielo, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has oído. Bien es verdad que Yo sé que siempre me oyes. Mas, lo he dicho por este pueblo que está alrededor de Mí, con el fin de que crean que Tú eres el que me has enviado». Y después que esto dijo, siendo ya las tres de la tarde de aquel 25 de diciembre del año 33, Jesús gritó con voz muy alta, diciendo: «¡Lázaro, sal fuera!». Y en el mismo instante, Lázaro, que estaba muerto, resucitó; y su cuerpo, ya vivo, con los pies y las manos atados con vendas y cubierto el rostro con un sudario, se trasladó milagrosamente desde la profundidad del sepulcro hasta fuera del mismo, recorriendo una distancia de varios metros. Jesús dijo a los que allí estaban: «Desatadle, para que pueda caminar». Y muchos de los judíos que habían venido a visitar a Marta y a María, al ver el milagro que Jesús había hecho, creyeron en Él. Mas, otros judíos se fueron a los fariseos, y les contaron las cosas que Jesús había hecho.

9. Lázaro, que al resucitar había quedado sano de la enfermedad que le había causado la muerte, invitó a sus más allegados a un gran banquete, para festejar el aniversario de la Natividad de Jesús y el milagro que con él había hecho. Y muchos que entonces creyeron, fueron bautizados en este día.

Capítulo LIX

El Sanedrín condena a muerte a Cristo por primera vez

1. El sábado 15 de enero del año 34, a causa del portentoso milagro de la resurrección de Lázaro, reunióse el Sanedrín en pleno, bajo la presidencia del Sumo Pontífice Caifás, instigado por el Pontífice Anás, y decían de Jesús: «¿Qué hacemos, porque este Hombre hace muchos milagros? Si lo dejamos así, creerán

todos en Él; y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nación»; fraguando así falsos argumentos y acusaciones para condenar al Maestro.

2. Y como los tres sanedritas Nicodemo, José de Arimatea y Gamaliel, que eran discípulos ocultos de Jesús, se opusieran abiertamente a las pretensiones impías de los demás miembros del Sanedrín, el Sumo Sacerdote Caifás, que presidía la sesión, se enfrentó a los tres discípulos ocultos, diciéndoles: «Vosotros no sabéis ni lo que decís. ¿No os dais cuenta que conviene que muera un solo hombre por el bien del pueblo, y no que perezca toda la nación?». Mas, esto que dijo no salió de sí mismo, sino que, siendo Sumo Pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación judía, sino también para congregar en un solo redil a todos los que, estando dispersos, quisieran ser hijos de Dios. Pues, por la misma boca del inicuo Caifás, quiso el Espíritu Santo manifestar al Sanedrín que Jesús tenía que morir no sólo por el pueblo judío, que se convertiría masivamente al fin de los tiempos; sino, también, por el pueblo gentil, el cual, por la predicación de los Apóstoles, entraría en el seno de la verdadera Iglesia.

3. Conforme, pues, a lo acordado por el Sanedrín, desde aquel día pensaron cómo darían muerte a Jesús. Y a causa del injusto proceder de dicho Consejo, Gamaliel, enojado, presentó su dimisión ese día, cesando como miembro del Sinedrio. La vacante dejada por Gamaliel fue ocupada al día siguiente por un judío enemigo de Cristo; con lo cual, el Sanedrín siguió teniendo setenta y dos miembros, que era el número que correspondía a este Consejo Sanedritico que asistía al Sumo Sacerdote Levítico.

Capítulo LX

Cristo es informado de la deicida decisión del Sanedrín. Él se retira con sus Apóstoles y discípulos a Efrén y después, al Monte de la Cuarentena

1. Al día siguiente de reunirse el Sanedrín, los tres discípulos ocultos Nicodemo, José de Arimatea y Gamaliel comunicaron a Jesús la decisión del Consejo; por lo cual, el Maestro no se mostraba ya en público entre los judíos; pues, ese mismo día 16 de enero de aquel año 34, marchó a un territorio cerca del desierto de Judá, a una ciudad llamada Efrén; y allí moraba con sus Apóstoles y algunos de sus discípulos.

2. El sábado 5 de febrero de aquel año 34, Jesús, desde la ciudad de Efrén, marchó con sus Apóstoles y discípulos para el Monte de la Cuarentena, en donde ya había estado al comenzar su Vida Pública. De nuevo, permaneció en este Monte cuarenta días y cuarenta noches, pues su retiro duró desde el día 6 de febrero al 18 de marzo de aquel mismo año. Este tiempo, Él lo dedicó de manera especial a la oración y al ayuno riguroso, en razón de que se aproximaba su Pasión y Muerte; y, entre otras finalidades, la de enseñar a sus Apóstoles y discípulos cómo debían prepararse para los acontecimientos venideros. A la vez, Él les instruyó sobre los misterios de la Redención, prediciéndoles ya

el Pentecostés que, después de su Ascensión, vendría sobre ellos. Los Apóstoles y discípulos que acompañaban al Maestro, le imitaron en su austeridad, cada uno según su espíritu de sacrificio; con excepción de Judas Iscariote que, desaprovechando también estas gracias que Jesús le ofrecía, saldría luego de allí aún más obstinado en la maldad, y decidido a entregar a Jesús al Sanedrín, para obtener, mediante esa traición, una ganancia y a la vez deshacerse del Maestro.

3. Al final de los cuarenta días y cuarenta noches en su retiro en el Monte de la Cuarentena, cuando Jesús se hallaba apartado de sus Apóstoles y discípulos, se estremeció sobremedera ante la proximidad de su Pasión y Muerte. Y Satanás, que le estaba siempre al acecho para tratar de averiguar si verdaderamente era el Hijo de Dios, barruntó que las señales de desolación que Jesús manifestaba, se deberían a la proximidad de su Pasión y Muerte. El demonio vio que era el momento oportuno para tentar de nuevo a Cristo directamente. Por lo que, por permisión suya, tomó la figura del Padre Eterno; y, con voz bondadosa, le dijo: *«Hijo mío amadísimo, en quien tengo puestas mis complacencias: No es necesario que Tú mueras; basta con que fulmines a estos doce Apóstoles y los discípulos que están aquí contigo, y me los ofrezcas en holocausto para quedar Yo reparado y la humanidad redimida»*. Mas, Jesús dijo a Satanás: *«No tentarás al Señor tu Dios. Escrito está: 'No matarás'»*. Satanás, no conforme con esta respuesta, insistió dos veces más con la misma tentación, aparentando mayor dulzura y bondad; a cuyas tentaciones Cristo respondió más enérgicamente con las mismas palabras; de manera que Satanás, vencido y más confuso que nunca, se retiró de la presencia de Cristo. Si bien las palabras: *«Hijo mío amadísimo, en quien tengo puestas mis complacencias»*, Satanás nunca la había oído directamente del Padre Eterno, sí las oyó referir a algunos de los que fueron testigos en el Jordán cuando el bautismo de Cristo.

4. Mientras Jesús estuvo oculto en el Monte de la Cuarentena, María Santísima, desde Betania, le imitaba en sus penitencias, pues entre el Hijo y la Madre había siempre misteriosa comunicación.

Capítulo LXI

El Sanedrín ordena el apresamiento de Cristo. En Jerusalén, los peregrinos buscan al Maestro

1. El día 28 de febrero de aquel año 34, mientras Jesús se hallaba en el Monte de la Cuarentena, los Príncipes de los Sacerdotes, los escribas y los doctores de la Ley, de las sectas de los fariseos y de los saduceos, que componían el Sanedrín o Consejo de Ancianos, al saber el ocultamiento de Jesús, se reunieron, a petición del Sumo Sacerdote Caifás, instigado por su suegro el Pontífice Anás. El Consejo Sanedrítico, lleno de satánico furor, dio un edicto público en el que se mandaba que, si alguno sabía en dónde estaba Jesús, lo manifestase para prenderle. Los sanedritas Nicodemo y José de Arimatea se opusieron abiertamente a la

inícuca decisión del Sanedrín ratificada por el Sumo Sacerdote Caifás.

2. Hacia mediados del mes de marzo, en que estaba ya cerca la Pascua judía de aquel año 34, muchos de los judíos habían subido ya a Jerusalén para purificarse antes de comenzar la Pascua. Y como a finales del mes de enero, se hubiese corrido el rumor de que Jesús vendría este año con bastante antelación a la fiesta de la Pascua, le buscaban; y al no hallarle, se decían en el Templo unos a otros: *«¿Qué os parece? ¿Qué será que aún no haya venido para la fiesta?»*. Por lo que no pocos creyeron que la ausencia de Jesús se debía al edicto que el Sanedrín había dado para prenderle.

Capítulo LXII

Cristo deja el Monte de la Cuarentena y se encamina a Jerusalén. Predice por tercera vez su Pasión

1. El viernes 18 de marzo de aquel año 34, tras su retiro en el Monte de la Cuarentena, Jesús se encaminó con sus Apóstoles y discípulos a Jerusalén con intención de pasar por Jericó. Y durante el camino, Jesús iba delante de ellos; los cuales, a la vez que se admiraban del valor del Maestro, le seguían con miedo por el peligro que correrían en Jerusalén.

2. Jesús, retirándose un poco de los discípulos, y tomando aparte a los doce Apóstoles, comenzó a decirles las cosas que habían de venir sobre Él: *«Ved que subimos a Jerusalén, en donde serán cumplidas todas las cosas que los profetas escribieron sobre el Hijo del Hombre, acerca de su Pasión: Porque el Hijo del Hombre será entregado a los Príncipes de los Sacerdotes, a los escribas y a los doctores de la Ley, de las sectas de los fariseos y de los saduceos, o sea al Consejo de Ancianos o Sanedrín, los cuales le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, que le carnecerán, le escupirán, le azotarán, y le quitarán la vida; pero, al tercer día resucitará»*. Estas palabras causaron no poca extrañeza y contradicción en los Apóstoles, pues frustraban, una vez más, la idea que en cierto modo aún mantenían de un Mesías cuyo reinado sería también temporal; ya que no ignoraban que su reinado fuese espiritual. Ellos, pues, no acababan de compaginar lo que Jesús les había dicho acerca de su Pasión y Muerte, con el reinado temporal que esperaban implantase pronto en la tierra.

Capítulo LXIII

Cristo entra en Jericó. Conversión de Zaqueo

1. Aquel mismo viernes 18 de marzo, muy de mañana, acercándose Jesús a la ciudad de Jericó con sus Apóstoles y discípulos, estaba un ciego, llamado Nazario, sentado cerca del camino pidiendo limosna. Jesús pasó delante de él sin que dejase advertir su presencia, ya que pensaba sanarlo después.

2. Por las calles de aquella ciudad, había gran animación con motivo de la proximidad de la Pascua, por

ser ruta obligada, para muchos, en su viaje a Jerusalén.

3. El mismo viernes 18 de marzo de aquel año 34, habiendo entrado Jesús en Jericó con sus Apóstoles y discípulos, atravesaba la ciudad. Vivía allí un hombre llamado Zaqueo, que era muy rico y hombre principal entre los publicanos. Y Zaqueo hacía lo posible para ver a Jesús y conocerle personalmente. Y no pudiendo a causa del gentío, ya que era de muy pequeña estatura, se adelantó corriendo y subiose en una higuera para verle, porque por allí había de pasar. Y cuando llegó Jesús a aquel lugar, alzando los ojos, le vio y le dijo: «Zaqueo, baja presto, porque es menester que hoy me hospede en tu casa». Y él bajó a toda prisa, y gozoso recibió al Maestro en su casa; al que honró con un banquete en el que estuvieron también los Apóstoles y discípulos, la esposa e hijos de Zaqueo, y otra gente destacada de Jericó. Los fariseos, cuando vieron que Jesús había entrado en la casa, murmuraban de Él diciendo que había ido a hospedarse a casa de un pecador, ya que Zaqueo era publicano.

4. Durante la comida, Zaqueo, puesto de pie delante del Maestro, hizo pública satisfacción por sus faltas y el firme propósito de enmendar entonces mismo su vida, diciendo también: «Señor, voy a dar a los pobres la mitad de mis bienes; y si en algo he defraudado a alguno, le devolveré cuatro veces más». Y Jesús dijo: «Hoy ha venido la salvación a esta casa, porque también Zaqueo es hijo de Abrahán. Pues el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que había perecido»; manifestando así que Zaqueo, aunque por su oficio era publicano, al ser también judío le correspondía preferentemente ser llamado a la salvación.

5. Tras el banquete, Zaqueo y su familia fueron bautizados en su casa. Pasado un tiempo, él se uniría a los discípulos; y su esposa, llamada Mirian, a las piadosas mujeres.

Capítulo LXIV

Cristo predica en la sinagoga de Jericó.

La parábola de las diez minas

1. En la tarde de ese día 18 de marzo del año 34, Jesús, acompañado de los Apóstoles, de los discípulos y de Zaqueo, se dirigió desde la casa de éste a la sinagoga, en donde se hallaban, entre los presentes, un buen número de fariseos. Antes de comenzar su predicación, el Maestro puso en conocimiento de todos la reciente conversión de Zaqueo, a quien elogió por su generosa correspondencia.

2. Luego Jesús pronunció su sermón, enseñando la parábola de las diez minas, con ocasión de que se aproximaba la hora de que, en Jerusalén, dejase este mundo para volver al Padre; y porque los fariseos pensaban que el Reino de Dios se manifestaría más tarde, y de manera distinta a como Jesús lo predicaba.

3. Jesús, pues, enseñó la parábola de las diez minas: «Un hombre noble marchose a una región lejana para tomar posesión de un reino, y luego volverse. Y habiendo llamado a diez de sus siervos, dio a cada uno

una mina o moneda de plata, diciéndoles: 'Negociad con ellas hasta mi regreso'. Y como los ciudadanos de esta ciudad en que él vivía, le aborrecían, una vez que él hubo salido a tomar posesión de su reino, enviaron una embajada detrás de él, diciendo: 'No queremos que éste vuelva y reine sobre nosotros'».

4. «Mas, cuando él volvió a su ciudad después de haber tomado la posesión de su reino, mandó llamar a aquellos siervos a quienes había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno. Llegó, pues, el primero, y dijo: 'Señor, tu mina ha rendido la ganancia de diez minas'. Y él le dijo: 'Está bien, buen siervo, puesto que has sido fiel en lo poco, te doy autoridad sobre diez ciudades'. Y vino el segundo siervo, y dijo: 'Señor, tu mina ha dado un beneficio de cinco minas'. Y dijo a éste: 'Tú tendrás autoridad sobre cinco ciudades'. Y finalmente vino el tercer siervo, y dijo: 'Señor, aquí tienes tu mina, la cual he guardado envuelta en un pañuelo, porque tenía miedo de ti, por cuanto eres hombre de condición exigente: pues, reclamas lo que no has depositado y siegas lo que no has sembrado'. Entonces, le dijo el señor: 'Mal siervo, por tu propia boca te condeno. Pues, si creías que era hombre de condición exigente, que reclamo lo que no deposité y siego lo que no sembré, ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco para que, cuando volviese, lo recobrase al menos con los intereses?'. Y dijo el señor a los que estaban allí: 'Quitadle a éste la mina, y dádsela al que tiene las diez minas'. Y ellos le dijeron: 'Señor, ¡que ya tiene diez minas!'. Pues yo os digo, respondió aquel señor, que a todo aquel que tiene, se le dará más, y con abundancia; pero, al que no tiene, aun lo que parece que tiene, se le quitará. Y en cuanto a aquellos mis enemigos, que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traédmelos acá y matadlos delante de mí». En esta parábola, aunque Cristo afirmó que el rey interrogó a los diez siervos, no obstante resaltó sólo el interrogatorio y las respuestas de tres, por ser los más representativos de la doctrina expuesta.

5. Jesús, en esta parábola, dejó bien patente la obligatoriedad que todo hombre tiene de corresponder generosamente a las gracias recibidas de Dios. Pues, cuanto más se corresponde, más gracias se reciben; cuanto menos, menos se reciben; y el que desprecia las gracias, aun lo que parece que tiene, se le quitará: como les pasó al Sanedrín y a la mayoría del Pueblo Judío; contra quienes Jesús hizo valer su justo enojo porque rechazaban no sólo al Rey, que era el Mesías, sino también el Reino de la Gracia que Él predicaba.

Capítulo LXV

Cristo, en la sinagoga de Jericó, enseña también la parábola del juez inicuo y la viuda, y la parábola del fariseo y el publicano

1. El mismo día 18 de marzo, tras enseñar Jesús la parábola de las diez minas, preguntáronle los fariseos: «¿Cuándo vendrá el Reino de Dios?». Él les respondió y dijo: «El Reino de Dios no viene con muestras de suntuosa realeza externa; ni dirán: Helo aquí o helo

allí; porque el Reino de Dios está dentro de los que están en Gracia».

2. Jesús, seguidamente, les expuso también la parábola del juez inicuo y la viuda como enseñanza de que es menester orar siempre y nunca desfallecer. He aquí la parábola: *«Había un juez en cierta ciudad, que no temía a Dios, ni respetaba a hombre alguno. Y había en la misma ciudad una viuda, que venía a él y le decía: 'Hazme justicia de mi adversario'. Y el juez por mucho tiempo no quiso. Pero después de esto, dijo entre sí: 'Aunque yo no temo a Dios ni respeto a hombre alguno, sin embargo, para que me deje en paz esta viuda, le haré justicia, para que no venga tantas veces, ni me dé más quebraderos de cabeza'».*

3. Y dijo el Señor: *«Oísteis lo que dijo este juez inicuo. ¿Y creéis que Dios no ha de hacer justicia a sus escogidos que claman a Él día y noche, y que se hará esperar mucho a sus ruegos? Os digo que presto les hará justicia. Mas, cuando viniere el Hijo del Hombre ¿pensáis que hallará fe en la tierra?».* Pues, Jesús no dejará a sus elegidos mucho tiempo en la aflicción, ya que les hará justicia en el juicio particular; y también en el Juicio Universal, en donde los elegidos serán jueces de los réprobos. Además, el Maestro advierte de lo fácil que es claudicar sin el apoyo de la oración continua; pues, sólo mediante ésta, será posible estar debidamente preparados para cuando Él venga a juzgar a cada uno; y, además, advierte del peligro que correrán los hijos de la Iglesia cuando se manifieste el Hombre de Iniquidad o Anticristo, el cual arrastrará tras de sí a todos aquellos que no estén despiertos y vigilantes haciendo oración y penitencia.

4. Seguidamente, Jesús enseñó la parábola del fariseo y el publicano, ya que, en la sinagoga de Jericó, habían concurrido para oírle, no sólo publicanos, sino también un buen número de fariseos; y Él aprovechó la oportunidad para reprochar a estos por la jactancia que hacían de sí mismos y por su desprecio a los otros, que consideraban pecadores: *«Dos hombres subieron al Templo a orar: el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, estando en pie, oraba en su interior de esta manera: 'Dios, gracias te doy porque no soy como los otros hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces en la semana y pago los diezmos de todo lo que poseo'. Mas el publicano, al contrario, postrado de rodillas a lo lejos, ni aun osaba alzar los ojos al Cielo, sino que se daba golpes de pecho diciendo: 'Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador'. Os digo — manifestó Jesús, — que éste volvió a su casa justificado por su arrepentimiento humilde y sincero; mas, no el fariseo, que estaba lleno de hipocresía y arrogancia. Porque todo aquel que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado».*

Capítulo LXVI

Cristo, en Jericó, cura a dos ciegos

Aquel viernes 18 de marzo del año 34, cuando Jesús acabó de enseñar estas parábolas, se marchó de la si-

nagoga con sus Apóstoles y discípulos, dirigiéndose a las afueras de la ciudad de Jericó, seguido de muchas gentes. Y al salir de Jericó, había dos ciegos sentados junto al camino pidiendo limosna: uno, era Nazario, conocido también por Bartimeo, al ser hijo de Timeo; y el otro, se llamaba Abelio. Y cuando ellos oyeron que Jesús Nazareno pasaba por allí, comenzaron a gritar, diciendo: *«Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí. Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros».* Y muchos les reñían para que callasen. Mas ellos alzaban más el grito diciendo: *«Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros».* Y Jesús se paró y les mandó llamar. Llamaron, pues, a los dos ciegos, y les dijeron: *«Tened buen ánimo, levantaos, que Jesús os llama».* Bartimeo, levantándose, arrojó su capa, y se fue a Él; y lo mismo hizo Abelio. Y tomando Jesús la palabra, les dijo: *«¿Qué queréis que os haga?».* *«Señor, — respondieron, — que sean abiertos nuestros ojos».* Y también, uno y otro decían: *«Maestro, que vea».* Y Jesús, compadecido de ellos, con una mano tocó los ojos de uno; y con la otra, los del otro. Y dijo a cada uno: *«Recupera la vista, pues tu fe te ha salvado».* Y ambos ciegos vieron en el mismo instante en que Jesús les decía que recuperasen la vista. Jesús los bautizó a los dos, y desde entonces le siguieron, glorificando a Dios. Y cuando vio esto todo el pueblo, también alababa a Dios. Estos dos ciegos curados llegaron a ser discípulos destacados del Maestro.

Capítulo LXVII

Cristo va a Betania.

María Magdalena unge el Delfico Cuerpo del Señor

1. Jesús, después que curó a los dos ciegos de Jericó, esa misma tarde continuó su viaje, y fue delante de sus Apóstoles y discípulos subiendo a Jerusalén. Mas, antes de ir a esta ciudad, pasó por Betania, en donde había resucitado a Lázaro, llegando a esta aldea el sábado 19 de marzo por la mañana de aquel año 34, seis días antes de la Pascua judía.

2. La Divina María, Madre de Jesús, dispuso a su Hijo un entrañable recibimiento para festejar su próxima salida de este mundo y el aniversario de la muerte del Santísimo José, su Virginal Esposo. Para ello, preparó una cena extraordinaria en la casa conventual de las religiosas en la que antes vivió Simón el Leproso.

3. Tras la puesta del sol de aquel día 19 de marzo, comenzó la cena extraordinaria en honor de Jesús, en la que estuvieron presentes: en una de las salas del convento, además del Señor, su Divina Madre, las hermanas de Ella, los doce Apóstoles, el discípulo Simón el Leproso y los hermanos María Magdalena, Marta y Lázaro; en otra sala contigua, se hallaban los discípulos presididos por Ágabo; y en otra, las piadosas mujeres, presididas por Serapia.

4. Al final de la cena, estando Jesús sentado todavía en la mesa, se llegó a Él María Magdalena que, como otras piadosas mujeres, conocía la proximidad de la hora de la Pasión, Muerte y Resurrección del Divino Maestro; la cual traía un vaso de alabastro lleno de

ungüento de nardo puro de gran precio. Y abriendo el vaso, derramó el bálsamo sobre la cabeza de Jesús. Y ella ungió también los pies del Maestro, y le enjugó los pies con sus cabellos. Y se llenó la casa del olor del ungüento. Y dijo uno de los Apóstoles, Judas Iscariote, el que le había de entregar: «¿Por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos denarios, y se ha dado a los pobres?». Y dijo esto, no porque a él le importasen los pobres, sino porque era ladrón, y siendo el encargado de la bolsa, sustraía lo que en ella se echaba. Y los otros Apóstoles, influenciados por Judas Iscariote, también se indignaron en su interior, diciendo: «¿A qué fin es este desperdicio de ungüento? Porque pudiera venderse en mucho precio, por más de trescientos denarios, y dárselo a los pobres». Y se enfurecieron contra la Magdalena. Y al darse cuenta Jesús, les dijo: «¿Por qué molestáis a esta mujer y reprobáis lo que hace?; pues buena es la obra que ha hecho conmigo. Porque a los pobres los tendréis siempre con vosotros; mas a Mí no me tendréis siempre. Esta mujer ha hecho lo que estaba en su mano, porque derramando sobre Mí este ungüento con amor y prodigalidad, ella se adelantó a ungir mi Cuerpo para la sepultura. En verdad os digo que, dondequiera que fuere predicado este Evangelio por todo el mundo, también lo que ésta ha hecho será contado en memoria de ella».

5. La cena dio su fin hacia las 9 de la noche de ese día 19 de marzo, y todos volvieron a sus respectivas casas conventuales. En cambio, Jesús, con su Divina Madre y las hermanas de Ella, se retiró a orar a un lugar solitario en el Monte de los Olivos, cerca de la aldea de Betfagé, situada en la falda oriental de dicho Monte, casi a un kilómetro de Betania.

Capítulo LXVIII

El Sanedrín acuerda matar a Lázaro

1. En aquella noche del sábado 19 de marzo, mientras Jesús se hallaba orando en el Huerto de los Olivos, un buen número de judíos, creyendo que Él se hallaba en la casa de Lázaro, en Betania, vinieron aquí, no solamente por la noticia de que Jesús había vuelto, sino también para ver a Lázaro, al que Él había resucitado de entre los muertos.

2. Entre los que habían ido a la casa de Lázaro, se hallaban algunos fariseos enviados por el Sanedrín, con el fin principal de comprobar si realmente Jesús se hallaba allí; ya que hacía tiempo que no daban con su paradero. Y aunque no pudieron ver al Maestro, por haberse retirado al Monte de los Olivos, los fariseos volvieron esa misma noche a Jerusalén para informar al Sanedrín de que Jesús había estado este día con Lázaro; y que muchos de los que visitaban a éste, se separaban de la autoridad levítica y se unían a Jesús a causa del milagro de la resurrección de su amigo.

3. Los sanedritas enemigos de Jesús, muy alarmados, se reunieron en consejo el día siguiente, 20 de marzo, antes del amanecer; en donde los Príncipes de los Sacerdotes y los otros inicuos miembros del Con-

sejo, presididos por el Sumo Sacerdote Caifás, acordaron, bajo las instigaciones del Pontífice Anás, matar también a Lázaro, y con su muerte apagar el entusiasmo de las gentes; porque muchos, por él, se separaban del Sanedrín y creían en Jesús. Y para justificarse ante el pueblo, apoyaron su decisión en el hecho de que Lázaro, habiendo estado con Jesús, no lo había puesto en conocimiento del Sanedrín, como estaba mandado en el edicto que éste había dado de búsqueda del Maestro para ser capturado. La resolución de matar a Lázaro quedó en suspenso por el magno acontecimiento del Domingo de Ramos.

Capítulo LXIX

Cristo, en el Monte de los Olivos, manda preparar todo lo necesario para su Entrada Triunfal en Jerusalén. Cristo llora sobre Jerusalén y predice su destrucción

1. El domingo 20 de marzo de aquel año 34, mientras Jesús seguía orando en el Monte de los Olivos, cerca de la aldea de Betfagé, María Santísima y sus dos hermanas retornaron a Betania para comunicar a los Apóstoles y discípulos que era deseo del Maestro que fueran adonde Él se hallaba. Y ellos se reunieron poco después con Él; mientras que la Divina María y las piadosas mujeres, quedaron en Betania.

2. Desde el Monte de los Olivos, junto a Betfagé, Jesús envió a los Apóstoles Pedro y Juan a dicha aldea, que estaba enfrente del lugar en que se hallaban, diciéndoles: «Id a esa aldea que está enfrente de nosotros, y luego que entrareis en ella, hallaréis un asna atada, y un pollino sobre el que no ha subido hombre alguno: desatadlos, y traédmelos. Y si alguien os dijere: ¿Qué hacéis?, ¿por qué los desatáis?; respondedle que el Señor los necesita. Y luego os los dejará traer acá».

3. Fueron, pues, los dos Apóstoles, y hallaron en la calle el asna atada a la puerta de la casa, y junto a ella, atado también el pollino, tal y como Jesús se lo había dicho. Y cuando ellos desataban a los dos animales, les dijeron sus dueños: «¿Por qué desatáis al asna y al pollino?». Y les respondieron: «El Señor nos lo ha mandado, porque los necesita». Y entonces se los dejaron llevar. La casa y los animales eran de Obed, cuya esposa era María, padres de Juan Marcos. Padre e hijo eran discípulos ocultos del Señor; y la madre era terciaria carmelita; todo lo cual lo sabían los Apóstoles. Por eso, con suma satisfacción, los dueños entregaron los dos animales a los enviados.

4. Pedro y Juan trajeron a Jesús el asna y el pollino; y pusieron sobre los dos animales los mantos que los Apóstoles usaban. Y ayudado por estos, Jesús sentose sobre el asna; y en medio de los Apóstoles y discípulos, se dirigió a la Gruta de la Eleona, desde donde comenzó el descenso. Cuando Jesús, montado sobre el asna, llegó al lugar del Monte conocido hoy como el Dóminus Flevit, desde donde se contempla una maravillosa vista de Jerusalén, paró breve tiempo.

5. Y al ver desde allí la ciudad, lloró sobre ella, vaticinando su destrucción con estas palabras: «¡Ah, si tú

reconocieses, siquiera en este tu día, lo que puede traerte la paz! Mas ahora está todo ello encubierto a tus ojos. Porque vendrán días contra ti en que tus enemigos te rodearán de trincheras, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán en tierra con tus hijos que tendrás dentro de tus murallas; y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto que no has querido reconocer el tiempo en que Dios te ha visitado».

6. Después, Jesús continuó el descenso del Monte de los Olivos en dirección al Huerto de Getsemaní; dirigiéndose luego a la tumba en que se hallaba el Santísimo José, lugar conocido hoy como sepulcro de la Virgen, que está en el valle de Josafat, llamado también del Cedrón.

Capítulo LXX

Entrada Triunfal de Cristo en Jerusalén por la Puerta Dorada

1. Aquel Domingo de Ramos, 20 de marzo del año 34, cuando Jesús, montado sobre el asna, entre sus doce Apóstoles y todos los discípulos, se disponía a cruzar el valle del Cedrón, en dirección a la Puerta Dorada del Templo, el Arcángel San Miguel se apareció en el cielo a muchos, entre ellos a peregrinos venidos por razón de la Pascua, anunciándoles la Entrada Triunfal de Jesús en Jerusalén, con las siguientes palabras proféticas: *«Decid a la Hija de Sión: No temas, Hija de Sión: he aquí que tu Rey, viene a ti lleno de mansedumbre y sentado sobre un asna y un pollino hijo del asna que está acostumbrada al yugo. He aquí que viene el Cachorro del León de Judá»*. Los Apóstoles y discípulos, por entonces, no reflexionaron sobre estas palabras proféticas. Mas cuando Jesús hubo entrado en su gloria, se acordaron que tales cosas estaban escritas de Él, y que se habían cumplido estando ellos con Él.

2. También, una multitud de los coros angélicos se aparecieron en el Cielo y glorificaban a Jesús diciendo: *«Bendito el Rey que viene en el Nombre del Señor. ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el Nombre del Señor, el Rey de Israel! ¡Gloria en las alturas y paz en la tierra!»*.

3. Los Apóstoles y discípulos, que iban a Jerusalén temerosos por el peligro que allí corrían, al ver esas maravillas celestiales, superaron el miedo. Y todos, en tropel, llenos de gozo, comenzaron a alabar a Dios en alta voz, por todas las grandezas que habían visto, con las mismas alabanzas que habían oído de los Ángeles; y también decían: *«¡Bendito el Reino de Nuestro Padre David que ahora llega!»*. Y al mismo tiempo, al paso del Maestro, ellos tendieron sus mantos por el camino, a la vez que cortaban ramos de palmas y olivos para exorno del cortejo real. Y una gran multitud del pueblo, enfervorecida por aquellas señales que habían visto, vino al encuentro de Jesús y se unió a las aclamaciones y demás gestos de homenaje que le hacían los Apóstoles y discípulos. Por lo que aquel gran gentío tendía también sus ropas por el camino, al paso de Jesús; a la vez que cortaban ramos de palmas y oli-

vos para exorno del cortejo real y para extenderlos por el camino por donde Él había de pasar. Y las gentes que iban delante y las que iban detrás, aclamaban con las mismas alabanzas que habían oído de los Ángeles y de los Apóstoles. Además, muchos de los que habían venido, daban testimonio de haber estado con Jesús cuando llamó a Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos; por lo que ponderaban este milagro y otros muchos que el Maestro había hecho; todo lo cual también contribuía al multitudinario acontecimiento.

4. Ya próximo a la Puerta Dorada, Jesús bajó del asna; y montado ahora sobre el pollino, sin pasar por el Templo, hizo su Entrada Triunfal en la ciudad de Jerusalén entre las aclamaciones de las multitudes. Pues, la Puerta Dorada, era a la vez puerta de la ciudad y puerta del Templo; y por ella se podía entrar directamente al Templo; y también a la ciudad, sin pasar por el Templo.

5. Cuando entró Jesús en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad, pues veían atónitos cómo Él, lleno ahora de insólita majestad, manifestaba en su Cuerpo cierto resplandor glorioso que le revestía de misteriosa realeza. Por eso, las muchedumbres decían: *«¿Quién es Éste?»*, con lo cual manifestaban que verdaderamente era Él el Mesías; y también decían: *«Éste es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea»*. La Santísima Virgen María, desde Betania, en sublime visión, contempló jubilosa el triunfo de su Divino Hijo en Jerusalén.

6. Algunos de los fariseos que estaban entre la gente, exasperados por las aclamaciones que el pueblo entusiasmado tributaba a Jesús, trataron de acallar a las multitudes. Para ello pusieron el pretexto de que, si seguían proclamándole Rey de Israel, provocarían la intervención de los romanos. Mas, como los mayores promotores de todas aquellas alabanzas al Maestro eran los Apóstoles y discípulos, después de haber intentado inútilmente callar a ellos, gritaron a Jesús: *«Maestro, reprende a tus discípulos»*. Mas Él, severo y majestuoso, respondió a sus enemigos: *«Os digo que, si estos callasen, las piedras clamarán»*. Mas los fariseos dijeron unos a otros: *«¿No veis que nada adelantamos? Mirad cómo todo el mundo se va en pos de Él»*; manifestando así que ya no se podía demorar más su muerte.

7. Después de su camino triunfal por las calles de Jerusalén, Jesús, acompañado de sus Apóstoles y discípulos, entró en el Templo e inspeccionó a pie todo el recinto sagrado, incluido el lugar Santo de los Santos. Con ocasión de esta visita, Él manifestó con señales extraordinarias su autoridad de Sumo y Eterno Sacerdote; de manera que algunos sanedritas que allí se encontraban, no se atrevieron a obstaculizar su misión, a pesar de que Él les echaba en cara públicamente el desprecio que hacían de las cosas sagradas, y les predecía terribles castigos si no se enmendaban. El enojo de Jesús llegó a su colmo cuando, al pasar por el atrio del Templo llamado de los catecúmenos, lo vio nuevamente convertido en un antro de compra y venta de mercaderías. Y como los mayores responsables de ese sacri-

legio eran los sacerdotes, Jesús, antes de desatar de nuevo su justa ira, trató de hacer ver a los mercaderes cuán ofensivo era para Dios ese tráfico, y que deberían retirarlo de allí enseguida. Jesús, después de haber reconocido todo el recinto del Templo, como fue ya tarde, salió para Betania con los doce Apóstoles y los discípulos, sin que ya las gentes le acosasen, pues éstas se habían ido retirando mientras Él estaba dentro del Templo.

8. Cristo, tras salir del Templo, bautizó y eligió como discípulos a tres jóvenes prosélitos judíos oriundos de Italia, llamados Lino, Cleto y Clemente, que fueron los tres que siguieron a Pedro en el Papado.

Capítulo LXXI

Petición de Santiago el Mayor y su hermano Juan

1. En la noche de aquel domingo 20 de marzo del año 34, mientras Jesús iba desde Jerusalén a Betania en compañía de sus Apóstoles y discípulos, estos, rebotantes de gozo, comentaban entre sí los pormenores de aquel día triunfal. Lo cual movió a los hermanos Santiago el Mayor y Juan a acercarse a Jesús y decirle privadamente: «Maestro, queremos que nos concedas todo lo que te pidamos». Y Él les dijo: «¿Qué queréis que haga por vosotros?». Y le dijeron: «Concédenos que nos sentemos el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, cuando te halles en la gloria del Padre». Y como ellos habían actuado sin conocer la trascendencia de su ambiciosa e ingenua pretensión, el Maestro no les dio, por ahora, respuesta alguna.

2. Mas, una vez en Betania, todavía 20 de marzo, los dos hermanos acudieron a su madre, María Salomé, a fin de que intercediese ante Jesús para lograr lo que deseaban. Entonces, ella, con sus hijos, fue adonde estaba el Maestro y le adoró, para hacerle la petición en favor de sus hijos, sin que buscarse la honra personal de estos, sino la gloria de Dios y el bien espiritual de sus almas. Y Jesús dijo a María Salomé: «¿Qué quieres?». Ella respondió: «Haz que estos dos hijos míos se sienten en tu Reino, el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda».

3. Y Jesús, dirigiéndose a los hermanos Santiago el Mayor y Juan, díjoles: «No sabéis lo que pedís: ¿Podéis beber el cáliz que Yo he de beber, o ser bautizados con el bautismo de sangre con que Yo seré bautizado?». Y ellos le dijeron: «Podemos». Y Jesús les dijo: «Vosotros en verdad beberéis el cáliz que Yo beberé, y seréis bautizados con el bautismo de sangre con que Yo seré bautizado; mas, sentarse a mi derecha o a mi izquierda en la gloria de mi Padre, no me toca a Mí concederlos a vosotros, sino que será para quienes mi Padre lo tiene preparado». Con estas palabras, Jesús dio a conocer a María Salomé que, en atención a su solicitud, sus hijos alcanzarían un alto grado de santidad.

4. Cuando los otros diez Apóstoles se enteraron de la petición que habían hecho los dos hermanos, se indignaron contra ellos por haber pretendido ser los primeros. Mas Jesús les llamó y les dijo: «Sabéis que los

principes de las gentes, en el ejercicio de su gobierno, las avasallan y se enseñorean de ellas; y que los que tienen altos puestos dominan con imperio a los que están bajo ellos. Mas no ha de ser así entre vosotros: el que quiera ser el mayor, sea vuestro criado; y el que quiera ser el primero entre vosotros, sea siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida para la Redención de muchos».

Capítulo LXXII

Cristo expulsa por segunda vez a los mercaderes del Templo

El lunes 21 de marzo del mismo año 34, Jesús, acompañado de sus Apóstoles y discípulos, fue desde Betania a Jerusalén. Y habiendo entrado en el Templo, vio cómo los mercaderes seguían su comercio en el atrio de los catecúmenos, a pesar de que Él les había advertido el día anterior de que no lo hiciesen. Por lo que Jesús, lleno de santa ira, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban; y volcó las mesas de los banqueros, y las sillas de los que vendían palomas; y no consintió que nadie transportase mueble alguno por el Templo. Y Jesús, con voz potente y firme, dijo: «Escrito está: Mi Casa, es Casa de oración; mas, vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones». Y todo esto sucedió ante la expectación de los sacerdotes y de las gentes, sin que se atreviesen por eso a prender a Jesús. Y muchos de los que presenciaban este hecho, le alababan al ver su celo por la Casa de Dios.

Capítulo LXXIII

Cristo cura en el Templo a varios enfermos.

Los niños le reconocen como el Hijo de Dios, y le alaban

1. El mismo día 21 de marzo, después de que Jesús expulsara a los mercaderes, hallándose aún en el Templo, vinieron a Él ciegos y cojos, a quienes sanó.

2. Con motivo de la proximidad de la Pascua, coincidió que había entonces en el Templo de Jerusalén, una concentración de niños escolares traídos para formarles en el espíritu de esta fiesta; los cuales habían presenciado los milagros antes referidos. Y al pasar Jesús en medio de ellos, inspirados por el Espíritu Santo, le reconocieron como el Hijo de Dios; por lo que, llenos de entusiasmo, le aclamaban con las mismas alabanzas que las muchedumbres el día anterior.

3. Y cuando los Príncipes de los Sacerdotes, los escribas y los doctores de la Ley, de las sectas de los fariseos y de los saduceos, vieron las maravillas que Jesús había hecho, y cómo los niños le aclamaban en el Templo diciendo: «¡Hosanna al Hijo de David!», se indignaron, y dijeron a Jesús: «¿Oyes lo que dicen estos?». Y Él les dijo: «Sí, por cierto; pues, ¿no habéis leído la profecía: 'De la boca de los infantes y de los lactantes, hiciste Tú salir perfecta alabanza para hacer callar al enemigo y al perseguidor'?». Jesús rechimina así la maldad de aquellos pérfidos judíos que, no sólo le negaban toda alabanza por los prodigios que

poco antes había hecho, sino que, además, les molestaba que los niños lo hiciesen.

4. Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, cuando vino la tarde, dejando a sus enemigos, salió fuera de la ciudad de Jerusalén y fue a Betania, en donde quedó.

Capítulo LXXIV

Nueva reacción deicida de las autoridades judías

1. Cuando los Príncipes de los Sacerdotes, los escribas y los doctores de la Ley, de las sectas de los fariseos y de los saduceos, tuvieron conocimiento de que Jesús había expulsado por segunda vez a los mercaderes del Templo, ahora con mayor rabia buscaban cómo quitarle la vida, porque le temían, viendo que todo el pueblo estaba maravillado por su doctrina.

2. Y además, como Jesús cada día enseñaba en el Templo, los principales del pueblo que, sin ser de rango eclesiástico, estaban de acuerdo con el Sanedrín, buscaban también la manera de matar al Maestro; pero no sabían cómo hacerlo, pues todo el pueblo estaba embelesado cuando le oía predicar.

Capítulo LXXV

Episodio de la maldición de la higuera

1. El martes 22 de marzo del año 34, por la mañana, cuando Jesús, acompañado de sus Apóstoles y discípulos, salía de Betania en dirección a Jerusalén, tuvo hambre. Y viendo a lo lejos una higuera junto al camino, se acercó a ella para ver si hallaba algo para comer. Mas, cuando llegó, no hallando en ella sino hojas solamente, porque no era tiempo de higos, le dijo: *«Nunca jamás crezca fruto de ti. Nunca jamás coma nadie fruto de ti»*. Y se secó al punto la higuera. Y al oír esto sus Apóstoles y discípulos, vieron que al punto las ramas y las hojas se secaron. Por lo que se maravillaron, diciendo: *«¿Cómo se ha secado al instante!»*.

2. Vemos, pues, aquí la siguiente enseñanza: Aunque lógicamente la higuera no podía tener frutos en ese tiempo del año, sin embargo los hombres, en todo momento, estamos obligados a dar frutos de virtud, so pena de recibir el mismo castigo de la higuera; como pasó con el Pueblo Judío, a quien Jesús aplicó primero este hecho singular; lo cual debe servir de advertencia a cada hombre en particular.

Capítulo LXXVI

Cristo en el Templo

se da a conocer a muchos gentiles como el Mesías Prometido

1. Tras la maldición de la higuera, Jesús llegó al Templo de Jerusalén, esa misma mañana del 22 de marzo, con sus Apóstoles y discípulos.

2. Dentro del Templo, en el atrio de los catecúmenos, había muchos de esta condición procedentes de distintas naciones que hablaban la lengua griega. Ellos habían venido al Templo para adorar a Dios en el día de la fiesta; pues, decepcionados de la absurda mitología, llegaron a aceptar la fe en el verdadero Dios y a

simpatizar con la religión judía, aunque seguían permaneciendo incircuncisos.

3. Y como ellos desearan ver al Maestro, algunos se llegaron al Apóstol Felipe y le rogaban diciendo: *«Señor, queremos ver a Jesús»*. Felipe fue, y se lo dijo a Andrés; y Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús. Entonces Él se dirigió con sus Apóstoles y discípulos al atrio de los catecúmenos, que es donde se hallaban los que deseaban verle. Jesús se dio a conocer a ellos como el Mesías prometido en las Escrituras, y les exhortó también a que creyesen en su palabra.

4. Y como aquellos gentiles catecúmenos judíos estuviesen extrañados de que las enseñanzas de Jesús aún no les hubiesen llegado, así se lo declararon. Y Él les respondió: *«Viene la hora en que ha de ser glorificado el Hijo del Hombre. En verdad, en verdad os digo que, si el grano de trigo caído en la tierra no muere, queda infecundo; pero, si muere, produce mucho fruto»*. Manifestándoles así que, tras su muerte y glorificación, vendría la evangelización oficial del mundo gentil. Seguidamente, Jesús les invitaba a seguirle diciéndoles: *«El que, a costa de perder su alma, conserva su vida, perderá la vida eterna; y quien perdiere su vida por amor mío, la volverá a hallar en el Cielo. Si alguno desea servirme, sígame; que, en donde Yo estoy, allí estará también el que me sirve. Y a quien me sirviere, le honraré mi Padre»*.

5. Luego, el Maestro les dijo: *«Ahora mi Alma está conturbada. ¿Y cómo diré: Padre, líbrame de esta hora?, cuando precisamente he venido a este mundo para que, en esta hora, Yo cumpla tu voluntad»*. Y con estas palabras, Jesús hizo confidentes, a aquellos gentiles catecúmenos judíos, de la amargura que entonces afligía a su Alma por la proximidad de su Pasión y Muerte; y sobre todo, porque ésta sería para muchos infructuosa, al no acogerse a su Sangre derramada, como sucedería con la mayor parte del Pueblo Judío. Y así dejaba también entrever que la fidelidad la esperaba de los gentiles.

6. Y seguidamente, Jesús agrega: *«Padre, glorifica tu Nombre»*. Y entonces, desde el Cielo, vino la Voz del Padre Eterno, que dijo: *«Ya lo he glorificado con tu doctrina y milagros; mas, de nuevo lo glorificaré con tu Pasión, Muerte y Resurrección»*. Y cuando se oyó la Voz del Padre, al igual que sucedió en el Jordán, se abrieron los Cielos, y el Espíritu Santo, bajo la forma de Paloma, se posó, visiblemente a todos, sobre la Cabeza de Jesús, con el siguiente testimonio del Padre: *«Éste es mi Hijo el Amado, en quien me he complacido»*; palabras que también fueron oídas por los Apóstoles, discípulos y muchos de los gentiles catecúmenos judíos que allí estaban.

7. Y cuando los gentiles catecúmenos judíos oyeron la Voz del Padre Eterno, unos decían que había sido un trueno; otros decían: *«Un Ángel le ha hablado»*. Mas, Jesús respondió y dijo: *«No ha venido esta Voz por Mí, sino por causa de vosotros, para que conozcáis que Yo soy el Hijo de Dios. Ya se acerca la hora de la Redención del mundo; la hora en que el príncipe de este mundo va a ser encadenado; y así, su poder*

reducido. Ya se acerca la hora en que el Evangelio sea predicado por todas partes. Cuando Yo sea exaltado sobre la tierra en lo alto de una cruz, todo lo atraeré hacia Mí, para que, aquellos que se acojan a la Redención, se salven». Aludiendo así al género de muerte con que había de morir.

8. Y aquellos gentiles catecúmenos judíos le respondieron: «Nosotros sabemos por las Escrituras, que el Cristo debe vivir eternamente: ¿pues cómo dices Tú, que el Hijo del Hombre debe ser crucificado y levantado en lo alto? ¿Quién es este Hijo del Hombre?». Y así manifestaban su sorpresa de que el Cristo, siendo el Hijo de Dios, es al mismo tiempo Hijo del Hombre; y, aún más, de que fuera a morir, cuando estaba profetizado que permanecería para siempre. Y es que ellos desconocían la doble Naturaleza de Jesús, y la futura Resurrección de su Deífico Cuerpo: misterios que, enseguida, el Maestro les reveló; creyendo entonces, muchos de ellos, que Él era el Mesías. Finalmente, Jesús dijo a estos que habían creído en Él, los cuales eran ahora catecúmenos de la fe cristiana: «*Todavía, por un poco de tiempo está la Luz entre vosotros: pues, Yo soy la Luz. Andad firmes en la luz que habéis recibido para que no os sorprendan de nuevo las tinieblas; pues, el que anda en tinieblas, no sabe adónde va. Mientras que tenéis luz, creed pues en Mí, que soy la Luz, para que, cuando recibáis el Bautismo, seáis hijos de la Luz*». Después que esto dijo Jesús, se fue, y ya no tuvo más contacto con esos gentiles catecúmenos cristianos, pues aún no era la hora de llamar oficialmente al pueblo gentil. Muchos de estos que creyeron en Jesús, serían después bautizados por Pedro y los demás Apóstoles en el mismo día de Pentecostés, tras la gran manifestación del Espíritu Santo.

9. Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, una vez que salió del Templo, marchó seguidamente al Huerto de los Olivos; y después de orar allí, salió para Betania. Pues, cada día enseñaba en el Templo, y de noche oraba en el Monte de los Olivos. Y todo el pueblo madrugaba para venir a oírle en el Templo.

Capítulo LXXVII

Cristo va de nuevo a orar al Huerto de los Olivos

1. El miércoles 23 de marzo de aquel año 34 muy de mañana, salió Jesús de Betania con sus Apóstoles y discípulos, en dirección al Huerto de los Olivos, pasando Él a propósito por el lugar en que el día anterior había secado la higuera. De esta manera, los Apóstoles y discípulos comprobaron de nuevo que la higuera se había secado de raíz. Y Pedro, manifestando otra vez su admiración por el prodigio que había visto el día anterior, dijo a Jesús: «*Maestro, ve ahí la higuera que maldijiste, ¡cómo se ha secado!*».

2. Jesús, que tantos milagros había hecho en presencia de sus Apóstoles y discípulos, manifiestoles su extrañeza de que tanto les sorprendiera este de la higuera. Y por eso, les dijo: «*Tened más fe en el poder de Dios. Pues, en verdad os digo, que si tuviereis fe y no dudareis, no sólo haríais este prodigio de la higuera;*

sino, más aún. Pues, tanto vosotros, como cualquiera, si dijereis a este monte: 'Quítate, y échate en el mar'; y no dudareis en vuestro corazón, sino que creyereis que se hará cuanto dijereis, todo será hecho. Por tanto os digo, que todas las cosas que pidiereis en la oración, creed con viva fe que las recibiréis, y se os concederán sin falta. Mas, cuando os pongáis a orar, si tenéis algo contra alguno, perdonadle primero el agravio; a fin de que vuestro Padre que está en los Cielos, os perdone también vuestros pecados. Porque si no perdonareis vosotros, tampoco vuestro Padre que está en los Cielos os perdonará, ni oirá vuestras oraciones».

3. Jesús, aprovechando la impresión que había causado a sus Apóstoles y discípulos el extraño suceso de la higuera maldita y seca, les explicó el sentido de esa figura, resaltándoles lo mucho que Dios había hecho siempre en favor del Pueblo Judío; y más especialmente, con la Venida del Mesías, quien, mediante sus enseñanzas, sus infinitas virtudes y portentosos milagros, había dado prueba inequívoca de su misión en la tierra como Hijo de Dios y Deseado de los pueblos. Y con todo, aquel Pueblo Judío le rechazaba con refinada obstinación. Por lo que, al igual que la higuera estéril, sería maldecido y seco de todo fruto espiritual, hasta que reconociese al Hijo de Dios; lo cual sería poco antes de la Segunda Venida de Cristo.

Capítulo LXXVIII

Cristo ora en el Huerto de los Olivos. Después, va al Templo.

Parábola de los hijos enviados a trabajar en la viña y parábola de los labradores homicidas

1. Aquella mañana del día 23 de marzo del año 34, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, llegó al Huerto de los Olivos, llamado también Getsemaní, porque en él hubo en tiempos un molino de aceite. Y postrados todos de rodillas, brazos en cruz, como en tantas ocasiones habían hecho, les hizo rezar varias veces el Padrenuestro, para que jamás se les olvidase la importancia y la eficacia de esta oración que les había enseñado. Después, a eso de las 9h. de la mañana, se encaminaron otra vez a Jerusalén.

2. Y cuando Jesús estaba instruyendo y evangelizando al pueblo en el Templo, se llegaron a Él setenta de los miembros del Sanedrín enviados por el Sumo Sacerdote Caifás instigado por el Pontífice Anás. Dichos sanedritas dijeron a Jesús: «*¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te ha dado esta potestad para hacer estas cosas?*». Respondiendo Jesús, les dijo: «*Yo también os haré una pregunta; y si me la respondéis, os diré con qué potestad hago estas cosas: ¿El bautismo de Juan, era del Cielo o de los hombres? Respondedme*». Y ellos estaban entre sí pensando, y decían: «*Si decimos que del Cielo, nos dirá: '¿Por qué no le creísteis?'; si decimos que de los hombres, tendremos al pueblo en contra*»; porque todos estaban persuadidos que Juan Bautista era verdaderamente profeta. Y respondieron a Jesús diciendo: «*No lo sabemos*». Y Jesús les respondió y dijo: «*Pues, Yo*

tampoco os digo con qué autoridad hago estas cosas»; dejando así desarmados a sus enemigos.

3. Durante todo aquel día 23 de marzo, Jesús predicó en el Templo con más autoridad y firmeza. Y para ello, comenzó a hablarles en parábolas, con las que recriminaba la postura impía y deicida de sus enemigos que, mezclados entre la muchedumbre, también le escuchaban.

4. Una de estas parábolas, fue la de los hijos enviados a trabajar en la viña. Jesús dijo: *«¿Mas qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y llegando al primero le dijo: 'Hijo, vete hoy, y trabaja en mi viña'. Y respondiendo él, le dijo: 'No quiero'; mas, después se arrepintió, y fue. Y llegando al otro, le dijo del mismo modo; y respondiendo él, dijo: 'Voy'; mas no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?»*. Y dijeron aquellos enemigos de Jesús: *«El primero»*. Jesús les dijo: *«En verdad os digo, que muchos de los publicanos y de las rameras os precederán en el Reino de Dios. Porque, incluso, cuando vino Juan Bautista a vosotros para enseñaros el camino de la virtud, no quisisteis creerlo. Y, sin embargo, muchos de los publicanos y de las rameras le creyeron. Y, además, a pesar del testimonio que estos daban con su conversión, vosotros no os movisteis después a hacer penitencia para aceptar a Juan»*.

5. Seguidamente, Jesús enseñó al pueblo la parábola de los labradores homicidas. Dijo pues: *«Había un padre de familias, que plantó una viña, y la cercó de vallado; y cavando hizo en ella un lagar, y edificó una torre, y la dio en renta a unos labradores, y se marchó lejos. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, en una ocasión envió a uno de sus siervos a los labradores, para que le diesen del fruto de la viña. Mas ellos, agarrándole, le hirieron y le enviaron sin nada. Y de nuevo, el padre de familias envió a otro de sus siervos, a quien los labradores del mismo modo le hirieron, le echaron fuera y le mataron. Y luego envió un tercero, a quien hirieron y le echaron fuera. Y también envió a otros muchos: de los cuales, a unos hirieron, y a otros mataron. Mas, como el señor de la viña tuviese un hijo a quien amaba tiernamente, dijo: ¿Qué hará? Enviaré a mi amado hijo. Puede ser que, cuando le vean, le tengan respeto. Por lo que, por último, les envió a su hijo. Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: 'Éste es el heredero, venid, matémosle, y tendremos su herencia'. Y agarrándole, le echaron fuera de la viña, y le mataron. Pues, cuando viniere el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?»*. Y los que escuchaban a Jesús, dijeron: *«A los malos hará perecer miserablemente; y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo»*.

6. Y como estas palabras las oyeron también los enemigos del Maestro, que se veían identificados en los labradores homicidas, respondieron: *«De ninguna manera sucederá jamás esto»*. Y así, con falsedad y orgullo, pretendieron excusarse, delante de Jesús y de las muchedumbres, de los delitos que mediante la parábola se les imputaban; sobre todo, el del crimen co-

metido contra el hijo del dueño de la viña, que representa al Hijo del Altísimo; jactándose, además, de ser ellos justos delante de Dios; por lo que Éste, representado en la parábola por el dueño de la viña, no tenía por qué tomar venganza sobre ellos.

Capítulo LXXIX

Cristo, en el Templo, enseña que Él es la Piedra Fundamental de su Iglesia

1. Aquel miércoles 23 de marzo del año 34, después que Jesús enseñara la parábola de los labradores homicidas, mirando a los setenta miembros del Sanedrín que le escuchaban, les dijo: *«¿Nunca leisteis en los Salmos de David: 'La Piedra que desecharon los edificadores, esa ha sido puesta por cabeza del ángulo?' Dios Padre es el que ha hecho esto en estos días, y es una cosa admirable ante vuestros ojos»*. Con lo cual Jesús denunciaba a aquellos inicuos sanedritas como los edificadores del mal; pues, al rechazar y menospreciar a Él, construían en contra de la Ley Evangélica para seguir en sus falsas tradiciones y corrompidas costumbres. Y a la vez, Jesús se proclamaba como la Piedra Fundamental de la Nueva Iglesia, al estar sostenida Ésta por su infinito poder y alimentada por su inefable doctrina, contra cuyo edificio las puertas del infierno nada podrían.

2. Y Jesús siguió hablando a aquellos pérfidos setenta sanedritas: *«Por tanto os digo, que quitada os será la gracia de pertenecer al Reino de Dios, y será dada a un pueblo que produzca sus frutos»*; refiriéndose al pueblo gentil: el cual aceptaría su Evangelio. Y seguidamente, Jesús, con majestuosa severidad, les dirigió la siguiente sentencia: *«Y el que cayere sobre esta Piedra, será quebrantado; y sobre quien ella cayere, lo desmenuzará»*. Con lo que advertió que todo lo que pretendieren contra Él y su Iglesia, redundaría en mayor gloria de la misma y mayor reprobación de ellos. Y cuando aquellos pérfidos setenta sanedritas oyeron las palabras de Jesús, entendieron que de ellos hablaba; y le querían echar mano en aquella hora, buscando medios para prenderle; mas temían al pueblo porque le miraba como el Profeta. Y dejándole, se fueron.

Capítulo LXXX

Cristo, en el Templo, enseña la parábola de las bodas del hijo del rey

1. En aquella mañana del mismo miércoles 23 de marzo del año 34, después de que aquellos setenta miembros del Sanedrín se fueron, Jesús continuó sus enseñanzas en el Templo a las multitudes congregadas para oírle. Y como luego volviesen sus enemigos adonde Él estaba para acecharle con nuevas preguntas, Él, respondiendo, expuso la parábola de las bodas del hijo del rey o convite nupcial: *«Semejante es el Reino de los Cielos a cierto rey que celebró las bodas de su hijo. Y envió sus siervos a llamar a los convidados a las bodas, mas no quisieron ir. Envío de nuevo otros*

siervos, diciendo: *'Decid a los convidados: He aquí que he preparado mi banquete; he hecho matar mis terneros y demás animales cebados; y todo está a punto. Venid, pues, a las bodas'. Mas ellos no hicieron caso, y se fueron: unos, a su granja; otros, a sus negocios; y otros, echaron mano de los siervos, y después de haberlos ultrajado, los mataron. Y el rey, cuando lo oyó, se irritó; y enviando sus ejércitos, acabó con aquellos homicidas, y puso fuego a su ciudad. Entonces dijo a sus siervos: 'Las bodas ciertamente están preparadas, mas los que habían sido convidados no fueron dignos de asistir a ellas. Id, pues, a las salidas de los caminos; y a cuantos hallareis, convidadlos a las bodas'. Y habiendo salido sus siervos a los caminos, congregaron a cuantos hallaron, malos y buenos; y se llenaron las bodas de convidados. Y entró el rey para ver a los que estaban a la mesa, y vio allí un hombre que no estaba vestido con el traje de boda. Y le dijo: 'Amigo, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido de boda?'. Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a sus ministros: 'Atadle los pies y las manos, y arrojadle fuera, en las tinieblas exteriores, en donde será el llorar y el crujir de dientes'. Porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos».*

2. Jesús, a través de esta parábola, se refiere, entre otros muchos casos, a la apostasía del Pueblo Judío, al castigo espiritual del mismo y a la destrucción material de sus ciudades, en especial de Jerusalén, pues no correspondieron a la amorosa invitación que Él les hacía al Reino de Dios.

3. En cuanto al invitado que no llevaba la vestidura requerida para las bodas, y que por eso fue expulsado por el rey y severamente castigado, Jesús se refería, entre otros, a Judas Iscariote, quien, con perversa osadía, continuaba con el Maestro, despreciando sus gracias, por lo que mereció el reproche de Cristo, en el que pronosticaba su condenación.

Capítulo LXXXI

Los fariseos y herodianos acechan a Cristo en el Templo: el tributo al César

1. Aquel mismo día 23 de marzo, una vez terminada la parábola de las bodas del hijo del rey, los enemigos de Jesús se retiraron nuevamente de donde Él predicaba, reuniéndose todos en otro lugar del Templo, con el fin de considerar entre sí cómo sorprenderían al Señor en lo que hablase, para prenderle.

2. Aquellos sanedritas enemigos del Maestro, le enviaron algunos judíos de la secta de los fariseos y de la secta de los herodianos, para que, fingiéndose justos, prepararan insidias contra Él, con el fin de sorprenderle en alguna palabra y entregarle a la jurisdicción y potestad del presidente romano, por entonces el Procurador Poncio Pilato. Ellos, pues, viniendo adonde estaba Jesús, le preguntaron: *«Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que enseñas rectamente el camino de Dios, sin respetos humanos y sin considerar la condición de las personas. Dinos, pues, qué te parece: ¿Es lícito dar tributo al César o no?»*. Mas Jesús,

conociendo la malicia de ellos, dijo: *«¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo»*. Y ellos le presentaron un denario. Y Jesús les dijo: *«¿De quién es esta figura e inscripción?»*. Dijéronle: *«Del César»*. Entonces les dijo: *«Pues dad al César lo que es del César; y a Dios lo que es de Dios»*. Y ellos no pudieron acusar a Jesús, por sus palabras, delante del pueblo; sino que, maravillados de su respuesta, callaron y, dejándole, se retiraron.

3. Jesús, pues, con divina sabiduría, les mostró que si ellos manejaban la moneda con la efigie e inscripción del César, era señal clara de su condición de súbditos del imperio romano, y por lo tanto tributarios del mismo; por lo que estaban obligados moralmente al pago de dichos impuestos; sin que esto les dispensase de las obligaciones con Dios, de quien eran principalmente tributarios.

Capítulo LXXXII

Los saduceos acechan a Cristo en el Templo: la resurrección de los muertos

1. Cuando los fariseos y herodianos, fracasados en su misión, se retiraron de aquel lugar del Templo en que se enseñaba Jesús, se fueron a otro lugar del mismo en que se hallaba reunido el Sanedrín para dar conocimiento a éste de lo ocurrido. Por lo cual, dicho Consejo, para acechar a Jesús por segunda vez a través de enviados, mandole ahora a algunos judíos de la secta de los saduceos para preguntarle acerca de la resurrección de los muertos, que ellos negaban al sostener que el alma moría al mismo tiempo que el cuerpo, y que, por lo tanto, ni había resurrección alguna, ni otra vida en la que hubiera premio o castigo. Y como a la secta de los saduceos pertenecían muchos de los miembros del Sanedrín, éste pretendió ridiculizar a Jesús en su magisterio ante el pueblo; pues, la mayoría de los que le escuchaban, entre ellos los fariseos, sí admitían la resurrección de los muertos.

2. Y en aquella mañana del día 23 de marzo, los judíos saduceos enviados por el Sanedrín se llegaron adonde Jesús predicaba en el Templo, y le dijeron: *«Maestro, Moisés nos dejó escrito: 'Si uno muere dejando mujer sin hijos, que se case su hermano con la viuda para darle descendencia'»*. Y luego presentaron a Jesús el siguiente caso hipotético: *«Eran, pues, siete hermanos: El primero tomó mujer y murió sin dejar hijos; el segundo hermano se casó con la viuda, y murió también sin dejar hijos; por lo que se desposó con ella el tercero, y eso mismo hicieron todos los demás hermanos, y sin tener sucesión fallecieron; y después de todos, murió también la mujer. Al tiempo, pues, de la resurrección, cuando volvieran a vivir, ¿de cuál de estos hermanos será ella la mujer?, porque todos los siete la tuvieron por esposas»*.

3. Y respondiendo Jesús, les dijo: *«¿No veis que erráis, porque no comprendéis las Escrituras ni el poder de Dios? Los hijos de este mundo se casan, y son dados en casamiento. Mas, cuando resuciten de entre los muertos, ni se casarán ni serán dados en casamien-*

to; ya que los Bienaventurados, en virtud de su resurrección gloriosa, llevarán una vida semejante a los Ángeles de Dios en el Cielo». Jesús manifestó también con esta enseñanza que el matrimonio se disuelve con la muerte de uno de los cónyuges, y que, por lo tanto, en la otra vida ya no hay vínculo matrimonial. Mas que, en el Cielo, a los que fueron esposos, les estrecha un lazo aún más excelso: el cual es la sublimación del amor que les unió en la tierra.

4. Seguidamente, Jesús les dio prueba de la verdad de la inmortalidad del alma y de la resurrección de los muertos, con estas palabras: «Y en cuanto a que los muertos han de resucitar ¿no habéis leído en el libro de Moisés cómo Dios le habló desde la zarza diciendo: 'Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob?'. Y Dios no es Dios de muertos, sino de vivos»; manifestándoles así que si Dios, en tiempo de Moisés, se llamaba Dios de aquellos tres Patriarcas por entonces ya difuntos, fue porque estos, aunque corporalmente muertos, seguían existiendo por la supervivencia de sus almas inmortales; y, más todavía, por la vida sobrenatural en ellas.

5. Y oyendo esto las gentes, se maravillaban de la doctrina de Jesús y de la sabiduría de sus palabras. Y algunos de los escribas de la secta de los fariseos, que allí estaban, alabaron a Jesús por la doctrina de la resurrección de los muertos, que ellos también compartían, diciendo: «Maestro, bien has dicho». Mas, no fue con la intención de honrarle, sino de desacreditar a los saduceos y crear la discordia. Desde entonces, los miembros del Sanedrín ya no se atrevieron a enviar a nadie para que preguntase a Jesús sobre el tema de la resurrección de los muertos.

Capítulo LXXXIII

El escriba Manasés,

que oía a Cristo en el Templo, se le acerca para preguntarle

1. El mismo día 23 de marzo de aquel año 34, cuando los fariseos espías que escuchaban a Jesús mezclados entre las gentes vieron que Él había hecho callar a los saduceos espías enviados por el Sanedrín, se reunieron en otra parte del Templo distinta al lugar donde se hallaba este Consejo. Y cuando estaban los fariseos espías reunidos, llegaron allí unos miembros del Sanedrín y entre todos cambiaban opiniones sobre lo que debían hacer con Jesús.

2. Mientras tanto, un escriba, y también doctor de la Ley meramente interino, llamado Manasés, que había oído la disputa de los saduceos espías con Jesús, viendo que Éste les había respondido bien, se llegó a Él para preguntarle con recta intención. Los fariseos espías le habían animado a ello; y así, valiéndose de la sencillez del escriba, insidiar a Jesús. Manasés dijo: «Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la Ley?». Y Jesús le respondió: «Escrito está en la Ley: 'El Señor tu Dios es un solo Dios; por tanto: Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, y con toda el alma, y con todo el entendimiento, y con todas las fuerzas'; este es el mayor y primer mandamiento. Y el segundo

es semejante a éste: 'Amarás a tu prójimo como a ti mismo'. No hay otros mandamientos mayores que estos. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los profetas». Y le dijo el escriba: «Maestro, en verdad has dicho bien, que uno es Dios, y no hay otro fuera de Él; y que amarle con todo el corazón y con todo el entendimiento y con toda el alma y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios». Jesús, cuando vio que el escriba había respondido sabiamente, le dijo: «No estás lejos del Reino de Dios». Y desde entonces, los fariseos espías temían acercarse a Jesús con más cuestiones.

3. Manasés era de la secta de los fariseos, aunque no pertenecía al Sanedrín. A partir de esta conversación con el Maestro, se retiró de los demás fariseos y se uniría más tarde a los discípulos.

Capítulo LXXXIV

Judas Iscariote, en el Templo, se entrevista con el Sanedrín para proponer la entrega del Maestro

Ese mismo día 23 de marzo por la mañana, el traidor Judas Iscariote vio la oportunidad de entrevistarse con algunos de los miembros del Sanedrín, cuando se hallaban reunidos en consejo con los fariseos espías en un lugar del Templo distinto de aquel en que Jesús predicaba a una gran muchedumbre. Y por eso, le fue fácil a Judas escabullirse de los otros Apóstoles y de los discípulos y ponerse en contacto con aquellos enemigos para proponer la entrega de su Maestro, aunque sin entrar en detalles. Aquellos sanedritas dijeron a Judas Iscariote que viniese en otro momento para concretar más sobre el asunto. Judas Iscariote, cumplida su traidora misión, volvió poco después adonde estaba Jesús, sin que los otros Apóstoles y los discípulos le vieran llegar, ni hubiesen notado su ausencia.

Capítulo LXXXV

Cristo, en el Templo,

prueba que es el Mesías, Hijo y Señor de David

1. Aquel mismo día 23 de marzo, viendo Jesús que el Sanedrín no le enviaba más mensajeros para armarle lazos, se dirigió con sus Apóstoles y discípulos y una gran muchedumbre al lugar del Templo en que estaba reunido el Consejo sanedrítico. Jesús dijo al Sanedrín: «¿Qué os parece del Cristo? ¿de quién es Hijo?». Dícenle: «De David». Y Él les respondió: «¿Pues cómo David, en espíritu profético, le llama su Señor diciendo: 'Dijo el Señor Dios al Mesías mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies?'. Pues, si David le llama Señor, ¿cómo es su Hijo?». Y nadie le podía responder palabra. Y decidieron no preguntarle más.

2. Después de que Jesús confundió públicamente a los miembros del Sanedrín, siguió enseñando a la muchedumbre en el Templo. Y en su predicación, refiriéndose a la respuesta que le habían dado antes sus enemigos, dijo: «¿Cómo dicen los miembros del Sa-

nedrín que el Cristo es Hijo de David? Porque el mismo David, inspirado por el Espíritu Santo, dice: 'Dijo el Señor Dios al Mesías mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies'. Pues si el mismo David le llama Señor, ¿cómo es su Hijo?». Y de esta manera, Jesús llamaba más la atención de la muchedumbre acerca de que, si aquellos enemigos habían guardado silencio ante lo que Él les había dicho, era porque en su interior le reconocían como el Cristo; mas, que hacían pública demostración de lo contrario, dada la ceguera de espíritu que padecían por su soberbia y mala fe. De esta manera, Jesús trató una vez más de desengañar al pueblo de la jerarquía levítica, para apartarlo de ella.

Capítulo LXXXVI

Cristo lanza durísimas invectivas contra sus enemigos

1. Jesús terminó su predicación en el Templo ese día 23 de marzo del año 34, lanzando primero durísimas invectivas contra los príncipes de los sacerdotes, los escribas, los doctores de la Ley, y en definitiva contra el Sanedrín y demás guías espirituales de su pueblo. Para ello, Él ocupó en el Templo el púlpito representativo de la Cátedra de Moisés, desde donde era visible a la multitud, y podían oírle.

2. Y así Jesús habló delante de los Apóstoles, de los discípulos y de toda aquella multitud congregada en el Templo: *«Sobre la Cátedra de Moisés están sentados los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los doctores de la Ley. Guardad, pues, y haced todo lo que os dijeren que no se oponga al Evangelio que Yo os enseño. Mas no imitéis las obras inicuas de ellos; porque, arbitrariamente, os dicen lo que habéis de hacer, mas no lo hacen; pues, preparan e imponen obligaciones pesadas e insoportables, y las cargan sobre los hombros de los demás; mas ellos no hacen ni lo más mínimo para cumplirlas. Y hacen todas sus obras para ser vistos de los hombres; y así, ensanchan sus filacterias y extienden más las franjas de sus vestidos, para mostrar escritas en ellas más ostentosamente las palabras de la Ley. Y aman los primeros puestos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas; y buscan ser saludados con reverencia en las plazas, y que los hombres los llamen maestros. Mas, vosotros no los llaméis maestros, porque uno solo es vuestro Maestro, el Cristo, que es el que os enseña la verdad. Ni les llaméis sobre la tierra padres espirituales, ni les reconozcáis como tales, ya que no representan a Dios, pues os desvían del verdadero camino de la salvación. Por lo tanto, uno es vuestro Padre, que está en los Cielos. Ni tampoco vosotros, por vanagloria, queráis ser llamados maestros, porque uno solo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos. Y el que es mayor entre vosotros, será vuestro siervo. Porque el que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado».*

3. *«¡Mas, ay de vosotros, príncipes de los sacerdotes, escribas y doctores de la Ley! ¡Ay de vosotros, hipócritas! Que cerráis el Reino de los Cielos a los hom-*

bres: porque, ni vosotros entráis, ni dejáis entrar a los que entrarían si no les impidiéseis que crean en Mí. ¡Ay de vosotros hipócritas!, que saqueáis las casas de las viudas, sacándoles grandes sumas de dinero con el pretexto de hacer por sus intenciones largas oraciones; por esto llevaréis un juicio más riguroso. ¡Ay de vosotros hipócritas!, que recorréis el mar y la tierra para hacer un prosélito para la fe judía; y después de haberle hecho, le hacéis, por vuestro mal ejemplo, dos veces más digno del Infierno».

4. *«¡Ay de vosotros, guías ciegos! que decís: 'Todo el que jure por el Templo, a nada se obliga, ya que el juramento no tiene valor; mas, el que jure por el oro u ofrendas del Templo, queda obligado'; pues de esa manera exigís que os entreguen bienes temporales para enriqueceros vosotros. ¡Necios y ciegos! ¿Qué es mayor: el oro, o el Templo que santifica el oro? Y también decís: 'Todo el que jure por el altar, a nada se obliga, ya que el juramento no tiene valor; mas, cualquiera que jure por la ofrenda que está sobre el altar, queda obligado'; pues, de esa manera, exigís que os entreguen bienes temporales para enriqueceros vosotros. ¡Ciegos! ¿Cuál es mayor: la ofrenda, o el altar que santifica la ofrenda? Aquel, pues, que jura por el altar, jura por él y por todo cuanto sobre él está; y, por lo tanto, jura por Dios. Y todo el que jura por el Templo, jura por él y por el Señor que lo habita. Y el que jura por el Cielo, jura por el trono de Dios, y por aquel que está sentado sobre él». Aquellos jarcas hipócritas suplantaban el Nombre de Dios por las cosas materiales. Y Jesús, recriminando esa práctica farisaica, deja claro que la esencia del juramento es la invocación del Nombre de Dios en testimonio de la verdad, bien directamente o bien a través de algo exclusivamente sagrado, pues le representa. Y además, que el que jura por Él, lo hace también por todo lo que ha santificado.*

5. Y siguió diciendo Jesús: *«¡Mas, ay de vosotros, hipócritas!, que pagáis los diezmos de cosas tan insignificantes como son la hierba buena, el eneldo, el comino, la ruda y la hortaliza; y, sin embargo, dejáis de cumplir las cosas que son más importantes de la Ley: el amor a Dios, la justicia, la misericordia y la buena fe. Esto es necesario hacer primero, sin omitir tampoco lo otro».*

6. *«¡Ay de vosotros!, que permitís que los hombres y las mujeres se vistan y se comporten sin distinción alguna. Pues escrito está en el Libro de Enoc: 'El varón no se vista como la varona ni se comporte como tal, ni tampoco la varona se vista como el varón ni se comporte como tal, por ser abominable al Creador'».*

7. *«¡Guías ciegos!, que coláis cuanto bebéis, por si hay un mosquito, para no contraer una impureza legal; y, sin embargo, os tragáis el camello, pues dejáis de cumplir los más importantes preceptos. ¡Ay de vosotros, hipócritas!, que purificáis por fuera el vaso y el plato; y, sin embargo, en el interior de vuestros corazones estáis llenos de rapiña y de inmundicia. ¡Guías ciegos!, purificad primero lo interior del vaso y del plato, es decir vuestros corazones, para que todo*

vuestro ser esté limpio. ¡Ay de vosotros, hipócritas!, que sois semejantes a los sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los hombres, y por dentro están llenos de huesos de muertos y de todo género de podredumbre. Así también vosotros, en lo exterior, os mostráis justos a los hombres; mas, en el interior, estáis llenos de hipocresía y de iniquidad».

8. «¡Ay de vosotros, hipócritas!, que edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: 'Si hubiéramos vivido en tiempos de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la muerte de los profetas'. Mas, con vuestros malos ejemplos, dais testimonio contra vosotros mismos de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas; ya que, si no matasteis sus cuerpos, matáis sus buenas obras corrompiendo la doctrina por ellos enseñada. Verdaderamente, pues, dais a entender que consentís en las obras inicuas de vuestros padres: porque estos, en verdad, mataban a los profetas; mas, vosotros, corrompéis la Ley y lo enseñado por ellos; y, de esta manera, a la vez que edificáis sus sepulcros, enterráis todo lo bueno que enseñaron. Y aún sois peores que aquellos que los mataron, porque deseáis matar al mismo Hijo de Dios, el Sumo y Eterno Profeta. Acabad, pues, de colmar, con vuestro deicidio, la medida de vuestros padres».

9. «¡Serpientes, raza de víboras!, ¿cómo podréis escapar de la condenación eterna del Infierno? Por eso dice también la Sabiduría de Dios en el Libro de Enoc: 'Yo envío a vosotros profetas y apóstoles, sabios y doctores; y a unos, los mataréis y crucificaréis; y a otros, azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad'. Por eso, recaerá sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha vertido sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo, hasta la sangre del Profeta y Sacerdote Zacarías, hijo de Baraquías, al cual matasteis entre el lugar Santo de los Santos y el altar de los perfumes». Con estas palabras, Jesús advirtió al Sanedrín y a todo el Pueblo Judío infiel, que su Padre Celestial tomará venganza haciendo recaer sobre ellos la Sangre inocente vertida por su Amadísimo Hijo en la Cruz; así como la sangre inocente vertida desde el principio del mundo hasta el Calvario, por la maldad de su pueblo; y la que sería posteriormente derramada por los hijos de la Iglesia. Pues, con la Sangre de Cristo, se derrama místicamente toda esa sangre inocente.

10. Mientras Jesús lanzaba esas maldiciones, un doctor de la Ley no sanedrita, dijo en nombre de otros doctores de la Ley no sanedritas: «Maestro, diciendo estas cosas, nos afrentas también a nosotros». Mas, Jesús, increpó ahora más especialmente a todos los doctores de la Ley, diciendo: «¡Ay de vosotros, doctores de la Ley!, que os alzasteis con la llave de la ciencia. Vosotros no entrasteis en el redil de la salvación, y habéis prohibido a los demás que entrasen». Pues, los doctores de la Ley, lejos de servirse del conocimiento de las Sagradas Escrituras para dar testimonio a los demás de la verdad en ellas contenida y de los vaticinios acerca del Cristo de Dios, usaban de su cien-

cia para confundir más al pueblo y desviarle del verdadero camino que ellos mismos rechazaban.

11. Y aunque aquellos sanedritas habían resuelto poco antes no intervenir más en cuestiones contra el Maestro, al oír ahora las maldiciones lanzadas contra ellos, llenos de ira le atacaron con nuevos ardides para ver si perdía la serenidad y hablaba alguna insensatez por la que pudieran acusarle; y a la vez, quedar desprestigiado ante las muchedumbres, y ellos rehabilitados en su prestigio.

12. Mas, Jesús terminó sus invectivas anatematizando de nuevo a Jerusalén y al Pueblo Judío: «En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán sobre esta generación. Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a aquellos que a ti son enviados, ¡cuántas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina recoge sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste! He aquí, que os quedará desierta vuestra casa. Porque os digo que desde ahora no me veréis hasta que digáis: 'Bendito el que viene en el nombre del Señor'». Y, con estas palabras, Jesús vaticinaba la destrucción de Jerusalén y del Templo; y además, que el ingrato Pueblo Judío no le reconocería como el Hijo de Dios hasta poco antes de su Gloriosa Segunda Venida.

13. Y diciéndoles Él estas cosas, aquellos inicuos jerarcas sanedritas comenzaron a instarle porfiadamente y a importunarle con muchas preguntas, armándole lazos y procurando cazar de su boca alguna cosa para poder acusarle. Mas Jesús no les hizo caso.

Capítulo LXXXVII

Episodio del óbolo de la viuda

1. Cuando terminó Jesús las maldiciones, desde la Cátedra de Moisés se fue con sus Apóstoles, discípulos y toda aquella gran muchedumbre a la parte del atrio de los israelitas que ocupaban las mujeres, y se sentó frente a la sala del tesoro o gazofilacio del Templo, en donde se hallaba el arca de las ofrendas. Y estaba mirando cómo echaban las gentes el dinero en el arca; y muchos ricos depositaban ostentadamente grandes cantidades para ser alabados de los hombres. Vino también una viuda pobre, la cual echó en el arca dos pequeñas monedas. Y Jesús, llamando la atención de sus Apóstoles y discípulos, les dijo: «En verdad os digo: que esta pobre viuda ha echado más en el arca que todos los otros. Porque todos estos han echado, para las ofrendas de Dios, de lo que les sobraba; mas, ésta, de su pobreza ha echado cuanto tenía, todo lo de su sustento».

2. Esta viuda pobre, llamada Isabel, al depositar en el arca todo lo que tenía, ponía heroicamente en práctica las enseñanzas evangélicas; ya que, tanto ella como su hijo, habían sido bautizados tiempo atrás por Jesús; quien, en este día 23 de marzo, llamó a la viuda y a su hijo a la vida religiosa, diciéndoles que fueran a Betania. Ambos correspondieron a esa amorosa invitación, uniéndose ella a las piadosas mujeres, y su hijo, llamado Enoc, a los discípulos.

Capítulo LXXXVIII**Cristo, en el Templo,
hace a los judíos el último llamamiento a su Reino**

1. Aquel día 23 de marzo del año 34, tras el suceso de la viuda pobre, Jesús, con sus Apóstoles y discípulos, seguido de una gran muchedumbre, se dirigió hacia la Puerta Dorada del Templo.

2. Una vez allí, Jesús, primero hizo una breve descripción sobre la ceguera y dureza de corazón de la mayor parte del Pueblo Judío; pues, aunque Él había hecho en presencia de ellos tantos milagros, se negaban a reconocerle como el Hijo de Dios; cumpliéndose así lo que está escrito en el Libro de Enoc, vaticinado por el Profeta Elías: «¿Señor, quién ha creído nuestra palabra? ¿y quién ha reconocido el poder de Dios?»; y como cada vez era mayor su negativa en aceptar la verdad, dado el desprecio que hacían de la gracia, dijo también de ellos el Profeta Elías, según está escrito en el Libro de Enoc: «*Satanás les cegó cada vez más los ojos y les endureció cada vez más el corazón: para que no vean con los ojos, ni entiendan en el corazón, no sea que se conviertan y salven*». Con todo eso, muchos judíos, y entre ellos muchos de los príncipes de las sinagogas y otros sacerdotes, creyeron en Él; mas, por causa de los fariseos, no lo manifestaban, para no ser echados de la Sinagoga. Porque amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.

3. Seguidamente, Jesús dijo con voz potente: «*Quien cree en Mí, no solamente cree en Mí sino también en Aquel que me ha enviado. Y el que me ve a Mí, ve a Aquel que me envió. Yo, que soy la Luz, he venido al mundo para que todo aquel que en Mí cree, no permanezca en tinieblas. Si alguno acepta mis palabras y desea ponerlas en práctica, pues quiere salvarse, mas por debilidad quebranta algunos de los mandamientos, Yo usaré con él de gran misericordia, especialmente en el día del juicio, porque no he venido a condenar al mundo, sino a salvarlo. Mas, el que no acepta mis palabras y obstinadamente rechaza la gracia, incurriendo así en el pecado contra el Espíritu Santo, ya tiene quién le condene: pues, la misma palabra que he hablado, ella le condenará en el día postrimero*». Es decir, que los que lleguen a la muerte clínica con ese estado del alma, ya van condenados al juicio particular por el mismo rechazo consciente, obstinado y contumaz de la gracia; cuyo rechazo ratificarán en ese mismo juicio. Y siguió diciendo Cristo: «*Porque Yo no hablo por mi propia cuenta; sino que el Padre, que me ha enviado, Él mismo me ordenó lo que debo decir y cómo he de hablar. Y Yo sé que lo que Él me ha mandado enseñar es lo que conduce a la vida eterna. Las cosas, pues, que Yo hablo, las digo como el Padre me las ha dicho*».

Capítulo LXXXIX**Cristo vaticina la destrucción del Templo**

1. El mismo miércoles 23 de marzo del año 34, Jesús, tras su larga predicación en el Templo, salió de él

en compañía de sus Apóstoles y discípulos. Y cuando se retiraba del suntuoso edificio y descendía hacia el valle del Cedrón, Tomás, volviendo su vista al Templo, alabó su magnificencia material diciendo: «*Maestro, ¡mira qué piedras y qué construcción!*». Y respondiendo Jesús, le dijo: «*¿Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra, pues todo será derribado*». Los otros Apóstoles, al oír la respuesta que Jesús dio a Tomás, impresionados por tal anuncio, alababan también el Templo diciendo que estaba adornado con hermosas piedras y riquezas. Mas Él les respondió diciendo de nuevo: «*¿Veis todo esto? En verdad os digo que vendrán días en que no quedará aquí piedra sobre piedra, pues todo será derribado*».

2. Tras este episodio, y durante el trayecto al Monte de los Olivos, Jesús siguió hablando a sus Apóstoles y discípulos, no sólo de los castigos que vendrían pronto sobre Jerusalén, sino, además, de otros que acaecerían en los Últimos Tiempos, poco antes de su Segunda Venida.

Capítulo XC**Cristo pronuncia el trascendental Sermón Escatológico**

1. El mismo miércoles 23 de marzo del año 34, estando Jesús sentado con sus Apóstoles y discípulos junto a la Gruta de la Eleona en el Monte de los Olivos, desde donde se divisaba la ciudad de Jerusalén y su fastuoso Templo, Pedro, Santiago el Mayor, Juan y Andrés, preguntaron aparte a su Maestro: «*¿Cuándo serán estas cosas? ¿Y qué señal habrá de tu Segunda Venida y por lo tanto de la consumación del siglo en el fin de los tiempos?*».

2. Jesús, dirigiendo su palabra a sus Apóstoles y discípulos, respondió con el trascendental Sermón Escatológico que, si bien va dirigido más especialmente a los sucesos de estos tiempos apocalípticos, también se vaticinan en él los castigos inmediatos que sobrevendrían al Pueblo Judío y a la ciudad de Jerusalén. Y en general, se vaticinan, además, todas las persecuciones de la Iglesia y los castigos sobre la humanidad a través de los siglos.

3. Dice Jesús: «*Mirad, que nadie os engañe: Porque muchos vendrán, diciendo: Yo soy el Cristo, el Mesías; y seducirán a mucha gente con falsos prodigios. Cuando viereis guerras y oyereis rumores de nuevas guerras y de sediciones, no os turbéis. Porque conviene que esto suceda antes. Mas, aún no será el fin. Porque primero se levantará gente contra gente, y reino contra reino; y habrá enfermedades repugnantes y epidemias devastadoras, y terremotos por los lugares, y hambre, y cosas espantosas, y grandes señales del cielo. Y todo esto no será más que el principio de los dolores. Mas, guardaos a vosotros mismos. Porque antes que todo esto suceda, os entregarán a los tribunales, y a las cárceles, y seréis azotados en las sinagogas; y compareceréis ante los gobernadores y reyes por mi causa, para que deis testimonio de Mí y de mi doctrina. Y antes de todas estas cosas, será predicado el Evangelio por todo el mundo, para dar testimonio*

de él a todas las gentes, y después vendrá el fin, pues el mundo será purificado por el fuego».

4. «Y cuando os llevaren para entregaros a los tribunales, no os angustiéis pensando lo que habréis de hablar; sino, decid lo que os fuere inspirado en aquella hora, porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino que el Espíritu Santo hablará por vuestra boca. Y muchos entonces se escandalizarán de la fe, y sucumbirán; y se traicionarán unos a otros, y se aborrecerán entre sí. Y el hermano entregará al hermano a la muerte, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y los matarán. Y seréis aborrecidos de todos por mi Nombre. Mas, no perecerá un cabello de vuestra cabeza sin que Yo lo permita. Con vuestra paciencia y perseverancia salvaréis vuestras almas».

5. «Y se levantarán muchos falsos profetas y engañarán a muchos. Y se multiplicará la iniquidad, hasta el punto que desaparecerá la caridad en muchos, a causa de las grandes apostasías. Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo. Por tanto, cuando viereis que la abominación de la desolación, que fue dicha por el Profeta Daniel, está en el lugar santo, entonces, los que estén en Judea, huyan a los montes; y el que esté sobre el tejado, no descienda a la casa, ni entre dentro para tomar alguna cosa; y el que estuviere en el campo, no vuelva atrás para tomar su vestido. Porque estos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas».

6. «¡Mas, ay de las mujeres encinta y de las que criaren en aquellos días! Rogad, pues, que no sean estas cosas en tiempo invernal o en días difíciles para caminar. Porque habrá entonces una tribulación tan grande, cual no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y caerán a filo de espada; y serán llevados en cautiverio a todas las demás naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que se cumplan los tiempos de las naciones; y habrá señales en el sol y en la luna y en las estrellas; y en la tierra habrá consternación de las gentes por la confusión que causará el ruido del mar, y de sus ondas, quedando los hombres yertos por el temor y sobresalto de las cosas que sobrevendrán a todo el Universo; porque las virtudes de los cielos serán conmovidas. Y si el Señor no abreviara aquellos días, no se salvaría nadie; mas, por amor a los escogidos, abreviará aquellos días».

7. «Entonces si alguno os dijere: 'Mirad, el Cristo está aquí o allí': no lo creáis. Porque se levantarán falsos cristos, y falsos profetas, y darán grandes señales y prodigios, de modo que, si posible fuera, hasta caerían en error los mismos escogidos. Estad, pues, vosotros sobreaviso; he aquí que todo os lo digo de antemano. Por lo cual, si os dijeren: 'he aquí que el Cristo está en el desierto', no salgáis tras él; o, 'mirad, que está en lo más retirado de la casa', no lo creáis. Porque como el relámpago sale del oriente y se deja ver hasta el occidente, así será también la Venida del Hijo del Hombre. Donde quiera que estuviere el cuerpo, allí se juntarán también las águilas»; pues, donde Jesús se manifestase en su Segunda Venida, será

visto y oído por todos los justos y réprobos, sea cual fuere el lugar del Universo en que cada uno de estos se hallare. Y siguió diciendo: «Mas, primero es menester que Él padezca mucho, y que sea reprobado de esta generación».

8. «Y después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá y la luna no dará su lumbré, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes del cielo serán conmovidas. Y entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y plañirán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre que vendrá en las nubes del cielo con gran poder y majestad. Y enviará sus Angeles con trompetas, y con gran voz; y congregarán a los escogidos de los cuatro vientos, desde los confines de la tierra hasta los términos del Universo».

9. «Cuando comenzaren, pues, a cumplirse estas cosas, mirad, y levantad vuestras cabezas, porque cercano está el día en que la tierra será purificada y renovada». Y les dijo una semejanza: «Mirad la higuera y otros muchos árboles: cuando sus ramas están ya tiernas, y las hojas han brotado, sabéis que está cerca el estío. Pues, del mismo modo, cuando vosotros viereis todo esto, sabed que está cerca el Reino de Dios en la tierra, o sea el Reino Mesianico. En verdad os digo, que no pasará esta generación, sin que todo esto no sea cumplido. El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán. Mas, de aquel día y de aquella hora en que será mi Segunda Venida, nadie sabe, sino sólo Dios Uno y Trino, y aquellos a quienes Él quiera revelárselo». Únicamente participan de ese secreto Nuestro Señor Jesucristo en cuanto Hombre, y la Divina María; mas no para revelarlo Ellos a ninguna otra criatura.

Capítulo XCI

Cristo, en Betania, continúa su Sermón Escatológico

1. Una vez que Jesús terminó en el Monte de los Olivos la primera parte del Sermón Escatológico, se dirigió a Betania con sus Apóstoles y discípulos, en donde se hallaban su Divina Madre, los otros discípulos y las piadosas mujeres.

2. Esa misma tarde del día 23 de marzo del año 34, ahora en presencia de todos ellos, Jesús prosiguió su trascendental Sermón:

3. «En verdad, en verdad os digo: Todo aquel que quiera salvar su vida corporal a costa de su alma, perderá la vida eterna; y quien perdiere su vida corporal por mi causa, tendrá la vida eterna. Velad, pues, por vosotros mismos, no sea que se ofusquen vuestros corazones con la glotonería, la embriaguez y demás afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día en que el Hijo del Hombre juzgue a la humanidad; lo cual será como un lazo que sorprenderá a todos los que moran sobre la superficie de la tierra. Velad, pues, orando en todo tiempo, a fin de que vosotros seáis dignos de no incurrir en estos males venideros y así comparecer delante del Hijo del Hombre como elegidos suyos».

4. «Pues, como fue en los días de Noé, así también será en los días que precederán a la Segunda Venida del Hijo del Hombre. Porque en los días anteriores al Diluvio, las gentes comían y bebían, los hombres tomaban mujeres y las mujeres maridos, sin querer echar cuenta de los castigos que les eran anunciados, hasta el día en que Noé entró en el arca, llegó el Diluvio y acabó con todos. Así sucederá también poco antes de la Segunda Venida del Hijo del Hombre. Y lo mismo fue en los días de Lot: los hombres comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y hacían casas. Y el día que salió Lot de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y los mató a todos».

5. «De manera semejante a lo que sucedió en los tiempos del Diluvio y en los tiempos de Lot, sucederá poco antes de que se manifieste el Hijo del Hombre. Por lo tanto, en aquella hora, el que estuviere en el tejado y tuviere sus alhajas dentro de la casa, no descienda a tomarlas; y el que se hallare en el campo, asimismo no vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot. Entonces estarán dos en el campo: el uno será tomado, y el otro será dejado. Os digo que, en aquella noche de los tres días de tinieblas, dos estarán en el lecho: uno morirá; y el otro, no. Dos mujeres molerán en un molino: una perecerá; y la otra, no. Estad sobre aviso. Velad, pues, y orad, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor. Mas sabed, que si el padre de familias supiese a qué hora había de venir el ladrón, velaría sin duda y no dejaría robar su casa. Por tanto, estad apercebidos también vosotros: porque a la hora que menos penséis, ha de venir el Hijo del Hombre». Pues ha de venir particularmente a juzgar a cada uno en la hora de la muerte; y después, a juzgar a todos en su Segunda Venida.

6. Los Apóstoles y discípulos, interesados por conocer el lugar de la Segunda Venida de Cristo y del Juicio Universal, le dijeron: «¿En dónde, Señor, sucederá eso?». Y Él les dijo: «Dondequiera que estuviere el cuerpo, allí también se congregarán las águilas». Y, además, Jesús les repitió la parábola del mayordomo fiel y prudente: «¿Quién, creéis, que es el siervo fiel y prudente, a quien su señor puso al cuidado de su familia para que les diese de comer a su tiempo? Bienaventurado aquel siervo a quien hallare su señor haciendo bien lo que le mandó, cuando viniere. En verdad os digo, que le pondrá de administrador de todos sus bienes. Mas si dijere aquel siervo malo en su corazón: 'Se tarda mi señor en venir'; y comenzare a maltratar a sus compañeros, y a comer y beber con los que se embriagan, vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera, y a la hora que no sabe, y lo tratará severísimamente como a los hipócritas y desleales, arrojándole al lugar donde será el llanto y el crujir de dientes».

Capítulo XCII

Cristo, en Betania, expone la parábola de las vírgenes prudentes y las necias, y la parábola de los talentos

1. El mismo día 23 de marzo, Jesús culminó su trascendental Sermón Escatológico exponiendo la parábola de las vírgenes prudentes y las necias, y también la de los talentos; y esto fue con el fin de que a los Apóstoles, a los discípulos y a las piadosas mujeres, se les grabaran aún más las advertencias que les había hecho sobre la necesidad de estar siempre preparados para cuando Él venga: tanto a la hora de la muerte de cada uno, como en su Segunda Venida.

2. Parábola de las vírgenes prudentes y las necias. Dijo Jesús: «El Reino de los Cielos es semejante a diez vírgenes que tomaron sus lámparas para recibir al esposo. Cinco de ellas eran necias, y las otras cinco prudentes. Y las cinco necias, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite. Mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas y además en sus lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron a cabecear, y se durmieron todas. Cuando a la medianoche se oyó gritar: '¡Mirad que viene el esposo, salid a recibirle!'; entonces se levantaron todas aquellas vírgenes para aderezar sus lámparas. Y dijeron las necias a las prudentes: '¡Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas están apagadas!'. Respondieron las prudentes diciendo: 'No podemos, no sea que éste que tenemos no alcance para nosotras y para vosotras; id, pues, a los que lo venden y comprad para vosotras'. Mas ellas no quisieron ir a comprarlo. Y cuando vino el esposo, las prudentes, como estaban preparadas, entraron con él a las bodas. Y el esposo dijo a las necias al no estar preparadas: 'En verdad os digo, que no os conozco'; y fueron echadas a las tinieblas exteriores, y cerradas las puertas». Jesús, al final, dijo: «Velad, pues, porque no sabéis el día, ni la hora».

3. Parábola de los talentos. Dijo, además, Jesús: «También el Reino de Dios es semejante a un señor que, al partirse lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes: Y dio al uno cinco talentos, y al otro dos, y al otro dio uno; o sea, a cada uno según su capacidad; y luego, el señor se marchó. El que había recibido los cinco talentos, se fue a negociar con ellos, y ganó otros cinco. Asimismo el que había recibido dos, ganó otros dos. Mas el que había recibido uno, fue y cavó en la tierra, y escondió allí el dinero de su señor. Después de largo tiempo vino el señor de aquellos siervos, y los llamó a cuentas. Y llegando el que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco talentos, diciendo: 'Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado de más'. Su señor le dijo: 'Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te daré poder sobre lo mucho; entra en el gozo de tu señor'. Y se llegó también el que había recibido los dos talentos, y dijo: 'Señor, dos talentos me entregaste, aquí tienes otros dos que he ganado'. Su señor le dijo: 'Bien está, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel sobre lo poco, te daré poder sobre lo

mucho; entra en el gozo de tu señor'. Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: 'Señor, sé que eres un hombre de condición exigente, pues siegas en donde no sembraste, y recoges en donde no esparciste. Y temiendo, me fui, y escondí tu talento en tierra: aquí tienes lo que es tuyo'. Y respondiendo su señor, le dijo: 'Siervo malo y perezoso. Pues, si creías que yo siego en donde no siembro, y que recojo en donde no esparzo, debiste haber dado mi dinero a los banqueros, para que, viniendo yo, hubiera recibido al menos, con los intereses, lo que era mío'. Y dijo el señor: 'Quitadle, pues, el talento, y dáselo al que tiene diez talentos: Porque al que tiene, más se le dará, y le sobrará; pero, al que no tenga, le será quitado aun lo que parece que tiene. Y al siervo inútil, echadlo en las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes'».

Capítulo XCIII

Cristo concluye el Sermón Escatológico con la doctrina del Juicio Final

1. El mismo día 23 de marzo del año 34, en la casa conventual de Betania, Jesús concluyó su Sermón Escatológico con la siguiente descripción alegórica del Juicio Universal, y resaltó el valor altamente meritorio de las obras de misericordia, diciendo:

2. *«Y cuando viniere el Hijo del Hombre en su majestad, acompañado de todos los Angeles y demás Bienaventurados, Él se sentará entonces sobre el trono de su gloria. Y todas las gentes serán congregadas ante Él, y separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda. Entonces el Supremo Rey dirá a los que estén a su derecha: 'Venid, benditos de mi Padre, poseed el Reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo: Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedasteis; estaba desnudo, y me cubristeis; me hallaba enfermo, y me visitasteis; estaba en la cárcel, y me visitasteis a ver'. Entonces le responderán los justos, y dirán: 'Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos peregrino, y te hospedamos; o desnudo, y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y te visitamos?'. Y respondiendo el Supremo Rey, les dirá: 'En verdad os digo, que siempre que lo hicisteis a cualquiera de estos hermanos míos, aun a los más pequeños, a Mí me lo hicisteis'».*

3. *«Al mismo tiempo, Él dirá también a los que estén a su izquierda: 'Apartaos de Mí, malditos de mi Padre, id al fuego eterno que fue producido para el diablo, los demás ángeles rebeldes y los hombres réprobos: Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era peregrino, y no me hospedasteis; estaba desnudo, y no me cubristeis; me hallaba enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces ellos también le responderán, diciendo: 'Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o se-*

diento, o peregrino, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos?'. Entonces Él les responderá, diciendo: 'En verdad os digo, que siempre que dejasteis de hacerlo con cualquiera de estos mis hermanos, aun con el más pequeño, dejasteis de hacerlo conmigo'. Y en consecuencia, estos últimos, que no fueron misericordiosos, irán al suplicio eterno; y los justos, a la vida eterna».

4. Y ese mismo día miércoles 23 de marzo, antes de la puesta del sol, Jesús acabó sus enseñanzas del Sermón Escatológico. Y como estuviera ya cerca la fiesta de los Ácimos, también llamada Pascua, Él dijo a sus Apóstoles y discípulos: *«Sabéis que de aquí a dos días será la solemnidad de la Pascua judía, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado».*

Capítulo XCIV

El Sanedrín condena a muerte a Cristo por segunda vez

1. La misma tarde del 23 de marzo de aquel año 34, en que Jesús predicaba en la casa conventual de Betania, el Sanedrín en pleno, instigado por el Pontífice Anás, estaba reunido en consejo bajo la presidencia del Sumo Sacerdote Caifás en su palacio de Jerusalén, para hallar el medio de prender a Jesús con engaño y hacerle morir. Mas, decían: *«No lo hagamos en ninguno de los ocho días de la fiesta, no sea que el pueblo se alborote».* Esta decisión del Sanedrín de no hacerlo durante los ocho días de la fiesta, les había sido inspirada por Satanás, ya que el Maligno tenía cada vez mayores sospechas de que Jesús fuera el Mesías, y temía que con su muerte el género humano fuera redimido; y así, dilatando la muerte del Señor, tendría más tiempo para saber con certeza si Él era o no el Hijo de Dios.

2. En esta reunión del Sanedrín, estuvieron presentes los sanedritas Nicodemo y José de Arimatea; los cuales, con gran valentía y firmeza, se opusieron abiertamente a la sentencia deicida allí acordada; y, una vez que dieron ese testimonio en favor de Cristo, presentaron su dimisión como miembros del inicuo Consejo.

Capítulo XCV

Cristo se retira para orar solo.

Judas Iscariote concierta con el Sanedrín la entrega del Maestro

1. Mientras el Sanedrín se hallaba reunido en la casa de Caifás para acordar el prendimiento y la muerte de Jesús, Éste, desde Betania, aquel mismo día 23 de marzo, ya de noche, se había retirado a un lugar del Monte de los Olivos para orar solo; a la vez que sus Apóstoles y discípulos se habían recogido para el descanso en la casa conventual de Betania.

2. Mas, Judas Iscariote, que venía buscando el modo de ausentarse sin ser advertido, vio ahora la gran oportunidad de hacerlo; pues, Satanás había entrado en él, ya que el traidor llevaba tiempo entregado en cuerpo y alma a la obra del Maligno, y ahora aún más. Judas Iscariote salió, pues, sigilosamente del convento de Betania y se dirigió a Jerusalén para ponerse en con-

tacto con los enemigos de su Señor. En el camino, se le apareció Satanás para ofrecerle una gran recompensa si demoraba la entrega del Maestro, sin que lograra convencerlo, ya que el demonio quería dar tiempo para cerciorarse más si Jesús era o no el Mesías.

3. Judas Iscariote, sumamente obstinado en su perversa y codiciosa determinación, acudió al Consejo sanedrítico cuando ya no estaban Nicodemo y José de Arimatea, a los cuales había visto salir de dicho Consejo. Judas trató con los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros, de cómo les entregaría a Jesús, diciéndoles: «¿Qué me queréis dar?, y yo os

lo entregaré». Y ellos, cuando lo oyeron, se alegraron mucho, y concertaron que le darían treinta monedas de plata; quedando así el traidor de acuerdo con ellos. Desde entonces, Judas Iscariote buscó la oportunidad de entregar a su Maestro en un lugar en que no hubiese concurso de gente.

4. En el amanecer de aquel jueves 24 de marzo del año 34, Jesús, que se hallaba orando solo en el Monte de los Olivos, retornó al convento de Betania; en donde se reunió de nuevo con sus doce Apóstoles y los discípulos, ya que Judas Iscariote había vuelto de su traidora maquinación.

Libro VI

La institución del Santo Sacrificio de la Misa por Nuestro Señor Jesucristo en el Cenáculo de Jerusalén

Capítulo I

Cristo manda que preparen lo necesario para la celebración de la Última Cena

1. Luego que Jesús se reunió con sus Apóstoles y discípulos en Betania una vez amanecido el jueves 24 de marzo del año 34, Él les instruyó acerca de los misterios que iba a realizar en aquella tarde solemne del Jueves Santo; aunque no todos comprendieron con igual lucidez la trascendencia de los mismos; y el que menos, Judas Iscariote, totalmente cegado por la avaricia y el odio a Jesús.

2. La Pascua judía de aquel año 34 dio comienzo el día 23 de marzo tras la puesta del sol y terminó el 31 del mismo mes a la puesta del sol. Cuando el día 15 de Nisán coincidía en viernes, aunque comían la cena pascual según lo prescrito en la Ley, no obstante la solemnidad o festividad del día se trasladaba al sábado a fin de evitar dos días seguidos de descanso. Y como aquel año 34 el 15 de Nisán fue Viernes, la solemnidad de la fiesta se trasladó al día siguiente.

3. El jueves 24 de marzo por la mañana, primer día de la Pascua o Ácimos, se llegaron los Apóstoles a Jesús, y le dijeron: «¿En dónde quieres que vayamos a disponer lo necesario para que comas la Pascua?». Y Jesús envió a Pedro y Juan, diciéndoles: «*Id a prepararnos la Pascua para que comamos*». Y ellos dos dijeron: «¿Pero en dónde quieres que la preparemos?». Y como Judas Iscariote mostraba vivo interés por saber en qué lugar se comería la Pascua para consumir su traición, Jesús, en vez de manifestarles claramente, les dio a Pedro y a Juan la siguiente contraseña para que pudieran encontrarlo, diciéndoles: «*Id a Jerusalén, y luego que entréis en la ciudad, hallaréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en donde entrare, y decid al señor de la casa: El Maestro dice: 'El tiempo de mi salida de este mundo está cerca, y quiero celebrar la Pascua en tu casa con mis Apóstoles y discípulos. ¿En dónde está el aposento donde tengo que comer la Pascua?'. Y él os mostrará un cenáculo grande aderezado: disponed allí lo necesario para la celebración de la Pascua*».

4. Los dos Apóstoles Pedro y Juan partieron para Jerusalén; y a la entrada de la ciudad hallaron al joven Juan Marcos, que llevaba un cántaro de agua. Siguiéron a éste; y, una vez en su casa, encontraron el Cenáculo tal y como Jesús les había dicho. La casa del Cenáculo había sido comprada por Nicodemo y José de Arimatea para que estuviera a disposición del Maestro. Mas, Obed, María y el hijo de ellos Juan Marcos, eran los encargados de cuidarla.

5. Pedro y Juan encomendaron a Obed fuera al Templo de Jerusalén para que fuese allí sacrificado, por los sacerdotes, un cordero, y después él lo trajera a casa y lo asara; de manera que, cuando llegase Jesús, estuviese dispuesto para la comida del cordero pascual o cena legal. También le encargaron todo lo necesario para la cena diaria, que por razón de la Pascua era más solemne.

6. El Cenáculo ya estaba aderezado con lujosas alfombras, colgaduras, lámparas, y provisto de mesas y otros enseres; pues, Nicodemo, José de Arimatea y Obed, que sabían anticipadamente por el Señor que allí iba a celebrar la Pascua, fueron espléndidos en la ornamentación. Mientras Obed fue al Templo, Pedro y Juan, ayudados por Marcos y su madre, dispusieron todo lo demás que era necesario.

7. Terminada su misión en el Cenáculo, Pedro y Juan retornaron a Betania ya cerca del mediodía, reuniéndose con Jesús y los demás, sin revelar a sus compañeros el sitio en que se comería la Pascua, como Él se lo había prevenido. Poco después, se presentaron en Betania los dos discípulos ocultos Asés y Josías, esposos de Gerasa, que venían cumpliendo en secreto su misión evangelizadora por orden del Maestro; y misteriosamente, días antes, Él les había llamado para que se identificasen ante los Apóstoles y demás discípulos, y convivir ya con ellos.

Capítulo II

Cristo se retira al Monte de los Olivos, y desde allí va a Jerusalén para celebrar la Pascua

1. Aquel jueves 24 de marzo del año 34, después de la comida del mediodía en Betania, Jesús, con sus Apóstoles y gran parte de sus discípulos, se retiró a orar al Huerto de los Olivos. Mientras caminaba, les fue instruyendo acerca de los misterios eucarísticos y de las órdenes sagradas que los Doce iban a recibir; y, ya en el Huerto, les anunció solemnemente que esa noche les daría como herencia su Carne y su Sangre, manifestando en su Rostro una dulcísima y amorosísima ternura. Por otro lado, la Divina María se preocupó de instruir en los sagrados misterios a los otros discípulos que habían quedado en la casa de Betania, así como a las religiosas.

2. Desde el Huerto de los Olivos, a las 5h. de la tarde, Jesús fue con los doce Apóstoles y los discípulos al Cenáculo de Jerusalén, a la vez que, desde Betania, lo hicieron la Divina María con las piadosas mujeres, incluidas María Magdalena y Marta; y también, Ágabo y el resto de los discípulos, incluido Lázaro. Cuando llegaron todos al Cenáculo, les esperaban allí los discípulos ocultos Nicodemo, José de Arimatea y Gamaliel. La Divina María llevó al Cenáculo el sacratísimo Cáliz de Melquisedec que Jesús iba a usar. Ágabo llevó dos vasos sagrados a manera de copón.

3. El jueves 24 de marzo de aquel año 34, al ponerse el sol, Jesús se sentó en la mesa con sus doce Apóstoles, los cuales ocuparon los puestos según Jesús lo dispuso: Como la mesa era rectangular, en el centro de uno de los dos lados mayores presidió el Maestro, cara a los asistentes, teniendo a su derecha a Pedro por ser Príncipe de los Apóstoles, y a su izquierda Santiago el Mayor; al lado de Pedro, Juan; y al de Santiago el Mayor, Andrés. Cada uno de los dos lados menores de la mesa, fueron ocupados por otros dos Apóstoles: el del ala derecha por Felipe, seguido de Mateo, y el de la izquierda por Bartolomé, seguido de Tomás. En el lado mayor de la mesa opuesto al de Jesús se situaron los cuatro restantes: En la parte derecha, Santiago el Menor, y después Simón; y en la izquierda, Tadeo y después Judas Iscariote; mas, dejando libre algún trecho de la parte central en respeto a la presidencia, por lo que Jesús quedaba visible a todos los asistentes al Cenáculo. Dada la forma de la mesa, Judas Iscariote quedó situado casi de frente a Jesús, y por lo tanto con cierta proximidad a Él. Los discípulos ocuparon otra mesa, presididos por Ágabo; y las piadosas mujeres se situaron en otra mesa, presididas por la Divina María. Cada uno, desde donde estaba, tenía visibilidad de lo que Jesús iba a hacer. Seguidamente dio comienzo la Última Cena, por el siguiente orden: primero fue la comida del cordero pascual, o cena legal, y que se efectuó estando todos de pie conforme a la ley antigua; seguidamente, fue la cena diaria, estando todos sentados; y por último, Jesús celebró la Santa Misa, con otros misterios.

4. Después de la cena legal, cuando ellos estaban comiendo la cena diaria, dijo Jesús a sus Apóstoles: *«En verdad os digo que uno de vosotros que come conmigo, me ha de entregar»*. Y ellos, muy llenos de tristeza, cada uno por sí comenzó a decirle: *«¿Por ventura soy yo, Señor?»*. Y Él respondió: *«Ved que la mano que me ha de entregar, conmigo está a la mesa: Uno de los Doce, que mete conmigo la mano en el plato, ése es el que me entregará. En verdad, el Hijo del Hombre ya se va como está escrito de Él; mas, ¡ay del hombre por quien será entregado el Hijo del Hombre! Más le valiera a aquel hombre no haber nacido»*. Y ellos comenzaron a preguntarse unos a otros cuál de ellos sería el que esto había de hacer. Y preguntando Judas Iscariote, que es el que lo entregaría, dijo: *«¿Soy yo, por ventura, Maestro?»*. Díjole Jesús: *«Tú lo has dicho»*; palabras que, aunque fueron oídas por los demás Apóstoles, sólo Judas Iscariote entendió su significado; por lo que los otros no supieron por ellas quién era el traidor.

Capítulo III

Cristo instituye el Santo Sacrificio de la Misa y cuatro de los Sacramentos

1. Aquella noche del jueves 24 de marzo del año 34, sabiendo Jesús que era llegada ya su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta lo máximo instituyendo la Santa Misa.

2. Acabada la cena diaria, cuando eran ya las 8h. de la noche, Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote, signándose, dio comienzo a la Primera Misa, estando Él y los doce Apóstoles sentados a la mesa. Y sabiendo Jesús que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos, y que de Dios había salido y a Dios iba, siendo, pues, como era, el Hijo de Dios, quiso dejar patente también su suprema humildad. Y para ello, se levantó de la mesa, se despojó de su manto blanco, y tomando una toalla se la ciñó. Y echando agua en un lebrillo o vasija, se dispuso a lavar los pies de los doce Apóstoles y a secarlos con la toalla con que estaba ceñido.

3. Mas, antes de que comenzara a lavar los pies a los doce Apóstoles, Cristo les manifestó que, con el lavatorio de los pies, iban a recibir el diaconado; a lo que los Apóstoles dieron su consentimiento. Y sucedió que cuando Jesús iba a lavar los pies de Pedro, éste, movido por una malentendida humildad, dijo a Cristo: *«¿Señor, Tú me vas a lavar a mí los pies? No me lavarás los pies jamás»*. Jesús le respondió: *«Si no te los lavaré, no tendrás parte conmigo»*. Entonces, Pedro le dijo: *«Señor, no solamente los pies; sino también las manos y la cabeza»*. Y Jesús le dijo: *«El que está lavado en el espíritu, no necesita sino que le lave los pies, pues está todo limpio. Y vosotros limpios estáis en vuestras almas; mas, no todos»*. Porque Él sabía quién era el que le había de entregar. Por esto dijo: *«No todos estáis limpios»*. Tras estas palabras, estando todos sentados, Jesús se fue arrodillando delante de cada uno y les fue lavando los pies; de manera que comenzó por

Pedro y terminó por Judas Iscariote. El Señor, al conferir el diaconado a Judas Iscariote, le dio nuevas demostraciones de amor y mayores impulsos internos para que desistiese de su traición; sin que pudiera ablandar por eso su endurecido corazón. Ya que, además, Judas Iscariote se irritó de la suavidad del Señor, y no le quiso ni mirar al Rostro; porque, desde que perdió la Gracia, tuvo gran odio a su Divino Maestro y a la Divina María.

4. Después que Jesús hubo lavado los pies a sus Apóstoles, despojándose de la toalla, tomó de nuevo su manto, se volvió a sentar a la mesa, y les dijo: «¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor; y bien decís, porque en verdad lo soy. Pues si Yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavar los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que, como Yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis»; manifestándoles así que debían ser humildes los unos con los otros. Y siguió diciéndoles: «En verdad, en verdad os digo: El siervo no es mayor que su señor; ni el enviado es mayor que aquel que le envió. Si comprendéis bien esto, bienaventurados seréis si lo practicáis. No hablo de todos vosotros: Yo sé los que escogí, incluso sabiendo que uno me iba a entregar. Mas, es necesario que se cumpla lo escrito en el Libro de Enoc, vaticinado por el Profeta Elías: 'El que come el pan conmigo, levantará contra Mí su calcañar'. Desde ahora os lo digo, antes de que suceda, para que cuando sea traicionado, creáis con más firmeza que Yo soy el Hijo de Dios. En verdad, en verdad os digo: El que recibe al que Yo enviare, a Mí me recibe; y quien me recibe a Mí, recibe a Aquel que me envió».

5. Jesús despojose otra vez del manto blanco. Y estando los demás arrodillados, fue a otra mesa en donde se hallaban tres ánforas con aceite de oliva; y allí, Él solo, bendijo los Santos Óleos por el siguiente orden: el de los Enfermos, el de los Catecúmenos y el Santo Crisma. Y al bendecir el Óleo de los Enfermos dejó instituido el Sacramento de la Extremaunción, y al bendecir el Santo Crisma dejó instituido el Sacramento de la Confirmación. Luego, con el Óleo de los Catecúmenos, Jesús ungió los pies de cada uno de los doce Apóstoles ya diáconos.

6. Después, Jesús tomó de nuevo el manto blanco; y de pie, junto a la mesa en que hubo la cena, prosiguió la Santa Misa, estando los doce Apóstoles arrodillados, así como todos los demás asistentes. Sobre aquella mesa, ahora convertida en altar del Sacrificio Eucarístico, estaban colocados: el Cáliz de Melquisedec, una bandeja, dos copones, y doce copas. Jesús, antes del comienzo del Ofertorio, fraccionó el pan ácima en múltiples pedazos: de los cuales, colocó en la bandeja dos trozos de pan: uno más grande para Él, y otro para la comunión del Apóstol Juan; y los demás pedazos los depositó en uno de los copones. Luego, echó vino en el Cáliz destinado para Él; y también echó vino en el otro copón; así como en las doce copas que usarían los Apóstoles.

7. Seguidamente, Jesús realizó el Ofertorio con las especies de pan y vino, de la siguiente manera: primero, Él tomó en sus manos la bandeja con los dos pedazos de pan; y, bendiciéndolos, alzó después la bandeja con sus manos, a la vez que elevaba sus ojos al Cielo en acción de gracias al Eterno Padre. Seguidamente, Él tomó en sus manos el Cáliz con el vino; y, bendiciéndolo primero, lo alzó, a la vez que elevaba sus ojos al Cielo en acción de gracias al Eterno Padre.

8. Acto seguido, Jesús realizó la Consagración del pan y del vino, de la siguiente manera: primero, Él tomó en sus manos el trozo grande de pan que había en la bandeja, y dijo: «*Éste es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros*»; después alzó la Sagrada Hostia consagrada, y volvió a depositarla en la bandeja. Seguidamente, Él tomó con sus manos el Cáliz con el vino, y dijo: «*Éste es el Cáliz de mi Sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por muchos para remisión de los pecados*»; y después, alzó el Cáliz que contenía su Preciosísima Sangre, y volvió a depositarlo en el altar; y adoró seguidamente, con una genuflexión, las especies consagradas. Cristo, al consagrar el pan y el vino, dejó instituido el Sacramento de la Eucaristía.

9. Después de la Consagración, Jesús, tras advertirlo a sus Apóstoles y ellos dar su consentimiento, confirió a los Doce el Presbiterado pronunciando las siguientes palabras rituales: «*Cuantas veces hiciereis esto, lo haréis en memoria mía*». Y con el término «*esto*», Él se estaba refiriendo a las tres partes esenciales de la Misa que estaba instituyendo. Una vez que confirió a los doce Apóstoles el Presbiterado, ungió las manos de cada uno con el Óleo de los Catecúmenos. Inmediatamente después, Jesús anunció a sus Apóstoles que les iba a conferir el Episcopado; y tras dar ellos su consentimiento, Jesús fue imponiendo sus Divinas Manos sobre las cabezas de los doce Apóstoles, consagrándoles Obispos; a continuación ungió sus cabezas con el Santo Crisma. Él confirió esta última orden sagrada empezando por Pedro y terminando por Judas Iscariote. Cristo, al conferir a sus doce Apóstoles el Diaconado, el Presbiterado y el Episcopado, dejó instituido el Sacramento del Orden Sacerdotal en sus tres grados.

10. A continuación, Jesús realizó la Comunión sacrificial, al comulgarse a Sí mismo: primero, su Sacratísimo Cuerpo, bajo la especie de pan, al comer el pedazo mayor que había en la bandeja; y después, su Preciosísima Sangre, bajo la especie de vino, al beber el contenido del Cáliz. Mas, antes de recibir cada uno de estos celestiales manjares, hizo la señal de la cruz con la Hostia y con el Cáliz, respectivamente.

11. Inmediatamente después, Jesús, cuando se disponía a administrar la comunión a los demás bajo la especie de pan, lo anunció solemnemente diciendo una sola vez: «*Tomad y comed: Éste es mi Cuerpo*». Mas, antes de administrarles la Comunión, fue haciendo, ante cada uno, el signo de la cruz con la Sagrada Hostia, a la vez que decía: «*Tomad y comed: Éste es mi Cuerpo*». Jesús dio primero la comunión a su Divina

Madre, tomando para eso una de las formas consagradas del copón; recibiendo Ella el Divinísimo Cuerpo de su Hijo y el suyo propio. Después, Jesús dio la comunión a Juan con el otro trozo consagrado bajo la especie de pan que estaba en la misma bandeja que el Maestro había usado; pues, convenía que así fuera para que el Apóstol cumpliera una misión muy especial en el Calvario sólo reservada a él. Los demás Apóstoles, comenzando por Pedro y terminando por el sacrilego Judas Iscariote, recibieron la comunión, de manos de Jesús, con las formas consagradas del copón. La Divina María y los Apóstoles recibieron la Comunión en la lengua y arrodillados.

12. Después que los Apóstoles habían comulgado bajo la especie de pan, Jesús, antes de administrar a los Doce la Sagrada Comunión con su Preciosísima Sangre, lo anunció solemnemente diciendo una sola vez: *«Tomad y bebed, porque Ésta es mi Sangre»*. Y al ir entregando a cada uno su correspondiente copa con la Preciosísima Sangre, trazó con cada copa el signo de la cruz. Los doce Apóstoles, estando arrodillados, tomaron con sus manos su respectiva copa, y bebieron la Preciosísima Sangre de Cristo allí contenida. Después, Jesús, con las sagradas formas del copón, dio la comunión a los discípulos, a las piadosas mujeres y a los demás asistentes en el Cenáculo, los cuales la recibieron en la lengua y arrodillados. Finalmente, Jesús, para enseñar a los doce Apóstoles que estaban obligados a administrar la Santa Comunión bajo la especie de pan a los fieles de la Iglesia, en el ejercicio de su ministerio sacerdotal que luego ejercerían, les dijo las siguientes palabras: *«Distribuid la Santa Comunión con frecuencia a los fieles de la Iglesia como Yo os lo he enseñado»*.

13. Acabada la distribución de la Sagrada Comunión, los Apóstoles se sentaron a la mesa del Sacrificio en sus correspondientes lugares; menos Juan que, movido en su interior por Jesús, se situó entre Él y su hermano Santiago el Mayor, quedando arrodillado a la izquierda del Divino Maestro y reposando su cabeza sobre el dulcísimo pecho que ocultaba su Deífico Corazón, compartiendo así de sus inefables misterios. Jesús, a la vez que hacía partícipe de sus delicias al Apóstol Juan, les habló a los Doce, diciéndoles: *«Con vehemencia he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca. Porque os digo que no comeré más de ella hasta que sea cumplida en el Reino de Dios. Porque os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta aquel día que lo beba nuevo con vosotros en el Reino de mi Padre»*. Con estas palabras, Jesús no sólo manifestó su indescriptible gozo por haber instituido la Santa Misa, o Pascua de la Eterna Alianza, sino que también enseñó a sus Apóstoles que, cuando llegue el Reino Mesianico, la Misa quedará más simplificada y sublimada; pues, a partir de entonces, ya no será en la forma eucarística de las especies de pan y vino.

14. Cuando esto hubo dicho Jesús a sus Apóstoles, Él se conturbó en el espíritu, y abiertamente declaró: *«En verdad, en verdad os digo: Que uno de vosotros me entregará»*. Y los Apóstoles se miraban los unos a

los otros sin saber de quién lo decía. Seguidamente, Juan, que estaba aún recostado en el pecho del Divino Maestro, retiróse de Él para ocupar de nuevo su puesto en la mesa. Y luego tuvieron lugar las abluciones propias de la Santa Misa. Una vez terminadas éstas, el Apóstol Juan volvió a arrodillarse a la izquierda de Jesús.

15. El nuevo anuncio, por el Maestro, de que uno de los Doce le entregaría, causó gran inquietud y congoja a Pedro; el cual hizo una seña a Juan, diciéndole: *«¿De quién estaba hablando antes el Maestro?»*. Juan, entonces, recostándose otra vez sobre el pecho de Jesús, le dijo: *«¿Señor, quién es el que te ha de entregar?»*. Jesús le respondió: *«Aquel a quien Yo diere el pan mojado»*. Y Jesús, mojado el pan en agua, se lo dio a Judas Iscariote para que lo comiese. Con este amorosísimo gesto de atención hacia el traidor, Jesús quiso de nuevo mover el corazón de aquel malvado, lo cual fue inútil. Tras comer el pan mojado, Judas Iscariote, que ya actuaba solamente bajo los impulsos de Satanás, manifestó, ahora con más furor, el odio que tenía a su Divino Maestro, profiriendo contra Él una terrible blasfemia; sin que tal ofensa la oyesen otros, a excepción de la Divina María y Juan. Con esta blasfemia, Judas Iscariote pecó contra el Espíritu Santo en el máximo grado, sin que fuera ya posible su salvación. Viendo Jesús la inflexible determinación de Judas Iscariote a entregarle, se limitó a decirle con gran mansedumbre: *«Lo que vas a hacer, hazlo pronto»*. Mas ninguno de los que estaban a la mesa, supo por qué se lo decía. Pues, algunos pensaron que, porque Judas Iscariote tenía la bolsa del dinero, le había dicho Jesús que comprara lo que era menester para el día de la fiesta, o que diese algo a los pobres; ya que, a excepción de Juan, ningún otro Apóstol sabía aún quién sería el traidor. Judas Iscariote, pues, tras haber tomado el bocado de pan, salió luego fuera. Y era ya noche cerrada.

16. Después que Judas Iscariote salió del Cenáculo para ultimar la traición con el Sanedrín, Jesús, con indecible vehemencia, dijo: *«Ahora es glorificado el Hijo del Hombre; y Dios es glorificado en Él. Si Dios es glorificado en Él, Dios también lo glorificará a Él en Sí mismo, y luego le glorificará»*. Con cuyas palabras, Él manifestaba su júbilo al considerar su Pasión, Muerte y Resurrección místicamente consumadas en la Santa Misa que acababa de instituir; pues, en ella anticipaba los misterios cuarenta y dos del Calvario y su gloriosa Resurrección. Seguidamente, fueron reservados, en el Sagrario del Cenáculo, el copón que contenía el Deífico Cuerpo Sacramentado y el copón que contenía la Preciosísima Sangre Sacramentada; pues, esta reserva bajo ambas especies, era conveniente para los misterios del Calvario. Jesús terminó el Santo Sacrificio de la Misa bendiciendo a todos los presentes, estando ellos arrodillados.

17. Luego Jesús mandó que, tanto los discípulos encabezados por Ágabo, como las piadosas mujeres encabezadas por Serapia, así como los discípulos ocultos Nicodemo, José de Arimatea y Gamaliel, y los tres

hermanos de Betania, marcharan a la casa que Lázaro tenía en Jerusalén, no lejos del torrente Cedrón.

18. Jesús, desde el comienzo del Ofertorio hasta terminada la comunión de los fieles, había estado transfigurado mucho más que en el Monte Tabor; lo cual fue visto por cada uno de los asistentes al Cenáculo, aunque en distintos grados. Al comenzar la Santa Misa, se habían aparecido en el Cenáculo el Eterno Padre y el Espíritu Santo; cuya manifestación, que duró hasta la reserva del Santísimo en el Tabernáculo, fue contemplada por la Divina María y sus dos hermanas; así como por los Apóstoles Pedro, Santiago el Mayor y Juan; aunque estos tres durante breve tiempo. Asimismo se apareció el Santísimo José, quien asistió a dichos misterios junto a su Esposa la Divina María, sin que fuera visto por los demás. Y también se aparecieron en el Cenáculo, para estar presentes en la Institución de la Santa Misa y demás misterios, Elías, Enoc y Moisés; los cuales no fueron vistos por los Apóstoles hasta que estos quedaron a solas con Jesús, su Divina Madre y las hermanas de Ella. Por mandato del Divino Maestro, Pedro impuso sus manos en la cabeza: primero, de Elías; después, de Enoc; y finalmente, de Moisés, y con una sola imposición sobre cada uno, les confirió el Diaconado, el Presbiterado y el Episcopado; y después ungió las manos y las cabezas de ellos. También Pedro administró a los tres santos Profetas la comunión bajo la especie de pan con las formas del copón reservado en el Sagrario. Tras ser bendecidos por Jesús, Elías, Enoc y Moisés retornaron al Planeta de María.

19. La presencia del Santísimo Sacramento de la Eucaristía en el Sagrario del Cenáculo, había inundado el Alma de la Divina María de amorosísimo e indescriptible anhelo de adorarlo y repararlo. Por lo que, transportada de celestial arrobamiento, postrose de hijos, junto con sus dos hermanas, ante la Divinísima Eucaristía, en íntimo y dulcísimo coloquio con su Dios y Señor como primera y principal Adoradora. Mientras oraban las tres en profundo recogimiento, Jesús se hallaba aparte con sus once Apóstoles.

20. Los sacerdocios esenio y levítico, y sus correspondientes sacrificios, quedaron abolidos en la Última Cena del Señor, al instituir Él el Sacerdocio Ministerial según el Orden de Melquisedec y el Sacrificio de la Nueva Ley o Santo Sacrificio de la Misa.

Capítulo IV

Cristo pronuncia en el Cenáculo la primera parte del Sermón de la Última Cena

1. Aquel memorable día de Jueves Santo 24 de marzo del año 34, por la noche, Jesús, sentado de nuevo a la mesa con los once Apóstoles, pronunció en el Cenáculo la primera parte del Sermón de la Última Cena.

2. Dijo Jesús: *«Hijos, por un poco de tiempo aún estoy con vosotros. Vosotros me buscaréis. Y así como dije a los judíos, lo mismo os digo a vosotros ahora: Adonde Yo voy, no podéis venir. Si bien vuestra espera será temporal; pues, antes de venir conmigo, tenéis*

que cumplir la misión que os he encomendado. Mas, un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros como Yo os he amado; pues así debéis amaros vosotros también. Porque, si tuviereis caridad entre vosotros, en esto conocerán todos que sois mis discípulos». Pedro le dijo: *«¿Señor, adónde vas?».* Respondió Jesús: *«Adonde Yo voy, no puedes seguirme ahora; mas, me seguirás después».* Pedro le dijo: *«¿Por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida daré por Ti».* Jesús le respondió: *«¿Tu vida darás por Mí? En verdad, en verdad te digo: que no cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces»;* siendo éste el primer anuncio de que Pedro le negaría.

3. Siguió diciendo el Maestro: *«No se turbe vuestro corazón. Pues ya que creéis que Yo soy Dios, tened confianza de que mis palabras, aunque dichas con mi Humanidad, son del mismo Dios. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si así no fuera, Yo os lo hubiera dicho. Pues voy a prepararos el lugar. Y cuando Yo me hubiere ido y os haya preparado un lugar, vendré a la hora de vuestra muerte, y os tomaré conmigo para que en donde Yo estoy, estéis también vosotros. Ya sabéis adonde voy, y sabéis el camino o misión apostólica que tenéis que cumplir aquí, para luego ir conmigo».*

4. Y fue tal la preocupación y congoja que les infundieron a los Apóstoles aquellas palabras, que hasta se les nubló en parte el conocimiento de lo que Jesús les había enseñado. Por eso, Tomás, con vehemencia reaccionó: *«Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo, pues, podemos saber el camino?».* Y Jesús, con cierto tono severo, les recordó a los Once, aquello que tantas veces les había enseñado: *«Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida: Nadie viene al Padre, sino por Mí. Si me conocéis a Mí, ciertamente conocéis también a mi Padre: ya que, el que a Mí me ve por la luz de la fe, ve también al Padre. Y lo que habéis visto hasta ahora de manera más imperfecta, lo conoceréis después con más clarividencia cuando venga el Paráclito sobre vosotros».*

5. Algunos de los Apóstoles, extrañados de que Jesús les dijese que han visto al Padre, ya que en su turbación entendieron esas palabras como si se refiriera a una visión corporal, cuando en realidad les había hablado del conocimiento de ese misterio por la fe, dijeron al Maestro por boca de Felipe: *«Señor, muéstranos al Padre, y nos basta»;* con lo cual daban la sensación de ignorar lo que Jesús les había enseñado. Por eso, Él, con acento severo reprendió la terquedad de ellos, diciendo: *«¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y aún no me habéis conocido?».* Y luego, Jesús, con gran paciencia, volvió a recordarles lo que en otras ocasiones les había enseñado, diciendo: *«Felipe, quien me ve a Mí, ve también al Padre; ¿pues, cómo tú dices: 'Muéstranos al Padre'? ¿No creéis que Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí? Las palabras que Yo os hablo, no las hablo de Mí mismo en cuanto Hombre, sino en cuanto Dios: Por eso el Padre, que está en Mí, Él mismo hace conmigo las obras que Yo hago; ¿o no creéis que Yo estoy en el Padre, y el Pa-*

dre en Mí? Al menos, creedlo por las mismas obras que Yo he hecho». Exhortándoles así a que ejercitasen más la fe en Él.

6. Una vez que Jesús manifestó a sus Apóstoles su vuelta al Padre, y de cómo ellos, con entereza y fe heroicas, tendrían que continuar la obra que el Padre les había encomendado, les prometió que seguiría con ellos de manera invisible, para que lograsen sobreafluantes frutos: «En verdad, en verdad os digo: El que en Mí cree, también hará las obras que Yo hago, y mayores que éstas hará, porque voy al Padre. Pues, todo lo que pidieréis al Padre en mi Nombre, Yo lo haré, para que sea el Padre glorificado en el Hijo. Y si algo me pidieréis a Mí, como Dios que soy, en Nombre de mi Sacratísima Humanidad, lo haré». Con estas palabras Jesús resalta la omnipotencia suplicante del Sacerdote en la Santa Misa; de cuya omnipotencia, participan también los fieles.

7. Después que Jesús había hablado a sus Apóstoles de la necesidad de la fe, quiso mostrarles que esa virtud ha de ir acompañada de las buenas obras. Por eso les dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador y Abogado para que esté siempre con vosotros: El Espíritu de la Verdad, quien no puede habitar en el hombre mundano porque ni lo ve ni lo conoce por la fe, por carecer de ella. Mas lo conocéis, porque habita en vosotros; y estará, además, con vosotros asistiendo perpetuamente a mi Iglesia. No os dejaré huérfanos: Seguiré con vosotros, habitando en vuestros corazones». Pues, Jesús, tras su vuelta al Padre, siguió también con su Iglesia mediante su presencia en el Santísimo Sacramento del Altar, y, además, dejó a su Divina Madre como Madre de la Iglesia. Y siguió diciéndoles: «Poco tiempo me queda de estar en este mundo. Y después que me vaya, los amadores del mundo ya no me verán, pues para ello necesitan la fe. Sin embargo, vosotros me seguiréis viendo por la fe y por la participación en mi vida divina: porque Yo vivo en vosotros, y vosotros vivís por medio de la Gracia».

8. Luego el Señor prometió a los once Apóstoles el Pentecostés o venida apoteósica del Espíritu Santo sobre ellos; por lo que serían confirmados en la fe e inundados de sus excelsos dones. Por eso, Jesús les dijo: «En aquel día vosotros conoceréis, aún con mayor profundidad, que Yo estoy en mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros». Con las palabras: «y vosotros en Mí, y Yo en vosotros», Cristo se refiere a su Cuerpo Místico, al que pertenecen los fieles de la Iglesia en estado de gracia por la habitabilidad en ellos de Jesús y María. Mas, cuando llegue el Reino Mesianico, los miembros de la Iglesia quedarán entronizados en Cristo a través de María.

9. Jesús, refiriéndose ahora a aquellos que iban también a ser llamados al Reino de Dios en el apostolado futuro de la Iglesia, dijo a sus Apóstoles: «Quien tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama. Y el que me ama, será amado de mi Padre, y Yo le amaré y me manifestaré a él habitando dentro de su alma». Y como algunos de los Apóstoles aplicasen

sólo a ellos las anteriores palabras del Maestro, referidas a los hombres en general, Tadeo, recogiendo el sentir de los otros Apóstoles, dijo: «¿Señor, cuál es la causa de que te hayas de manifestar a nosotros, y no al mundo?». Y Jesús respondióle confirmando aún con más profundidad la doctrina enseñada poco antes: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él. El que no me ama, no guarda mis palabras. Y la palabra que habéis oído no es solamente mía, sino del Padre que me ha enviado; pues, donde esté Yo, está toda la Beatísima Trinidad».

10. Y como los once Apóstoles no entendieran perfectamente el contenido del Sermón de esa noche, Jesús les dijo: «Estas cosas ya os las he hablado estando con vosotros. Mas, no temáis: que el Consolador, el Espíritu Santo, que os enviará el Padre en mi Nombre, Él os enseñará con más claridad todas las cosas, y os recordará todo aquello que Yo os he dicho». Y seguidamente les dijo: «La paz os dejo, mi paz os doy. No os la doy Yo como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde». Enseñándoles así, que la paz que se atribuyen los hijos de las tinieblas es aparente y externa, pues no está basada en la Divina Gracia, sino en las complacencias e intereses del mundo; lo cual implica la cobardía de no enfrentarse a los enemigos del alma. Y que, por tanto, los Apóstoles, deberán estar dispuestos para luchar constante y heroicamente, a fin de implantar en los hombres la verdadera paz, que es la fundada en la vida de la gracia.

11. Y como los Apóstoles no concibiesen en su interior esa paz espiritual, anunciada por el Maestro, sin la compañía de Él, Jesús les dijo: «Ya habéis oído que os he dicho: Me voy, para luego volver a vosotros. Si me amaseis con más generosidad, os alegraríais ciertamente, porque voy al Padre para que mi Humanidad sea plenamente glorificada, porque el Padre es mayor que Yo»; refiriéndose aquí a su Humanidad. Y siguió diciendo Jesús: «Ahora os lo he dicho, antes de que suceda, para que lo creáis cuando sea hecho». De esta manera, los Apóstoles, cuando viesan a Jesús glorificado durante los días que Él permanecería con ellos hasta su Ascensión, se regocijarían por eso y quedarían más fortalecidos en la fe por el cumplimiento de sus palabras.

12. Jesús, poco antes de las 10h. de la noche de aquel Jueves Santo, fue concluyendo la primera parte de este Sermón de despedida, diciendo a los once Apóstoles: «Ya no hablaré con vosotros muchas cosas, porque el príncipe de este mundo, que nada puede contra Mí, con mayor impetu ha movido ahora a mis enemigos para que me prendan. Mas, para que el mundo conozca que amo al Padre, me entregaré voluntariamente a la muerte, y así me someteré al mandamiento que el Padre me dio».

13. Mientras Jesús concluía esta primera parte del Sermón, retornaron Nicodemo, José de Arimatea y Gamaliel, como ya Él antes les hubiese advertido. Estos tres varones quedarían para la custodia y protección del Cenáculo, en el que estaba reservado el Santísimo

Sacramento. Seguidamente dijo Jesús a los once Apóstoles: *«Levantaos, y vámonos de aquí»*. Por lo que, acompañado de su Divina Madre, de María Cleofás y María Salomé, y de los once Apóstoles, salió del Cenáculo para la casa que Lázaro tenía en Jerusalén, y en la que esperaban los discípulos, las piadosas mujeres, y otros.

Capítulo V

Cristo, durante el camino a la casa de Lázaro en Jerusalén, hace a sus once Apóstoles algunas exhortaciones

1. El hecho de que el Maestro, durante la Institución de la Santa Misa, diese a Juan mayores muestras externas de delicadeza y amor que a los demás Apóstoles, suscitó cierto sentimiento de tristeza en la mayoría de ellos. Por eso, cuando iban por el camino, hubo entre los Once una discusión sobre quién de ellos sería considerado el mayor cuando Jesús establecería su Reino. Mas, Él les dijo: *«Los reyes de este mundo dominan a sus vasallos y les exigen servidumbre y honores; y, no obstante, estos llaman bienhechores a los que ejercen ese poder sobre ellos. Mas, no ha de ser así entre vosotros. Antes bien, el que es mayor entre vosotros, pórtese como el menor; y el que tiene la superioridad, pórtese como el que sirve. Porque ¿cuál es mayor, el que está sentado a la mesa, o el que sirve? ¿No es mayor el que está sentado a la mesa? Pues, Yo estoy en medio de vosotros como un sirviente vuestro. Mas vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis sufrimientos. Y por eso, Yo dispongo del Reino Celestial para vosotros, como mi Padre dispuso de él para Mí: Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino; y os sentéis sobre tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel»*.

2. La discusión entre los once Apóstoles turbó muy especialmente el alma de Pedro, ya que estaba atribulado por el anuncio que Jesús le hizo de sus tres negaciones. Viendo Jesús el desaliento de Pedro por tales cavilaciones, le dijo: *«Pedro, Pedro, mira que Satanás me ha pedido permiso para zandearos a todos vosotros como trigo; mas, Yo he rogado por ti, que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, confirma más firmemente en la fe a tus hermanos»*. Con estas palabras, el Maestro, a la vez que reprochaba a Pedro por su irreflexiva presunción, le anunciaba que, tras su caída, se levantaría con más firmeza. No obstante las anteriores palabras del Divino Maestro, Pedro, enardecido por su gran amor a Jesús, dejase llevar de una excesiva confianza en sí mismo, y dijo: *«Señor, dispuesto estoy para ir contigo a la cárcel y a la muerte»*. Y Jesús le dijo: *«Te digo, Pedro, que no cantarás hoy el gallo, sin que tres veces hayas negado que me conoces»*; anunciándole así, por segunda vez, la triple negación que el Apóstol le haría en aquella noche. También Jesús advirtió a los otros Apóstoles que serían fuertemente cribados y que incluso llegarían a abandonarle.

3. Con estas advertencias a los Apóstoles, cesaron en ellos la arrogancia y la discordia que les ofuscaban. Y viéndoles Jesús en extrema desolación, les habló de

la confianza que debían tener en la protección divina, diciéndoles: *«Cuando os envié sin bolsa y sin alforja y con un solo calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa?»*. Y ellos respondieron: *«Nada»*. Luego les dijo: *«Pues ahora, quien tiene bolsa, tómelas, y también alforja; y el que no tiene espada, venda su túnica, y cómprela»*; refiriéndose aquí Jesús a que, por la causa evangélica, muy pronto deberían revestirse con más firmeza de las armaduras espirituales para hacer frente a sus enemigos. Y Él siguió diciéndoles: *«Porque os digo, que es necesario que se vea cumplido, en Mí, esto que está escrito acerca de los sufrimientos de mi Pasión: 'Y fue contado entre los malhechores'. Porque todo aquello que a Mí se refiere, tiene su cumplimiento»*. Mas ellos, malinterpretando las palabras de Cristo, creyeron que les hablaba de la necesidad de proveerse de armas defensivas, y por eso, enseñando dos cuchillos al estilo de machetes que solían llevar, respondieron: *«Señor, he aquí dos espadas»*. Mas, viendo el Maestro la ingenuidad de sus Apóstoles, dio fin a este asunto cortando en seco la conversación, diciendo: *«Basta»*; en espera de que más tarde comprendiesen mejor el sentido de sus palabras.

4. Cristo amaba a Pedro más que a los demás Apóstoles y Pedro amaba a Cristo más que los demás Apóstoles.

5. Jesús, su Divina Madre, las hermanas de Ella y los once Apóstoles, llegaron a la casa de Lázaro en Jerusalén sobre las 10h. de la noche de aquel Jueves Santo. Y llegaron tan pronto merced a la milagrosa rapidez con que anduvieron.

Capítulo VI

Cristo, en la casa de Lázaro en Jerusalén, pronuncia la segunda parte del Sermón de la Última Cena

1. Sobre las 10h. de la noche, Jesús, su Santísima Madre, los once Apóstoles, María Cleofás y María Salomé, llegaron a la casa de Lázaro en Jerusalén, en donde el Divino Maestro pronunció la segunda parte del Sermón de la Última Cena, teniendo a su derecha a la Divina María y a su izquierda al Apóstol Pedro.

2. Dijo Jesús: *«Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que no diere fruto en Mí, lo quitará; y todo aquel que diere fruto, lo limpiará para que dé más fruto. Mas, vosotros ya estáis limpios, en virtud de que habéis aceptado la doctrina que os he predicado y habéis recibido el Bautismo, siguiendo fieles a Mí. Permaneced unidos a Mí, para que Yo permanezca en vosotros. Pues, así como el sarmiento no puede por sí mismo dar fruto si no estuviere unido a la vid; así vosotros tampoco, si no estuviereis unidos a Mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Pues, el que está unido a Mí, al estar Yo en él, dará mucho fruto, porque sin Mí nada podéis hacer. El que no permanece unido a Mí, será echado fuera como sarmiento inútil, y se secará, y lo cogerán, y lo meterán en el fuego, y arderá. Mas, si permanecéis unidos a Mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis cuanto quisierais, y os será dado. Mi Padre es glorificado*

en que vosotros deis mucho fruto y seáis verdaderos discípulos míos».

3. «A semejanza de como el Padre me amó, así también Yo os he amado. Permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, perseveraréis en mi amor, así como Yo también he guardado los mandatos de mi Padre, y estoy en su amor. Estas cosas os he dicho para que, en lo posible, os gocéis con el gozo mío, y vuestro gozo sea después colmado en el Cielo eternamente. Éste es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros, como Yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, mientras hicieréis las cosas que Yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no es sabedor de lo que hace su Señor. Mas a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre. No me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis por todo el mundo y produzcáis frutos; y eso redunde también en un mayor fruto en beneficio vuestro; a fin de que os dé el Padre todo lo que pidáis en mi Nombre, lo cual no es posible sin méritos personales. Esto, pues, os mando: Que os améis los unos a los otros».

4. «Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a Mí antes que a vosotros. Si fuerais amadores del mundo, el mundo os amaría como cosa suya. Mas, porque no sois amadores del mundo, ya que Yo os escogí del mundo, por eso os aborrece el mundo. Acordaos de mi palabra que Yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a Mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Mas la persecución, que será por causa de mi Nombre, la tendréis porque los que os persigan no querrán conocer a Aquel que me ha enviado. Si Yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; mas, ahora no tienen excusa de su pecado»; refiriéndose aquí al pecado contra el Espíritu Santo en el que incurrieron el Sanedrín y el Pueblo Judío apóstata, por su deliberado y contumaz rechazo de la gracia, al negarse a reconocer a Jesús como el Salvador enviado del Padre, a pesar de las señales inconfundibles que Él dio con sus enseñanzas y milagros portentosos. Y siguió diciendo Jesús: «El que me aborrece a Mí, también aborrece a mi Padre. Si no hubiese hecho entre ellos obras tan grandes como ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; mas, ahora ya las han visto, y, sin embargo, me aborrecen a Mí y a mi Padre. Mas así se cumple lo escrito en el Libro de Enoc, vaticinado por el Profeta Elías: 'Que me aborrecieron sin causa e inmerecidamente', malcorrespondiendo ellos a mi veheméntísimo deseo de salvarles».

5. Jesús, después de hablarles a todos de los sufrimientos y persecuciones que sobrevendrían a ellos, para confortarles ahora les dijo: «Mas cuando viniere el Consolador, el Espíritu de Verdad que procede del Padre y de Mí, y que Yo os enviaré de parte de mi Padre, Él dará testimonio de Mí. Y vosotros también daréis testimonio con vuestro futuro apostolado, por-

que estáis conmigo desde el principio». Refiriéndose aquí Jesús al Pentecostés que vendría sobre los Apóstoles, a la continua e infalible asistencia del Espíritu Santo a la Iglesia, y a otras indecibles manifestaciones del Divino Paráclito.

6. Y siguió enseñando Jesús: «Las cosas que os he dicho acerca de vuestras persecuciones y tribulaciones, es para que cuando suceda no os escandalicéis. Os echarán de las sinagogas. Mas, viene la hora en que cualquiera que os mate, fingirá que lo hace para prestar un servicio a Dios, y así tratará de justificar dolosamente sus perversas actuaciones. Y os harán esto porque se negaron a reconocer al Padre y a Mí. Mas, esto os he dicho para que, cuando viniere la hora, os acordéis de ello, que Yo os lo dije. No os dije estas cosas al principio, porque estaba con vosotros».

7. «Mas ahora voy a Aquel que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta en este momento: ¿Adónde vas?». Y así les invitaba a que le preguntasen más cosas del Padre. Y siguió diciendo: «Es más, porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha ocupado vuestros corazones. Pero Yo os digo la verdad: que conviene que Yo me vaya; porque si no me fuere, no vendrá sobre vosotros el Consolador; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando Él viniere, mediante vuestro apostolado, dará al mundo la oportunidad de un mayor discernimiento en orden al pecado, a la justicia y al juicio. En orden al pecado: en cuanto que en las conciencias se evidenciará más, tanto la grave malicia que implica el no aceptar creer en Mí, como la necesidad de la Gracia para salvarse. En orden a la justicia: porque voy al Padre, y ya no me veréis; y entonces, el Espíritu Santo, con su virtud regeneradora de las almas, dará, a través de éstas, fehaciente testimonio de la Infinita Santidad y Justicia del Hijo de Dios. Y en orden al juicio: porque el príncipe de este mundo ya es juzgado al quedar sentenciada su derrota en el Calvario por la Deífica Sangre allí derramada y la efusión del Divino Paráclito sobre la Iglesia. Aún tengo que deciros muchas cosas, mas no las podéis entender ahora. Mas, cuando viniere aquel Espíritu de Verdad, os enseñará toda la verdad con más fuerza. Porque no hablará Él solo, sino también el Padre y el Hijo en Él, al haber en las Tres Personas Divinas una sola inteligencia, así como una misma ciencia y obrar. He aquí, que las palabras que os comunique el Espíritu Santo y las cosas que os anuncie que han de venir, serán obra de las Tres Divinas Personas. Él, pues, me glorificará, porque de lo mío tomará, y lo anunciará a vosotros; y al tomar de lo mío, tomará del Padre, pues todas cuantas cosas tiene el Padre, mías son. Por eso os dije que de lo mío tomará, y lo anunciará a vosotros».

8. «Un poco, y ya no me veréis; y otro poco, y me veréis, porque voy al Padre». Entonces algunos de sus Apóstoles y discípulos se dijeron unos a otros: «¿Qué es esto que nos dice: 'Un poco, y no me veréis; y otro poco, y me veréis, porque voy al Padre'?». Y decían: «¿Qué significa esto que nos dice: 'Un poco'? No sabemos lo que dice». Y entendió Jesús que le querían

preguntar, y les dijo: *«Indagáis entre vosotros de esto que dije: 'Un poco, y no me veréis; y otro poco, y me veréis'. En verdad, en verdad os digo: Que vosotros lloraréis y gemiréis, mas el mundo se gozará. Y vosotros estaréis tristes, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer cuando da a luz, está triste, porque viene su hora; mas, cuando ha tenido un niño, ya no se acuerda del dolor por la alegría de que ha nacido un hombre en el mundo. Pues, también vosotros ahora ciertamente tenéis tristeza, mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón, y ninguno os quitará vuestro gozo»*. Con estas palabras, Jesús dijo a sus Apóstoles y discípulos que muy pronto moriría y sería sepultado, lo cual sería para ellos de gran dolor. Mas, que al tercer día resucitaría y le volverían a ver con gran gozo de ellos.

9. Y siguió diciéndoles: *«Y en aquel día no me preguntaréis nada»*; refiriéndose al Pentecostés; ya que en él recibirían una ilustración especial; sin que fuera ya necesario que el Maestro siguiese con ellos instruyéndoles. Y siguió diciéndoles: *«En verdad, en verdad os digo: Que os dará el Padre todo lo que, en el ejercicio de vuestro ministerio sacerdotal, le pidieréis en mi Nombre. Pues, hasta aquí no habéis pedido nada en mi Nombre como ministros míos. Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. Muchas cosas os he hablado en parábolas. Mas, viene la hora en que os anunciaré claramente las cosas de mi Padre»*; refiriéndose a que, tras su Resurrección gloriosa, Él instruiría a sus Apóstoles con más detalle sobre el valor de la Santa Misa: Sacrificio imprescindible para que el Padre acepte cualquier petición. Seguidamente, Jesús dio a entender a los Apóstoles que ellos, en el ejercicio de su ministerio, poseían su mismo divino poder al obligarse Él a actuar en el estado místico del Sacerdote. Por eso les dijo: *«En aquel día pediréis en mi Nombre, y ya no os digo que Yo rogaré al Padre por vosotros, porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis, y habéis creído que Yo salí de Dios. Salí del Padre, y vine al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre»*. Mientras pronunciaba estas palabras, Jesús se transfiguró.

10. Los Apóstoles, sensiblemente impresionados ante el prodigio de su transfiguración, exclamaron con gran entusiasmo, diciendo: *«Ahora sí que hablas claro, y no dices ningún proverbio. Ahora sí que conocemos que Tú lo sabes todo y no es menester que nadie te haga preguntas. En esto creemos que has salido de Dios»*. Y el Señor, a la vista de tan humana reacción, les respondió: *«¿Ahora os sentís fortalecidos?»*, exhortándoles seguidamente a que tuviesen la misma fortaleza de ánimo cuando llegase la prueba. Y por eso también les dijo: *«He aquí que viene, y ya casi es llegada, la hora en que seáis esparcidos cada uno por su parte, y que me dejéis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo»*; anunciándoles así que le abandonarían aquella noche en el Huerto de los Olivos. Mas, luego Jesús les dio nuevas palabras de aliento, diciéndoles: *«Estas cosas os he dicho para que procuréis tener paz en Mí, siendo fieles en vuestro ministe-*

rio, ya que no os faltará el auxilio divino. En el mundo tendréis tribulaciones; mas, tened confianza, que Yo he vencido al mundo y a Satanás autor de todas sus malicias».

Capítulo VII

Cristo concluye la segunda parte del Sermón de la Última Cena con la Oración Sacerdotal

1. Después de hablar estas cosas, Jesús, alzando los ojos al cielo, y transfigurado su Divino Rostro a la vista de todos, dijo seguidamente: *«Padre, viene la hora, glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a Ti. Tú le has dado potestad sobre todos los del linaje humano para que, de todo lo que le diste a Él, les hagas a ellos partícipes, para que tengan vida eterna. Y la vida eterna consiste en conocerte a Ti, y a Jesucristo a quien enviaste. Yo te he glorificado sobre la tierra: he acabado la Obra que me encomendaste. Ahora, pues, Padre, glorifica Tú mi Humanidad con la misma gloria que, desde el principio del mundo, tuvo mi Alma en el Cielo hasta que se encarnara. Yo he manifestado tu Nombre a los hombres que has escogido entre los del mundo. Tuyos eran, y me los diste, y guardaron tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me diste, vienen de Ti; porque Yo les he enseñado las que Tú me diste; y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente que Yo salí de Ti, y han creído que Tú eres el que me has enviado. Yo ruego por ellos. No ruego en esta hora por el mundo, sino por estos que me diste, porque tuyos son. Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías, y en ellos he sido glorificado. Yo ya no estaré más en el mundo, pero estos quedan en el mundo, y Yo voy a Ti»*.

2. *«Padre Santo, guarda en tu Nombre a aquellos que me diste, a fin de que sean una misma cosa por la Gracia, así como Nosotros lo somos por la naturaleza divina. Mientras Yo estaba con ellos, los defendía en tu Nombre. He guardado a los que me diste, y no pereció ninguno de ellos, sino el hijo de la perdición, — refiriéndose a Judas —, según se vaticinaba en la Escritura. Mas, ahora voy a Ti, y hablo estas cosas mientras estoy en el mundo, para que, en este momento, participen cumplidamente de mi gozo por la proximidad de la Redención. Yo les di tu palabra; y el mundo les aborreció, porque no son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo. No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, así como tampoco Yo soy del mundo. Santificalos con tu verdad. Tu palabra es la verdad. Así como Tú me has enviado al mundo, así también Yo los he enviado al mundo. Yo por ellos, mediante mis obras, he ido manifestando mi Infinita Santidad; a fin de que con mi ejemplo se santificasen en la verdad. Mas no ruego tan solamente por ellos, sino también por los que han de creer en Mí por la palabra de ellos, para que todos sean en Mí un solo Cuerpo Místico. Y así como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, que también sean ellos un solo Cuerpo Místico en Nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado. Yo les he*

hecho partícipes de la gloria que Tú me diste, dándoles la Gracia, que es la gloria posible en este mundo; a fin de que sean todos uno en mi Cuerpo Místico, como también nosotros somos Uno en la Divinidad. Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean consumados en la unidad; y así conozca el mundo que Tú me has enviado, y que los has amado, como también me amaste a Mí. Padre, quiero que aquellos que Tú me diste, estén conmigo en donde Yo estoy para que vean la gloria que Tú me diste, porque has amado mi Divina Alma desde que la creaste en el principio del mundo. Padre Justo, el mundo no te ha conocido, mas Yo te he conocido; y estos han conocido que Tú me enviaste. Y les hice conocer tu Nombre; y aún se lo haré conocer más, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y Yo en ellos».

3. Mientras Jesús, sensiblemente enternecido, elevaba al Padre esa conmovedora plegaria, de su Deífico Corazón brotaban luminosísimos rayos que, dispersos a la vista de los presentes, se adentraban en sus corazones, siendo estos inundados de la virtud divina que esos consoladores destellos transmitían: con el consecuente refortalecimiento de la fe y mayor disposición de sus voluntades para los acontecimientos futuros.

4. El Sermón de la Última Cena terminó con un himno de acción de gracias, rezado por todos los presentes.

Capítulo VIII

Cristo, con sus Apóstoles, va al Huerto de los Olivos

1. A las 11,30h. de la noche de aquel jueves 24 de marzo del año 34, después de terminado el Sermón de la Última Cena, Jesús, acompañado de sus once Apóstoles, salió de la casa de Lázaro en dirección al Huerto de los Olivos, en la otra parte del arroyo del Cedrón.

2. Durante el camino, Jesús anunció a sus Apóstoles: «*Todos vosotros os escandalizaréis de Mí esta noche, y me abandonaréis. Porque escrito está: 'Heriré al Pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño'. Mas después que resucitare, iré delante de vosotros a Galilea.*» Respondió Pedro y le dijo: «*Aunque todos se escandalizaren por tu causa, yo nunca me escandalizaré.*» Y Jesús le dijo: «*En verdad te digo que tú en esta noche, antes que hayas oído cantar el gallo dos veces, me negarás tres veces.*» Pero Pedro con mayor porfía decía: «*Aunque sea menester que yo muera juntamente contigo, no te negaré.*» Y todos los otros Apóstoles dijeron lo mismo.

3. Mientras tanto, la Divina María, acompañada de sus hermanas María Cleofás y María Salomé, así como de María Magdalena y Marta, y de otros, fue al Cenáculo. Todos los discípulos y las otras piadosas mujeres, fueron a Betania.

Libro VII

Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo

Capítulo I

La Oración y Agonía de Jesús en el Huerto de los Olivos

1. El jueves 24 de marzo del año 34, poco antes de las 12h. de la noche, Jesús, con los once Apóstoles, llegó al Huerto de los Olivos.

2. Una vez que penetró en el Huerto, Él fue a una gruta en donde dijo a ocho de sus Apóstoles: «*Estaos aquí rezando, mientras que Yo voy más allá, y hago oración.*» Y tomando consigo a Pedro, a Santiago el Mayor y a Juan, cuando se dirigía con ellos a otro lugar del Huerto, comenzó a entristecerse, a angustiarse, a atemorizarse y a resistirse a la vista de su dolorosísima Pasión y Muerte; de manera que, en el estado pasible de su Sacratísima Humanidad, Él sintió real y verdaderamente tristeza y angustia profundísimas, temor indecible y el no poder ya más. Para lo cual fue necesario que se autosuspendiese parte de la ciencia infusa en el estado pasible de su Alma, como haría también en otros momentos de la Pasión. Y cuando Él llegó a otro lugar del Huerto, dijo a los tres Apóstoles que le acompañaban: «*Triste está mi Alma hasta la muerte. Esperad aquí, velad conmigo y haced oración, para que no caigáis en tentación.*» Y habiendo andado unos pasos, se apartó un poco de los tres Apóstoles.

3. A las 12h. en punto de la noche, en que entraba el Viernes Santo 25 de marzo de aquel año 34, comenzó

la primera hora de oración y agonía de Jesús en Getsemaní. Durante esta primera hora, Él quiso contemplar, como jamás hasta entonces: todos los abominables pecados e ingratitudes del Universo, causa de la condenación eterna de innumerables almas; el justo enojo del Padre contra Él como Víctima Propiciatoria; y la manera cruenta y dolorosa con que tenía que satisfacer al Eterno Padre. Jesús, postrado sobre su Rostro en tierra, hizo oración, diciendo: «*Padre mío, todas las cosas te son posibles. Si es posible, que pase de Mí este Cáliz. Mas no se haga como Yo quiero, sino como Tú quieras.*» Y cuando era la 1h. de la madrugada, fue adonde estaban Pedro, Santiago el Mayor y Juan, y los halló dormidos. Y Jesús dijo a Pedro: «*¿Pedro, duermes? ¿No has podido velar ni una sola hora conmigo?*» Y el mismo reproche hizo a los otros, incluido otra vez el Príncipe de los Apóstoles: «*Pedro, ¿de modo que no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no caigáis en tentación. El espíritu, en verdad, está pronto, mas la carne es flaca.*»

4. Seguidamente, dejando a los tres Apóstoles, Jesús se fue de nuevo al mismo lugar de antes, y oró por segunda vez. Durante esta segunda hora de oración y agonía, al considerar los pecados del mundo, sintió sobre Sí, y como jamás hasta entonces, el agobiante peso de las traiciones de muchos de los suyos, especialmente de los sacerdotes y religiosos de todos los

tiempos. Lo cual implicaría, para los que se salvaran, un carísimo precio de rescate en su dolorosísima Pasión y Muerte. Jesús, postrado de nuevo sobre su Rostro en tierra, dijo: *«Padre mío, si no puede pasar este Cáliz sin que Yo lo beba, hágase tu voluntad»*. Y, siendo ya las 2h. de la madrugada, cuando se levantó de orar, fue otra vez adonde estaban los tres Apóstoles, y los halló durmiendo de tristeza, porque estaban cargados los ojos de ellos. Y Jesús les dijo: *«¿Por qué dormís?»*. Y no sabían qué responderle. Mas, Él les exhortó diciendo: *«Levantaos, y orad para no caer en tentación»*.

5. Después, habiéndolos dejado, Jesús se fue de nuevo al mismo lugar de antes, y oró por tercera vez. Durante esta tercera hora de oración y agonía, Jesús consideró con suma penetración dolorosa, cuán infecunda sería para muchos su dolorosísima Pasión y Muerte. Por lo que, entrando en agonía, oraba con mayor vehemencia. Y fue su sudor de gotas de Sangre que corrían hasta la tierra, y decía: *«Padre, si quieres, pasa de Mí este Cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya»*. Y se le apareció el Arcángel San Uriel, que, bajo apariencia humana, y acompañado de una legión de Ángeles, portaba el Cáliz de Melquisedec, en el que recogió todas las sacratísimas gotas de Sangre derramadas por Jesús en su majestuosa agonía del Huerto, para luego presentárselas al Divino Maestro, a fin de confortarle en sus sufrimientos. Pues, San Uriel, mostrando a Jesús el Cáliz con las gotas de su Preciosísima Sangre salvífica, estaba representando anticipadamente la reparación al Padre; así como la salvación de innumerables almas en virtud del Calvario, al haberse ellas acogido a la Sangre allí derramada. Y fue tan consoladora para Jesús la contemplación de los frutos de su Pasión y Muerte, que el estado pasible de su Sacratísima Humanidad se vigorizó sobremanera, anhelando aún con más vehemencia se consumase cuanto antes su cruenta inmolación.

6. Siendo ya las 3h. de la madrugada, Jesús fue por tercera vez adonde estaban los tres Apóstoles; y, hallándolos dormidos, les dijo con santa ironía: *«Dormid ya, y reposad»*. Mas, Pedro, Santiago el Mayor y Juan, en su somnolencia, entendieron que Jesús les decía que siguieran durmiendo; por lo que se dispusieron más cómodamente para continuar el descanso, creyendo que Él volvería a hacer su oración, y que les permitiría descansar durante este tiempo. Mas, viendo Jesús la actitud ingenuamente egoísta de sus tres Apóstoles, les dijo enérgicamente: *«¡Basta, cesad ya el sueño! La hora es llegada. Ved que el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de pecadores. Levantaos, vamos. He aquí que el que me ha de entregar está cerca»*.

7. La Santísima Virgen María acompañó a su Divino Hijo en el dolorosísimo trance de la oración y agonía; pues, sin dejar Ella el Cenáculo, se hizo presente también en el Huerto de Getsemaní, compartiendo con Él, sin que ningún otro la viera, la contemplación de los pecados del mundo, la del incontinente enojo del Padre y la de los cruentísimos padecimientos del Cal-

vario. La oración y agonía de la Divina María duró cuatro horas: Las tres primeras, compartió con Jesús la propia agonía de Él; e imploró Ella al Padre, por tres veces, con las mismas palabras que lo hacía su Divino Hijo, con quien compartió también el sudor de Sangre. Durante la cuarta hora, la Divina María padeció su propia agonía al contemplar la muerte espiritual que Ella tendría en el Calvario, en el momento de la Lanzada; lo cual fue lo más doloroso de aquella agonía, sudando nuevamente Sangre, a la vez que, con agudísima aflicción, pedía al Padre que, a ser posible, la liberase de tan desoladora muerte espiritual. El Altísimo no permitió que ninguna de las gotas de la Purísima Sangre de la Divina María se derramase en el suelo, pues milagrosamente volvieron todas a sus dulcísimas venas, una vez acabado cada sudor de Sangre.

8. La exclamación que Jesús y María hicieron al Padre, de que, a ser posible, pasara de ellos el Cáliz, no implicó en modo alguno una renuncia a la Obra de la Reparación y Redención; mas, sí un deseo de que, a ser posible, pudieran consumarla por medio menos doloroso. Mas, ambas Divinas Víctimas aceptaron el plan divino de su cruentísima Pasión, dando su respectivo fiat.

Capítulo II

Cristo es prendido en el Huerto de los Olivos y llevado al palacio del Sumo Pontífice

1. A las 3,05h. de la madrugada de aquel viernes 25 de marzo, Jesús, acompañado de Pedro, Santiago el Mayor y Juan, llegó a la gruta en donde estaban los otros ocho Apóstoles, a los cuales halló también dormidos. Y tras recriminarles por su falta de oración y vigilancia, mandó a los once Apóstoles que orasen con Él. Después, les reveló que Judas Iscariote era el que le iba a entregar, y les exhortó a que se mantuviesen firmes en la fe; y también les manifestó que deseaba ardientemente que le acompañasen durante toda su Pasión, ya que no les faltaría la protección divina. Momentos antes de que llegaran a prenderle, Jesús mandó a los Apóstoles que, con heroica confianza, saliesen con Él al encuentro de la chusma decidida.

2. Y estando Jesús aún hablando a sus Apóstoles en la puerta de la gruta, alrededor de las 3,15h. de la madrugada llegó Judas Iscariote, encabezando la chusma que venía a prender al Maestro; ya que con Judas venía una gran tropa de gente, con espadas y palos, de parte del Sanedrín. Pues, Judas, que lo iba a entregar, conocía también aquel lugar, porque muchas veces había concurrido allí Jesús con sus Apóstoles y discípulos. Por eso, Judas Iscariote, habiendo tomado una cohorte de soldados romanos y los guardias de los Pontífices Caifás y Anás y del Sanedrín, vino allí con linternas y con hachas y con armas. Y el traidor les había dado una señal diciendo: *«Aquel a quien yo besare, ése es. Prendedle, y llevadle con cautela»*.

3. Judas Iscariote se llegó luego a Jesús, y dijo: *«Dios te guarde, Maestro»*. Y le besó en el Rostro. Y Jesús le dijo: *«¿Amigo, a qué has venido? ¿Judas, con*

un beso entregas al Hijo del Hombre?»; con cuyas palabras Él daba al traidor una prueba más de la infinita ternura de su amantísimo Corazón hacia él, y al mismo tiempo dejaba al descubierto públicamente su hipocresía e infamia. Mas Jesús, sabiendo todas las cosas que habían de venir sobre Sí, antes de permitir su prendimiento, se aproximó más a sus enemigos; y en presencia de ellos hizo una triple manifestación de su infinito poder, diciéndoles: *«¿A quién buscáis?»*. Y ellos le respondieron: *«A Jesús Nazareno»*. Jesús les dijo: *«Yo soy»*. Luego que les dijo *«Yo soy»*, los que venían a prenderle retrocedieron, y cayeron todos de rodillas en tierra, rindiéndole irresistible adoración; quedando después desplomados de espaldas, inmóviles y enmudecidos alrededor de un minuto; y lo mismo sucedió por segunda y tercera vez, tras que se levantaban y Él les volvía a preguntar. Después que Jesús dio la prueba de su poder derribando por tres veces a sus enemigos en tierra, Él, por cuarta vez, les volvió a preguntar: *«¿A quién buscáis?»*. Y ellos dijeron: *«A Jesús Nazareno»*. Respondió Jesús: *«Os he dicho que Yo soy; pues, si me buscáis a Mí, dejad ir a estos que conmigo están»*. Lo cual era una severa advertencia para que se guardasen de hacer daño a los Apóstoles, y no una autorización a los Once para que se ausentasen. Mas, Jesús, sabiendo que todos los Apóstoles finalmente le abandonarían, los fortaleció para que la cobarde actitud de ellos no repercutiese en un mal irreparable. Y así se cumpliese lo que Él dijo en el Sermón de la Última Cena: *«De los que me diste, ninguno de ellos pereció»*.

4. Y cuando vieron los once Apóstoles lo que iba a suceder con Jesús, le dijeron: *«Señor, ¿los herimos con nuestros machetes?»*. Al mismo tiempo, sus enemigos echaron mano a Jesús, y lo prendieron. Mas, Pedro, sacó su machete e hirió a un siervo del Pontífice Anás, y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco. Esta intervención de Pedro, así como las amenazas de los demás Apóstoles, sorprendió a los alguaciles, que temerosos soltaron a Jesús. Entonces, Él, tomando la palabra, dijo a sus once Apóstoles, que estaban con sus machetes en la mano: *«¡Dejad! ¡Basta ya!»*. Y tomando del suelo la oreja de Malco, milagrosamente se la volvió a poner en su lugar, quedando éste sanado. Y entonces le dijo Jesús a Pedro: *«Vuelve tu espada a su vaina. Porque todos los que tomaren espada, a espada morirán. ¿Por ventura piensas que no puedo rogar a mi Padre y me dará ahora mismo más de doce legiones de Ángeles? ¿El Cáliz que me ha dado el Padre, no lo tengo que beber? ¿Pues cómo se cumplirán las Escrituras de que así conviene que se haga?»*. Y dijo Jesús a aquel tropel de gente, en especial a algunos Príncipes de los Sacerdotes y otros sanedritas que habían venido: *«Como a ladrón habéis salido con espadas y con palos a prenderme. Cada día estaba sentado en el Templo con vosotros enseñando, y no me prendisteis. Mas ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Y todo esto ha sido hecho como estaba vaticinado por los profetas en las Escrituras»*. Y acabadas estas palabras, que fue a las 3,30h.

de la mañana, la cohorte y el tribuno, y los guardias de los judíos, prendieron a Jesús y lo ataron. Entonces, le desampararon los once Apóstoles y huyeron, ocultándose cobardemente en el Monte de los Olivos. En el mismo lugar del prendimiento, Malco, encargado de la captura, entregó a Judas Iscariote las treinta monedas de plata.

5. La turba impía, encabezada por el traidor Judas Iscariote, llevó a Jesús atado con sogas y cadenas, en medio de atropellos, mofas y torturas, hacia el palacio de los Pontífices Caifás y Anás en Jerusalén. Al cruzar Cristo el puente del arroyo Cedrón, lo echaron violentamente contra las piedras del pequeño cauce, apenas cubierto de agua, diciéndole burlescamente, como si de un animal se tratase, que saciara su sed. De esta manera se cumplió lo vaticinado por el Profeta David: *«Del torrente beberá en el camino»*. Luego la turba que llevaba preso a Jesús siguió de norte a sur el camino entre el torrente y la muralla de la ciudad, dejando a la derecha la Puerta Dorada; y una vez cruzada dicha muralla por la Puerta de la Fuente, entró en Jerusalén. Y sucedió que, al pasar el tropel de gente por el barrio de Ofel, despertó Sidonio, que era el ciego de nacimiento a quien Jesús había curado en la piscina de Siloé; y sin que le diese tiempo a vestirse, se echó una sábana sobre la túnica interior que usaba para dormir, y salió en defensa de Jesús. Y dicho mancebo iba en pos de Él, cubierto con la sábana, hasta que la soldadesca se dio cuenta, y le asieron. Mas él, soltando la sábana, se les escapó con la túnica interior que llevaba puesta. Aquellas gentes sencillas del barrio de Ofel que veneraban al Maestro, al enterarse que Jesús era llevado preso, salieron de sus casas para ver lo que sucedía, viéndose rechazados por los soldados que, instigados por Judas Iscariote, también les decían: *«Jesús, el malhechor, vuestro falso profeta, va conducido preso»*; cuya noticia conmovió de tal manera a aquellas gentes, que lloraban y clamaban al Cielo recordando los beneficios del Maestro.

6. Mientras llevaban a Jesús desde el Huerto de los Olivos al palacio de los Pontífices en Jerusalén, Pedro, Santiago el Mayor y Juan fueron al Cenáculo, a donde llegaron pasadas las 4h. de la madrugada y comunicaron a la Santísima Virgen María que Jesús había sido prendido. Santiago el Mayor y Juan, arrodillados ante la Divina Madre, le pidieron perdón por haber abandonado a Jesús en el Huerto. En el Cenáculo, además de la Divina María, se hallaban sus dos hermanas, Nicodemo, José de Arimatea y Gamaliel, María Magdalena y Marta, así como los esposos Obed y María, y el hijo de ambos Juan Marcos. Los otros Apóstoles fueron al convento de Betania y comunicaron a los discípulos y piadosas mujeres el trágico suceso, y pidieron perdón ante Ágabo por haber abandonado a Jesús en el Huerto de los Olivos.

7. Después, Pedro, con su irreflexiva vehemencia y presunción, convenció privadamente a Nicodemo para que le introdujese en el tribunal pontificio con el fin de presenciar el proceso contra Jesús. Pedro y Nicodemo salieron del Cenáculo en dirección al palacio de

los Pontífices, y vieron cómo Jesús era conducido hacia este edificio, y desde lejos siguieron a la turba. Y aquel discípulo Nicodemo, que al haber sido miembro del Sanedrín era conocido del Sumo Pontífice Caifás, entró tras Jesús en el atrio del palacio. Mas Pedro estaba fuera a la puerta. Y salió Nicodemo, y dijo a la portera que dejase entrar a Pedro; y éste entró. Y cuando había entrado en el atrio del palacio, se dirigió con Nicodemo a la casa de Anás, que era donde primero habían introducido a Jesús; ya que, dentro del recinto palaciego, se hallaban las casas del Sumo Pontífice Caifás y de su suegro Anás, una enfrente de la otra, separadas por atrio y jardín. Mas, cuando Pedro y Nicodemo llegaron a la puerta de la casa de Anás, algunos de los miembros del Sanedrín, al ver allí a Nicodemo, ordenaron a unos soldados que le obligaran a marcharse, al considerarle como sujeto peligroso; quedando solo Pedro dentro del recinto palaciego, contra el consejo de Nicodemo. La criada portera, al ver salir a éste expulsado, sospechó que Pedro era también discípulo del Señor.

Capítulo III

Proceso religioso de Cristo ante Anás

1. Aquel Viernes Santo 25 de marzo del año 34, a las 4,30h. de la madrugada, tuvo lugar el proceso de Jesús ante el Pontífice Anás, hallándose también presentes, además de los ministros y criados de los Pontífices, un buen número de Príncipes de los Sacerdotes y otros sanedritas que habían ido con Judas Iscariote al Huerto de los Olivos. Y llevaron primero a Jesús ante Anás, no porque fuera una diligencia oficial obligada del proceso, sino por expreso deseo de Caifás, que era Sumo Pontífice aquel año; del cual Anás era suegro. Pues, Caifás quería que la sentencia condenatoria que él luego dictaría contra Jesús, contase, ante la opinión del pueblo, con el apoyo del poderoso Anás.

2. El Pontífice Anás preguntó a Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Jesús le respondió: *«Yo manifestamente he hablado al mundo. Yo siempre he enseñado en las sinagogas y en el Templo de Jerusalén, a donde concurren todos los judíos; y nada he hablado en oculto. ¿Qué me preguntas a Mi? Preguntada a los que han oído lo que Yo les hablé. He aquí que están presentes muchos de los que me han oído, y estos saben lo que Yo he enseñado»*. Cuando esto hubo dicho, uno de los ministros que estaban allí, el cual era Malco, dio una bofetada con el revés de la mano a Jesús diciendo: *«¿Así respondes al Pontífice?»*. Jesús le dijo: *«Si he hablado mal, da testimonio del mal; mas, si bien, ¿por qué me hieres?»*. Esta bofetada dada al lado derecho del Divinísimo Rostro de Jesús, con la mano envuelta en una manopla de hierro, había sido previamente concertada entre Anás y Malco, ya que aquel impío Pontífice había preparado su entrevista con Jesús con la pérfida intención de despreciarle personalmente con palabras y hechos abominables. El juicio ante Anás concluyó a las 4,50h. de la mañana, con la bofetada de Malco, en medio de una explosión de

sarcasmos, clamores y groseras imprecaciones, de todos los allí presentes, contra el Maestro.

Capítulo IV

Pedro niega a Cristo por primera vez

1. Durante el proceso religioso ante Anás, tuvo lugar la primera negación de Pedro. Estando éste abajo en el atrio común a las casas de Anás y Caifás, en el centro del mismo la servidumbre tenía encendida una hoguera para resguardarse del frío de la noche. Los criados y los ministros estaban de pie junto al fuego para calentarse, porque hacía frío. Allí fue también Pedro, y se estaba en pie calentándose con ellos. Después, los sirvientes y ministros, sentáronse alrededor del fuego, y Pedro también estaba sentado en medio de ellos calentándose, a la espera de cómo acabaría el proceso contra Jesús.

2. Alrededor de las 4,45h. de la madrugada, cuando estaba Pedro sentado a la lumbre, le dijo la criada portera: *«¿Acaso no eres tú de los discípulos de ese Hombre llamado Jesús?»*. Y dijo Pedro: *«No lo soy»*. Y la criada, no conforme con esta respuesta, le miró con atención, y dijo a los demás: *«Éste con Él estaba»*. Y Pedro lo negó diciendo: *«Mujer, no lo conozco»*. Y seguidamente, la misma criada portera, aún con mayor empeño, dijo a Pedro, clavando en él los ojos: *«Y tú con Jesús Nazareno, el Galileo, también estabas»*. Mas él lo negó delante de todos, diciendo: *«Ni lo conozco, ni sé lo que dices»*. Y salió fuera del atrio al vestíbulo de la puerta de entrada, y oyó cantar el gallo. A las 4,50h. de la madrugada, Pedro había consumado su primera negación, triplemente aquí manifestada, pecando gravísimamente; mas, sin que implicase apostasía de la fe.

Capítulo V

Cristo es conducido ante Caifás.

Segunda negación de Pedro

1. Anás envió atado a Jesús al palacio del Sumo Pontífice Caifás en donde se habían juntado los setenta miembros del Sanedrín.

2. Luego que Jesús entró en el palacio de Caifás, fue la segunda negación de Pedro. Pues, hallándose éste en el vestíbulo a causa del frío, alrededor de las 5,15h. de la madrugada le vio otra criada, que era la segunda portera del palacio, y dijo a los que estaban allí: *«Éste estaba también con Jesús Nazareno»*. Y Pedro negó otra vez con juramento diciendo: *«No conozco a tal hombre»*. Inmediatamente después, el Apóstol, lleno de temor, salió presto del vestíbulo al atrio, y seguido de la misma criada se dirigió a la hoguera en que estuvo antes. Y cuando estaba en pie Pedro calentándose, de nuevo la primera criada, que había quedado junto al fuego, comenzó a decir a los presentes: *«Éste es de los discípulos de Jesús»*. Mas él lo negó otra vez. Uno de los criados del palacio que allí se calentaban, al oír la respuesta negativa de Pedro, intervino en el asunto, y le dijo: *«Y tú de ellos eres»*. Y dijo Pedro: *«Hombre,*

no soy»; a lo que le dijeron varios de los que allí estaban: «¿No eres tú también de sus discípulos?». Y Pedro negó diciendo: «No soy». Eran las 5,25h. de la madrugada, cuando Pedro consumaba su segunda negación, cuatro veces aquí manifestada, pecando gravísimamente; mas, sin que implicase apostasía de la fe.

Capítulo VI

Primera fase del proceso religioso de Cristo ante Caifás

1. A las 5,10h. de la madrugada de aquel Viernes 25 de marzo del año 34, dio comienzo, en el palacio de Caifás, el proceso de Jesús ante dicho Sumo Pontífice en su primera fase, la cual fue de carácter privado. Además de estar allí reunido el Sanedrín en pleno, se hallaban también los ministros o guardas del Templo, algunos servidores de la casa, así como los falsos testigos; sin que se permitiera el acceso a gente curiosa, ya que dicha fase del proceso tenía como finalidad la acumulación de cargos contra el reo y demás diligencias para el proceso público oficial. El Sumo Pontífice Caifás, acomodado con arrogancia en su solio de justicia, recibió a Jesús con desprecio. Malco, que era también secretario principal del Sumo Pontífice Caifás, leía las acusaciones presentadas contra Cristo por el Sanedrín.

2. Aquellos inicuos miembros del Sanedrín, instigados por el Pontífice Anás, buscaban algún falso testimonio contra Jesús para entregarle a la muerte, y no lo hallaron; pues, aunque se habían presentado muchos falsos testigos que decían testimonios contrarios a la verdad, no coincidían sus testimonios. Mas, por último, llegaron dos falsos testigos que, levantados en medio de la sala, atestiguaban falsamente contra Jesús, diciendo: «Nosotros le hemos oído decir: 'Yo destruiré este Templo de Dios hecho de mano, y en tres días edificaré otro no hecho de mano'». Y no coincidía el testimonio de ellos, ni en cuanto al espíritu ni en cuanto a la letra, con la realidad de las palabras dichas por Jesús tiempo atrás, que fueron: «Destruid este Templo, y en tres días lo edificaré»; pues, el Sanedrín sabía que se había referido al Templo de su Cuerpo y no al Templo de Jerusalén.

3. Y levantándose en medio el Sumo Pontífice Caifás, preguntó a Jesús diciendo: «¿Nada respondes a lo que estos atestiguan contra Ti?». Mas Él callaba y nada respondía. Por segunda vez le volvió a preguntar: «¿Eres Tú el Cristo, el Hijo de Dios bendito?». Y Jesús callaba. Y el elocuente mutismo del Maestro, encolerizó sumamente a Caifás, el cual, con desesperada ira y actitud amenazante, instó por tercera vez a Jesús para que hablase, diciéndole: «Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios». Y Jesús le dijo: «Tú lo has dicho. Yo soy. Y aun os digo que veréis pronto al Hijo del Hombre sentado a la derecha de la virtud y del poder de Dios, y venir en las nubes del Cielo». Y cuando estas palabras decía, su Divino Rostro se iluminó a la vista de todos, causando en ellos el efecto de la más atormentadora confusión; lo cual trataron de encubrir atribuyendo este prodigio a superchería y otras artes ocultas. Entonces

el Sumo Sacerdote Caifás se rasgó las vestiduras, diciendo: «Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí que ahora acabáis de oír la blasfemia: ¿Qué os parece?». Entonces, todos los asistentes gritaron con voz de trueno: «¡Es reo de muerte!». Por lo que, todos ellos condenaron a Jesús a ser reo de muerte. Eran las 5,45h. de la madrugada cuando concluía esta primera fase del execrable juicio contra Jesús, que fue seguido de indecibles torturas; pues, todos los presentes, comenzando por Caifás, seguido de los Príncipes de los Sacerdotes, escupieron con indecible saña el serenísimo Rostro de Jesús, a la vez que le humillaron con otros ultrajes en medio de un ensordecedor griterío con vituperios.

Capítulo VII

Pedro niega a Cristo por tercera vez

La noticia de la presencia de Pedro en el recinto palaciego, fue cada vez más notoria entre los ministros y criados. Por eso, cuantos se acercaban al fuego que estaba encendido en medio del atrio, solían fijarse en aquel conocido como discípulo de Jesús, dando esto lugar a una nueva serie de interrogaciones a Pedro, cuyo promotor fue otro de los ministros que allí se calentaban; el cual afirmó diciendo: «Éste con Jesús estaba, porque es también galileo». Y dijo Pedro: «Hombre, no sé lo que dices». Algunos de los que se hallaban también allí, al oír la respuesta y observar la actitud temblorosa del Apóstol, se acercaron más a él para preguntarle. Por lo que dijeron a Pedro: «Tú eres de los discípulos, pues hasta tu acento al hablar te delata»; negándolo también el Apóstol. Y seguidamente, otros de los que allí estaban, decían también a Pedro: «Sin duda alguna tú perteneces a los discípulos, porque eres también galileo»; y siguió negando el Apóstol. Después, díjole uno de los criados de los Pontífices, hermano de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, cuyo parentesco éste conocía: «Yo te vi en el Huerto con Jesús el galileo». La intervención de este último personaje, causó verdadero terror en el acobardado Pedro; pues, ya no se trataba de una simple pregunta indagatoria, sino de una patente afirmación sobre su condición de discípulo del Maestro, por haberle visto con Él en el Huerto cuando fueron a prenderle. Mas, Pedro negó otra vez, y además comenzó a maldecirse a sí mismo y a jurar que no conocía a tal Hombre. Y enseguida, oyó cantar al gallo por segunda vez. Era alrededor de las 6h. de la madrugada, y ya había amanecido, cuando Pedro consumaba su tercera negación cuatro veces manifestada, pecando gravísimamente; mas, sin que implicase apostasía de la fe.

Capítulo VIII

Cristo es conducido a los calabozos del palacio de Caifás.

Arrepentimiento de Pedro.

Cristo es sacrilegamente torturado en el calabozo

1. Mientras Pedro consumaba su tercera negación, Jesús era conducido por los alguaciles desde el tribu-

nal de Caifás a la cárcel palaciega, situada en los subterráneos del mismo palacio. Y a pesar de la distancia, Pedro, desde el centro del atrio, alcanzó a ver a Jesús atado y maltrecho en medio de los verdugos que le conducían seguidos de muchos de los Príncipes de los Sacerdotes; por lo que el Apóstol, movido de un ímpetu sobrenatural, corrió hacia el Maestro; y, ya próximo a Él, volviéndose el Señor, miró a Pedro. Y Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: *«Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces»*. Y arrepentido, comenzó a llorar. Pues, la mirada de Cristo había penetrado tan profundamente en su alma caída por el pecado, que le arrancó lágrimas de arrepentimiento y contrición; recibiendo Pedro, en el mismo instante, el perdón de su amadísimo Maestro. Y luego, el Apóstol, habiendo salido fuera del recinto del palacio de los Pontífices, se retiró a una cueva próxima, en donde permaneció durante tres horas llorando amargamente sus tres negaciones. Este lugar, llamado ahora del Gallicantus, fue también donde el gallo cantó las dos veces que Pedro oyó.

2. Cuando Jesús se hallaba dentro del calabozo, los Príncipes de los Sacerdotes, los ministros y los criados, le escarnecían hiriéndole. Y le escupían en la cara. Y luego le vendaron los ojos. Y después, cubriéndole toda la cabeza, le maltrataron a puñetazos. Y otros le dieron bofetadas en el rostro, le herían en la cara, le ultrajaban de otras múltiples maneras, y le preguntaban y decían: *«Adivina Cristo, ¿quién es el que te hirió?»*. Además, arrancaron brutalmente mechones de su barba, cumpliéndose así el vaticinio de Isaías revelado por Cristo a él anticipadamente: *«Mi Cuerpo di a los que me herían, y mis mejillas a los que mesaban mi barba; mi Rostro no retiré de los que me injuriaban y me escupían»*. Y los Príncipes de los Sacerdotes, los ministros y los criados decían otras muchas blasfemias contra Él. El hermosísimo Rostro de Cristo quedó, pues, terriblemente desfigurado. Esta sacrilega desfiguración había sido ordenada por el Sanedrín, instigado por el Pontífice Anás, como medida preventiva, para que el Divinísimo Rostro no pudiese fascinar a las gentes con su hermosura; ya que Nuestro Señor Jesucristo debería comparecer poco después, ante el tribunal de Caifás, en el juicio público oficial, al cual se permitiría el acceso a la gente del pueblo. La prisión del Divino Maestro duró una hora; pues a las 6h. de la mañana había sido conducido al calabozo y sacado de él a las 7h.

Capítulo IX

Segunda fase del proceso religioso de Cristo ante Caifás

1. En el atrio, delante de la puerta principal de la casa de Caifás, tuvo lugar la segunda fase del proceso eclesiástico contra Jesús; que, al ser sesión pública y oficial, era permitida la entrada al pueblo. Y como el Sanedrín viese conveniente la asistencia de multitudes, una vez que había amanecido, hizo correr la voz por Jerusalén de los graves delitos que se le imputaban a Jesús, y del proceso que tendría lugar a las 7h.

de la mañana de aquel Viernes Santo. Para ello, a esta misma hora, Jesús, en medio de alguaciles presididos por Malco, fue sacado de la cárcel y conducido al inicuo tribunal de Caifás, el cual se hallaba ya sentado en su trono, rodeado del Sanedrín. La llegada de Cristo, tremendamente desfigurado y enflaquecido, causó espanto, no sólo a este inicuo Consejo, sino también a muchos de los presentes. Mas, no por eso se conmovieron a compasión; pues, si bien reinó momentáneamente un gran silencio, pronto se levantó un griterío unánime con blasfemias y otras injurias contra la Inocente Víctima. Una vez, pues, que Jesús había sido llevado ante el tribunal, el Sumo Sacerdote Caifás le preguntó de nuevo si Él era el Cristo. Y ante el divino silencio del interrogado, algunos miembros destacados del Sanedrín le hicieron la misma pregunta, diciéndole: *«Si Tú eres el Cristo, dínoslo»*. Lo cual fue para que Él declarase de nuevo que era el Hijo de Dios, y así, al oír el pueblo su respuesta afirmativa, la sentencia contra el Reo sería más que justificada a la vista de la gente.

2. Jesús, tras guardar primero profundo silencio, después les habló: *«Si os lo dijere, no me querréis creer. Y también, si os preguntare, no me responderéis ni me dejaréis en libertad»*. Y aunque aquel inicuo tribunal sabía bien que el Divino Reo era el Hijo de Dios, Jesús, para que quedara constancia ante las multitudes de su dignidad de Unigénito del Altísimo mediante su testimonio público verbal, pronunció con voz solemne y majestuosa las siguientes palabras: *«Mas, desde ahora, el Hijo del Hombre estará sentado a la diestra de la virtud de Dios»*; manifestándoles así que aquel que veían como un Hombre infamado y maltrecho, era verdaderamente Dios; y que su Humanidad, ahora ultrajada, sería eternamente glorificada. Entonces, el Sumo Pontífice Caifás, y lo mismo los miembros del Sanedrín, dijeron unos tras otros con saña inaudita: *«¿Luego Tú eres el Hijo de Dios?»*. Él dijo: *«Vosotros decís que Yo lo soy»*. Aquel inicuo tribunal halló en esta contestación de Jesús el oportuno pretexto para condenarle como blasfemo; viendo así zanjado satisfactoriamente el simulacro del juicio público religioso, pues ellos dijeron: *«¿Qué necesitamos de más testimonio?, pues nosotros mismos lo hemos oído de su boca»*.

3. Tras estas palabras, el Sumo Sacerdote Caifás, con solemnidad y acentuado énfasis irónico, pronunció la sentencia oficial y pública de muerte contra Jesús como reo de blasfemia; cuya determinación fue ratificada unánimemente por todos los miembros del Sanedrín, y secundada a la vez, con gran griterío, por una gran mayoría del público multitudinario allí presente.

Capítulo X

Cristo es conducido ante el Procurador Poncio Pilato

1. Terminado el juicio público ante Caifás, faltaba la comparecencia oficial de Jesús ante Poncio Pilato; pues, aunque el tribunal eclesiástico tenía potestad judicial en los casos relacionados con la ley judía, e in-

cluso podía sentenciar a muerte, sin embargo, para llevar a cabo dicha pena, necesitaba la aprobación del Procurador romano.

2. El Sanedrín, pues, hizo atar a Jesús con las manos hacia delante; y a las 7,45h. de la mañana, hora en que terminó el proceso religioso, levantándose toda aquella multitud, le llevaron brutalmente desde la casa de Caifás hasta el Pretorio para entregarle al presidente Poncio Pilato; el cual había sido avisado, con antelación, de que le iban a mandar a Jesús.

Capítulo XI

Judas Iscariote anda errante por la ciudad de Jerusalén

1. Judas Iscariote, que había estado presente en los tribunales de Anás y Caifás, se destacó en el proceso religioso por su actitud agresiva contra Jesús, tanto de obra como de palabra. Mas, el infernal júbilo que había manifestado el maldito apóstata por las afrentas al Señor en el palacio de los Pontífices, se mudó luego en la más atormentadora tortura de sí mismo tras la definitiva condena de Jesús por Caifás. Pues, Satanás, deseando llevarse consigo el alma de Judas, desató tan infernales remordimientos en la conciencia del traidor, que éste fue preso de la más tenebrosa e irresistible desesperación como jamás hasta entonces hombre sintiese; de manera que estuvo a punto de dar fin a su vida en el mismo palacio de los Pontífices.

2. Mas, una vez que el traidor había salido fuera de dicho recinto palaciego, dado su deplorable estado síquico y espiritual, desistió de asociarse a la turba que llevaba a Jesús ante Pilato. Y anduvo errante por Jerusalén, víctima de sus remordimientos, que aumentaban cada vez más el grado de su irremediable desesperación.

Capítulo XII

María Santísima congrega a todos los Apóstoles, discípulos y piadosas mujeres en el Cenáculo

1. La Divina María, en el Cenáculo, participaba de todos los padecimientos que Jesús iba recibiendo. Ella, sin abandonar aquel santo lugar, estuvo también en los inicuos tribunales y en el inundo calabozo, junto a su Divino Hijo, aunque invisible a los demás, sintiendo el dolor de los golpes y de las heridas en las mismas partes del cuerpo, y al mismo tiempo, que el Divino Salvador.

2. Y como la Divina María deseara vehementísimamente tener a todos sus hijos religiosos junto a Ella, a las 7h. de la mañana de aquel Viernes Santo, había mandado a Santiago el Mayor que fuese a Betania en compañía de Marcos, para decir a los ocho Apóstoles, a los discípulos y piadosas mujeres, que allí estaban, que era deseo de Ella que viniesen todos al Cenáculo; pues, Juan seguía en él. También, la Divina Madre anhelaba tener cuanto antes a su lado al Apóstol Pedro. Mas, como convenía primero que él expiase, llorando en la soledad, las tres negaciones, cuando eran las 9h. de la mañana, Ella, sin abandonar el Cenáculo, se hizo

visible a Pedro en la cueva del Gallicantus, para reanimarle y confirmarle que su Divinísimo Hijo ya le había perdonado, y que urgía fuera al Cenáculo para reunirse con los otros.

Capítulo XIII

Primera fase del proceso de Cristo ante el Procurador Poncio Pilato

1. La audiencia pública de Jesús ante el tribunal civil romano, dio comienzo a las 8,15h. de la mañana de aquel viernes 25 de marzo del año 34. El tribunal se hallaba instalado en la fachada principal del pretorio, pues sabía Pilato que los judíos no entrarían en el edificio para no contaminarse y así poder comer la Pascua. El pretorio o fortaleza Antonia, era también llamado Litóstrotos, pues estaba pavimentado con losas de piedra; y también era llamado Gábbata, porque se hallaba en un lugar alto.

2. Una vez que las turbas llegaron con Jesús a la fachada principal del pretorio o fortaleza Antonia, y antes de que Él fuera introducido dentro de la cancela en que habían instalado el tribunal, salió Poncio Pilato fuera de dichas rejas para oír, oficialmente de los sanedritas, la causa de la condena del Maestro, preguntándoles: «¿Qué acusación traéis contra este Hombre?». Y el Sanedrín le comunicó verbalmente los cargos que se habían imputado a Jesús en el proceso religioso ante Caifás, a fin de que el Procurador ratificase la condena a muerte, contra el Reo, allí dictada. Mas, como entendiase Pilato que aquellos cargos eran sólo fruto de la envidia y del odio del Sanedrín contra Cristo, dejoles entrever su desconfianza en ese Consejo, y al mismo tiempo les decía que, dado el carácter religioso de los cargos, estos no eran de su competencia, ni tenían fuerza suficiente para un veredicto de muerte.

3. Ante la actitud de Pilato, los miembros del Sanedrín, seguidos por no pocos del pueblo, respondieron al Procurador: «Si Éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado». Y Pilato, que deseaba astutamente liberarse de aquel embrollado asunto religioso, dijo a los judíos: «Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley». Con cuyas palabras, también les daba a entender que le juzgasen con justicia, y no con la arbitrariedad con que lo habían hecho. Y además les echaba en cara irónicamente la incompetencia de ellos para matar a nadie sin su venia. Por eso, los sanedritas, conteniendo su rabia, dijeron a Pilato: «No nos es lícito a nosotros crucificar a ninguno y matarlo»; y así se cumplían las palabras que Jesús había dicho días antes, a sus Apóstoles, al señalarles de qué muerte había de morir.

4. Como viera el Sanedrín que los cargos religiosos carecían de fuerza suficiente para que Poncio Pilato ratificase la sentencia de muerte, presentaron ahora cargos de carácter político. Por lo que acusaron a Cristo, diciendo de Él: «A Éste hemos hallado pervirtiendo a nuestra nación, y prohibiendo dar tributo al César; y diciendo que Él es el Cristo Rey». Y con estas

palabras acusaban a Jesús de que Él se proclamaba rey temporal para suplantar la autoridad del César. Mas, Pilato sabía que Jesús era por derecho el Rey de Israel, y sin embargo nunca había visto que Él se soliviantase contra la autoridad romana; llegando, pues, a intuir que todo era un ardid del Sanedrín para así acabar con el Divino Predicador que tanto censuraba los vicios de aquellos jerarcas religiosos.

5. Volvió, pues, a entrar Pilato en el soportal del pretorio; en donde se sentó para disponerse a juzgar al Reo. Y llamó a Jesús. Y Él, entrando en el soportal del juicio, fue presentado ante el presidente Pilato, que le preguntó: «¿Eres Tú el Rey de los judíos?». Y Jesús, respondiendo, dijo: «Tú lo dices». Pilato, por segunda vez, le dijo: «¿Eres Tú el Rey de los judíos?». Respondió Jesús: «¿Dices tú esto de ti mismo, o te lo han dicho otros de Mí?». Con lo cual dejaba a Pilato al descubierto de la plena convicción que tenía de la inocencia de Jesús, y le prevenía para que no se influenciasen del injusto proceder del Consejo sanedrítico, y obrase con la rectitud que exigía, como Procurador, su conocimiento de causa. Mas, como Pilato se sintiese tachado indebidamente de cómplice del Sinedrio, herido en su orgullo de romano, dijo a Jesús con autoritarismo: «¿Soy yo acaso judío? Tu nación y los Pontífices te han puesto en mis manos: ¿Qué has hecho?». Respondió Jesús: «Mi Reino no es de este mundo. Si de este mundo fuera mi Reino, mis ministros, sin duda, pelearían para que Yo no fuera entregado a los judíos; mas, ahora mi Reino no es de aquí». Entonces Pilato, plenamente convencido de que el Reino de Cristo era principalmente espiritual, le dijo: «¿Luego Tú eres Rey?». Respondió Jesús: «Tú lo dices que Yo soy Rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz». Pilato le dijo: «¿Qué cosa es la verdad?». Mas, cuando esto hubo dicho, levantose de la silla, interrumpiendo la conversación, y así evitar la respuesta de Jesús; pues, el Procurador presentía que tal investigación sobre la verdad, le acarrearía graves compromisos.

6. El Procurador romano, después de levantarse, salió otra vez adonde estaban los judíos llevando consigo a Jesús fuera del soportal del juicio. Y ya ambos delante de la cancela, dijo Pilato a los Príncipes de los Sacerdotes, a los demás miembros del Sanedrín y al pueblo, allí congregados: «Ningún delito hallo en este Hombre». Y como de nuevo los Príncipes de los Sacerdotes y demás, acusasen a Jesús de muchas cosas, Él nada respondió. Viendo Pilato el majestuoso silencio de Jesús, le dijo: «¿No oyes cuántos testimonios dicen contra Ti? ¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan». Y Jesús, ni aun con eso respondió palabra alguna, de modo que el presidente Pilato se maravilló en gran manera. Mas, aquel gentío insaciable, con ensordecedor griterío, insistía diciendo: «Tiene alborotado al pueblo con la doctrina que espere por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí». Pilato, que oyó decir Galilea, preguntó si Cristo era galileo; con lo cual fingía ignorancia, ya que

sabía que Él era natural de Judea. Y como le dijese los sanedritas que Jesús residía en Galilea, Pilato vio logrado su astuto plan de liberarse cobardemente de aquel enojoso compromiso, fingiendo entender que Cristo era de la jurisdicción de Herodes Antipas. Por lo que determinó remitirlo a éste, que era el tetrarca de Galilea; el cual, a la sazón, se hallaba también en Jerusalén.

Capítulo XIV

Comparecencia de Cristo ante el rey Herodes Antipas

1. Alrededor de las 8,45h. de la mañana de aquel Viernes Santo 25 de marzo del año 34, la turba de judíos, dirigida por los miembros del Sanedrín, llevó a Jesús desde el pretorio de Pilato al palacio del rey Herodes Antipas, que es donde él residía durante sus estancias en Jerusalén. Por el camino, la muchedumbre desahogó furiosamente su rabia con insultos y amenazas contra el Reo.

2. A las 9h. de la mañana, Jesús llegó ante la presencia de Herodes Antipas; al que Pilato había mandado previo aviso. Herodes, con jubilosa frivolidad, se alegró mucho de ver a Jesús, porque de largo tiempo lo había deseado; pues, había oído decir de Él muchas cosas, y esperaba verle hacer algún milagro. Con Jesús habían entrado en el palacio de Herodes los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín, los cuales no tuvieron escrúpulo de contaminarse al estar en aquel edificio pagano. El inicuo rey Herodes hizo, pues, a Jesús muchas preguntas, mas Él nada respondió. Los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín que allí estaban, temerosos de que el Señor satisficiera con algún prodigio el vano deseo de Herodes, y éste, en agradecimiento, tratase de salvarle, le acusaban con gran insistencia. Mas, ante el rotundo silencio de Cristo a sus preguntas y fatuas pretensiones, Herodes, con sus soldados, le despreció con palabras y obras; y escarneciéndole, le hizo vestir de una ropa blanca que los bufones solían usar en las fiestas palaciegas; y con arrogancia y sarcasmos inauditos, lo remitió así a Pilato para que éste entendiese que sólo se trataba de un loco, y por lo tanto que no hallaba en Jesús delito alguno para ser reo de muerte. Y desde aquel día quedaron amigos Herodes y Pilato, porque antes eran enemigos entre sí. Alrededor de las 9,20h. Jesús fue sacado del palacio de Herodes y conducido a toda prisa al pretorio.

Capítulo XV

Segunda fase del proceso de Cristo ante el Procurador Poncio Pilato

1. Mientras Jesús, custodiado por los soldados, entró de nuevo en el soportal del pretorio en el que se hallaba el tribunal, el gentío, cada vez mayor, que estaba fuera, instigado por los miembros del Sanedrín, vociferaba contra el Inocente Reo con las mismas acusaciones de antes; sobre todo, de que con sus palabras

había alterado el orden público y promovido la insubordinación a Roma.

2. A las 9,30h. de la mañana comenzó la segunda fase del proceso. Poncio Pilato mandó que quitasen a Jesús las vestiduras de bufón, y luego salió con Él fuera del soportal del juicio. El Procurador romano, dirigiéndose a los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín, les dijo: *«Me habéis presentado a este Hombre como pervertidor del pueblo, y ved que preguntándole yo delante de vosotros, no hallé en Él culpa alguna de aquellas de que le acusáis. Ni Herodes tampoco, porque os remitió a él, y he aquí que nada se ha probado que merezca muerte»*. Y como este nuevo reconocimiento, por Pilato, de la inocencia de Jesús, irritase a los sanedritas, él, tratando por un lado de liberar al reo y por otro de complacer a la muchedumbre, dijo resueltamente: *«Por lo tanto le soltaré después de haberle castigado»*; esperando que, con el castigo, el populacho quedara ya complacido. Mas, como de nada sirviese esta nueva táctica, Pilato, abrumado e indeciso, halló otra vía de posible solución; pues, por el día solemne de la Pascua, era costumbre que el Procurador romano diese libertad a uno de los presos, cualquiera de ellos que el pueblo pidiese.

3. Pilato, pues, dijo: *«Costumbre tenéis vosotros que os suelte un preso en la fiesta principal de la Pascua»*. Y aunque en aquel año 34 dicha solemnidad se trasladaba al día siguiente al ser sábado, Pilato aprovechó entonces la oportunidad, ya que el pueblo estaba congregado ante él. Por eso, el gentío comenzó a pedirle la gracia que siempre les hacía. El Procurador romano, mostrándoles a Jesús atado, dijo: *«¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?»*. Porque sabía que por envidia lo habían entregado los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín. Y él llamó públicamente a Cristo Rey de los Judíos para manifestar al pueblo, con hábil ironía, lo absurdo de los cargos hechos contra el Reo; y, de esta manera, tratar de convencerles de que, al que acusaban de proclamarse Rey, era sólo un hombre indefenso, maltrecho y sin delito alguno.

4. Los sanedritas, así como la muchedumbre, irritados sobremanera por la propuesta de Pilato a favor de Jesús, manifestaron con estruendoso vocerío su repulsa de que Él fuera liberado. Poncio Pilato, ideó otra manera de aplacarles y a la vez salvar al Divino Reo. A la sazón había sido puesto en la cárcel un delincuente muy famoso llamado Barrabás, que estaba preso con otros sediciosos por cierta alteración acaecida en la ciudad y por un homicidio en una revuelta. Y además, Barrabás era un ladrón. El Procurador, teniendo a su lado a Jesús, dijo a la muchedumbre: *«¿A quién queréis que os entregue libre: a Barrabás o por ventura a Jesús, que es llamado el Cristo?»*. Pilato esperaba que pidiesen que Jesús fuera liberado, y no Barrabás. Y si bien la muchedumbre, al oír el nombre de Barrabás, se intimidó y desconcertó en extremo, pues temían la liberación de este criminal, no querían en absoluto que Jesús fuera liberado.

5. Poncio Pilato entró de nuevo con Jesús al soportal del juicio, y estando él sentado en su tribunal, su mujer, Claudia Prócula, le envió un mensaje en el que se decía: *«No te metas contra este Justo. Porque muchas cosas he padecido hoy en visión por causa de Él»*; ya que la mujer de Pilato, aunque pagana, era de gran nobleza y bondad de corazón, y siempre tuvo en su interior una misteriosa inquietud y respeto hacia Jesús. Y ella había visto en visión todos los sufrimientos de Jesús y las terribles desgracias que vendrían sobre el Pueblo Judío.

6. Mientras el Procurador romano discurría aún con mayor interés cómo salvar a Jesús, los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín, persuadieron al pueblo, mediante soborno, que pidiese la liberación de Barrabás y que se hiciese morir a Jesús. Poncio Pilato mandó llamar al bandido homicida, pues creía que con su comparecencia ante el público, éste se intimidaría y se inclinaría por la liberación del Divino Reo. Mas, cuando el Procurador romano, saliendo fuera del soportal del juicio, se presentó teniendo a Jesús a su derecha, y a Barrabás a su izquierda, todo el pueblo vociferó a una con infernal pasión, diciendo: *«Haz morir a Jesús, y suéltanos a Barrabás»*. Mas, Pilato, queriendo soltar a Jesús, interrogó de nuevo al pueblo: *«¿A cuál de los dos queréis que os entregue libre?»*. Y dijeron ellos: *«A Barrabás»*. Y ellos volvieron a gritar todos diciendo: *«¡No a Jesús, sino a Barrabás!»*. Pilato les dijo: *«¿Pues qué haré de Jesús, que es llamado el Cristo?»*. Dijeron todos: *«Sea crucificado»*. El Procurador les dijo: *«¿Pues qué mal ha hecho?»*. Y ellos levantaban más el grito diciendo: *«Sea crucificado»*. Y Pilato les respondió y dijo otra vez: *«¿Pues qué queréis que haga del Rey de los judíos?»*. Y ellos volvieron a gritar: *«Crucifícale»*. Mas, les decía Pilato: *«¿Pues qué mal ha hecho?»*. Y ellos gritaban más, diciendo: *«¡Crucifícale, crucifícale!»*. Y Pilato, por tercera vez, les dijo: *«¿Pues qué mal ha hecho Éste? Yo no hallo en Él ninguna causa de muerte: lo castigaré, pues, y lo soltaré»*. Mas ellos insistían, pidiendo a grandes voces que fuese crucificado, y crecían más sus voces.

Capítulo XVI

Cristo es azotado y coronado de espinas

1. Como observase Poncio Pilato que eran inútiles sus reiterados intentos de apaciguar a la sanguinaria muchedumbre y a la vez salvar a Jesús, decidió, en su inicua cobardía, propinar crueles castigos al que sabía era inocente, para que los judíos, satisfechos, se apiadasen de su Víctima y fuera liberada.

2. Pilato, pues, tomó entonces a Jesús, y mandó que le azotasen. Este terrible castigo comenzó a las 10h. de la mañana, y fue en una sala de la guardia pretorial. Para ello los soldados despojaron a Jesús de su túnica inconsútil, lo cual hicieron con indecible brusquedad y mofa. Luego, lo ataron brutalmente a una columna y lo flagelaron durante siete minutos, dándole treinta y nueve azotes. El látigo tenía diez correas de cuero, a lo

largo de las cuales estaban fijadas muchísimas púas metálicas. Tras la flagelación, los soldados pusieron a Jesús la túnica.

3. Seguidamente, a las 10,15h. tuvo lugar la coronación de espinas; que no fue ordenada por Pilato, pero sí autorizada por él a propuesta del Sanedrín. Los soldados del Procurador, tomando a Jesús le llevaron al atrio del Pretorio por orden de su tribuno; e hicieron formar alrededor de Él a la cohorte, con gran burla. Y desnudándole de la túnica, le vistieron con un manto de púrpura o clámide, y tejiendo una corona de espinas, en forma de casco, que tenía ciento cincuenta y tres espinas, se la pusieron sobre la cabeza. Muchas de estas espinas le penetraron el cráneo, otras las sienes, e incluso los oídos y los ojos. Luego le colocaron en su mano derecha una caña en simulacro del cetro real. Y doblando ante Él la rodilla, le adoraban con burla y le escarnecían, diciendo: «*Salve, Rey de los judíos*». Y tomaban la caña y le herían con ella la cabeza, y le escupían y le daban bofetadas. A las 10,30h. de la mañana, la sacrílega actuación de los soldados concluyó por la presencia de Poncio Pilato en el atrio del pretorio.

4. Tanto la flagelación como la coronación de espinas de Nuestro Señor Jesucristo, por su salvajismo y crueldad inauditos, hubiese bastado para causarle la muerte, si su Divinidad no hubiese sostenido a su Sacratísima Humanidad.

Capítulo XVII

María Santísima se encamina al pretorio acompañada de los once Apóstoles, de todos los discípulos y piadosas mujeres

1. En el Cenáculo se hallaban reunidos, junto a la Divina María, los once Apóstoles, los discípulos y las piadosas mujeres. Y como Ella deseara que todos acompañasen a su Divino Hijo en el camino del Calvario y en su cruentísima inmolación en el Gólgota, los organizó con prudente sabiduría, en cuatro grupos: En uno, iba Ella, acompañada de María Cleofás y María Salomé, del Apóstol Juan, y de las hermanas María Magdalena y Marta; en otro, iban Pedro y los demás nueve Apóstoles; un tercer grupo estaba formado por Ágabo y los discípulos, incluido Lázaro; y el cuarto, por Serapia y las demás piadosas mujeres.

2. A las 10,30h. de la mañana, la Madre Dolorosa salió del Cenáculo con los suyos y, seguidamente, lo hicieron también los demás grupos, encaminándose cada uno de estos al pretorio por separado y con la máxima discreción. En el Cenáculo, había quedado el matrimonio Obed y María para la custodia del Santísimo Sacramento allí reservado.

Capítulo XVIII

Continúa la segunda fase del proceso ante Pilato.

Cristo es presentado ante el pueblo

1. Poncio Pilato, conturbado por el lastimoso aspecto de Jesús tras su flagelación y coronación de espinas, presentó a las turbas al Divino Nazareno, vestido

y coronado de rey de burlas; pues, creía que así cambiarían los feroces sentimientos de aquel malvado populacho. Pilato, acompañado de Jesús, salió otra vez fuera del soportal del juicio, y dijo a la muchedumbre: «*Ved que os lo saco fuera, para que sepáis que no hallo en Él causa alguna*». Y salió Jesús llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: «*He aquí el Hombre*». Con estas palabras, sin el Procurador proponérselo, ni conocer el sentido profético de las mismas, proclamaba públicamente al Hijo de Dios oculto bajo aquella Humanidad.

2. Los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín, cuando vieron a Jesús y oyeron las palabras «*He aquí el Hombre*», entendiendo en ellas la profecía de Daniel, que presenta a Cristo como Rey de Eterna Majestad, rugieron como bestias ebrias de sangre en demanda de su muerte, por lo que daban voces diciendo: «*¡Crucifícale, crucifícale!*». Poncio Pilato, sensiblemente enojado por la actitud del pueblo, quiso de nuevo desentenderse del asunto y remitirlo al Sanedrín, por lo que dijo a los miembros de este Consejo: «*Tomadle vosotros, y crucifícadle, porque yo no hallo en Él causa*». Él sabía que, sin su autorización, el Sanedrín no se atrevería a matar a Jesús; mas, quería entregarle al pueblo con la esperanza de que lo matasen en el trayecto desde el pretorio hasta el palacio del Sumo Pontífice, y así dejar zanjado el asunto.

3. Y como los miembros del Sanedrín no estuvieran dispuestos a que Pilato se eximiese del deber que, por razón de su autoridad, le ligaba a tan delicada causa, viendo que los cargos de carácter político contra Jesús no eran considerados por el Procurador como imputables al Divino Reo, hicieron valer de nuevo los cargos religiosos, en los que se basaba la sentencia condenatoria de Caifás, y que habían presentado en el pretorio al principio del juicio. Por eso, los sanedritas respondieron a Pilato: «*Nosotros tenemos ley; y según la ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios*»; reprochando así al Procurador su falta de celo en respaldar, con su autoridad, la ley judía; ya que, según esta ley debía morir como reo de blasfemia al proclamarse Hijo de Dios; y que, por lo tanto, Pilato estaba obligado severamente, ante el César, a apoyar el veredicto de muerte dictado por el Sanedrín.

4. Cuando Poncio Pilato oyó estas palabras, temió más; ya que, por una parte, el Procurador, inclinado cada vez más a admitir que Jesús fuese el verdadero Hijo del Único Dios, temía recayese sobre él la justicia divina, de lo cual le había prevenido su esposa Claudia Prócula, si accedía a los criminales propósitos del Sanedrín; y de otra, temía la responsabilidad que de Roma le podrían exigir, si rechazaba los cargos de carácter religioso contra Jesús, y la sentencia de Caifás y de todo un Sanedrín poderoso e influyente. El Procurador romano, entró con Jesús en el soportal del juicio, no ya para interrogarle sobre su patria y linaje humano, que conocía, sino sobre su origen divino, y dijo a Jesús: «*¿De dónde eres Tú?*». Pretendiendo así que le revelase el misterio de su Persona Divina, cuya

verdad le era cada vez más patente a Pilato. Mas Jesús no le dio respuesta, ya que Pilato estaba menospreciando sus divinas inspiraciones con detrimento de la justicia en defensa de su inocencia.

5. La majestuosa autoridad de Jesús y su elocuente mutismo desconcertaron a su orgulloso juez; quien, con arrogancia y vana ostentación de su poder, trató de humillar a Jesús, diciéndole: «¿A mí no me hablas?; ¿no sabes que tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para soltarte?». Mas, respondió Jesús: «No tendrías poder alguno sobre Mí, si no te hubiera sido dado de arriba»; dando así a entender a Pilato que no podría crucificarle si Él, como Dios que era, no se lo permitiese. Estas palabras fueron acompañadas de secreta manifestación, por Jesús, de su infinito Poder; por lo que, desde entonces, no dudó ya Pilato de que se hallaba ante el Hijo de Dios Eterno y Verdadero. Seguidamente Jesús, con voz audible a toda la multitud, pronunció sus últimas palabras ante el tribunal de Pilato, diciendo: «Por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene». Y de esta manera reconvenía, tanto a Pilato como al Sanedrín y al pueblo, por sus respectivas culpabilidades en aquella causa contra Dios en la Persona de su Unigénito.

6. Desde entonces, el Procurador romano puso el máximo empeño para que Jesús quedara suelto de las garras de los judíos; por lo que, estando Jesús a su lado, Pilato, con decisión y coraje, hizo valer su autoridad de Procurador, reprochándoles severamente de lo vano de sus acusaciones y del terrible error que cometían pidiéndole la crucifixión del Inocente. Mas los judíos gritaban diciendo: «Si a Éste sueltas, no eres amigo del César. Porque todo aquel que se hace rey, va contra el César».

7. Cuando éstas y otras muchas cosas decía la exaltada turba, llegaron al pretorio Anás y Caifás con gran pompa, cortejados por unos miembros del Sanedrín que habían ido a buscarlos. Y acercándose ambos Pontífices a la cancela del soportal del juicio, manifestaron a Pilato con enojosa inquietud su extrañeza de que tanto se opusiera a la condena de Jesús, el cual era un enemigo declarado de la ley judía y del César. Cuando esto oyó Pilato, amedrentose sobremanera; y se sentó en el tribunal que estaba dentro del soportal. Mas, Jesús fue sacado fuera. Pilato se dispuso, pues, a dictar sentencia condenatoria contra el Divino Reo, y así complacer a sus voraces enemigos. Mas, cuando procedía a hacerlo, se presentó en el tribunal su esposa Claudia Prócula para insistirle, ahora personalmente y con abundantes lágrimas, que se abstuviese de llevar a cabo la muerte de Jesús.

8. Como la actuación de Claudia Prócula removiese la conciencia de Pilato, a las 10,35h. de la mañana, salió él fuera del soportal; y, colocado al lado de Jesús, intervino de nuevo en su defensa, diciendo a los judíos: «He aquí a vuestro Rey»; sin que por eso quisiera mofarse de Jesús, sino ridiculizar a los propios judíos, y en especial a Anás y Caifás. Y, aquellas palabras, fueron la última oportunidad de salvación para el Pueblo Judío; ya que, el Espíritu Santo, por boca de

Pilato, les avisaba a todos que tenían presente al Rey y Mesías Prometido, que tanto habían deseado. Mas, todos gritaban: «¡Quita, quita, crucifícale!». Y les dijo Pilato: «¿A vuestro Rey he de crucificar?». Respondieron Anás y Caifás: «No tenemos otro rey sino al César».

Capítulo XIX

Pilato pronuncia la sentencia contra Cristo

1. Viendo Poncio Pilato que, aunque trataba de salvar a Jesús nada adelantaba, sino que crecía más el alboroto de los judíos, juzgó que se hiciera lo que pedían. Por lo que, a satisfacción y gusto de ellos, a las 10,45h. de la mañana, el Procurador romano decretó la condena a muerte de cruz contra Jesús por los delitos de carácter religioso y civil atribuidos por el Sanedrín con el apoyo unánime del pueblo. Dicha sentencia fue de momento verbal. Seguidamente, Pilato salió fuera de la cancela; y, ya al lado de Jesús, mandó le trajeran agua, y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: «Inocente soy yo de la Sangre de este Justo; allá vosotros con el crimen que cometéis obligándome a la condena de un justo». Con tan vil simulacro, él pretendía aparentar inculpabilidad en la muerte del Señor, cuando era cómplice de la misma. Y respondió todo el pueblo diciendo: «Caiga su Sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Con cuyas palabras, el Pueblo Judío quedaba convertido en pueblo deicida, y aceptaba las funestas consecuencias que conllevaría para ellos y sus descendientes la muerte del Mesías.

2. Seguidamente, Pilato, queriendo contentar a los judíos, les puso en libertad a Barrabás y entregó a Jesús a la voluntad de ellos para que lo crucificasen; siendo entonces las 10,55h. de la mañana. Al mismo tiempo que aquella enloquecida multitud prendía a Jesús, aclamaba jubilosa a Barrabás; el cual está en el fuego eterno del Infierno.

3. Una vez que Cristo se vio en manos de sus enemigos, después que estos le escarnecieron terriblemente, le desnudaron de la púrpura, le quitaron la corona de espinas, y tras vestirle con la túnica inconsútil, volvieron a colocar la corona en su Sacratísima Cabeza; y le dejaron descalzo para que su recorrido al Calvario fuera mucho más penoso por las piedras e inmundicias.

4. La Divina María compartió con su Divino Hijo todas las afrentas que Él recibió, entre ellas las de la flagelación y la coronación de espinas, aunque estos misterios nadie los vio. La Dolorosísima Madre, los once Apóstoles, todos los discípulos y piadosas mujeres, estuvieron presentes cuando Poncio Pilato pronunció la sentencia contra Jesús, ya que habían llegado al Pretorio a las 10,45h. de la mañana, y pudieron oír perfectamente el sacrilego decreto.

Capítulo XX**Desposorio de Cristo con la Cruz Redentora.
Cristo, con la Cruz al hombro, camino del Calvario**

1. Nuestro Señor Jesucristo, ante el pretorio de Pilato, cuando recibió la Cruz, se arrodilló; y, en sublime contemplación, abrazó la Cruz, la besó y se desposó con ella en verdadero desposorio. De este beso del esposo a la esposa, es de donde vendrían tantos y tantos hijos a la vida de la gracia. Y al desposarse Cristo con la Cruz, antes de que se la pusieran sobre el hombro, abrazándose a dicha Cruz redentora, la estrechó contra su Divino Corazón y dijo en su interior, sin pronunciar palabras: *«¡Oh esposa amada! ¡Oh bella esposa! ¡Oh esposa de mi corazón!, deja que te abrace, deja que te dé el ósculo casto, puro y, al mismo tiempo, fecundo. ¡Oh esposa amantísima!, pronto quiero ya estar totalmente unido a ti en el Gólgota, para que nazcan muchos hijos de nuestro sublime desposorio»*. Este amorosísimo gesto fue, pues, el ósculo nupcial en el tálamo sublime de la Reparación y la Redención, del que vendrían frutos abundantísimos. Cristo, abrazado a la Cruz salvífica, estampó su sublime huella: la huella de su ósculo de fecundidad. En la Cruz redentora, quedaron, las huellas de los sacratísimos labios de Cristo, labios fecundos, labios dulces como la miel.

2. Para que podamos vencer a Satanás, contemplemos a Cristo abrazado a su esposa inmaculada: la Cruz. Mas es una Cruz inmunda, nauseabunda, al estar manchada por la fealdad de nuestros delitos; ya que esa Cruz son nuestros propios pecados. Y, al mismo tiempo, sin contradicción alguna, esa Cruz es Esposa Inmaculada de Cristo, ya que quedó toda limpia y sin mancha alguna, por haber tenido el contacto con sus divinos labios, al darle el beso nupcial. He ahí el misterio sublime del desposorio de Cristo con la Cruz redentora, y la grandeza de la Obra Salvífica de la Reparación y Redención.

3. A las 11h. de la mañana de aquel Viernes 25 de marzo del año 34, los judíos, una vez que ataron a Jesús por la cintura y el cuello, pusieron sobre su Hombro derecho la ignominiosa Cruz, que Él cargó con amor y mansedumbre infinitos. Luego, comenzó su penosa bajada por la escalera de acceso al pretorio, hasta la gran explanada que precedía al edificio, saliendo así fuera de todo lo que pertenecía al mismo. Y portando Jesús su Cruz al hombro, lo llevaron a crucificar, recorriendo la Vía Dolorosa que terminaría en el Calvario. Tras Jesús, iban dos malhechores, llamados Dimas y Gestas, para ser también crucificados. Entremezclados con la muchedumbre, no lejos de su Divino Hijo y a la izquierda de Él, iba María Santísima, acompañada de María Cleofás y María Salomé, del Apóstol Juan y de María Magdalena y Marta. También seguían a Jesús: Pedro y los otros nueve Apóstoles, los discípulos incluido Lázaro, y las demás piadosas mujeres.

4. Ya entrado en la Vía Dolorosa, el Divino Cordero viose precipitado al suelo bajo el peso de la Cruz; y sin dejar ésta, quedó de hinojos sobre la rodilla izquier-

da, dando con su Sacratísima Cabeza en el suelo. Poco después, Él encontró a su Amadísima Madre; y, sin hablarse vocalmente, cruzáronse sus miradas, acrecentándose en cada uno de Ellos la aflicción que les embargaba; y el mayor dolor que tuvo María Santísima en su encuentro con Jesús en la Calle de la Amargura, fue el ver a su Divino Hijo como un leproso, falto de la hermosura en su Rostro. Con el encuentro, el Hijo y la Madre se vieron también confortados y reanimados para seguir en su cruenta Pasión. Y dado que el vehementísimo afán de la Divina María para aproximarse a su Divino Hijo había llamado la atención a algunos de los que iban en el sangriento cortejo, sucedió que, en el mismo instante del encuentro de Cristo con su Santísima Madre en la Calle de la Amargura, un Príncipe de los Sacerdotes, secretamente y con dinero por medio, indicó a una prostituta que se acercara a la Virgen María y la arrojara al suelo; y, en ese mismo instante, ante unos rayos que salieron de Cristo, y sin que nadie lo advirtiera, quedaron fulminados el Príncipe de los Sacerdotes y la prostituta, siendo precipitados en cuerpo y alma al Infierno tras el juicio particular. El Príncipe de los Sacerdotes era de Nazaret, y fue el máximo promotor del intento de despeñar a Cristo al principio de su Vida Pública, tras su predicación en la sinagoga de dicha ciudad.

5. Jesús continuó su camino con la Cruz al Hombro, y salió por una de las puertas de la muralla de la ciudad hacia aquel lugar que se llamaba Calvario, y en hebreo Gólgota, que significa calavera. Y era tal la debilidad de Jesús que, temiendo los judíos muriese en el camino y no pudieran darse el gusto de crucificarle, buscaban alguien que le ayudase a llevar la Cruz hasta el Calvario. Por eso, al salir fuera de la ciudad, hallando a un hombre de Cirene, por nombre Simón, de raza negra, que por allí pasaba, y que venía de su granja, padre de Alejandro y Rufo, le obligaron a que ayudase a Jesús a llevar la Cruz, cargando sobre Simón la parte trasera de la misma; de manera que, sin que Jesús dejara un momento la Cruz, era ayudado por el Cirineo, que iba detrás de Él. Simón de Cirene, aunque al principio se había opuesto a compartir la Cruz de Jesús, al ver cómo María Santísima le pedía con su mirada que ayudase a su Divino Hijo, compadecido de Ella, aceptó. Y Jesús, complacido, miró al Cirineo y le dio luz para que conociese que Él es el Hijo de Dios, teniendo lugar así su conversión.

6. Poco después, una de las piadosas mujeres llamada Serapia, viendo el Rostro de Jesús velado por el sudor, la sangre y el lodo, deseó repararlo. Para ello, desafiando con valor la vigilancia de los brutales soldados, se colocó de hinojos delante del Varón de Dolores, y cubrió su Divinísimo Rostro con un lienzo blanco recogido en tres dobleces, quedando milagrosamente estampada, en cada uno de ellos, la Santa Faz. Jesús continuó su penosa subida hacia el Calvario, cada vez más encorvado por la carga de la Cruz y los golpes de los verdugos; los cuales, impacientes por la lentitud del Reo, le acosaron con tal brutalidad, que Él cayó de golpe con sus dos rodillas bajo la Cruz, dando

también con su Sacratísimo Rostro en los punzantes guijarros del camino.

7. Entre aquella gran multitud del pueblo que brutalmente seguía a Jesús para crucificarle, había diecisiete mujeres que plañían y lloraban por las injurias que Él recibía de aquel inhumano gentío; máxime, al ver la paciencia del mansísimo Cordero, pues comprendían, además, que Él era inocente. Ninguna de ellas pertenecía a las piadosas mujeres religiosas carmelitanas. Jesús, volviéndose hacia aquellas diecisiete mujeres que lloraban tras Él, dijo: *«Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí; antes llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque vendrán días en que dirán: 'Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar'. Entonces comenzarán a decir a los montes: 'Caed sobre nosotros'; y a los collados: 'Cubridnos'. Porque si en el Árbol Verde hacen esto, ¿en el seco, qué se hará?». Jesús no reprochaba a aquellas piadosas mujeres el que llorasen por Él al verle en tan lastimoso estado, sino que les exhortaba a que convirtiesen sus lágrimas en obras de compunción y arrepentimiento de sus pecados, como fruto de la contemplación de su Pasión. Con las palabras, «hijas de Jerusalén», Jesús se refería a todas las mujeres del Pueblo Judío, y no sólo a aquellas que lloraban en pos de Él. Además, predijo las desgracias espirituales y materiales de aquel pueblo por su apostasía deicida. Estas diecisiete mujeres que plañían y lloraban, después se unirían, unas como religiosas y otras como terciarias, a las piadosas mujeres que formaban la rama femenina del Carmelo.*

8. A medida que se acercaba Jesús al Monte Calvario, el camino era más escarpado y dificultoso, contribuyendo esto a que Él cayese al suelo por tercera vez al iniciar la empinada cuesta. Jesús, cayó violentamente, bajo el peso de la Cruz, con total desplomamiento y magullamiento de su Cuerpo, sobre todo de su Divino Rostro.

9. Cristo llevó la Cruz sobre su Hombro derecho por la calle de la Amargura, sintiendo los pecados nuestros; y, al mismo tiempo, sintiendo que la Cruz era inmaculada, aunque manchada por la inmundicia de nuestros pecados.

Capítulo XXI

Cristo llega a la cima del Monte Calvario.

Cristo contempla la Cruz en la que va a ser clavado

1. A las 11,50h. de la mañana de aquel viernes 25 de marzo del año 34, Jesús, cargado con la Cruz y ayudado por el Cirineo, llegó a la cima del Calvario.

2. Para las ejecuciones en la cruz había la humanitaria costumbre judía, respetada por los romanos, de dar antes al reo una bebida compuesta de vino con un poco de mirra, grata al paladar, a fin de confortarle; y, además, adormecer sus sentidos para mitigar el sufrimiento. Mas, en el caso de Jesús, los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín sobornaron a los soldados para que mezclasen en el vino una gran

cantidad de hiel animal; y, de esta manera, atormentarle más y burlarse de la espantosa sed que padecía. Y cuando le dieron de beber a Jesús este vino mezclado con hiel, aunque Él lo probó para expiar también así nuestros pecados, no lo quiso beber. Entonces los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín, ahora con fines aún más perversos, para humillar y desacreditar a su Víctima, dijeron a los soldados que le dieran a beber vino mezclado con mirra. Mas, Jesús no lo tomó, para privarse de la confortante satisfacción que esa bebida le produciría; y además, para que no pudiera malentenderse que sus sufrimientos en la Cruz estuvieron mitigados por aquella bebida. Pues, pretendían los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín que Jesús, devorado por la sed, la tomase toda, y fuese tachado de glotón y bebedor de vino por la muchedumbre.

3. Seguidamente, despojaron a Jesús de la túnica inconsútil; y como era cerrada y larga, sacáronse la por la cabeza sin quitar la corona de espinas. Y lo hicieron con tal rapidez, violencia y crueldad, que arrancaron la corona con la misma túnica, por lo que se avivaron de nuevo las heridas de su Sacratísima Cabeza. Después, le colocaron de nuevo la corona. Con este brutal desvestimiento, el Divinísimo Cuerpo quedó tan sumamente maltrecho y desfigurado, que parecía el más abyecto de los leprosos, dados los hematomas de los golpes, la Sangre coagulada y los pedazos de Carne desprendidos. Jesús no permitió que le arrancaran los paños menores que cubrían las partes más privadas de su Cuerpo, a pesar de que los miembros del Sanedrín inducían a los soldados a que lo hicieran. Nuestro Señor Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote y, al mismo tiempo, Víctima Propiciatoria, ya despojado de sus vestiduras y antes de ser crucificado, se arrodilló, elevó los ojos al Cielo y oró al Padre Celestial implorándole consolación; y el Padre Eterno le respondió: *«Hijo mío muy amado, en quien tengo puestas todas mis complacencias, Yo te sostendré hasta el último instante»*. Todo este diálogo, lo oyeron la Divina María y el Apóstol Juan.

4. La Madre Dolorosísima compartió por la Calle de la Amargura, de forma cruenta e invisible, todos los sufrimientos de Jesús; y también compartió en el Calvario el amarguísimo sabor de vino con hiel y el crudelísimo despojo de las vestiduras. La Santísima Virgen María, Cosacerdote de Cristo y Covíctima propiciatoria, al mismo tiempo que Cristo ya despojado de sus vestiduras oraba arrodillado al Padre Celestial, Ella, de pie, imploró también consolación; y el Padre Eterno le respondió: *«Hija mía muy amada, Yo te sostendré hasta el último instante»*. Este diálogo lo oyeron el Señor y el Apóstol Juan.

5. Momentos antes de ser crucificado, Cristo, al contemplar la Cruz sobre la tierra, elevó de nuevo su plegaria al Padre Eterno; mas, el Padre, se ocultó, como si no quisiera oír a su amadísimo Unigénito, quien sufrió aquel ocultamiento del Padre Eterno. Cristo contempló de nuevo los pecados de los hombres y la Cruz en la que iban a clavarle, y estaba con miedo; porque

en el estado pasible de su Alma y de su Cuerpo, Él llegó a tener miedo, tedio, pavor, desconsuelo, desolación. Y, aún con todo esto, allí, arrodillado en el Gólgota, contempló la Cruz sobre la tierra; y nuevamente, sintió un impulso vehementísimo de amor a dicha Cruz: en primer lugar, para reparar al Padre Eterno, y en segundo lugar, para redimir a los hombres. Es como si Cristo dijera, en aquel momento, a aquella Cruz: *«¡Oh amada mía! ¡oh amada mía! ¡Oh esposa mía! ¡Oh amiga mía! ¡Qué ganas tengo ya de estar clavado en ti!, para reparar al Padre Eterno y redimir a los hombres, y para que, por medio de esta unión entre tú y Yo, haya abundantísimos frutos, nazcan multitud, millones y millones de hijos a la gracia»*. Cristo, pues, estaba anhelando ya ser clavado en la Cruz, para que comenzaran los frutos de la Redención.

Capítulo XXII

Cristo es crucificado

1. A las 11,55h. de la mañana de aquel Viernes Santo 25 de marzo del año 34, Jesús, tendido en tierra sobre la Cruz, fue crucificado, al ser taladrado por tres clavos: uno, en el carpo de la mano derecha; otro, en el carpo de la mano izquierda; y otro, en los pies, puesto el derecho sobre el izquierdo, y atravesados ambos en los metatarsos. El Deífico Cuerpo de Jesús quedó, pues, crucificado, en tres minutos con violenta tensión y dislocamiento general de huesos, nervios, tendones y musculatura. Una vez crucificado, los soldados, a instancia del Sanedrín, fijaron en la corona de espinas tres cuernos de toro con las puntas hacia arriba, para mayor burla; cumpliéndose así la Escritura, que dice: *«Y serán exaltados los cuernos del Justo»*.

2. Cuando Cristo fue crucificado, que fue con gran sufrimiento de su Alma, sintió ya un mayor contacto con su esposa inmaculada la Cruz. Y, en su contemplación, dijo a la Cruz en la cual estaba clavado, antes de que la alzarán: *«¡Oh esposa mía! Ahora, estoy en más contacto contigo; se aproxima la hora suprema en que nacerán nuestros hijos. ¡Oh amada Cruz!, álzate ya sobre el Gólgota, para que el mundo contemple nuestro desposorio. ¡Oh novia ataviada! ¡Oh Cruz salvífica! ¡Oh Cruz redentora! ¡Oh esposa mía! ¡Oh inmaculada! álzate ya sobre la cumbre del Gólgota, para que seas vista por todo el orbe»*.

3. Con antelación suficiente, Poncio Pilato hallándose en el Pretorio, había hecho la redacción oficial de la sentencia contra Jesús; cuyo documento entregó personalmente a Anás y Caifás. También mandó se hiciese una inscripción de la causa de la condena, y la envió al Calvario a través de un centurión. Y cuando aún estaba la Cruz en el suelo, clavaron dicha inscripción en el extremo alto del madero, un poco más arriba de la Cabeza del Señor. Y lo escrito era: *«Jesús Nazareno, Rey de los judíos»* (INRI). Y estaba escrito en arameo hebraico, en griego y en latín. Poncio Pilato no estuvo en ningún momento presente en el Calvario.

4. A las 12h. en punto de la mañana de aquel viernes 25 de marzo del año 34, Nuestro Señor Jesucristo fue

do elevado y pendiente de la Cruz; lo cual llevaron a cabo los soldados con saña y brusquedad inauditas. Y cuando alzaron la Cruz sobre el Gólgota, y cayó sobre aquel hueco del monte, y el universo todo se estremeció, Cristo dijo a la Cruz: *«¡Oh esposa mía! qué cerca estamos ya; un poco más de tiempo, un poco más, y ya veremos la multitud de hijos que vamos a dar al Padre Eterno»*. Cristo ya inhiesto en la Cruz sobre el Gólgota, contempló el universo, y sin que sus palabras pudieran ser oídas por los demás, dijo: *«Universo todo, todo el universo: ¡Contemplad este desposorio mío con la Cruz redentora, el desposorio esperado por los hombres desde la caída de Adán!»*. Y Cristo, al mismo tiempo que sufría, estaba en un gozo inenarrable, contemplando todo el universo, todas las obras creadas, y pregonando a todas ellas: *«Venid todos, venid todas las criaturas, todas, todos los hombres, todos los animales, todas las estrellas, venid, contemplad este desposorio»*. Y Cristo continuó diciendo en silencio, a su esposa inmaculada la Cruz: *«Mira, esposa mía, cómo el universo contempla nuestro desposorio; no ha habido nunca tal desposorio como éste; jamás ha habido una noche nupcial como ésta; jamás ha habido un tálamo nupcial como éste: El tálamo de la Obra Salvífica de la Reparación y de la Redención»*. Y la Cruz redentora, misteriosamente, contestó a su Esposo Cristo: *«¡Oh Amado mío! ¡Oh Esposo mío! ¡Amigo mío! Ya estamos juntos. Pronto se va a consumar nuestro desposorio pleno. Ya se aproxima tu gloriosa muerte, unido a mí»*.

5. Después que Cristo fue elevado en la Cruz, crucificaron a los dos ladrones, siendo colocados: Dimas, a la derecha del Señor, y Gestas a la izquierda. De manera que Jesús estaba en medio de ellos, cumpliéndose así la Escritura que dice: *«Y fue contado entre los malhechores»*. La tensión y el dislocamiento del Sacratísimo Cuerpo de Cristo, sostenido por tres clavos, no le permitían postura alguna que mitigase sus terribles dolores.

6. La Divina María se situó a la derecha de la Cruz, y con Ella estuvieron también sus dos hermanas María Cleofás y María Salomé, así como las hermanas María Magdalena y Marta; a la izquierda de la Cruz se colocó el Apóstol Juan. Mas, Pedro y los otros nueve Apóstoles, así como los discípulos y las demás piadosas mujeres, estuvieron en el Calvario entremezclados con la muchedumbre.

7. En el momento en que Jesús, clavado en la Cruz, quedaba elevado a la vista de todos, llegaron al Calvario los Pontífices Caifás y Anás, acompañados de su séquito personal. Y cuando ellos, así como otros muchos de los judíos, leyeron la inscripción con la causa de la condena que Pilato había mandado poner en lo alto de la Cruz, ambos Pontífices mandaron una comisión al Procurador para decirle: *«No escribas Rey de los judíos; sino, que Él mismo dijo: Yo soy el Rey de los judíos»*. Mas, Pilato, respondió: *«Lo que he escrito, escrito quedará»*; reafirmando así su convicción personal de que Jesús era el verdadero Rey de los judíos; título que había redactado con intención de hu-

millarles, aunque no dejó de ser por impulso divino, para que constara públicamente por escrito que a su Rey y Mesías había dado muerte aquel pueblo deicida.

8. María Santísima compartió en el Calvario los cruentísimos dolores de la Crucifixión de su Divino Hijo, sin que nadie viera en Ella el traspaso de sus manos y sus pies.

Capítulo XXIII

Desastrosa fin del traidor Judas Iscariote

1. Judas Iscariote, mientras deambulaba por Jerusalén, había tenido conocimiento de la condena a muerte de su Divino Maestro. Con esta noticia, el traidor llegó a lo sumo de su remordimiento y desesperación. De tal manera que, hasta la bolsa de las treinta monedas, precio de la inicua venta de Jesús, abrasaba su alma, sus manos y todo su ser. Por eso, él deseó deshacerse cuanto antes de aquel caudal deicida, no movido en absoluto del arrepentimiento de haber traicionado a Jesús, sino por las consecuencias funestas que conllevaba su impía traición. Pues, Judas Iscariote hasta ya sentía, en cierta medida, los sufrimientos de las infernales penas de daño y de sentido, deseando rabiosamente liberarse de ellas, mas sin renunciar en absoluto a su odio a Cristo.

2. Y sucedió que, mientras Jesús iba con su Cruz al Hombro camino del Calvario, Judas fue al Templo de Jerusalén, en donde manifestó su deseo de devolver las treinta monedas de plata a los Pontífices Anás y Caifás, diciendo: «*He pecado, entregando la Sangre inocente*». Mas ellos dijeron: «*¿Qué nos importa a nosotros? Haberlo pensado antes*». Y Judas Iscariote, arrojando las monedas de plata en el Templo, se retiró, y fue y se ahorcó con su propio cinturón, colgándose del tronco lateral del mismo ciprés del que había sido sacada antes la madera de la Cruz de Jesús. Dicho suicidio lo consumó a las 12h. de la mañana; que era la misma hora en que Cristo era alzado en la Cruz.

3. Y los Pontífices Anás y Caifás, cuando tomaron las monedas de plata, dijeron con refinada hipocresía: «*No es lícito meterlas en el tesoro, porque es precio de sangre*». Y habiendo deliberado sobre el asunto, compararon con ellas el campo de un alfarero para sepultura de los peregrinos. Por lo cual fue llamado aquel lugar Campo de Sangre. Entonces se cumplió lo que fue vaticinado por el Profeta Zacarías. El cuerpo de Judas, estando colgado en el árbol, reventó por medio, y se derramaron todas sus entrañas; y se hizo esto notorio a todos los moradores de Jerusalén. El alma de Judas Iscariote, tras el juicio particular fue precipitada eternamente en los infiernos; su cuerpo accidental permaneció colgado del árbol hasta la Resurrección de Cristo; ya que, en este momento, resucitó juntamente con su cuerpo esencial, y ambos fueron precipitados en el Infierno. Por tanto, desde ese momento Judas Iscariote se encuentra en el Infierno con los tres elementos de su persona.

Capítulo XXIV

El milagro de las tinieblas.

El repartimiento de las vestiduras y el ambiente despiadado y cruel que rodeó a Cristo en el Calvario

1. A las 12h. en punto de la mañana de aquel glorioso Viernes Santo, en el momento en que la Cruz era exaltada en el Calvario, el sol, que brillaba con su vital magnificencia, conmovióse sensiblemente; y, desde la hora del mediodía, de manera progresiva, hubo tinieblas sobre toda la tierra, que llegarían a su máximo de obscuridad a las 3h. de la tarde.

2. Entre los romanos existía la costumbre de que, cuando se llevaba a cabo un ajusticiamiento, los soldados que actuaban como verdugos tenían el derecho al botín sobre las prendas de los reos. En este caso, el reparto de las vestiduras de Jesús fue de su túnica inconsútil y de su capa o manto. La capa le había sido arrebatada en el Monte de los Olivos al ser prendido, y luego había sido traída al Calvario por uno de los soldados. Aquellos que habían crucificado a Jesús, y que sentados hacían ahora la guardia, cogieron, pues, sus vestiduras, y en lo que se refiere a la capa, hicieron cuatro partes, tomando una cada soldado; mas, en lo que se refiere a la túnica, como no tenía costura, ya que era toda tejida desde arriba, dijeron unos a otros: «*No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será*». Y así lo hicieron, cumpliéndose lo profetizado por David en sus Salmos: «*Se repartieron mis vestiduras y sobre mi túnica echaron suerte*».

3. El pueblo impío que se hallaba en el Calvario, miraba a Jesús con inusitado desprecio. Y tanto aquella cruel muchedumbre, como los Pontífices Anás y Caifás, y los miembros del Sanedrín, lanzaban imprecações contra el Nazareno, diciendo: «*A otros hizo salvos y a Sí mismo no se puede salvar; sálvese ahora a Sí mismo, si Éste es el Cristo, el Escogido de Dios*». Y, con suma ironía, agregaban: «*Si Él es el Cristo, el Rey de Israel, descienda ahora de la Cruz, para que lo veamos y creamos. Confió en Dios, librello ahora, si le ama; pues dijo: 'Soy el Hijo de Dios'*». Y los muchos que pasaban por el Calvario, ya que continuamente iban y venían al lugar de los hechos, blasfemaban de Jesús moviendo con burla sus cabezas, y diciendo: «*¡Ah Tú, el que destruyes el Templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate a Ti mismo! Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz*».

4. Con estas frases hirientes y blasfemas, y con otras no menos crueles, en medio de un jolgorio impresionante, el Sanedrín en pleno, presidido por los inicuos Pontífices Caifás y Anás, pretendía rematar su tan ansiado desprestigio de Jesús, para que, de las mentes de los allí congregados, se borrara cualquier secreta convicción de que Él era el Hijo de Dios.

Capítulo XXV

Las tres horas de Agonía y las Siete Palabras de Cristo en la Cruz. La majestuosa Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Consumación del desposorio de Cristo con la Cruz Redentora

1. Y mientras aquellos malvados le vituperaban con horribles blasfemias, Jesús decía: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen»; palabras que Él pronunció a las 12,17h. de aquel mediodía del Viernes Santo. Jesús disculpó a sus enemigos por ignorancia porque, aun sabiendo ellos que Él era el Hijo de Dios y conociendo la malicia del pecado que cometían mándole, jamás podrían valorar todo el alcance de esa malicia. Y Jesús, clemente y misericordioso, veía en esta limitación humana un motivo para excusarles de ignorancia ante el Padre.

2. También, Dimas y Gestas, los dos ladrones que estaban crucificados con Él, le insultaban. Y cuando Dimas oyó que Jesús pedía perdón al Padre por sus enemigos, se sintió profundamente conmovido por los sufrimientos de Él, y se arrepintió. Mas, Gestas, el otro de los ladrones que estaban colgados, le seguía injuriando con estas palabras: «Si Tú eres el Cristo, sálvate a Ti mismo y a nosotros». Entonces, Dimas, el Buen Ladrón, reprendió a su compañero diciendo: «¿Ni aun tú temes a Dios, estando en el mismo suplicio? Pues nosotros en él estamos justamente por nuestra culpa, porque recibimos lo que merecen nuestras obras; mas, Éste ningún mal ha hecho». Dimas, a la vez que reconocía sus pecados, imploraba la divina misericordia, pues decía a Jesús: «Señor, acuérdate de mí cuando te halles en tu Reino»; cuya súplica fue oída con magnanimidad, ya que Jesús le dijo: «En verdad te digo: que hoy estarás conmigo en el Paraíso». Estas palabras fueron pronunciadas por Jesús a las 12,30h. Mientras Dimas, pues, alcanzaba la salvación, Gestas, menospreciando la gracia, se condenaba.

3. Jesús dijo a su Madre: «Mujer, he aquí a tu hijo», refiriéndose al Apóstol Juan; y con estas palabras entregó oficialmente a su misma Madre como Madre de la Iglesia. Después Jesús dijo al Apóstol: «He aquí a tu Madre»; y Juan la recibió, en nombre de todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, como Madre de la Iglesia. Estas palabras las pronunció Jesús a la 1,00h. de la tarde de aquel Viernes Santo.

4. A medida que avanzaba la dolorosa agonía de Jesús, era más ignominiosa y penosa la sanción de su amarguísimo Cáliz; hasta el punto que su Divinísima Alma, en su estado pasible, al tener velada en parte la ciencia infusa, sintiose incluso abandonada del Padre. Y en medio de aquel sentimiento de la más terrible orfandad, a las 2,46h. de la tarde de aquel Viernes Santo, clamó Jesús con gran voz, diciendo: «Eli, Eli, lama sabachthani?», esto es: «Dios mío, Dios mío, mírame, ¿por qué me has abandonado?», sin que Él recibiera respuesta alguna de su Padre. Y algunos de los que allí estaban, cuando oyeron esto, decían con malicia satánica: «A Elías llama Éste»; lo cual fue idea principalmente de Anás y Caifás, para desvirtuar el verdadero sentido de las palabras de Jesús ante la mu-

chedumbre. La Divina María, compartiendo el abandono de su Divino Hijo, al igual que Él, preguntó al Eterno Padre: «¿Por qué me has abandonado?». Y tampoco recibió respuesta.

5. Jesús, en medio de aquellos crueles tormentos, se ofreció al Padre por la salvación de las almas en el máximo grado de inmólación espiritual; y si bien sintió devoradora sed corporal, mucho más ardiente era su sed espiritual de almas, ya que moría anhelando vivamente la salvación de toda la humanidad, aunque muchos se condenarían por falta de correspondencia. Por eso, sabiendo Jesús que todas las cosas eran ya cumplidas, ya que no cabía en Él mayor caudal de Ofertorio, a las 2,53h. de la tarde, dijo: «Tengo sed». Y así se cumplía lo profetizado en las Escrituras. La Divina María, compartiendo la sed de su Divino Hijo, dijo también al mismo tiempo que Él: «Tengo sed». Mas, al oír los verdugos que Jesús tenía sed, como había allí un vaso lleno de vinagre y otro recipiente con hiel, corriendo uno de ellos, tomó una esponja y la empapó en vinagre y en hiel, y la puso sobre la punta de su lanza, y aplicándola a la boca de Jesús, le daba así de beber, a la vez que todos le escarnecían diciendo: «Si eres Rey de los judíos, sálvate a Ti mismo». Y también, muchos del pueblo decían: «Dejad, veamos si viene Elías a liberarlo».

6. Después que Jesús, en su vehementísimo deseo de mayores sufrimientos, probó la amarga bebida que le ofrecían los verdugos, con majestuosa solemnidad proclamó la inminencia de su Muerte, diciendo: «Todo está consumado».

7. Ocho segundos después de que Jesús pronunciara las anteriores palabras, elevando al cielo su soberanísimo y serenísimo Rostro, con una gran voz, dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu». Y seguidamente, clamó de nuevo con un grito de muerte, resonante y estremecedor, inclinó la Cabeza y expiró a las 3h. de la tarde de aquel salvífico Viernes Santo 25 de marzo del año 34. En el momento de expirar, el sol se obscureció totalmente; y, durante ocho segundos, la tierra quedó sumida en las más absolutas tinieblas, así como todo el Universo.

8. Todo el universo expectante y, al mismo tiempo, toda la tierra envuelta en tinieblas, oyeron las palabras de Cristo: «¡Todo está consumado! Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu». Y también, resonó en todo el universo el grito de Cristo en el momento que iba a expirar. Este último grito fue el sublime acto de consumación del desposorio de Cristo con la Cruz: o sea, su Majestuosa Muerte, con la cual reparaba al Padre Eterno y redimía a los hombres.

9. La Divina María tuvo, en el momento de expirar Jesús, la primera manifestación de su muerte espiritual en el Calvario, que era la que correspondía a su maternal participación cruenta en la muerte de su Divino Hijo, en virtud de la misteriosa y perfectísima compenetración existente entre ambos. Esta primera fase de la Muerte Espiritual de María, consistió en quedar privada, durante siete segundos, de todo gozo sobrenatural y humano, en el estado pasible de su Alma

y de su Cuerpo accidental, siendo el mayor padecimiento hasta entonces sentido.

Capítulo XXVI

Otros prodigios con motivo de la muerte de Cristo

1. Al expirar Cristo, entre otras manifestaciones de la Ira de Dios, sucedió: que el gran velo o cortina que cubría el lugar Santo de los Santos del Templo de Jerusalén, se rasgó en dos partes de arriba abajo; las imágenes de la Santísima Trinidad que coronaban el techo del lugar Santo de los Santos, cayeron derribadas en tierra; el Fuego Sagrado interno y el Fuego Sagrado externo se extinguieron. Todo lo cual fue señal de que el Templo de Dios en Jerusalén había perdido su carácter sagrado. También tembló la tierra, y se agrietaron las piedras mediante un terremoto de tal magnitud, que el Universo entero se trastocó muy sensiblemente; y, además, se abrieron los sepulcros, quedando visibles muchos de los cuerpos accidentales de santos que habían muerto; a la vez que resucitaban sus cuerpos esenciales.

2. Mas, el centurión, llamado Abenadar, que se hallaba enfrente de la Cruz, y que había visto cómo Jesús agonizaba y moría con dulce y heroica paciencia, cuando ahora vio el terremoto y las cosas que pasaban, lleno de santo temor, cayó arrodillado delante de la Cruz, y arrepentido de sus pecados glorificó a Dios, diciendo: *«Verdaderamente este Hombre era justo, verdaderamente este Hombre era el Hijo de Dios»*. Y también, otros soldados que estaban con él, visto el terremoto y demás prodigios, tuvieron gran miedo, y decían: *«Verdaderamente Éste era el Hijo de Dios»*. Y muchos del gentío que asistía a este espectáculo y veía lo que pasaba, se volvían dándose golpes de pecho y con otros signos de remordimiento, sin que por eso sintiesen verdadera contrición de sus pecados; salvo algunos que, por sus mejores disposiciones, se convirtieron. Abenadar y seis soldados de su centuria se hicieron después discípulos de Cristo.

3. Como viesen Caifás y Anás el pasmo de la muchedumbre, incluso la favorable inclinación de no pocos a favor de la causa del Mesías, abandonaron el Calvario a las 3,25h. de la tarde, ya que intuían que, por entonces, serían inútiles sus contrarios argumentos ante la evidente sobrenaturalidad de los prodigios; y lo mismo hicieron la mayoría de los componentes del Sanedrín.

Capítulo XXVII

Los soldados, a instancia de Caifás y Anás, pretenden quebrar las piernas de Cristo

1. Aun después de la muerte de Jesús, los Pontífices Caifás y Anás siguieron manifestando su saña contra Él; pues, entre otras cosas, pretendieron ahora encubrir su muerte, considerándole todavía vivo; y así desvirtuar ante el pueblo los fenómenos milagrosos ocurridos al expirar Cristo, atribuyéndolos a la magia y

hechicerías del Crucificado; y no a la virtud de su poder infinito.

2. Era costumbre de los romanos el quebrar las piernas a los que crucificaban cuando tardaban en morir, y así acelerar su muerte. Y al ser ese viernes 25 de marzo la Parasceve o preparación de la solemnidad de la Pascua, que se celebraría al día siguiente, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado, porque era aquel el gran día de sábado, Caifás y Anás enviaron a Pilato varios sanedritas para pedirle que les quebrasen las piernas a los tres crucificados, a fin de que fuesen quitados sus cuerpos de la cruz y se les diese sepultura antes de las 6h. de la tarde de aquel viernes en que comenzaba el sábado judío; porque, después ya no sería posible hacerlo por el descanso sabático. Ambos inicuos Pontífices habían dicho a Pilato que Jesús no había muerto.

3. Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas de los dos ladrones que habían sido crucificados con el Señor. Mas, cuando fueron a Jesús, viéndole ya muerto, no le quebrantaron las piernas. De esta manera se cumplía lo vaticinado en Salmos de David acerca del Mesías: *«Guarda el Señor todos sus huesos, no será quebrantado ni uno solo»*.

Capítulo XXVIII

El Costado derecho de Cristo es traspasado por la lanza de Longinos

1. El que los soldados no quebrasen las piernas de Jesús, irritó sobremanera a algunos de los miembros del Sanedrín que aún estaban en el Calvario; por lo que sobornaron a uno de los soldados a caballo, llamado Casio, para que traspasase con su lanza el Deífico Costado, y así aparentar que aquello era el golpe de muerte.

2. A las 4h. de la tarde de aquel viernes 25 de marzo del año 34, el soldado Casio abrió el Costado derecho de Jesús con una lanza, que atravesó su Corazón, saliendo de él la última Gota de Sangre que le quedaba; y, además, salió Agua, la cual era el Espíritu Santo que, manifestado bajo esa forma, se derramaba en la Deífica Sangre. Ambos misterios, Sangre y Agua, sólo fueron vistos por la Divina María y el Apóstol Juan.

3. Con la lanzada del Costado derecho de Jesús, se cumplió lo vaticinado por el Profeta Zacarías, revelado por el Santísimo Melquisedec a él: *«y pondrán sus ojos en Mí, a quien traspasaron»*. El soldado Casio, que era tuerto, en el instante que traspasó el Costado de Jesús, recuperó la vista de ese ojo, a la vez que su alma fue iluminada por la fe evangélica; por lo que, de súbito, se bajó del caballo y, arrodillado delante de la Cruz, con perfecta contrición de sus pecados, confesó que Jesús era verdaderamente el Hijo de Dios. Después, al ser bautizado, recibió el nombre de Longinos.

Capítulo XXIX**La Muerte Espiritual de María al pie de la Cruz**

1. En el mismo instante en que el Deífico Corazón de Cristo era traspasado por la lanza de Longinos, quedó cruenta y místicamente traspasado el Inmaculado Corazón de María; lo cual conllevó para Ella la Muerte Espiritual que le correspondía como Covíctima del Calvario, al quedar privada, en todo su ser, de la visión beatífica durante siete segundos; siendo éste el mayor sufrimiento que María tuvo durante su vida en la tierra. Y también, en el instante de la lanzada, fue traspasado místicamente el corazón del Apóstol Juan, lo cual fue su muerte mística.

2. A las 4h. en punto de la tarde de aquel Viernes Santo 25 de marzo del año 34, nació pues la Iglesia de los Corazones de Jesús, María y el Apóstol Juan, traspasados al mismo tiempo.

3. La Muerte Espiritual de María al pie de la Cruz implicó para Ella su dolorosísimo Parto de la Iglesia.

Capítulo XXX**José de Arimatea pide a Pilato que le entregue el Deífico Cuerpo de Cristo para darle sepultura**

1. Los discípulos ocultos Nicodemo, José de Arimatea y Gamaliel, que se hallaban en el Calvario, tras la Muerte de Jesús consultaron con su Divina Madre la manera de dar digna sepultura al Deífico Cuerpo de su Hijo.

2. A las 4,04h. de la tarde de aquel Viernes Santo 25 de marzo del año 34, José de Arimatea, acompañado de Nicodemo, fue desde el Calvario para Jerusalén; y, valientemente, pidió a Pilato el Cuerpo de Jesús para darle sepultura antes de la 6h. de la tarde, en que comenzaba el sábado judío. Ellos dijeron a Pilato que Jesús había muerto a las 3h. de la tarde. Y Pilato se sorprendió de que tan pronto hubiese muerto, ya que el informe que él había recibido de Caifás y Anás era de que, después de esa hora, aún vivía. Ante tal discrepancia, Pilato mandó llamar al centurión que hacía la custodia en el Calvario, para preguntarle si Jesús era ya muerto. Poncio Pilato, cuando supo del centurión que Jesús había muerto a las 3h. de la tarde, mandó que le diese el Cuerpo a José de Arimatea; con lo cual daba permiso para que le sepultase.

3. José de Arimatea compró en Jerusalén una sábana de lino, con el fin de envolver en ella el Deífico Cuerpo de Cristo para darle sepultura. Y Nicodemo adquirió unas cien libras de mirra y de áloe para el mismo fin.

4. Mientras tanto, la Divina María envió desde el Calvario al Cenáculo de Jerusalén, para que allí permaneciesen en oración: a los Apóstoles con excepción de Juan, a la mayoría de los discípulos y a las piadosas mujeres, con excepción de María Cleofás, María Salomé, María Magdalena y Marta. Esta fue una medida prudentísima al ver el peligro espiritual que corrían, dadas la pena y la confusión que les causaba el aparente fracaso de Jesús al dejarse matar por sus enemi-

gos; y porque, además, tenían las represalias que podrían sufrir, ya que, al ir despejándose de gente el Calvario, quedaban más visibles. Todos ellos, pues, partieron para Jerusalén a las 4,30h. de la tarde.

5. Una vez que volvieron al Calvario José de Arimatea y Nicodemo, se procedió a la bajada de la Cruz del Cuerpo de Jesús; interviniendo también, en esta delicada misión, el Apóstol Juan, Gamaliel, Lázaro y otros seguidores. Cuando trataban de descenderlo, milagrosamente los brazos y los pies se desprendieron de los clavos, quedando estos fijos en la Cruz.

6. A las 5h. en punto de la tarde, el Cuerpo muerto de Jesús fue quitado de la Cruz, y directamente recostado en el amorosísimo regazo de su Divina Madre, estando Ella sentada y teniendo a su derecha a María Cleofás y a su izquierda a María Salomé. La Divina María quitó de la Cabeza de su Divino Hijo la Corona de espinas.

Capítulo XXXI**El santo entierro de Nuestro Señor Jesucristo**

1. Una vez que la Divina María ofreció en su regazo, al Padre Eterno, a su Divino Hijo muerto, Nicodemo, con un lazo o venda ató la Sacratísima Cabeza de Jesús desde la mandíbula inferior al cráneo, con el fin de mantener cerrada la sagrada boca; y seguidamente, la Dolorosísima Madre, con un pañolón o velo, cubrió la Santa Faz de su Hijo para el traslado del Calvario al Santo Sepulcro, con el fin de ocultar a la vista de los que allí estaban la horrible desfiguración de tan bello y dulce Rostro.

2. A las 5,14h. de la tarde de aquel 25 de marzo del año 34, el Apóstol Juan, los discípulos José de Arimatea, Nicodemo y Gamaliel y otros seguidores, entre ellos Sidonio, tomaron del regazo de María el Cuerpo exánime de Jesús, y lo colocaron en la sábana que habían usado para el descenso de la Cruz. De esta manera lo bajaron de la roca del Calvario hasta la gruta del sepulcro; ya que, cerca de aquel lugar en donde Jesús fue crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo en el que aún nadie había sido depositado, propiedad de José de Arimatea, que, tiempo atrás, lo había hecho abrir para sí mismo en una peña.

3. Antes de que depositaran el Deífico Cuerpo en la cámara mortuoria, lo despojaron de la sábana usada para el traslado, y lo colocaron sobre otra sábana limpia, conocida como Sábana Santa, siendo entonces ungido profusamente con bálsamo de áloe y mirra, como los judíos acostumbraban sepultar. Y, ya tapado con la sábana, los dos varones José de Arimatea y Nicodemo, inspirados por el Espíritu Santo, con los debidos respetos y prudencias, quitaron el paño de honestidad que cubría las partes privadas del Deífico Cuerpo muerto de Cristo.

4. A las 5,45h. de la tarde, el Apóstol Juan, José de Arimatea y Nicodemo, depositaron el Cuerpo de Jesús en la cámara mortuoria del sepulcro, quedando la cabeza al fondo, y los pies hacia la puerta. La ceremonia fue en presencia de la Divina María, de sus hermanas,

así como de María Magdalena y Marta, que estaban en el vestíbulo del sepulcro, enfrente de la cámara mortuoria, viendo cómo era depositado el Sagrado Cuerpo. Tras ser Éste depositado, la Divina María y los demás presentes, lo adoraron.

5. A las 6h. en punto de la tarde de aquel Viernes 25 de marzo del año 34, en que comenzaba el sábado judío, el Santo Sepulcro quedó cerrado al ser colocada una gran losa a la entrada del mismo. Seguidamente, la Divina María y los que con Ella estaban, retornaron al Cenáculo de Jerusalén, en donde celebraron todos, en oración y adoración al Santísimo Sacramento, la solemnidad del sábado, día establecido en el Decálogo promulgado por Moisés.

6. La Santísima Virgen María, a la vez que estaba físicamente en el Cenáculo, se hallaba místicamente sepultada con su Hijo muerto en el Santo Sepulcro.

Capítulo XXXII

Caifás y Anás piden a Pilato que mande guardias al sepulcro

Y al otro día, sábado 26 de marzo del año 34, una vez que amaneció, los Pontífices Caifás y Anás, rompiendo el descanso sabático, mandaron a Pilato una comisión de sanedritas, para decirle: «Señor, nos acordamos que aquel impostor llamado Jesús, cuando todavía estaba en vida, dijo: 'Después de tres días resucitaré'. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos, roben su Cuerpo y digan a la plebe: 'Resucitó de entre los muertos'; y sería un engaño aun mayor que el haberse Él proclamado Hijo de Dios». Pilato les dijo: «Aquí tenéis guardas: id y guardadlo como sabéis»; poniendo a su disposición doce soldados debidamente uniformados. Y los sanedritas fueron al sepulcro; y, para asegurarlo, sellaron la piedra, y lo dejaron bajo la custodia de los guardas romanos.

Capítulo XXXIII

Cinco de las piadosas mujeres van al sepulcro

1. Aquel sábado 26 de marzo del año 34, poco después de las 6h. de la tarde, ya pasado el descanso sabático, María Cleofás, María Salomé, María Magdalena y Marta, salieron del Cenáculo para comprar aromas y ungüentos en la ciudad, con el fin de ir a derramarlos sobre el Cuerpo yacente de Jesús, cumpliéndose así lo escrito en el Libro de Enoc, vaticinado por el Profeta Elías: «Mujeres de gran piedad y alta contemplación, llevadas de una santa locura, prepararán un preciadísimo perfume compuesto de aromas y ungüentos y pretenderán derramarlo sobre la sábana que estará envolviendo el Cuerpo yacente del Mesías. Esta santa osadía convertirá a tales mujeres en trompetas proclamadoras de la Resurrección del Cristo de Dios».

2. Al día siguiente, domingo 27 de marzo, primer día de la semana, María Cleofás, María Salomé, María Magdalena y Marta, así como Juana Cusa, fueron muy de mañana al sepulcro, ya que salieron del Cenáculo a las 5,30h. de la madrugada, cuando había cierta obs-

curidad, llevando los aromas y ungüentos que habían preparado. Por el camino, se decían entre sí: «¿Quién nos quitará la losa de la puerta del sepulcro?», porque era muy grande. Mas, estas cavilaciones, vieron de súbito cortadas por un gran terremoto sucedido a las 6h. en punto de la mañana, que era cuando amanecía aquel domingo 27 de marzo, hora en que resucitaba Nuestro Señor Jesucristo.

3. Cuando las cinco piadosas mujeres llegaron al sepulcro, ya había salido el sol. Y fijándose, hallaron quitada la losa que lo cubría, pues Jesús había ya resucitado.

Capítulo XXXIV

La gloriosa Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo

1. A las 6h. de la mañana de aquel domingo 27 de marzo del año 34, el Alma Divinísima del Señor descendió del Cielo, y con su plenitud de gloria bajó al sepulcro y se unió al Deífico Cadáver, al mismo tiempo que también se unían las sacratísimas partículas de Carne desprendidas de Él y la Deífica Sangre derramada; obrándose entonces la gloriosa Resurrección del Deífico Cuerpo de Jesús: quien, en el mismo instante, con el aspecto y la agilidad como de un relámpago y con celestiales vestiduras blancas como la nieve, atravesó la piedra que cerraba la entrada de la gruta; sucediendo entonces un gran terremoto, con intensísimo estruendo, que causó temor, admiración y asombro a los doce guardas que custodiaban el sepulcro; ya que estos vieron a Jesús gloriosamente resucitado un instante después de que Él resucitara y traspasara la piedra. En el mismo momento en que la Divinísima Alma de Cristo, en forma de Fuego intensísimo y luminosísimo, había entrado en su Deífico Cuerpo, quedó Éste milagrosamente impreso en la Sábana Santa en que se hallaba envuelto.

2. Mas, un instante antes de que Jesús resucitara y traspasara la piedra que tapaba el sepulcro, había llegado a la puerta del mismo el Profeta y Legislador Moisés, con aspecto de ángel, para ser testigo presencial de la Resurrección; después de la cual, quitando luego la piedra, se sentó sobre ella. La visión de Cristo Resucitado, el fuerte terremoto y la presencia súbita de Moisés con aspecto de ángel, produjeron tal asombro y temor en los doce soldados, que en la huida cayeron en tierra como muertos, permaneciendo un buen tiempo inconscientes.

3. Mientras los doce guardas se hallaban en tierra sin conocimiento y un tanto esparcidos, siendo ya las 6,07h. de la mañana, fue cuando llegaron a la puerta del sepulcro María Cleofás, María Salomé, María Magdalena, Marta y Juana Cusa, viendo separada la piedra que lo cubría, y sobre ella sentado un mancebo con aspecto de ángel, que era Moisés. Éste, tomando la palabra, dijo a las mujeres: «No tengáis miedo vosotras, porque sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí: porque ha resucitado, como dijo. Venid, y ved el lugar donde había sido puesto el Señor. E id luego y decid a sus Apóstoles y discípulos

que ha resucitado. Y he aquí que irá delante de vosotros a Galilea, en donde le veréis, como ya os lo avisó de antemano».

4. Tras las palabras de Moisés, las cinco piadosas mujeres entraron en la gruta, y no hallaron el Cuerpo de Jesús. Y aconteció que, estando consternadas por esto, vieron con gran asombro dos varones con aspecto de ángeles que estaban junto a ellas con vestiduras blancas resplandecientes: uno de los mancebos, que era el Profeta Elías, estaba sentado a la derecha de la cabecera del sepulcro, y el otro, que era el Profeta Enoc, a los pies del mismo. Ambos habían venido con el Profeta Moisés, acompañando a la Divinísima Alma de Cristo, para ser testigos presenciales de la resurrección. Elías les dijo: «No os asustéis. Sé que buscáis a Jesús Nazareno, el que fue crucificado; mas, ha resucitado, no está aquí; ved aquí el lugar en donde le pusieron. Id y decid a Pedro y los demás Apóstoles, que va delante de vosotros a Galilea, en donde lo veréis, como os dijo».

5. Y como estuviesen medrosas, y bajasen el rostro a tierra, Enoc les dijo: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, mas ha resucitado. Acordaos de lo que os habló estando aún en Galilea, diciendo: 'Es menester que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado y resucite al tercer día'». Entonces ellas se acordaron de las palabras que Jesús les había dicho tiempo atrás. Aunque las cinco piadosas mujeres habían oído el testimonio de los tres varones de que Cristo había resucitado, María Magdalena no lo entendió en su verdadero alcance, debido a la aflicción que embargaba su alma por la ausencia del Cuerpo de Jesús, por lo que creyó primero que lo habían robado.

6. El que los Profetas Moisés y Elías dijeran a las piadosas mujeres que Jesús iría a Galilea delante de los Apóstoles y discípulos, en donde le verían, fue para resaltar que, en aquella región, es donde Él se reuniría con ellos más frecuentemente y conferiría el Primado a Pedro. Pues, antes de que fueran a Galilea, todos ellos verían a Jesús resucitado.

Capítulo XXXV

La Divina María contempla la Resurrección de Cristo.

Después, Él se aparece a su Santísima Madre

1. A las 6h. en punto de la mañana de aquel domingo 27 de marzo del año 34, y por lo tanto, en el mismo instante en que Jesús resucitaba, la Divina María, con inenarrable gozo, contempló mediante visión beatífica y también con los ojos corporales, la gloriosa Resurrección de su Divino Hijo, estando Ella dentro del sepulcro y al mismo tiempo en el Cenáculo. Así pues, María Santísima fue la primera que contempló la gloriosa Resurrección de Jesús. También, Ella, mediante su resurrección mística, compartió la Resurrección de su Divino Hijo.

2. Además de que María Santísima presenciara la Resurrección de Cristo en el mismo instante en que ésta se obraba, Él se apareció a su Madre en el Cená-

culo inmediatamente después de resucitar y de que le vieran los doce guardas del sepulcro; siendo, pues, Ella la primera que recibió la visita de su Divino Hijo resucitado.

Capítulo XXXVI

La resurrección de muchos cuerpos accidentales

Un instante después de la Resurrección de Jesús, resucitaron el cuerpo accidental del Santísimo José y los de todos aquellos santos que, a la muerte de Cristo, habían sido privilegiados con la resurrección de sus cuerpos esenciales. Los cuerpos accidentales, una vez unidos a sus almas y cuerpos esenciales, salieron de los sepulcros, y estos santos se aparecieron a muchos en la ciudad de Jerusalén, dando incluso testimonio verbal de que Jesús había resucitado.

Capítulo XXXVII

Las piadosas mujeres comunican a los Apóstoles y demás del Cenáculo la Resurrección de Cristo

1. María Cleofás, María Salomé, María Magdalena, Marta y Juana Cusa, inundadas de gozo y a la vez profundamente sorprendidas por los extraños acontecimientos relacionados con la Resurrección de Cristo, no pudieron reaccionar con la adecuada serenidad; por lo que salieron aprisa del sepulcro para contar todo esto a los once Apóstoles y a los demás que estaban en el Cenáculo. Y en el camino, a nadie dijeron nada porque tenían miedo que las tomaran por locas.

2. Y como María Magdalena, en su irresistible impulso de dar la novedad a los Apóstoles, fue la primera que llegó al Cenáculo, dijo de sopetón a Pedro y Juan: «Han quitado al Señor del sepulcro, y no sabemos en dónde le han puesto». Inmediatamente después, llegaron al Cenáculo las otras cuatro piadosas mujeres, refiriendo a ambos Apóstoles, y a todos los demás, que Jesús había resucitado, como les había sido dicho por los tres Profetas que ellas creían eran ángeles.

3. Mas, tanto a los once Apóstoles, como a otros muchos, les cayó tan de sorpresa la noticia, que no creyeron en las palabras de las mujeres al tomarlas como alucinadas; pues, si bien ellos no dudaban de que Jesús iba a resucitar, aún no habían transcurrido los tres días conforme interpretaban lo vaticinado por Él acerca de su Resurrección. Además, los once Apóstoles esperaban que el Señor, cuando resucitara, se les manifestase primero a ellos.

Capítulo XXXVIII

Los Apóstoles Pedro y Juan van al sepulcro

1. Lo referido por María Magdalena de que habían quitado el Cuerpo de Jesús, y el testimonio de las cuatro mujeres de que había resucitado, desconcertaron tanto a los Apóstoles que, poco después de las 6,30h. de la mañana de aquel domingo 27 de marzo del año 34, Pedro, acompañado de Juan, salió de prisa hacia el

sepulcro, y tras ellos María Magdalena, aunque más retrasada. Y corrían juntos los dos Apóstoles. Mas, Juan, que conocía mejor el lugar, se adelantó corriendo más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Y dentro del vestíbulo del mismo, habiéndose agachado delante del hueco que comunicaba a la cámara mortuoria, vio la Sábana Santa doblada en dos partes, con que habían envuelto el Cuerpo de Jesús; mas, no quiso penetrar primero en la cámara por deferencia a Pedro, Príncipe de los Apóstoles.

2. Llegó, pues, Pedro, que venía siguiendo al otro Apóstol; y agachándose delante del hueco de entrada de la cámara sepulcral, vio la Sábana Santa doblada en dos partes; y también vio el pañolón o velo que Jesús había tenido sobre su Cabeza, que no estaba puesto con la Sábana, sino doblado en un lugar aparte, como lo había dejado José de Arimatea cuando lo quitó de la Cabeza del Señor. Y también se hallaba allí, caído adonde habían estado los pies de Jesús yacente, el lazo o venda que había mantenido cerrada la Sagrada Boca. Al mirar Pedro por el hueco de la entrada, de pronto, milagrosamente, la Sábana Santa resplandeció con diáfana y gloriosa transparencia. Entonces, el Príncipe de los Apóstoles entró en la cámara mortuoria del sepulcro y contempló maravillado que el Deífico Cuerpo de Jesús había quedado impreso en la sábana, por lo que creyó que Él había resucitado. Tras Pedro, entró también el Apóstol Juan y vio el mismo prodigio, creyendo también éste en la Resurrección. Ambos Apóstoles recogieron la Sábana Santa y demás paños; y, admirados dentro de sí por lo sucedido, se volvieron al Cenáculo, llegando alrededor de las 7h. de la mañana.

3. Cuando Pedro y Juan llegaron al Cenáculo, manifestaron que Jesús había resucitado; cuyo testimonio ellos probaban mostrando la Sábana Santa con la milagrosa impresión del Deífico Cuerpo, aunque dicho lienzo ya no estaba iluminado. Los Apóstoles Santiago el Mayor y Andrés creyeron entonces en la Resurrección de Jesús, así como algunos discípulos y en general todas las piadosas mujeres; mas, no lo creyeron los demás Apóstoles, ni el resto de los discípulos. Y era tal el desconcierto, que unos disputaban con otros, y no pocas de las piadosas mujeres derramaban abundantes lágrimas. Y la única que podía confirmarles la verdad, era la Divina María; mas, no estaba en el plan divino que, sin ser requerida, interviniese Ella por entonces directamente, al hallarse recogida en la contemplación de Dios y compartiendo con gozo indecible la Resurrección gloriosa de su Divino Hijo.

Capítulo XXXIX

Cristo se aparece a María Magdalena

1. Cuando salían Pedro y Juan del sepulcro, vieron fuera, en la puerta, a María Magdalena, que estaba llorando, la cual les había seguido por el camino. Al irse los Apóstoles, ella se agachó, y por el hueco de entrada a la cámara mortuoria, miró hacia el interior y vio de nuevo a los dos Profetas Elías y Enoc, vestidos de blanco, con apariencia angélica, y que estaban senta-

dos en donde había sido depositado el Cuerpo de Jesús: el primero, en donde estuvo la Cabeza; y el segundo, en donde estuvieron los pies.

2. Los dos profetas, que ella creía que eran ángeles, dijeron a María Magdalena: «*¿Mujer, por qué lloras?*». Ella dijoles: «*Porque se han llevado de aquí a mi Señor, y no sé dónde le han puesto*». Y cuando esto hubo dicho, se volvió a mirar atrás, y vio a un hombre que estaba en pie, mas no sabía que era Jesús, ya que Él había ocultado ciertos rasgos para no ser conocido. Por lo que, pensando ella fuera el hortelano de aquel huerto, salió súbitamente para preguntarle si sabía algo del Cuerpo del Señor. Mas, Jesús, anticipándose, dijo a María Magdalena: «*¿Mujer, por qué lloras?, ¿a quién buscas?*». Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: «*Si tú has quitado de aquí el Cuerpo de mi Señor, dime en dónde lo has puesto y yo me lo llevaré*»; pregunta que ella le hizo envuelta en lágrimas cubriendo el rostro con sus manos y llorando de espaldas al Señor. Mas, Jesús le dijo: «*María*». Y vuelta ella, viole resplandeciente de gloria; por lo que, cayendo de hinojos a sus pies, a la vez que trataba de agarrarse a ellos, le dijo: «*Maestro*». Y Jesús le dijo: «*No me toques, porque aún no me he manifestado a la derecha de mi Padre a los jerarcas de la iglesia apóstata judía; mas vete adonde están mis Apóstoles y discípulos, y diles: «Estoy a la derecha de mi Padre y vuestro Padre, de mi Dios y vuestro Dios»*».

3. La aparición de Jesús a María Magdalena fue a las 7h. de la mañana; siendo ella, después de la Divina María, la primera a quien se apareció Cristo resucitado; y por lo tanto, antes que a los Apóstoles, los discípulos y las demás piadosas mujeres.

Capítulo XL

Cristo se aparece a Caifás,

a Anás y a tres perversos Príncipes de los Sacerdotes

1. Después que el Señor dijera a María Magdalena las anteriores palabras, Jesús, sentado a la derecha de la virtud de Dios y sobre nubes, se apareció a Caifás, a Anás y a tres de los más perversos Príncipes de los Sacerdotes que estaban reunidos en la casa del primero. Y dirigiéndose a Caifás, el Señor le dijo: «*Vengo ante ti, que te arrogas la dignidad de Sumo Pontífice, a fin de que des gracias a Dios por el milagro de mi Resurrección*».

2. A continuación se oyó la voz del Padre Eterno diciendo: «*Éste es mi Hijo muy amado en quien me complazco, glorificadle*». A lo que respondieron Caifás, Anás y los tres Príncipes de los Sacerdotes, al unísono: «*No serviremos*»; desaprovechando ellos aquella nueva oportunidad de conversión. Y aunque Jesús ya había dado gracias al Padre Eterno en el mismo instante de su Resurrección, no se había dejado tocar todavía de María Magdalena, porque quería antes cumplir con el mero trámite del rito de presentarse ante el sacerdote, a fin de que éste diese gracias a Dios por su Resurrección; y también dar a Caifás, a Anás y a los tres Príncipes de los Sacerdotes, testimonio personal

de que Él había resucitado de entre los muertos, como ellos ciertamente esperaban por tratarse del Hijo de Dios.

3. Dicho rito levítico de presentarse ante el sacerdote, ya había sido derogado por Cristo en la Última Cena; por eso, lo que Él hizo ante Caifás, Anás y los otros tres, fue un mero trámite para dar a los mismos una nueva oportunidad de conversión.

Capítulo XLI

Cristo se aparece de nuevo a María Magdalena, y a la vez a las otras cuatro piadosas mujeres. Luego ellas, en el Cenáculo, dan testimonio de la Resurrección de Cristo

1. Nuestro Señor Jesucristo, tras su aparición a Caifás, a Anás y a los tres Príncipes de los Sacerdotes, a las 7,10h. de la mañana se apareció de nuevo, en el camino, a María Magdalena cuando ella retornaba al Cenáculo. Y también se apareció ahora a María Cleofás, María Salomé, Marta y Juana Cusa, cuando por segunda vez volvían al sepulcro; pues, Jesús les salió al encuentro, diciendo: *«Dios os guarde»*. Y ellas se acercaron a Él, y abrazándole sus pies, le adoraron; dejándose, pues, Él tocar por María Magdalena y por las otras cuatro. Entonces les dijo Jesús: *«No temáis. Id, y dad las nuevas a mis Apóstoles y discípulos para que vayan a Galilea: allí me verán»*. Ellas fueron presurosas al Cenáculo.

2. La primera en llegar al Cenáculo fue María Magdalena, a las 7,30h. de la mañana, ya que ella deseaba decir a todos los que estaban allí, que se hallaban afligidos y llorando, la nueva de que Jesús había resucitado; y así rectificar lo que había dicho antes de que habían robado el Deífico Cuerpo. María Magdalena, pues, al llegar al Cenáculo dijo: *«He visto al Señor»*; y seguidamente les transmitió lo que para ellos le había dicho. Y poco después, llegaron las otras cuatro piadosas mujeres y dijeron que habían visto también a Jesús Resucitado. Cuando oyeron que Jesús estaba vivo y que ellas le habían visto, los que habían antes rechazado el testimonio de la Resurrección dado por Pedro y Juan, tampoco creyeron en ellas al tomarlas como alucinadas.

Capítulo XLII

Caifás y Anás sobornan a los doce guardas del sepulcro para que nieguen la Resurrección de Cristo

1. Aquel domingo 27 de marzo del año 34, poco después de las 7,10h. de la mañana, cuando ya las cinco piadosas mujeres entraron en Jerusalén, volvieron en sí los doce guardas del sepulcro que, inconscientes, habían estado caídos en tierra. He aquí que algunos de los guardas fueron a la ciudad y dieron aviso a Caifás, a Anás y a los miembros del Sanedrín, de todo lo que había sucedido y de las grandes señales que ellos habían visto. Y ambos impíos Pontífices, aunque sabían y creían que Jesús había resucitado, sin embargo, ante

los guardas del sepulcro fingieron lo contrario; tratando incluso de convencerlos, sin que lo logaran.

2. Entonces, habiéndose juntado Caifás y Anás con los miembros del Sanedrín, y tomado consejo de lo que se debería hacer, dieron una gran suma de dinero a aquellos soldados, diciendo: *«Decid que vinieron de noche los discípulos de Jesús, y hurtaron su Cuerpo mientras que vosotros estabais durmiendo. Y si esta entrega de dinero que os hacemos, llegare a oídos del Procurador Poncio Pilato, nosotros le haremos creer que no ha habido ningún soborno, y miraremos por vuestra seguridad»*. Y los guardas, tomando el dinero, lo hicieron conforme habían sido instruidos.

3. Y esta mentira de que el Cuerpo de Jesús había sido robado, se divulgó entre los judíos; quienes, en su obstinación cada vez mayor, respaldaron a Caifás, a Anás y al Sanedrín en su malicioso engaño; el cual fue transmitido de generación en generación, y aún perdura entre los judíos hasta su conversión al fin de los tiempos.

Capítulo XLIII

Cristo se aparece al Apóstol Pedro

1. Era tal el deseo que Pedro tenía de ver a su Divino Maestro que, aquella mañana del domingo 27 de marzo del año 34, se retiró de los demás, y se fue a orar ante el Santísimo Sacramento reservado en el Cenáculo, para pedir a Jesús se le manifestase, aunque se consideraba indigno de ello; y no era porque necesitara verle para creer. Además, con el testimonio suyo de haberle visto resucitado, podrían más fácilmente creer en su Resurrección los que aún no creían. A las 11h. en punto de la mañana, Jesús se le apareció lleno de majestad y gloria.

2. Merced al testimonio dado ahora por Pedro, la mayoría de los que aún no creían aceptaron firmemente la Resurrección de Jesús; mas, el Apóstol Tomás y algunos de los discípulos, siguieron obstinados en no creer.

Capítulo XLIV

Cristo se aparece a dos discípulos que iban a Emaús. Cristo celebra la primera Misa después de su Resurrección

1. Aquel domingo 27 de marzo del año 34, alrededor de las 7,20h. de la mañana, y por lo tanto después que retornaran Pedro y Juan del sepulcro con la Sábana Santa, y antes de que volvieran las cinco piadosas mujeres después de haber visto y tocado a Jesús, los discípulos Lucas y Cleofás, desanimados y confusos al no aceptar los distintos testimonios de la Resurrección de Él, habían salido del Cenáculo con el fin de oír lo que por Jerusalén se comentaba; y luego encaminarse a la aldea de Emaús, que era donde había nacido Cleofás y tenía una casa. Dicha aldea distaba de Jerusalén como unos doce kilómetros.

2. Durante el camino, como los dos discípulos fueron hablando y discurriendo acaloradamente entre sí sobre todas las cosas que habían acaecido, a las 12h.

del mediodía, ya próximos a la aldea de Emaús, Jesús, que les iba siguiendo, se llegó a ellos, y caminaba en su compañía. Mas, ambos discípulos, no lo conocían, pues Él no se dejó por entonces identificar. Jesús les dijo: «¿Qué pláticas son esas, qué tratáis entre vosotros caminando, y por qué estáis tristes?». Y respondiendo Cleofás, le dijo: «Tú eres el único peregrino en Jerusalén que no te enteraste de las cosas que allí han pasado estos días?». Él les dijo: «¿Qué cosas?». Y respondieron: «De Jesús Nazareno, que fue un varón Profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo le entregaron los Pontífices y los miembros del Sanedrín a condenación de muerte, y le crucificaron. Mas, nosotros esperábamos que Él, siendo el Mesías, fuese el libertador temporal de Israel; y además de que esto no se haya cumplido, hoy, que es el tercer día que su Cuerpo fue sepultado, ni se halla en el sepulcro ni nosotros le hemos visto resucitado, cuando ya era el tiempo cumplido para que resucitase»; pues, Cleofás y Lucas interpretaban correctamente lo vaticinado por Jesús acerca de su Resurrección.

3. Esta lamentable condición espiritual de los dos discípulos de Emaús, no implicaba en ellos una verdadera pérdida de la fe en las verdades evangélicas, sino un oscurecimiento transitorio de las mismas, al no haber aceptado el testimonio que recibieron sobre la Resurrección del Señor. Por eso, Jesús, antes de darse a conocer, recriminándoles y a la vez haciéndoles un repaso general de lo vaticinado por los profetas y por Él mismo, les dijo: «¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿Pues qué, no fue menester que el Cristo padeciese estas cosas, y que así entrase en su gloria?». Y comenzando Él desde Enoc, pasando por Abrahán, Moisés, David, Isaías y todos los profetas, les declaraba lo que las Escrituras hablaban acerca del Mesías.

4. Estas palabras del Maestro, aunque causáronles extrañeza al creer que venían de un peregrino, alentaron a los dos abatidos discípulos, de tal manera que, cuando Jesús, para ser rogado, aparentó proseguir su camino, le insistieron diciendo: «Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y está ya inclinado el día». Y Jesús entró con ellos en la aldea de Emaús cuando eran ya cerca de las 2h. de la tarde.

5. Cuando Jesús en la casa de Cleofás estaba sentado con los dos discípulos a la mesa, después que hubiesen comido, siendo ya las 3h. de la tarde, Él celebró la Santa Misa delante de ellos, a la vez que se transfiguraba, y les dio la comunión bajo la especie de pan. Por lo que, los dos discípulos se dieron cuenta de que aquel hombre era Jesús; y Él desapareció de la vista de ellos. Y se dijeron uno a otro: «¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?».

6. Entonces, levantándose, los dos volvieron a Jerusalén para decírselo a los del Cenáculo, llegando a las 5,15h. de la tarde, en donde hallaron a los Apóstoles, y a los que estaban con ellos, que decían: «Ha resucitado el Señor verdaderamente, y se ha aparecido a

Pedro». Y luego ellos contaron lo que les había acontecido en el camino, y cómo habían conocido a Jesús cuando Él celebró la Santa Misa. Mas, a pesar del testimonio dado por Cleofás y Lucas, el Apóstol Tomás y algún que otro de los discípulos tampoco les creyeron a ellos de que Jesús había resucitado.

7. Y fue tal la confusión y el desconcierto de Tomás que, dejándose arrastrar de su temperamento impetuoso e irreflexivo, abandonó de inmediato el Cenáculo, en vez de acudir con humildad a la Santísima Virgen María, que oraba recogida en su aposento; pues, con el sapientísimo consejo de Ella, se le hubiesen disipado las tinieblas de su incredulidad.

Capítulo XLV

Cristo se aparece a los diez Apóstoles que estaban en el Cenáculo y a todos los demás allí congregados. Cristo instituye el Sacramento de la Penitencia o Confesión

1. Poco antes de las 6h. de la tarde de aquel glorioso domingo 27 de marzo del año 34, cuando los que estaban en el Cenáculo comentaban entusiasmados sobre las cosas concernientes a la Resurrección del Señor, estando cerradas las puertas y las ventanas, e incluso debidamente protegidas, por temor y prudencia ante los judíos, se apareció Jesús, y puesto en medio de ellos, les dijo: «Paz a vosotros: Yo soy, no temáis».

2. Y como la mayoría de ellos no le habían visto resucitado, pensando que veían algún espíritu o fantasma, sobrecogieron ante la súbita aparición corporal de Cristo, que había atravesado el muro de la casa, cuyas puertas estaban cerradas. Mas, Jesús les dijo: «¿Por qué estáis turbados, y tenéis pensamientos de duda en vuestros corazones?». Y cuando esto hubo dicho, les habló así: «Ved mi costado, mis manos y mis pies, pues Yo mismo soy. Palpad y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que Yo tengo». Y dicho esto, les mostró la llaga de su Costado, mas sin permitir que la tocaran, y luego, las de las manos y de los pies, para que las palparan. Y cuando esto hicieron, fue tal el gozo que les embargó, que aún no acababan de creer que aquello fuera realidad. Y Jesús les dijo: «¿Tenéis aquí algo de comer?». Y ellos le presentaron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y habiendo comido delante de ellos, multiplicó las sobras de ambos manjares a fin de que todos comiesen. Con esta sensible demostración, quedaron firmemente convencidos de que Jesús Resucitado se hallaba en el Cenáculo, y se gozaron los Apóstoles, los discípulos y los demás, viendo al Señor.

3. Terminada la comida, Jesús, con asistencia de todos, instruyó a los diez Apóstoles presentes acerca de trascendentales misterios, y en especial del Santo Sacrificio de la Misa; y también del Sacramento de la Penitencia o Confesión que iba a instituir poco después. Además, manifestó solemnemente que, con su Resurrección gloriosa, había quedado restablecido el domingo como día consagrado al Señor; quedando así abolida la observancia del sábado judío. A las 8h. de la tarde, Jesús celebró la Santa Misa, hallándose pre-

sentés la Divina María, los diez Apóstoles y todos los demás, dándoles la Santa Comunión. Seguidamente, otra vez les dijo a los diez Apóstoles: *«Paz a vosotros. Como el Padre me envió, así también Yo os envío»*. Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos, y les dijo: *«Recibid el Espíritu Santo: A los que perdonareis los pecados, les serán perdonados, y a los que se los retuviereis, les serán retenidos»*; instituyendo así Jesús el Sacramento de la Penitencia o Confesión. Cuando Cristo sopló sobre ellos, sopló sobre todo el Colegio Apostólico, incluido el Apóstol Tomás que estaba ausente.

4. Ya cerca de las 10h. de la noche de aquel Domingo de Resurrección, poco después de que Jesús desapareciera del Cenáculo, llegó el Apóstol Tomás, que había estado deambulando por Jerusalén pendiente de los diversos comentarios sobre lo que había acontecido en el sepulcro. Y los otros Apóstoles le dijeron: *«Hemos visto al Señor»*; noticia que, en vez de alegrar a Tomás, le turbó porque le decían que en su ausencia habían visto a Jesús; obstinándose aún más en su incredulidad. Los demás Apóstoles, con el fin de que le fuera más fácil a él aceptar la Resurrección de Jesús, le dijeron que habían visto la llaga de su Costado y tocado las llagas de sus manos y sus pies. Mas, esta noticia avivó más el resentido orgullo de Tomás, hasta el punto que él les dijo: *«Si no viere las llagas de sus manos y de sus pies, y metiere mi dedo en ellas, y si no viere la llaga de su costado derecho, y metiere mi mano en ella, no lo creeré»*; pretendiendo así quedar por encima de los otros; pues si ellos decían que habían tocado las llagas de las manos y los pies de Jesús, él no creería mientras no metiese incluso su mano en la llaga del Deífico Costado.

5. Viendo el Apóstol Pedro que de nada servía a Tomás el testimonio de ellos, le dijo al Apóstol que fuese a consultar con la Santísima Virgen María, ya que las palabras de Ella no podrían darle la menor desconfianza; mas, Tomás, no haciendo caso del consejo de Pedro, abandonó nuevamente el Cenáculo.

Capítulo XLVI

Cristo se aparece otra vez a los Apóstoles en el Cenáculo estando ahora Tomás

1. Desde el día 27 de marzo hasta el 3 de abril del mismo año 34, Tomás estuvo otra vez ausente del Cenáculo, pendiente de las noticias que había por Jerusalén; las cuales le inquietaron de tal manera que resolvió volver con los otros Apóstoles para saber de boca de la Santísima Virgen María si Jesús había resucitado verdaderamente o no; y lo que Ella le dijese, lo acataría como verdad. Con estas buenas disposiciones, al octavo día, es decir el domingo 3 de abril, poco antes del mediodía, cuando se disponían a comer, Tomás llegó al Cenáculo; mas, no le dio tiempo a hacer su deseada consulta con la Santísima Virgen María; ya que, a las 12h. en punto de la mañana, cuando los Apóstoles se hallaban sentados a la mesa, y Tomás con ellos, se apareció Jesús estando cerradas las puertas, y se

puso en medio, y dijo: *«Paz a vosotros»*. Y antes de que Él se dirigiese a Tomás, afeó a los Once la incredulidad y dureza de corazón por no haber aceptado, en sus respectivos momentos, los distintos testimonios de su Resurrección.

2. Y después, Jesús dijo a Tomás: *«Mira las llagas de mis manos y de mis pies, y mete tu dedo en ellas»*. Y tras haber metido el Apóstol el dedo en ellas, el Señor agregó: *«Trae ahora tu mano; y métela en la llaga de mi costado derecho, y no seas incrédulo, sino fiel»*. Y Tomás, tras haber introducido su mano derecha en el Deífico Costado derecho, cayó de rodillas conrito y exclamó arrepentido: *«¡Señor mío, y Dios mío!»*. Y Jesús le dijo: *«Porque me has visto y tocado, Tomás, has creído; bienaventurados los que no vieron ni tocaron, y creyeron»*.

3. Seguidamente, Jesús celebró la Santa Misa y les dio a todos la Sagrada Comunión. Al final, dijo a los Apóstoles que fueran ya a Galilea, en donde se les manifestaría de nuevo. Este mandato era también para todos los miembros de las dos comunidades carmelitanas, ya que Él quería alejarles de Jerusalén ante el peligro que corrían de parte de los Pontífices y el Sacerdote; y también, porque, con el apostolado de todos en Galilea, se avivaría en muchos de los de allí la fe evangélica casi extinguida en ellos. Además, estaba en el plan divino, de que el Apóstol Pedro recibiera en aquella región el Sacramento del Papado, y de que todos estuviesen presentes en tan magno acontecimiento.

4. A las 12h. de la noche en que comenzaba el lunes 4 de abril del año 34, la Divina María, los once Apóstoles, los discípulos incluido Lázaro, y las piadosas mujeres incluidas María Magdalena, Marta y María esposa de Obedi, salieron para Galilea, llegando a las casas conventuales que se hallaban en Cafarnaún y cerca de Betsaida, el viernes 8 de abril por la tarde.

Capítulo XLVII

Cristo se aparece a los once Apóstoles a orillas del Mar de Galilea

1. Pedro, en Cafarnaún, con el fin de buscar alimento para las dos comunidades religiosas, recurrió de nuevo a su antiguo oficio de la pesca. El sábado 9 de abril por la noche de aquel año 34, estando juntos Pedro, Santiago el Mayor, Juan, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el Menor, Tadeo y Simón, el Apóstol Pedro les dijo: *«Voy a pescar»*. Y ellos le dijeron: *«Vamos también nosotros contigo»*. Salieron pues los Once y subieron en una misma barca, introduciéndose en el Lago de Genesaret; y aunque estuvieron toda aquella noche afanados en la pesca, no cogieron nada. Al amanecer del día 10 de abril, desanimados, iniciaron su retorno a tierra. Unos cien metros antes de llegar a la orilla del Lago, se puso Jesús a la ribera, pero no le conocieron los Apóstoles. Y Él les dijo: *«¿Muchachos, tenéis algo de comer?»*. Le respondieron: *«No»*. Jesús les dijo: *«Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis»*. Echaron la red, y ya

no la podían sacar por la gran cantidad de peces que cogieron.

2. Ante este prodigio, Juan se dio cuenta que aquel Hombre que les hablaba con fuerte voz desde la orilla, era Jesús. Por lo que el Apóstol dijo entonces a Pedro: «*El Señor es*». Y Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó su túnica de calle, porque estaba con la túnica interior, saltó al mar y empezó a caminar milagrosamente sobre las aguas. Y los otros Apóstoles fueron con la barca hacia la orilla tirando de la red con los peces, porque no estaban lejos de tierra, sino como cien metros. Mas, Pedro, como fue andando milagrosamente sobre las aguas hacia donde estaba el Maestro, llegó a tierra mucho antes, y esperó junto a Él a que llegaran los demás.

3. Cuando los otros diez saltaron a tierra, vieron brasas puestas, y sobre ellas un pez, que no era de la pesca que habían hecho, y había también un pan. Y Jesús les dijo a los Once: «*Traed primero los peces que cogisteis*». Entonces, subió Pedro a la barca, y arrastró la red a tierra llena de grandes peces: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Y una vez que recogieron los peces para el sustento de ambas comunidades, Jesús les dijo: «*Venid, y comed*». Y Él, tomando el pan y el pez que tenía preparado, multiplicó milagrosamente ambos alimentos, y dio de comer primero al Apóstol Pedro, y seguidamente a los otros diez Apóstoles; y ninguno de ellos osaba preguntarle al Divino Maestro: «*¿Quién es Pedro, que tanto puede?*». Jesús, al dar de comer a sus Apóstoles del pan y del pez preparados por Él, y no de los peces pescados por ellos, les enseñaba que, como Sacerdotes suyos, no deberían ya recurrir a oficios impropios del sagrado ministerio, como era el de la pesca; pues, sirviendo fielmente en el altar, Él les proveería de todo lo necesario para alimentar sus cuerpos. Ésta fue ya la tercera vez que Jesús se apareció a sus Apóstoles agrupados, después que resucitó de entre los muertos.

Capítulo XLVIII

Cristo confiere a Pedro el Sacramento del Papado

1. Y como llegara el momento en que Jesús iba a conferir a Pedro el Sacramento del Papado para delegar en él la suprema autoridad sobre la Iglesia, la Divina María, sabiendo que era voluntad de su Divino Hijo que las comunidades religiosas estuviesen presentes en tal acontecimiento, se encargó de reunir a todos y encaminarlos adonde se hallaban Jesús y sus once Apóstoles, que era a la orilla del Mar de Galilea.

2. A las 7h. de la mañana de aquel domingo 10 de abril del año 34, después que los once Apóstoles hubiesen comido del pan, y del pez que Jesús preparó sobre las ascuas, estando presentes también ambas comunidades, dijo Él a Pedro: «*¿Me amas más que estos?*». Y él le respondió: «*Sí, Señor; Tú sabes que te amo*». Jesús le dijo: «*Apacienta mis corderos*». Y por segunda vez, volvió a preguntarle a Pedro: «*¿Me amas?*». Y el Apóstol le respondió: «*Sí, Señor; Tú sabes que te amo*». Jesús le dijo: «*Apacienta mis corde-*

ros». Y por tercera vez, Jesús preguntó a Pedro: «*¿Me amas?*». Y Pedro se entristeció porque le había dicho la tercera vez: «*¿Me amas?*». Y le dijo: «*Señor; Tú sabes todas las cosas: Tú sabes que te amo*». Jesús le dijo: «*Apacienta mis ovejas*».

3. Seguidamente, Jesús impuso sus Divinas Manos sobre la cabeza del Apóstol Pedro, confiriéndole así el Sacramento del Papado, por el que era investido de la suprema autoridad de la Iglesia. Esta imposición, además de ser contemplada por la Divina María, fue vista por el mismo Pedro, Santiago el Mayor y Juan, estando los tres en éxtasis; mas, no fue vista por los demás concurrentes, si bien todos estos veían a Jesús sin que estuviesen en éxtasis. Después, Jesús mandó que besaran humildemente los pies a Pedro, en señal de acatamiento a su legítima autoridad de Supremo Pastor de la Iglesia; siendo María Santísima la primera que lo hizo, para enseñarnos a todos el respeto y sumisión debidos al Vicario de Cristo. Luego, Jesús celebró la Santa Misa y poco más tarde desapareció.

4. Pedro, fortalecido con el Sacramento del Papado, fue con los demás Apóstoles y recorrió los territorios del Lago de Tiberíades; concurriendo muchos a oír las enseñanzas de ellos; y en no pocos se renovó la fe en Jesucristo que antes habían perdido por su falta de correspondencia a la gracia.

5. Al mismo tiempo que Pedro había quedado constituido Papa, quedó también constituido Superior General de la Orden Carmelitana; cargo que, desde la Muerte de Cristo, había ostentado transitoriamente el discípulo y Profeta Ágabo.

Capítulo XLIX

Otras dos apariciones de Cristo a los once Apóstoles

1. El martes día 12 de abril, tras un laborioso apostolado, el Papa Pedro y los demás Apóstoles se retiraron a un lugar apartado de la orilla del Mar de Galilea, para fortalecerse a solas con la oración. Cuando estaban allí, hacia las 3h. de la tarde se les apareció Jesús para instruirles en muchos de los misterios de la fe y también exhortarles a que se mantuviesen unidos. Ellos sentían gran consolación; pues, de las Divinas Llagas de Jesús salían misteriosos y confortantes efluvios que les inundaban de ardiente amor a Dios.

2. Jesús les habló con gran intimidad de su Sacratísima Pasión y Muerte, en virtud de la cual el Padre había sido debidamente reparado y la humanidad redimida. Esto produjo en Pedro tal deseo de padecer por su Divino Maestro, que hasta anheló en su interior, sin vanagloria alguna, la misma clase de muerte que Él tuvo. Por lo cual, Jesús le dijo a Pedro: «*En verdad, en verdad te digo, que cuando eras mozo, te ceñías e ibas adonde querías; mas, cuando ya fueres viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará adonde tú no quieras*». Esto lo dijo para indicar que Pedro había de glorificar a Dios muriendo clavado en una cruz; y aunque, a la vista del martirio, él sentiría humana resistencia, Jesús le fortalecería para que lo aceptase. Y seguidamente, le dijo Jesús: «*Sígueme*»; mani-

festándole así a Pedro que el privilegio de morir por Él estaba condicionado a su fidelidad como Jefe de la Iglesia, y a su correspondencia a la gracia.

3. Viendo Jesús que los demás Apóstoles deseaban en su interior la misma suerte final que Pedro, les anunció también que coronarían su vida con el martirio cruento; aunque manifestó, a la vez, cierta reserva sobre Juan, por lo que entendieron los demás que éste no moriría.

4. Poco después, cuando Jesús estaba hablando a solas con Pedro, volviéndose éste, vio que se acercaba a los dos el Apóstol Juan. Y cuando Pedro vio a Juan, dijo a Jesús: «Señor, ¿y éste qué?». Y Jesús le dijo: «Si quiero que él quede así hasta que Yo venga, ¿a ti qué te va? Tú sígueme». Y, de esta manera, Jesús manifestó claramente a Pedro que Juan sobreviviría hasta el fin de los tiempos. Mas, Pedro, que quedó aún en la duda de si Juan, llegado el fin de los tiempos, moriría o no, manifestó a los demás su incertidumbre sobre esta cuestión; pues, no le había dicho Jesús a Pedro: «Juan no morirá»; sino: «Si quiero que él quede así hasta que Yo venga, ¿a ti qué te va?». Y mientras Juan sabía ciertamente que no moriría hasta el fin de los tiempos, gran parte del misterio sobre él les quedaba velado a los otros Apóstoles.

5. El miércoles 13 de abril, el Señor se apareció de nuevo a los Once, que estaban reunidos junto a la roca en que a Pedro le había sido conferido el Papado. Jesús, después de celebrar la Misa en presencia de ellos, antes de despedirse, les dijo que, al día siguiente, jueves 14 de abril, le esperasen en el Monte de las Bienaventuranzas; y que estuviesen también allí los discípulos, las piadosas mujeres y demás creyentes.

Capítulo L

Cristo se aparece en el Monte de las Bienaventuranzas

1. El jueves 14 de abril del año 34, los once Apóstoles fueron al Monte a donde Jesús les había mandado. Allí también se habían reunido la Divina María, los discípulos, las piadosas mujeres y otros muchos creyentes recuperados por el ministerio de Pedro y de los otros Apóstoles. A las 12h. del mediodía, Jesús se apareció a todos, que eran más de quinientos. Y cuando lo vieron, le adoraron; mas, a algunos, que no le habían visto antes resucitado, no saliendo de su asombro, les parecía al principio, más que realidad, ilusión lo que veían.

2. Jesús, para resaltar la autoridad de Pedro, su Vicario en la tierra, colocó al Apóstol a su derecha, y luego les habló a todos recordándoles muchas de las enseñanzas pronunciadas por Él en el Sermón de la Montaña, tiempo atrás. A las 3h. de la tarde Jesús celebró la Santa Misa, dio la Comunión a todos, y luego desapareció.

3. A partir de aquel 14 de abril hasta su Ascensión a los Cielos, Jesús se aparecería muchas veces a sus Apóstoles, y casi siempre celebraba la Santa Misa.

Capítulo LI

Cristo manda a los Apóstoles y a los demás, que vuelvan a Jerusalén

El día 28 de abril del año 34, Él se apareció de nuevo a sus Apóstoles ordenando que volvieresen todos a Jerusalén; por lo que, la Santísima Virgen María, los once Apóstoles, los demás miembros de las dos comunidades religiosas y otros creyentes, saliendo de Galilea, llegaron al Cenáculo de Jerusalén el martes 3 de mayo del año 34.

Capítulo LII

Cristo se aparece de nuevo a los once Apóstoles y a los demás reunidos en el Cenáculo en torno a la Divina María

1. El miércoles día 4 de mayo del año 34, estando los once Apóstoles, los discípulos, las piadosas mujeres y otros muchos creyentes, reunidos en el Cenáculo en torno a la Divina María, a las 3h. de la tarde se apareció Jesús con gran majestad; y, tras recordarles muchas de las cosas que antes les había enseñado, y esclarecerles otros muchos misterios, les dijo: «Estas son las palabras que os hablé estando aún con vosotros; pues, era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de Mí en el Libro de Enoc, en los Libros de Moisés, en los Salmos de David, en el Libro de Isaías y los Libros de los otros profetas». Entonces, especialmente a los Apóstoles, les dio mayor capacidad para que entendiesen mejor las Escrituras, en consonancia con la Ley Evangélica. Y les dijo: «Así está vaticinado en las Escrituras: que era menester que el Cristo de Dios padeciese, y resucitase al tercer día de entre los muertos; y que se predicase en su Nombre penitencia y remisión de pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén. Y vosotros testigos sois de estas cosas. Y Yo enviaré sobre vosotros al Espíritu Santo, prometido por mi Padre. Por eso, vosotros permaneced aquí en la ciudad de Jerusalén hasta que seáis investidos de especialísimos dones y virtudes de lo Alto». Después de hablarles, el Señor celebró la Santa Misa, y desapareció.

2. Ese mismo día 4 de mayo, a las 5,30h. de la tarde, cuando Santiago el Mayor se hallaba solo en oración, Jesús se le apareció para encomendarle la evangelización de España, al ser nación singularmente destinada a la extensión del Reino de Dios.

Capítulo LIII

Última aparición de Cristo a sus Apóstoles y a los demás reunidos en el Cenáculo en torno a la Divina María

1. El jueves 5 de mayo de aquel año 34, a las 9h. de la mañana, Jesús, lleno de gloria y majestad, se apareció en el Cenáculo de Jerusalén cuando se hallaban todos congregados en oración en torno a la Santísima Virgen María. Durante tres horas Él les sintetizó lo que les había enseñado en el tiempo que estuvo con ellos y les esclareció otros muchos misterios que les reservaba para este momento.

2. Y cuando estaba comiendo con ellos, mandó de nuevo a los Once que no se fuesen de Jerusalén, sino que esperasen aquí el cumplimiento de la promesa del Padre de que les enviaría el Espíritu Santo. Y también les dijo: «*Juan Bautista en verdad os bautizó en agua*»; para recordarles que, en dicho bautismo, no recibieron el Espíritu Santo, sino sólo un reflejo del mismo. Y luego dijo: «*Y Yo os bauticé en el Espíritu Santo*»; para recordarles que en este bautismo recibieron la Habitabilidad del Espíritu Santo en sus almas. Y después agregó: «*Mas, vosotros seréis inundados del Espíritu Santo no mucho después de estos días*»; y así les indicaba que recibirían días después, mediante el Pentecostés, una mayor plenitud del Paráclito y extraordinarios carismas.

3. A las 12h. de la mañana de aquel jueves 5 de mayo, Jesús, sentado con sus once Apóstoles en la misma mesa en que fue la Última Cena, comió a solas con ellos; pues, quería confiarles secretos relacionados con el Reino de Dios. Después, celebró la Santa Misa, en la que estuvieron presentes todos los del Cenáculo, a los cuales les administró la Santa Comunión.

4. A las 2,30h. de la tarde, ya terminada la Misa, Jesús marchó en dirección a Betania con su Divina Madre, los Apóstoles, los discípulos, las piadosas mujeres y demás creyentes, sin que, por providencia especial, ningún extraño advirtiese el paso de la comitiva. Tras nuevas enseñanzas en Betania, a las 5h. de la tarde, Jesús, con su Divina Madre y demás, salió hacia la cima del Monte de los Olivos.

5. Una vez allí, transfigurado a la vista de todos, Jesús habló así a sus Apóstoles: «*Se me ha dado toda potestad en el Cielo y en la tierra. Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio a toda criatura. Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado. El que creyere, fuere bautizado y practicar, será salvo; y el que no, será condenado. Y estas señales harán los que creyeren: lanzarán demonios en mi Nombre; hablarán nuevas lenguas; tocarán serpientes sin recibir daño alguno; y si bebiere alguna cosa mortífera, no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán*»; refiriéndose aquí, más principalmente, a los sobrenaturales efectos de la acción del Espíritu Santo sobre la Iglesia; y también, a los prodigios materiales mediante el ejercicio de la fe. Y seguidamente les dijo: «*Mirad que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos*»; reafirmando así la promesa de su continua asistencia a la Iglesia, más especialísimamente en la persona del Papa, su legítimo representante.

Capítulo LIV

La admirable Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo a los Cielos

1. Estando, pues, en el Monte de los Olivos, Jesús, antes de ascender a los Cielos, habló también a los Apóstoles del triunfo del Evangelio y de la futura implantación de su Iglesia en todo el mundo, y en espe-

cial del Reino Mesiánico. Mas, ellos, aunque entendían que les hablaba principalmente de un Reino espiritual, no descartaron la idea, aunque errónea, de que dicho Reino fuera también temporal, y por eso dijeron a Jesús: «*Señor, ¿restituirás en este tiempo el reino a Israel?*». Y les dijo: «*No toca a vosotros conocer los tiempos o los momentos en que se cumplirán las cosas, ya que esto es designio secreto de la potestad del Padre. Mas, la misión vuestra es extender el Evangelio por todo el mundo como manifestación de que el Reino de Dios ha llegado. Para ello, recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén, y en toda Judea, y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra*».

2. A las 6h. en punto de la tarde de aquel jueves 5 de mayo del año 34, el Señor Jesús, después que les habló, alzando sus manos los bendijo; y, mientras los bendecía, separo de ellos; y, viéndolo todos, fue elevándose con majestad y gloria al Cielo por su propia virtud divina; y le recibió una Nube mayestática que le ocultó a sus ojos, la cual era el Eterno Padre que, bajo esa apariencia, vino a recibir a su Unigénito; quedando Éste inmerso y oculto en aquella Nube. Los Apóstoles, los discípulos, las piadosas mujeres y demás presentes que, en profunda adoración, contemplaban arrodillados aquel prodigioso hecho, entendieron que el Padre se manifestaba así para glorificar al Hijo, el cual era recibido arriba en el Cielo y está sentado a la diestra de Él.

3. Y estando todos mirando al Cielo cuando Él se iba, en el mismo instante en que Jesús se ocultaba, he aquí que se hicieron visibles junto a ellos dos varones con vestiduras blancas; los cuales eran Elías y Enoque, con dotes gloriosos y sin que nadie los viera, habían estado a un lado y otro del Señor, antes de elevarse, escuchando sus últimas instrucciones. Ambos Profetas les dijeron: «*¿Varones Galileos, qué estáis mirando al Cielo? Este Jesús, que a vuestra vista ha ascendido al Cielo, retornará en su Segunda Venida, como le habéis visto ir al Cielo*». También Moisés estuvo presente, y luego se hizo visible a los que allí estaban. Los tres santos Profetas desaparecieron después.

4. La Divina María, en sublimísimo arrobó y transfigurada a la vista de todos, contempló la admirable Ascensión de su Divino Hijo a los Cielos, participando con todo su Ser de la gloriosa entronización oficial de Él a la diestra del Padre y de la oficial apertura del Reino de los Cielos; en donde Jesús había entrado triunfante acompañado de las miriadas angélicas, y de los demás Bienaventurados.

Capítulo LV

La Divina María, los Apóstoles y todos los demás, vuelven a Jerusalén

1. Después de la Ascensión del Señor, todos ellos descendieron del Monte de los Olivos y entraron en Jerusalén con gran gozo. Y una vez en la ciudad, subieron al Cenáculo, en donde se quedaron los once Apóstoles: Pedro, Santiago el Mayor, Juan, Andrés,

Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el Menor, Tadeo y Simón. Y todos estos, en torno a María, Madre de Jesús, perseveraban unánimes en oración con los discípulos, las piadosas mujeres y otros.

2. Y estaban siempre en aquel primer Templo cristiano, que era la Capilla del Cenáculo, alabando y bendiciendo a Dios; y de esta manera, se preparaban para la Venida del Espíritu Santo.



¡Adorada sea la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo!

**SANTA SEDE APOSTÓLICA
SEVILLA**

**PATRIARCADO DEL PALMAR DE TROYA
ORDEN DE LOS CARMELITAS DE LA SANTA FAZ**

Residencia: Abad Gordillo nº 5 - Apartado 4.058
41.080 — Sevilla (España)

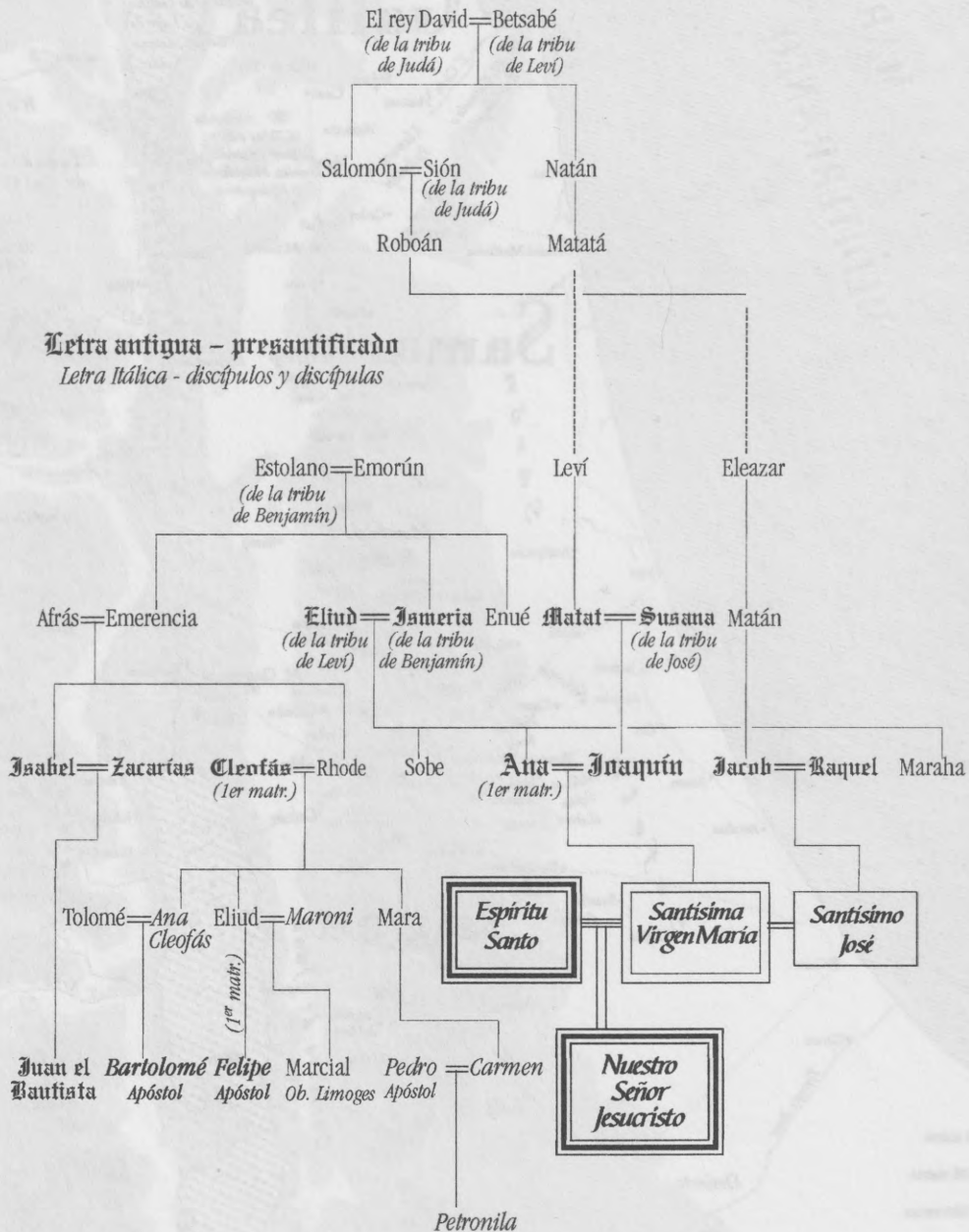
Si alguien se atreviere a negar que este tercer tomo de la Historia Sagrada o Santa Biblia Palmariana es verdad revelada por Dios, sea anatema.

Con Nuestra Bendición Apostólica,
Gregorius XVII P.P. Póntifex
Máximus.



Genealogía de la Familia de Nuestro Señor Jesucristo

según la Historia Sagrada o Santa Biblia Palmariana

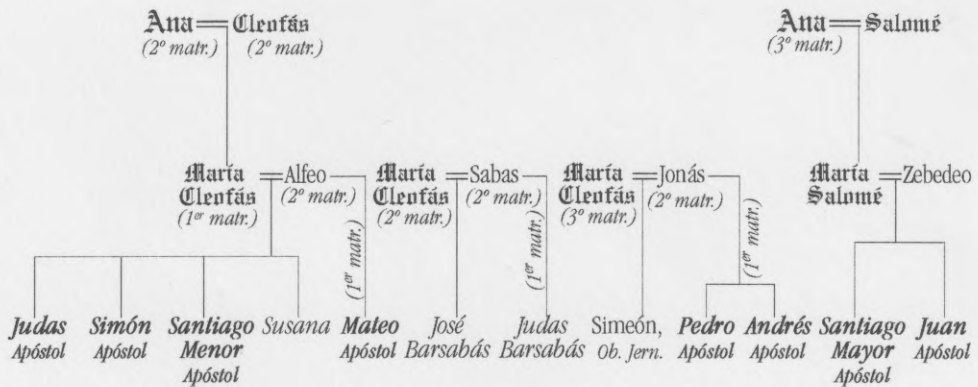


Sucesivos matrimonios de la Santísima Ana

según la Historia Sagrada o Santa Biblia Palmariana

Letra antigua – presantificado

Letra Itálica - discípulos y discípulas



Índice

Decimotercera Parte La Santísima Virgen María, Puerta Dorada del Nuevo Testamento, y el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo

A) La Santísima Virgen María, Puerta Dorada del Nuevo Testamento

Libro I

Los Santísimos Ana y Joaquín, Padres de la Divina Virgen María

Capítulo I	Santa Ana y San Joaquín	487
Capítulo II	Descendencia de Emerencia, hermana de Ismeria y tía de Santa Ana	487

Libro II

El Santísimo José, Esposo de la Divina Virgen María

Capítulo I	San José predestinado en la mente divina para ser Jefe de la Sagrada Familia y Medianero Universal de las gracias	488
Capítulo II	Los Santos Jacob y Raquel, padres del Santísimo José	488
Capítulo III	La Concepción del Santísimo José	488
Capítulo IV	La presantificación del Santísimo José	489
Capítulo V	El Sagrado Trueque de Corazones entre Cristo, María y José	489
Capítulo VI	Cualidades gloriosas del alma y de los cuerpos de San José	490
Capítulo VII	Los méritos de San José y sus sacrificios	491
Capítulo VIII	El Nacimiento del Santísimo José. El dulce Nombre de José. Presentación del Niño José en el Templo. Niñez y juventud de San José	492

Libro III

La Santísima Virgen María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo

Capítulo I	La Triple Bendición, Sacramento de la Inmaculada Concepción	493
Capítulo II	El Arcángel San Gabriel anuncia a los esposos Ana y Joaquín que tendrán una hija	493

Capítulo III	La transformación de las semillas de Santa Ana y San Joaquín	493
Capítulo IV	La Concepción Inmaculada de María ..	494
Capítulo V	Cualidades gloriosas del Alma y de los Cuerpos de la Divina María	494
Capítulo VI	La Divina María, en el seno de su madre Santa Ana, hace voto de Perpetua Virginidad y se ofrece como Víctima para la Obra de la Reparación y Redención	494
Capítulo VII	El Cuerpo Místico de María	495
Capítulo VIII	La Natividad e Infancia de la Santísima Virgen María	495
Capítulo IX	Excelencias del Dulcísimo Nombre de María	496
Capítulo X	El convento de religiosas esenias o carmelitas del Templo de Dios en Jerusalén	496
Capítulo XI	La Presentación e ingreso religioso de la Niña María en el Templo a los tres años	497

Libro IV

Últimos años de la vida de los Padres de la Virgen María

Capítulo I	Muerte del Santísimo Joaquín	498
Capítulo II	Sucesivos matrimonios de la Santísima Ana	498
Capítulo III	Santa Ana entrega a sus hijas menores al Templo de Dios en Jerusalén	498
Capítulo IV	Muerte de la Santísima Ana	498

Libro V

El Desposorio de la Santísima Virgen María con el Santísimo José

Capítulo I	El Desposorio de la Santísima Virgen María con el Santísimo José	499
Capítulo II	Los desposorios de María Cleofás y María Salomé, hermanas de la Santísima Virgen María. Sus respectivas descendencias	499

Libro VI

Muerte del Santísimo José 500 |

Libro VII

Último destino de la Triple Bendición 500 |

B) El Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo

Libro I

**Desde el 23 de septiembre
del año 5198 de la Creación
hasta el 19 de marzo del año 29
de la Era Cristiana:**

**La concepción del Precursor.
La Encarnación del Verbo Divino.
La Natividad, Infancia y Vida oculta
de Nuestro Señor Jesucristo**

Capítulo I	Prólogo	501
Capítulo II	Genealogía de Nuestro Señor Jesucristo por la línea de su Divina Madre, la Santísima Virgen María	501
Capítulo III	Genealogía de Nuestro Señor Jesucristo por la línea de su Padre virginal y legal, el Santísimo José	502
Capítulo IV	La concepción de San Juan Bautista	502
Capítulo V	La Anunciación a la Santísima Virgen María y la Encarnación del Verbo Divino	503
Capítulo VI	La misión de San José en el misterio de la Encarnación del Verbo Divino	503
Capítulo VII	La Visitación de la Santísima Virgen María a su prima Santa Isabel	504
Capítulo VIII	El nacimiento y la circuncisión de San Juan Bautista, el Precursor	504
Capítulo IX	El Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo	504
Capítulo X	La adoración de los pastores y la de la familia del Precursor	505
Capítulo XI	La Circuncisión de Nuestro Señor Jesucristo	505
Capítulo XII	La adoración de los tres santos Reyes	505
Capítulo XIII	La Purificación de la Santísima Virgen María y la Presentación del Niño Jesús en el Templo	506
Capítulo XIV	La Huida a Egipto de la Sagrada Familia	506
Capítulo XV	Matanza de los Santos Inocentes	507
Capítulo XVI	Retorno a la tierra de Israel de la Sagrada Familia	507
Capítulo XVII	Levantamiento del falso mesías Judas el Galileo	507
Capítulo XVIII	El Niño Jesús perdido y hallado en el Templo	507
Capítulo XIX	El Sumo Sacerdote Anás funda la Masonería	508
Capítulo XX	La Vida oculta de Nuestro Señor Jesucristo en Nazaret. Muerte del Santísimo José ..	508

Libro II

**Desde el 20 de marzo del año 29
hasta el 5 de marzo del año 31:**

**Misión precursora de San Juan Bautista.
La Vida semipública de Cristo.
Comienzo de su Vida Pública**

Capítulo I	Cristo comunica a San Juan Bautista que debe comenzar ya su misión precursora. Vida semipública de Cristo	509
Capítulo II	La manifestación del Precursor	509
Capítulo III	Comienza la Vida Pública de Cristo al ser bautizado por Juan en el Jordán. Cristo instituye el Sacramento del Bautismo	510
Capítulo IV	Cristo se retira al Monte de la Cuarentena en el desierto de Judá	510
Capítulo V	Embajada oficial de las autoridades judías al Precursor	511
Capítulo VI	Cristo vuelve al Jordán: El testimonio del Bautista	511
Capítulo VII	Los primos y parientes de Nuestro Señor Jesucristo	511
Capítulo VIII	Encuentro de Cristo con los cuatro primeros futuros Apóstoles	511
Capítulo IX	Cristo hace la primera llamada a la jerarquía levítica para que le sigan como discípulos. Cristo enseña la Oración del Padrenuestro. Viaje de Cristo a Galilea y encuentro con otros futuros Apóstoles	512
Capítulo X	Las bodas de Caná. Institución del Sacramento del Matrimonio. El milagro de la conversión del agua en vino	512

Libro III

**Desde el 5 de marzo del año 31
hasta el 3 de abril del año 32**

Capítulo I	Jesús va a Jerusalén para la Pascua del año 31	513
Capítulo II	Primera expulsión de los mercaderes del Templo	513
Capítulo III	Cristo celebra la Pascua en Jerusalén ...	514
Capítulo IV	Judas Iscariote es admitido como discípulo	514
Capítulo V	El coloquio de Cristo con Nicodemo	514
Capítulo VI	Apostolado de Cristo por Judea	515
Capítulo VII	Nuevo testimonio de Juan Bautista en favor de Cristo	515
Capítulo VIII	Cristo deja Perea y va para Judea. Cristo hace la segunda llamada a la jerarquía levítica para que le sigan como discípulos. Cristo deja Judea y va para Galilea	515
Capítulo IX	La conversión de la Samaritana	516
Capítulo X	Intentan matar a Cristo en Nazaret	517
Capítulo XI	Apostolado de Cristo por otros muchos lugares de Galilea desde el 25 de mayo al 12 de septiembre del año 31. Visión general del apostolado	517
Capítulo XII	La curación del hijo del régulo	518

Capítulo XIII	En Cafarnaún, Cristo cura a un endemoniado	518	Capítulo XII	Curación del siervo del centurión	530
Capítulo XIV	Cristo cura a Mara, suegra de Pedro, y a otros muchos enfermos. Intenso apostolado a orillas del Lago de Genesaret	518	Capítulo XIII	Viaje de Cristo a Jerusalén. En Nain resucita a Marcial, hijo de la viuda Maroni	530
Capítulo XV	Llamada definitiva a diez de los discípulos	519	Capítulo XIV	Cristo no es recibido por los samaritanos. Episodio de los tres candidatos	531
Capítulo XVI	La curación de Simón el leproso	519	Capítulo XV	Cristo llega a Betania y predica en la sinagoga. Cumple en el Templo de Jerusalén con el precepto del Pentecostés	531
Capítulo XVII	La curación del paralítico de Cafarnaún	519	Capítulo XVI	La conversión de María Magdalena ..	531
Capítulo XVIII	Llamada definitiva de los otros dos discípulos	520	Capítulo XVII	Viaje de Cristo por Galilea. Necesidad de una evangelización más intensa	532
Capítulo XIX	Las primeras comunidades cristianas de religiosos carmelitas. Cristo continúa su intenso apostolado por Galilea	521	Capítulo XVIII	Cristo manda a predicar a los Apóstoles de dos en dos	532
Capítulo XX	Viaje de Cristo a Jerusalén para la fiesta de los Tabernáculos	521	Capítulo XIX	Misión de los doce Apóstoles por Galilea	533
Capítulo XXI	Cristo se reúne con el Bautista a orillas del Jordán	521	Capítulo XX	Cristo elige a los setenta y dos discípulos, y los envía a predicar	534
Capítulo XXII	El encarcelamiento de Juan Bautista ..	521	Capítulo XXI	Cristo manifiesta su júbilo por el apostolado de los setenta y dos discípulos	534
Capítulo XXIII	Cristo celebra en Jerusalén la fiesta de la Dedicación y después se marcha para Galilea ..	521	Capítulo XXII	Cristo va a Jerusalén para la fiesta de los Tabernáculos. Predica en Jericó la parábola del Buen Samaritano	534
Capítulo XXIV	Nuevo apostolado de Cristo por Galilea	522	Capítulo XXIII	Episodio de Marta y María Magdalena en Betania	535
Capítulo XXV	Elección de nuevos discípulos	522	Capítulo XXIV	Apostolado de Cristo en Judea	535
Capítulo XXVI	La embajada a Cristo de Juan Bautista	522	Capítulo XXV	Cristo retorna a Cafarnaún. Curación de un endemoniado ciego y mudo	536
Capítulo XXVII	Cristo elogia públicamente a Juan Bautista	522	Capítulo XXVI	Cristo predica en la sinagoga de Cafarnaún. Alabanzas a Cristo y María	536
Capítulo XXVIII	Apostolado de Juan Bautista en la cárcel. Martirio de Juan Bautista	523	Capítulo XXVII	Cristo vuelve a la casa conventual de Cafarnaún, y allí enseña	537

Libro IV

**Desde el 3 de abril del año 32
hasta el 25 de marzo del año 33**

Capítulo I	Cristo va a Jerusalén para la Pascua del año 32	523	Capítulo XXX	Cristo enseña por medio de parábolas	538
Capítulo II	Entierro de Juan Bautista	523	Capítulo XXXI	Cristo enseña la parábola del sembrador	538
Capítulo III	Cristo celebra la Pascua en Betania. Cristo hace la tercera y última llamada a la jerarquía levítica para que le sigan como discípulos	523	Capítulo XXXII	Cristo sigue enseñando más parábolas a orillas del Lago de Genesaret	539
Capítulo IV	Curación del paralítico de la piscina de Betsda	524	Capítulo XXXIII	Cristo enseña a orillas del Lago la parábola de la cizaña	540
Capítulo V	La magistral respuesta de Cristo a los judíos	524	Capítulo XXXIV	Otra predicación de Cristo a orillas del Lago	541
Capítulo VI	Cristo va a Cafarnaún. Episodio de las espigas cortadas en sábado	525	Capítulo XXXV	Cristo calma una gran tempestad en el Lago	542
Capítulo VII	Cristo cura al hombre que tenía la mano seca	525	Capítulo XXXVI	Cristo cura a dos endemoniados de Gerasa	542
Capítulo VIII	Cristo se retira para evitar contiendas con los fariseos	526	Capítulo XXXVII	Cristo, desde Gerasa, se embarca en dirección a Cafarnaún. Misión apostólica de los dos esposos	543
Capítulo IX	Cristo sube al Monte de las Bienaventuranzas con sus discípulos. Elección de los doce Apóstoles	526	Capítulo XXXVIII	Cristo desembarca próximo a Cafarnaún, predica a la muchedumbre que le está esperando, sana a la hemorroisa y resucita a la hija de Jairo	543
Capítulo X	Cristo desciende del Monte de las Bienaventuranzas y cura a multitud de enfermos ..	526	Capítulo XXXIX	Cristo cura en Cafarnaún a dos ciegos y a un mudo endemoniado	544
Capítulo XI	Cristo sube de nuevo al Monte de Melquisedec o de las Bienaventuranzas. Sermón de la Montaña. Promulgación de la Ley Evangélica	526			

Capítulo XL El milagro de la primera multiplicación de los panes y de los peces 544	Capítulo XIX Viaje de Cristo a Cesarea de Filipo. Triple confesión del Apóstol Pedro. Cristo promete a Pedro el Papado de la Iglesia 555
Capítulo XLI Cristo, caminando sobre las aguas, viene a sus Apóstoles y discípulos 545	Capítulo XX Cristo anuncia su Pasión y Muerte por primera vez. Reprende severamente a Pedro 556
Capítulo XLII Buscan a Cristo aquellas gentes a quienes había dado milagrosamente de comer en Betsaida Julias 546	Capítulo XXI Cristo predica en la sinagoga de la aldea de Argob. Viaje de retorno a Cafarnaún. En el camino, Él anuncia a sus Apóstoles y discípulos que muchos de ellos sufrirían el martirio 556
Capítulo XLIII Sermón de la Promesa de la Eucaristía 546	Capítulo XXII La Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo en el Monte de la Santísima Trinidad: Ananías, Melquisedec y Malaquías, o Monte Tabor 556
Capítulo XLIV La apostasía de muchos discípulos 547	Capítulo XXIII Cristo, mientras baja del Monte Tabor, conversa con sus tres Apóstoles 557
Capítulo XLV Apostolado de Cristo por el territorio de Genesaret 547	Capítulo XXIV Cristo y los tres Apóstoles se reúnen con los otros Apóstoles y discípulos. Curación del muchacho lunático y endemoniado 557
Capítulo XLVI Cristo en Cafarnaún habla de la matanza de los Galileos en Jerusalén durante la fiesta judía del Purín 548	Capítulo XXV Viaje de retorno a Cafarnaún. Cristo anuncia por segunda vez su Pasión y Muerte 558
Libro V	
Desde el 25 de marzo del año 33 hasta el 24 de marzo del año 34	
Capítulo I Cristo va a Jerusalén para la Pascua del año 33 548	Capítulo XXVI Episodio en Cafarnaún del tributo de los didracmas 558
Capítulo II Apostolado de Cristo en Jerusalén y sus contornos. Curación de la mujer encorvada 549	Capítulo XXVII Magistral enseñanza de Cristo en la casa conventual de Cafarnaún. Parábola del rey indulgente y el siervo despiadado 559
Capítulo III Cristo come en la casa de Gamaliel en Jerusalén. Curación del hombre hidrópico. Parábolas del último lugar en los convites y de los invitados a la cena 549	Capítulo XXVIII Cristo se siente impelido a abandonar definitivamente Galilea, por la gran apostasía de sus habitantes 560
Capítulo IV Otras enseñanzas de Cristo durante el apostolado que Él hizo por Jerusalén y aldeas próximas 550	Capítulo XXIX Último viaje apostólico de Cristo por Galilea 560
Capítulo V Cristo predica en una sinagoga de Jerusalén. Las tres parábolas de la Divina Misericordia 550	Capítulo XXX Cristo predica por última vez en Cafarnaún. Maldice esta ciudad y otras 561
Capítulo VI Viaje de Cristo a Galilea 551	Capítulo XXXI Desaliento de los Apóstoles. Cristo les manda ir a Jerusalén con muchos de los discípulos, y Él queda todavía en Cafarnaún 561
Capítulo VII Cristo increpa a los fariseos por su hipocresía. La perversa costumbre del Corbán 551	Capítulo XXXII Los doce Apóstoles, los discípulos y las piadosas mujeres salen hacia Jerusalén 561
Capítulo VIII Cristo convoca a las muchedumbres en la sinagoga principal de Cafarnaún para que oigan sus enseñanzas 551	Capítulo XXXIII Cristo abandona definitivamente Galilea y marcha para Jerusalén. Curación de los diez leprosos 562
Capítulo IX Cristo, en la casa conventual de Cafarnaún, explica a sus Apóstoles y discípulos lo enseñado en la sinagoga mediante parábolas 552	Capítulo XXXIV Comienza la fiesta de los Tabernáculos. La gente busca a Cristo. Él se presenta en el Templo y predica 562
Capítulo X Apostolado de Cristo por el norte de Israel. En la ciudad de Dan cura a la hija de la Cananea 552	Capítulo XXXV Cristo sigue enseñando en el Templo durante la fiesta 563
Capítulo XI Apostolado de Cristo en Dan y en Fenicia 552	Capítulo XXXVI Cristo predica en el Templo de Jerusalén el último día de la fiesta 563
Capítulo XII Viaje de Cristo a Chipre 553	Capítulo XXXVII Cristo predica otra vez en el Templo. Episodio de la mujer adúltera. Parábola del padre de familias. Acechancia de los judíos 564
Capítulo XIII Cristo, desde Chipre, retorna a Galilea. Apostolado durante el viaje 553	Capítulo XXXVIII Cristo predica en el gazofilacio del Templo de Jerusalén. Cristo, Luz del mundo 565
Capítulo XIV Cristo llega a Cafarnaún 554	Capítulo XXXIX Otra predicación de Cristo en el Templo de Jerusalén 565
Capítulo XV El milagro de la segunda multiplicación de los panes y de los peces 554	Capítulo XL Cristo disputa en el Templo de Jerusalén con los judíos 566
Capítulo XVI Apostolado de Cristo en la región de Dalmanuta 554	Capítulo XLI Cristo cura a un ciego de nacimiento 567
Capítulo XVII Cristo cruza el Lago en dirección a Betsaida Julias. Exhortación a sus Apóstoles 554	Capítulo XLII Los fariseos persiguen a Sidonio y le expulsan de la Sinagoga 567
Capítulo XVIII Cristo cura al ciego de Betsaida Julias. Después, retorna a Cafarnaún 555	Capítulo XLIII Cristo visita a Sidonio y le bautiza .. 568

Capítulo XLIV	Cristo predica junto a la sinagoga de Ofel. Alegoría del Buen Pastor 568	Capítulo LXXVII	Cristo va a Betania. María Magdalena unge el Deífico Cuerpo del Señor 578
Capítulo XLV	Cristo regresa a Betania con los Apóstoles y discípulos 569	Capítulo LXXVIII	El Sanedrín acuerda matar a Lázaro 579
Capítulo XLVI	Cristo, en compañía de los Profetas Elías, Enoc y Moisés, viaja al Monte de Ananías o Monte Sinai, y después a Egipto 569	Capítulo LXIX	Cristo, en el Monte de los Olivos, manda preparar todo lo necesario para su Entrada Triunfal en Jerusalén. Cristo llora sobre Jerusalén y predice su destrucción 579
Capítulo XLVII	Cristo va desde Betábara de Perea al Templo de Jerusalén, en la fiesta de la Dedicación. Los judíos intentan apedrear y prender a Cristo 569	Capítulo LXX	Entrada Triunfal de Cristo en Jerusalén por la Puerta Dorada 580
Capítulo XLVIII	Cristo se retira con sus Apóstoles y discípulos a Betábara de Perea 570	Capítulo LXXI	Petición de Santiago el Mayor y su hermano Juan 581
Capítulo XLIX	Predicación de Cristo durante su estancia en Betábara de Perea. Parábola del mayordomo infiel 570	Capítulo LXXII	Cristo expulsa por segunda vez a los mercaderes del Templo 581
Capítulo L	Cristo, durante su predicación en Betábara de Perea, habla del matrimonio y de su indisolubilidad 571	Capítulo LXXIII	Cristo cura en el Templo a varios enfermos. Los niños le reconocen como el Hijo de Dios, y le alaban 581
Capítulo LI	Cristo, durante su predicación en Betábara de Perea, enseña la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro 571	Capítulo LXXIV	Nueva reacción deicida de las autoridades judías 582
Capítulo LII	Cristo marcha a Betania con sus Apóstoles y discípulos. Aquí explica otra vez la doctrina sobre la indisolubilidad del matrimonio y habla del celibato 572	Capítulo LXXV	Episodio de la maldición de la higuera 582
Capítulo LIII	Cristo, en la casa conventual de Betania, bendice a unos niños y luego sale para las orillas del Jordán 572	Capítulo LXXVI	Cristo en el Templo se da a conocer a muchos gentiles como el Mesías Prometido 582
Capítulo LIV	Episodio del joven rico. Cristo habla del peligro de las ataduras temporales y resalta la vida religiosa 572	Capítulo LXXVII	Cristo va de nuevo a orar al Huerto de los Olivos 583
Capítulo LV	Cristo, en Betábara de Perea, expone la parábola de los obreros en la viña 573	Capítulo LXXVIII	Cristo ora en el Huerto de los Olivos. Después, va al Templo. Parábola de los hijos enviados a trabajar en la viña y parábola de los labradores homicidas 583
Capítulo LVI	Lázaro de Betania enferma gravemente. María Santísima lo comunica a Jesús. Muere Lázaro y es sepultado 573	Capítulo LXXIX	Cristo, en el Templo, enseña que Él es la Piedra Fundamental de su Iglesia 584
Capítulo LVII	Cristo, desde Betábara de Perea, sale para Betania 574	Capítulo LXXX	Cristo, en el Templo, enseña la parábola de las bodas del hijo del rey 584
Capítulo LVIII	Cristo en Betania resucita a Lázaro 574	Capítulo LXXXI	Los fariseos y herodianos acechan a Cristo en el Templo: el tributo al César 585
Capítulo LIX	El Sanedrín condena a muerte a Cristo por primera vez 575	Capítulo LXXXII	Los saduceos acechan a Cristo en el Templo: la resurrección de los muertos 585
Capítulo LX	Cristo es informado de la deicida decisión del Sanedrín. Él se retira con sus Apóstoles y discípulos a Efrén y después, al Monte de la Cuarentena 575	Capítulo LXXXIII	El escriba Manasés, que oía a Cristo en el Templo, se le acerca para preguntarle 586
Capítulo LXI	El Sanedrín ordena el apresamiento de Cristo. En Jerusalén, los peregrinos buscan al Maestro 576	Capítulo LXXXIV	Judas Iscariote, en el Templo, se entrevista con el Sanedrín para proponer la entrega del Maestro 586
Capítulo LXII	Cristo deja el Monte de la Cuarentena y se encamina a Jerusalén. Predice por tercera vez su Pasión 576	Capítulo LXXXV	Cristo, en el Templo, prueba que es el Mesías, Hijo y Señor de David 586
Capítulo LXIII	Cristo entra en Jericó. Conversión de Zaqueo 576	Capítulo LXXXVI	Cristo lanza durísimas inectivas contra sus enemigos 587
Capítulo LXIV	Cristo predica en la sinagoga de Jericó. La parábola de las diez minas 577	Capítulo LXXXVII	Episodio del óbolo de la viuda 588
Capítulo LXV	Cristo, en la sinagoga de Jericó, enseña también la parábola del juez inicuo y la viuda, y la parábola del fariseo y el publicano 577	Capítulo LXXXVIII	Cristo, en el Templo, hace a los judíos el último llamamiento a su Reino 589
Capítulo LXVI	Cristo, en Jericó, cura a dos ciegos 578	Capítulo LXXXIX	Cristo vaticina la destrucción del Templo 589
		Capítulo XC	Cristo pronuncia el trascendental Sermón Escatológico 589
		Capítulo XCI	Cristo, en Betania, continúa su Sermón Escatológico 590
		Capítulo XCII	Cristo, en Betania, expone la parábola de las vírgenes prudentes y las necias, y la parábola de los talentos 591
		Capítulo XCIII	Cristo concluye el Sermón Escatológico con la doctrina del Juicio Final 592

Capítulo XCIV El Sanedrín condena a muerte a Cristo por segunda vez 592	Capítulo XIV Comparecencia de Cristo ante el rey Herodes Antipas 609
Capítulo XCV Cristo se retira para orar solo. Judas Iscariote concierda con el Sanedrín la entrega del Maestro 592	Capítulo XV Segunda fase del proceso de Cristo ante el Procurador Poncio Pilato 609
Libro VI	
La institución del Santo Sacrificio de la Misa por Nuestro Señor Jesucristo en el Cenáculo de Jerusalén	
Capítulo I Cristo manda que preparen lo necesario para la celebración de la Última Cena 593	Capítulo XVI Cristo es azotado y coronado de espinas 610
Capítulo II Cristo se retira al Monte de los Olivos, y desde allí va a Jerusalén para celebrar la Pascua ... 594	Capítulo XVII María Santísima se encamina al pretorio acompañada de los once Apóstoles, de todos los discípulos y piadosas mujeres 611
Capítulo III Cristo instituye el Santo Sacrificio de la Misa y cuatro de los Sacramentos 594	Capítulo XVIII Continúa la segunda fase del proceso ante Pilato. Cristo es presentado ante el pueblo 611
Capítulo IV Cristo pronuncia en el Cenáculo la primera parte del Sermón de la Última Cena 597	Capítulo XIX Pilato pronuncia la sentencia contra Cristo 612
Capítulo V Cristo, durante el camino a la casa de Lázaro en Jerusalén, hace a sus once Apóstoles algunas exhortaciones 599	Capítulo XX Desposorio de Cristo con la Cruz Redentora. Cristo, con la Cruz al hombro, camino del Calvario 613
Capítulo VI Cristo, en la casa de Lázaro en Jerusalén, pronuncia la segunda parte del Sermón de la Última Cena 599	Capítulo XXI Cristo llega a la cima del Monte Calvario. Cristo contempla la Cruz en la que va a ser clavado 614
Capítulo VII Cristo concluye la segunda parte del Sermón de la Última Cena con la Oración Sacerdotal 601	Capítulo XXII Cristo es crucificado 615
Capítulo VIII Cristo, con sus Apóstoles, va al Huerto de los Olivos 602	Capítulo XXIII Desastroso fin del traidor Judas Iscariote 616
Libro VII	
Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo	
Capítulo I La Oración y Agonía de Jesús en el Huerto de los Olivos 602	Capítulo XXIV El milagro de las tinieblas. El repartimiento de las vestiduras y el ambiente despiadado y cruel que rodeó a Cristo en el Calvario 616
Capítulo II Cristo es prendido en el Huerto de los Olivos y llevado al palacio del Sumo Pontífice 603	Capítulo XXV Las tres horas de Agonía y las Siete Palabras de Cristo en la Cruz. La majestuosa Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Consumación del desposorio de Cristo con la Cruz Redentora 617
Capítulo III Proceso religioso de Cristo ante Anás .. 605	Capítulo XXVI Otros prodigios con motivo de la muerte de Cristo 618
Capítulo IV Pedro niega a Cristo por primera vez ... 605	Capítulo XXVII Los soldados, a instancia de Caifás y Anás, pretenden quebrar las piernas de Cristo 618
Capítulo V Cristo es conducido ante Caifás. Segunda negación de Pedro 605	Capítulo XXVIII El Costado derecho de Cristo es traspasado por la lanza de Longinos 618
Capítulo VI Primera fase del proceso religioso de Cristo ante Caifás 606	Capítulo XXIX La Muerte Espiritual de María al pie de la Cruz 619
Capítulo VII Pedro niega a Cristo por tercera vez ... 606	Capítulo XXX José de Arimatea pide a Pilato que le entregue el Deífico Cuerpo de Cristo para darle sepultura 619
Capítulo VIII Cristo es conducido a los calabozos del palacio de Caifás. Arrepentimiento de Pedro. Cristo es sacrílegamente torturado en el calabozo . 606	Capítulo XXXI El santo entierro de Nuestro Señor Jesucristo 619
Capítulo IX Segunda fase del proceso religioso de Cristo ante Caifás 607	Capítulo XXXII Caifás y Anás piden a Pilato que mande guardias al sepulcro 620
Capítulo X Cristo es conducido ante el Procurador Poncio Pilato 607	Capítulo XXXIII Cinco de las piadosas mujeres van al sepulcro 620
Capítulo XI Judas Iscariote anda errante por la ciudad de Jerusalén 608	Capítulo XXXIV La gloriosa Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo 620
Capítulo XII María Santísima congrega a todos los Apóstoles, discípulos y piadosas mujeres en el Cenáculo 608	Capítulo XXXV La Divina María contempla la Resurrección de Cristo. Después, Él se aparece a su Santísima Madre 621
Capítulo XIII Primera fase del proceso de Cristo ante el Procurador Poncio Pilato 608	Capítulo XXXVI La resurrección de muchos cuerpos accidentales 621
	Capítulo XXXVII Las piadosas mujeres comunican a los Apóstoles y demás del Cenáculo la Resurrección de Cristo 621
	Capítulo XXXVIII Los Apóstoles Pedro y Juan van al sepulcro 621

Capítulo XXXIX	Cristo se aparece a María Magdalena	622
Capítulo XL	Cristo se aparece a Caifás, a Anás y a tres perversos Príncipes de los Sacerdotes	622
Capítulo XLI	Cristo se aparece de nuevo a María Magdalena, y a la vez a las otras cuatro piadosas mujeres. Luego ellas, en el Cenáculo, dan testimonio de la Resurrección de Cristo	623
Capítulo XLII	Caifás y Anás sobornan a los doce guardas del sepulcro para que nieguen la Resurrección de Cristo	623
Capítulo XLIII	Cristo se aparece al Apóstol Pedro	623
Capítulo XLIV	Cristo se aparece a dos discípulos que iban a Emaús. Cristo celebra la primera Misa después de su Resurrección	623
Capítulo XLV	Cristo se aparece a los diez Apóstoles que estaban en el Cenáculo y a todos los demás allí congregados. Cristo instituye el Sacramento de la Penitencia o Confesión	624
Capítulo XLVI	Cristo se aparece otra vez a los Apóstoles en el Cenáculo estando ahora Tomás	625
Capítulo XLVII	Cristo se aparece a los once Apóstoles a orillas del Mar de Galilea	625
Capítulo XLVIII	Cristo confiere a Pedro el Sacramento del Papado	626
Capítulo XLIX	Otras dos apariciones de Cristo a los once Apóstoles	626
Capítulo L	Cristo se aparece en el Monte de las Bienaventuranzas	627
Capítulo LI	Cristo manda a los Apóstoles y a los demás, que vuelvan a Jerusalén	627
Capítulo LII	Cristo se aparece de nuevo a los once Apóstoles y a los demás reunidos en el Cenáculo en torno a la Divina María	627
Capítulo LIII	Última aparición de Cristo a sus Apóstoles y a los demás reunidos en el Cenáculo en torno a la Divina María	627
Capítulo LIV	La admirable Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo a los Cielos	628
Capítulo LV	La Divina María, los Apóstoles y todos los demás, vuelven a Jerusalén	628